

LAMARTINE

HIST. DE LOS
GIRONDINOS

4

DE179

L3

v. 4

R. C.



1020025046



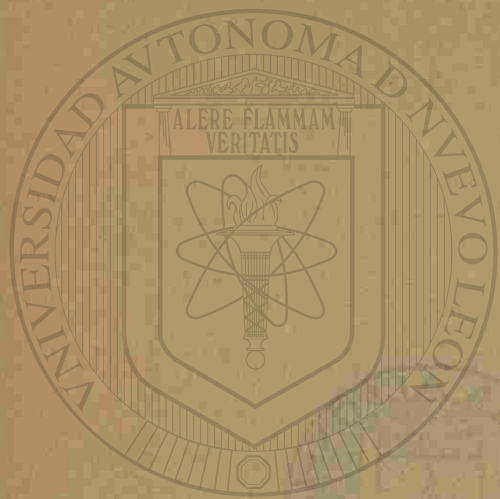
UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
FONDO RICARDO COVARRUBIAS





HISTORIA
DE LOS GIRONDINOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



HISTORIA

DE LOS

GIRONDINOS,

POR

A. DE LAMARTINE.

TOMO CUARTO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID.

ESTABLEC. TIPOG. DE D. F. DE P. MELIADG.
CALLE DE STA. TERESA NÚM. 8.

1852.

099485
17209

956
L.

DC 179
L3
v. 9



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RETE"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

HISTORIA

DE LOS GIRONDINOS.

LIBRO TREINTA Y SIETE.

Contemporiza Dumouriez. — La Bélgica. — Danton. — Sus planes. — Descontento de Dumouriez. — Sale de Bruselas. — Va á Paris. — Medita la conquista de Holanda. — Vuelve á Bruselas. — Orden de la Convención. — Beurnonville. — Derrota. — Dumouriez trata con los enemigos. — Rumores sobre su defección. — La familia de Orleans. — Comisionados al campamento de Dumouriez. — Llamamiento de Dumouriez. — Se niega á obedecer. — Entrega los comisionados á los austriacos. — Defeccion. — Dumouriez se libra de la muerte por medio de la fuga.

I.

El ejército francés halló en Mons doscientas piezas de artillería é inmensas provisiones, destinadas al ejército imperial. Dumouriez perdió allí cinco dias en organizar la administración del país y el servicio de suministros. Su designio era dejar á la Bélgica que dispusiese de sí misma, bajo la protección de un ejército francés. Una nación independiente, animada por el odio al Austria, hija de nuestra revolucion, condenada á vivir ó morir con nosotros y obligada por su misma debilidad á ser el granero, el arsenal, el punto de enganches y el campo de

956
L.

DC 179
L3
v. 9



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RETE"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

HISTORIA

DE LOS GIRONDINOS.

LIBRO TREINTA Y SIETE.

Contemporiza Dumouriez. — La Bélgica. — Danton. — Sus planes. — Descontento de Dumouriez. — Sale de Bruselas. — Va á Paris. — Medita la conquista de Holanda. — Vuelve á Bruselas. — Orden de la Convención. — Beurnonville. — Derrota. — Dumouriez trata con los enemigos. — Rumores sobre su defección. — La familia de Orleans. — Comisionados al campamento de Dumouriez. — Llamamiento de Dumouriez. — Se niega á obedecer. — Entrega los comisionados á los austriacos. — Defeccion. — Dumouriez se libra de la muerte por medio de la fuga.

I.

El ejército francés halló en Mons doscientas piezas de artillería é inmensas provisiones, destinadas al ejército imperial. Dumouriez perdió allí cinco dias en organizar la administracion del país y el servicio de suministros. Su designio era dejar á la Bélgica que dispusiese de sí misma, bajo la proteccion de un ejército francés. Una nacion independiente, animada por el odio al Austria, hija de nuestra revolucion, condenada á vivir ó morir con nosotros y obligada por su misma debilidad á ser el granero, el arsenal, el punto de enganches y el campo de

batalla de nuestros ejércitos del Norte, parecía con razón á Dumouriez mas útil á su patria, que una provincia conquistada, sujeta, oprimida y saqueada por los comisionados de la Convencion y por la propaganda de los jacobinos. Trataba á los belgas, desde sus primeros pasos, como hermanos, y los comisionados y los jacobinos querían tratarlos como vencidos.

Durante aquella residencia, forzada, pero funesta en Mons, los tenientes de Dumouriez, ejecutando lenta y débilmente su plan, se adelantaba cada uno sobre la línea que él les habia trazado; Valence á Charleroi, La Bourdonnaye á Tournay y á Gante. Despues de una série de combates de puestos avanzados, que se sucedieron del 12 al 14 de noviembre, el ejército entró en Bruselas, capital de la Bélgica, que habia sido evacuada la víspera por el mariscal Bender.

En uno de aquellos encuentros entre la vanguardia francesa y la retaguardia austriaca una de las jóvenes amazonas Fernig, Felicidad, que llevaba las órdenes de Dumouriez á la cabeza de las columnas, impulsada por su ardor, se vió rodeada con un puñado de húsares franceses, por un destacamento de hulanos enemigos. Libre con dificultad de los sables que la amenazaban, volvía brida con un grupo de húsares para unirse á la columna cuando percibe un jóven oficial de voluntarios belgas de su partido, derribado del caballo de un tiro y defendiéndose con su sable contra los hulanos que trataban de matarle. Aunque no conocia á aquel oficial, Felicidad al verlo, va á su socorro, mata de dos pistoletazos á dos de los hulanos, pone en fuga á los otros, se apea, levanta al moribundo, le confia á sus húsares, le hace marchar, le acompaña, le recomienda en el hospital, y vuelve á unirse con su gefe. Este jóven oficial belga se llamaba Vanderwalen: permaneció despues de la marcha del ejército francés en los hospitales de Bruselas, y olvidó heridas; pero nunca pudo olvidar la protectora apari-

cion que tuvo en el campo de batalla. Aquel rostro de muger bajo el uniforme de un compañero de armas, presentándosele en el combate para arrancarle á la muerte, é inclinada despues sobre su lecho en el hospital, se presentaba sin cesar á su imaginacion.

Cuando Dumouriez se escapó al extranjero y el ejército perdió la huella de las dos jóvenes guerreras que habia llevado consigo en sus infortunios y en su destierro, Vanderwalen dejó el servicio militar y viajó por Alemania en busca de su libertadora. Sin fruto alguno recorrió durante mucho tiempo las principales ciudades del Norte, no pudiendo adquirir ninguna noticia de la familia Fernig, hasta que por último la descubrió retirada en el interior de Dinamarca. Su reconocimiento se cambió en amor, por aquella jóven que habia vuelto á tomar el traje, las gracias y la modestia de su sexo. Se casó con ella y la llevó á su patria. Teófila su hermana y su compañera de gloria, siguió á Felicidad á Bruselas, donde murió aun jóven sin haberse casado; cultivaba las artes, siendo música y poetisa como Victoria Colonna. Dejó poesías llenas de varonil heroísmo y de sensibilidad femenina, y dignas de acompañar su nombre á la inmortalidad.

Estas dos hermanas inseparables así en la vida y en la muerte, como en los campos de batalla, yacen bajo el mismo ciprés en tierra estrangera. ¿Dónde están sus nombres sobre las páginas de mármol de nuestros arcos de triunfo? ¿Dónde sus retratos en Versalles? ¿Dónde sus estatuas en nuestras fronteras que regaron con su sangre?

Los magistrados de Bruselas al ir á presentar las llaves de la ciudad al cuartel general francés que estaba en el pueblo llamado Anderlecht, «Volved á tomar estas llaves, les dijo Dumouriez, nosotros no somos vuestros enemigos, sed independientes y no sufráis el yugo del estrangero.» Todo el ejército desfiló en medio de las aclamaciones.

maciones del pueblo, por la ciudad de Bruselas; pero el general no dejó espuesta la ciudad á las depredaciones de un ejército en campaña, ni afeminarse á éste en las tentaciones y la indisciplina de una gran capital. Encerró sus tronas en el campamento de Auderlecht: cuatro mil hombres de tropas belgas, uniéndose á los libertadores de su patria y tomando la escarapela tricolor, vinieron á afiliarse bajo sus banderas y á llenar los vacíos que la batalla de Jemmapes había causado en nuestro ejército.

II.

Engrandecido Dumouriez por este doble triunfo, amado de la nación, cuya independencia había salvado en Valmy; de su ejército que le debía la victoria, y de los belgas, cuya emancipación prometía regularizar; ministro, diplomático, general y administrador feliz, teniendo unido su nombre á la primera victoria de la libertad, ídolo y orgullo de toda una nación, era en aquel momento el verdadero dictador de todos los partidos. Madama Roland le escribía cartas confidenciales, en que el entusiasmo de la gloria tenía algo de delirio. Gensonné y Brissot le mostraban con el dedo la Holanda y la Alemania, para que las conquistase: los jacobinos coronaban su busto en el sitio donde celebraban sus sesiones: Robespierre callaba por no contrariar antes de tiempo el favor universal: solo Marat se atrevía á denunciar de antemano á Dumouriez, como un tráfuga ó como un Cromwell. La Convención recibió en su seno al bravo Bautista antes su criado, ahora su ayudante de campo, le nombró oficial, le confirió armas de honor y escuchó de sus labios la relación de sus triunfos. Danton y Lacroix solicitaron de sus colegas la misión de ir á felicitar al vencedor á Bruselas, y organizar detrás de él el país conquistado: en

fin, el duque de Orleans, enviando su hija á madama de Genlis á Tournay, se acercó también al ejército en que sus dos hijos, pupilos de Dumouriez, adornaban el cuartel general, de modo que Dumouriez podía elegir, teniendo en su mano la república y la monarquía. Era para él la realización de aquella dictadura que La Fayette no había hecho mas que soñar; pero sin duda la hora de proclamarla no había llegado para él. La república, nacida apenas, no podía tener aun aquellos arrepentimientos que hacen posible el dominio de un jefe armado sobre partidos estenuados; pero aquella hora, acelerada por los movimientos anárquicos que destrozaban á Paris y que iba á diezmar á los unos por los otros, podía y debía sonar. Dumouriez nada tenía que hacer mas que dejarse levantar cada vez mas por la oleada; pero no lo hizo, al contrario, él mismo detuvo el movimiento que le traía la fortuna. En lugar de ser durante algunas campañas el conquistador de la república, pensó demasiado pronto en hacerse su moderador. Danton comprendía mejor que el mismo Dumouriez su misión militar, y el impulso temerario, repentino é inesperado que debía, sin mirar hacia atrás, dar en aquel momento á sus armas. Después de la república, ya no era posible la paz: era preciso activar bruscamente la guerra y sorprender á los reyes aun dormidos: Dumouriez tuvo demasiado presente que era diplomático, cuando solo debía haberse acordado de su espada. Resistió á las cartas de Brissot y á las sugerencias de Danton. Dio tiempo á las maquinaciones de la Inglaterra, á los armamentos de la Holanda, á la reflexión de Alemania, al desvío de la Bélgica, á que su mismo ejército se entibiase, y á las conspiraciones de sus generales contra él. La contemporización, muy útil con frecuencia en tiempos tranquilos, pierde á los hombres en los tiempos decisivos. La esencia de las revoluciones es el movimiento; contenerlas es lo mismo que hacerlas traición, y militarmente esta fué la falta de Dumouriez.

Los belgas, sin duda alguna, querían ser tratados con miramiento. La revolución que Dumouriez les llevaba no debía ser enteramente una servil y anárquica imitación de la de París. Los dos pueblos, tan semejantes por su situación geográfica, por el suelo y por las ideas, no se parecen en el carácter. Estos hombres del Norte, gruesos por la fertilidad de la tierra, ricos por una industria y un comercio opulento, disciplinados por un catolicismo rígido, habiendo conservado, hasta bajo el despotismo sacerdotal de Felipe II, el borrascoso sentimiento de las libertades municipales y el orgullo individual del ciudadano; de corazón libre, apasionados por las artes, rivales de la misma Roma, de genio muy á propósito para la pintura y para la música, no teniendo en su territorio aquellas grandes capitales, en que se acumula y fermenta la hez de una nación, sino solamente un pueblo y poco populacho: los belgas tenían una idea muy distinta que nosotros de la libertad. La república que les convenía, aristocrática, con clase media y sacerdocio, no era el trínamo de una plebe turbulenta sobre la riqueza y las lúes del resto de la nación, era la distribución regular de los derechos y de los poderes entre todas las clases del país. En Francia la libertad era una conquista; en Bélgica un hábito. La primera necesitaba una Convención, la naturaleza de la segunda exigía un Senado.

Más no era aquel el tiempo de deliberar acerca de la forma definitiva de gobierno y administración que debía darse á la Bélgica. Conquistarla, entusiasmarla, sublevarla á nuestro paso, atravesarla llevando con nosotros sus revolucionarios y sus soldados, á la conquista de la Holanda y del Rhin, era la única obra militar de Dumouriez. Un gobierno provisional bajo la protección y el

impulso del ejército francés, bastaba para todo: la promesa de una organización semi-independiente, proporcionada á los servicios que el pueblo belga nos hubiera prestado en la guerra común, era la única política indicada por el momento á la Convención y á su general. Dumouriez emancipando la Bélgica se hacia, á ejemplo de los generales de Roma, el patrono de un pueblo, y tenía derecho para exigir de él los subsidios y las provisiones necesarias al ejército libertador.

La Convención, cuya hacienda manejaba Chambon, estaba demasiado agotada para pagar por sí sola y mantener los ejércitos: enviaba detrás de su general, comisionados para apremiar las provincias y las ciudades belgas. Estos, tratando aquellas provincias y ciudades, más como país conquistado que como auxiliar, se arrojaban sobre la Bélgica, como sobre una presa, y trasformaban en rapiñas personales las subvenciones patrióticas que estaban encargados de exigir y administrar. Hallándose en lucha violenta y declarada por esta causa con Chambon, con el ministro de la Guerra Pache, y con sus agentes en Bélgica, el general ponía obstáculos á las medidas de hacienda de la Convención y á la marcha de sus mismas tropas, que carecían de todo en el granero de la Europa; que murmuraban, se desbandaban y desertaban. En aquel momento llegó á Bruselas Danton con su amigo Lacroix.

Al salir de París y al buscar una misión en los campamentos, proponíase Danton un doble objeto; primero, evitar con su ausencia el declararse en la lucha abierta entre los jacobinos y los girondinos; y segundo, acercarse al teatro de la diplomacia y de la guerra. En fin, podía concertar mejor con Dumouriez los planes de dictadura que fermentaban en su alma, y el restablecimiento de una monarquía constitucional. Las noticias más auténticas é íntimas, no dejan ninguna duda sobre los verdaderos sentimientos de Danton respecto de la república;

no ocultaba ni á su esposa, ni á sus parientes, ni á sus amigos, su deseo de combatir la anarquía tan pronto como esta se causase de sí misma, de tratar con la Prusia ó al menos con la Inglaterra, de restablecer un trono y sentar en él un príncipe tan comprometido en la revolución, como la Francia. Este príncipe era entonces el duque de Orleans, bajo cuyo nombre pensaba reinar el mismo Danton. Por consejo de éste, el duque de Orleans partió en aquella época al ejército, y fué á residir algunos meses en Tournay, con pretexto de reunirse allí con su hija y con madama Genlis.

Danton, esperando que sus vagos planes tomasen consistencia, se esforzaba en hacerse el conciliador entre Pache y Dumouriez. Le importaba mucho conservar á la cabeza del ejército un general tan incrédulo como él en el sistema republicano, é igualmente inclinado á la restauración de la monarquía constitucional.

Sin pronunciarse, pues, abiertamente sobre la cuestión de la reunión definitiva de la Bélgica á la Francia, Danton y Lacroix alzaban el fuego del jacobinismo en Bruselas; fraternizaban con los belgas mas exaltados y distribuían á sus confidentes los despojos de los bienes eclesiásticos de las iglesias y de los conventos. Su fortuna personal aumentada entonces, siendo desconocido el origen, hizo que se les acusase de imitar las concusiones de los procónsules romanos, y se vieron precisados á comprar el silencio aun del mismo general, dándole una parte de aquellas dilapidaciones nacionales.

Sea lo que quiera de estos rumores que acreditaban sin probarlos el inesplicable lujo de Danton y de Lacroix y su familiaridad con Dumouriez; el desorden, la contradicción, y la incoherencia señalaban las medidas administrativas de los franceses desde su entrada en Bruselas. El ejército perdía sus fuerzas, la república su consideración y el general la ocasión de afirmar su conquista y de avanzar mas y mas.

Encargó al general La Bourdonnaye que tomase á Amberes. Su vanguardia, mandada por Stengel, habiendo salido de Bruselas el 10, se apoderó de Malines, arsenal de los austriacos, donde se hallaron municiones para una campaña. El mismo Dumouriez entró en Lovaina y en Lieja. Amberes, que habia resistido hasta entonces á los débiles ataques de La Bourdonnaye, se rindió al general Miranda. Un mes bastó para la conquista de la Bélgica y el principado de Lieja. Danton, Lacroix y treinta y dos comisarios de la Convencion ó de los Jacobinos siguieron el ejército de Lieja, y decidieron este país á que pudiese, como la Saboya, su reunion á la república francesa. Dumouriez, opuesto á esta medida, que obligaba al imperio germanico, aun indeciso, á declararnos la guerra por aquel desmembramiento de la federación alemana, declaró igualmente con sentimiento la guerra á la Holanda, rompiendo el bloqueo del Escalda.

Interceptado este rio, se arruinaba el comercio de Amberes, rival de Amsterdam. El emperador José II, despues de haber hecho la guerra á la Holanda para obtener la libertad de navegacion en aquel rio por interés de los Países-Bajos sujetos á su dominio, habia concluido por renunciar á aquel objeto de la guerra, y por vender á los holandeses en catorce millones de francos la interceptacion del Escalda. La Francia conquistadora de los Países-Bajos, no podia respetar aquel indigno tratado que enagenaba en detrimento de sus nuevos súbditos, hasta la naturaleza. La república dió la libertad al rio, y este beneficio que la Francia hizo á los belgas, pareció una injuria á los holandeses y á los ingleses, entonces protectores celosos de la Holanda. La apertura del Escalda no contribuyó menos que la muerte de Luis XVI á que Mr. Pitt se decidiese á declarar la guerra á la república.

IV.

Aunque victorioso y ocupando cuarteles de invierno que se estendian desde Aix-la-Chapelle hasta Lieja, el ejército francés carecia de todo y disminuia diariamente bajo la doble influencia de la miseria y de la sedicion. No contaba mas que una cuarta parte de sus tropas de línea: lo demas se componia de aquellos batallones de voluntarios, valientes un día de batalla, pero indisciplinados al siguiente. Los soldados, sin sueldos, sin zapatos y sin vestuario, desertaban en masa, orgullosos con una victoria, pero incapaces de hacer una campaña de invierno. Los generales y oficiales abandonaban sus acantonamientos, para ir a afeminarse en los clubs y en los placeres de las ciudades de Lieja y Aix-la-Chapelle. Los comisionados de la Convencion y los enviados de los Jacobinos de París, fraternizaban con los revolucionarios alemanes, y convirtiendo á Lieja en una colonia demagógica de París, quitaban toda la libertad de accion y toda autoridad al general. La Convencion, á petición de Danton, tomando en su mano la causa de los oprimidos en toda la Europa, espidió un decreto que cambiaba la guerra regular en sedicion universal. «La Convencion, decia este decreto, declara en nombre del pueblo francés, que concederá fraternidad y auxilios á todos los pueblos que quieran recobrar su libertad. Manda á los generales lleven socorros á los pueblos, defiendan á todos los ciudadanos que hubiesen sido vejados ó pudiesen serlo por la causa de la libertad.» Ya la guerra no tenia límites; ya no mandaban ni la diplomacia, ni la guerra, sino los comisionados. Lieja era presa de su omnipotencia y de sus depredaciones. Sin embargo, la autoridad proconsular de Danton y de Lacroix, siempre secretamente unidos á Dumouriez, defendia un poco al ge-

neral contra las exigencias de los clubistas de Lieja, y contra las denuncias de los agentes de Pache, y sobre todo de Ronsio. Danton aspiraba á rehacer su fortuna, no sostenida ya por los subsidios de la corte, y que podia aumentarse considerablemente con las ciudades conquistadas.

V.

Inactivo y descontento durante algunas semanas, encerrado en el palacio del obispo de Lieja, lleno de cuidados, viendo huir su gloria con su ejército medio disuelto, Dumouriez solo veia á Danton, y no estaba enteramente de acuerdo con él. El vencedor de Jemmapes espiaba en un secreto desaliento los homenajes que toda la Francia tributaba antes á su nombre. Paseándose solo en los grandes salones del palacio de Lieja, miraba algunas veces su espada y se inclinaba á cortar prematuramente el nudo de una situacion que soportaba con impaciencia.

Un día acosado por la tristeza y presagios siniestros, abrió un tomo de Plutarco, esa escuela de los grandes hombres, y sus miradas se fijaron en las palabras del filósofo historiador en la vida de Cleomenes: «Puesto que la cosa no es agradable, tiempo es de ver su vergüenza y de renunciar á ella.» Estas palabras tan en armonia con el estado de su alma, fueron las que inclinaron su ánimo hácia el partido de la impaciencia y de la traicion. No fueron para Dumouriez las palabras del arrepentimiento y de la prudencia, sino las de la insurreccion y la indignacion contra su patria.

En aquel momento el proceso del rey tocaba á su fin y el príncipe á quien habia servido y amado, iba á subir al cadalso, mientras él, su servidor y amigo, tenia en la mano la espada de la Francia y mandaba sus ejérci-

los. Este contraste entre su situación y sus sentimientos, le arrancó lágrimas de enternecimiento y de cólera. Tanto secretamente su ejército para conocer si quedaba aun en el corazón del soldado francés una fibra que se moviese con el espectáculo de un rey prisionero. Sólo la república palpitaba en él, pues la memoria de tantos siglos de servilumbre pesaba sobre el corazón de los franceses. El partido de Robespierre y de los jacobinos, tenían sus seides en el ejército, en los mismos generales rivales ó enemigos de Dumouriez. La Bourdonnaye, Dampierre y Moreton conspiraban contra él; y el general sin esperanza de arrastrar una masa de su ejército para hacer un movimiento contra París, concibió el proyecto de favorecer la evasión de los prisioneros del Temple por medio de un destacamento de caballería ligera que se adelantaría con un pretexto militar hasta las puertas de París, y que cubriría en pelotones escalonados la fuga de la familia real hasta sus puestos avanzados. Este era el sueño de La Fayette, mas difícil de ejecutar en el Temple que en las Tullerías; escribió á Gensoonné y á Barrere para persuadirles propusiesen un decreto á la Convencion, que le llamase á París para socorrer á la Asamblea contra las insurrecciones demagógicas de la municipalidad. Los girondinos, atrevidos para hablar, no habían tenido el suficiente valor para obrar presentando una espada á la Convencion. Barrere, hombre previsor, se separaba ya de los girondinos, halagaba á Robespierre, y no contestó al general. Este marchó á París despues de haber dirigido á los pueblos belgas una proclama para que se reuniesen pronto en asambleas primarias y nombrasen una asamblea constituyente que decidiese de su suerte y organizase su libertad.

VI.

Despues de entrar fortivamente en París, mas como fugitivo que como triunfador, Dumouriez se ocultó en una lóbrega casa de Clichy. En el momento en que todas las pasiones estaban agitadas en pro ó en contra de la sentencia de Luis XVI, queria permanecer en la oscuridad, estudiar los hombres, espiar las circunstancias, igualmente incapaz de afectar contra el rey un furor hipócrita que no tenía en el alma, como de pronunciarse solo y desarmado por la causa de una victima que se atrevia á compadecer, pero que no podia salvar. Dumouriez se acercó sucesivamente á todos los hombres y á todos los partidos, para ver donde estaba la fuerza y augurar á cual de ellos prometia el gobierno de la república la crisis del momento. Estudió á todos con el generoso pensamiento de salvar los dias del rey. Director consumado de negociaciones clandestinas, volvió á representar su primer papel, y no dudó ante ninguna intriga ni ante ningún disfraz de sus miras para avocarse con los principales gefes de opinion y lisonjear su política su vanidad ó interés. Vestido con el mas sencillo uniforme y con la capa de oficial de caballería, se fué á pie por la noche á las entrevistas señaladas en casas que no pertenecian á ninguno de los que asistian á ellas, ó en las de sus múltiples amigos. La gloria que le rodeaba y las esperanzas confusas que se unian al general favorito de la victoria y del ejército, le abrieron todas las puertas. Vió con intimidad á Gensoonné, Vergniaud, Roland, Petion, Condorcet y Brissot. La república, que estos oradores acababan de crear, ya les asustaba con sus excesos; no reconocian en ella al niño recién nacido de su ideal filosófico; temblaban delante de su obra, y se preguntaban con espanto si la democracia había dado á luz un monstruo.

Se lisonjeaba Gensonné con la esperanza de salvar al rey; Barbaroux se indignaba con la ferocidad de los parisienses; Vergniaud juraba evitar esta vergüenza á su patria, aunque debiese ser el único que disputase aquella cabeza al pueblo; Roland y su esposa deseaban tanto mas salvar las víctimas, cuanto mas se acriminaban haberlas entregado. Petion se enternecía y decía que él *amaba* á Luis XVI como hombre, haciéndole bajar del trono como rey. Pero ninguno de ellos, escepto Vergniaud, se mostraba resuelto á sacrificar la salvacion de su partido á la de aquella cabeza; ninguno, sobre todo, se mostraba dispuesto á obrar y á intentar contra la municipalidad una lucha dirigida por Dumouriez. A pesar del prestigio del nombre de éste, algunos regimientos inciertos de la guarnición de París y algunos batallones de federados de Marsella, animados por Barbaroux, no le parecían capaces de luchar con buen éxito contra el movimiento general, que sublevaba en aquel momento al pueblo. Dumouriez, que en su interior se inclinaba á aquellos aristócratas republicanos mas que al resto, se separó de ellos viendo su debilidad y su impotencia; los compadeció y despreció.

Ligado con Santerre por la mediacion de Westermann, vivió en una secreta intimidad, durante su estancia en París, con este comandante general; vió en casa de Santerre á los agitadores de la municipalidad y hasta á los hombres de setiembre; se esforzó por seducir á Parnis, cuñado de Santerre y amigo de Robespierre, é hizo que el primero insinuase á éste, que á él solo le tocaba salvar al rey.

VII.

Robespierre, que ya veía en Dumouriez otro La Fayette que proscribir, rehusó toda relacion con él; no que-

ria otra dictadura que la de la opinion, pues detestaba la espada y esperaba que la gloria de Jemmapes, que alumbraba la Francia en aquel momento, se hubiese disipado para denunciar como conspirador al general victorioso. Dumouriez representó el papel de republicano con los jacobinos; pero se convenció cada vez mas de que estos tenían una fuerza de esplosion que ninguna política alcanzaba á dirigir ni á contener: resolvió fingir sus opiniones hasta que hubiese recibido de ellos mismos la fuerza de dominarlos. Estas relaciones íntimas entre los jacobinos y él hicieron á Pache y al consejo ejecutivo mas dóciles á los planes que fraguaba para la conquista de la Holanda. Su popularidad, con el nuevo temple que adquirió en casa de Santerre, en la de Panis, de Desfieux, en los Jacobinos y en la Convencion, le dió audacia para hablar como árbitro de la guerra, y fué obedecido en los comités de aquella lo mismo que en el gabinete de Pache: solo Marat se atrevía á injuriarle en sus periódicos. Comiendo un dia en casa de Santerre, Dubois-Crancé, militar y jacobino muy popular, amigo de Marat, se atrevió á insultar al vencedor de Jemmapes, y hasta á amenazarle con un ademán. Dumouriez se levantó de la mesa, empuñó su sable y arrojó, á pesar de su pequeña estatura, la talla colosal y el brazo levantado de Dubois-Crancé. Los convidados corrieron á ponerse en medio de los dos militares, y evitaron que se mezclase la sangre con la injuria.

VIII.

Sin embargo, el general indignado pensaba ya en la venganza; encerrado y pretestando una enfermedad, en su aislado retiro de Clichy, durante los dias que precedieron y siguieron al suplicio del rey, no vió á nadie, escepto á sus tres confidentes, Westermann, Lacroix y

Danton. Pasó aquellos aciagos días en meditar su plan militar para la conquista de la Holanda, y su designio político para dominar y refrenar la revolución. Westermann, amenazado con la venganza de Marat, á quien se había atrevido á dar un bofetón en el Puente Nuevo, sonreía de autemano al pensar en la humillación de aquellos demagogos ante el sable de un ejército victorioso. Danton animaba ocultamente aquellas esperanzas de los militares, y tenía fé en una lucha desesperada entre la revolución y los tronos. Creía que era necesario fascinar con la gloria militar los ojos del pueblo, incapaz aun de comprender la gloria filosófica de la revolución. Por todas estas razones adhería su inteligencia, su corazón y su ambición á la futura grandeza de Dumouriez, á la que se unía Lacroix por su desmedido deseo de hacer fortuna.

IX.

El plan militar, unido á la conspiración política de Dumouriez se fundaba en las siguientes combinaciones: avanzar desde Amberes con veinte y cinco mil hombres hácia el centro de la Holanda hasta el canal Moerdyk, brazo de mar que cubre La Haya, Rotterdam y Harlem, y que una vez pasado, inutiliza todas las plazas fuertes que defienden aquellas ricas comarcas; hacer un llamamiento al sentimiento republicano de los batavos, y resituir el imperio á los enemigos de la casa de Orange y á los numerosos proscritos, á quienes la última tentativa de revolución contra el stathouder había hecho acogerse á las banderas francesas. La legión batava y dos mil hombres llamados á Amberes, formarían la vanguardia de aquella expedición libertadora. Concluida la conquista, Dumouriez separaría de su ejército todos los batallones de voluntarios, cuya presencia contrariaba sus designios,

y solo conservaría en Holanda las tropas de línea mas dóciles á su voluntad y los generales adictos á sus miras. Sacaría treinta mil soldados en Bélgica y treinta mil en Holanda, reuniendo de este modo un ejército independiente, y por decirlo así personal, bajo su mando. Armaría las plazas y la flota del Texel; convocaría los representantes de las dos naciones; á los belgas en Gante y á los batavos en La Haya; los constituiría bajo la protección de su ejército, en dos repúblicas aliadas, pero independientes la una de la otra; declararíala la neutralidad con la Inglaterra, haría una tregua con el imperio, y marcharía sobre Paris á la cabeza de aquel ejército combinado, para regularizar la república. Dumouriez, como aventurero confiado, dejaba á la casualidad el último resultado de esta conspiración militar ¿sería su dictadura? ¿Sería el triunvirato con Danton? ¿Sería la monarquía constitucional de 89, con el duque de Chartres por rey? ¿En fin, el protectorado perpétuo de la Holanda y de la Bélgica en su persona? ¿Y de los fragmentos de tantos tronos, pensaría en construir uno para sí, con el título de duque de Brabante? No lo decía ni lo sabía, porque jamás hombre alguno comprendió mejor la inmensa parte que es necesario dejar al destino en los planes de los hombres.

X.

Con aquella rapidez de movimiento, que igualaba á la de sus concepciones, Dumouriez llegó á Bruselas, lanzó sus columnas, asombró á la Holanda, se apoderó de Breda y de Gertruydenberg, llegó casi sin resistencia al Moerdyk, formó una flotilla para derribarle, y tocaba á la primera parte del objeto de su plan, antes que la lentitud holandesa se hubiese movido para oponer ninguna masa fuerte contra doce mil hombres con que intentaba

trastornar un Estado. La situación de los ánimos en Holanda combatía en su favor. Los holandeses, nación germánica, modificada por el contacto con la mar, participan á la vez del carácter alemán y del inglés. Sesudos como los unos, libres como los otros, parece que la mar inspira á las naciones que la habitan el sentimiento y la voluntad de la libertad. El Océano, cuya vista emancipa los sentimientos, parece emancipar también á los pueblos. Obligados los holandeses, por decirlo así, á construirse un suelo artificial, á ensanchar su imperio con la marina, á enriquecerle con el comercio, y á completarle á largas distancias por medio de colonias en las Indias Orientales, habían sacudido la tiranía española en tiempo de Felipe II, con la espada de la casa de Orange. La independencia de las Provincias Unidas había coronado con el título de *stathouder* á sus libertadores. República federativa bajo esta autoridad hereditaria, rica, feudal, amada y poderosa por sí misma; las grandes luchas entre ella y la confederación, habían agitado recientemente aquella constitución, cuyos miembros eran republicanos y cuya cabeza era monárquica.

Mientras de este modo marchaba Dumouriez hacia La Haya y Amsterdam, vino á desconcertar sus planes una orden de la Convención. El príncipe de Coburgo había reunido su ejército en Colonia, destrozado en todas partes al ejército francés, hecho levantar el sitio de Maestricht, y se adelantaba á la cabeza de sesenta mil hombres para reconquistar la Bélgica. Desmoralizados por sus reveses, y odiosos ya por sus desórdenes al pueblo belga, los soldados franceses desertaron en masa; más de diez mil voluntarios volvieron á entrar á bandadas en el departamento del Norte. Las tropas acampadas delante de Lovayna, perdieron sus tiendas, sus equipages y su artillería. Ninguno de los generales, que las mandaban tenía bastante prestigio y autoridad para contener ó dirigir una retirada, que amenazaba transformarse en der-

rota; solo Dumouriez podía volver á mandar aquel ejército y atraer la fortuna, que su ausencia había dejado huir: corrió á Lovayna, irritado con aquel principio de desgracia y manifestó con afectación por todo el camino, reconvencciones, invectivas y casi amenazas contra los agentes de la Convención, á quien atribuía nuestros desastres, exagerándolos. Hubiera podido decirse que se esforzaba en hacer presentir á los belgas y á sus propios soldados, la posibilidad próxima de una revolución armada contra los procónsules de la Bélgica, y contra los tiranos de París. Sembraba en su marcha la murmuración, el desprecio y la indignación contra ellos. Promovía la sedición de palabra antes de intentarla de hecho.

XI.

Viendo llegar la crisis, Danton y Lacroix, habían vuelto á París, con objeto de atenuar el choque que se preparaba entre el general y la Convención. Los comisarios Camus, Merlin de Douai, Treilhard y Gossuin se habían retirado á Lila, con las bandas de los desertores del ejército, para detenerlos y reorganizarlos al abrigo de los muros de la ciudad. Fueron á encontrar al general en jefe á Lovayna; le reconvinieron por las disposiciones administrativas que se había atrevido á adoptar en Bruselas, y entre otras la de que se restituyese la plata á las iglesias. Dumouriez como jefe, responsable solo á la Francia y á la posteridad y no á la Convención, «id á ver», dijo á Camus, jansenista austero, que reunía la superstición más exaltada al jacobinismo más inflexible, id á ver en las catedrales de la Bélgica las hostias pisoteadas y esparcidas sobre el pavimento de las iglesias; los tabernáculos, los confesonarios rotos y los cuadros destruidos. Si la Convención aplaude tales crímenes, si no

los castiga, el descrédito caerá sobre ella y sobre mi desgraciada patria. Sabed que si fuese necesario cometer un solo crimen para salvarla, yo no le cometería: este estado de cosas deshonra á la Francia y estoy resuelto á salvarla.» Los comisionados atónitos al ver tal audacia, principiaron á creer los sordos rumores que acusaban á Dumouriez de querer levantar un poder contra otro. «General, le dijo Camus, que aun no se atrevía á mirar sus sospechas como crímenes; se os acusa de aspirar al papel de César, si yo estuviese seguro de ello, yo sería Bruto y os daría de puñaladas.» Dumouriez, que se había descubierto demasiado, llamó á su socorro aquella ligereza de actitud, y aquella ironía que servían de velo á su disimulo. «Mi querido Camus, respondió, yo no soy César, y vos no sois Bruto, y la amenaza de morir por vuestra mano me asegura la inmortalidad.» Al separarse de los comisionados, el general escribió á la Convención una amenazadora carta en la que le acriminaba con insolencia la desoudez del ejército, las depredaciones de sus agentes, la reunion impolitica de la Bélgica á la Francia, las profanaciones, los sacrilegios, las rapiñas, que marcaban los pasos de nuestros ejércitos en un país amigo, y le hacian responsable de los desastres de Aix-la-Chapelle, de Lieja y Maestricht. Exageraba aquellos, para hacer mas duras sus reeriminaciones. Solo dejaba de acusar al general Beurnonville, su discípulo y amigo.

Acababa este de reemplazar á Pache en el ministerio de la Guerra. Beurnonville, á quien Dumouriez llamaba su Ayax, había sido nombrado por la influencia y la indicacion de Danton. Dumouriez concluía su oficio presentando su dimision, de la cual hablaba con frecuencia como un reto que hacia á sus enemigos. La Convención sabía bien que la confianza y el afecto de las tropas, no aceptaria nunca otro general.

Se llenó de gozo el ejército al ver de nuevo á su gefe, creyendo encontrar en él la victoria. Dumouriez trató á los oficiales y á los soldados, como un padre que halla á sus hijos. La marcial severidad de sus reprensiones, no hizo mas que añadir respeto al entusiasmo que sabia inspirar. El ejército contaba aun cuarenta mil hombres de veterana y sólida infantería, y cinco mil de caballería, de aquellos valientes regimientos que había adquirido cada uno un nombre célebre en la guerra en el antiguo ejército. Contaba además con sus flancos, con su linea de operaciones, con las guarniciones de la Bélgica, y el cuerpo destacado que invadía la Holanda, que reunidos formaban cerca de otros cuarenta mil combatientes. De los cuarenta mil hombres que tenía á la vista Dumouriez, dió diez y ocho batallones á la derecha al general Valence, y otros tantos al duque de Chartres en el centro, igual número á Miranda á la izquierda; una reserva de ocho batallones de granaderos al general Chancel, una fuerte vanguardia de seis mil hombres al anciano general Lamarche, antiguo coronel de husares, que conservaba á pesar de sus cabellos blancos, el entusiasmo de su juventud. El 16 de marzo Dumouriez atacó á los austriacos en Tirlemont, obligándolos á replegarse.

El principe de Coburgo, que diariamente recibía nuevos refuerzos, y desplegaba mas de sesenta mil combatientes bajo sus órdenes, había concentrado su ejército entre Tongres y Saint-Tron. Las tres poblaciones de Nerwinde, Oberwinde y Middlewinde, habían sido abandonadas por el general austriaco, como campo de batalla y premio de la victoria entre los dos ejércitos. Dumouriez formó el suyo en muchas columnas, tres á la derecha al mando del general Valence, para cercar la izquierda de los austriacos.

cos y amenazar á Saint-Tron : dos en el centro á las órdenes del duque de Chartres , que mandaba tambien la reserva , y tres á la izquierda bajo la direccion del general Miranda. Dió la señal del ataque general el 18 al salir el sol. Sus columnas de la derecha se adelantaron sin obstáculo hasta la altura de Saint-Tron ; pero rechazadas despues por las masas de caballeria , volvieron á apoyarse sobre la infanteria del centro. El duque de Chartres tomó dos veces la villa de Nerwinde , pero la abandonó la tercera despues de haber visto caer á su lado á su mejor segundo, el general Desforets. Dumouriez volvió á tomar por cuarta vez aquella aldea, sacrificando algunas columnas de infanteria. El impetu de las masas austriacas le obligó á evacuarla de nuevo. Reunidas por el duque de Chartres y por el general en jefe á cien pasos del pueblo , la caballeria y la infanteria del centro y de la derecha, recibieron muchas veces la carga de quince mil hombres de caballeria austriaca. Valence batiéndose como soldado , recibió un sablazo y le alejaron del campo de batalla. Thouvenot haciendo abrir las filas para dejar pasar los escuadrones , descubrió los cañones cargados á metralla y rechazó aquella mutilada caballeria. De este modo la batalla parecia ganada ó indecisa delante de Nerwinde, en la derecha y en el centro de los franceses.

Pero la izquierda, compuesta de voluntarios y mandada por Miranda, desmayó despues de haber perdido la mayor parte de sus generales y de sus oficiales victimas del fuego de la artilleria. Miranda, sin advertir al general en jefe, se retiró con su division mas de dos leguas á la espalda de la línea de batalla. La izquierda del ejército que era el eje de toda la accion en el plan de Dumouriez , habiendo flaqueado en el centro y en la derecha, imposibilitaba practicar el movimiento sobre Nerwinde y Saint-Tron ; el ejército carecia ya de base. Observando Dumouriez por la tarde , que algunas masas de infanteria

y caballeria se dirigian de la izquierda á la derecha del principe de Cobourgo , principió á sospechar la catástrofe ó la defeccion de Miranda. Dejando á su confidente Thouvenot para vigilar el centro y la derecha , corrió casi solo al galope hácia las posiciones que habia señalado á Miranda. Las encontró abandonadas por sus tropas , ocupadas por Clairfayt y logró librarse de las húsares austriacos por la ligereza de su caballo. Continuando en busca de su ala izquierda que iba en retirada , por caminos estraviados , solo , en medio de la noche admirado de aquel silencio y de aquella soledad, encontró á las puertas de Tirlemont algunos batallones de voluntarios , sin artilleria ni caballeria á los lados del camino real.

XIII.

Estos fugitivos le anunciaron la pérdida de tres mil de sus compañeros , que habian quedado en el campo de batalla. El general admirado de la actitud inmóvil é indiferente de Miranda en Tirlemont , le hizo severas reconvenciones y pasó la noche dando órdenes de retirada al duque de Chartres y á Valence. Estos dos cuerpos tenían ya tres generales y dos mil hombres muertos , bastante artilleria perdida y seis mil voluntarios desbandados , huyendo hácia Lovayna.

Danton y Lacroix , con la noticia de la derrota , llegaron á Lovayna en el momento en que Dumouriez entraba vencido en esta ciudad. Iban desde Paris , como mediadores , para suplicar al general en jefe retractase la altaera carta que habia dirigido á la Convencion. Pasaron la noche procurando persuadirle , por convenir al interés de su situacion y el de su ambicion comun , que mostrase aun algunas consideraciones á la Convencion. Dumouriez les entregó un billete de seis líneas , que sin

ser una retractacion , era un paliativo. Danton volvió á marchar la misma noche, conociendo que se debilitaba el prestigio que su política adquiría sobre Dumouriez, y comprendiendo con el instinto seguro, pero rápido, de que estaba dotado, que una derrota era mal preludio de dictadura.

XIV.

Apenas regresó Danton, cuando el coronel Mack jefe de estado mayor del príncipe de Coburgo, entró en Lovayna como parlamentario, y arregló con Dumouriez un convenio secreto, que arreglaba paso á paso las marchas de los dos ejércitos hasta Bruselas. Los imperiales debían respetar la retirada de los franceses, y limitar sus hostilidades á aquellos encuentros insignificantes de vanguardias y retaguardias, necesarios sólo para ocultar á las tropas la connivencia de los generales. A pesar de estas precauciones, que aseguraban á los imperiales la restitucion de la Bélgica y á Dumouriez la seguridad de su retirada, la de Lovayna se cambió en derrota para los franceses. Con dificultad Dumouriez, que no se atrevió á resistir en Bruselas con un ejército desbandado, consiguió formar con la guarnicion de aquella capital y con sus mejores regimientos, una retaguardia sólida de cerca de quince mil hombres para cubrir la marcha de los restos de su ejército hácia Francia. Hizo arrestar al general Miranda y le envió á Paris, por orden de la Convencion como victima espiatoria de los desastres experimentados.

Aquel mismo dia se celebró en Ath la última y fatal conferencia entre el coronel Mack y Dumouriez. El duque de Chartres, el coronel Montjoie y el general Valence, concurren á ella. Estaba en el ejército el partido de Orleans entero, y asistia representado por sus primeros hombres, al acto que debía derribar la república, y

colocar por mano del pueblo y de los soldados, la corona constitucional sobre la frente de un príncipe de aquella casa. Dumouriez olvidaba que una corona levantada del suelo en la defeccion, en medio de una derrota sostenida por los austriacos y por un general traidor á su patria, no podia de ningun modo conservarse en las sienes de un rey. Mientras Dumouriez marchase hácia Paris para derribar la Constitucion, los austriacos avanzarian como auxiliares en el territorio francés y se apoderarian de Condé como garantía.

XV.

En aquel convenio secreto, la demencia rivalizaba con la traicion. Dumouriez que creia pasar el Rubicon y que tenia siempre á César delante de los ojos, olvidaba que César no habia conducido los galos á Roma. Hacer tomar partido á su ejército en uno de los bandos que dividian la república, despues de haber vencido al extranjero y asegurado las fronteras; marchar sobre Paris y apoderarse de la dictadura, era uno de esos atentados políticos que la libertad no perdona y que el buen éxito y la gloria escusan algunas veces en circunstancias muy criticas; pero entregar su ejército, abrir sus plazas fuertes al imperio, guiar él mismo contra su pais las legiones enemigas que su patria le habia encargado combatir ó imponer con la ayuda del extranjero un gobierno á su pais, era traspasar mil veces los errores de los emigrados, porque estos no eran mas que transfugas, y los confederados de Ath eran traidores.

En consecuencia de esta reunion nocturna, Dumouriez fué á Tournay con su estado mayor; reunió en torno suyo seis mil hombres de caballeria los mas adictos á su persona, distribuyó en las plazas fuertes inmediatas á Li-

la, Valenciennes y Condé, como en los campamentos de Maulde y de Saint-Amand, los generales y las tropas á quienes mas fácilmente creía seducir, y lo preparó todo para la grande perfidia con que quería admirar á la Europa y anonadar la Convencion.

A pesar de todo, como tenia á la vez que ocultar su desigüo y revelarle á medias para preparar el ánimo de las tropas, el sordo murmullo de la traicion que meditaba se estendió alrededor de él y se difundió hasta Paris el vago presentimiento de algun gran crimen. Danton y Lacroix se mantenian inmóviles y aparentaban desconfiar de un general, á quien habian visto tan orgulloso é irritado. Los girondinos, enemigos del nombre de Orleans, denunciaban á la sospecha, un general en cuyo estado mayor habia dos príncipes de aquella casa: hacian ademas observar que madama de Sillery, amiga y confidente de Felipe Igualdad, y su hija la señorita de Orleans, jóven princesa de edad de diez y seis años, se hallaban en Tournay en el momento en que Dumouriez urdia allí sus tramas; de modo que el cuartel general del que mandaba en nombre de la república, se parecia á la corte anticipada de una monarquía de Orleans. Los jacobinos enviaron tres emisarios, Proly, Dubuisson y Pereyra, para sondear al general y decidirle á sostener su partido contra la Gironda. «No creais, les dijo Dumouriez despues de haberlos oido, que vuestra república pueda subsistir; vuestros errores y crímenes la han hecho tan imposible como odiosa.»

XVI

Dumouriez, entretanto, amenazando en vez de obrar, parecia víctima de aquel trastorno mental que se apodera del hombre cuando perpetra un crimen, é imprime en

sus actos la incoherencia y la agitacion de sus pensamientos. Toda su audacia se desahogaba en palabras, dando á su ejército tiempo para reflexionar, y por consiguiente para arrepentirse. Retirado en el pueblecillo de Saint-Amand con su estado mayor y sus regimientos mas adictos, supo sucesivamente la capitulacion de la ciudadela de Amberes devuelta á los austriacos por nuestras tropas; la derrota del campamento de Maulde, y la insurreccion patriótica de los ciudadanos de la guarnicion de Lila contra el general Miaczinsky, á quien habia encargado se apoderase de aquella ciudad.

En Saint-Amand, Dumouriez solo tenia consigo al duque de Chartres, al duque de Montpensier, su hermano, al general Valence, al ayudante general Montjoie, Thouvenot, Nordmann, coronel del regimiento de Bercheny, y á los oficiales de su estado mayor. Habia encontrado en Tournay y llevado á Saint-Amand, para protegerla á la vez contra los austriacos y contra la Convencion, á la princesa Adelaida de Orleans, hermana del duque de Chartres. Esta jóven dotada de una gracia noble, de un talento precoz y de un alma enérgica, se veia á la sazón errante en los confines de la Francia y de la Bélgica, rechazada de su patria por las leyes contra la emigracion, y del extranjero por el odio que el nombre de su padre inspiraba á los enemigos de la revolucion. Unida á sus hermanos por una amistad que la desgracia, el destierro y el trono debia alternativamente probar é ilustrar, buscaba en los campamentos la proteccion del ejército. Tenia por compañera otra jóven de su edad, Pamela Seymour, á quien la voz pública creia hija del duque de Orleans y de madama de Genlis. Esta jóven, de una estremada belleza, educada como una hermana de los príncipes y de la princesa de Orleans, acababa de casarse en Tournay con lord Eduardo Fitz-Gerald, primer par de Irlanda é hijo del duque de Leinster. Este jóven patriota irlandés se inflamaba en el campamento francés con la

pasion de la libertad: conspiró poco despues para sustraer á la Irlanda al yugo de la Inglaterra, y habiendo sido condenado á muerte como gefe de aquella conspiracion, evitó el suplicio suicidándose en un calabozo, y legó un nombre mas á los patriotas de su pais.

XVII.

Madama de Sillery-Genlis, confidenta del duque de Orleans, se hallaba tambien en el cuartel general. Muger cuyo rostro era todavia seductor, notable por su talento y acostumbrada á la intriga, daba con su presencia á la conspiracion de Dumouriez, el colorido de la casa de Orleans. El general Valence era yerno de madama de Genlis; el duque de Chartres y el de Montpensier sus discipulos, la princesa Adélaida su pupila, y los jacobinos sus perseguidores. En su casa se reunian todas las noches los principales gefes de los cuerpos que era necesario seducir y conmover en contra de la república. Dumouriez conocia que tenia allí toda una revolucion en rehenes. Sino enarbolaba abiertamente la dinastia de Orleans, todo lo que le rodeaba era una bandera que se complacia en desplegar, para hacer presentir y adoptar por la opinion las esperanzas de una monarquia revolucionaria. Seducido por su papel de protector, armado de una princesa jóven, bella, y perseguida, mostraba hácia ella un culto que daba al ejército el ejemplo del respeto.

En medio de aquellas mugeres desterradas y de aquella sociedad sospechosa á la república, Dumouriez esperaba ocioso que su ejército le violentase y le hiciese marchar contra Paris. Algunos sintomas sordos le anunciaban sin embargo, de todas partes, la defeccion de sus generales, alarmados con la idea de marchar contra su patria. Del descontento de un ejército al acto de volver

sus armas contra su propio pais, hay tanta distancia como del murmullo al crimen. Dumouriez habia tomado los rumores de los soldados por una opinion, y la insubordinacion por sublevacion. Ya se sabia en Saint-Amand que la Convencion deliberaria sobre el partido que debia tomar respecto del general rebelde, y que iba á llamarle á su barca para pedirle cuenta de su conducta. Danton, Robespierre y hasta Marat, temiendo dislocar el ejército en presencia del enemigo victorioso, y negandose á dar asenso á la traicion, habian obtenido dificilmente que aquella medida se suspendiese por algunos dias. Entretanto, el campamento estaba lleno de espías de la Convencion, y los voluntarios, menos soldados que ciudadanos, espíaban por sí mismos los pasos de su general.

Seis de aquellos voluntarios de un batallon de la Marna, irritados con las habillitas del ejército, se atrevieron á presentarse armados en la audiencia del general, llevando escrita con yeso en sus sombreros la palabra «república». Intimaron á su gefe que obedeciese á las órdenes que iba á recibir de la Convencion, y le declararon que imitadores de Bruto, habian jurado darle de puñaladas si dudaba obedecer la voz de la patria. Habiéndoles respondido el general en términos que confirmaban sus sospechas, se adelantaron para rodearle; pero el fiel Bautista que espíaba con la vista sus movimientos, se avalanza con el sable en la mano entre su amo y los soldados, llamando á la guardia. Los voluntarios cogidos y desarmados fueron puestos en prision. Dumouriez, exagerando á propósito el peligro que habia corrido, esparció la noticia de una tentativa de asesinato contra él, con objeto de atraerse el cariño por medio de la indignacion, y lo consiguió. Muchas felicitaciones firmadas por todos los cuerpos, protestando el horror con que miraban aquel atentado, y su confiaza inalterable en su gefe.

Durante este tiempo, la Convencion despues de largas dudas, habia al fin espedido el decreto que separaba al general de su ejército, y le llamaba á Paris para que diese esplicaciones sobre sus faltas y sus planes. Dumouriez no se hacia ilusion sobre lo que significaba un decreto de esta naturaleza, y se creia demasiado culpable para arrostrar el examen de su conducta; conocia que una vez separado de sus soldados, no se volveria á dar al ejército un general que habia hecho temblar á la república; queria mejor sucumbir en una tentativa armada contra los opresores de su patria que presentarse humildemente á ofrecer su cabeza sin defensa y sin venganza. Ademas, aunque la astucia de sus discursos, la audacia de su actitud y la influencia de Danton le hubiesen hecho absolver, su ausencia solo desconcertaria todos los planes convenidos entre Mack y él. Estaba por lo tanto firmemente resuelto á desobedecer á la Convencion, y sino podia enganarla por mas tiempo, se preparaba á consumir su último acto de rebelion, contra los comisionados que se atreviesen á enviarle.

Tal era el estado de las cosas, cuando el 2 de abril á medio dia, se anunció la llegada al campamento del ministro de la Guerra en persona, era Beurnouville, amigo personal de Dumouriez. Beurnouville bajó del coche, acompañado de cuatro comisarios, Camus, Lamarque, Bancal y Quinette; Camus, hombre austero, que llevaba á la revolucion el rigor del jansenismo, y los escrúpulos de la probidad; Lamarque, abogado locuaz y declamador, acostumbrado á vociferar el patriotismo en los ejércitos; Bancal, negociador prudente y templado, á propósito para intervenir con moderacion en las pasiones de los partidos; Quinette, en quien el instinto del orden

igualaba á su pasion por la libertad, se esforzaba siempre en ajustar la teoria á los límites de lo verdadero, y el patriotismo á los de lo justo.

XIX.

Al entrar Beurnouville se precipitó en los brazos de Dumouriez, como para hacer ver á los espectadores con aquella accion, que no queria encadenar al general á la patria, sino apelando á sus sentimientos y á sus recuerdos. Le dijo que habia querido acompañar á los comisionados portadores del decreto de la Convencion, para añadir el influjo de la amistad á la voz del deber. Camus, para evitar á Dumouriez el embarazo de espli-carse en público, y para que las intercesiones confidenciales de los comisarios tuviesen mas latitud y mas intimidad, suplicó al general separase los testigos que incomodaban para que reinase toda la franqueza necesaria, ó que pasasen á una habitacion mas retirada. Los generales y los oficiales presentes, murmuraron al oir estas palabras, como si se hubiese querido sustraer á su general á la proteccion de sus miradas y de sus sables; Dumouriez los calmó con un ademán, llevó á Beurnouville y á los comisarios á su gabinete, pero los generales exigieron quedase la puerta abierta para vigilar, sino las palabras, á lo menos la seguridad de la conferencia. Camus presentó el decreto á Dumouriez, y el general le leyó con una impassibilidad parecida al desprecio; despues devolviéndosele al comisario, respondió que la ejecucion de aquel decreto seria la disolucion del ejército y la pérdida de la patria, que no rehusaria obedecer, pero que queria hacerlo á su tiempo y no cuando conviniese á sus enemigos, concluyendo por ofrecer irónicamente su dimision; esta ironia no paso desapercibida para los comisionarios.

«Y despues de haber dado vuestra dimision ¿qué hareis? le preguntó con ansia Camus.—«Lo que juzgue oportuno», contestó el general con altivez: solo os declaro que no iré á hacerme envilecer y condenar en París por un tribunal revolucionario.—¿Es decir, que no reconoceis este tribunal? replicó Camus.—Le reconozco como un tribunal de sangre y de crimen; contestó Dumouriez, y en tanto que tenga una pulgada de hierro en la mano no me someteré á él.»

XX.

Los demas comisionados, temiendo que la aspereza de las palabras entre Camus y Dumouriez tuviesen un violento desenlace, se interpusieron como afectuosos mediadores y suplicaron al general obedeciese por la forma á la orden que le llamaba á París, respondiéndole con sus cabezas de que la Convencion satisfecha le volveria á enviar á su ejército inmediatamente. Quinette se ofreció á acompañarle, á escudarle con su cuerpo y á acompañarle de nuevo á su cuartel general. Bancal le citó los brillantes ejemplos de obediencia á la patria de los grandes hombres de la antigüedad. «Los romanos, respondió Dumouriez, no mataron á Tarquino, no tenían ni clubs, ni jacobinos, ni un tribunal revolucionario; tigres que anhelan mi cabeza, y yo no quiero dársela. Y ya que me citais los romanos, os digo que yo he representado muchas veces el papel de Decio, pero que nunca seré Curcio, y que no me precipitaré en el abismo.—¿Es decir que os negais á obedecer á la Convencion? preguntó eógicamente Camus.—Os juro, dijo Dumouriez, que cuando mi patria tenga un gobierno y leyes, yo la daré cuenta de mis actos y los someteré á su juicio; hacerlo ahora seria una locura.»

Se retiraron los comisionados á otro aposento para deliberar: Dumouriez quedó un momento solo con Beurnonville; trató de seducir al ministro demostrándole el peligro que corria en París y ofreciéndole el mando de su vanguardia. «Bien sé, respondió heróicamente Beurnonville, que debo ser victima de mis enemigos, pero moriré en mi puesto. ¡Mi situacion es horrible! Veo que estais decidido, que vais á tomar un partido desesperado, y os pido por única gracia que me deis participar de la suerte, cualquiera que sea, que reservais á los diputados.—No lo dudeis, respondió Dumouriez, y creeré, obrando así, serviros y salvaros.»

Beurnonville y Dumouriez volvieron á entrar en la sala donde estaba reunido el estado mayor. El coronel de los húsares de Berebeny, Nordmann, cuyo regimiento estaba formado en batalla delante de la residencia del general, recibió la orden para tener treinta hombres elegidos de su regimiento á la puerta, y prontos á ejecutar lo que se les mandase. Estos húsares eran todos alemanes ó alsacios; la diferencia de idioma los garantizaba contra la elocuencia patriótica de los comisionados, pues solo conocian la voz de su coronel.

Despues de una hora de deliberacion secreta, en la que el inflexible Camus combatió con intrepidez la templanza de que aun querian usar sus colegas para evitar aquel disgusto á la patria, entraron los diputados. Brillaban en sus rostros la calma de la resolucion, la autoridad de la ley y la varonil tristeza de su mision; intimaron de nuevo al general que obedeciese al decreto, á lo que aquel se negó. «Pues bien, dijo Camus, os declaro suspenso de todas vuestras funciones; ya no sois general; prohibo que se os obedezca, mando que os arresten, y sello vuestros papeles.» El sordo murmullo del estado mayor y el movimiento de los oficiales que se acercaban con la mano en la espada para cubrir á su general, hicieron ver á los comisionados que su voz era desconoci-

«Y despues de haber dado vuestra dimision ¿qué hareis? le preguntó con ansia Camus.—«Lo que juzgue oportuno», contestó el general con altivez: solo os declaro que no iré á hacerme envilecer y condenar en París por un tribunal revolucionario.—¿Es decir, que no reconoceis este tribunal? replicó Camus.—Le reconozco como un tribunal de sangre y de crimen; contestó Dumouriez, y en tanto que tenga una pulgada de hierro en la mano no me someteré á él.»

XX.

Los demas comisionados, temiendo que la aspereza de las palabras entre Camus y Dumouriez tuviesen un violento desenlace, se interpusieron como afectuosos mediadores y suplicaron al general obedeciese por la forma á la orden que le llamaba á París, respondiéndole con sus cabezas de que la Convencion satisfecha le volveria á enviar á su ejército inmediatamente. Quinette se ofreció á acompañarle, á escudarle con su cuerpo y á acompañarle de nuevo á su cuartel general. Bancal le citó los brillantes ejemplos de obediencia á la patria de los grandes hombres de la antigüedad. «Los romanos, respondió Dumouriez, no mataron á Tarquino, no tenían ni clubs, ni jacobinos, ni un tribunal revolucionario; tigres que anhelan mi cabeza, y yo no quiero dársela. Y ya que me citais los romanos, os digo que yo he representado muchas veces el papel de Decio, pero que nunca seré Curcio, y que no me precipitaré en el abismo.—¿Es decir que os negais á obedecer á la Convencion? preguntó eógicamente Camus.—Os juro, dijo Dumouriez, que cuando mi patria tenga un gobierno y leyes, yo la daré cuenta de mis actos y los someteré á su juicio; hacerlo ahora seria una locura.»

Se retiraron los comisionados á otro aposento para deliberar: Dumouriez quedó un momento solo con Beurnonville; trató de seducir al ministro demostrándole el peligro que corria en París y ofreciéndole el mando de su vanguardia. «Bien sé, respondió heróicamente Beurnonville, que debo ser victima de mis enemigos, pero moriré en mi puesto. ¡Mi situacion es horrible! Veo que estais decidido, que vais á tomar un partido desesperado, y os pido por única gracia que me deis participar de la suerte, cualquiera que sea, que reservais á los diputados.—No lo dudeis, respondió Dumouriez, y creeré, obrando así, serviros y salvaros.»

Beurnonville y Dumouriez volvieron á entrar en la sala donde estaba reunido el estado mayor. El coronel de los húsares de Berebeny, Nordmann, cuyo regimiento estaba formado en batalla delante de la residencia del general, recibió la orden para tener treinta hombres elegidos de su regimiento á la puerta, y prontos á ejecutar lo que se les mandase. Estos húsares eran todos alemanes ó alsacios; la diferencia de idioma los garantizaba contra la elocuencia patriótica de los comisionados, pues solo conocian la voz de su coronel.

Despues de una hora de deliberacion secreta, en la que el inflexible Camus combatió con intrepidez la templanza de que aun querian usar sus colegas para evitar aquel disgusto á la patria, entraron los diputados. Brillaban en sus rostros la calma de la resolucion, la autoridad de la ley y la varonil tristeza de su mision; intimaron de nuevo al general que obedeciese al decreto, á lo que aquel se negó. «Pues bien, dijo Camus, os declaro suspenso de todas vuestras funciones; ya no sois general; prohibo que se os obedezca, mando que os arresten, y sello vuestros papeles.» El sordo murmullo del estado mayor y el movimiento de los oficiales que se acercaban con la mano en la espada para cubrir á su general, hicieron ver á los comisionados que su voz era desconoci-

da, y que tal vez corria peligro su vida; pero la habian consagrado á su deber. «Esto es demasiado, dijo Dumouriez; es preciso poner término á tanta audacia, y mandó en aleman á los húsares que entrasen. Arrestad esos cuatro hombres, dijo al oficial que los mandaba, que no se les haga daño; arrestad tambien al ministro de la Guerra, pero que se le dejen sus armas.—¡General Dumouriez, exclamó Camus, perdeis la república!» Los húsares se llevaron á los comisionados de la Convencion, y en los carruages que se habian preparado durante la conversacion, los condujeron á Tournay escoltados por un escuadron del mismo cuerpo, y fueron entregados en rehenes al general austriaco Clairfayt.

XXI.

Inmediatamente, despues de esta accion que rasgaba el último velo de sus maquinaciones, Dumouriez pidió nuevas conferencias á los generales enemigos para concertar su marcha con la suya. Al día siguiente montó á caballo y fué á su campamento; arengó á los soldados presentándoles el suceso de la vispera como un atentado de los jacobinos que intentaban quitar el general á su ejército y el padre á sus hijos. Las tropas respondieron á su general con aclamaciones, pues la humillacion de la ley civil ante el sable complace siempre al soldado. Dumouriez, para probar mejor su confianza en el cariño de sus tropas, durmió en el campamento; era su proyecto llevar las tropas á Orcbiés, desde donde hubiera podido amenazar á la vez á Lila, Douai y Bouchain; queria tambien asegurarse de Condé, prenda que habia prometido entregar á los austriacos, y salió de Saint-Amand el 4 de abril para llevar á efecto este primer acto de su traicion.

Cincuenta húsares debian formar su escolta, pero se

hicieron esperar. Montó á caballo acompañado solo del duque de Chartres, del coronel Thouvenot del ayudante general Montjoia, de sus ayudantes de campo y de ocho húsares de ordenanza, tomando con estos treinta caballos el camino de Condé. Habia dejado orden en el campamento de que su escolta siguiese aquel mismo camino, cuando estuviese pronta. De este modo marchaba perfectamente seguro, calculando en su imaginacion las probabilidades desesperadas de su empresa, cuando á media legua de Condé, un ayudante de campo del general Neuilly, que mandaba en aquella ciudad, vino á anunciarle de parte de su general la fermentacion de la guarnicion y la dificultad de contener las tropas: estas principiaban á conocer que se las habia vendido: estando indignadas con las sospechosas conferencias de sus generales y los enemigos, decian en alta voz que respondian á su patria de Condé, y que no dejarian entrar en la plaza ningun cuerpo nuevo que pudiese comprometer su defensa. Dumouriez, apeándose á la orilla del camino, reflexionó sobre la gravedad de un incidente que desconcertaba su proyecto: en el mismo momento pasaron delante de él tres batallones de voluntarios, que se dirigian á Condé por su propia voluntad y con su artilleria: el oficial que los mandaba fué despues el mariscal Davoust. Dumouriez, admirado con un paso que no habia mandado, hizo algunas preguntas con viveza á los oficiales y los mandó detenerse.

XXII.

Los batallones hicieron alto; Dumouriez se separó unos cien pasos del camino é iba á entrar en una cabaña para escribir una orden, cuando los tumultuosos gritos que salian del seno de los batallones, y un movimiento

súbito y confuso de la columna que retrocedía, le advirtieron que ya era tiempo de pensar en su seguridad. Los voluntarios, inspirados repentinamente al ver á Dumouriez y la incoherencia de las órdenes y contra-órdenes, iban á confundir la traición, apoderándose de los traidores. Algunos, apuntando ya al general, le amenazaban con hacerle fuego sino los esperaba; Dumouriez monta precipitadamente á caballo, huye á galope atravesando los campos con su débil escolta, oyendo las imprecaciones y los tiros: un caual que rodeaba un terreno fangoso detiene su caballo, y una granizada de balas diezma el grupo que le rodea; dos húsares son heridos de muerte; dos criados que llevaban la carterá y la capa del general, caen á su lado; Thouvenot, á quien mataron el caballo, salta á la grupa del valiente Bautista: entonces el general abandona su caballo de batalla, que corre espantado hácia los batallones, y fué conducido en triunfo por ellos á Valenciennes: la mas jóven de las hijas de Ferring, queda también á pie: su hermana Felicidad se apea y da su caballo á Dumouriez: las dos jóvenes se lanzan de un salto al otro lado del canal, y montan en los caballos de reserva del duque de Chartres. Cantin, el secretario del general, cae al atravesar el foso, bajo el cuerpo de su caballo. Cinco hombres y ocho caballos muertos, uno prisionero, los equipages y los papeles secretos del general quedan en el canal. El resto de la comitiva huye á escape, atravesando los pantanos, separado de los campamentos de Breuille, á los que Dumouriez quería reunirse, y es perseguido hasta el Escalda por las balas de los voluntarios. Las dos jóvenes amazonas que conocian los pasos, condujeron al general hasta la barca, en que atravesó el rio con ellas y el duque de Chartres: los caballos fueron abandonados; el resto de la comitiva que no cupo en la barca, huyó por la orilla del Escalda y llegó al campamento de Maulde. Bautista difundió allí la noticia del asesinato de su general, cometido por los

voluntarios insurreccionados, y reanimó en favor de Dumouriez el antiguo cariño de sus tropas de línea.

A pesar de todo, el general despues de haber pasado el Escalda, emprendió la marcha á pie, estenuado de fatiga por los terrenos fangosos inmediatos al rio: llamó á la puerta de una pequeña casa de campo, donde le negaron la entrada al pronto; pero habiendo dicho sus compañeros quien era, le dieron hospitalidad y algun alimento aquellos mismos belgas, á quienes acababa de conquistar seis meses antes. Bautista al anocheecer se reunió con él, y le hizo saber la indignacion del campamento, sublevado de nuevo en su favor; por la noche llegó Mack, y dió al general fugitivo una escolta de cincuenta dragones imperiales, que le condujo á su campamento de Maulde. Exceptuando algunos rostros recelosos y algunas miradas en que se advertía la lucha de la sospecha con la adhesion, todos los cuerpos recibieron á Dumouriez, como un gefe adorado aun. Habiendo vuelto á llamar á su inmediacion el regimiento de los húsares de Bercheny y algunos escuadrones adictos de coraceros y de dragones, se adelantó á la cabeza de aquella caballería hasta Rumigies, á una legua de su campamento de Saint-Amand; creía haber vuelto á hacerse dueño de su ejército, y se obstinaba en llevar adelante el plan de sorpresa de Condé, que se habia frustrado la vispera.

Peró la artillería del campamento de Saint-Amand, con la falsa noticia de la muerte de Dumouriez, ahogado en el Escalda, habia espulsado á sus generales, enganchado sus piezas y emprendido su marcha á Valenciennes. Divisiones enteras, deponiendo ó llevándose á sus oficiales, abandonaron aquel campamento, en que la perfidia de su general en gefe les hacia servir de instrumento á tramas desconocidas.

Al saber estas noticias, que llegaban unas tras otras á Rumigies, Dumouriez dejó caer la pluma con que escribía las órdenes á su desvanecido ejército; conoció la de-

bilidad de un hombre contra su patria y la de una intriga contra una revolución; montó á caballo con los dos hermanos Thouvenot, el duque de Chartres, el coronel Montjoie, el teniente coronel Barrois. Mr. de Fernig y sus dos hijos, y se fué sin escolta á Tournay, donde le acogió el general Clairfayt, no como un general enemigo, sino como un aliado desgraciado. El cariño que Dumouriez habia sabido inspirar á sus soldados era tal, que los ochocientos hombres del regimiento de Berchony y los húsares de Sajonia se reunieron espontáneamente con él en Tournay. Estos soldados prefirieron la vergüenza del nombre de tráfugas al dolor de separarse de su general.

Un resto del ejército francés dividido en pequeñas partidas y apenas reunido en las plazas fuertes, permaneció espuesto á los premeditados golpes de Clairfayt. La sangre de los soldados fué entregada por el general, pero los tráfugas no llevaron al enemigo el tesoro del ejército: Dumouriez exhausto de recursos se confió á la casualidad y al reconocimiento de los soberanos coligados; cuando llegó á Tournay solo tenia algunas monedas de oro en su bolsillo, hallándose en el mismo caso todos sus compañeros de fuga. El duque de Chartres, Thouvenot, Nordmann, Montjoie, el fiel Bautista y hasta las dos intrépidas heroínas Fernig, comprometidas sin crimen en una desercion que para ellas se parecia á la fidelidad, escotaron sin saberlo Dumouriez, y fueron los primeros que le ofrecieron el amargo pan del destierro.

XXIII.

Tal fué el desenlace de este drama político y militar, que habia elevado en sus años á Dumouriez, á la altura de los mas grandes hombres para hacerle descender de

repente hasta el nivel del mas miserable aventurero. La elevacion de sus sentimientos, no correspondia á la grandeza de su valor ni á la estension de su talento: educado en medio de las lijerezas de las cortes, y demasiado acostumbrado por su vida de diplomático, á ver el reverso de las cosas políticas y á atribuir los grandes resultados á pequeñas causas, no tuvo ni bastante madurez para comprender la república, ni la magnanimidad de servir-la arriesgando su cabeza. Representó el papel de grande hombre y solo lo fué á medias, su sangre derramada por la libertad sobre un campo de batalla ó sobre un cadalso por la ingratitud de la república, hubiera clamado en la posteridad por una eterna venganza, y consagrado por todos los siglos una de las mas bellas memorias de la revolucion. Su vida salvada por una defeccion, y su traicion descubierta, esparcen la sombra del resentimiento sobre el brillo de sus campañas y batallas. Su nombre no es, por decirlo así, mas que una luminosa aparicion en la historia y un deslumbramiento de la patria. Hombre dotado de tacto político, de brazo de héroe y de corazon de intrigante, es sensible no poder admirarle enteramente; pero la tristeza se mezcla con el entusiasmo en la impresion que causa su nombre; evitase pronunciarle entre los nombres gloriosos de la patria, porque no hay afrenta mayor para el espíritu humano, que el espectáculo de los grandes destinos entregados á almas pequeñas, y de las grandes cualidades que no se respetan. La obra de los pueblos exige hombres graves como el pensamiento que los agita. El crimen en las revoluciones ofende menos el ánimo que la superficialidad; cuanto mas culpable y odioso el crimen es, sin embargo, un contrasentido menor en las catástrofes humanas.

Desde aquel día Dumouriez maldecido en su país, tolerado en el extranjero, anduvo errante de reino en reino, sin hallar una patria; objeto de una desdenosa curiosidad, casi indigente, sin compatriotas y sin familia, pensionado por la Inglaterra, causaba lástima á todos los partidos. El cielo, como para castigarle mas, le destinaba una larga vida, y le habia dejado todo su genio para que le atormentase en la inacción. No dejó de escribir memorias y planes militares para todas las guerras que la Europa hizo á la Francia por espacio de treinta años; ofreció su espada, rehusada siempre á todas las causas. Ya viejo é inoportuno, fijando su residencia ora en Alemania, ora en Inglaterra, no se atrevió á abandonar su destierro ni aun cuando la Francia se abrió á los proscripciones de todos los partidos, pues temió que el mismo suelo le echase en cara su traición. Murió en Londres; su patria dejó sus cenizas en tierra extranjera, y ni siquiera levantó su tumba vacía en el campo de batalla donde habia salvado á su país.

LIBRO TREINTA Y OCHO.

Sucesos en lo interior. — Marat. — Organización de los comités. — Instituciones populares. — Sediciones. — Asignados. — Consideraciones. — El maximum. — Decreto de acusación contra Marat. — Lyon. — La Vendée. — El ejército. — Danton en la frontera. — Robespierre. — Los girondinos. — Comité insurreccional. — Muerte de la mujer de Danton. — Los veinte y dos diputados girondinos. — Complot entre ellos. — Danton. — Discurso. — El tribunal revolucionario. — Vergniaud. — Discurso. — Los girondinos rechazan las proposiciones de Danton. — Comité de salvación pública. — Madama Roland.

I.

Reanudemos el hilo de los acontecimientos del interior, que hemos suspendido para no hacer difuso este relato.

La concesion que hicieron los girondinos de la cabeza del rey no habia ahogado los gérmenes de disension en el gobierno: los partidos se confundieron un momento, pero no estaban unidos. La debilidad no desarma, anima á nuevas exigencias. Los girondinos, entregando la vida del rey, se habian despojado de la única fuerza de opinion que podia luchar por ellos en la nacion y fuera de ella. Una vez revelado el secreto de su debilidad, se sa-

Desde aquel día Dumouriez maldecido en su país, tolerado en el extranjero, anduvo errante de reino en reino, sin hallar una patria; objeto de una desdenosa curiosidad, casi indigente, sin compatriotas y sin familia, pensionado por la Inglaterra, causaba lástima á todos los partidos. El cielo, como para castigarle mas, le destinaba una larga vida, y le habia dejado todo su genio para que le atormentase en la inacción. No dejó de escribir memorias y planes militares para todas las guerras que la Europa hizo á la Francia por espacio de treinta años; ofreció su espada, rehusada siempre á todas las causas. Ya viejo é inoportuno, fijando su residencia ora en Alemania, ora en Inglaterra, no se atrevió á abandonar su destierro ni aun cuando la Francia se abrió á los proscripciones de todos los partidos, pues temió que el mismo suelo le echase en cara su traición. Murió en Londres; su patria dejó sus cenizas en tierra extranjera, y ni siquiera levantó su tumba vacía en el campo de batalla donde habia salvado á su país.

LIBRO TREINTA Y OCHO.

Sucesos en lo interior. — Marat. — Organización de los comités. — Instituciones populares. — Sediciones. — Asignados. — Consideraciones. — El maximum. — Decreto de acusación contra Marat. — Lyon. — La Vendée. — El ejército. — Danton en la frontera. — Robespierre. — Los girondinos. — Comité insurreccional. — Muerte de la mujer de Danton. — Los veinte y dos diputados girondinos. — Complot entre ellos. — Danton. — Discurso. — El tribunal revolucionario. — Vergniaud. — Discurso. — Los girondinos rechazan las proposiciones de Danton. — Comité de salvación pública. — Madama Roland.

I.

Reanudemos el hilo de los acontecimientos del interior, que hemos suspendido para no hacer difuso este relato.

La concesion que hicieron los girondinos de la cabeza del rey no habia ahogado los gérmenes de disension en el gobierno: los partidos se confundieron un momento, pero no estaban unidos. La debilidad no desarma, anima á nuevas exigencias. Los girondinos, entregando la vida del rey, se habian despojado de la única fuerza de opinion que podia luchar por ellos en la nacion y fuera de ella. Una vez revelado el secreto de su debilidad, se sa-

bia de antemano la última palabra de su resistencia, y no se iba á dilatar el pedirsela.

Sin embargo, satisfechos con la gran victoria que acababan de conseguir sobre sus adversarios, los jacobinos dejaron respirar por un momento á sus enemigos. Hasta se estableció un cierto acuerdo en apariencia entre los comités de la Convencion y la municipalidad de París, para refrenar los excesos y concentrar una fuerza grande en el gobierno. Se pusieron de acuerdo para hacer volver á entrar en su cauce el flujo popular que acababa de sumergir el trono.

II.

Se mantenía Danton retirado en una reserva y una altiva independencia, que parecía deber convertirle en árbitro de los partidos. Robespierre aguardaba que viniese una nueva crisis para levantarle y llevarle mas lejos y á mas altura. Ni uno ni otro fomentaban entonces los desórdenes y las agitaciones; sin objeto, de la multitud: solo un hombre en la Convencion turbaba la concordia aparente de todas las voluntades. Este hombre era Marat, verdadera encarnacion de la anarquía. Danton personificaba la fuerza convulsiva que trata de salvar las naciones, inspirándolas accesos de patriotismo llevados hasta el asesinato; Robespierre, la obstinacion de la fé filosófica, que marcha á su fin á través de todos los acontecimientos. Marat personificaba en sí aquellos sueños vagos y febriles de la multitud que sufre, que gime y se agita en el fondo de todas las sociedades: clase que sin voz para dejarse oír, sin accion regular para hacerse lugar, se conmueve como un elemento al soplo de todas las facciones, se fanatiza con mentidas esperanzas, cambia

sus decepciones en furor, y destruye sin cesar los gobiernos, sin haber podido aun romper las condiciones del trabajo, de la opresion y de la miseria, que la retienen en la degradacion. Marat era el representante del proletariado moderno, especie de esclavitud templada por el salario; introducía sobre la escena política aquella multitud, hasta entonces relegada en su impotencia y envilecida en sus andrajos. La pasion que inclinaba á Marat á representar aquel papel no era solo la de dominar; era tambien la de la rehabilitacion de las clases que sufren, y degradadas de la especie humana. Había adoptado esta causa desesperada, y quería que en lo sucesivo se la diese su nombre; quería libertar de sus males á las clases que padecen, y volver contra las opulentas todas las plagas que pesaban desde hacia tantos siglos sobre la parte oprimida del pueblo; aspiraba á restituirla su puesto en el bienestar á que pretendía conducir á los proletarios; pero los conducía como á bárbaros, que hacen una invasion con el hierro y el fuego en la mano en sus derechos reconquistados, y que no saben proporcionarse un lugar sobre la tierra sino incendiando y esterminando todo lo que la ocupaba antes que ellos.

Marat, desde el 10 de agosto no solo hacia resonar su voz desde los subterráneos que habitaba, como un gemido exhalado del fondo del pueblo, sino que se mostaba con afectacion en la multitud, en los Jacobinos, en los Franciscanos, en el ayuntamiento, en las secciones y en todos los tumultos á emanciparse de la tutela de Danton, que mucho tiempo había deseado y sufrido, y principiaba á disputar á Robespierre los aplausos de los jacobinos, pues prometía al pueblo el reynado de leyes populares que repartirian con mas equidad el bienestar social entre todas las clases. Marat ofrecía completos trastornos y próximos despojos. Uno contenía al pueblo por su razon, el otro le arrastraba por su locura; Robespierre debía de ser mas respetado y Marat mas temido. Conocía este pa-

pel, y he aquí en que términos se caracterizaba el mismo en el *Amigo del pueblo*.

III.

«Perdóñenme mis lectores si hoy les hablo de mí; no lo hago por amor propio ni por fatuidad, sino por deseo de servir mejor la causa pública. ¿Por qué tener por un crimen presentarme tal como soy, cuando los enemigos de la libertad no dejan de hacerme pasar por un loco, por un antropófago, por un tigre deseoso de sangre, con objeto de impedir el bien que yo podría hacer? Habiendo nacido con un corazón sensible, una imaginación de fuego, un carácter ardiente, franco y tenaz, con un ánimo recto, un corazón abierto á todas las pasiones exaltadas, y sobre todo al amor de la gloria; educado con los más tiernos cuidados en la casa paterna, he llegado á la edad viril, sin haberme abandonado nunca al ardor de mis pasiones. A los veinte y un años aun estaba puro, y me había dedicado desde hacia mucho tiempo al estudio y á la meditación.

«Debo á la naturaleza el temperamento de mi alma; pero á mi madre el desarrollo de mi carácter, pues hizo nacer en mi corazón el amor de la justicia y de los hombres. Por mis manos hacia pasar los socorros que daba á los indigentes; el acento del interés que tenía al hablar á los miserables, me inspiró desde muy joven la ternura que ella les manifestaba. A los ocho años tenía ya formado el sentido moral, y á esta edad no podía mirar con calma los malos tratamientos que se daban á mis semejantes. El aspecto de una crueldad me llenaba de indignación; el espectáculo de una injusticia hacia latir mi corazón como si fuese un ultraje personal.

«Durante mi primera juventud, mi cuerpo fué débil;

no conocí ni la alegría, ni el aturdimiento, ni los juegos infantiles, docil y aplicado, todo lo obtenían de mis maestros por la dulzura, habiendo sido castigado solo una vez: tenía entonces once años, el castigo era injusto, me habían encerrado en un cuarto, abrí la ventana y me arrojé á la calle.

«El amor de la gloria fué en todas las edades de mi vida mi pasión principal: á los cinco años hubiera querido ser maestro de escuela; á los quince profesor, á los diez y ocho autor, y á los veinte y cinco creador, como hoy ambiciono la gloria de inmolarme por mi patria. Pensador desde mi adolescencia, el trabajo intelectual ha venido á ser mi única necesidad, hasta en las enfermedades. He hallado mis más dulces placeres en la meditación, en esos momentos pacíficos en que el alma contempla con admiración el espectáculo de los cielos, ó cuando concentrada en sí misma parece esoucharse en silencio, pesar en la balanza de la verdadera felicidad lo vano de las grandezas humanas, penetrar el sombrío porvenir, buscar al hombre más allá de la tumba, y sentir una inquieta curiosidad sobre los destinos eternos.

«He pasado veinte y cinco años en el retiro, leyendo y meditando sobre los mejores libros de moral, de filosofía y política, para deducir de ellos las mejores consecuencias. En ocho volúmenes de investigaciones metafísicas, y veinte de descubrimientos sobre las ciencias físicas, he experimentado en mis investigaciones un sincero deseo de ser útil á la humanidad, un santo respeto por la verdad, y el sentimiento de los límites de la humana sabiduría: los charlatanes del cuerpo científico, los d'Alambert, los Condorcet, los Laplace, los Lalande, los Monge y los Lavoisier, querían brillar exclusivamente. Yo ni aun podía publicar los títulos de mis obras; gemía desde hace cinco años en esta cobarde opresión, cuando se anunció la revolución convocando los Estados generales. Pronto calculé á donde llegarían las cosas, y principié á res-

pirar con la esperanza de ver al fin la humanidad vengada, concurrir á romper sus cadenas, y subir á ocupar mi verdadero puesto.

«No era esto aun mas que un bello ensueño que estuvo próximo á desvanecerse. Una enfermedad cruel me amenazaba concluirle en la tumba; pero no queriendo dejar la vida sin hacer algo por la humanidad, compuse sobre mi lecho de dolor *«La ofrenda á la patria...»* Vuelto á la vida solo me ocupé de los medios de servir la causa de la libertad; y me acusan de ser un malvado vendido, cuando podia reunir millones solo con vender mi silencio, y gimo en la miseria!...»

IV.

Estas líneas revelaban en el alma de Marat un frenesí de gloria, una perpétua explosión de venganza contra las desigualdades sociales y un amor por las clases que sufren, pervertido hasta la ferocidad contra los ricos y los felices.

Una sed tal de justicia absoluta y de nivelamiento repentino, no podia saciarse sino con sangre. Marat no cesaba de pedirla al pueblo, como consecuencia de aquel endurecimiento de alma que goza en inmolar con el pensamiento lo que resiste á la inflexibilidad de sus sistemas.

Su vida era pobre y laboriosa como la indigencia que representaba. Vivía en un cuarto mezquino de una casa oscura de la calle de los Franciscanos, manteniéndose con su pluma. Un trabajo infatigable de cabeza, una cólera crónica y prolongados desvelos, inflamaban su sangre, hundían sus ojos, ponían amarillenta su piel, y daban á su fisonomía el ardor enfermizo y los temblores nerviosos de la fiebre; lo mismo prodigaba su vida, que

la de los demas; hasta cuando sus largas y frecuentes enfermedades le retenían en cama, no cesaba de escribir con la rapidéz del rayo todos los pensamientos repentinos que el ardor de sus ensueños hacia subir á su imaginación. Los cajistas llevaban una á una á la imprenta las hojas empapadas en su odio; una hora despues, los vendedores públicos y los anuncios pegados á las esquinas de las calles, los publicaban en todo París. Su vida era un diálogo continuo y furioso con la multitud. Parecía que miraba todas sus ideas como inspiraciones, y las recogía apresuradamente como las fascinaciones de la Sibila ó los pensamientos sagrados de los profetas. La muger con quien vivía, le consideraba como un bienhechor desconocido del mundo, cuyas confidencias recibía primero que otro alguno. Marat, brutal é injurioso para todo el mundo, suavizaba su acento y daba dulzura á sus miradas con aquella muger, llamada Albertina. No hay hombre tan desgraciado ó tan odioso en la tierra, á quien la suerte no haya unido una muger en su obra, en su suplicio, en su crimen ó en su virtud.

Marat tenia, como Robespierre y como Rousseau, una fé sobrenatural en sus principios; respetábase á si mismo en sus quimeras como á un instrumento de Dios: habia escrito un libro en favor del dogma de la inmortalidad del alma: su biblioteca se componia de unos cincuenta volúmenes filosóficos, puestos en una tabla de pino clavada á la pared desnuda de su cuarto. Se notaban entre ellos á Montesquieu y Raynal hojeados con frecuencia: sobre la mesa tenia siempre abierto el Evangelio. «La revolucion, decía á los que se admiraban de ello, está toda en el Evangelio; en ninguna parte ha sido mas enérgicamente defendida la causa del pueblo; en ninguna se han lanzado mas maldiciones á los ricos y á los poderosos de este mundo. Jesucristo, repetía con frecuencia, inclinándose con respeto al decir este nombre; Jesucristo es el maestro de todos nosotros.»

Eran muy pocos los amigos que visitaban á Marat en su triste soledad; Armandville, el septembrista de Amiens, Pons de Verdun, poeta adulador de todos los poderes, Vincent, Legendre, y algunas veces Danton, porque este, que durante mucho tiempo habia protegido á Marat, principiaba á temerle. Robespierre le despreciaba como un vergonzoso capricho del pueblo; le envidiaba, pero no se prostituia tanto á mendigar su popularidad. Cuando Marat y él pasaban cerca en la Convencion, se dirigian miradas injuriosas y de mútuo desprecio. «Cobarde hipócrita!» decia Marat. «¡Vil malvado!» murmuraba Robespierre. Pero ambos unian su odio contra los girondinos.

El destrozado traje de Marat en aquella época, contrastaba tambien con el traje decente de Robespierre. Una chaqueta de color oscuro llena de remiendos, las mangas vueltas como las de un obrero que dejaba su trabajo; unos calzones de terciopelo manchados de tinta; medias de lana azul; zapatos alados en el empeine con cuerdas; una camisa sucia y que descubria el pecho; el pelo ceñido sobre las sienes y anudado atrás con una tira de cuero; un sombrero redondo de alas muy anchas caído sobre los hombros; tal era el aspecto que presentaba Marat en la Convencion. Su cabeza de un grueso desproporcionado para su pequeña estatura, su cuello inclinado sobre el hombro izquierdo, la continua agitacion de sus músculos, la sonrisa sardónica de sus labios, la provocadora insolencia de su mirada y la audacia de sus apostrofes le hacian notable. La humildad de su exterior no era mas que el anuncio de sus opiniones. El sentimiento de su importancia aumentaba en él, con el sentimiento de su poder; amenazaba á todos sin exceptuar á sus antiguos amigos; ridiculizaba á Danton por su lujo y por sus inclinaciones voluptuosas. «Danton, decia á Legendre, repite sin cesar que soy un chismoso que trastorno todos los negocios. En otro tiempo he pedido la

dictadura para él porque le creia capaz de ella, pero se ha afebinada en las delicias; los despojos de la Bélgica y sus comisiones le han embriagado, y hoy es un personaje demasiado importante para bajarse hasta mí. Camille Desmoulins, Chabot, Fabre de Eglantine y todos sus aduladores me desdeñan; pero el pueblo y yo los vigilamos.»

V.

La Convencion se esforzó durante algun tiempo por medio de la organizacion de sus comités, en clasificar los conocimientos, las aptitudes y el desinterés individuales que habia en ella, y en aplicar á cada uno de sus miembros á las funciones para las que su naturateza, sus facultades y sus estudios parecian designarle. Esto era el gobierno y la admiñstracion, nombrados por decirlo así, por la aclamacion pública. La Constitucion, la instruccion pública, la hacienda, los ejércitos, la marina, la diplomacia, la seguridad general de los ciudadanos y la salvacion del Estado en fin, esta atribucion suprema que da á una nacion la soberania de sus propios destinos, formaron otros tantos comités distintos, donde se elaboraban en discusiones íntimas y en profundas relaciones, las diferentes materias del gobierno, de economía política y de administracion. De este modo la Convencion utilizaba todas las actitudes concentrándolas sobre los objetos especiales de su competencia. Reservaba para las sesiones públicas las grandes luchas de teorías ó de pasiones políticas que conmovian el imperio y hacian triunfar ó sucumbir alternativamente á los partidos; pero el nervio de la administracion interior ó de la defensa esferior fué confiado á los comités. Este resorte continuaba obrando sordamente mientras la Convencion parecia desgarrarse por sus convulsiones públicas.

En un país acostumbrado despues de tantos siglos á la unidad y á la arbitrariedad del gobierno monárquico, la primera necesidad, el primer pensamiento de la Convención fué la organización del gobierno republicano. Llamó al comité de Constitución á los hombres que suponía dotados en mas alto grado del genio ó de la ciencia de las instituciones humanas: no hizo acepción de partido sino de mérito en estas primeras elecciones. Los girondinos dominaban en ellas; pero mas por el título de sus conocimientos que por el de facción. Sieyès, Tomás Payne, Brissot, Pelion, Verguiau, Gensonné y Barrere, eran los que comunicaban el entusiasmo fingiéndole, y en fin, Condorcet y Danton. Robespierre odiado por los girondinos y sospechándole partidario de la anarquía, no fué elegido. Se creyó profundamente humillado y espermentó un resentimiento que ocultó bajo la máscara del desprecio.

VI.

El comité de Instrucción pública, el mas importante despues del de la Constitución, en un momento en que era necesario transformar las costumbres del pueblo, como se cambiaban sus leyes, se componía de los filósofos, de los literatos y de los artistas de la Convención. Condorcet, Prieur, Chenier, Herault de Sechelles, Lanjuinais, Romme, Lanthenas, Dusaulx, Mercier, David, Lequinio y Fauchét eran los principales miembros. Cambon reinaba en el comité de la Hacienda; era jacobino por su pasión á la república, girondino por su odio á los anarquistas, probo como la mano del pueblo en su propio tesoro, é inflexible como una cifra. El comité de Salvación pública, que debía absorber todos los otros, y sobreponerse á todas las leyes como la fatalidad, no se organizó hasta dos meses despues, y solo duró seis.

Mientras estos comités preparaba en silencio la Constitución y los sistemas de educación, de guerra, de hacienda y de beneficencia pública, la agitación del pueblo de París llamaba sin cesar á la Convención á lo urgente y á lo imprevisto. La guerra y el hambre impulsaban igualmente al pueblo á la sedición. Por una fatal coincidencia, los años de tumultos para la Francia lo habían sido de esterilidad para la tierra; los inviernos largos y crudos habían helado los trigos; todas las estaciones habían sido rigurosas, y podía decirse que hasta los elementos combatían contra la libertad. El terror pánico, exagerando la escasez de los granos, había llenado de sospechas la imaginación pública; los ríos estaban helados, la leña muy escasa, el pan muy caro, y el subido precio de todas las subsistencias presentaba la miseria y la muerte bajo la forma que aterra mas al pueblo: el hambre. A los jornaleros les faltaba trabajo; el lujo había desaparecido con la seguridad que le hace nacer; los ricos aparentaban la indigencia para evitar la espoliación; los nobles y los clérigos habían llevado al huir, ó enterrado en las bodegas y paredes de sus casas, una parte considerable de oro y de la plata acuñados, signos del valor, medios de cambio, móviles de circulación, y fuentes del trabajo y del salario. Las confiscaciones y los secuestros paralizaban entre las manos de la república una masa inmensa de tierras incultas y de casas inhabitadas.

Para suplir al oro y la plata, que parecían haberse agotado de repente, la Asamblea constituyente creó una moneda de papel con el nombre de *asignados*. Esta moneda de confianza, si el pueblo hubiese querido comprenderla y adoptarla, hubiera producido los mismos efectos que la moneda metálica, multiplicando las transacciones entre los particulares, alimentando el trabajo, pagando los impuestos y representando el precio de las tierras. Una moneda, digan lo que quieran los economis-

tas, nunca tiene mas valor que el de la convencion que la ha creado y el del crédito que la lleva consigo. Basta que la proporción entre las cosas compradas y el signo que las compra, no puede ser repentina y arbitrariamente cambiada por una multiplicación desordenada de este signo monetario; el precio real y verdadero de todas las cosas se establece según esta proporción. Solo la ley, y una ley prohibida y prudente puede hacer la moneda: que haga moneda de oro, plata, cobre ó papel, poco importa, con tal que esta proporción sea religiosamente guardada, y el pueblo conserve confianza en la sinceridad y el crédito de este signo. La letra de cambio, moneda individual, que no tiene mas valor que la firma del que la crea, suple entre los particulares á un numerario incalculable: tiene todos los efectos del oro y de la plata; no mas que una moneda que puede hacer cualquiera, y que representa la confianza que se tiene en un individuo. ¿Cómo, pues, el Estado, que representa la fortuna y el crédito de todos, no podría hacer una moneda de papel, tan inviolable y acreditada como la de los simples ciudadanos?

VII.

Pero el pueblo estaba acostumbrado al oro, quería pesar y tocar su valor, y no tenía fé en el papel. Mientras que las verdades no se hacen costumbres, parecen lazos que se tienden al pueblo.

Además, el gobierno apremiado por necesidades que aumentaban sin cesar, habia multiplicado de repente el nuevo signo monetario de papel. De esto dimanó el desprecio del signo y la ocultación de la riqueza monetaria por aquel que la poseía ó la aceptaba: de esto procedieron también leyes implacables contra aquellos que rehusaban recibirla; por esta causa, en fin, se paralizó la cir-

culación, desmayó el comercio, ocasionando el peligro de los negocios, la suspensión de los cambios, la cesación del trabajo libre, la desaparición del salario, y la estenuación del jornalero: los propietarios y los ricos vivían de los productos directos de sus tierras, ó de sumas reservadas en oro ó en plata, de las que no dejaban salir de una mano avara, mas que la cantidad necesaria para satisfacer sus mas urgentes necesidades. Se cultivaba mal, se consumía poco, y no se construía nada; los coches y los caballos habian desaparecido; los muebles no se renovaban; los vestidos manifestaban el temor, la avaricia ó la miseria; la vida reducida á lo estrictamente necesario, escatimaba todo empleo y todo salario á esos innumerables artesanos, que alimentan las necesidades facticias de una sociedad tranquila.

VIII.

Los comerciantes de las grandes ciudades, esos intermediarios entre el consumidor que desea comprar barato, y el productor que quiere vender caro, añadían aun la usura de sus especulaciones y de su monopolio al precio de los géneros. El comercio se aprovechó de todo para enriquecerse, sin exceptuar el hambre; este no es solamente su vicio, sino su naturaleza; la sed del oro endurece como la de sangre.

Crecía diariamente una lucha violenta entre el pueblo bajo de París y el comercio al menudeo. El odio contra los especieros, espendedores de los consumos diarios de las masas, habia llegado á ser tan ardiente y sanguiinario como el que se profesaba á los aristócratas; las tiendas estaban sitiadas por tantas imprecaciones como los palacios; los continuos motines á las puertas de los panaderos, de las tabernas y de los especieros, impe-

dian el paso de las calles. Las turbas hambrientas, á cuya cabeza iban mugeres y niños, muestras de la miseria, salian todas las mañanas de los barrios populosos y de los arrabales para diseminarse por los barrios ricos, y situarse delante de las casas donde habia sospecha de que se encerraba el grano. Estas bandas rodeaban la Convencion, y hasta forzaban algunas veces las puertas para pedir á grandes gritos pan ó la rebaja violenta del precio de los géneros; las legiones de mugeres que habitan las orillas y los barcos del rio, y ganan su vida y la de sus hijos en lavar la ropa de una gran ciudad, venian á intimar á la Convencion que bajase el precio del jabon, elemento indispensable de su profesion, el del aceite, de las velas y de la leña necesaria para su casa.

Pedían el *maximum*, es decir, la tasa de las mercancías, el arbitraje del gobierno, colocado entre el comerciante y el consumidor, para moderar las ganancias de uno y favorecer las necesidades del otro. Si el pensamiento del *maximum* era legitima, su ejecucion era imposible. La justicia, que de este modo se creia dispensar al consumidor necesitado, podia á cada momento llegar á ser una injusticia ó una opresion respecto del comerciante; la ley iba á obrar á tientas y sustituir el arbitrio á la libertad de comercio. El *maximum* para ser justo, hubiera tambien debido cambiar con tanta frecuencia su cuota, cuantas fuesen las variaciones en los precios de adquisicion de las mercancías; por consiguiente nadie podia llegar á esta apreciacion, y era claro que quedaba destruida toda especulacion. Tal es el alma del comercio, que sujeto á estas intervenciones inquisitoriales debia cesar de abastecer á la Francia; el pueblo pedia, pues, la muerte de las transacciones. Estas disposiciones, vivamente condatadas por la clara razon de los girondinos, por Robespierre, por Hebert y hasta por Chaumette, iban á causar en los abastecimientos de Paris y en las relaciones del pueblo y del mercader, el trastorno y la escasez

que tenian por objeto precaver. Pero si el pueblo entiende pronto las cuestiones puramente politicas y las verdades nacionales, porque las comprende por el corazon y las resuelve por la pasion, es tarde para penetrar las cuestiones económicas, porque exigen la aplicacion de una inteligencia ejercitada y las luces de la esperiencia. La economia politica es una ciencia, y la politica no es mas que un sentimiento por lo cual es mas fácil estraviar por este lado las masas, sobre todo cuando la miseria y el hambre contribuyen á apasionar los solismas.

IX.

Habian adoptado fanáticamente esta causa del *maximum* Marat y los suyos, é impulsaban al pueblo por medio del hambre al repartimiento y al pillage de los ricos. Los periódicos de Marat tocaban todos los dias á rebato por el hambre.

«Es incontestable, decia en el *Amigo del pueblo* de 23 de febrero, que los capitalistas, los agiotistas, los monopolizadores, los comerciantes del lujo, los empleados de los embrollos, los ex-golillas, los ex-nobles, con muy pocas escepciones, y los dependientes del antiguo régimen, son los que echan de menos los abusos, de que se aprovechaban para enriquecerse con los despojos publicos. Siendo imposible cambiar su corazon, vista la inutilidad de los medios puestos en accion hasta el dia para atraerlos á su deber, y perdiendo la esperanza de ver á nuestros legisladores tomar las medidas oportunas para obligarlos á ello, veo que solo la destruccion total de esta raza maldita es lo único que puede devolver al Estado su tranquilidad: ahí los teneis redoblando su maldad para acarrear el hambre al pueblo por la elevacion extraordinaria del precio de los géneros de primera necesidad

y por la perspectiva de la miseria. El saqueo de los almacenes, á cuyas puertas se colgarian algunos agiotistas, pondria bien pronto fin á estas malversaciones, que reducen á cinco millones de hombres á la desesperacion, haciendo morir muchos miles de miseria. ¿No sabrán nunca los diputados del pueblo mas que perorar sobre sus males, sin presentarle nunca el remedio? Dejémoslos de leyes, porque es evidente que nunca han tenido efecto. Además, este estado de cosas no puede durar mucho tiempo; un poco de paciencia, y al cabo el pueblo conocerá esta grande verdad: que debe salvarse á sí mismo. ¡Los malvados que tratan de encadenarle y castigarle porque se ha deshecho de un puñado de traidores, en los dias 2, 3 y 4 de setiembre, tiemblen ser colocados en el número de los miembros podridos que conviene separar del cuerpo político!

«Infames hipócritas, que os esforzáis en perder la patria con pretexto de crear el reinado de la ley, ¡subid á la tribuna! ¡atreveos á denunciarme! ¡Con este papel en la mano estoy pronto á confundiros!»

X.

No era posible predicar en términos mas formales el pillage y el asesinato. Al día siguiente el pueblo, cuya tribuna de cuarenta mil voces era el periódico de Marat, obedeció á la señal de su apóstol; las bandas hambrientas salieron de los arrabales, de los talleres, de los lugares sospechosos, y se esparcieron como una invasion por las calles ricas de París; forzaron las puertas de las panaderías, allanaron los almacenes de los especieros, se distribuyeron, tasándolos, los géneros de primera necesidad, el pan, el jabon, el aceite, las velas, el café, el

azúcar, el queso, y saquearon despues algunas tiendas de comestibles.

Al otro día Barrere, como órgano de los centros, pidió que se vindicase la ley. «En tanto que yo sea representante del pueblo, dijo, haré imperturbablemente la guerra á los que violen las propiedades y coloquen el saqueo y el robo en el lugar de la moral pública, cubriendo estos crímenes con la máscara del patriotismo.»

El girondino Salles leyó en la tribuna la sangüinaria provocacion de Marat. «¡El decreto de acusacion contra ese monstruo!» gritan muchos diputados. Marat se lanza á la tribuna en medio de los aplausos de sus amigos, apostados por él desde por la mañana entre los espectadores. «Los movimientos populares que han tenido lugar ayer, dice mirando á Salles y á Brissot, son la obra de aquella faccion criminal y de sus agentes; ellos son quienes envian á las secciones emisarios para fomentar los tumultos; en la indignacion de mi alma he dicho que era necesario saquear los almacenes de los agiotistas y ahorcar á estos á la puerta de sus casas, único medio eficaz para salvar al pueblo, ¡y se atreven á pedir contra mí el decreto de acusacion!» Al oír esto, casi todos los que estaban en el salon se levantan indignados; las imprecaciones ahogan la voz del orador, pero Marat se sonrió despreciando aquellas almas débiles. «¡tubéiles!» dijo al bajar de la tribuna.

Larèveillère-Lepaux, hombre íntegro y neutral entre los partidos, atestigua la probidad de Roland y le justifica de las calumnias de Marat. «¿Es tiempo de saber, dice, si la Convencion sabrá decidirse entre el crimen y la virtud?—¿Quién se atreveria á defender á Marat? (Murmullos generales).—Yo, respondió Thuriot.—No quiero defensores, dice el *Amigo del Pueblo*, esto es una maniobra de la intriga que persigue en mí á la diputacion de París. Quieren alejarme de la Asamblea, porque les molesto descubriendo sus manejos.—Marat es crédulo,

dice Carra; por sus arrebatos trata con injusticia á sus amigos y desacredita á la Montaña.» Marat interrumpe á Carra: «El pérfido comentario de Carra se dirigirá únicamente á conducir al cadalso á los mejores patriotas.» Buzot pide irónicamente la palabra por Marat. «Soy bastante fuerte para defenderme, dice con audacia el acusado. —¿Por qué, continúa Buzot, acusareis á ese hombre? solo escribe en su diario lo que todos los días se dice en esta tribuna; no es mas que el órgano imprudente de las calumnias que sin cesar se vomitan contra nosotros y contra los mejores ciudadanos; no es mas que el precursor de aquella anarquía, que contiene en sus últimas plagas el trono! el decreto que diéseis contra él solo serviría para hacer importante á un hombre que no obra por sí mismo, sino que es el instrumento de los perversos.» Los murmullos de la Montaña se dirigen á Buzot, y cambian en furor contra los girondinos la indignación de que era objeto Marat. Salles, Valazé, Boileau, y Fonfrede piden el decreto de acusación; Baneal la espulsión, y Pereyres que se le declare demente. La Convencion en pie, se divide en dos grupos desiguales, de donde salen exclamaciones, burlas é invectivas. «¡Votacion nominal! grita Boileau, veamos al fin quienes son los amigos de Marat y los cobardes que no quieren declararse contra él. — Que hable, dicen otros, se le acusa y tiene el derecho de hablar.»

Marat, entonces dirigiéndose á los girondinos: «Aquí no hay, dice, ni justicia ni pudor.» Los girondinos se levantan, como si hubiesen sido un solo hombre, y parece quieren anonadar con los ademanes y la voz, la insolencia del orador. «Si, decretad mi acusacion, continúa Marat con una sonrisa retadora; pero al mismo tiempo decretad que están locos esos hombres de Estado.» Este era el título con que los demagogos de la municipalidad y el mismo Robespierre, calificaban á los amigos de Roland, Tallien, uno de los primeros discípulos de Marat, se

obstina en vano en defender á su maestro, pues las voces de los centros no permiten oír la de Tallien. La última frase que pronuncia Vergniaud hace que se envíe la acusacion á los tribunales ordinarios, y encarga al ministro de Justicia que persiga á los autores é instigadores del saqueo.

«Es una maldad » grita Marat; y sale protegido por los aplausos de la Montaña, que protegía al hombre al mismo tiempo que reprobaba sus doctrinas. Lo que quería en Marat era su enemistad contra los girondinos.

XI.

Pocos dias despues de estos desórdenes, llegó la noticia de los tumultos de Lyon y de la insurreccion en masa de la Vendée, primeros sintomas de la guerra civil. Estos sintomas estallaban en el momento en que Dumouriez flaqueaba y hacia traicion en las fronteras, y en que la anarquía destrozaba á Paris; pero la Convencion solo fijaba toda su atencion en las fronteras.

Allí los desastros se sucedian unos á otros; supiéronse sucesivamente los reveses de Custine en Alemania, la derrota del ejército del Norte, y las claras conspiraciones de Dumouriez. La España rompió las hostilidades, y la Convencion, despues de haber oído á Barrere, respondió sin titubear que se declarase la guerra á la corte de Madrid. La Convencion, lejos de disimular sus peligros á la nacion, buscó la salvacion en el mismo peligro, y los puso enteramente de manifiesto. Se nombraron al momento noventa y tres comisionadas, para llevar á las diferentes secciones de Paris la noticia de la derrota de nuestros ejércitos y de los peligros de nuestras fronteras. La municipalidad hizo enarbolar una bandera negra, señal de luto y de muerte, en lo alto de las torres de la

catedral. Los teatros se cerraron, y se tocó llamada, como un grito de guerra, durante veinte horas consecutivas, en todos los cuarteles. Muchos oradores ambulantes leyeron en las plazas públicas una proclama del consejo, que tomaba su impetuosidad del himno de los marseleses. ¡A las armas, ciudadanos! ¡a las armas! si tardáis, todo está perdido. Las secciones, de las que cada una se había convertido en una municipalidad que obraba, y en una Convención que deliberaba, votaron medidas que indicaban la desesperación. Pidieron la prohibición de la venta del numerario, la pena de muerte contra el comercio de la plata acuñada, la creación de un impuesto sobre los ricos, la destitución del ministro de la Guerra, la acusación contra Dumouriez y sus cómplices, y en fin la creación de un tribunal revolucionario para juzgar á Brissot, Petion, Roland, Bazot, Guadet, Vergniaud y á todos los girondinos, cuya pérdida moderación perdía la patria, con pretexto de salvar la legalidad.

XII.

Danton, tan pronto en la Convención como en los campamentos, sobreponiéndose á los dos partidos por el ímpetu de su carácter, impelió con la voz y el ademán al pueblo á las fronteras, y aparentó recomendar á la Convención la concordia, para concentrar toda la energía contra el extranjero. Robespierre, en nombre de los jacobinos, dirigió al pueblo una proclama en la que inculpaba á los girondinos por todos nuestros reveses. Los acusaba de haber sido los instigadores del saqueo, para deshonar las doctrinas populares, y afiliar á los ricos, los propietarios y los comerciantes en el partido de la contra-revolución; pidió una muralla de cabezas entre

la nación y sus enemigos, y desde luego las de los girondinos.

Pero á la sombra de este movimiento ostensible de los Jacobinos, de la municipalidad, de los Franciscanos y de las secciones, que fermentaba contra los gefes de la Convención, un conciliábulo subterráneo, algunas veces público y otras oculto, se ocupó en reunir é inflamar los elementos de una insurrección del pueblo contra la mayoría de la Convención. Este comite de insurrección se reunía, ora en un salon del ayuntamiento, ora en mas corto número, en una casa del arrabal de San Marcelo. A él pertenecían Marat, Dubois-Crancé, Duquesnoy, Drouet, Choudieu, Pache, alcalde de Paris, Chaumette, Hebert, Momoro, Paris, Dubuisson, el español Guzman, Proly, Pereires, Dopsent, presidente de la seccion de la Cité, uno de los organizadores de los degüellos de las cárceles; Hassenratz, Henriot y Dufouray. La mayor parte de los agentes secundarios eran hombres del 6 de octubre, del 20 de junio, del 10 de agosto y del 2 de setiembre; cuadro revolucionario, que la municipalidad había conservado. Estos hombres, dispuestos á todo, despues de haber obedecido el impulso de Petion y de sus amigos, estaban prontos á obedecer el de Pache, Marat y Robespierre; oleada revolucionaria cuya naturaleza era traspasar los limites continuamente, érales insoportable todo lo que propendia á fijar la revolución; se hallaban entre estos hombres de ejecución, Maillard, el presidente de los asesinatos de la Abadía; Cerat, que había dirigido los de los Carmelitas, y era entonces juez de paz de la seccion del Luxemburgo; Gonchon, el Danton del arrabal San Antonio; Varlet; el tintorero Malard, amigo de Billaud-Varennes; el peluquero Siret, que despues de la toma de la Bastilla, donde había ensayado su valor, no faltó á ninguno de los combates de la revolución; el curtidor Gibon, patriota seducido por Henriot, que confundía como éste, el patriotismo con el crimen; Lareynie, antiguo gran-vicario de Char-

tres, que persiguiera hasta el fin en la revolución, la ruina de las instituciones de que había abjurado; Alejandro, que afectaba en su arrabal el ascendiente militar; y por último, el zapatero Chalandon, presidente del comité revolucionario de la sección, y cuya protección mendigaba cobardemente el célebre abogado Target, frecuentando su mesa y redactando sus arengas.

XIII.

El comité de insurrección general se reunió el 6 de marzo por la noche, con más misterio que de costumbre. Solo fueron convocados á él los miembros dotados de resolución implacable y de una reserva á toda prueba. Estaban cansados del nombre de asesinos que Vergniaud y sus amigos les dirigían desde la tribuna, y esperaban que Danton, su antiguo cómplice, y sobre quien recaían las injurias de los girondinos, se uniría á ellos para esterminar á sus enemigos comunes; hallándose prontos á concederle la dictadura del patriotismo, esperaban por momentos volviere del ejército, donde había ido por tercera vez para tranquilizar de nuevo las tropas insurreccionadas.

XIV.

Danton, informado por una carta de su cuñado Charpentier, de la enfermedad de su esposa, había salido precipitadamente de Condé, para ir á recoger el último suspiro de la compañera de su juventud; pero la muerte había sido más veloz. Al bajar del coche, á la puerta de su casa, se le anunció que aquella acababa de espirar, y tratóse de alejarle de aquel funebre espectáculo; pero

Danton, que bajo la impetuosidad de sus pasiones políticas y desordenada vida, profesaba una ternura respetuosa á la madre de sus dos hijos, separó á los amigos que le disputaban la entrada de su domicilio; subió fuera de sí á su cuarto, corrió hacia el lecho; levantó el paño mortuario, y cubriendo de besos y de lágrimas el rostro medio yerto de su esposa, pasó toda la noche en gemidos y sollozos.

Nadie se atrevió á interrumpir su dolor, y á separarle de aquel lecho de muerte para llevarle á la sedición, teniendo que prorogarse los proyectos de los conjurados por falta de jefe. Sin embargo, Dubuisson arengó al comité y le demostró la urgencia de anticiparse á los girondinos que hablaban todos los días de vengar los asesinatos de setiembre. «Mueran dijo al concluir, esos hipócritas de patriotismo y de virtud!»

XV.

Los brazos levantados y muchos ademanes de muerte, fueron el silencioso aplauso que mereció el discurso de Dubuisson: se debatiéron los nombres de veinte y dos diputados girondinos, y sus cabezas fueron ofrecidas al sacrificio. Este número de veinte y dos correspondía por una especie de pena del talion, al de veinte y dos jacobinos que Dumouriez había prometido, dicen, entregar á la venganza de su ejército y á la cólera del estrangero. Unos propusieron colgar á Vergniaud, Brissot, Guadet, Petion, Barbaroux y sus amigos en las ramas de los árboles de las Tullerías; otros que se les condujese á la Abadía y renovar con ellos la justicia anónima de setiembre. Marat, cuyo nombre nada tenía que temer por una maldad más, y para quien la gloria era solo el brillo del crimen, dispuso toda clase de escrupulo. «Nos llaman bebedores de

sangre, dijo, pues bien, merezcamos este nombre bebiendo la de nuestros enemigos; la muerte de los tiranos es la última razón de los esclavos. César fué asesinado en pleno senado; tratemos, pues, lo mismo á los representantes traidores á la patria; sean inmolados sobre sus bancos, teatro de sus crímenes.» Mamin, que había paseado la cabeza de la princesa de Lamballe sobre una pica, se ofreció con algunos de sus compañeros para asesinar á los girondinos en su misma casa: Hebert apoyó este último partido. «La muerte sin estrépito aplicada en las tinieblas, vengará completamente de los traidores á la patria y mostrará la mano del pueblo, suspensa siempre sobre la cabeza de los conspiradores.» Se decidieron por este plan, sin escluir sin embargo la idea de Marat, si se presentaba la ocasión de un asesinato mas solemne en medio de los desórdenes, cuando el pueblo diese un asalto á la Convencion. Se distribuyeron á los agitadores los barrios que había que sublevar, y se fijó para la ejecución la noche del 9 al 10 de marzo.

XVI.

En tanto que los conjurados del comité de insurrección reclutaban sus fuerzas, una revelación fortuita informaba á los girondinos de la clase del complot fraguado contra su vida. El peluquero Siret, con la indiscreción ordinaria de los de su oficio, confió á Mauger, presidente de la seccion de la isla de San Luis, que al día siguiente, á medio día, los girondinos habrían dejado de existir. Mauger que era amigo de Kervelegan, diputado de Finisterre, y uno de los mas valientes de la facción de Roland, fué al anocheecer á casa de Kervelegan, y le suplicó, en nombre de su seguridad personal, que no fuese al día siguiente á la sesión de la Convencion, y

que no durmiese en su casa la noche del 9 al 10. Kervelegan, que aquella noche esperaba á cenar á los principales gefes de la Gironda, les comunicó el aviso de Mauger, y envió á prevenir á todos los diputados del mismo partido se abstuviesen de ir á la Convencion, y se ausentasen de sus casas durante el día y la noche siguientes. El mismo fué á casa de Gamon, uno de los inspectores de la sala, para tratar de las medidas necesarias á la seguridad de la Convencion: fué despues á despertar al comandante del batallon de los federados de Finisterre, que estaba en el cuartel, é hizo que aquella tropa tomase las armas. Ya estaban en marcha algunos grupos.

Louvet, el decidido acusador de Robespierre, vivía entonces en la calle de San Honorato, á poca distancia del club de los Jacobinos: sabia que en su primer levantamiento el pueblo le escogería por primera víctima. Hacía de antemano la vida de proscrito, pues salía solo para ir á la Convencion y siempre armado, pudiendo asilo en diferentes casas para pasar la noche, y frecuentando solo ocultamente la suya, para visitar á la jóven que se había identificado con su suerte. Esta jóven era Lodoiska, cuya belleza, valor y amor ha inmortalizado en sus escritos. Lodoiska, cuyos ojos espíaban sin cesar los menores sintomas, oyó poco despues de anocheecer un inusitado tumulto en la calle, y gritos que salían del seno de grupos mas numerosos que de ordinario, á la entrada de los Jacobinos. Corrió allá, penetró en el salon, y asistió sin ser conocida en las tribunas altas, donde era permitido entrar á las mugeres, á los siniestros preliminares de los atentados que se reservaban para aquella noche. Vió estallar la conjuración, designar el objeto, dar el santo, proferir los juramentos, apagar las luces y desenvainar los sabres. Al momento, confundíendose con la multitud, salió para advertir á su amante. Louvet, abandonando su retiro, corre á casa de Petion, donde estaban reunidos algunos de sus amigos, deliberando tran-

quilamente sobre los proyectos de decreto que se proponían presentar al día siguiente. Trabajo le costó á Louvet decidirles á que se abstuviesen de ir á la sesión de la Convención aquella noche. Vergniaud se negaba á dar asenso al crimen; Pelion, indiferente á su suerte, quería mas esperar en su casa que huir; los otros, se dispersaron y fueron á pedir hospitalidad hasta el día. Louvet corrió aquella noche de puerta en puerta, para advertir á Barbaroux, Buzot, Salle y Valazé, que se sustrajesen pronto al hierro de los asesinos. Brissot, informado de lo que pasaba, ya había ido á informar á los ministros, animándolos con su intrepidez.

XVII.

Mientras de este modo se libertaban los diputados girondinos de sus enemigos, las hordas que habían salido de los Franciscanos, armadas de pistolas y sables, se dirigieron á la imprenta de Gorsas, redactor de la *Crónica de París*, forzaron las puertas, rasgaron los periódicos, rompieron las prensas y saquearon los talleres. Gorsas, con una pistola en la mano, pasó sin ser conocido por medio de los asesinos que pedían su cabeza. Cuando llegó á la puerta de la calle, y la vió custodiada por hombres armados, escaló la pared del patio y se introdujo en una casa inmediata, desde donde se refugió en la sección.

Otra columna de unos mil hombres del pueblo, al salir de un banquete cívico que habían tenido en los portales de los mercados, se dirigió á la Convención, y desfiló por la sala gritando *Vivir libres ó morir!* Los bancos vacíos de los girondinos desconcertaron los proyectos de sus enemigos; pero aquellos, arrostrando los silbidos y las amenazas de la multitud y de los tribunos, fueron

al día siguiente á su puesto. Una reunion de cerca de cinco mil hombres de los arrabales, llenaba la calle de San Honorato, el patio del Picadero y el terraplen de los Fuldenses. Los sables, las pistolas y las picas se agitaban sobre las cabezas de los diputados en medio de los gritos de *Mueran Brissot y Pelion!* Fournier el americano, Varlet, Champion y los bullangueros conocidos del pueblo, pidieron las cabezas de trescientos diputados moderados, y se dirigieron en diputacion al consejo de la municipalidad para exigir que se cerrasen las puertas de París, y se proclamase la insurreccion. El consejo negó estas peticiones. El mismo Marat se declinó contra ellas, y reprendió á Fournier y á sus compañeros.

La Convención estuvo tan tumultuosa como el mismo pueblo. Cruzáronse los ultrages y las provocaciones. Barrere indeciso entre los girondinos y los montañeses, y por lo tanto tolerado por ambos partidos, adormeció un momento el furor general, divagando sobre las generalidades patrióticas, y protestando á la vez contra la aristocracia de los girondinos, contra la anarquía de los montañeses y contra la insurreccion municipal de París. «Se habló, dijo, de cortar esta noche cabezas de diputados. ¡Ciudadanos! las cabezas de los diputados están seguras, las cabezas de los diputados tienen por base todos los departamentos de la república; ¿quién se atreverá á tocarlas? El día de este crimen imposible se disolvería la república.» Unánimes aplausos siguieron al discurso de Barrere, que parecían garantir la vida de los representantes de la nacion contra los puñales del pueblo de París. Robespierre, presentó como remedio al mal, la concentracion del poder ejecutivo en los comités, é hizo presentar el comité de salvacion pública, es decir, la dictadura sin que interviniese la Convención.

«Las consideraciones generales que se os presentan son ciertas, dijo Danton; pero cuando un edificio arde, nadie atiende á los malvados que roban los muebles. Lo

primero es apagar el fuego ¿queremos ser libres? Si no lo queremos perezcamos, pues todos lo hemos jurado. Haced salir vuestros comisionados, marchen esta noche, y digan á la clase opulenta: es necesario que la aristocracia de Europa pague nuestra deuda, sucumbiendo á nuestros esfuerzos ó que vosotros la pagueis. El pueblo solo tiene sangre y la prodiga. Vamos, miserables, prodigad vuestras riquezas. (aplausos en la Montaña y en las tribunas.) Ved, ciudadanos, continúa Danton con una lisonomia, en que brilla la prevision profética de la felicidad pública; ved, ciudadanos los altos destinos que os esperan, ¿qué, tenéis una nacion entera por palanca, la razon por punto de apoyo y aun no habeis trastornado el mundo? (los aplausos suspenden un rato el fuego de su entusiasmo.) En circunstancias mas difíciles, cuando el enemigo estaba á las puertas de Paris, dije á los que gobernaban entonces. — Vuestras discusiones son mezquinas, yo no conozco mas que al enemigo, vencamos al enemigo. (Prolongados aplausos.) Vosotros que me fatigais con vuestras disputas particulares, continuó mirando alternativamente á Marat, Robespierre y los girondinos, en vez de ocuparos de la salvacion de la república, á todos os miro como traidores, á todos os coloco en la misma linea ¡qué me importa mi reputacion! sea libre la Francia, aunque sea ultrajado mi nombre.

Cambaceres apoyó la proposicion presentada por el ayuntamiento para la organizacion de un tribunal revolucionario; Buzot dijo que se queria conducir la Francia á un despotismo, mas siniestro aun que el de la anarquia, protestó contra la reunion de todos los poderes en una sola mano. «No protestaba, murmuró Marat, cuando todos los poderes estaban en manos de Roland.»

Robert Lindet leyó el proyecto de decreto que institua un tribunal revolucionario. «Se compondrá de nueve jueces, dice Lindet, no estará sujeto á ninguna forma; su código sera su conciencia, y sus medios de conviccion

lo arbitrario. Habrá siempre en la sala de este tribunal un miembro encargado de recibir las delaciones y juzgará á todos aquellos que la Convencion envíe.» La Montaña aplaudió estas disposiciones, y Vergniaud indignado se levantó diciendo. «Esto es una inquisicion mil veces mas temible que la de Venecia, declaramos que moriremos antes que consentirla.»

XVIII.

Cambon y Barrere parecieron asombrados al ver el arma que se les presentaba. «Los laacedemonios, dice Barrere luego que vencieron á los atenienses los pusieron bajo el dominio de treinta tiranos, que al principio condenaron á muerte á los mas malvados, que horrorizaban á todo el mundo, y el pueblo aplaudió su suplicio; pero bien pronto castigaron á los buenos y á los malos. Sylla victorioso hizo degollar un gran número de ciudadanos que se habian elevado por sus crímenes y por el mal que habian hecho á la república, y todo el mundo lo aplaudió, diciéndose en todas partes que habian merecido su suplicio; pero esta fué la señal de una espantosa carnicería. Apenas un hombre codiciaba una casa ó una tierra, denunciaba al poseedor y le hacia poner en el número de los proscriptos.»

La Convencion decretó que los jurados de aquel tribunal revolucionario serian nombrados por ella y elegidos en todos los departamentos. Estas condiciones, que templaban la decision de vida ó muerte del tribunal, impacientaban visiblemente á Danton; iba ya á levantarse la sesion, saltó de su banco y corrió á la tribuna; su ademán altivo hizo que volviesen á sentarse los diputados que ya estaban en pie.

«Intimo, dice Danton con voz imperiosa á todos los buenos ciudadanos, que no dejen su puesto. (Todos los miembros se sientan guardando el mas profundo silencio.) Ciudadanos, dijo, ¿podreis separaros sin adoptar las grandes medidas que exige la salvacion de la república? Conozco cuán importante es tomar medidas judiciales que castiguen á los contra-revolucionarios, porque para ellos es necesario el tribunal, y este debe suplir al tribunal supremo de la venganza del pueblo. Arrancadlos vosotros mismos á la venganza popular, la humanidad os lo manda y nada es mas difícil que definir un crimen político; pero ¿no es necesario que las leyes extraordinarias fuera de las instituciones sociales aterren á los rebeldes y alcancen á los culpables? Ahora la salvacion pública exige grandes medios y medidas terribles, y no veo medios entre las formas ordinarias y un tribunal revolucionario: seamos terribles para que el pueblo no sea cruel. Organicemos un tribunal, no bien, porque esto es imposible, sino lo menos mal que se pueda, á fin de que la espada de la ley caiga sobre la cabeza de los enemigos. Concluida esta grande obra, os recuerdo las armas, los comisionados que debéis hacer marchar y el ministerio que debéis organizar. Llegó el momento; seamos pródigos de hombres y dinero. Tened cuidado, ciudadanos, vosotros respondéis al pueblo de nuestros ejércitos, de su sangre y de sus asignados. Pido, pues, que se organice el tribunal sin levantar la sesion. Pido que la Convencion juzgue mis razones y desprecie las calificaciones injuriosas que se atreven á darme: esta noche organicese el tribunal revolucionario, organicese el poder ejecutivo y mañana el movimiento militar; mañana deben haber marchado ya vuestros comisarios; levántese la Francia entera, contra á las armas y marche al enemigo, invádase la Holanda y sea libre la Bélgica; arruinense el comercio inglés, triunfen los amigos de la libertad en este país,

lleven nuestras armas victoriosas la libertad y la dicha á todos los pueblos y quede vengando el mundo.»

XIX.

Parecia que el corazon nacional de la Francia latia en el pecho de Danton. Sus palabras resonaban en las almas, como el paso de carga de los batallones sobre el suelo de la patria. Bajó de la tribuna en brazos de sus colegas de la Montaña, y por la noche fué definitivamente decretado el tribunal revolucionario. Cinco jueces y un jurado nombrados por la Convencion, un acusador público nombrado tambien por ella; la muerte y la confiscacion de los bienes en beneficio de la república, tal era aquel tribunal de Estado, única institucion capaz, segun se creia, de defender en semejantes momentos la república contra la anarquía, la contra-revolucion y la Europa. La Convencion, resumen del pueblo, todo lo llamaba á sí, hasta la justicia, uno de los atributos de la suprema soberania. El arma que empuñaba en el peligro podia ser ó saludable ó funesta, segun el uso que se hiciese de ella: sino se hubiera tratado mas que de cubrir las fronteras, la seguridad de los ciudadanos y su propio poder, esta arma podia salvar á la vez la nacion y la libertad; pero si se entregaba á los partidos para destruirse mutuamente, perdía y deshonoraba la revolucion. Los girondinos no se atrevieron á rehusar aquella medida á la impaciencia pública y á la urgencia de la necesidad. Por una burla estraña de las cosas humanas, Barrere que se negaba á aquella ley, debia ser el que hiciese de ella el mas sangriento uso, y Danton que la pedia debia entregarle su cabeza. La víctima forjaba la cuchilla, y el sacrificador la rehusaba.

«Intimo, dice Danton con voz imperiosa á todos los buenos ciudadanos, que no dejen su puesto. (Todos los miembros se sientan guardando el mas profundo silencio.) Ciudadanos, dijo, ¿podreis separaros sin adoptar las grandes medidas que exige la salvacion de la república? Conozco cuán importante es tomar medidas judiciales que castiguen á los contra-revolucionarios, porque para ellos es necesario el tribunal, y este debe suplir al tribunal supremo de la venganza del pueblo. Arrancadlos vosotros mismos á la venganza popular, la humanidad os lo manda y nada es mas difícil que definir un crimen político; pero ¿no es necesario que las leyes extraordinarias fuera de las instituciones sociales aterren á los rebeldes y alcancen á los culpables? Ahora la salvacion pública exige grandes medios y medidas terribles, y no veo medios entre las formas ordinarias y un tribunal revolucionario: seamos terribles para que el pueblo no sea cruel. Organicemos un tribunal, no bien, porque esto es imposible, sino lo menos mal que se pueda, á fin de que la espada de la ley caiga sobre la cabeza de los enemigos. Concluida esta grande obra, os recuerdo las armas, los comisionados que debéis hacer marchar y el ministerio que debéis organizar. Llegó el momento; seamos pródigos de hombres y dinero. Tened cuidado, ciudadanos, vosotros respondéis al pueblo de nuestros ejércitos, de su sangre y de sus asignados. Pido, pues, que se organice el tribunal sin levantar la sesion. Pido que la Convencion juzgue mis razones y desprecie las calificaciones injuriosas que se atreven á darme: esta noche organicese el tribunal revolucionario, organicese el poder ejecutivo y mañana el movimiento militar; mañana deben haber marchado ya vuestros comisarios; levántese la Francia entera, contra á las armas y marche al enemigo, invádase la Holanda y sea libre la Bélgica; arruinése el comercio inglés, triunfen los amigos de la libertad en este país,

lleven nuestras armas victoriosas la libertad y la dicha á todos los pueblos y quede vengando el mundo.»

XIX.

Parecia que el corazon nacional de la Francia latia en el pecho de Danton. Sus palabras resonaban en las almas, como el paso de carga de los batallones sobre el suelo de la patria. Bajó de la tribuna en brazos de sus colegas de la Montaña, y por la noche fué definitivamente decretado el tribunal revolucionario. Cinco jueces y un jurado nombrados por la Convencion, un acusador público nombrado tambien por ella; la muerte y la confiscacion de los bienes en beneficio de la república, tal era aquel tribunal de Estado, única institucion capaz, segun se creia, de defender en semejantes momentos la república contra la anarquía, la contra-revolucion y la Europa. La Convencion, resumen del pueblo, todo lo llamaba á sí, hasta la justicia, uno de los atributos de la suprema soberania. El arma que empuñaba en el peligro podia ser ó saludable ó funesta, segun el uso que se hiciese de ella: sino se hubiera tratado mas que de cubrir las fronteras, la seguridad de los ciudadanos y su propio poder, esta arma podia salvar á la vez la nacion y la libertad; pero si se entregaba á los partidos para destruirse mutuamente, perdía y deshonoraba la revolucion. Los girondinos no se atrevieron á rehusar aquella medida á la impaciencia pública y á la urgencia de la necesidad. Por una burla estraña de las cosas humanas, Barrere que se negaba á aquella ley, debia ser el que hiciese de ella el mas sangriento uso, y Danton que la pedia debia entregarle su cabeza. La víctima forjaba la cuchilla, y el sacrificador la rehusaba.

XX.

Sublevado el pueblo por el peligro público y por el comité de insurrección, sitiaba aun la Convencion: se fragó un mero proyecto de degollar los girondinos en su casa en un conciliábulo del arrabal de Saint-Marcelo. Danton que sabia por sus agentes aquellas tramas urdidas y desechas á voluntad suya, hizo advertir á los amenazados para que por segunda vez abandonasen sus casas. Intimidaba con una mano y protegía con la otra; se proporcionaba apoyos, esperanzas y reconocimientos en los tres partidos, queria ser necesario y terrible para todos á la vez; él solo impedía el choque entre la Gironda y la Montaña; decidiéndose él estaba decidida la victoria.

Pero aquella superioridad de la actitud de Danton ajaba el orgullo de los girondinos: respondían á sus pro-pasiones con desprecios, perseguían á Robespierre hasta en su silencio, atribuían á estos dos hombres toda la demencia de Marat y todos los delirios de la anarquía: casi disculpaban á Marat para que cayese todo su odio sobre Danton y Robespierre. «Marat, decía Isnard en la tribuna: no es la cabeza que concibe sino el brazo que ejecuta; es el instrumento de los hombres perdidos que se burlan con destreza de su sombría credulidad y envenenan sus disposiciones naturales, que ven todos los objetos bajo colores funebres, le persuaden lo que ellos quieren, y le hacen ejecutar lo que les agrada: cuando han acalorado su fantasía, este hombre divaga y delira cuando ellos quieren.

Los miembros de aquel partido reunidos en junta en casa de Roland, se decidieron al fin á aprovecharse de la indignacion que la insurreccion del pueblo contra la Convencion acababa de escitar entre los ciudadanos de

París, para reconquistar un ascendiente que se les escapaba. Vergniaud, que callaba hacia mucho tiempo, cedió á las instancias de sus colegas, y preparó un discurso para pedir venganza á la opinion de los puñales de Marat. Pero ya se habia introducido la division en la faccion de la Gironda. Vergniaud, amado y admirado de todos los girondinos, no manifestaba ya la politica de su partido; afectaba el papel de moderador, y de este modo se acercaba á Danton. No habia entre estos dos hombres que se tocaban, mas que la sangre de setiembre. Vergniaud habló de este modo.

«Cercado sin cesar por la calumnia, me he abstenido de subir á la tribuna, mientras creí que mi presencia podría escitar las pasiones, y que no podia llevar á ella la esperanza de poder ser útil á mi pais; pero hoy que estamos todos, al menos yo lo creo así, reunidos por el sentimiento de un peligro que se hizo reciproco; hoy que toda la Convencion nacional se halla en el borde de un abismo, al cual, el menor impulso puede precipitarla para siempre con la libertad, hoy que los emisarios de Catilina no solo se presentan á las puertas de Roma, sino que tienen la insolente audacia de venir hasta este recinto á desplegar los signos de la insurreccion, no puedo guardar un silencio que seria una verdadera traicion. Diré la verdad sin temor de los asesinos, porque estos son cobardes y sé defender mi vida contra ellos.» Despues de haber recordado los atentados á la propiedad en los meses de febrero y marzo, continúa: «Así, de crímenes en amnistia y de amnistia en crímenes, un gran número de ciudadanos ha venido á confundir los molinos sediciosos con las insurrecciones contra la libertad. Se ha visto desarrollarse este extraño sistema de libertad segun el que se os dice: sois libres, pero pensad como nosotros, ó si no os denunciaremos á la venganza del pueblo; sois libres, pero inclinad la cabeza ante el idolo á quien quemamos incienso, ó si no os denunciaremos á la venganza del pueblo; sois

libres, pero reuniros á nosotros para perseguir á los hombres, cuya prohibid y conocimientos tememos, ó si no os denunciaremos por medios ridículos á la venganza del pueblo.

«Entonces, ciudadanos, ha sido permitido temer que la revolución, como Saturno, devorase sucesivamente todos sus hijos.

«Una parte de los miembros de la Convencion nacional ha mirado la revolución como concluida desde el día que la Francia ha sido constituida en república, desde entonces he creído que convenia contener el movimiento revolucionario, devolver la tranquilidad al pueblo, y hacer pronto las leyes necesarias para que esta fuese durable; otros miembros, al contrario, alarmados por los peligros con que la coalicion de los reyes nos amenaza, han creído que importaba perpetuar la efervescencia. La Convencion tenía un gran proceso que juzgar: unos han visto en la apelacion al pueblo, ó en la simple reclusion del culpable, el medio de evitar una guerra que iba á hacer darramar arroyos de sangre, y un homenaje solemne tributado á la soberanía nacional. Otros han visto en aquella medida un germen de guerras intestinas y una cóndescendencia por el tirano; ellos han llamado á los primeros realistas, y los primeros han acusado á los segundos de que se mostraban tan ardientes en hacer caer la cabeza de Luis para colocar la corona sobre la frente de un nuevo tirano. Desde entonces, el fuego de las pasiones se encendió con furor en el seno de aquella asamblea, y la aristocracia, no poniendo limites á sus esperanzas, concibió el infernal proyecto de que la Convencion se destruyese por sí misma; la aristocracia dijo: inflamemos aun mas los odios, hagamos de modo que la Convencion nacional sea ella misma el cráter ardiente de donde salgan las espresiones sulfurosas de conspiracion, traicion, contra-revolucion, y nuestro odio hará lo demas; y si en el movimiento que escitemos perecen algunos mie-

bros de la Convencion, presentaremos despues á la Francia á sus colegas como asesinos y verdugos. » Despues de denunciar todos los hechos que revelaban un plan de insurreccion y de asesinato en los dias del 9 y 10 de marzo. «Ciudadanos, continuó Vergniaud, tal es la profundidad del abismo que se habia abierto bajo nuestros pasos. ¿Al fin ha caído la venda de vuestros ojos? ¿Habreis aprendido á reconocer los usurpadores del título de amigos del pueblo?

«Y tú, pueblo infortunado, ¿serás aun por mas tiempo el juguete de los hipócritas que prefieren obtener los aplausos que merecerlos? ¡Los contra-revolucionarios te engañan con las palabras de libertad y de igualdad! Un tirano de la antigüedad tenía una cama de hierro, donde hacia estender á sus víctimas, mutilando á las que eran mas grandes que la cama, dislocando dolorosamente á las que lo eran menos para que llegasen al nivel: este tirano amaba la igualdad; ahí tienes la de los malvados que te desgarran por su furor. La igualdad para el hombre social es sola la de los derechos; no es la de las fortunas como no lo es la de las estaturas, de las fuerzas, del talento, de la actividad, de la industria y del trabajo: lo demas es la licencia, que se presenta con la máscara de la libertad, y tiene, como los falsos dioses, sus druidas que quieren alimentarla de víctimas humanas. ¡Ojalá sufran estos sacerdotes crueles la suerte de sus antecesores! ¡ojalá la infancia selle para siempre la piedra afrentosa que cubra sus cenizas!

«Y vosotros, colegas míos, ha llegado el momento: al fin es necesario optar entre una energia que os salvo, y la debilidad que pierde todos los gobiernos; si desmayais, juguete de todas las facciones, víctimas de todos los conspiradores, seréis bien pronto esclavos. Ciudadanos, aprovechemos las lecciones de la esperiencia, podemos trastornar los imperios con victorias; pero no haremos revoluciones en los pueblos sino con la perspectiva de nuestra

felicidad. Si queremos derribar los tronos, probemos que sabemos ser felices con una república; si nuestros principios se propagan con tanta lentitud en las naciones extranjeras, es porque su brillo se ha empañado con sofismas, con movimientos tumultuosos, y sobre todo con un crespon ensangrentado. Cuando los pueblos se prosternaron por primera vez delante del sol para llamarle padre de la naturaleza ¿ereis que estaría cubierto por las nubes destructoras que llevan consigo las tempestades? Sin duda que no: radiante de gloria avanzaba entonces en la inmensidad del espacio y derramaba sobre el universo la fecundidad y la luz.

«Pues bien, disipemos con nuestra firmeza estas nubes que cubren nuestro horizonte político; anonademos la anarquía no menos enemiga de la libertad que el despotismo, fundemos esta sobre las leyes y una constitución sabia, y pronto vereis caer los tronos, romperse los centros, y los pueblos tendiendonos los brazos, proclamarán con gritos de alegría la fraternidad universal.»

Este discurso elocuente que proporcionó aplausos al orador, no produjo mas que un vano eco que agitó el alma de la asamblea, sin imprimirla ninguna dirección.

Marat siguió al orador de los girondinos. El cinismo de su aspecto en la tribuna manifestaba claramente cuanto despreciaba aquella elocuencia, y que no aspiraba á poseerla.

«No me presento, dijo, con discursos floridos, y frases parásitas para mendigar aplausos, sino con algunas ideas luminosas, á propósito para disipar la vana charlatanería que acabais de oír. Nadie se duele mas que yo al ver aquí dos partidos, de los que uno no quiere salvar la revolución, y el otro no sabe salvarla.» Concluidas estas palabras prorumpen en aplausos en la sala las tribunas, como para internar en el alma de los girondinos el dardo que Marat acaba de lanzar: éste señala con la mano el banco de Vergniaud y de sus amigos.

«Aquí dice, están los hombres de Estado, y no digo que su extravío sea un crimen, pues solo detesto á sus gefes; pero está probado que los hombres que han apelado al pueblo, querían la guerra civil; y que los que han votado por la vida del tirano, volaron por la conservación de la tiranía. Además no soy yo quien los persigue, es la indignación pública. Me opongo á la impresión de un discurso que llevaria á los departamentos el cuadro de nuestras disensiones y de nuestras alarmas.» La Asamblea, dividida ya en dos mitades iguales, queriendo cada una de ellas borrar la victoria para no parecer vencida, votó á la vez que se imprimiese el discurso de Vergniaud y tambien el de Marat. Semejante aprobación se parecia de tal modo á la injuria, que Vergniaud ofendido declaró, que su improvisación se habia borrado de su memoria.

XXI.

En esta época, Danton tenia frecuentes conferencias con Guadet, Gensonné y Vergniaud; se inclinaba evidentemente hácia el partido de aquellos hombres, cuyas luces, elocuencia y costumbres prometían á la república un gobierno menos anárquico en lo interior y mas impo-
nente en lo esterior. Su conducta con este partido se resentia todos los dias mas de aquellas disposiciones secretas. Atacado sin cesar por Brissot, Valacé, Louvet, Barbaroux, Isnard y Buzot, y por todos aquellos jóvenes girondinos, á quienes dirigia la virtuosa indignación de Roland, inflamada por la cólera de su esposa, Danton sufría en silencio sus insinuaciones contra él, aparentaba no oírlas, y nunca respondía, fuese magnanimidad ó prudencia, contenía su ardor y no cesaba de rehusar el combate, que los imprudentes de la Gironda no dejaban de ofrecerle. De dia en dia, desplegaba mas Danton el

genio de un diplomático. Hombre de acción sobre todo, daba á los girondinos el poder de voluntad y de unidad que les faltaba; tenía el corazón del pueblo, del que Vergniaud y sus amigos solo tenían el oído, y hubiese dado las masas á los girondinos, que tenían ya de su parte á los propietarios: unidos hubieran comprimido la anarquía en el corazón de la Francia, sublevándola y lanzando la revolución mas allá de las fronteras. Danton tenía el instinto de aquella misión, y lloraba amargamente la obstinación de los amigos de Roland en alejarse de él. «Su odio contra mí los pierde y me perderá quizás á mí después,» decía á los mediadores entre aquellos y él: «Insensatos, no saben lo que rechazan!» Pero á pesar de los pasos que intentaban con frecuencia los moderados de la Gironda, la reconciliación fracasaba siempre. El pasado de Danton esterilizaba su genio, su complicidad con los ejecutores de setiembre le perseguía, y perseguía en él á la república.

XXII.

En esta época fué cuando á propuesta de Isnard se instituyó el primer comité de salud pública, cuyos miembros fueron nombrados con imparcialidad. Eran Dubois-Crancé, Petion, Gensonné, Guyton de Morveau, Robespierre, Barbaroux, Ruhl, Vergniaud, Fabre de Eglinne, Buzot, Delmas, Guadet, Condorcet, Breard, Camus, Prieur (de la Marne), Camilo Desmoulins, Barrere, Quirrette, Danton, Sieyes, Lasouree, Isnard, Cambacères y Juan Debry. Los suplentes eran: Treilhard, Aubry, Garnier (de Saintes), Lindet, Lefebvre, Laréveillère-Lépanx, Ducos, Sillery, Lamarque y Boyer-Fonfrede. Las fuerzas de los partidos se balanceaban. Un aumento de energía caracterizó los actos del gobierno y de la municipali-

dad durante aquel corto periodo de conciliación. El peligro de la patria inclinaba todos los pensamientos á la guerra. En París se tocaba á rebato, los tambores llamada, y las secciones corrían á las armas: Santerre estaba á la cabeza de dos mil ciudadanos armados; la Convención mandaba, el comité de salvación pública dirigía: la municipalidad hacia visitas domiciliarias para arrestar los conspiradores, desarmar los aristócratas, desterrar de la capital á los nobles, los clérigos y los sospechosos. El tribunal revolucionario principiaba á tener sus sesiones y pronunciar sus primeros fallos. El instrumento de los suplicios se levantaba en la plaza de la Revolución, como una institución complementaria de la república; pero los girondinos separaban el cuchillo de la cabeza de los emigrados y de los aristócratas, y no se atrevían á herir á sus verdaderos enemigos.

XXIII.

Madama Roland desesperaba de la libertad, desde que habían alejado á su marido. Las frías teorías de Robespierre helaban su corazón, y los andrajos de Marat ofendían su vista. Encerrada en su soledad, se preguntaba ya si el ideal de la revolución que ella había soñado, era una de esas ilusiones del alma, que engañan con perspectivas seductoras las imaginaciones deseosas del bien, y que se disipan al intentar tocarlas. Hubiérala sido dulce morir antes del desencanto. El ardor de la lucha y la grandeza de su valor habían sostenido su alma mientras que su esposo estaba en el poder; pero ahora la actividad de su pensamiento se volvía contra ella misma y la devoraba. La ingratitud del pueblo se anticipaba á la gloria, y de todas las promesas de la república no había visto realizarse mas que las ruinas y los crímenes. La

calumnia, que se encarnizaba en ella, la asustaba mas que el cadalso. Habia conservado sus amigos Barbaroux, Petion, Louvet, Brissot y Buzot. Se preparaba á marchar de Paris y á retirarse de nuevo con su esposo y su hija á su casa de Beaujolais.

Mas no era unicamente por huir del ruido amenazador que sus enemigos hacian en torno de su nombre, por lo que queria ocultarse en sus montañas, sino por huir de sí misma. Los peligros que corrian sus amigos la revelaban la fuerza con que los apreciaba. Casta, como las estatuas de la antigüedad de que habia hecho su modelo, temió profanar en su alma, por el fuego de un amor vulgar, la llama pura y sobrenatural de la libertad. Resolvió alejarse, pues tenia aun mas necesidad de su propia estimacion que de gloria. Quería ofrecer á la muerte una víctima sin mancilla.

Pero la agitación del momento, las cuentas que Roland tenia que dar de su administración, los peligros que aumentaban todos los días, suspendian aquella marcha de semana en semana. Su alma, dividida entre su piadoso culto por Roland, su amor por su hija, las inquietudes por sus amigos, la vigilancia por sus sentimientos, y su dolor por los males de la patria, sufría á la vez todas las angustias de la esposa, de la madre y del jefe de partido. Conocía á su vez la amargura del odio del pueblo, el veneno de la calumnia, la indiferencia del hogar conyugal, las alarmas nocturnas por la vida de un esposo y de sus hijos; y todas esas angustias no habia sabido compadecerlas en la reina. Su casa, oculta en una sombría calle de un barrio del Panteon, encerraba tantos disgustos y gemidos como un palacio.

LIBRO TREINTA Y NUEVE.

Danton y Robespierre.—Segundas nupcias de Danton.—Danton acusa á los girondinos.—Robespierre pide su enjuiciamiento.—Vergniaud se defiende.—Contesta Danton.—Marat.—Teorías de Robespierre.—Apreciaciones.

I.

Los acontecimientos se sucedian rápidamente como una fortuna que se desmorona. La influencia de los girondinos en los departamentos, sostenida con artificio por los diarios pagados por Roland, crecia todos los dias: los peligros de la patria inclinaban al pueblo hacia los partidos extremos. Los comisionados de la Convencion corrian de ciudad en ciudad, instalando ó destituyendo á capricho, las autoridades locales, unas del partido de los jacobinos, otras del de la Gironda. Bourdon de l'Oise, comisionado en Orleans, donde predicaba las doctrinas de Robespierre, y reemplazaba la municipalidad moderada con otra jacobina, recibió veinte bayonetas en la sala del ayuntamiento. Recogido y puesto en salvo por los demagogos, envió sus asesinos á Paris al

calumnia, que se encarnizaba en ella, la asustaba mas que el cadalso. Habia conservado sus amigos Barbaroux, Petion, Louvet, Brissot y Buzot. Se preparaba á marchar de Paris y á retirarse de nuevo con su esposo y su hija á su casa de Beaujolais.

Mas no era unicamente por huir del ruido amenazador que sus enemigos hacian en torno de su nombre, por lo que queria ocultarse en sus montañas, sino por huir de sí misma. Los peligros que corrian sus amigos la revelaban la fuerza con que los apreciaba. Casta, como las estatuas de la antigüedad de que habia hecho su modelo, temió profanar en su alma, por el fuego de un amor vulgar, la llama pura y sobrenatural de la libertad. Resolvió alejarse, pues tenia aun mas necesidad de su propia estimacion que de gloria. Quería ofrecer á la muerte una víctima sin mancilla.

Pero la agitación del momento, las cuentas que Roland tenia que dar de su administración, los peligros que aumentaban todos los dias, suspendian aquella marcha de semana en semana. Su alma, dividida entre su piadoso culto por Roland, su amor por su hija, las inquietudes por sus amigos, la vigilaneta por sus sentimientos, y su dolor por los males de la patria, sufría á la vez todas las angustias de la esposa, de la madre y del jefe de partido. Conocía á su vez la amargura del odio del pueblo, el veneno de la calumnia, la indiferencia del hogar conyugal, las alarmas nocturnas por la vida de un esposo y de sus hijos, y todas esas angustias no habia sabido compadecerlas en la reina. Su casa, oculta en una sombría calle de un barrio del Panteon, encerraba tantos disgustos y gemidos como un palacio.

LIBRO TREINTA Y NUEVE.

Danton y Robespierre.—Segundas nupcias de Danton.—Danton acusa á los girondinos.—Robespierre pide su enjuiciamiento.—Vergniaud se defiende.—Contesta Danton.—Marat.—Teorias de Robespierre.—Apreciaciones.

I.

Los acontecimientos se sucedian rápidamente como una fortuna que se desmorona. La influencia de los girondinos en los departamentos, sostenida con artificio por los diarios pagados por Roland, crecia todos los dias: los peligros de la patria inclinaban al pueblo hacia los partidos extremos. Los comisionados de la Convencion corrian de ciudad en ciudad, instalando ó destituyendo á capricho, las autoridades locales, unas del partido de los jacobinos, otras del de la Gironda. Bourdon de l'Oise, comisionado en Orleans, donde predicaba las doctrinas de Robespierre, y reemplazaba la municipalidad moderada con otra jacobina, recibió veinte bayonetas en la sala del ayuntamiento. Recogido y puesto en salvo por los demagogos, envió sus asesinos á Paris al

tribunal revolucionario. Manuel, el antiguo procurador sindico de Paris retirado en Montargis, su patria, fué arrebatado de su casa por el pueblo, arrastrado al pie del árbol de la libertad, despojado de sus vestidos, acribillado de heridas, desfigurado por los golpes, inundado de sangre, y la municipalidad que corrió allá para librarle, no halló otro asilo para él mas que un calabozo.

La mayoría de la Convencion decidida por el Llano, vagaba al autojo de Barrere; Robespierre se alejaba de Danton, á quien se sospechaba cómplice en la traicion de Dumouriez; Legendre trató de reconciliarlos.

II.

Danton y Robespierre se encontraron en la mesa de Legendre; Danton, cuyo carácter tenía la franqueza de la fuerza, y el odio fácil de ablandar de los hombres violentos, fué el primero que se adelantó y dió la mano á Robespierre. Este retiró la suya y permaneció todo el tiempo de la comida violento y en una taciturna observacion. Al concluir dejó escapar algunas frases de doble sentido, que sin designar directamente á Danton, manifestaban la desconfianza y el desprecio de aquellos hombres, que solo ven en las revoluciones medios sangrientos de hacer fortuna y solo despojos en la victoria. Era una alusion demasiado clara á las sospechas de concusion que pesaban sobre la conciencia de Danton y á los recuerdos de setiembre. Danton respondió con algunos sarcasmos sobre los hombres que tomaban su orgullo por virtud, y su cobardia por moderacion. Estos dos rivales se separaron mas agriados y mas antipáticos que antes de aquel momento. Danton se inclinó de nuevo á los girondinos, y se humilló hasta implorar la amnistia de su pasado. Un diputado de su partido llamado Meilhand, su-

plicó á sus amigos se aprovecharan de aquellas disposiciones para atraer á sí á este coloso que llevaba consigo la popularidad y la victoria.

Cierto día que Danton y Meilhand se encontraron en uno de los comités de la Convencion, entablaron conversacion. Marat atravesó la sala, dirigió algunas palabras al oido de Danton y se alejó. «Miserable, dijo este último á Meilhand, sangre, sangre, siempre sangre, no quiere mas que sangre! Salgamos de aqui; me horrorizan semejantes hombres.» Y arrastró á Meilhand hácia el jardin de las Tullerías. Viendo Meilhand á su amigo oprimido por los remordimientos, y con el ánimo dispuesto á escuchar consejos de moderacion, le hizo ver que Marat deshonraba su política y que Robespierre, despues de haber gastado su popularidad, amenazaria hasta su vida; manifestóle la necesidad en que se veia la república de una mano poderosa, que encargándose de los negocios dirigiese á la vez un freno al populacho, diera impulso á la nacion, impusiese á la Convencion y anonadase, como á viles reptiles, á Marat en su sangre y á Robespierre en su orgullo. «Tú eres ese hombre, añadió, pronunciate en favor nuestro, olvidaremos lo pasado y te seguiremos; tu ambicion será la salvacion de la patria.» Danton escuchaba sin repugnancia y callaba como hombre que delibera consigo mismo: su mirada consultaba la de Meilhand para abservar si abrigaba el alma del girondino lo que sus labios espresaban. «Si pudiera fiarme! dijo en fin suspirando. ¿En nombre de quien me hablas de ese modo?—En nombre, respondió el girondino, de los que desprecian á Marat y detestan á Robespierre tanto como tú.—¿Y quien te ha dicho que detesto yo á Robespierre?—¿Quien me lo ha dicho! Tu interés. Robespierre ha proferido ya contra tí palabras siniestras, y si no le ganas por la mano, él lo hará contigo.» Todavía reflexionó Danton un momento, y en seguida exclamó con el ademán de una resolucion desesperada y costosa para el alma: «No

hablemos mas de ello, es imposible. Tus amigos no confían en mí, y despues de haberme perdido por ellos, me entregarían á nuestros enemigos comunes. Echada está la suerte; la muerte decidirá.»

Danton repugnaba á los girondinos por sus violencias y á Robespierre por su immoralidad. El temor que inspiraba era lo único que entonces le protegía contra el desprecio. Arrostraba con descaro su mala reputacion, haciendo ostentacion del desenfreno á la sombra del patriotismo. Cercado de hombres corrompidos y serviles, tenia una corte y cortesanos; Hebert, Fabre, Merlin, Chabot, Lacroix, Westermann, Brune, Bazire y Camilo Desmoulins, se sentaban á su mesa. Allí de las conjuraciones pasaban á los placeres, dando á la revolucion el carácter de una orgía de patriotismo. Los versos, las artes, la música y el complaciente amor, distraían á Danton de la tension de ánimo ocasionada por los negocios, y de los arrebatos de la elocuencia. La indiferencia voluptuosa y el ateísmo sin porvenir, constituían la filosofía de aquellas reuniones. Eran los discípulos de Helvecio practicando a moral del placer sobre las ruinas de un imperio.

Danton además, habia comprado y alhajado una casa de campo á orillas del Sena en la ladera de Sevres, donde, á imitacion de Mirabeau, se retiraba frecuentemente con sus mas íntimos confidentes para meditar golpes de Estado.

Desde la muerte de su muger, sufría mucho viéndose aislado, y ya su alma, saciada de todo y cansada de aquellos deleites sensuales, pensaba en afecciones puras. Había atraído sus miradas y fijado su eleccion una joven de diez y seis años, de tierna hermosura, hija de una familia honrada. Llamábase Luisa Gely. Trataba de casarse con ella, y al morir su primera muger se la habia designado ella misma á Danton como á propósito para servir de madre á sus hijos. No tenia Danton mas que treinta y tres años, pero queria ya retirarse del tumulto

y crearse la felicidad en el seno de la vida conyugal. La influencia de aquel amor, el deseo de purificarse para con su amada del contacto de Robespierre y Marat, la necesidad de fijar la revolucion para asegurar su propia suerte, eran otros tantos motivos que impelían á Danton hácia los girondinos, pareciéndole que podría rehabilitarlo el partido de estos hombres elocuentes y moderados. Perseguíale la obstinada idea de noirse á ellos, y aun despues de haber renunciado á ella ocurriasele sin cesar como un pesar ó un presentimiento.

III.

El padre de Gely habia sido ogier de audiencias del parlamento, y la protección de Danton le habia procurado un destino lucrativo en las oficinas del ministerio de Marina, beneficio que escitaba en aquella familia un vivo reconocimiento; pero si la fama de Danton tenia algun prestigio, tampoco carecia de horror. La madre de la joven rehusó por mucho tiempo consentir en aquel matrimonio, y dirigió á Danton reconvencciones amargas por su conducta en las jornadas de setiembre y su voto en el proceso del rey. Danton se humilló ante aquella muger, confesó sus yerros en las primeras crisis de la revolucion, los atribuyó á la fogosidad de su patriotismo y de su juventud, manifestó un sincero arrepentimiento por haber votado la muerte de Luis XVI, atribuyendo este voto al imperio de las circunstancias y á la conviccion que habia tenido de la imposibilidad de salvar al rey. Aseguró que los excesos demagógicos le inspiraban cada día mas horror; que el establecimiento de la república en el seno de semejante concepción le parecia una quimera, y que todos sus esfuerzos secretos tendían hacia mucho tiempo al restablecimiento de una monarquía

constitucional. El acento de franqueza y de dolor que resaltaba en las manifestaciones de Danton, venció á la familia Gely y fuéle concedida la mano de la jóven.

IV.

El amor que inspiraba á Danton su prometida le hizo ser mas condescendiente todavía. Consintió en dar á su union el carácter religioso que exigian las creencias y piadosas costumbres de la familia en cuyo seno iba á entrar, y en los momentos mismos en que mas proscritas estaban las ceremonias del culto católico y mas perseguidos sus ministros, Danton hizo celebrar su matrimonio en la habitacion, y que oficiase un sacerdote no juramentado, llamado Mr. de Kéravegan, que mas tarde murió siendo cura de San German de los Prados. Antes de la ceremonia Danton pasó al gabinete del sacerdote, se arrojó á sus pies y cumplió ó fingió el acto de la confesion.

La inmensa fortuna que le suponian y que se atribuía á las exacciones que habia hecho en Bélgica, apareció desmentida por la dote que reconoció á su nueva esposa. Solo llevó en matrimonio una cantidad de treinta mil francos en asignados, que muy poco despues ya no representaron mas que doce mil. Dió á su muger por único regalo de boda un bolsillo que contenia cincuenta luises de oro.

V.

Este era justamente el momento en que Danton iba cobrando con el mayor misterio, en su interior, disgusto á la república, y maduraba el proyecto de restaurar por

medio del ejército la monarquía constitucional en la familia de Orleans. Algunos dias despues de su casamiento preguntó á su muger si habia gastado los cincuenta luises que le dió el dia de su boda. «No, respondió la jóven, los he conservado para dártelos en un momento de apuro.—Pues bien, préstamelos, dijo Danton, los necesito para hacer de ellos un uso que solo á ti puedo revelar.» Le confesó entonces que estaba fraguando un plan para modificar la república y arrebatar el gobierno á la anarquía; que un movimiento en Paris, coincidiendo con otro del ejército, proclamaría muy pronto la necesidad de la centralizacion del poder, llamando al duque de Orleans á ocupar el trono de la revolucion; que no faltaba á dicho plan mas que el conocimiento y concurso del mismo duque de Orleans, entonces ausente de Paris; que era preciso enviar un agente discreto y seguro y que habia escogido para esta mision á su secretario, llamado Miger, destinando para pagar su viage los cincuenta luises.

Dió la esposa de Danton á su marido aquel dinero, y Miger partió. El duque de Orleans no quiso prestar su cooperación ni dar su nombre á una empresa que le pareció culpable ó prematura. Danton aplazó el movimiento, pero no la idea.

Retrocedamos algunas semanas para comprender mejor cual era la situación de Danton en los movimientos que precedieron al 31 de mayo.

Poco despues de la defeccion de Dumouriez, Lasource, el mas receloso de los amigos de Roland, insinuó en un discurso que Lacroix y Danton eran cómplices de la traicion del general su amigo, con objeto de restablecer la monarquía. «Ahi está la nube que es preciso rasgar, dijo al concluir Lasource, dirigiendo la mano al banco en que se sentaba Danton. Pido que nombreis una comision para descubrir y herir al culpable. Bastante tiempo hace que el pueblo ve el trono y el Capitolio;

ahora quiere ver la roca Tarpeya y el cadalso (aplausos). Pido además el arresto de Igualdad y de Sillery; pido, por último, para probar á la nación que jamás capitulamos con un tirano, que nos comprometamos todos á dar muerte al que intentare hacerse rey ó dictador.» La Asamblea, levantándose en masa, repitió el juramento de Lasource. Las tribunas, arrastradas por el movimiento de la Convencion, juraron la muerte del dictador, mirando á Danton. La sospecha que se abrigaba en todas las almas pareció entonces haber estallado por la voz de Lasource, purificando el aire de la Convencion.

VI.

La actitud de Danton, durante el discurso de Lasource, habia revelado todo lo que pasaba en su alma; primero el asombro de un orgullo que se creía inatacable, luego la cólera pronta á estallar contra un enemigo insolente, despues el desden de una popularidad que podia arrostrar cualquier ataque, la energía contenida de una resolución tomada de combatir á muerte, y por último la inmovilidad afectada de la indiferencia que se compadece de sus acusadores, y agita en su mente las armas con que va á herirlos. Nunca en tan pocos minutos el semblante de Danton habia recorrido toda la escala de la fisonomía humana: la imaginación parecia turbada en él como sobre un abismo, y la vista arrebatada como en un torbellino de pasiones. Cuando Lasource bajó de la tribuna, Danton se levantó y pasando delante de los bancos de la Montaña en que se sentaba, se inclinó hacia los amigos de Robespierre, y les dijo á media voz, indicando con la mano á los girondinos: «¡Malvados! quieren achacarnos sus crímenes!» Comprendieron los montañeses que Danton, saliendo al fin de su larga perplejidad,

se decidia por ellos ó iba á anonadar á sus enemigos. Si-guiéronle todas las miradas á la tribuna. Al inclinarse, se volvió con la espresion de una orgullosa deferencia hacia la Montaña; y con una voz cuya gravedad ahogaba mal su emoción:

«Ciudadanos, dijo, indicando con su ademán que solo se dirigia á los montañeses, debo empezar por tributaros mi homenaje. Vosotros, los que os sentais ahí, habíais juzgado mejor que yo. Mucho tiempo he creído que, sea cual fuere la impetuosidad de mi carácter, debia moderar los medios que debo á la naturaleza, para emplear, en calamitosas circunstancias, la templanza que los sucesos parecian exigirme. Me acusabais de debilidad, teniais razon, y lo reconozco ante la Francia entera. ¡A nosotros es á quienes acusan! ¡a nosotros consagrados á denunciar la impóstura y la maldad; y son esos hombres con quienes contemporizamos, los que toman hoy la insolente actitud de denunciadores!...»

Su voz atronadora resonaba como el toque de rebato, sobre los murmullos de la girondinos y los anticipados aplausos de la Montaña. Despues de haber justificado por medio de denegaciones y afirmaciones, la conducta que habia observado en sus relaciones con Dumouriez, calló por un momento, como para juzgar del efecto de su justificación, sondear el terreno bajo sus plantas y replegar su cólera; luego prosiguiendo:

«Y hoy, dijo, por haber sido demasiado prudente y circunspecto, por haberse artificiosamente divulgado que tenia yo un partido y aspiraba á la dictadura; por no haber querido, respondiéndome hasta ahora á mis adversarios, suscitar combates demasiado violentos y ocasionar rompimientos en esta Asamblea, me acusan de menospreciar y envilecer la Convencion! ¡Envilecer la Convencion! ¿Quién mas que yo ha procurado de realizar su dignidad y fortificar su autoridad? ¿No he hablado con respeto hasta de mis propios enemigos? ¿Y por qué he abandonado es-

te sistema de silencio y moderación? ¿Porque la prudencia tiene un término, porque atacado por los mismos que debían regocijarse de mi circunspección, es permitido corresponder del mismo modo y salir de los límites de la paciencia? ¿Queremos un rey? ¿Solo los que tuvieron la cobardía de querer salvar al tirano por la apelación al pueblo son los que pueden ser sospechosos de querer un rey! ¿Solo los que han querido manifiestamente castigar á Paris de un heroísmo sublevando contra él los departamentos, solo los que han tenido cenas clandestinas con Dumouriez cuando estaba en Paris, si! solo esos son los cómplices de su conjuración!»

A cada una de esas insinuaciones tan directas contra Lasourée, Vergniaud, Barbaroux y Brissot, respondia la Montaña con ruidosas manifestaciones de gozo que interrumpian los apóstrofes y la voz desagradable de Marat.

«Nombrad á los que designais, gritan al orador Gensonné y Guadet. — ¡Pues bien! ¡escuchad! responde Danton dirigiéndose á la Gironda. — Escuchad, repite Marat, los nombres de los que quieren asesinar la patria. — ¿Queréis oír una palabra que lo contenga todo? esclama Danton. — ¡Si, si! le gritan de todas partes. » Danton, entonces, con el acento y ademán de un hombre que depona toda consideración, dice: «¡Pues bien! creo que ya no hay tregua posible entre la Montaña y los patriotas que han querido la muerte del tirano, con los cobardes que, queriendo salvarlo, nos han calumniado por la Francia toda.»

La Montaña, aceptando esta señal de separación entre ella y los girondinos, se levanta como un solo hombre prorumpiendo en una prolongada exclamación. «He vivido en medio de la calumnia, prosigue Danton con dolor, ha tomado mil formas contra mí, y siempre la han desmentido sus contradicciones. Sublevé al pueblo al principio de la revolución, y me calumniaron los aristócratas; promoví el 10 de agosto, y me calumniaron los moderados; empujé la Francia á las fronteras y á

Dumouriez á la victoria, y me calumniaron los falsos patriotas: en el día, forman el testo de nuevas inculpaciones las miserables homilias de un viejo cauteloso, de Roland, que lleva á tal punto el delirio y de tal modo ha perdido la cabeza, que solo ve la muerte, imaginándose que todos los ciudadanos se preparan á herirle. Está meditando con sus amigos el aniquilamiento de Paris. ¡Pues bien! ¡Cuándo Paris perezca, ya no habrá republica!»

VII.

Repetidos y estrepitosos aplausos salen de las tribunas al escuchar estas palabras. Quieren imponerlas silencio, pero Danton las justifica y dirige un himno al pueblo de Paris, quien desde lo alto de aquellas tribunas ha puesto por sí mismo su corazón, su mano y su voz en la obra de su libertad. Entra en algunos pormenores para justificarse á sí propio, y dirigiéndose de nuevo á la Montaña, esclama: «Probaré que soy un revolucionario inmutable, que resistiré á todos los ataques, y os suplico, ciudadanos, que aceptéis mi augurio.» La Montaña desde sus bancos, abre los brazos á Danton, como para abrazar á su nuevo jefe. Sale una voz de entre los del Llano que pronuncia el nombre de Cromwell. «¿Quién es el malvado que ha osado decir que me parezco á Cromwell? esclama el orador interrumpiéndose. — Si, pido que ese vil calumniador sea castigado y conducido á la Abadía. ¡Yo Cromwell! ¡Cromwell fué el aliado de los reyes!... y el que ha herido como yo la cabeza de un rey, se convierte para siempre en la execración de todos los reyes. Reunios, prosigue últimamente con una voz llena de energía, reunios, vosotros los que habeis pronunciado la sentencia del tirano, contra los viles que quisieron salvarlo. Estrechaos, llamad al pueblo para aniquilar nuestros co-

munes enemigos interiores; confundid con el vigor y lo imperturbable de vuestro carácter á todos los malvados, á todos los aristócratas, á todos los moderados, á todos los que os han calumniado en los departamentos. ¡Basta ya de paz, no mas tregua, no mas transacción con ellos! El furor de su alma parecía haberle trasmido á la Montaña. «Ya veis por la situación en que me encuentro en este momento, la necesidad de manteneros firmes, y declarar la guerra á vuestros enemigos, sean quienes fueren. Preciso es formar una falange indomable. Yo me encamino á la república, marchemos juntos y veremos quien de nosotros ó de nuestros cobardes detractores alcanzará el término. Pido que la comisión de los Seis, que por la proposición de Lasource acabais de nombrar, no solo examine la conducta de los que nos han calumniado, y conspirado contra la indivisibilidad de la república, sino tambien de los que procuraron salvar al tirano.»

Bajo Danton entre los brazos de sus colegas de la Montaña. Sus palabras correspondian á la impaciencia de lucha que existia entre jacobinos y girondinos, contenida hasta entonces por su sola actitud. Este discurso rompía el dique entre ambos partidos, abriendo un libre curso al encono y á la sangre.

VIII.

Marat á su vez, acusó á todos. Santerre anunció, que cien batallones formados por Carnot y él, iban á salir de París, para reparar la brecha que en las fronteras del Norte habia dejado abierta la traición. Custine escribió que empezaba su retirada. Los Franciscanos, los Jacobinos, la municipalidad y las secciones, cobraron doble energía y se deshicieron en imprecaciones contra los girondinos, que introducian la division entre París y los

departamentos, y que incapaces de dirigir la república, conspiraban en los conciliabulos de Roland, fraguando la pérdida de los mejores patriotas y el restablecimiento de la monarquía. El mismo tribunal revolucionario, nombrado recientemente por la Convención, vino á quejarse en la barra, por no tener aun conspiradores ni traidores á quienes juzgar. No tardaron en enviarle en masa los aristócratas, los emigrados, los generales del ejército de Dumouriez, culpables, no de su traición, sino de su derrota. Carnot, enviado á la frontera del Norte, llevó consigo el genio de la organización militar de que estaba dotado; se armaron las plazas fuertes, las guarniciones fueron distribuidas; los acopios dispuestos, pusieron en actividad los talleres de armas y cañones, los generales fueron nombrados por aclamación, y el ejército reformó sus líneas, al frente de un enemigo que se asombraba de encontrar otra muralla de bayonetas detrás de la que habia destruido.

IX.

Durante algunos dias, estas necesidades de salvación pública confundieron aparentemente los actos, los votos y los discursos en la Convención; los corazones parecian unánimes, pero se habian abrigado en ellos ambiciones y odios que solo esperaban una ocasión para estallar. Desde el dia en que Danton pronunció su discurso, el partido de Marat, seguro de tan temible apoyo, iba cada vez adquiriendo mas audacia.

Este hombre, que nada era ya por sí mismo, se habia hecho la bandera de la Montaña, y esta no podia abandonarle sin parecer debilitarse y transigir con la Gironda. Marat conocia su propia fuerza y abusaba de ella para empeñar sobre su nombre nuevas luchas que se en-

grandecian ante el pueblo, á medida de la importancia del combate. Idolo del pueblo bajo, agitador de las secciones, seguro de la adhesion de la municipalidad, orador de los Franciscanos, se veia ademas sostenido por aquel club central de insurreccion que se habia convertido en poder ejecutivo de la asamblea y que se reunia en la sala del arzobispado. Allí concenrian á una señal de Marat, para redactar peticiones incendiarias ó amotinar los arrabales; aquellos hombres que de la sedicion habian hecho un oficio; no cesaban los peticionarios de pedir á la Convencion la acusacion de Guadet, Vergniaud, Gensonné, Brissot, Barbaroux, Louvet y Roland.

Petion denunció á la Convencion una de esas peticiones que provocaban al asesinato de una parte de la representacion nacional: «¿Quién merece mejor el patíbulo que Roland? decía el escrito, y sin embargo, respira. A cualquier lado que dirijamos la vista, no vemos mas que conspiradores. ¡Legisladores, amedrentad con el suplicio! ¡Montaña de la Convencion, salvad la república! ó si no os sentis con bastante fuerza para hacerlo, tened la osadia de decirlo con franqueza, y nosotros nos encargaremos de ello.» Danton traspasando los límites de la audacia, propuso que se hiciera mencion honorífica del escrito. Precipitose á la tribuna con Fabre de Eglantine y varios miembros de la montaña para arrojar de ella á Petion. «Petion, le grita Duperré; tenemos hijos que nos vengarán.—¡Sois unos malvados!» respondió Danton. De entre los del Llano salen voces de *abajo el dictador!* Los diputados bajan de sus bancos y se avalanzan cual dos torrentes contrarios á la tribuna; un girondino desenvaina un puñal y un montañés pone una pistola al pecho de Duperré. El presidente se cubre, Petion sigue comentando el escrito y pidiendo venganza de los ultrages dirigidos contra los miembros de la Convencion nacional; pero á cada paso se ve interrumpido por murmullos y careajadas. Adelantose en medio del salon David, el amigo de Ro-

bespierre y de Marat, desafiando á Petion con voces y ademanes; pero éste persiste y hace resaltar la poca dignidad de la Convencion, en conservar en su seno á un hombre junto al cual nadie queria sentarse un mes antes, y que obtenia á la sazón mas favor y respeto que los mejores ciudadanos, un hombre que predicaba abiertamente el despotismo, que provocaba el saqueo y pedia cabezas; en una palabra, Marat.

«¿Tenemos por ventura el derecho, dice Danton que sucedió á Petion, de exigir al pueblo mas cordura que la que nosotros mismos manifestamos? ¿No tiene el pueblo derecho de experimentar esa fermentacion que lo conduce al delirio patriótico, cuando parece esta tribuna una arena de gladiadores? ¿No me he visto yo mismo sitiado hace poco en este lugar? ¿No me han dicho que queria ser dictador? Voy á examinar con frialdad la proposicion de Petion. No me dejaré arrastrar por pasion alguna, y conservaré mi impassibilidad, sean cuales fueren los movimientos de indignacion que se atropellen en mi pecho. Sé cuál ha de ser el desenlace de este gran drama, cuyo objeto será el pueblo: yo quiero la república y probaré que me encamino constantemente á este fin. Se queja Petion de que hayan pedido su cabeza ¿y no se ha pedido tambien la mia en algunos departamentos? Al mismo Petion apelo; no solo desde hoy se encuentra en medio de las borrascas populares, y muy bien sabe que cuando un pueblo derriba la monarquia para fundar la república, llega mas allá del objeto que se propone por la fuerza de proyeccion que se ha dado. ¿Qué debéis responder al pueblo, cuando os dice verdades severas? Debeis responderle salvando la república. Será tanto mas bella la constitucion, cuanto que habria nacido entre las borrascas de la libertad, y por eso un pueblo de la antigüedad levantaba sus murallas, trabajando con una mano, al paso que con la otra empuñaba la espada que debia defenderlo. No se nos traigan, pues, denuncias exageradas como si se te-

miera la muerte. ¡Bien os cuadra pronunciarnos contra el pueblo por haberos dicho verdades energícas! Pido que sea desatendida la mocion de Petion! Si París se manifiesta indignado, es porque tiene el derecho de hacer la guerra á los que tantas veces lo han calumniado, despues de los servicios que ha prestado á la patria.

Peoffrede indignado, se levanta para apoyar la mocion de Petion. «Yo no considero, dijo, á algunos hombres como el pueblo. Se acusa á la mayoría de esta asamblea de complicidad; y ¿quién lo hace? Dumouriez. ¿Quién quiere disolverla? Orleans, cuando se pasa al enemigo. ¿Quién la acusa? Los realistas que vuelven á pedirnos el tirano cuya cabeza habeis derribado. ¿Quién la acusa, en fin? Todos los nobles, todos los clérigos, todos los reyes. Nos acusan de complicidad porque no se atreven á inculparnos de haber fundado la república, de haber declarado la guerra á la monarquía, de haber por último desterrado á esos Borbones cuyo despreciable gefe se despide así de nosotros; y es indudable que debemos caminar en derechura á nuestro objeto, rechazando con una mano al enemigo y fundando con la otra la Constitución.—¡Ciudadanos! ¡No permitais que en vosotros se envilezca la nacion! ¡Ciudadanos! dice á su vez Guadet, la república se pierde si consentis que vengan esos malvados á decirnos impunemente que la Convencion está corrompida.—Robespierre se levanta. Los que pretenden, dice, que la mayoría de la Convencion está corrompida, son unos insensatos; pero los que nieguen que alguna vez puede estraviarla una coalicion compuesta de hombres profundamente corrompidos, son unos impostores.... Voy á descorrer una parte del velo...»

Al oír esto, Vergniaud se llena de indignacion y pide el mismo que se escuche á Robespierre. «Aunque no tengamos, dice, discursos preparados artificiosamente, sabremos responder y confundir á los malvados.»

X.

• Robespierre acusa á Vergniaud y á su partido con la mayor vehemencia, acabando por pedir su enjuiciamiento. La Montaña aplaudió el resultado de este discurso. Vergniaud subió á la tribuna despues de Robespierre y consiguió con dificultad hacerse escuchar.

X.

«Voy, dijo, á tener la osadía de responder á Robespierre, quien con una perñda novela artificiosamente escrita en el silencio del gabinete y con glaciales ironías, acalra de sembrar nuevas discordias en el seno de la Convencion; tendré el valor de responderle sin meditacion; por que no tengo necesidad de arte como él; me basta con mi alma. Mi voz, que desde esta tribuna ha llevado el terror á ese palacio en donde ha contribuido á precipitar al tirano, tambien lo excitará en el alma de los malvados que quisieran sustituir su tiranía á la de un monarca. En vano se trata de irritarme; sabré estar sobre mi. No secundaré los infames proyectos de los que se esfuerzan en hacernos mutuamente degollar como los soldados de Cadmo, para entregar nuestros puestos vacantes á los despojas que nos preparan. Robespierre nos acusa de habernos opuesto en el mes de julio á la destitucion de Luis Capeto. Respondo que yo fui el primero que en esta tribuna hablé de destitucion el 3 de julio, y añadiré que tal vez la energia de aquel discurso no contribuyó poco á la caída del trono. En la comision del 21 de que era yo miembro, no queriamos ni un nuevo rey, ni un nuevo regente, sino la república, y yo fui

quien, despues de haber presidido durante toda la noche del 9 al 10 de agosto, entre el toque de rebato, vine, mientras presidia Guadet por la mañana entre el estruendo del cañon, á proponer la república en nombre de la Asamblea legislativa. Os lo pregunto, ciudadanos, ¿es esto haber estado en connivencia con la corte? ¿es á nosotros á quienes debe esta mostrarse reconocida, ó á los que por las persecuciones que nos hacen experimentar, la vengan tan bien del daño que le hemos hecho.

«Nos acusa Robespierre de haber insertado en el decreto de suspension un artículo en que decia que se nombraria un ayo al principe real. El 17 de agosto, abandoné la silla de la presidencia á las nueve de la mañana, para redactar en diez minutos el decreto de destitucion. Supongo que me hubiesen engañado los motivos en que me fundaba para insertar dicho artículo: tal vez en las graves circunstancias en que nos hallábamos, tal vez entre las inquietudes que debian agitarme durante el combate podría acusárseme el no haber sido infalible. Como quiera que fuese, no es á Robespierre, oculto entonces prudentemente en una cueva, á quien convendria manifestarme tanto encono por un momento de debilidad. Pero cuando apresurado redactaba yo el proyecto de decreto, vagaba la victoria incierta entre el pueblo y palacio, y aquel nombramiento de un ayo para el principe real, en el caso de haber vencido el tirano, aislaba constitucionalmente al padre del hijo que servia de este modo de rehenes al pueblo contra las venganzas de la corte.

«¡Nos acusa Robespierre de haber alabado á La Fayette y Narbonne! Guadet y yo fuimos los que á pesar de los murmullos de la Asamblea legislativa, tuvimos la osadía de atacar á La Fayette en esa barra, cuando intentó imitar á César.

«¡Nos acusa Robespierre de haber hecho declarar la guerra al Austria! No se trataba entonces de saber si tendríamos guerra, porque ya nos la habían declarado de

hecho, solo de ver si esperaríamos pacíficamente que nuestros enemigos llevasen á cabo los preparativos que estaban haciendo á nuestras puertas para aniquilarnos; si dejaríamos que el teatro de la guerra fuese trasladado á nuestro territorio, ó si habíamos de llevarlo nosotros al suyo. El valor de los franceses ha respondido por nosotros á esta acusacion.

«Se dice que hemos calumniado á París! Solo Robespierre y sus amigos son los que calumnian á esta ciudad célebre. Siempre se ha fijado con espanto mi pensamiento en las escenas deplorables que han manchado nuestra revolucion; pero he sostenido constantemente que han sido obra, no del pueblo, sino de algunos malvados que han acudido de todos los puntos de la república para vivir de rapiña y asesinato en una ciudad donde la inmensidad y las agitaciones abrían una ancha carrera á sus crímenes. Por la misma gloria del pueblo, he pedido que fuesen entregados al rigor de las leyes. Otros, por el contrario, para asegurar la impunidad de los malvados y procurarles sin duda nuevas ocasiones de matanza y de rapiña, han hecho ya apología de sus excesos, atribuyendolos al pueblo. Ahora bien, ¿quién calumnia al pueblo, el hombre que lo sostiene inocente de los crímenes de algunos malvados extranjeros, ó el que se obstina en imputar al pueblo entero la odiosidad de esas sangrientas escenas?—Son venganzas nacionales, esclama Marat.

Vergniaud prosigue sin mirarle: «Hemos querido huir de París, nos dice Robespierre, habiendo él querido fugarse á Marsella. En cuanto á mi declaro que si la Asamblea legislativa queria salir de París no podía ser sino de la misma manera que salió Temistocles de Atenas: es decir, con todos los ciudadanos, sin dejar á nuestros enemigos otra conquista que cenizas y escombros, y solo huyendo ante ellos por un momento, para labrar mejor su tumba.

«Nos acusa Robespierre de haber votado el llamamiento al pueblo. ¿Debiale yo, por ventura, el sacrificio de una opinion que yo creia buena, y podia evitar á la nacion una nueva guerra cuyas calamidades temia?

«Y somos intrigantes y conspiradores; prosigue Vergniaud: ¿se nos ha visto por ventura proponer el 10 de agosto que se arrestasen los ministros en el seno de la Asamblea? La ocasion, sin embargo, era oportuna y podíamos creer sin presuncion que recaeria la eleccion en algunos de los nuestros; ¿dónde están, pues, las pruebas de esa pasion de fortuna, de esa sed de poder que nos atribuyen? Danton se ha vanagloriado de haber solicitado y obtenido empleos para hombres á quienes creia buenos ciudadanos; y si alguno de nosotros ha seguido la misma regla de conducta, lo cual ignoro, ¿cómo podria ser un crimen en él lo que no ha parecido vituperable en Danton?

«Que somos moderados, fuldenses. ¡Nosotros moderados! No lo era yo el 10 de agosto, Robespierre, cuando estabas escondido en tu cueva! ¡Moderados! No, no lo soy en el sentido de querer debilitar la energia nacional, porque sé que la libertad siempre es activa como la llama; que es inconciliable con una calma perfecta, que solo conviene á esclavos. Tambien sé que en tiempos revolucionarios habria tanta locura en pretender calmar por la sola voluntad la efervescencia popular, como en mandar á las olas contenerse cuando se ven agitadas por los vientos. Pero el legislador, en cuanto posible le sea, debe precaver los desastres de la tempestad con prudentes consejos, y si para ser patriota es menester declararse protector del saqueo y de la matanza, sí, ¡soy moderado!

Desde la abolicion de la monarquia, he oido hablar mucho de revoluciones, y he dicho entre mí: «Solo dos hay posibles; la de las propiedades ó agraria, y la que nos condujese de nuevo á la monarquia. He resuelto fir-

memente combatir las ambas: si es esto ser moderado, sí, lo soy.

«Tambien he oido hablar mucho de insurreccion, y confieso que me he lamentado. O tiene la insurreccion un objeto ó no; en el última caso es una convulsion para el cuerpo político, que no pudiendo hacerle beneficio alguno, debe necesariamente ocasionarle mucho daño. Si tiene la insurreccion un objeto determinado ¿cuál puede ser sino el de arrancar el poder á la representacion nacional para trasferirlo á la cabeza de un solo ciudadano? En ambos casos, los que preconizan la insurreccion conspiran contra la república y la libertad, y si es preciso aprobarlas para ser patriota ó ser moderado combatiéndolas, soy moderado. Cuando la estatua de la libertad está en el trono, no puede ser provocada la insurreccion sino por los amigos de la monarquia. Tambien he deseado medidas terribles, pero solo contra los enemigos de la patria; he querido castigos y no proscripciones. Algunos han creido hacer consentir su patriotismo en atormentar y arrancar lágrimas; pero yo hubiera deseado que el patriotismo solo hiciera felices. Se trata de consumir la revolucion por medio del terror, y yo hubiera querido que esta obra la hiciera el amor. En fin, no he querido que, semejantes á los clérigos y feroces ministros de la inquisicion, que solo hablaban de su misericordioso Dios al fulgor de las hogueras, debiéramos nosotros hablar de libertad entre puñales y verdugos. ¡Ah! ¡dénosnos gracias de nuestra moderacion! Si hubiéramos aceptado el combate que no cesan de presentarnos aquí, lo declaro á mis acusadores, como quiera que sean las sospechas en que nos envuelvan, y las calumnias con que se quiera mancillarnos, son aun nuestros nombres mas estimados que los suyos, y hubiérase visto acudir de todos los departamentos hombres tan temibles para la anarquia como para los tiranos. Nuestros acusadores y nosotros estaríamos ya consumidos por el fuego de la guerra civil.»

Después de haber ido respondiendo así á todos los cargos de Robespierre, Vergniaud, examinando la petición de Pétion, prosigue del modo siguiente:

«Habeis dispuesto por vuestro decreto que los culpables del 10 de marzo fuesen enviados ante el tribunal revolucionario, el crimen está probado. ¿Qué cabezas han caído? Ninguna. ¿Qué cómplice ha sido detenido? Ninguno. Habeis mandado que se diese libertad á uno de los culpables para oirlo como testigo, lo cual viene á ser como si en Roma hubiese decretado el senado que Lentulo podría servir de testigo en la conspiracion de Catilina. Habeis citado á la barra miembros del comité central de insurreccion. ¿Han obedecido? ¿Han comparecido? ¿Quiénes, sois, pues? En la petición del Pósito, se derrama á torrentes el oprobio contra la Convencion nacional: no es una petición lo que vienen á someteros, sino órdenes que os dictan, proponiéndoos aisladamente la orden del día. Ciudadanos, si tan solo fuérais simples individuos os diria: ¿Sois cobardes? Pues bien, entregaos al azar de los sucesos, aguardad con estupor que os despidan ó manden degollaros, y declarad que seréis los esclavos del primer asesino que quiera encadenaros. ¡Buscais á los cómplices de Dumouriez! ¡Ahi los teneis, ahí están! Ellos son los que han formado el comité central de insurreccion, ellos son los que han provocado esa criminal esposicion de la seccion del Pósito: todos ellos quieren como Dumouriez, aniquilar la Convencion; todos ellos como Dumouriez, desean un rey, y á nosotros es á quienes llaman los cómplices de Dumouriez. Se ha dado, pues, al olvido que nosotros hemos denunciado sin cesar la faccion de Orleans. ¡Nosotros cómplices de Dumouriez! ¿Se olvida, pues, que en medio de las borrascas de una sesion de ocho horas hicimos dar el decreto que desterraba á todos los Borbones de la república? ¡Nosotros cómplices de Dumouriez! ¿Se ha dado al olvido (indicando con el ademán á Robespierre) quiénes fueron los que

hicieron revocar aquel decreto? ¡Cómo! Dumouriez conspira en favor de un Borbon, nosotros luchamos para obtener el destierro de los Borbones, y somos acusados!

«A todo he contestado, he confundido á Robespierre, y esperaré tranquilo que pronuncie la nacion entre mis enemigos y yo. ¡Ciudadanos, termino esta discusion tan dolorosa para mi alma, como fatal para la causa pública; creia yo que la traicion de Dumouriez produciria una crisis feliz, reuniéndonos á todos el sentimiento del peligro común; creia que en vez de encarnizarnos en perdernos unos á otros, solo nos ocuparíamos en salvar la patria, ¡Por qué especie de fatalidad, no cesan los representantes del pueblo de convertir este recinto en el foco de sus calumnias y de sus pasiones! ¡Sabeis como he devorado en silencio las amarguras con que me abruma hace seis meses, y como he sabido sacrificar á mi patria los más justos resentimientos! ¡Sabeis como, bajo pena de cobardía, bajo pena de confesarme culpable, bajo pena de comprometer el poco bien que todavía me es permitido esperar hacer, he podido dispensarme de patentizar la perfidia é impostura de Robespierre! ¡Ojalá sea este día el último que perdamos en escandalosos debates!

XII.

Este discurso, tranquilizando el alma de Vergniaud, le atrajo de nuevo el numeroso partido de los moderados. Resonó esta elocuencia durante algunos días en París, y en la Francia entera. Los girondinos resolvieron aprovecharse de la predisposicion del favor público para acabar con sus enemigos; pero no tenían otras armas que discursos, al paso que Danton y Robespierre eran dueños del pueblo de París. En los días siguientes, se hallaban tan agitados los ánimos, que Duperret echando

mano á la espada se arrojó á los miembros de la Montaña. Reportándose por los gritos de horror de la Convención, se escusó declarando que si hubiera tenido la desgracia de poner la mano en un representante del pueblo, le quedaba otra arma para matarse. La Asamblea achacó su acaloramiento á demencia y le perdonó.

Pronunció en seguida Petion un discurso que se parecía á las voces de la desesperacion de su perdida popularidad. Sucedíole Guadet defendiéndose como Vergniaud de toda complicidad con Orleans y Dumouriez. «Cierto es, dijo, que Dumouriez ha venido á Paris precedido de la reputacion de gran general y cercado del esplendor de sus victorias; pero no he ido tras él, y lo he conocido en el comité de que era yo miembro. Le vi otra vez en una casa donde le ofrecieron una funcion á la que fue convidado, y á donde concurrí por la amistad que me unia á Talma, que era quien la daba, permaneciendo solo en ella media hora. Ha estado muchos dias en Paris, y no he sabido donde vivia; pero ¿á quien se ha visto diariamente al lado de Dumouriez en todos los espectáculos de Paris? ¿quién estaba su cesar junto á él? ¡Vuestro Dan!

Al oír estas palabras, esclama Danton como despertando sobresaltado: «¿Con qué me acusas á mí? no conoces mi fuerza; te responderé, probaré tus crímenes. En la ópera me hallaba en un palco inmediato á Dumouriez, pero no en el soy; tambien estabas tú.» Guadet prosigue: «Si Danton, Fabre de Eglantine y el general Santerre formaban la corte de Dumouriez; y tú, Robespierre, nos acusas de haber estado en inteligencia con La Fayette; pero ¿dónde te escondias el dia que acompañado de todo el brillo de su poder, fué traído desde el palacio de las Tuillerias hasta esa barra, entre el ruido de las aclamaciones que se daban en esa esplanada como para imponer á los representantes del pueblo? Solo yo me presenté en la tribuna y lo acusé, no tenebrosamente como tú, sino en

público; ahí estaba, y sin embargo, eterno calumniador, me acusas de corrupcion; dices que la conspiracion de que formamos parte es una cadena cuyo primer eslabon está en Londres y el último en Paris, y que ese anillo es de oro. ¡Pues bien! ¿dónde están esos tesoros? Venid vosotros los que me acusais, venid á mi casa, venid á ver á mi muger é hijos manteniéndose con el pan del pobre; venid á ver la honrosa medianía en que vivimos. Id á mi departamento y mirad si han crecido mis escasas posesiones; vedme llegar á la Asamblea; ¿vengo á ella en magníficos corceles?

¿A quién debía aprovechar la traicion de Dumouriez? A Orleans. ¡Pues bien! No ha sido reciente ni confidencialmente cuando y cómo le he dicho lo que de él pensaba. Le he acusado aqui una noche de aspirar al trono y al dia siguiente le vi entrar en mi casa á las siete de la mañana, sorprendiéndome extraordinariamente. Protestó que su renuncia á la dignidad real era sincera, y me preguntó si habia querido designarlo, rogándome que me explicase con franqueza. — Me suplicais que os hable con franqueza, le dije, no necesitais rogármelo, pues conozco vuestra nulidad y de vos solo nada recelaria, pero á vuestra sombra se abrigan unos hombres que os necesitan y los temo. Teneis, añadí, un medio muy sencillo de hacer cesar estas sospechas; pedid vos mismo á la Convencion nacional el decreto que os destierre de la republica con vuestra familia. Respondióme el de Orleans que ya le habia dado el mismo consejo Rabnut-Saint-Etienne, y al siguiente dia manifesté á Sillery que no restaba á Orleans otro partido. Me respondió éste: si, lo creo como vos, y voy á prepararle un discurso en que pida su espulsion, porque nada sabe hacer por sí mismo. ¡Cuál no fué mi sorpresa, cuando en la sesion en que proponia el decreto de destierro, oí á Sillery pedir la palabra para combatir esta medida! Esta contradiccion acrecentó las sospechas que hacía Orleans habia yo concebido. Asi,

pues, ciudadanos, está demostrado que la conjuración del 10 de marzo se halla relacionada con la conjuración de Orleans. ¿Y quién ha urdido la conspiración del 10 de marzo? ¿Quién la ha urdido, ciudadanos? Tendré valor para decir la verdad desnuda: ha sido Robespierre. Mientras este nuevo Mahoma envolvía de esta suerte en una indicación misteriosa las víctimas que iba á herir, su Omar las nombraba en su hojas, encargándose otros de degollarlas. Pero, ciudadanos, creéis que no se prepara otra vez el peligro de que habeis escapado? ¡Desengañaos y escuchad!...

Guadet lee á la Convencion un manifiesto de los jacobinos á sus hermanos de los departamentos: «¡A las armas! dicen, ¡á las armas! ¡Estamos vendidos! Vuestros mayores enemigos están entre vosotros, dirigiendo vuestras operaciones y disponen de vuestros medios de defensa; si, hermanos y amigos, en el senado es donde ciertas manos parricidas desgarran vuestras entrañas; si, la contra-revolucion está en el gobierno, en la Convencion nacional; ahí, en el centro de vuestra seguridad y de vuestra confianza es donde tienen algunos criminales representantes el hilo de la trama que han urdido con la horda de déspotas que vienen á asesinarnos; pero la indignacion os enardece ya; ¡republicanos, corramos á las armas!

XIII.

«Es verdad!» esclama Marat. Al oír estas palabras, la derecha y el centro se levantan llenos de indignacion y piden á gritos que Marat sea acusado. Apoyado éste por la inmovilidad de la Montaña y el aliento que le daban las tribunas, arrostra la cólera de la mayoría y se lanza á la tribuna. «¿A qué viene tanta palabrería, dijo con insolencia, y para qué sirve? Se trata de introducir

entre vosotros la sospecha de una conjuración quimérica para ahogar otra demasiado real.—El decreto de acusación contra Marat, gritan á la vez trescientos miembros. Marat se esfuerza para que le oigan, y los mismos gritos ahogan su voz.

Danton sale entonces de entre la Montaña acudiendo á escuchar á Marat con su desden, pero tambien con su proteccion. «¿No es Marat, dijo, representante del pueblo? ¿Debemos acusar á la Convencion antes de tener contra uno de sus miembros pruebas evidentes? ¿Quién es el culpable, Marat ó los *hombres de Estado*? El tiempo lo dirá. Pero si el verdadero culpable es Orleans, enviadle primero al tribunal revolucionario y poned á precio la cabeza de todos los Borbones emigrados.—¿Y cuál será la suerte de nuestros comisionados detenidos por Dumouriez? le pregunta una voz de la Montaña.—Vuestros comisionados, replica Danton, son dignos de la nacion y de la Convencion nacional; no deben temer la suerte de Régulo.»

Boyer-Fonfrede insiste en que se lleve á efecto la acusacion contra Marat.

XIV.

La Convencion hizo que se votase al día siguiente la acusacion contra Marat, que fué decretada por doscientos veinte votos contra noventa y dos. Los jacobinos lanzaron un grito de indignacion. El ostracismo de Marat fué el principio de su triunfo.

XV.

Al salir del salon rodeado de numerosos franciscanos, Marat no fué detenido ni conducido á la Abadía,

pues, ciudadanos, está demostrado que la conjuración del 10 de marzo se halla relacionada con la conjuración de Orleans. ¿Y quién ha urdido la conspiración del 10 de marzo? ¿Quién la ha urdido, ciudadanos? Tendré valor para decir la verdad desnuda: ha sido Robespierre. Mientras este nuevo Mahoma envolvía de esta suerte en una indicación misteriosa las víctimas que iba á herir, su Omar las nombraba en su hojas, encargándose otros de degollarlas. Pero, ciudadanos, creéis que no se prepara otra vez el peligro de que habeis escapado? ¡Desengañaos y escuchad!...

Guadet lee á la Convencion un manifiesto de los jacobinos á sus hermanos de los departamentos: «¡A las armas! dicen, ¡á las armas! ¡Estamos vendidos! Vuestros mayores enemigos están entre vosotros, dirigiendo vuestras operaciones y disponen de vuestros medios de defensa; si, hermanos y amigos, en el senado es donde ciertas manos parricidas desgarran vuestras entrañas; si, la contra-revolucion está en el gobierno, en la Convencion nacional; ahí, en el centro de vuestra seguridad y de vuestra confianza es donde tienen algunos criminales representantes el hilo de la trama que han urdido con la horda de déspotas que vienen á asesinarnos; pero la indignacion os enardece ya; ¡republicanos, corramos á las armas!

XIII.

«Es verdad!» esclama Marat. Al oír estas palabras, la derecha y el centro se levantan llenos de indignacion y piden á gritos que Marat sea acusado. Apoyado éste por la inmovilidad de la Montaña y el aliento que le daban las tribunas, arrostra la cólera de la mayoría y se lanza á la tribuna. «¿A qué viene tanta palabrería, dijo con insolencia, y para qué sirve? Se trata de introducir

entre vosotros la sospecha de una conjuración quimérica para ahogar otra demasiado real.—El decreto de acusación contra Marat, gritan á la vez trescientos miembros. Marat se esfuerza para que le oigan, y los mismos gritos ahogan su voz.

Danton sale entonces de entre la Montaña acudiendo á escuchar á Marat con su desden, pero tambien con su proteccion. «¿No es Marat, dijo, representante del pueblo? ¿Debemos acusar á la Convencion antes de tener contra uno de sus miembros pruebas evidentes? ¿Quién es el culpable, Marat ó los *hombres de Estado*? El tiempo lo dirá. Pero si el verdadero culpable es Orleans, enviadle primero al tribunal revolucionario y poned á precio la cabeza de todos los Borbones emigrados.—¿Y cuál será la suerte de nuestros comisionados detenidos por Dumouriez? le pregunta una voz de la Montaña.—Vuestros comisionados, replica Danton, son dignos de la nacion y de la Convencion nacional; no deben temer la suerte de Régulo.»

Boyer-Fonfrede insiste en que se lleve á efecto la acusacion contra Marat.

XIV.

La Convencion hizo que se votase al día siguiente la acusacion contra Marat, que fué decretada por doscientos veinte votos contra noventa y dos. Los jacobinos lanzaron un grito de indignacion. El ostracismo de Marat fué el principio de su triunfo.

XV.

Al salir del salon rodeado de numerosos franciscanos, Marat no fué detenido ni conducido á la Abadía,

porque nadie osó poner la mano en el ídolo del pueblo. Se evadió sin obstáculo, y una inmensa muchedumbre lo llevó al día siguiente á la barra de la Convención. El orador de las secciones era un joven inspirado por Danton: «Venimos á pedir os venganza contra los traidores que mancillan la representación nacional. Si el pueblo ha perseguido á los traidores en el trono, ¿por qué los ha de dejar impunes en la Convención? ¿Será el templo de la libertad como uno de esos asilos de Italia que ofrecen impunidad á los malvados? ¿Habrá renunciado la república al derecho de purificar la representación nacional? Pedimos la espulsion de Brissot, de Guadet, de Vergniaud, de Gensonné, de Grangeneuve, de Buzot, de Barbaroux, de Salles, de Biróteau, de Pontecoulant, de Pétion, de Lanjuinais, de Valazé, de Hardy, de Lehardy, de Louvet, de Gorsas, de Fauchet, de Lanthemas, de Lásource, de Valady y de Chambon.» Escuchaba silenciosa la Asamblea su propia proscripción, y terminada la lectura del órgano de Danton, se levantó un joven entre los individuos proscriptos: era Fonfrede. «Ciudadanos, dijo, os habeis olvidado de mí. Tengo el derecho de ofenderme por no haber oído mi nombre en la lista gloriosa que acaban de presentaros. — ¡Y nosotros también, nosotros todos!» exclamaron, desafiando animosamente al pueblo, los miembros de la Gironda.

La Convención, dejando á un lado sus disensiones para hacer frente á la Europa, dirigió á todos los pueblos un manifiesto redactado por Condorcet, que era un llamamiento á la insurrección general. Luego se prosiguieron discutiendo los artículos de la Constitución.

Robespierre continuaba desarrollando todas las noches en los Jacobinos las teorías de la filosofía social, cuya introducción en el Código pedía al siguiente día, de suerte, que por conducto de aquel se constituía este club en inspirador de la Convención. A la nueva Constitución debía servir de fundamento, ampliándose por

medio de Robespierre la declaración de derechos sobre que se había levantado la de 91. Era el decálogo popular que debía contener todas las verdades sociales, de cuyas consecuencias emanarían las instituciones, teniendo el pueblo de esta suerte el medio de comparar los principios de su filosofía con las disposiciones de sus leyes y la práctica de su gobierno. Estos axiomas sociales, redactados por Robespierre, confundían, como los de Rousseau, los instintos naturales del hombre con los derechos legales creados y garantizados por la sociedad. Olvidaba Robespierre que el estado de naturaleza es la falta ó la anarquía de todos los derechos; que la sociedad tan solo es la que triunfando de síglo en síglo de la fuerza bruta de cada individuo, va creando lentamente, cercenando algo al derecho de cada ser aislado, ese vasto sistema de relaciones, de derechos, de facultades, de garantías y deberes de que se compone el derecho social que despues la misma sociedad garantiza y distribuye á sus miembros.

Pero si carecía de ciencia la declaración de los derechos de Rousseau y Robespierre, respiraba en cambio cada una de sus fórmulas el espíritu social, filosófico y cristiano, constituyendo lo ideal de la igualdad y fraternidad entre los hombres, estableciendo la verdad de las relaciones entre el Estado y los ciudadanos y fundando la sociedad intelectual y moral, en vez de la egoísta y tiránica: tornábase el Estado en familia humana, y la patria en lugar de madrastra, se convertía en madre de todos sus hijos. Un instinto verdadero enseñaba á Robespierre y sus discípulos á fijarse en aquel proyecto de organización de la sociedad, en lo que podía realizarse inmediatamente. Respetaban la familia y la propiedad. A semejanza de los arquitectos de la antigüedad que edificando un templo á los dioses, dejaban siempre en el nuevo edificio algunos paredones ó pilares del anterior, Robespierre conservaba las tradiciones de la antigua so-

ciudad en la moderna. Llegaba todo lo lejos que se lo permitía la reforma, deteniéndose ante la utopía. Reconocía en Dios el origen y garantía de todos los derechos, y ya se advertía desde las primeras palabras, que se había elevado á la verdad suprema, para hacer derivar de ella las secundarias. Para refutar sus doctrinas, era preciso empezar refutando á Dios.

La Convención nacional, decía, proclama á la faz del universo y á los ojos del legislador inmortal, la siguiente declaración de los derechos del hombre y del ciudadano:

Artículo 1.^o El fin de toda asociación política es el mantenimiento de los derechos naturales é imprescriptibles del hombre, y el desarrollo de todas sus facultades.

Art. 2.^o Los principales derechos del hombre consisten en atender á la conservación de su existencia y de su libertad.

Art. 3.^o Estos derechos pertenecen igualmente á todos los hombres, sea cual fuere la diferencia de sus fuerzas físicas y morales. La igualdad de los derechos la establece la naturaleza. La sociedad, lejos de atacarla, no hace mas que garantirla contra el abuso de la fuerza, que la hace ilusoria.

Art. 4.^o La libertad es el poder que tiene cada hombre de ejercer como quiera sus facultades; tiene por regla la justicia, por límites los derechos ajenos, por principio la naturaleza y por ley la salvaguardia.

Art. 5.^o La ley no puede prohibir sino lo que es perjudicial á la sociedad, y no puede ordenar sino lo que la es útil.

Art. 7.^o La propiedad es el derecho que tiene cada ciudadano de gozar de la porción de bienes que la ley le garantiza.

Art. 8.^o El derecho de propiedad se halla limitado, como todos los demas, por lo obligación de respetar la propiedad ajena.

Art. 11. La sociedad tiene obligación de atender á la subsistencia de todos sus miembros, bien procurándoles trabajo, ó bien asegurando los medios de existencia á los que no se hallan en estado de trabajar.

Art. 12. Los socorros necesarios á la indigencia son una deuda del rico para con el pobre; á la ley corresponde determinar el modo como debe pagarse esta deuda.

Art. 13. Los ciudadanos cuya renta no exceda de lo que necesitan para su subsistencia, quedan dispensados de contribuir á los gastos públicos; los demas deben cubrirlos progresivamente, segun la estension de su fortuna.

Art. 14. La sociedad debe favorecer con todo su poder el progreso de la razon pública, y dar instruccion á todos los ciudadanos.

Art. 16. El pueblo es soberano, el gobierno es obra y propiedad suya, y los funcionarios públicos son sus delegados. El pueblo puede, cuando le plazca, cambiar su gobierno y revocar sus mandatarios.

Art. 18. La ley es igual para todos.

Art. 19. Todos los ciudadanos pueden ejercer cualquiera clase de cargos, sin otra distincion que la de las virtudes y talentos.

Art. 20. Todos los ciudadanos tienen igual derecho para concurrir al nombramiento de los mandatarios del pueblo.

Art. 21. Para que estos derechos no sean ilusorios y la igualdad quimérica, la sociedad debe fijar sueldo á los funcionarios públicos y procurar que todos los ciudadanos que viven de su trabajo puedan asistir á las asambleas públicas donde la ley los llama, sin comprometer su existencia ni la de sus familias.

Art. 25. La resistencia á la opresion es la consecuencia de los demas derechos del hombre y del ciudadano: hay opresion contra el cuerpo social cuando uno solo de sus miembros es oprimido.

Art. 34. Los hombres de todos los países son hermanos y los diferentes pueblos deben auxiliarse entre sí, según su poder, como los ciudadanos del mismo Estado.

Art. 35. El que oprime á una sola nacion es el enemigo de todas.

Art. 37. Los reyes, los aristócratas, los tiranos, cualesquiera que fueren, son esclavos rebelados contra el soberano de la tierra, que es el género humano, y contra el legislador del universo, que es la naturaleza.

XVI.

Esta declaracion era mas bien una recopilacion de máximas que un código de gobierno, si bien revelaba la idea del movimiento que se estaba cumpliendo. Lo que da á la revolucion tanta grandeza, aun en medio de sus borrascas, de sus anarquias y de sus crímenes es que era una doctrina. Sus autores eran al mismo tiempo sus apóstoles. Sus dogmas eran tan sagrados, que si de este código se hubiera borrado la impresion de la mano sangrienta que lo firmó, pudieran haberse creído redactados por el genio de Sócrates ó la caridad de Fenelon. Por esto las teorías revolucionarias, despolarizadas un momento á causa de los dolores que á la Francia ocasionó su aparicion, renacen y renacerán mas y mas en las tendencias de los hombres. Fueron manchadas, pero son divinas. Haced desaparecer la sangre, y quedará la verdad.

XVII.

Las verdades fundamentales de la teoría de la Convencion se convertian en instituciones que llevaban el

sello de aquel espíritu democrático, en cuantas sesiones se ocupaba de la Constitucion ó de la discusion de las leyes populares. Luego que se apaciguaba la Asamblea brotaban sus dogmas con sus actos, y la cólera de sus oradores, encarnizados unos contra otros, se trasformaba en un inmenso amor de la verdad social, del pueblo, del género humano, que no carecia, en medio de su inespereñcia, de ignorancias, impaciencias y errores. Llegando algunas veces hasta el frenesí de la verdad, pero sin dejar de ser siempre la verdad. Por esta razon han sido y serán en el porvenir perdonadas tantas cosas á aquella época. Ningun trabajo humano se pierde, ninguna sangre derramada es estéril, ningun pensamiento de virtud queda burlado. Las obstinadas tendencias del género humano son para la sociedad lo que la brújula para el navío: esta no ve el puerto, pero conduce á él.

XVIII.

El proyecto de Constitucion emanado de los girondinos y redactado por Condorcet, aunque tan democrático en su mecanismo, era menos popular en su espíritu que el de Robespierre. Concretábase á establecer la soberania del pueblo en su acepcion mas indefinida, y en restituir á cada ciudadano la parte mas amplia de libertad compatible con la accion colectiva del Estado. Serviale igualmente de base la unidad de la sociedad, pero era en el espíritu de los girondinos la unidad nacional, y en el de Robespierre la humana. La Constitucion presentada por los girondinos era una institucion francesa; la Constitucion concebida por los montañeses era una institucion universal.

La democracia, constituida en gobierno, se formulaba en instituciones populares que recibian toda clase de aplicaciones. La Convencion no queria que fuese la democracia una vana palabra. El alma del pueblo daba animacion á todas las leyes propuestas; la abolicion de la mendicidad por medio de casas de trabajo, refugios y socorros dados á la parte indigente del pueblo; los impuestos sobre los ricos, obligándolos á retribuir proporcionalmente á su bienestar; la adopcion por la república de todos los espositos; estímulos humanitarios en su intencion, pero inmorales en su efecto á la maternidad de las solteras; fijacion del mayor precio de los artículos mas necesarios al pueblo; restricciones á la libertad y codicia de la concurrencia en los mercaderes; interposicion del Estado como árbitro entre el productor, comerciante y consumidor, para intentar en vano hacer justicia á todos, colocando su mediacion entre unos y otros; una organizacion general de la instruccion pública, distribuyendo el Estado las luces morales entre todos los ciudadanos.

Robespierre todavía exigia mas con respecto á la educacion pública. Al hacer la educacion primaria obligatoria para todas las familias, é igualando toda la generacion de cinco á doce años, establecía, á falta de comunidad de bienes, la de los niños y de las ideas. Consideraba al género humano como un padre que debía legar á las generaciones de la patria todas las ideas, todas las creencias, todas las opiniones con que le habia enriquecido el tiempo. La educacion era para la Convencion como el aire que la sociedad da gratuitamente á la respiracion de todos los ciudadanos.

Segun esta teoria, el trabajo debía formar parte de la

educacion; las escuelas eran talleres, y el primero de sus trabajos el cultivo de la tierra. Robespierre, así como todos los legisladores de la antigüedad, consideraba el trabajo aplicado á la tierra como el mas moral y social de todos los del hombre, porque alimenta mas directamente al trabajador, sin escitar tanto la ansiosa codicia de la ganancia, y creando menos vicios y miserias que el trabajo de las manufacturas. La disciplina á que esta educacion comua debía sujetar á los niños, era una costumbre del yugo de los deberes á que mas tarde habian de someterse como ciudadanos. Esta disciplina tenia algo de lacedemoniana; recordaba las instituciones de Fenelon en su república de Salento, y los planes de J. J. Rousseau en su *Emilio*.

En cuanto á los conocimientos que la patria debía á los niños, consistían en enseñar á leer, escribir, hacer cuentas; en inculcar los principios de moral universal, que ya en la civilizacion se reconocian como dogmas, en explicar las leyes del país, y decorar la memoria con las narraciones de la historia de los pueblos, en desarrollar en la imaginacion del niño el sentimiento de lo bello tan hermanado con el de la virtud, recitando los fragmentos mas admirables de filosofía, poesia y elocuencia, legados á los siglos por el espíritu humano.

Por último, en cuanto á la religion, el niño debía, segun este sistema, escoger una cuando la educacion hubiera desarrollado suficientemente su inteligencia, para que no fueran las creencias religiosas del hombre un hábito sin reflexion de la infancia, sino una eleccion deliberada del ser inteligente.

Para atender á los gastos de estos establecimientos, al sustento de los niños, á los honorarios de maestros y maes-

tras, Robespierre proponía un impuesto proporcional, llamado impuesto de los niños. También pedía un impuesto de pobres, para sostener á los ancianos y enfermos indigentes. El rico despojado de lo superfluo, el pobre gratuitamente elevado á la instrucción, á la facultad del trabajo, á la profesión de un oficio; todo, en este plan de Robespierre, tendía evidentemente á la comunidad de bienes ó igualdad de condiciones. Era el espíritu del comunismo primitivo, ideal de los primeros cristianos, que había pasado á ser el de los filósofos.

Esta distribución igual de las luces, de las facultades y de los dones de la naturaleza, es evidentemente la tendencia legítima del corazón humano. Los reveladores, poetas y sabios, han agitado eternamente este pensamiento en su alma, haciéndolo perpetuamente aparecer en su cielo, en sus delirios ó sus leyes, como la perspectiva de la humanidad, lo cual prueba que es un instinto de la justicia en el hombre, y por consiguiente un plan divino que Dios hace entrever á sus criaturas. Todo lo que contraría este plan, es decir, todo lo que tiende á constituir desigualdad de ilustración, de categoría, de condiciones, de fortuna entre los hombres, es impío; al paso que todo lo que tiende á nivelar gradualmente estas desigualdades que con frecuencia son injusticias, y á repartir con más equidad la herencia común entre los hombres es divino. Toda política puede ser juzgada por este signo, como todo árbol por sus frutos: lo ideal no es otra cosa que la verdad vista de lejos.

Pero cuanto más sublime es lo ideal, más difícil es de realizarlo en instituciones en la tierra. Hasta ahora ha consistido la dificultad en conciliar con la igualdad de bienes la desigualdad de virtudes, de facultades y de trabajo que distinguen á los hombres entre sí. Entre el hombre activo y el hombre indolente, la igualdad de bienes sería una injusticia; porque el uno crea y el otro gasta. Para que esta comunidad de bienes fuera justa, sería

preciso suponer en todos los hombres la misma conciencia, idéntica aplicación al trabajo, igual virtud; mas esta suposición es una quimera. ¿Cuál es, pues, el orden social que podría fundarse con solidez sobre semejante mentira? Una de dos: ó sería preciso que la sociedad, en todas partes presente é infalible, pudiese obligar á todos los individuos al mismo trabajo y virtud; pero entonces, ¿qué sería de la libertad? Quedaría la sociedad en universal esclavitud.

En otro caso debería la sociedad distribuir diariamente con sus propias manos y á cada uno según sus obras la parte exactamente proporcionada al trabajo y al servicio de cada uno en la asociación general. Pero entonces ¿quién sería el juez?

La imperfecta sabiduría humana ha tenido por más fácil, prudente y justo decir al hombre: «Sé tu mismo tu propio juez; retribúyete á ti propio con tu riqueza ó tu miseria.» La sociedad ha instituido la propiedad, proclamado la libertad del trabajo y legalizado la concurrencia.

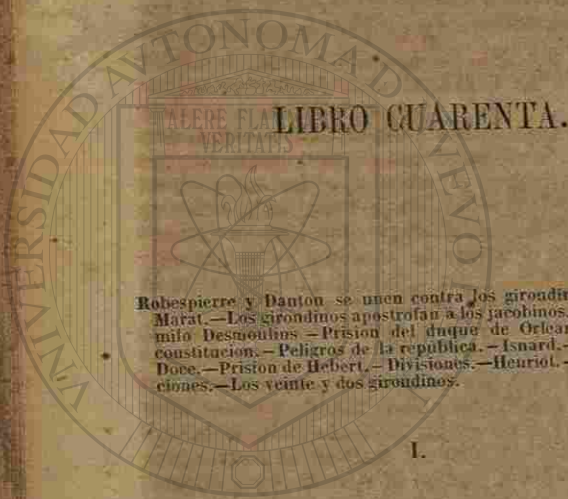
Mas la propiedad instituida no alimenta al que nada posee. La libertad del trabajo no da los mismos elementos de trabajo al que solo posee sus brazos y al que tiene inmensas herencias. La concurrencia no es más que el código del egoísmo y la guerra á muerte entre el que compra y el que vende, entre el que nada en la abundancia y el que tiene hambre. ¡Iniquidad por todas partes! ¡Incorregibles desigualdades de la naturaleza y de la ley! La sabiduría del legislador parece consistir en paliarlas una por una, siglo por siglo, ley por ley. El que todo lo quiere corregir de una vez, lo quebranta todo. Lo posible es la condición de la mísera sabiduría humana. Sin tener la pretensión de resolver, con una solución tan solo, iniquidades complicadas, es la justicia de seres imperfectos como nosotros, corregir sin cesar; mejorar siempre. En los designios de Dios parece el tiempo como

un elemento de la misma verdad, y pedir esta definitivamente á un solo día, es exigir de la naturaleza más de lo que puede dar. La impaciencia crea ilusiones y ruinas en vez de verdades. Las decepciones son verdades recogidas antes de tiempo.

La verdad es evidentemente la comunidad cristiana y filosófica de los bienes de la tierra, al paso que las decepciones son las violencias y sistemas por los cuales se ha creído en vano poder hasta ahora establecer esa verdad y organizarla. La nivelación social, ley de justicia, es según parece, el plan de la naturaleza en el orden político. Esta nivelación instantánea sería un cataclismo que sepultaría todos los seres que viven en la superficie terrestre; pero por el contrario, caminando lenta, gradual é insensiblemente restablecerá la igualdad de nivel y de fertilidad, sin estrellar á una hormiga. Descubrir la ley de Dios en las sociedades y conformar á ella la del legislador, no anticipándose á la verdad con la ilusión ni al tiempo con la impaciencia, he ahí la sabiduría; tomar el deseo por la realización y hacer sacrificios á lo desconocido, he ahí la locura; irritarse contra el obstáculo y la naturaleza, anegando generaciones enteras bajo los escombros de imperfectas instituciones, en vez de guiarlas con paso seguro de una sociedad á otra, he ahí el crimen.

De estas tres cosas había en el alma de la Convención: un ideal verdadero y prácticamente accesible; ilusiones que al aplicarse se desvanecían; accesos de furor que querían arrancar por medio de los tormentos la realización de un orden de cosas no contenido aun por la naturaleza humana. Santos deseos, vanas utopías, medios

atrocés, tales eran los elementos que constituían la política de aquella asamblea, colocada entre dos civilizaciones para esterminar la una y anticiparse á la otra. Robespierre personificaba estas tendencias más que otro ninguno de sus colegas. Sus planes religiosos en el objeto, quiméricos en sus disposiciones, se hacían sanguinarios desde el momento en que se estrellaban contra la imposibilidad de la práctica. El furor del bien sobrecogía al utopista; el furor del bien produce los mismos efectos que el del mal. Robespierre se obstinaba del mismo modo en las quimeras que en las verdades, y á ser más ilustrado hubiera sido también más paciente; nació su cólera de sus decepciones. Quería ser el artífice de una regeneración social, pero la sociedad resistía y entonces tomó la espada, creyendo que es permitido al hombre hacerse verdugo de Dios. Comunicó, en parte por fanatismo, en parte por terror, su espíritu á los jacobinos, al pueblo, á la Convención; de aquí provino aquel contraste de una asamblea que se apoyaba con una mano en el tribunal revolucionario y en el instrumento del suplicio, al paso que con la otra escribió una Constitución que recordaba las pastoriles repúblicas de Platon ó de Telemaco y en cuyas páginas todas respiraban Dios, el pueblo, la justicia y la humanidad. Nunca se vió la verdad regada con tanta sangre. El trabajo de la historia es el lavar aquellas manchas en vez de rechazar la justicia social, por haber caído olas de sangre sobre los dogmas de la libertad, de la caridad y de la razón.



Robespierre y Danton se unen contra los girondinos.—Triunfo de Marat.—Los girondinos apostrofan a los jacobinos.—Folleto de Camilo Desmoulins.—Prisión del duque de Orleans.—Ensayos de constitución.—Peligros de la república.—Isnard.—Comisión de los Doce.—Prisión de Hebert.—Divisiones.—Henriot.—Garat.—Acusaciones.—Los veinte y dos girondinos.

I.

Presentando á la Convencion la perspectiva de la felicidad humana, estas discusiones calmaron por algunos dias á aquellas almas irritadas. Divididos en cuanto á lo presente, Vergniaud, Robespierre, Condorcet, Danton y Petion se hallaban de acuerdo en cuanto al porvenir. Las fisonomías de los girondinos, jacobinos y franciscanos se apaciguaban y presentaban á los espectadores de aquellas sesiones el caracter de la serenidad. El mismo Danton, menos quimérico que ninguno de aquellos hombres de Estado, parecia estasiarse en la contemplacion del porvenir, susegándose de la sangre que habia hecho derramar: «¡Esto me consuela! decia con un suspiro al salir de la asamblea. ¡Nadie sabe lo que cuesta el triunfo de una

doctrina al corazon de los hombres que la legan á la posteridad!»

II.

Estos principios de la escuela de Robespierre fueron esplanados por Saint-Just en un discurso en que este jóven orador se declaró el oráculo de las teorías de su maestro. «El orden social, decia Saint-Just, existe en la naturaleza misma de las cosas y solo toma de la inteligencia humana el trabajo de combinar su mecanismo; el hombre nace para la paz y la verdad: las malas leyes son las que le corrompen. Hallar para él leyes conformes á la naturaleza de su corazon, es restablecerle en su felicidad y en sus derechos. Pero el arte de gobernar, casi no ha producido mas que monstruos, y los pueblos se han estraviado del rumbo que debian seguir. Nuestra tarea es la de volverlo á encontrar. El estado social es la verdadera relacion de los hombres entre si; el político es la relacion del pueblo al pueblo. El vicio de los gobiernos consiste en emplear para oprimir á los ciudadanos en el interior, la fuerza con que están armados y que necesitan para defenderse las naciones contra los enemigos exteriores. Dividid, por consiguiente el poder, si quereis que la libertad subsista. El poder ejecutivo se va haciendo poco á poco usurpador en el gobierno mas libre del mundo; pero si esta autoridad delibera y ejecuta al mismo tiempo, presto se constituye en soberana; no se personifica la monarquia solo en el nombre del rey, sino que existe tambien en todo poder que delibera y ejecuta á la vez.» Esta série de máximas incoherentes, y el velo con que encubria Saint-Just su pensamiento, permiten apenas discernir si queria atacar ó fortificar la unidad de poder de la Convencion.

III.

Marat, Hebert y Chaumette eran los únicos que se servían del incentivo de la comunidad de bienes para adular y fanatizar al pueblo; y aun así, esta era para ellos más bien una traslación violenta que la destrucción de la propiedad. Tal fuerza de costumbre y de derecho habían adquirido la propiedad y la familia en el ánimo de los hombres, que un proyecto de *ley agraria* hubiera parecido entonces una blasfemia contra el hombre mismo. Este principio puramente especulativo podía servir de pretexto á algunos disertadores quiméricos, mas no formar ningún partido, pues todos lo desaprobaban por no contrariar la opinión. Los programas de los partidos comenzaban siempre con un acto de fe y una profesión de respeto hacia la propiedad. Prodigaban la muerte sin perder su popularidad, pero respetaban los bienes. Esto consiste en que el hombre moderno tiene más apego á sus bienes que á su propia vida, porque aquellos son primero su vida y después la de su mujer, de sus hijos, de su posteridad. Perdiendo la vida en defensa de sus bienes, muere para defender lo presente y el porvenir. Habíase hecho la revolución francesa para equilibrar mejor la propiedad y hacerla más accesible á todos los hombres, y no para destruirla.

IV.

En tanto que la Convención aplazaba la lucha con estas escursiones filosóficas y estas instituciones populares, la municipalidad, los jacobinos y los franciscanos, aprovecharon el tiempo en amolinar los arrabales contra los

girondinos, único obstáculo, según sus oradores, para la felicidad del pueblo y la seguridad de la patria.

Reducir los departamentos á soportar el yugo de las opiniones de París; avasallar la representación nacional por medio del terror; hacer de la Convención el instrumento pasivo y vil de la municipalidad; dominar á esta misma por las secciones y á estas por un puñado de agitadores á las órdenes de dos ó tres demagogos, entre los cuales escogería el pueblo un director implacable para remediar su propia anarquía; tal era el plan confuso de Marat, Chaumette, Hebert y sus partidarios.

Robespierre y Danton se adherían á este plan con repugnancia uno y otro. Fiándose en la inconstancia del favor público y en su profundo desprecio al ídolo del día, Marat, creían con razón que el poder caería por sí mismo de aquella frente inabie é insensata, y que una vez destruidos los girondinos por Marat, y éste por sí mismo, no quedaría á la nación otro recurso que escoger á uno de ellos dos, para salvarla de sí propia y de sus enemigos. Cada uno de ellos se creía seguro entonces de poder más que su rival. Danton por la superioridad de valor, Robespierre por la del pensamiento. Ambos fingían contra los girondinos un odio que no tenían, y por la causa del *Amigo del pueblo* proscrito un interés de que secretamente se avergonzaban. En cuanto al pueblo, la espulsión de Marat de la Convención, la formación de su causa, su fuga, sus doctrinas, el misterio que encubría su asilo, y por último el divulgado rumor de las enfermedades que había contraído por el trabajo y en los subterráneos, para servir la causa de los oprimidos; todo enardecía hasta la idolatría la pasión de la multitud hacia el que creía su vengador.

Salió Marat de su retiro el 24 de abril y compareció ante el tribunal revolucionario. La audacia de su actitud, el guante que arrojó á los jueces, la turba que lo condujo escoltado al tribunal, las aclamaciones del pueblo que

se atropellaba numeroso en derredor del palacio de Justicia, dieron de antemano á los jurados la orden de reconocer su inocencia. Proclamóse esta, y un grito de triunfo salido del tribunal y prolongado por los grupos hasta las puertas de la Convencion, notició á los girondinos la absolucion de su enemigo. Los franciscanos y las turbas de los arrabales que habian impuesto su fallo, tenian de antemano preparado el triunfo. Marat despues de absuelto, fué levantado en alto por cuatro hombres que lo enseñaron á la multitud, llevandolo despues á un estrado donde habia un sillón antiguo semejante á un trono. Era el pavés de la sedicion en que los proletarios inauguraban el rey de la indigencia. Las mugeres de la Alhóndiga y del Mercado de las flores cinieron su cabeza con varias coronas de laureles, sin que Marat opusiera la menor resistencia. «Es el pueblo, exclamó, á quien se corona en mi cabeza. Ojalá pudieran al momento caer á mi voz todas las cabezas que sobrepujan el nivel del pueblo.»

La comitiva se puso en marcha hacia la Convencion, en medio de los gritos de *¡Viva el amigo del pueblo!* El tropel, compuesto de hombres andrajosos, mugeres, niños é indigentes, se adelantó con lentitud por los pretiles y Puente Nuevo, hacia la calle de San Honorato, engrosado en el camino por las innumerables turbas de artesanos que habian suspendido sus trabajos para defender y honrar al representante de los proletarios. Los que le conducian se iban relevando. En los puentes, en las plazas, á la entrada de las calles principales aguardaban á Marat diputaciones de los diferentes oficios, que despues se reunian á la columna del pueblo que le precedia ó seguia. Las ventanas estaban llenas de mugeres que dejaban caer sobre la cabeza del triunfador una lluvia de cintas, coronas y flores. Se daban palmadas cuando pasaba, de modo que toda su marcha desde Palacio hasta el Picadero fué un prolongado aplauso. «Amigos míos, exclamaba Marat; escusad, perdonad mi sensibilidad, muy

poco he hecho por el pueblo; en adelante no puedo pagarle esta deuda sino con mi vida.»

V.

Hacia la mitad de la calle de San Honorato las mugeres de los mercados de Paris, reunidas para asociarse á aquel festejo, detuvieron á la comitiva y anegaron en ramilletes el pavés, el trono y *al amigo del pueblo*. Marat, con la frente sobrecargada de coronas, los hombros, los brazos, el cuerpo y las piernas envueltos en festones de hojas, desaparecia, por decirlo así, entre las flores. Apenas se divisaba su traje negro raído, su ropa sucia, su pecho descubierto, sus cabellos que caian sobre sus hombros. Sus brazos se abrian sin cesar como para abrazar á la multitud. Contrastaba la asquerosa sordidez de su traje con la frescura de aquellos festones y guirnaldas. Su macilento rostro, su estraviada fisonomia, las sonrisas petrificadas en sus labios, los vaivenes del estrado en que lo llevaban, la brusca agitacion de su cabeza y la gestulacion de sus manos, comunicaban á su persona algo de maquina y forzado que se parecia á la demencia, dejando indeciso al espectador entre un suplicio y un triunfo. Era una convulsion del pueblo personificada en Marat, propia mas bien para disgustar á Robespierre y á Danton de la embriaguez popular, que para hacerlos envidiosos de Marat.

Algo mas lejos, los hombres de los mercados y pretiles de Paris, en número de dos ó tres mil, arengaron al diputado, prorumpiendo con atronadoras voces en prolongados gritos de *¡Viva el amigo del pueblo!* Estos gritos conmovieron las bóvedas de la Convencion, cuyas puertas forzó la comitiva. Marat, apeado de su sillón, pero levantado por los brazos del pueblo, entró en el salón con la frente cubierta aun de laureles. La multitud pidió que la dejasen permanecer allí, y se diseminó confusa-

mente entre los diputados por las gradas de la Convención. La sesión quedó interrumpida.

Marat, conducido á la tribuna por sus vengadores, entre los aplausos del recinto y de las galerías, intentó por mucho tiempo en vano calmar con sus ademanes aquellos aplausos que sofocaban su voz. Habiendo por último obtenido silencio:

«Legisladores del pueblo francés, dijo, este día devuelvo al pueblo uno de sus representantes cuyos derechos fueron violados en mi persona. Represento en este momento á un ciudadano que habia sido inculcado y que acaba de justificarse. Seguirá defendiendo con toda la energía de que es susceptible los derechos del hombre y los del pueblo.» Dicho esto, la multitud agita sus sombreros y los arroja á lo alto. Del recinto del salon y de las tribunas sale un grito unánime de *Viva la república!* que va á repetirse y prolongarse entre las turbas que se apiñan fuera de la Convención. Danton, fingiendo participar del entusiasmo del vulgo hacia el idolo que él despreciaba, pidió que la comitiva de Marat recibiese los honores de la asamblea, desfilando por su recinto. Marat, con su corona en la mano, fué á sentarse en la cumbre de la Montaña, junto al feroz Armonville. «Ahora, dijo en alta voz al grupo de diputados que le felicitaban, tengo en mi poder á los girondinos y brisotinios, tambien irán en triunfo, pero sera á la guillotina. Dirigiéndose despues á los diputados que habian decretado su acusacion, los fué llamando por sus nombres, apostrofándolos en términos injuriosos. «A quienes vosotros condenais, esclamó, el pueblo los absuelve; no está lejos el día en que hará justicia á los que respetais como hombres de Estado.» El escándalo de las invectivas de Marat no hizo mas que oscilar en el salon sonrisas de desprecio. Robespierre se encogió de hombros en señal de disgusto, pero Marat le lanzó una mirada amenazadora llamándole *cobarde malvado*. Robespierre fingió no ha-

berle oido, y no hizo caso de aquel frenesí del pueblo. Marat, despues de salir, fué paseado de nuevo triunfante en su trono por las principales calles de Paris, gritando la muchedumbre que lo acompañaba «¡Marat es el amigo del pueblo, que siempre será suyo!» Al pie de los pilares de los mercados le ofrecieron un banquete popular, y despues le condujeron al club de los Franciscanos.

VI.

Allí arengó Marat al pueblo prometiéndole sangre. El gozo mismo era sanguinario en aquella alma esterminadora. Los gritos de *¡Mueran los girondinos!* era el condimento de su triunfo. Despues de la sesión, los franciscanos y el pueblo, que le esperaban á la puerta del club, le condujeron con barchas hasta su casa. Las ventanas y tejados de la calle donde vivía y otras inmediatas se habian iluminado como para la entrada de un salvador del pueblo. «Este es mi palacio!» dijo Marat á su amigo Guzman subiendo por la oscura escalera de su habitacion, y este mi cetro, añadió sonriendo y enseñando su pluma metida en un tintero de plomo; ¡mi compatriota Rousseau no lo tuvo de otra clase, y sin embargo, con él he trasladado la soberanía de las Tullerías á este camaranchon! Ese pueblo es mio, porque le pertenezco, y no abdicaré hasta haberlo vengado.»

Tal fué la óvacion de Marat; pero ya consumia su vida el incendio de su alma. Aquel día de gloria y de reinado para él, al hacer fermentar su sangre, encendió la calentura que minaba su cuerpo. La enfermedad no paralizó sus trabajos, pero le hizo quedar muchas veces en cama. La cercanía de la muerte y la concentración de sus ideas no amortiguaron sus provocaciones al asesinato. Aquel Tiberio moderno enviaba sus órdenes á la multitud

desde el rincón de su indigente Caprea. Sus insomnios costaban sangre al siguiente día, y no echaba otra cosa de menos en la vida que el tiempo de sacrificar las trescientas mil cabezas que no cesaba de pedir á la venganza de la nación. Su puerta, asediada día y noche por delatores, recibía como la boca de hierro de Venecia los indicios de sospecha. Su mano, yerta ya, añadía siempre nuevos nombres á la lista de sus proscripciones, abierta siempre sobre su lecho.

VII.

Aquel suceso, demostrando al pueblo su fuerza, á la Convencion su avasallamiento y á los girondinos su impotencia, dió bríos para intentar contra estos los últimos ataques. Los progresos de los vendeanos que habian rechazado á los republicanos de toda la orilla izquierda del Loira; la repartición de la Francia, que los generales y plenipotenciarios de las potencias deliberaban abiertamente en un consejo de guerra celebrado en Amberes; Custine que se replegaba á Landau ante cien mil confederados alemanes; Maguncia bloqueada, é inutilizando en sus muros veinte mil soldados escogidos del ejército del Rhin; los primeros choques del ejército de los Pirineos con el español; Servan, que mandaba allí las tropas, atacado á un tiempo en sus tres campamentos; Lyon, donde las secciones, todas realistas, se resistían á la instalación de un régimen revolucionario y amenazaban con una insurrección; Marsella, indignada por los ultrajes del pueblo de París á sus confederados y á Barbaroux, levantando nuevos batallones para vengar á sus hijos; Arlés, Nimes, Tolon, Montpellier, Burdeos, declarándose enemigas de la Montaña y jurando en sus manifiestos enviar su juventud á París; las acusaciones reciprocas de

federalismo y de anarquía entre montañeses y girondinos; el hambre á la puerta de las panaderías; el pueblo sin otro trabajo que el de su perpétua agitación por las calles; los clubs en efervescencia; los papeles públicos escritos con hiel; las facciones en permanencia; las cárceles llenas ya; la guillotina abanicando al pueblo al gusto de la sangre en vez de saciarlo; todo imprimía á la población de París ese estremecimiento de terror, preludio de los últimos excesos. La desesperacion es la consejera del crimen; el pueblo que conocía su propia pérdida necesitaba achacarla á alguno. Los jacobinos escitaban todo su odio contra los girondinos. El robo del Guardamuebles, cuyos millones y diamantes, habian pasado, segun se decia, á manos de Roland y á los cofrecitos de su muger, imprimian ademas á la irritacion popular un carácter de personalidad, de insulto y de asesinato.

Brissot, Girey-Dupré, Gorsas, Condorcet, los principales periodistas girondinos, apoyados por los ricos y sostenidos por el comercio y la clase media, no escaseaban por su parte las calumnias ni las ironías sangrientas á Marat, á Robespierre, á Danton y á los jacobinos. Sus periódicos, leídos en las sesiones de los clubs, se rasgaban, quemaban y pisoteaban, jurando lavar aquellas líneas en la sangre de sus autores. Marat osó pedir con insolencia, á la faz de Robespierre, que le enviasen todos aquellos documentos y las delaciones de los ciudadanos contra los ministros para hacer justicia, personificando atrevidamente al pueblo en sí mismo. Apenas se atrevió Robespierre á abrir los labios en presencia de aquel, que desde su triunfo se constituía él mismo en plenipotenciario de la multitud. Se abrogaba la dictadura que veinte veces habia propuesto al pueblo para el mas determinado de sus defensores. No tenia su política otra teoría que la muerte. Era el hombre de las circunstancias; porque era el apóstol del asesinato en masa. Cada vez que salía de su casa en el trago de enfermo y envuelta la cabeza

con un pañuelo súcio, para comparecer en los Jacobinos ó en la Convencion, Danton y Robespierre le cedían la tribuna, en donde hablaba como señor y no como consejero de la nacion. Una palabra suya cortaba las discusiones como el puñal corta el nudo. Los aplausos de las tribunas le ponían bajo la proteccion del pueblo. Los murmullos y rechullas interrumpían á los que intentaban discutir con él. Era el plebiscito sin réplica de la multitud.

VIII.

Ya hasta en la misma Convencion se habian cambiado las discusiones en luchas de palabras. Con motivo de las honras fúnebres tributadas por la municipalidad á Lazonski, uno de los conspiradores del club del Arzobispado, habiendo tenido Guadet la osadía de decir que la posteridad se asombraría un día de que se hubiese concedido un apoteosis nacional á un hombre convencido de haber estado á la cabeza de los saqueadores y querido marchar en la noche del 10 de marzo para disolver la Convencion, se levantó Legendre para contestarle. Los murmullos del centro le disputaron la tribuna. «Yo cederé la tribuna, exclamó, á los que hablen mejor que yo; pero aun cuando me encerrasen en la hornilla que ha de enrojecer el hierro que os imprimirá la marca de la ignominia, la ocuparé! Aun cuando hubiera de ser vuestra victima, pido que el primer patriota que muera á vuestros golpes sea llevado por las plazas públicas, como Bruto llevó el cuerpo de Lucrecia, y se diga al pueblo: Esa es la obra de tus enemigos.»

IX.

El jóven Ducós intentó al día siguiente hacer comprender á la Convencion los peligros de fijar un *maximum* al precio de los granos; los pataleos, los gestos, las vociferaciones de los asistentes ahogaron su voz, obligándole á bajar de la tribuna.

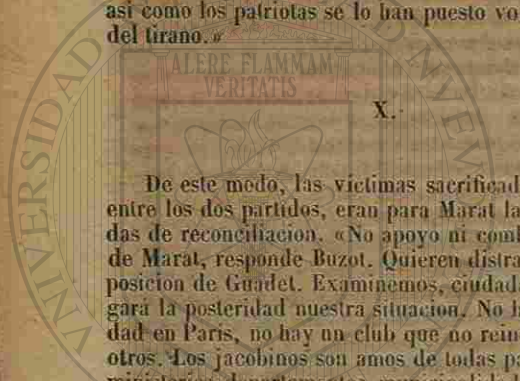
«Ciudadanos, exclamó Guadet: una representacion nacional envilecida, no existe ya. Todo paliativo para asegurar su dignidad es una vileza. Las autoridades de Paris no quieren que seais respetados. Tiempo es de hacer cesar esa lucha entre una nacion entera y un puñado de facciosos disfrazados con el nombre de patriotas. Pido que la Convencion nacional decrete que el lunes celebrará su sesion en Versalles.»

A esta proposicion de Guadet, todos los girondinos y una parte del Llano se levanta gritando: «¡Marchemos! Salvemos lo que resta de dignidad y libertad en la Convencion nacional de los ultrages y puñales de Paris.» Viggée, jóven intrepido que como Andrés Chenier ballaba el heroismo en el peligro, se espone solo en la tribuna á las vociferaciones, á los gestos, á las inyectivas de la Montaña y de los espectadores. «Aplazarlo hasta el lunes, dijo, seria dar á los facciosos el tiempo de prevenir nuestra traslacion por medio de un motin ó de asesinatos.»

«Pido queal primer murmullo de las tribunas, salgamos de este recinto en que estamos cautivos y nos retiremos á Versalles.»

Marat, presente aquel dia á la cabeza de la Montaña, haja con el ademan soberano de un pacificador. Temé que la proposicion de los girondinos no sustraiga la Convencion de la presion directa ó imperativa de la multitud de que es rey. Trata de distraer la emocion que arrastra á los girondinos fuera del salon. «Propongo una gran medida,

dijo, propia para disipar toda sospecha. Pongamos á precio la cabeza de los Borbones fugitivos y traidores con Dumouriez. He pedido ya la muerte de Orleans y reproduco mi proposicion para que los *hombres de Estado* se echen el dogal al cuello respecto de los Capetos fugitivos así como los patriotas se lo han puesto votando la muerte del tirano.»



De este modo, las víctimas sacrificadas mutuamente entre los dos partidos, eran para Marat las únicas prendas de reconciliacion. «No apoyo ni combato la moeion de Marat, responde Buzot. Quieren distraernos de la proposicion de Gaudet. Examinemos, ciudadanos, como juzgará la posteridad nuestra situacion. No hay una autoridad en París, no hay un club que no reine mas que nosotros. Los jacobinos son amos de todas partes: ejércitos, ministerios, departamentos, municipalidades ¿dónde no dominan? En los sitios públicos inmediatos á este recinto, en nuestras calles, á nuestras puertas, en nuestros tribunales, ¿qué es lo que se oye? Gritos frenéticos. ¿Qué vemos? Semblantes asquerosos, hombres cubiertos de sangre y de crímenes. Así lo ha querido la naturaleza: el que una vez ha manchado sus manos con la sangre de su semejante, es un monstruo que no puede vivir en una sociedad regular. Necesita sangre, siempre sangre para embotar sus remordimientos. Estoy convencido de que todos os lamentáis de la situacion en que nos encontramos, apelo á nuestros corazones, íntimo á la historia que lo diga: ¿sino habeis castigado tan grandes delitos, es porque no habeis podido; pero ved los resultados de la impunidad. ¿Preguntais cual es la causa de la desórdenes? Se rien de vosotros. ¿Recordais la ejecucion de las le-

yes? Se rien de vosotros y de vuestras leyes. ¿Castigais á uno? Os lo traen triunfante para burlarse de vosotros. Ved esa sociedad para siempre célebre (los Jacobinos), no quedan en ella treinta de sus verdaderos fundadores, y solo si hombres llenos de deudas y de crímenes. Leed los periódicos y ved si mientras subsistan tan abominables guardias podeis permanecer aquí.»

A esta aterradora invectiva lanzada en presencia de Robespierre, Marat, Danton, Collot de Herbois, Billaud-Varenes y Bazire, la Montaña se levanta en masa contra Buzot. «Somos jacobinos,» esclaman á una sola voz doscientos miembros. Durand-Maillane arrostra esta borrasca y anuncia á la Convencion que á la llegada del último correo de los jacobinos de París al club de Marsella se puso á precio la cabeza de cinco diputados marseleses que habian pedido la apelacion al pueblo sobre la sentencia del rey, ofreciéndose diez mil francos al puñal del primer asesino. «Este departamento, añade Durand-Maillane, está en la anarquía y confusion.» Crece el tumulto de la asamblea; los unos piden que se vote la proposicion de retirarse á Versalles; los otros que se pase á la orden del día, despreciando el cobarde terror de los girondinos.

Danton, que desde algun tiempo parecia rechazar las medidas extremas, como si de lejos hubiera visto el abismo y temido su propio acoloramiento, sube á la tribuna y quiere calmar la agitacion con algunas palabras de paz. «Todos estamos conformes, dice, en que ha habido falta de respeto, y que debe hacerse justicia; pero solo debe recaer en los culpables. ¿Quereis ser rigidos y justos á la vez? pues bien...» La impaciencia de la Montaña, la indignacion de la Gironda, no dejan á Danton terminar su idea; cortan su palabra murmullos unánimes que le obligan á bajar de la tribuna. Pero Danton hace al bajar una señal de inteligencia á los espectadores, que evacuan las tribunas. La ausencia voluntaria de los culpa-

bles, quita el pretexto á la discusión y la ocasion al castigo.

Algunos dias despues, Camilo Desmoulins publicó uno de sus mas aeres folletos, en el cual aparecian desfigurados por el odio Roland, Petion, Condorcet y Brissot. La misma muger de Roland, errante ya y perseguida, disfrazada de cortesana sanguinaria, era entregada á los sarcasmos de la multitud. Ambicion, cohechos, conspiracion sorda y permanente contra la libertad, intrigas, traiciones, complicidad con los estrangeros, tendencias al restablecimiento de una monarquia cuyos ministros serian, tales eran los crimenes cuyas pruebas buscaba Camilo Desmoulins en anécdotas inventadas, en confidencias reveladas, en secretos sorprendidos, en reuniones quiméricas y en orgias imaginarias, cuya relacion emponzoñaba con la causticidad de su pluma. Esta historia de los brissotinos, leida por Camilo Desmoulins á los jacobinos, fué adoptada como el manifiesto de la Montaña contra los dominadores de la Convencion. Hecha, á espensas de la sociedad, una impresión de mas de cien mil ejemplares, fué distribuida con profusion por las calles de París y dirigida á las sociedades aliadas de los departamentos.

Aquel folleto señalando victimas, designaba tambien ídolos á la opinion. Robespierre, Marat y Danton, se proponian en él como ejemplo á los patriotas. Camilo Desmoulins, bastante inteligente para admirar á los girondinos, suficientemente envidioso para odiarlos, demasiado tímido para imitarlos, se declaró órgano de esas pasiones bajas que hostigan á los hombres superiores. El carácter de aquel escritor, inferior á su talento, necesitaba como el reptil arrastrarse y morder á un tiempo. Se arrastraba ante Danton, Robespierre y Marat; se desencadenaba contra Roland y Vergniaud. Así pues, adulando y abundando alternativamente á los poderosos del dia, habia pasado del gabinete de Mirabeau y de la intimidad de Petion, á las cenas de Danton y á la servidumbre de Ro-

bespierre. Odiar y adular era el carácter de aquel hombre. Mudo en la Convencion ante la potente voz de Vergniaud, elevaba en la calle la voz de las calumnias y provocaba á la muerte que le vengase del genio.

XI.

La acusacion de *orleanismo* era en este momento el insulto mortal que se hacian los partidos unos á otros. Camilo Desmoulins acumulaba todas las circunstancias verdícas ó inventadas que pudiesen presentar á los girondinos como cómplices de los Orleans. Hacia refluir esta conspiracion imaginaria hasta la época de La Fayette, el enemigo mas incorruptible de aquella faccion. Fomentaba estas sospechas por medio de anécdotas propias para derramar sobre aquella pretendida conjuracion el claro oscuro que los antiguos historiadores comunican á las tramas tenebrosas de los grandes conjurados, como para hacer adivinar á la curiosidad pública mas misterios y crímenes que pueden atreverse á denunciar.

«Un rasgo, dice, acabó de convencerme de que á pesar del odio aparente que existia entre La Fayette y Orleans, la gran familia de los usurpadores se coaligaba de nuevo contra la república. Estábamos un dia solos en el salón de la señora Sillery. El mismo anciano Sillery habia preparado el pavimento del salón á fin de que no pudieran escurrirse las bellas apasionadas al baile. La señora Sillery acababa de cantar en el arpa, versos en que invitaba á la inconstancia. Su hija y su discípula, la hermosa Pamela, y la señorita de S. bailaban una danza rusa, de la que solo he olvidado el nombre pero tan voluptuosa y ejecutada con tanta seducción, que no creo que la joven Herodías hubiese bailado ante su tío otra mas propia para obtener la cabeza de Juan Bautista. ¿Cuál

no fué mi sorpresa en el momento en que el aya mágica obraba con mas fuerza en mi imaginacion, al ver entrar en donde estaba cerrada la puerta á los profanos... ¿á quien? á un ayudante de La Fayette, que habia ido allí á propósito, sentándose junto á mi para convencerme de que este era otra vez amigo de la casa. ¿Y no han llevado los girondinos hasta el colmo sus artificios, añadía Camilo, trabajando sordamente por un lado en favor de la faccion de Orleans, al paso que por otro enviaban á la Montaña el desanimado busto de Felipe, autómatas movido por ellos, haciéndole sentar y levantar maquinalmente en medio de nosotros, dando á creer al público, que si habia una faccion de Orleans era entre nosotros? ¿No han sido los girondinos, por un golpe de la misma táctica, los primeros en pedir el destierro de Felipe? En cuanto á Orleans, en cuatro años que lo he seguido con la vista, no creo que una sola vez le haya sucedido opinar de diferente modo que la cima de la Montaña: de manera, que yo le llamaba un Robespierre autómatas. No lanzaba menos imprecaciones que nosotros contra su antiguo confidente Sillery, actualmente unido á los girondinos hasta tal punto, que muchas veces he dicho en mi interior: «Muy singular sería que Felipe de Orleans no fuese de la faccion orleanista! Pero ello no es imposible; la faccion, sin embargo, existe y se sienta á la derecha con los girondinos.»

XII.

El pueblo, que solo por el dicho cree en el mal y que tanto mas acrecienta sus sospechas cuanto mayor es su ignorancia, se regocijaba por reconocer al fin en los girondinos á los culpables de todos sus males. El duque de Orleans, perseguido por ellos, participaba de su impopularidad.

Habia llegado ya la hora de la ingratitud para aquel principe. Ofrecido por los girondinos á la sospecha del pueblo, entregado por los montañeses, temerosos de que su presencia en la Montaña hiciese recaer sobre ellos el mismo recelo, fué unánimemente proscrito, sin atribuirle tan siquiera un crimen. El pretexto de su ostracismo fué la fuga de su hijo, arrastrado por Dumouriez en su tentativa y defeccion. A la voz de Barbaroux y de Boyer Foulon, la Convencion habia decretado que Sillery, suegro del general Valence, segundo de Dumouriez, y Felipe Igualdad, padre del jóven general, tuviesen ventinclas de vista con libertad de ir por donde quisieran, pero tan solo en Paris. Sillery sacrificado por sus amigos los girondinos no les dirigió reconvenccion alguna. «Cuando se trate de castigar á los traidores, exclamó mirando el busto de Bruto que adornaba el salon, si mi yerno es culpable, me encuentro aquí ante la imagen de Bruto.» E inclinó la cabeza como un hombre que acepta el ejemplo y conoce el deber.—Y yo tambien, dijo el principe señalando con la mano la imagen del romano, juez y homicida de su hijo, si soy culpable, debo ser castigado, y si mi hijo lo es, veo á Bruto...» Entonces obedeció al decreto sin murmurar. Ora previera de antemano el premio de sus servicios, ora comprendiera su falsa situacion en una república á la cual causaba recelos sirviéndola, ora adquiriera su espíritu cansado de agitaciones esa impasibilidad de los caractéres privados de energia, el duque de Orleans no manifestó asombro ni debilidad ante la ingratitud de la Montaña. Alargó la mano á sus colegas; pero estos rehusaron tocarla, como si hubiesen temido escitar sospechas de familiaridad con aquel gran proscrito. Se encaminó, escoltado por dos gendarmes, á su palacio convertido en prision.

El duque de Orleans, inocente ó culpable, servia de estorbo á los dos partidos. Al poco tiempo fué trasladado á la Abadía y de allí á Marsella, al fuerte de Nuestra Se-

hora de la Guardia, con el joven conde de Beaujolais, su hijo, la duquesa de Borbon, su hermana, y su tío el príncipe de Conti. Solo hubo una escepcion en el decreto en favor de la duquesa de Orleans, separada tiempo hacia de su marido y á quien protegieron contra su nombre la piedad y veneracion pública: se le permitió residir en el castillo de Vernon en Normandia junto á su padre el duque de Penthièvre, á quien consolaba en sus últimos dias.

XIII.

Al llegar al fuerte de Nuestra Señora de la Guardia, el duque de Orleans encontró al segundo de sus hijos, el joven duque de Montpensier, que acababa de ser detenido bajo las banderas republicanas en el ejército de Italia el dia mismo que su padre. Reunido éste á sus dos hijos se abrazaron en una carcel, un año después del dia en que se habian hallado juntos en el campamento de Dumouriez después de la batalla de Jemmapes. El duque de Chartres era el que faltaba en aquel cuadro de las vicisitudes de la fortuna; pero tambien andaba errante con otro nombre en países estranos. La hija única del duque de Orleans, separada de su madre y sin otra protectora que la señora de Sillery Genlis, muger sospechosa á todos los partidos, erraba por las márgenes del Rin y alcanzaba la Suiza alemana para refugiarse bajo un nombre supuesto en un convento.

Contemplaba el duque de Orleans en el fuerte de la Guardia la dispersion de los suyos y su propia caída como un espectáculo extraño para él. Ya fuera que tuviese la creencia de que las grandes revoluciones desvoran á sus apóstoles, ó ya una especie de filosofía sin esperanzas ni pesares le hiciera aceptar, como á un ser inerte, los vaivenes del destino, no se animaba su sensibilidad sino

por el sentimiento paternal, que parecia sobrevivir el último en su corazón. Habitó primero en el mismo aposento que sus dos hijos, y podia pasearse con ellos en la azotea del fuerte, en donde sus miradas, libres al menos, penetraban desde lo alto de la roca en el vasto horizonte del Mediterráneo; y en el movimiento y ruido de Marsella. Al cuarto dia de su detencion, y estando almorzando con sus hijos, entraron en su cuarto algunos oficiales de guardias nacionales, para notificarle la orden de separarse del duque de Montpensier, que fué encerrado solo en otro piso de la fortaleza. «En cuanto al mas joven de vuestros hijos, le dijo el oficial encargado de la ejecucion de la orden, se le permite, á causa de su tierna edad, permanecer aqui; pero no podra volver á ver á su hermano.» El príncipe protestó en vano contra la barbarie de la orden; el duque de Montpensier fué arrancado, bañado en lágrimas, de los brazos de su padre y de su hermano, y conducido á otro piso de la fortaleza.

Después del primer interrogatorio, trasladados al fuerte de San Juan, prision mas siniestra situada á la estremidad del puerto de Marsella, su cautividad, mas estrecha, quedó privada de aire, de vista y de ejercicio. Encerróse al príncipe y sus dos hijos en tres calabozos sobrepuestos los unos á los otros en las recias paredes de la torre, permitiéndose al mas joven, el conde de Beaujolais, respirar algunas horas al dia el aire exterior, bajo la vigilancia de dos guardias. Cuando bajaba para ir á paseo, el niño pasaba delante del cuarto de su hermano, situado debajo del suyo; el duque de Montpensier arriaba entonces su rostro á la puerta, y los dos hermanos cruzaban algunas palabras por entre las maderas y cerrojos, dándoles el sonido de sus voces un momento de alegría. Subiendo un dia el conde de Beaujolais, halló abierta la puerta del duque de Montpensier, y escapándose de los guardias entró de un salto en el cuarto de su hermano para arrojarle en sus brazos. Costó á los centi-

nelas mucho trabajo separarlos, pues ya hacia dos meses que los hermanos no se habían visto. Tomáronse medidas contra aquellas sorpresas de ternura como contra una trama de malhechores. El uno de ellos tenía trece años, el otro diez y ocho.

Su padre aposentado en la misma escalera no podía verlos ni oírlos. El deseo de contemplar un príncipe de la sangre, autor y víctima de la revolución, que llevaba las cadenas del pueblo á quien había servido, atraía continuamente visitantes al sitio en que estaba su calabozo. El príncipe, á quien era mas gravosa la soledad que el cautiverio, y que no tenía otra sociedad peor que la de sus pensamientos, no procuraba sustraerse á las miradas ó preguntas de los curiosos. Cada uno de ellos parecia aliviarse una parte del peso de sus horas.

Habiendo oído un día la voz de uno de sus hijos, le gritó desde el rincón de su calabozo: «¿eres tú, Montpensier, pobre hijo mío? ¿cuanto bien ha causado en mi tu voz?» El hijo sintió á su padre levantarse del lecho para ir á la reja y suplicar al carcelero le dejase ver á sus hijos, pero esta gracia le fué negada, y la puerta por donde se habían comunicado un suspiro el padre y el hijo, quedó para siempre cerrada.

XIV.

Este sacrificio á la concordia ó á la sospecha, hecho por la Gironda y la Montaña, no había sido mas que un paliativo del odio que escitaba á un partido contra otro. No por haber arrancado de la Convencion aquella sombra de rey, cesaron en los discursos y periódicos las mutuas acusaciones de traicion. Saint-Just, Robespierre, Guadet, Vergniaud, Isnard, discutieron algunas teorías constitucionales. «Acabemos la Constitucion, decia Ver-

gniaud en la sesion del 8 de mayo: con ella desaparecerá ese código draconiano y ese gobierno de circunstancias, indudablemente exigidos por la necesidad y justificados por traiciones harto memorables, pero que gravitan lo mismo sobre los buenos ciudadanos como sobre los malos, y fundarian muy pronto la tiranía so pretexto de libertad. Apresurémosnos, ciudadanos, á tranquilizar á los cultivadores, á los comerciantes, á los propietarios alarmados por los dogmas que aquí oyen resonar. Los antiguos legisladores para hacer respetar sus obras hacian intervenir á algun dios entre ellos y el pueblo. Nosotros que ni poseemos la paloma de Mahoma, ni la ninfa de Numa, ni el demonio familiar de Sócrates, solo la razon debemos interponer entre el pueblo y nosotros. ¿Qué republica quereis dar á la Francia? ¿Quereis proscribir de ella la riqueza y el lujo que, segun Rousseau y Montesquieu, destruyen la igualdad? ¿Quereis crear un gobierno austero, pobre y guerrero como el de Esparta? En este caso, sed consecuentes como Licurgo, repartid los bienes entre los ciudadanos, proscribid los metales que la codicia arrancó de las entrañas de la tierra, quemad los asignados, manchad con la infamia el ejercicio de las artes útiles, y no dejéis á los franceses otra cosa que la tierra y el hacha; que no paguen mas impuestos los hombres á quienes hayais concedido el título de ciudadanos, haciendo solo tributarios á aquellos á quienes negueis este título, obligándolos tambien á satisfacer vuestras necesidades con su trabajo; tened extranjeros para hacer el comercio; buscad ilotas para cultivar vuestros campos y haaced depender vuestra subsistencia de vuestros esclavos. Es incontestable que semejantes leyes son crueles, inhumanas, absurdas; es incontestable que el mas terrible de los niveladores, la muerte, dominaria presto sola en vuestras campiñas, y concebí que la liga de los reyes os está instigando sistemas que reducirian á los franceses á la igualdad de la desesperacion y de las tumbas.

«¿Queréis fundar como en Roma una república conquistadora? Os diré, y conmigo la historia, que las conquistas siempre fueron fatales á la libertad, y con Montesquieu, que la victoria de Salamina perdió á Atenas como la derrota de los atenienses á Siracusa. ¿Para qué, por otra parte, las conquistas? ¿Queréis haceros los opresores del género humano?»

«En fin, queréis hacer de la nación francesa un pueblo simplemente agricultor y comerciante, aplicándole las campestres instituciones de Guillermo Penn? ¿Pero como existiría un pueblo así en medio de naciones casi siempre hostiles y gobernadas por tiranos que no conocen otro derecho que el de la fuerza?»

Vergniaud se declaró contra todas estas teorías de constituciones ultra-democráticas para la Francia, y pidió que las instituciones se apropiasen á la situación geográfica, al carácter nacional, á la actividad industrial, al estado de virilidad y de civilización del pueblo que la Convención quería legislar. Combatió las antiguas utopías, y se contentó con invocar las inspiraciones de la sensatez. Pero la república de razon de los girondinos no correspondía ni á la enardecida imaginación del pueblo, ni á las sobrenaturales ideas de los jacobinos, para la completa trasformación de la sociedad.

Isnard, calculando la lentitud con que caminaría la Convención en llevar á cabo el establecimiento de la Constitución, y queriendo poner la vida de los mismos legisladores bajo la garantía de un derecho inviolable, propuso que se decretase en algunos artículos un pacto social, antes de discutir los pormenores de la Constitución. La Montaña, que no quería otra ley fundamental que la voluntad del pueblo y la dictadura de las circunstancias, acogió con murmullos la proposición de Isnard. Danton, el hombre de los expedientes, la rechazó; afectaba un orgulloso desden de los hombres y de las cosas, y se encaminaba sin cesar al hecho: la salvación de la patria.

Robespierre, el hombre de las ideas generales, habló al siguiente día sobre la Constitución. Su discurso, profundamente meditado y redactado en el estilo de Montesquieu, era el acta de acusación de un filósofo contra las tiranías y los vicios de los gobiernos anteriores. Formar pactos con aquellas tiranías, transigir con aquellos vicios, le parecía una debilidad indigna de la verdad y de la razón. La austeridad de sus principios de gobierno formaba contraste con la templanza de los girondinos.

«Hasta aquí, decía Robespierre, no ha sido el arte de gobernar sino el de despojar y avasallar al mayor número en provecho del menor. El objeto de la sociedad es la conservación de los derechos del hombre y la perfección de su ser, y en todas partes la sociedad degrada y oprime al hombre. Ha llegado el tiempo de hacerla entrar en sus verdaderas funciones. La desigualdad de condiciones y de derechos, esa preocupación hija de nuestra educación, depravada por el despotismo, ha sobrevivido aun á nuestra imperfecta revolución. Ha corrido ya la sangre de trescientos mil franceses, y quizá va á verse aun la de otros trescientos mil, para impedir que el simple labrador venga á sentarse en el senado junto al rico mercader, que el artesano pueda votar en las asambleas populares al lado del comerciante y del abogado, y que el pobre inteligente y virtuoso pueda gozar de los derechos del hombre en presencia del rico imbécil y corrompido. ¿Pensáis que el pueblo, conquistador de su libertad y que ha derramado su sangre por la patria, mientras vosotros dormiais en la mollicie ó conspirabais en las tinieblas se dejará envilecer, encadenar, empobrecer, degradar, degollar por vosotros? ¡No! ¡temblad! ¡pero la voz de la verdad que suena en los corazones corrompidos se

parece á los sonidos que retumban en los sepulcros y no despiertan á los muertos!

«No busqueis la salvacion de la verdad en un pretendido equilibrio de poderes. Este equilibrio es una quimera metafísica. ¿Qué nos importan esos contrapesos que hacen balancear la autoridad de la tiranía? La tiranía misma es la que debemos estirpar; el pueblo es el que debe ocupar el puesto de sus señores y tiranos! No me gusta que el pueblo romano se retire al monte Sacro; quiero que permanezca en Roma y arroje de allí á sus opresores. El pueblo no debe tener mas que un tribuno, y éste debe ser él mismo.»

Robespierre aludió en este discurso al nuevo salon del antiguo palacio de las Tullerías, á donde se habían trasladado la víspera las sesiones. Parecía que la república tomaba posesion definitiva del poder supremo, entrando con la Convencion en aquel palacio de donde la jornada del 10 de agosto había espulsado la monarquía. El edificio entero se había apropiado al nuevo destino que recibía, pues desde el salon de la Convencion hasta las salas de los ministros y grandes oficinas publicas, las Tullerías contenian todo el gobierno, constituyéndose en verdadero palacio del pueblo. Habianse dado nombres populares á los jardines, patios, pabellones y cuerpos de edificio que su vasto recinto encerraba; en todas partes había sustituido la república los atributos del pueblo á los del rey, los símbolos de la libertad á los de la tiranía. El pabellon del Norte se llamaba de la Libertad, el del Mediodía de la Igualdad, el del Centro de la Unidad. El salon de la Convencion ocupaba todo el espacio comprendido entre el pabellon de la Unidad y el de la Libertad, subiéndose á él por la escalera principal. Las salas inferiores estaban ocupadas por los destacamentos de tropa que custodiaban á los diputados. Aquel salon de la Convencion, mas vasto y á propósito para las funciones de una asamblea soberana, había sido decorado por el pin-

tór republicano David. Allí renacian en las formas, en la tribuna, en las estatuas, los recuerdos del foro romano. Era su aspecto magestuoso y austero, pero inspiraba al pueblo menos respeto que los salones improvisados de los Estados generales y de la Asamblea nacional; no era el salon del primer movimiento popular; no había resonado en él como en el Juego de Pelota de Versalles el juramento de los tres órdenes; no había oído, como el Picadero, la voz de Mirabeau.

XVI.

Entretanto se iban sucesivamente agravando los peligros de la república; la Vendée había levantado la bandera contra-revolucionaria. Santerre se ponía al frente de los batallones parisienses que debían marchar allí para sofocar la guerra civil. Custine replegado sobre Landau, apenas cubría la línea del Rhin; Wurmsér y el príncipe de Condé asediaban á Maguncia; Marsella, Burdeos, Tolon, Lyon y la Normandía estaban en fermentacion.

La clase media, los banqueros, los comerciantes, los literatos, los artistas, los propietarios, pertenecientes casi todos al partido que quería moderar y contener la anarquía, ofrecían á los oradores de la Gironda un ejército contra los arrabales. Ambos partidos, casi igualmente confiados en el triunfo, deseaban una jornada decisiva que los libertase de sus enemigos. Burdeos, por medio de un manifiesto amenazador dió á la Montaña y á la Gironda el medio de medir sus fuerzas en la sesion del 14 de mayo. «Legisladores», dijo el orador de Burdeos, la Gironda tiene la vista fija en los peligros de sus diputados; sabe que están destinadas á la muerte veinte y dos cabezas de representantes. (Convencion nacional y vos-

parece á los sonidos que retumban en los sepulcros y no despiertan á los muertos!

«No busqueis la salvacion de la verdad en un pretendido equilibrio de poderes. Este equilibrio es una quimera metafísica. ¿Qué nos importan esos contrapesos que hacen balancear la autoridad de la tiranía? La tiranía misma es la que debemos estirpar; el pueblo es el que debe ocupar el puesto de sus señores y tiranos! No me gusta que el pueblo romano se retire al monte Sacro; quiero que permanezca en Roma y arroje de allí á sus opresores. El pueblo no debe tener mas que un tribuno, y éste debe ser él mismo.»

Robespierre aludió en este discurso al nuevo salon del antiguo palacio de las Tullerías, á donde se habían trasladado la víspera las sesiones. Parecía que la república tomaba posesion definitiva del poder supremo, entrando con la Convencion en aquel palacio de donde la jornada del 10 de agosto había espulsado la monarquía. El edificio entero se había apropiado al nuevo destino que recibía, pues desde el salon de la Convencion hasta las salas de los ministros y grandes oficinas publicas, las Tullerías contenian todo el gobierno, constituyéndose en verdadero palacio del pueblo. Habianse dado nombres populares á los jardines, patios, pabellones y cuerpos de edificio que su vasto recinto encerraba; en todas partes había sustituido la república los atributos del pueblo á los del rey, los símbolos de la libertad á los de la tiranía. El pabellon del Norte se llamaba de la Libertad, el del Mediodía de la Igualdad, el del Centro de la Unidad. El salon de la Convencion ocupaba todo el espacio comprendido entre el pabellon de la Unidad y el de la Libertad, subiéndose á él por la escalera principal. Las salas inferiores estaban ocupadas por los destacamentos de tropa que custodiaban á los diputados. Aquel salon de la Convencion, mas vasto y á propósito para las funciones de una asamblea soberana, había sido decorado por el pin-

tór republicano David. Allí renacian en las formas, en la tribuna, en las estatuas, los recuerdos del foro romano. Era su aspecto magestuoso y austero, pero inspiraba al pueblo menos respeto que los salones improvisados de los Estados generales y de la Asamblea nacional; no era el salon del primer movimiento popular; no había resonado en él como en el Juego de Pelota de Versalles el juramento de los tres órdenes; no había oído, como el Picadero, la voz de Mirabeau.

XVI.

Entretanto se iban sucesivamente agravando los peligros de la república; la Vendée había levantado la bandera contra-revolucionaria. Santerre se ponía al frente de los batallones parisienses que debían marchar allí para sofocar la guerra civil. Custine replegado sobre Landau, apenas cubría la línea del Rhin; Wurmsér y el príncipe de Condé asediaban á Maguncia; Marsella, Burdeos, Tolon, Lyon y la Normandía estaban en fermentacion.

La clase media, los banqueros, los comerciantes, los literatos, los artistas, los propietarios, pertenecientes casi todos al partido que quería moderar y contener la anarquía, ofrecían á los oradores de la Gironda un ejército contra los arrabales. Ambos partidos, casi igualmente confiados en el triunfo, deseaban una jornada decisiva que los libertase de sus enemigos. Burdeos, por medio de un manifiesto amenazador dió á la Montaña y á la Gironda el medio de medir sus fuerzas en la sesion del 14 de mayo. «Legisladores», dijo el orador de Burdeos, la Gironda tiene la vista fija en los peligros de sus diputados; sabe que están destinadas á la muerte veinte y dos cabezas de representantes. (Convencion nacional y vos-

otros parisienses, salvad á los diputados del pueblo ó vamos á precipitarnos sobre París! La revolucion no es para nosotros la anarquía, la desorganizacion, el crimen, el asesinato. ¡Todos pereceremos antes que sufrir el reinado de los malvados y asesinos!»

La Asamblea escuchó con estremecimiento aquellas amenazas en que la Montaña reconoció la inspiracion de Guadet y Vergniaud. El presidente osó responder á los peticionarios en un lenguaje que parecia invocar vengadores para los girondinos proscriptos. «Id, les dijo, á tranquilizar á vuestros compatriotas; decíles que en París hay un gran número de ciudadanos que vigilan sobre los malvados pagados por Pitt para oprimir la Asamblea nacional! Si hoy quisieran elevarse nuevos tiranos sobre los escombros de la república, tomariais la iniciativa de la insurreccion, y la Francia indignada se levantaria con vosotros.»

Legendre se irritó contra una peticion incitada y mendigada por diputados péfidos, que se quejaban de que se trataba de degollarlos, sin tener el mas leve rasguño que enseñar. «Ciudadanos, dijo Guadet, subo no á la tribuna para defender á los habitantes de Burdeos, porque no han menester de defensa. Si no enviáis al patíbulo ese puñado de asesinos que trama nuevos crímenes contra la representacion nacional, los departamentos caerán sobre París. — Mejor, dicen algunas voces en la Montaña, no deseamos otra cosa. — Ayer, continuó Guadet, se ha hecho en los Jacobinos la mocion de esterminarlos á todos antes de marchar á la Vendée, y esa peticion de asesinos fué cubierta de aplausos. Se habla de un desquiciamiento de la república. ¡Ah! ciertamente que París lo reconocerá bien pronto por sí mismo; es imposible que esto continúe así mucho tiempo. Los que quieren el desquiciamiento son los que tratan de disolver la Convencion entregando una parte de sus miembros al hierro homicida. ¿Creeis que los departamentos verán impue-

mente caer á sus diputados bajo el puñal? ¡Y aun se nos habla de enseñar de antemano nuestras heridas! Esto es precisamente lo que Catilina respondió á Ciceron. ¡Atentan contra vuestra vida, decia á los senadores, pero todos respirais! Pues bien. Ciceron y los senadores debian caer bajo el hierro asesino la misma noche en que aquel traidor les hablaba así.»

La Convencion vacilaba á cada nuevo debate; Isnard fué nombrado presidente por una gran mayoria, y esta eleccion redobló la confianza de la Gironda en sus fuerzas, siendo considerada por la Montaña como una declaracion de guerra, y hasta por los moderados como un desafío.

Isnard, hombre escesivo en todo, tenia en el carácter la fogosidad de su declamacion. Era la exageracion de la Gironda: uno de esos hombres reconocidos como gefes por las opiniones, cuando estas arrastradas á la temeridad por la temeridad, por la embriaguez del éxito ó del miedo, renuncian á la prudencia, esa salvacion de los partidos. Vergniaud, cuya moderacion rayaba en fuerza, vió con sentimiento aquella eleccion, porque conoció que el nombre de Isnard enviaria á la Montaña muchos hombres indecisos todavia. La sangre fria de Vergniaud dominaba siempre en sus mas elocuentes improvisaciones, y como conocia el poder de la razon en las masas, era siempre su entusiasmo hábil y meditado. Hubiera deseado formar entre los dos extremos de la Convencion una mayoria de sensatez y patriotismo que amortiguase los golpes que las dos grandes fracciones iban á darse.

Cada uno de los dias en que presidió Isnard se señaló con una borrasca y terminó en una catástrofe.

El primer dia, en la sesion del 9 de mayo, las secciones de París reclamaron que se pusiera en libertad á un tal Roux, preso arbitrariamente de orden del comité revolucionario de la seccion del Buen-Consejo. «Es la faccion de los hombres de Estado, exclamó Marat, que

quiere proteger en ese hombre á los contra-revolucionarios.—¿Somos una república libre ó un despotismo popular? le respondió Mazoyer. «Cómo podrá arrancarse en medio de la noche sin sentencia ni auto de prisión á un ciudadano de sus hogares y lo consentiremos!» Se acude á la petición de las secciones. Legendre se levanta pidiendo que la votacion sea nominal para que el pueblo conozca los nombres de los que protegen á los conspiradores, y en esta pretension le secundan cincuenta miembros de la Montaña. El presidente se opone á ello ó interrumpe la sesion cubriéndose. Se pasan dos horas en tumultuosa agitacion, sin poder acallar los gritos de la Montaña y de las tribunas. Vergniaud pide que se levante la sesion y se envíe acta de ella á los departamentos; Couthon, el segundo de Robespierre, quiere hablar desde su asiento, manifestando que la enfermedad que paraliza sus piernas le impide subir á la tribuna; pero los girondinos no le hacen caso ni atienden á su dolencia. Entonces el diputado Maure, hombre de fuerzas atléticas, toma á Couthon en sus brazos y lo lleva á la tribuna. Los espectadores aplauden. «Me dicen que soy un anarquista y que he puesto á mi departamento en conflagracion, esclama Couthon. ¡Ah! si los que aqui son los autores únicos de los disturbios que os agitan fuesen tan puros y sinceros como yo, vendrian ahora mismo á esta tribuna á provocar el juicio de su departamento, dando conmigo su dimision.» Couthon es llevado á su banco en medio de aplausos.

Modo é inmóvil por largo tiempo Vergniaud, se levanta, restablece los hechos y demuestra que el individuo en cuestion ha sido preso contra todas las leyes. «En cuanto á la doctrina de Couthon sobre las mayorías y minorías, añade Vergniaud, está equivocado. Por lo demás, yo no reconozco mayoría permanente: esta se halla en donde reina la razon y la verdad: no tiene asiento á la derecha ni á la izquierda, pero en cualquiera parte

que exista es un crimen revelarse contra ella. Couthon dice: Supongamos una mayoría perversa, suposicion al menos tan verosímil como esta: supongamos una minoría ambiciosa de poder, de dominacion, de despojos; supongamos que quiera fundar su poder en el desorden de la anarquía, ¿no es evidente que si la mayoría no tiene un medio de salvar la libertad de la opresion podrá llegarse de minoría en minoría de los decemviro á los triunviros y quizá á un rey? Couthon pide que los que sean sospechosos de haber sido causa de nuestras disensiones den su dimision. Ciudadanos, nuestros juramentos y los peligros de la patria nos encadenan á nuestro puesto. Los que se retirasen para eludir las sospechas de los calumniadores serian unos cobardes.» La noche viene á interrumpir la borrasca.

En la sesion siguiente, comenzó de nuevo. La Montaña persistió con sus clamores en reclamar el derecho que tenía la minoría de pedir la votacion nominal de todas las cuestiones. «Cuando se quiso disolver en Inglaterra el parlamento, dice Guadet, se pusieron en planta los mismos medios; se incitó á la minoría contra la mayoría para hacer reinar al menor número sobre el mayor. ¿Sabéis lo que sucedió? La minoría en efecto, halló medio de oprimir á la mayoría. Llamó en auxilio suyo á los *patriotas por excelencia* (asi se calificaban) y á una multitud estraviada, á la cual se ofrecia la rapiña y reparticion de las tierras. El carnicero Príde (alusión á Legendre), ejecutó en su nombre aquella purificacion del parlamento. Fueron espulsados ciento cincuenta miembros, y la minoría, compuesta de sesenta patriotas, quedó dueña del gobierno. Estos *patriotas por excelencia*, instrumentos de Cromwell, fueron espulsados á su vez por él, sirviendo sus propios crímenes de pretesto al usurpador. Entró éste un día en el parlamento, y dirigiéndose á los pretendidos salvadores de la patria:—¡Tú, dijo al uno, eres un ladrón! ¡Tú, dijo á otro, eres un borracho! ¡Tú,

has engordado con los caudales públicos. Tú no haces mas que frecuentar lugares sospechosos! ¡Marchaos! Ceded los paestos á los hombres de bien. ¡Se fueron y Cromwell reinó! ¡Ciudadanos! meditaadlo: ¿no es el último acto de la historia de Inglaterra el que se nos quiere hacer representar en este momento?»

Un tumulto de mugeres interrumpió desde la tribuna á Guadet. Marat señaló con el ademán á un escritor del partido moderado, llamado Bonneville, que asistia á la sesión. «Es un aristócrata infame, es el instrumento de Fauchet,» exclamó: — «Esta denuncia de Marat es un asesinato, responde Lanthenas, amigo de madama Roland. Tú eres, añadió enseñando el puño á Marat, el aristócrata, porque no cesas de incitar á la contra-revolucion, preconizando el asesinato y la rapiña. — ¡Ciudadanos, dijo con voz conmovida y solemne el presidente Isnard, lo que está pasando aquí me abre los ojos! Pueblo, legisladores, escuchad: estos tumultos pagados son un plan de la aristocracia, de Inglaterra, del Austria, de Pitt. (Murmuros). Solo los enemigos de la patria pueden interrumpirme. ¡Ah! ¡si pudiérais abrir mi corazón veriais en él mi amor por la patria! Y aunque debiera ser sacrificado en este sillón, mi postrer suspiro seria para ella, y mis últimas palabras, Dios mío, perdona á mis asesinos, pero salva la libertad de mi país! Nuestros enemigos, no pudiendo vencernos por sí mismos, proyectan la insurreccion del pueblo; el movimiento debe empezar por las mugeres. Se quiere disolver la Convencion, los ingleses se aprovecharán por ello de las circunstancias y la contra-revolucion quedará hecha. Ese es el proyecto, según me lo han revelado esta mañana y lo veo confirmado por

esas agitaciones; debia declararlo á mi país y lo he hecho. Ahora que he tranquilizado mi conciencia espero los sucesos.»

La Asamblea casi en su totalidad aplaude esta insinuación contra los promovedores de disturbios. Vergniaud pide que la declaracion de Isnard se imprima y fije en París. «Declaremos, esclama Meaulde, que no nos abandonaremos y que moriremos juntos. — Si, si, responde la Convencion entera.» Gamon, uno de los inspectores del salon, declara que el comité encargado de la vigilancia de las tribunas, advertido de los desórdenes que en ellas escitaban las mugeres, ha hecho prender á algunas y las ha interrogado.

Guadet se aprovecha del movimiento y de la indignación: «Mientras que los virtuosos se lamentan de los peligros de la patria, los malvados se agitan para perderla. — Dejad hablar, decia César y yo obraré.» Guadet refiere á la Asamblea los planes para disolver la Convencion, las reuniones de los conspiradores en la municipalidad, en el Arzobispado y en los Jarobinos, las amenazas de asesinato proferidas contra los brisotinós, rolandistas y moderados; en fin, el tumulto escitado por las mugeres en las tribunas, para dar el pretexto y la señal del degüello. «¿Hasta cuándo dormireis, ciudadanos, en el borde del abismo? Apresuraos á burlar las tramas que por todos lados os cercan. Hasta ahora han quedado impunes los conjurados del 10 de marzo. El mal está en la anarquía, en esta especie de insurreccion de las autoridades de París contra la Convencion, autoridades anárquicas que es preciso...» El furor de las tribunas llenas de agentes municipales, no deja oír las últimas palabras de Guadet. La Montaña prorrumpe en invectivas y se agita en ademanes de rabia. El impassible Guadet, lee en medio de un profundo silencio, los tres proyectos de decretos premeditados por los girondinos para atacar de frente la municipalidad y reconquistar el imperio de

la ley: «Las autoridades de París quedan destituidas; la municipalidad será reemplazada en veinte y cuatro horas por los presidentes de las secciones.—Por último, los suplentes de la asamblea se reunirán en Bourges para formar una Asamblea nacional libre de las violencias de París y para concentrar el poder de la república así que llegue á su noticia un atentado contra la libertad de la Convencion.»

XVIII.

Apenas se hubieron leído estos decretos, esclama Collot de Herbois: «Esa es la conspiracion descubierta por sus mismos autores.» Barrere, el hombre de los papeles dobles, toma la palabra como relator del comité de salud pública. «Es cierto, dice, que existe un plan de movimiento en los departamentos para perder la república; pero es la obra de la aristocracia. Es cierto que Chaumette y Hebert han acogido en la municipalidad proyectos de disolver la Convencion. Es cierto que unos ochenta electores reunidos en el Arzobispado han ventilado medios de purificar la Asamblea nacional, y de ello hemos dado parte al alcalde de París, Pache. Es cierto tambien que algunos hombres reunidos en cierto lugar deliberan sobre los medios de cercenar veinte y dos cabezas de la Convencion, valiéndose para ello de mugeres. No hay duda que esto merece llamar vuestra atencion, y exige vuestra vigilancia.» La derecha aplaude, pero Barrere, volviéndose al punto hácia la Montaña, remedia con una mano los golpes que acababa de darle con la otra: «¿Pero qué os propone Guadet? añade: ¿déstituir las autoridades de París! Si yo quisiera la anarquia apoyaria esta proposicion. (La Montaña aplaude). Me habeis puesto en el caso de ver de cerca á esas autoridades y ¿qué es lo

que he hallado? Un departamento débil y pusilánime, secciones independientes rigiéndose por si mismas como otras tantas municipalidades; un consejo general de la municipalidad en el cual se encuentra un hombre llamado Chaumette, cuyo civismo no conozco, pero que ha sido fraile; he visto á una municipalidad interpretando y ejecutando las leyes segun sus caprichos, y organizando un ejército revolucionario. ¿Qué remedio reclama este estado de cosas? El comité no ve otro que el de la creacion de una comision de doce miembros escogidos entre vosotros y encargados de tomar las medidas necesarias para asegurar la tranquilidad pública y examinar los actos de la municipalidad.»

XIX.

Estas ambiguas palabras calmaron la tempestad, aplazando en apariencia las proposiciones de Guadet, pero dejando á los girondinos la certidumbre de triunfar, eligiendo á los doce comisionados entre los miembros de su partido. Como por lo regular sucede en circunstancias apuradas, la eleccion de los girondinos no recayó en los hombres moderados, como Vergniaud, Ducós, Condorcet. Los miembros de la comision de los Doce fueron Boileau, Lahosdiniere, Vigée, Boyer-Fonfrede, Rabaut-Saint-Etienne, Keruelegan, Saint-Martin-Valogue, Gomaire, Henri-Lariviere, Bergoing, Gardien y Mollevault. La sospecha del realismo recia sobre la mayor parte de estos nombres, en sentir de la Montaña y del pueblo. Era el personal de un golpe de Estado. La comision de los Doce lo intentaba en efecto, pero carecia de fuerza.

No bien se supo en París esta victoria de los girondinos en la Convencion, cuando de todas las secciones y de todos los clubs se levantó un grito de alarma. La muni-

cipalidad se reunió el 19, deliberándose en ella las medidas mas estremadas. Se declaró á la Convencion avasallada é incapaz de salvar la patria; se propuso la prision de los sospechosos; se pidieron las veinte y dos cabezas de los girondinos dominadores de la Convencion; hubo osadía para presentar el asesinato nocturno y el homicidio individual de los veinte y dos tiranos como un acto legal, de urgencia y de salvacion pública. Un orador citó como ejemplo la jornada de San Bartolomé. «¡A media noche, dijo, Coligny estaba en la corte, á la una ya no existia!» Se separaron sin haber decidido otra cosa que la resolución de la venganza.

XX

El corregidor Pache, interpuesto entre la ley y el pueblo, para engañar á la una y adular al otro, cumplía con doblez este papel de magistrado y de faccioso. Combatía en alta voz las medidas esesivas que protegia bajo cuerda. Colocado por su temible cargo entre la Convencion y Paris, era á la vez agente de la una é instigador del otro. Guadet, pidiendo la destitucion de Pache, habia herido el corazon de la anarquia, pero la comision de los Doce no podia hacer otra cosa que burlar sus tramas sin descubrirías.

Pache vituperó en alta voz é instigó por lo bajo. Robespierre se contentó con lastimarse en los Jacobinos. En los Franciscanos, Marat, Varlet, y hasta las mugeres pidieron la muerte de los veinte y dos tiranos. La multitud que se acumulaba todas las noches en el recinto é inmediaciones del club, parecia dispuesta á moverse.

Instruida la comision de los Doce hora por hora de lo que ocurría en los clubs, y del estado de los ánimos, buscaba para destruir con un solo golpe el espíritu de in-

surreccion, medios de fuerza que se desvanecian en su mano. Pedia al corregidor Pache informe sobre informe, y preparaba por sí misma el que habia de dar á la Convencion para obligarla al valor por medio del terror. Pero en circunstancias semejantes, los cuerpos deliberantes, tímidos é indecisos por su naturaleza, quieren que se les preste fuerza y no se les pida. Es necesario presentarse á ellos despues del triunfo y lo sancionan siempre. Antes ó durante el combate, no sirven mas que para desconcertar la victoria.

XXI.

Vigée, en nombre de la comision de los Doce, leyó el informe á la Asamblea el 24. Cada palabra era una señal de alarma que llamaba á la Convencion en auxilio de sus miembros.

«Habeis instituido una comision extraordinaria, decia el relator, invistiéndola con grandes poderes. Habeis conocido que era la última tabla arrojada en medio de la tempestad para salvar la patria. (Comienzan al oír esto las risas burlonas de la Montaña.) En su consecuencia, prosigue Vigée, hemos jurado salvar la libertad ó sepultarnos con ella. Desde los primeros pasos hemos descubierto una trama horrorosa contra la república y contra vuestra vida. Algunos dias mas tarde, la república estaba perdida y ya no existiera. (Crecen las risas en la Montaña.) Si no probamos lo que decimos, ofrecemos nuestras cabezas al patíbulo...» El centro y la derecha aplauden. Entonces el relator lee una série de medidas de policia mas bien que de política, rigurosas en apariencia, impotentes en realidad. «La Convencion pone bajo su salvaguardia á los buenos ciudadanos, á la representacion nacional y á la ciudad de Paris.—Los ciudadanos tendrán la obligacion de presentarse con exactitud al punto de reunion de sus compa-

ñas.—La guardia de la Convencion será reforzada con algunos hombres.—Las asambleas de las secciones se cerrarán á las diez de la noche.—La Convencion, en fin, encarga á la comision de los Doce que le presente inmediatamente grandes medidas para asegurar la tranquilidad pública.»

XXII.

Tales eran aquellas disposiciones: pueriles sí el peligro era extremo; opresivas y vejatorias sí el riesgo no existía. Era provocar sin combatir, amenazar sin herir. Los girondinos sabian muy bien que no habia, á escepcion de Marat, ni Cromwell ni conspiracion de asesinato en la Convencion; que Danton y Robespierre se manifestaban ajenos á las maquinaciones subalternas de Pache, Chaumette y Hebert en la municipalidad, y á las tramas del club del Arzobispado; pero querian, como todos los parlados, transformar las sospechas en crímenes, y arrojar sobre sus enemigos de la Convencion, el horror público inspirado á los buenos ciudadanos por los proyectos de los malvados. No bien hubo acabado de hablar Vigée, cuando Marat pilló que se motivaran aquellas medidas, fundadas decia, sobre temores quiméricos y en una fábula aérea; declaró que no conocia otra conspiracion en Francia que la que se tramaba en los conciliabulos de los hombres de Estado reunidos en casa de Valacc: «Quiero que se nos ilustre, dijo Thirion. Los unos nos dicen que existe una faccion de anarquistas, y Marat acusa á otra de hombres de Estado. Teman que estos quieran vengarse en nosotros y formar el proceso á la revolucion del 10 de agosto, así como antes de este dia quiso formarse tambien el de la primera revolucion. ¿Dónde están los crímenes? ¿Quiénes son los culpables?»

La asamblea estaba indecisa. Un miembro de la Montaña declaró, que un ciudadano habia venido á revelarle haberse dicho por un miembro de la comision de los Doce, que antes de quince dias serian exterminados todos los jacobinos. «Y á mí, replicó Vergniaud, me escriben de diferentes puntos de la república, que algunos emisarios hacen correr la voz de que mis colegas y yo habremos dejado de existir antes de pocos instantes.» Siendo desmentida por la Montaña la asercion de Vergniaud, Boyer-Fonfrede, de antemano designado por sus amigos de la comision de los Doce para apoyar el informe y obtener el decreto, se lanza á la tribuna.

XXIII.

«¿Dónde estamos, ciudadanos? dice. ¿Habeis perdido la memoria desde ayer? ¿No habeis decretado hace poco que las secciones de Paris que vinieron á denunciar el peligro merecieron bien de la patria? ¿El mismo corregidor de Paris, no os ha denunciado esos individuos que no tienen de hombres mas que la figura, y han tratado de degollarnos? ¿No teneis la mesa cubierta y las manos llenas de tales denuncias? ¿Y no se nos quiere permitir que atendamos á la seguridad de los ciudadanos de Paris y á la vuestra? ¿Los que á ello se oponen, no temen verse ofrecidos á la Francia indignada, manchados con la sangre de sus colegas? Dicen que nuestro decreto calumnia á Paris, ¿pero no son los ciudadanos de Paris los que pedimos os rodeen? ¿No son los ciudadanos de Paris los que queremos armar contra los malvados? ¿Nuestras conspiraciones no son mas que una quimera, dicen Marat y Thirion! ¡Ciudadanos! los que han sido destinados á la muerte, se consagran por sí mismos á la inculpacion de la calumnia. Vigilarán sobre vosotros, así como vosotros de-

beis vigilar por la libertad; respira aun y es para ella. ¡Salvad á París! ¡salvad la república! ¡Ved nuestros departamentos! ¡Están en pie; están armados! ¡La república está disuelta, si sois los únicos en Francia que carezcáis de valor! ¡Si, en caso de perecer los colegas que tanto he apreciado, no quiero sobrevivirles! El día mismo en que se cometa semejante atentado, proclamaré desde esta tribuna un desquiciamiento funesto, aborrecido hasta el día, fatal á todos quizá, pero hecho necesario por la violacion de lo que hay de mas sagrado en la tierra. Si, le proclamaré; los departamentos no estarán sordos á mi voz, y la libertad hallará aun algun asilo.» Esta alusion desesperada de la federacion de los departamentos contra París, arranca aplausos de las tres cuartas partes del salon. «Ciudadanos! continúa Foudré, á quien el interés por sus amigos parece elevar sobre el piso de la tribuna, ¡cuán bien acompañados se exalarán los manes de nuestros colegas proscritos! ¡Las listas de proscripcion estaban hechas! ¡Diez mil ciudadanos de París debían ser encarcelados y degollados! ¡Ciudadanos de París, la causa de los representantes es la vuestra! ¡Despertad! ¡Protegeos á vosotros mismos!»

XXIV.

La asamblea, arrastrada por este torrente de elocuencia y de valor, se disponia á votar el artículo primero, cuando Danton, encubriendo bajo una fingida imparcialidad la indecision que le agita, sube con lentitud las gradas de la tribuna. Negar los peligros en que se encuentra la representacion es imposible; sostener á los girondinos es despopularizarse; perderlos es entregar la dictadura á Robespierre, á quien teme, ó á Marat, á quien desprecia.

«Ese artículo, dice, nada tiene en si de malo, porque no hay duda que la representacion nacional necesita estar bajo la salvaguardia de la union, pero eso se halla escrito en todas las leyes. ¡Decretar lo que se os propone sería decretar el miedo! ¿Puede acaso anunciar la Convencion nacional á la república que se deja dominar por el miedo? Se ha calumniado á París. Pache, á quien acusais de no haber venido á dar cuenta, ha informado al comité de salud pública. Las leyes bastan; guardaos de ceder al temor, y no nos dejemos arrastrar por las pasiones. Temamos por el contrario que despues de haberse creado una comision para descubrir las tramas que se urden en París, se nos venga á pedir la creacion de otra para averiguar los crímenes de los que estravian los ánimos en los departamentos.»

XXV.

Calla Danton, y Vergniaud se levanta diciendo: «No hablaré con menos sangre fria que Danton, porque estoy personalmente interesado en la conspiracion, y quiero convencer á los que proyectan asesinarne de que no lo temo. Danton os dice que nos esponemos á calumniar á París dando crédito á estas tramas. Si esta imputacion de calumniar á París se dirige á la Convencion en masa, ¡es una impostura! Si solo se entiende de los que como nosotros no han cesado de repetir que es preciso distinguir á los ciudadanos de París de una turba de asesinos que se agitan por las calles de esta inmensa ciudad; que solo esta turba es culpable de los crímenes que han manchado la revolucion, condoliéndose de ello los buenos ciudadanos, París ha sido calumniado, si, pero ¿por quién? ¡Por los perversos que para asegurarse la impunidad de

sus crímenes tienen la audacia de confundirse con el pueblo!

«Danton os dice: No manifestéis un espanto indigno de vosotros. ¡Distingamos, ciudadanos! Como hombres no debemos pensar en nuestra vida; pero como representantes debéis á la patria, amenazada en vosotros, precauciones extraordinarias. Os propone que obreis con moderación, porque se trata de vuestra seguridad personal, y yo respondo que por eso mismo debe obrarse con prontitud y vigor. Si por vuestro valor no disipais los peligros que os rodean, si no asegurais, no solo vuestra vida sino también vuestra independencia, vendéis la patria, entregais el pueblo, y perdeis la unidad de la república! ¡No es el que se defiende contra un asesino quien tiene miedo; no es el que castiga el crimen el que teme, sino quien le deja triunfar y reinar!» Vergniaud justifica después, artículo por artículo, el proyecto de decreto, y continúa: «Ciudadanos, recordad lo que una de las secciones fieles os ha dicho en la barra: *¡Atrevedos á ser terribles ó sois perdidos!* ¡Atrevedos á atacar de frente á vuestros enemigos y los vereis hundirse en el polvo! ¿Queréis cobardemente esperar que vengan á hundiros el cuchillo en el pecho? Proclamadlo en alta voz: ninguno de vosotros morirá sin venganza. Nuestros departamentos están en pie. No hay duda que la libertad sobreviviría á nuevas tormentas; pero podría suceder muy bien que fuese á buscar ensangrentada un asilo en los departamentos meridionales. Salvad con vuestra firmeza la unidad de la república, y si no teneis el valor de hacerlo, abdicad vuestras funciones, y pedid á la Francia sucesores mas dignos de su confianza.»

XXVI.

Electrizada la asamblea por estas palabras, vota el decreto propuesto por la comisión de los Doce.

Los girondinos se apresuraron á servirse de las armas que acababan de obtener. A las nueve de la noche, Hebert, uno de los sustitutos de la municipalidad, recibió la orden de comparecer ante la comisión. El consejo de la municipalidad estaba en sesión permanente; Hebert acude allí antes de obedecer á la Convención con el intento de escitar la indignación contra la nueva tiranía. Recuerda á sus cómplices el juramento que han prestado de confundir su causa y considerarse todos como heridos en la persona de uno solo de ellos; declara que no evoca este recuerdo por lo que á él toca, por cuanto está dispuesto á marchar al patíbulo. Sale, vuelve á entrar y abraza á Chaumette, como un hombre que va á la muerte. El presidente y los miembros del consejo estrechan á Hebert en sus brazos. Chaumette anuncia pocos momentos después que Michel y Marino, administradores de policía, acaban de ser presos por orden de la comisión de los Doce. El consejo intimidado vacila entre la consternación y la rebelión. Sucédense unas á otras en la casa municipal las diputaciones de las secciones, que vienen á fraternizar con la municipalidad, jurando vengarse en sus enemigos. El consejo envía, hora por hora, diputaciones á la comisión de los Doce, para informarse de la suerte de Hebert y sus colegas. A las doce de la noche se anuncia que Hebert ha sido interrogado; á las dos que ha terminado su declaración; á las tres que ha sido preso Varlet, uno de los oradores mas fogosos de los Franciscanos; á las cuatro se levanta un grito de indignación al saberse la prisión definitiva de Hebert, á quien la comisión de los Doce habia hecho conducir á la Abadía.

Los periódicos del día siguiente esparcieron por todo París el grito de venganza dado por la municipalidad. Publicaron una carta de Vergniaud á sus conciudadanos de la Gironda, fechada en *Paris, bajo la cuchilla*. «Os escribí ayer, decía Vergniaud, con el corazón lastimado, no por los riesgos que arrostro, sino por vuestro silencio.

Aguardo á mis enemigos y tengo aun la seguridad de hacerlos palidecer. Dicen que hoy ó mañana es cuando deben venir á solicitar que se les saque con sangre de la Convencion nacional; pero dudo que tengan esta osadía, si bien el terror ha entregado las secciones á un puñado de facinerosos. Estad dispuestos, porque si me obligan á ello, os llamo desde la tribuna para que vengais á defendernos, si es tiempo aun, ó para que vengueis la libertad, esterminando los tiranos. ¡Girondinos, no hay un momento que perder!...

XXVII.

La publicacion de esta carta, las deliberaciones de las secciones, las funestas noticias llegadas por la noche de la Vendée y de las fronteras, las maniobras de Pache, la exasperacion de los Jacobinos, de los Franciscanos y de la municipalidad, exaltaron hasta el estremo el frenesi popular. El ayuntamiento decidió que se presentase una peticion á la Convencion, exigiendo el inmediato juicio de Hebert. Esta peticion, que pasó de unas secciones á otras, dió margen á los mas encarnizados debates, firmándose en estas, rasgándose en aquellas; pero la mayoría se adhirió á ella y jura acompañar á los ciudadanos que tengan valor para llevarla á la barra. La comitiva se aumenta en el camino por esa turba inmensa, arrastrada siempre por la corriente de una pública agitacion. Los peticionarios son introducidos en la barra, en corto número. Isnard estaba presidiendo, y en su actitud brillaba toda la resolucion de su partido, pareciendo que su fogosidad de carácter era contenida por la dignidad de su cargo de presidente. Fijaba en los peticionarios la mirada de Ciceron sobre Catilina, cuando meditaba su inmortal discurso contra el conspirador romano; parecia

que estaba esperando la sedicion en las palabras para aterrizarla en nombre de la ley.

Al oír las primeras palabras del orador de la diputacion, empezaron á levantarse murmullos en la derecha. Danton reclamando enérgicamente el silencio, afecta cubrir á los peticionarios con su proteccion. Venimos, dice el orador de la municipalidad, á denunciarnos el atentado cometido en la persona de Hebert.

Los girondinos se indignan al escuchar la palabra atentado.

«Si, prosigue el orador, Hebert ha sido arrancado del ayuntamiento y conducido á los calabozos de la Abadía. El consejo general defenderá la inocencia hasta la muerte; pedimos que nos sea devuelto. Las prisiones arbitrarias son para los hombres de bien coronas cívicas.» Las tribunas y la Montaña prurumpen en aplausos. Isnard se levanta y les contiene con un ademán imperioso. «Magistrados del pueblo, dice á los peticionarios, la Convencion que ha hecho una declaracion de los derechos del hombre, no consentirá que un ciudadano esté ahrojado si no es culpable. Creed que obtendreis una justicia pronta, pero escuchad tambien vosotros las verdades que voy á deciros. La Francia ha puesto en Paris el depósito de la representacion nacional y Paris debe respetarlo. Si por ventura se envileciese á la Convencion; si acaso una de esas insurrecciones que desde el 10 de marzo se renuevan sin cesar, y de que vuestros magistrados, añade aludiendo á Pache, nunca han advertido á la Convencion...» En la Montaña se oyen violentos murmullos; la Llanura aplaude.

Isnard impassible continúa: «Si por estas insurrecciones siempre nacientes, aconteciera que se vulnerase la representacion nacional, os lo declaro en nombre de la Francia entera...—No, no, no,» esclama la Montaña.... Lo restante de la Asamblea se levanta para sostener al presidente, y trescientos miembros esclaman á la vez:

«Si, si, si, decid en nombre de la Francia entera.—Si, os lo declaro en nombre de la Francia entera, prosigue Isnard, París sería anonadado...» Estas últimas palabras quedan al punto envueltas por las imprecaciones de la Montaña y por las rechillas y pataleos de las tribunas. Los girondinos y sus amigos apoyan las amenazas del presidente, repitiéndolas con el brazo estendido como para un juramento. «Bajad del sillón, vocifera Marat, estáis deshonrando á la Asamblea y protegiendo á los hombres de Estado.» El presidente, sin mirar á Marat, concluye su frase. «Y presto se buscaría por las márgenes del Sena si París había existido.» Danton se levanta como si hubiera oído una blasfemia, y pide la palabra. Isnard continúa. «La espada de la ley que aun destila la sangre del tirano, está pronta á caer sobre la cabeza del que osare sobreponerse á la representación nacional.»

XXVIII.

Isnard vuelve á sentarse y le sucede Danton, «Bastante y por sobrado tiempo se ha calumniado á París en masa. ¿Qué significa esa imprecación del presidente contra París? Es bastante extraño que se nos presente la devastación de París por los departamentos, si esta ciudad se hiciese culpable...—Si, si, le responden los girondinos, lo harían.—También yo soy entendido en figuras oratorias, replica Danton. Hay en la respuesta del presidente un sentimiento de amargura. ¿Por qué suponer que se buscará un día en las márgenes del Sena si París ha existido? Lejos de la boca de un presidente de la Convención tales sentimientos. Solo le incumbe presentar imágenes consoladoras. Bueno es que la republica sepa que nunca París se apartará de sus principios, que des-

pues de haber destruido el trono de un tirano, no lo volverá á levantar para hacer sentar en él á otro despotá. Si en el partido que sirve al pueblo hay culpables, el pueblo sabrá castigarlos. Pero atended á esta gran verdad, si fuera menester escoger entre dos escesos, valdria mas arrojarse hácia el de la libertad que retroceder á la esclavitud. Hace algun tiempo que están oprimidos los patriotas en las secciones; conozco la insolencia de los enemigos del pueblo, y no gozarán mucho tiempo de su ventaja; porque el pueblo desengañado los anonadará. Entre los buenos ciudadanos los hay demasiado impetuosos, pero ¿por qué hemos de achacarles á crimen la energía que emplean en servir al pueblo? Si no hubiesen existido hombres fogosos, no hubiera habido revolución. No quiero exasperar á nadie, porque al defender la razon tengo la conciencia de mi fuerza. ¿Que se encuentre un crimen en mi vida! ... (Un sordo murmullo recorre los bancos de la Gironda). Pido que se me envíe el primero al tribunal revolucionario, si me hallan culpable. He dado mis cuentas.—No se trata de eso, le gritan desde la derecha. Danton vuelve al texto de sus ideas. Es preciso reunir los departamentos pero no irritarlos contra París. ¿Cómo París que ha quebrantado el cetro de hierro, violaria el arca santa de la representación que le está confiada? No, París ama la revolución, París merece el abrazo de la Francia entera. El pueblo francés se salvará á si mismo, y una vez arrancada la máscara á los que fingiendo patriotismo, sirven de muralla á los aristócratas, la Francia se alzará y derribará á sus enemigos.» Esta amenazadora alusion á los girondinos, en boca de Danton, dejó entrever en un porvenir más ó menos, remoto un nuevo setiembre.

A pesar de todo, ni Danton ni Robespierre meditaban la muerte de sus adversarios en la Convencion. El primero vacilaba sin decidirse, y el otro observaba silencioso, como antes del 10 de agosto, los sucesos sin mover ni contener al pueblo. Las sesiones de los Jacobinos casi desiertas desde que la lucha de los partidos se concentraba en la Convencion, oian raras veces su voz.

Solo la víspera de la insurreccion, y siendo ya segura la victoria, fué cuando Robespierre prorumpió en amenazas contra la comision de los Doce.

Su palabra confirmó a las secciones en su pensamiento aun indeciso. Los agitadores del ayuntamiento se reunieron y tomaron el nombre de club central ó de la union republicana. Decidieron hacer intimaciones á la municipalidad para que se insurreccionase, convocase la fuerza armada y cerrase las barreras de París, hasta que la Convencion hubiese hecho justicia al pueblo. Henriot, nombrado comandante general en reemplazo de Sauterre, les respondia de las bayonetas. Era Henriot uno de esos hombres que se elevan sobre la hez de la sociedad cuando se remueven. Nacido en las afueras de París y entregado en su juventud á todas las profesiones sospechosas de una capital, primero criado sin probidad, despues charlatan y espiá de policia, la revolucion de 1792 le abrió las puertas de Bicétre donde estaba encerrado por algunos delitos, saliendo de allí, como salen las inmundicias de un albañal, para ensuciar é infectar la poblacion. Audaz, en su actitud, pero torbado de corazon, se ostentó en las filas de los insurgentes del 10 de agosto, saqueó despues de la victoria y degolló en las cárceles. A falta de hazañas, distinguiéronle sus crímenes entre

las turbas. Arrastró mas bien que mandó al ejército de las secciones, disciplinadas por él para la anarquia.

XXX.

Esta anarquia en que se agitaban las secciones alcanzaba tambien al gobierno, de suerte que la comision de los Doce no tenia para hacerse obedecer ni la ley ni las armas. La municipalidad, verdadero gobierno de París, estaba en rebelion unas veces abierta, otras encubierta contra la Convencion. En cuanto á los ministros se atrincheraban en el círculo de sus atribuciones administrativas, esclavos complacientes de los comités cuyas órdenes recibian. El ministro de lo Interior, Garat, era el único encargado de la vigilancia de París y de la seguridad de la Convencion. Pero Garat, inútil en momentos de crisis, era uno de esos hombres que se amoldan á los acontecimientos. Amigo de los girondinos en el alma, pero procurando captar tambien al favor eventual de Danton, de Robespierre y de la Montaña, iban siempre sus palabras y sus actos marcados con el sello de esa templanza que, dando esperanzas á los dos partidos, sacrifica en el momento crítico al mas justo por el mas feliz. Siempre hay uno de esos hombres funestos á la cabeza de los partidos que van á perecer: armas de mal temple que se rompen en la mano del que quiere usarlas.

XXXI.

Pache, en la sesion del 27, respondió de la tranquilidad de la capital y de la seguridad de la Convencion. A consecuencia de este informe que consternó á los

girondinos, pidió Marat la supresion de la comision de los Doce como inútil, provocando á la insurreccion. «Y no solo á la comision de los Doce hago la guerra. Si la nacion entera fuese testigo de vuestras tramas liberticidas, dijo encarándose á Vergniaud y Guadet, os haria conducir al patibulo.» Algunas diputaciones de las secciones habian venido á reclamar los ciudadanos presos, pidiendo con insolencia que los miembros de la comision de los Doce fuesen enviados al tribunal revolucionario. «Ciudadanos, les respondió el presidente Isnard, la asamblea os perdona en atencion á vuestra juventud.» La Montaña irritada se levanta al oír esto. Robespierre se precipita á la tribuna donde los gritos de la mayoría ahogan su voz. «¡Sois un tirano! ¡un infame! gritaba Marat á Isnard. — Quieren degollar individualmente á todos los patriotas, añade Charlier. — ¡Los tiranos á la Abadía! esclaman por todas partes. La Convencion dividida en dos campamentos, no habla sino por gestos, que todos parecen envolver el desafio y la muerte de hombre á hombre, de partido á partido.

La voz de Vergniaud domina por un momento el tumulto. «No mas discursos, dice: ¡obras! Vamos á votar la convocacion de las asambleas primarias; es el único remedio que nos queda en el estado en que nos hallamos. ¡La Francia sola puede salvar la Francia!»

Los girondinos á la voz de Vergniaud, se levantan y agrupan manifestando con su actitud y gritos que se adhieren á proposicion tan desesperada. Legendre y los jóvenes montañeses aceptan tambien el desafio y gritan: «¡La votacion nominal!» El presidente se dispone á ello.

Tenblando de que la votacion nominal diese la victoria á los girondinos, la Montaña y los patriotas prorumpen en imprecaciones contra Vergniaud. «¡Levantemos la sesion!» gritan los moderados. Isnard se cubre. Las voces enronquecidas por los clamores se acallan. Danton, impasible al parecer hasta entonces, se dirige á los girondi-

nos: «Os declaro, dice con una voz que recuerda el estampido del cañon del 10 de agosto, os lo declaro, tanta imprudencia comienza á causarnos.» Estas palabras significativas, en boca del hombre de setiembre son cubiertas de aplausos por las tribunas. La Montaña pide que se inserten en el acta, no como la aclamacion de un miembro aislado, sino como el pensamiento de todo un partido. El mismo Danton lo reclama y sube á la tribuna movido por la impaciencia de su alma y por las manos de sus amigos. El silencio que Robespierre no ha podido obtener, se restablece al aspecto de Danton. Aquel no es mas que la palabra del pueblo, pero este es su brazo levantado. Todos atienden al golpe que va á dar.

«Declaro á la Convencion y á todo el pueblo francés, que si persiste en detener aberrojados á unos ciudadanos cuyo crimen es un exceso de patriotismo, que si se niega el uso de la palabra á los que quieren defenderlos, declaro, digo, que con solo cien buenos ciudadanos que haya aqui, resistiremos. — Si, si, responde una voz de la Montaña. — Declaro, añade, que la denegacion de la palabra á Robespierre, es una cobarde tirania. La comision de los Doce vuelve las armas que habeis puesto en sus manos contra los mejores ciudadanos! ¡El pueblo francés juzgará!»

Danton baja y le sucede Thuriot que llena de invectivas la accion y las palabras del presidente. «El es, dice, quien con sus respuestas incendiarias, trata de encender la guerra civil en Paris, y él quien amenaza á esta capital con la destruccion! — Presidente, gritó Lanjuinais á Isnard, no os humilleis respondiéndole.» Por ambas partes se reclama de nuevo la votacion nominal ó el juicio del pueblo. Bazire se precipita á las gradas de la escalera que conducen al sillón del presidente. Algunos girondinos lo detienen, y cubren con su cuerpo á Isnard. «Quiero arrancar de su mano, dice aquel, la señal de la guerra civil escrita en su respuesta á los peticionarios. — Y yo,

dice Bourdon de l'Oise, si el presidente tiene la audacia de proclamar la guerra civil, le asesino. Se empieza la votación nominal; pero es interrumpida por la acumulación y el ruido del inmenso tropel de gente atraída á los corredores de la Convención por la gravedad de la medida. «He querido salir en vano, declara el diputado Lidou; me han puesto la punta de un sable al pecho.»

La Montaña acusa á los girondinos de haber hecho venir alrededor del salón compañías de adictos suyos. Se interroga al comandante Raffet, y declara, que habiendo marchado de orden de sus gefes, en el momento de estar restableciendo el orden, Marat, con una pistola en la mano, se ha adelantado hacia él, y poniéndole el cañon en las sienas, ha amenazado hacer fuego sino se retiraba. «He apartado el arma y he cumplido con mi deber,» añade el oficial. Marat desmiente el hecho. El tumulto se acrecienta. Los aplausos de la Llanura vengan al comandante Raffet de los ultrages de Marat. Se le admite á los honores de la sesión. La opinion indignada, se inclina evidentemente hacia los girondinos.

XXXII.

La Asamblea se halla en uno de esos momentos de oscilacion en que solo una palabra puede mover á los grandes auditorios á tomar las medidas más decisivas. Garat, ministro de lo Interior, entra en el salón con Pache. Todas las miradas se vuelven hacia ellos. El primero obtiene la palabra y la emplea en defender á las secciones y á los conspiradores.

Aquellas apologías y justificaciones que en favor de ellos hace Garat, irritan á la derecha, que le reconviene por discutir en vez de ceñirse á dar cuenta. La Montaña se declara por el ministro, y Legendre se arroja sobre

Guadet con el brazo levantado; pero los amigos de éste le rodean y amparan. En la Llanura se oye gritar *al asesino*, y el presidente interrumpe por tercera vez la deliberacion con la señal de conflicto, la cual restablece el silencio. Garat acrecienta sus insinuaciones contra la comision de los Doce. «Aseguro á la Convención, dice, que no la amenaza peligro alguno, pudiendo volver cada uno de vosotros en paz á su casa, ¡Respondo de ello con mi cabeza!»

El silencio de la consternación sucede en los bancos de los girondinos á estas palabras del ministro que les entrega á sus enemigos. Garat baja de la tribuna entre los aplausos de la Montaña y va á sentarse en medio de los girondinos. Con esta actitud de falsa generosidad, afecta Garat participar de los peligros de sus amigos en el mismo momento en que los vende.

Danton le sucede. «Me prometo, dice con radiante aspecto, que de esta grande lucha surgirá la verdad, como del rayo nace la serenidad del aire. ¡Hay hombres, añade con acento de orgullosa amargura, mirando á Vergniaud y Guadet, hay hombres que no pueden despojarse de un resentimiento! Por lo que á mi toca, la naturaleza me ha hecho impetuoso, pero exento de odio.» Ofrece al parecer por la última vez su neutralidad á los girondinos, mas estos la rehusan.

Pache, animado por el favor que las tribunas dispensan á Garat, desarrolla con mas astucia las acusaciones contra la comision de los Doce. «Debo declarar, dije concluyendo, que la comision de los Doce ha dado orden á tres secciones adictas, la de la Butte de los Moulins, la del Mail y la de Noventa y dos, de tener dispuestos trescientos hombres armados.»

A estas palabras estalla en las tribunas un grito de indignación, y las diputaciones de las secciones se apiñan tumultuosas á las puertas del salón. Pache pide á la Convención que los oiga, los girondinos quieren levantar la sesión. Fonfrede baja del sillón y Hérault de Sechelles le reemplaza. Agradable al pueblo de las tribunas por la gracia de su rostro y por su juventud, grato á la Montaña también por el exagerado republicanismo que afecta, esclavo de toda popularidad por su ambición, Hérault de Sechelles se ve acogido en la presidencia por los aplausos de la sala toda. Su sola presencia es la señal de una concesión. Muchos se retiran por no ser testigos de los ultrajes que van á hacerse á la representación nacional, y los montañeses se diseminan por los bancos desiertos.

El orador, en nombre de veinte y ocho secciones de París vuelve á pedir á la Convención que Hebert sea puesto en libertad. «Gemimos, dice, bajo el yugo de un comité despótico, como antes gemíamos bajo un tirano. ¡Devolvednos los verdaderos republicanos! Libradnos de una comisión tiránica, y que sea en esta misma sesión... —Si, si,» esclaman los miembros de la Montaña. Apenas deja Hérault de Sechelles al orador de las secciones terminar su frase.

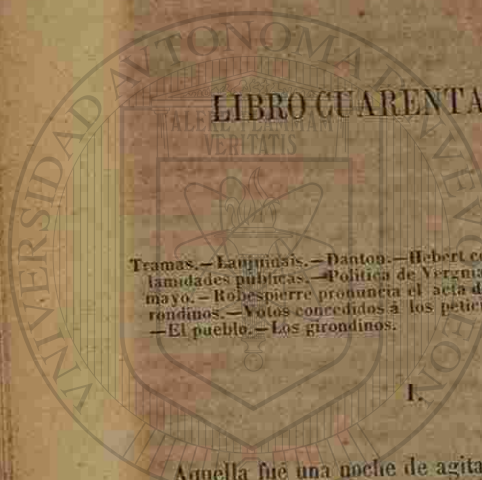
«Ciudadanos, responde á los peticionarios, la fuerza de la razón y la del pueblo son una misma cosa. Contad con la energía nacional cuya esplosión notais en todas partes. La resistencia á la opresión es tan sagrada como el odio á los tiranos en el corazón humano. Representantes del pueblo, os prometemos justicia y os la haremos.»

Estas palabras del presidente repetidas de boca en boca, desde el pie de la tribuna hasta en los jardines y patios, anuncian al pueblo su triunfo. En algunas horas

la mayoría personificada en los tres presidentes de la sesión, se ha mudado tres veces á fuerza del impulso que el movimiento exterior ha comunicado al salón: resuelta primero é implacable en Isnard, moderada y conciliadora en Fonfrede, cómplice en fin, y sediciosa en Hérault de Sechelles. Enardecidos por esta acogida otros oradores de las secciones acrecientan su audacia é invectivas contra los Doce. «Los patriotas están aherrojados. Las escenas del 17 de julio se preparan. La república se halla destruida. No en vano habremos jurado vivir libres ó morir. El foco de la contra-revolución está en vuestro seno. ¿Será este palacio aun el de las Tullerías? Diputados de la Montaña, no podeis acercaros á esta sala sin andar sobre millares de cadáveres, sin ver la sangre de los patriotas que han conquistado para vosotros este palacio. ¡Teneis á vuestra disposición cien mil brazos armados! Os pedimos la libertad de Hebert, el proceso del infame Roland y la supresión de la comisión de los Doce!»

«¡Cuando se violan los derechos del hombre, responde Hérault de Sechelles, es preciso decir: la reparación ó la muerte!»

Esta provocación á la insurrección desde la tribuna, dada por el presidente en nombre de la mayoría, es como una orden. Lacroix convierte en decretos las peticiones de las secciones y la Convención las vota. Tienen los peticionarios á los diputados ocupando los huecos dejados por la Gironda y votan con ellos. Restituyese la libertad á Hebert, Varlet y sus cómplices. Queda suprimida la comisión de los Doce. La Convención levanta la sesión á media noche, y el pueblo satisfecho se retira en medio de las voces de *Viva la Montaña!* *Mueran los veinte y doze!*



LIBRO CUARENTA Y UNO.

Tramas. — Lanjuinais. — Danton. — Hebert conducido en triunfo. — Calamidades públicas. — Política de Vergnaud. — Divisiones. — El 31 de mayo. — Robespierre pronuncia el acta de acusacion contra los girondinos. — Votos concedidos á los peticionarios. — La Convencion. — El pueblo. — Los girondinos.

I.

Aquella fué una noche de agitaciones, terrores pánicos y conciliábulos. Mientras que los girondinos, reunidos en casa de Valazé concertaban entre sí los medios de recobrar una victoria que los montañeses debían tan solo á una sorpresa, Marat, Hebert, Dobsent, Valet, Vincent, Fournier el americano, el español Guzman, que era á Marat lo que Saint-Just á Robespierre, Henriot y unos sesenta miembros de los mas exaltados de las secciones se reunieron en un salon del Arzobispado cerrado al público. Allí deploraron los resultados de una victoria que no dándoles despojos ni víctimas, dejaba á sus enemigos la vida, la tribuna, la palabra, la prensa, partidarios en algunas secciones del centro de Paris y las ocasiones de recobrar su ascendiente. ¿Qué importaban á aquellos hombres de sangre las oscilaciones infructuosas de ma-

yoría en una Convencion que era libre aun? Querían una Convencion esclava, instrumento dócil de sus tiranos, y que solo conservase el nombre de la representacion nacional para encubrir el avasallamiento de los departamentos. Cada uno de aquellos hombres aspiraba al papel de los Gracos, de Clodio, de Mario, de Sila, de Catilina, y se creía mas grande político á medida que meditaba mas siniestras ejecuciones. Debatiéronse mil planes. Un jóven, mas bien depravado que ilustrado por las letras, Varlet, desconocido aun, esplanó un proyecto de asesinatos individuales, inspirado ostensiblemente por los recuerdos de setiembre. Varlet habia fingido falsas correspondencias de los girondinos con el principe de Coburgo, documentos á evocar la infamia y execracion del pueblo sobre aquellos pretendidos traidores á la patria. Por la noche debia irse á prenderlos uno á uno en sus habitaciones, y conducidos sin aparato á una casa aislada del arrabal de Santiago, habian de ser muertos en un jardin inmediato, y ocultando al público las causas de su desaparicion. Al siguiente dia, la publicacion de la correspondencia fingida entregaria sus nombres á la execracion pública, se divulgaría el rumor de su fuga á paises estrangeros, y cuando la verdad llegase á desmentir estas suposiciones, ya estaria la republica salvada, la municipalidad reinaria y el pueblo daría gracias á sus vengadores.

Tal era el plan de Varlet, el cual halagaba á los ejecutores de setiembre: pero fué rechazado por Dobsent y por el mismo Marat, primero por ser una superchería indigna de un pueblo, y despues por reducir las víctimas á muy poco número. Se resolvió que el mismo pueblo hiciera la purificacion, designando las víctimas que necesitase su venganza. Los unos fijaban en treinta el número de cabezas proscriptas, y los otros lo hacian llegar hasta ochenta, dejando á la casua-

lidad el cuidado de designarlas. Los conjurados se separaron para comunicar á las secciones y arrabales el santo y seña, que, fijado por Marat, era: «No mas paliativos.» Se ha escrito que en la misma noche otro comité superior de ejecución, compuesto de Robespierre, Danton, Fabre, Pache y algunos otros miembros principales del ayuntamiento y Convención, se habian reunido en Charenton, en la casa donde se urdieron los movimientos del 20 de junio y 10 de agosto, y que allí los principales gefes de la Montaña se habian entregado recíprocamente sus enemigos, como Octavio, Antonio y Lepido; pero nunca se ha probado este aserto.

II.

Arrastrado á pesar suyo en la lucha Danton, hubiera deseado que la victoria se limitase á la humillacion de los girondinos, pues estaba muy ageno de conspirar contra la muerte de los rivales que mas admiraba y que menos temia en la Convención. Tenia sobre ellos la ventaja de la popularidad, que para él era suficiente, y su corazón se interesaba por ellos. «No», decia la vispera, no merecen tanto encono esos buenos oradores: son entusiastas y lijeros como la muger que los inspira. ¿Por qué no toman á un hombre por gefe? Esa muger los perderá; es la Circe de la república.» Danton aludía á mádama Roland, que habia humillado su orgullo.

Inquieto y perturbado á consecuencia de aquel desquiciamiento de la Convención, Robespierre se encerró la vispera de la crisis en el retiro mas profundo, como un hombre que teme tocar á un acontecimiento, por no hacerlo desviar ó abortar. Solo puso en la balanza algunas palabras exigidas á su situación por el cuidado de la popularidad. Marat fué el único que alentó la cólera del

pueblo y luchó con los girondinos cuerpo á cuerpo hasta derribarlos. ¿Era aquello venganza, ambicion, vanidad de un gran papel ó inquietud de un espíritu que nunca descansaba? De todo ello habia en el carácter de Marat; pero su mayor gozo era el de hallarse en escena y representar al pueblo luchando á muerte contra sus pretendidos enemigos.

III.

Los girondinos reunidos en casa de Valazé supieron las resoluciones del comité por una casualidad. Un confederado breton partidario suyo, llegado á París por entonces, pasaba la noche del 27 delante del Arzobispado, y notó que se apiñaban á la puerta algunos grupos, y que dejaban entrar al que enseñaba al conserje cierta medalla de cobre. Movido el breton por la curiosidad, sacó del bolsillo una moneda de cobre que confundió el conserje con la medalla. El confederado entró; pero no bien hubo empezado la deliberacion, cuando advirtió su yerro y temió ser descubierto; pero le salvaron la confusion y agitacion de los ánimos. Salió sin que nadie reparase en él, y corrió á avisar á un diputado de su departamento. Este lo condujo á casa de Valazé, quien en union de sus amigos le suplicó que volviera la noche siguiente al foco de la conjuracion para que les refiriera lo que habia visto y oído. Espúsase otra vez el breton, y su rostro, ya conocido, disipó las sospechas de los conspiradores. Volvió á dar parte á Valazé; pero le habian seguido. Al dia siguiente se encontró un cadáver, lleno de heridas, flotando en las aguas del Sena, llevando encima aun la moneda de cobre con la cual habia sorprendido á los conjurados.

La comision de los Doce, á pesar del decreto de la vispera que la suprimia, estuvo aun reunida por la noche, deliberando sobre las medidas de resistencia que los girondinos se proponian obtener al siguiente dia en la Convencion. Todos los miembros de este partido y los de la llanura fueron muy de mañana á la sesion. Isnard subió al sillón de la presidencia, decidido á adquirir de nuevo el ascendiente sobre la mayoría ó morir en su puesto. Las filas de la Montaña estaban desiertas y los diputados vencedores la vispera descansaban en su triunfo, no queriendo dejar traslucir por su afan en acudir á la sesion que pudiera frustrarse aun su victoria. Lanjuinais entretanto pidió con osadia la palabra.

Lanjuinais no era girondino. No participaba de la ambicion ni de los errores de este partido; no se habia mezclado ni en las tramas del 20 de junio, ni en las del 10 de agosto, ni en la sentencia de Luis XVI. Nacido en Rennes, de una respetable familia perteneciente al foro, el mismo abogado distinguido, filósofo cristiano, sus ideas revolucionarias no eran mas que una forma de su fé evangélica. Era la igualdad uno de sus dogmas: «La nobleza,» escribia en una de sus primeras obras, «no es un mal necesario.» Se habia ejercitado en las luchas parlamentarias en los conflictos del tercer estado de la Bretaña contra la aristocracia, el clero y el parlamento de Rennes. Este mismo espíritu de oposicion al antiguo orden de cosas lo habia hecho nombrar diputado en los estados generales. Habia sido uno de los fundadores del *club breton*. Hombre del Oeste y no del Mediodía, tenia aquella austeridad de conciencia y obstinacion de carácter que no produce oradores sino héroes en los partidos. Religioso como un breton, controversista como un parla-

mentario, mas republicano por costumbres que por conviccion, Lanjuinais era uno de esos hombres que la pureza de su alma aísla en medio de los partidos, y que la generosidad de su corazón consagra á las causas abandonadas cuando en ellas creen ver la justicia y la verdad. Tenia ademas un valor que se enardecia ante el tumulto de las asambleas y ante la sediccion del pueblo, como el del soldado ante el fuego. La opresion de los girondinos por el pueblo y la Montaña lo habia irritado la vispera. Para tener á Lanjuinais en sus filas, bastaba á un partido verse oprimido.—Al presentarse, creyó la Montaña que iba á protestar y se negó á oírle.

«Tengo el derecho de ser oido sobre la existencia del pretendido decreto de ayer, dijo Lanjuinais. Sostengo que no ha habido decreto; y si lo ha habido, pido que se revoque.» Los murmullos de la Montaña le interrumpen.

«Todo está perdido, ciudadanos, esclama Lanjuinais con el gesto de un hombre que contempla la ruina de su patria, ¡todo está perdido! y os denuncio, en el decreto de ayer una conspiracion mil veces mas atroz que todas cuantas se han tramado hasta aquí. ¿Cómo de tres meses á esta parte vuestros comisionados han hecho mas prisiones arbitrarias en los departamentos que en treinta años de despotismo? ¡Hombres hay que predicán hace seis meses la anarquía y el asesinato y quedarán impunes!—«¡Si Lanjuinais no calla, grita Legendre, declaro que subo y le precipito desde la tribuna!—¡Te figuras que soy un buey!» replica Lanjuinais (aludiendo al oficio de carnicero de Legendre). «Y yo,» dijo Barbaroux, pido que consten en el acta las palabras de Legendre, para atestiguar la libertad de que gozamos!—¡Has prolegido á los aristócratas de un departamento, eres un malvado!» vociferan contra Lanjuinais los miembros de la Montaña. Levasseur declara que la comision de los Doce ha sido instituida, no para prevenir sino para ejecutar un complot contra-revolucionario. Crúzanse entre los girondinos y sus ene-

migos las mas violentas invectivas, negando los unos y afirmando los otros que se habia dado el decreto.

Guadet obtiene la palabra. «Hablais de legitimar un decreto dado en el momento en que los legisladores encerrados en este recinto, despues de la dispersion de la guardia deliberaban bajo la cuchilla, en medio de amenazas, ultrajes y violencias, cuando muchos de nosotros, especialmente Petion y Lasource no pudieron abrirse paso para llegar á sus puestos, cuando, en fin, algunos peticionarios sediciosos se veian animados por el mismo presidente (que ya no era Isnard) á doblegar la voluntad de la Convencion ante la del pueblo amotinado.»

Robespierre, afectando una voz débil y sus fuerzas agotadas, pronuncia algunas frases amargas y lastimeras sobre la tirania de los Doce. El rumor de la Llanura ahoga la palabra del orador. Se vota la revocacion del decreto de la vispera que destituia la comision de los Doce. Una débil mayoría anula este decreto. El asombro petrifica á la Montaña. «¡Es preciso cubrir con un velo la estatua de la libertad!» esclama Collot de Herbois.

Danton, que trata aun de eludir la ruptura definitiva de la representacion, se levanta y quiere presentar con habilidad el último medio de conciliacion á los girondinos vencedores. «Vuestro decreto de ayer, dice á la Convencion, era un grande acto de justicia y me complazo en creer que antes de terminarse esta sesion lo volvereis á dar; pero si la comision de los Doce recobrase el poder que queria ejercer sobre los miembros de esta Asamblea, si el hilo de la conjuracion no se hubiese roto, si los magistrados del pueblo no fuesen devueltos á sus funciones despues de haber probado que sobrepujamos á nuestros enemigos en prudencia, les probariamos tambien que les sobrepujamos en audacia y vigor revolucionario.»

Todos los miembros de la Montaña se asocian con sus voces y ademanes á la declaracion de Danton. «Y nosotros, replican los girondinos, pedimos venganzas á los

departamentos y no al pueblo de las tribunas.» Marat quiere hablar. «¡Abajo Marat!» esclama la Llanura en masa. Rabaut-Saint-Etienne, relator de la comision, quiere leer por último el informe de los Doce, pero se niegan con obstinacion á oírle, é invoca la prioridad para el informe.

«La prioridad está en el cañon de alarma» responde la Montaña. Las tribunas ahogan con su estrépito la voz de los girondinos. La contra-revolucion está aquí, dice Thuriot. «—Ya no somos libres, vamos á nuestros departamentos, esclama Chambon. Piden los montañeses, conforme á las insinuaciones de Danton, la libertad de Herbert y la Llanura, en virtud de una proposicion de Boyer-Fonfrede, se apresura á votarla.

Algunos peticionarios reclutados é inspirados por los girondinos piden que se les oiga. «Ya es tiempo, dicen, de que esta lucha termine. Es tiempo ya de que un tropel de malvados, ocultos bajo la capa del patriotismo, desaparezcan; es tiempo de que una minoria turbulenta entre en el órden. Decid una palabra y os vereis rodeados de defensores dignos de la causa que os está confiada. Por una parte se verán los buenos ciudadanos y en la otra un puñado de foragidos.» Interrumpidos por el mugido de la Montaña y de las tribunas, los peticionarios reciben las felicitaciones de Isnard y los honores de la sesion.

Ordenareis, dice Danton, la impresion de tal manifiesto. El pueblo francés está pronto á volver sus armas contra sus enemigos. Cuando quiera, aniquilará en solo un dia á hombres bastante estúpidos para creer que hay distincion entre el pueblo y los ciudadanos. Tened presente que si se vanaglorian de obtener aquí la mayoría contra nosotros, teneis una mayoría mas considerable en la república y en Paris. —Si, si, responden las tribunas. —¡Ya es tiempo, prosigue Danton, de que el pueblo no se limite á la defensiva! ¡Ya es tiempo de que ataque á los fautores del moderantismo! ¡Ya es tiempo de que

camineemos con arrogancia en la carrera que hemos emprendido! ¡Ya es tiempo de asegurar los destinos de la Francia! ¡Tiempo es ya de coaligarnos contra las maquinaciones de todos los que quieran destruir la república! Un día hemos manifestado energía y hemos vencido. No, París no perecerá. A los brillantes destinos de la república irán unidos los de esta ciudad famosa que los tiranos querían aniquilar. París será siempre el terror de los enemigos de la libertad; y sus secciones, en los grandes días, cuando el pueblo se reuna en masa, harán siempre desaparecer esos miserables fuldenses, esos cobardes moderados cuyo triunfo solo es de un momento.»

Esta elocuente digresión de Danton, acompañada de unánimes aclamaciones, terminó la sesión dejando indeciso el éxito de la jornada. «¿De qué me sirven vuestras quejas? dijo Danton saliendo de las Tullerías á los grupos que le cercaban. Solo veo á los enemigos; ¡marchemos juntos contra los enemigos de la patria!»

Aquella noche Hebert fué conducido en triunfo desde la cárcel á la casa municipal, donde recibió una corona de laurel de manos de Chaumette. Se pidió que en espiciación del cautiverio de Hebert, la comisión de los Doce fuese llevada ante el tribunal revolucionario. Hebert, quitando la corona de su frente, fué á depositarla en el busto de Rousseau, el primer apóstol de la libertad. Los artífices de la revolución rendían siempre culto al primer pensamiento de su obra en el autor del Contrato social, que tantas veces hubiera dejado de reconocer semejantes discípulos. La sesión del día siguiente en la Convención fué tranquila: calma engañosa que con frecuencia precede

de cerca á las tempestades, así en los movimientos del pueblo, como en los fenómenos atmosféricos.

La sesión del club de los Jacobinos del 30 fué el preludio de las tormentas del día siguiente. Mientras el comité insurreccional del Arzobispado concertaba el movimiento, Legendre y Robespierre en los Jacobinos, Marat y Danton en los Franciscanos, sostenían la efervescencia de la opinión. «Me siento incapaz, dijo Robespierre, de prescribir al pueblo los medios de salvarse, porque esto no es dado hacerlo á un solo hombre; esto no lo puedo hacer yo, fatigado por cuatro años de revolución y por el espectáculo desgarrador del triunfo de la tiranía! ¡No me es dado á mi indicar esas medidas, á mí, que estoy consumido por una fiebre lenta, y especialmente por la fiebre del patriotismo!» Esta aparente resignación del patriotismo impotente abandonado por sí mismo, era la incitación mas hábil á la energía desesperada del pueblo. «No, no, le respondió uno de los mas exaltados jacobinos; nunca creará la posteridad que veinte y cinco millones de hombres hayan podido dejarse subyugar por un puñado de intrigantes, ó no verá en nosotros mas que veinte y cinco millones de cobardes! Digo que mañana es preciso que se estremezca el bronce, que retumbe el cañon, y que todos los que no se levanten contra el enemigo comun sean declarados traidores á la patria. Cuando resuene el bronce alentará esta armonía á los cobardes, que se alzarán con nosotros, y esterminaremos á nuestros enemigos.»

VI.

Circulaban por todo París las medidas insurreccionales del comité central del Arzobispado. El consejo municipal, reunido en sesión permanente en el ayuntamiento,

comenzaba á hablar como dueño y á amenazar á la Convencion. Las secciones tumultuosamente reunidas, se agitaban en deliberaciones contradictorias, según que la ausencia ó presencia de sus individuos daba ó quitaba la mayoría á uno ú otro de los dos partidos. Las noticias sinistras que llegaban una tras otra de la Vendée, de las fronteras y del Mediodía, esparcian el terror en el alma del pueblo, disponiéndolo á tomar un partido desesperado. Desastres en el ejército de los Pirineos, la retirada mas semejante á una derrota del ejército del Norte, Valenciennes y Cambray bloqueadas sin poder ser socorridas, y contando día por día la duracion de una resistencia que se creia imposible; las tropas republicanas derrotadas en Fontenay por las fuerzas realistas de Lescaure; Marsella en efervescencia; Burdeos exasperado; Lyon dejando escapar las primeras chispas de la insurreccion que se abrigaba en sus muros; todas estas calamidades á la vez cayendo sobre la república, desgarrada entonces mismo en la Convencion, exasperaban las almas contra los hombres ó débiles ó pérdidos que gobernaban desgraciadamente la patria.

El pueblo, no sabiendo á quien echar la culpa, achacaba á los girondinos todas las calamidades del momento. Estos, para resistir al torrente de impopularidad dirigido contra ellos, no tenían mas que la fuerza abstracta de la ley. Las bayonetas y picas de la guardia nacional flotaban al acaso, á merced de la versatilidad de las sesiones. Entre oradores intrépidos por una parte, que apelaban á departamentos muy apartados para oírlos, y por otra todo un pueblo armado, sublevado por motores ocultos y dirigido por los jacobinos organizados, el triunfo no podia ser dudoso. Confiados al principio los girondinos en la legalidad de su causa y en el favor que les prestaba la clase mejor acomodada de Paris, comenzaban al fin á preveer su ruina preparando para ella sus almas, menos como políticos que como mártires. Sin embargo,

aun se complacian en prometerse que recobrarían su fortuna en los últimos momentos. Provocaban de los departamentos manifiestos sobre manifiestos para poner sus cabezas bajo la responsabilidad de Paris. Creian que si los moderados de la Convencion eran demasiado tímidos para arrostrar con ellos el poder de la municipalidad y destruir la anarquía, tenían tambien el suficiente apego á su seguridad para no abandonarse á sí propios, entregando las cabezas de veinte y dos de sus colegas al ostracismo ó al patíbulo de Marat. Se negaban á creer que los hombres honrados de las secciones empleasen nunca contra la representacion nacional las bayonetas que llevaban para defenderla.

Tan monstruosa les parecia semejante violacion, que la consideraban como imposible, y la venganza de los departamentos era para ellos tan segura é inminente, que intimidaria á los mismos asesinos. Unidos en ideas y peligros con aquellos numerosos miembros de la Ltaura, que se sentaban entre ellos y la Montaña, contaban con secreta seguridad con aquellos trescientos votos que en todas las ocasiones decisivas les habian dado la mayoría. Creian en el derecho, en la sensatez, en el interés bien comprendido, en el valor de las asambleas. Olvidaban la envidia, el temor, la facilidad en dejarse arrastrar, los tímidos pretestos con que los débiles escusan su cobardia ante un peligro que creen conjurar entregando victimas. Difundian estas ideas vacilantes, unas veces confiadas, otras desalentadas en las diferentes reuniones nocturnas que tenían despues de las sesiones de noche. Buzot, Louvet, Barbaroux, Petion, Isnard, Bezequi subian uno por uno, ocultándose á las miradas del pueblo, por la escalera de la casa de Roland, oculta en el fondo de un patio de la calle de Labarpe. Allí vituperaban aquellos intrépidos jóvenes la lentitud y vacilacion de la comision de los Doce, que según ellos hubiera debido precaver los ataques de la tribuna, arrastrar y compro-

meter á la Convencion desde la primera noche á entregar á Marat, Pache, Danton y Robespierre al tribunal revolucionario, ó llamar las fuerzas de los departamentos á Paris á reorganizar las secciones y cerrar los clubs, de donde salian la anarquía, el crimen y el miedo.

Roland, humillado por su caída y deseando tener la gloria de asegurar la república vacilante, desplegaba aquella aterradora energía de palabras que nada cuesta á los brazos desarmados. Madama Roland, unas veces por el interés apasionado que experimentaba su corazón hacía sus amigos, y otras por el temple varonil de su carácter, alentaba y enternecía alternativamente aquellas conversaciones. Buzot adoraba en ella la imagen y la voz de la patria; Barbaroux la escuchaba con el respeto y entusiasmo propios de su edad. Dispuestos estaban á morir; pero querían morir combatiendo.

VII.

Vergniaud, Condorcet, Sieyes, Fonfrede, Ducós, Guadet y Gensonné se reunian con mas frecuencia en la calle de San Lázaro ó en Clichy, tan pronto en casa de una mujer apasionada de uno de ellos, como en la del jóven Fonfrede. Eran los políticos del partido. Sieyes les aconsejaba actos de vigor cuya responsabilidad no quería tomar en su solo nombre. Hombre de energía, pero no de ejecución, Condorcet se irritaba del aborto de sus ideales teorías, y se consagraba á la muerte para no abandonar sus ideas sino con su sangre. Fonfrede y Ducós, montañeses en cuanto á ideas, pertenecian á las filas de los girondinos por su odio contra Robespierre, y mucho mas por lazos de amistad entre colegas mas poderosos que los de opinion entre hombres de corazón que se han jurado fidelidad. Ducós y Fonfrede se inclinaban á

no reconocer la comision de los Doce, cuyas imprudentes provocaciones habian vituperado.

Guadet, lleno de ardor, de elocuencia y de intrepidez, arrastrado él mismo por el torrente de su entusiasmo y siendo en el poder de sus arranques sobre la Convencion, no queria otro plan que lo imprevisito, otra tactica que la improvisacion, ni otras armas que su palabra, hallandose tan dispuesto á vencer como á morir, con tal que fuese en un brillante movimiento de tribuna.

Mas reflexivo y ejercitado en las medidas de gobierno, Gensonné queria pedir á las bayonetas de las secciones una proteccion y un triunfo que ya no hallaba para la Constitucion en las oscilaciones de una mayoría vacilante.

Vergniaud, la fuerza, la gloria, y la última popularidad de su partido, se veia solicitado por todos para que tomase la direccion suprema de aquella lucha, preparase sus pensamientos, sus sentimientos y sus palabras, únicas que podian contrapesar la grandeza del peligro: querian que subiese á la tribuna, dejase desahogar su alma indignada ante su patria, anonadase la conspiracion bajo la ley, y que volviese á los buenos ciudadanos el ánimo que su silencio dejaba extinguir en todos los corazones.

Vergniaud escuchaba irresoluto y sin contestar las interpelaciones de sus amigos. Demasiado previsor para dejar de comprender la estremidad del peligro, demasiado valiente para temer la muerte, era tambien demasiado político y muy profundamente versado en la historia para que en él causaran ilusion los diferentes planes que le proponian. Tenia Vergniaud repugnancia en tomar la responsabilidad de la derrota y ruina de su partido, que ya le parecia consumada. Mirando en torno suyo no veia ninguna fuerza real en que la república, tal como él la habia concebido, pudiese apoyarse para resistir á la anarquía. El considerable alcance de su vista no le mostraba mas que abismos donde los otros creian ver recur-

sos. Su mismo genio lo desalentaba porque solo servia para hacerle distinguir mejor lo imposible. ¡Qué situación tan horrible para un talento superior! En las crisis desesperadas, los límites de la inteligencia son una felicidad para las medianías, pues no les privan de su fogosidad dejándoles la ilusión; pero Vergniaud carecía ya de una y otra, conservando, sin embargo, aquella impasibilidad estoica que no necesita incentivos ni ilusiones, que ve acercarse sin palidecer el momento supremo, y que al combatir sin esperanza, acepta la derrota así como los hombres aceptan el martirio con toda la sangre fría y todo el heroísmo de la voluntad.

VIII.

Muy pocas veces habian arrastrado á Vergniaud los extravíos de su partido. Con la vista fija en la Europa, conocia el grande orador, tan profundamente como Danton, la necesidad de fortificar la unidad de la república para resistir á la desmembracion de la patria; lastimábase el federalismo desesperado de Barbaroux, Louvet y madama Roland. Nunca se habia servido del federalismo en sus discursos sino como un argumento desesperado propio para hacer estremecer la misma anarquía. Conocia que los enemigos mas encarnizados de la Francia no podian concebir contra ella cosa mas funesta que aquella desmembracion voluntaria, meditada por algunos insensatos. Lo que temia para su patria en la lucha que se habia empeñado contra la municipalidad, no tanto era la praecepcion y la muerte de sus amigos y la suya propia, como la insurreccion y dislocacion de los departamentos que debia seguir al desquiciamiento de la representacion. El patriotismo ahogaba del todo el espíritu de partido en

el alma de Vergniaud. Su palabra participaba de aquel ardor por el fuego de este mismo patriotismo.

En medio de esta indecision, Vergniaud, como todos los hombres colocados ante lo imposible, no pedia al destino, á sus amigos y á sus enemigos, mas que tiempo, al cual habia sacrificado aceptando la república al día siguiente del 10 de agosto, cuando la vispera creia aun en la necesidad transitoria de una monarquía constitucional, y tambien cuando contra su conciencia votó la muerte de Luis XVI. Estas dos concesiones habian contenido el peligro, pero del mismo modo que contiene el dique las aguas, acumulando y agravando su peso. Vergniaud queria contenerlo todavia y cediendo el gobierno á la Montaña, disputar la anarquía al pueblo y precaver la roplora de Paris con los departamentos. Su ambicion por sí mismo, sin vanidad tan siquiera por su nombre, nada le costaba entregar el poder á sus rivales. Se reconocia por la naturaleza superior á los que lo dominasen por la política. Su poder era su genio y no se lo podian arrebatár. Cediendo el poder no creia ceder nada, ni aun la gloria, porque la gloria del sacrificio era á sus ojos mayor que la de la dominacion.

IX.

Vergniaud se inclinaba por lo tanto hacia las medidas de transaccion, y Danton que tenia las mismas miras, mantenía de buena fé estas disposiciones conciliadoras de Vergniaud por medio de amigos comunes.

Robespierre y Pache, seguros ya de la victoria, se dedicaban de antemano á reducir la insurreccion al carácter de una demostracion irresistible de la voluntad del pueblo. Querian gravitar sobre la Convencion, mas no destruirla. Nada de sangre, nada de victimas, tal era

la nueva contraseña que Pache y sus cómplices hacían circular.

Suprimir la comision de los Doce, espulsar veinte y dos miembros de la Convencion, dar la mayoría á la Montaña, entregar el gobierno revolucionario á la municipalidad de Paris, establecer un terror legal bajo el nombre de una representacion nacional intimidada y avasallada; á esto se limitaban los resultados de los sucesos preparados por los conspiradores. Una violencia material, sangre derramada, cabezas entregadas al pueblo, hubieran dado á los departamentos demasiados pretextos de insurreccion y demasiados motivos de venganza. Temiase en aquel momento la extraordinaria fermentacion del Mediodía, la guerra del Oeste, las agitaciones de Lyon. El rompimiento de la Convencion podia ser la señal del repentino desquiciamiento de la Francia. Era preciso encubrir la tiranía con la máscara de moderacion y respeto hacia los departamentos. Era menester ocultar, aun á los ciudadanos armados de las secciones, el carácter del atentado que iban á hacerles cometer. Robespierre, Danton, Pache, el mismo Marat, convinieron al fin en estas ideas de prudencia. Henriot recibió la orden de disciplinar la insurreccion, y confundir de tal manera en sus medidas las órdenes de la Convencion y las de la municipalidad, que la rebelion tuviese el carácter de la legalidad y que las fuerzas dirigidas á las Tullerías no pudiesen saber si iban á libertar u oprimir la Convencion. Este carácter hipócrita y equivoco de las jornadas del 31 de mayo y 2 de junio, se debió todo al genio artificioso de Pache, quien inspiró su política al ayuntamiento, sosteniendo mejor que lo habia hecho Petion el 10 de agosto, el doble papel de provocador y temporizador del movimiento.

X.

Estas ideas conocidas de los girondinos, les dejaron creer que la sesion del 31 se limitaria á una violenta lucha de mayoría, en la cual no tomaria el pueblo parte sino con su curiosidad y sus gritos en favor de la Montaña, pero que la menor concesion por su parte, apaciguaria como habia sucedido en los precedentes dias. Las noticias que les daban eran distintas, segun los barrios y clubs de donde se las llevaban.

La sesion del 30, corta y sin discusion, no fué notable sino por una diputacion de veinte y siete secciones de Paris que pedian la destitucion de la comision de los Doce y la prision de sus miembros. Un jóven patriota, exaltado por la edad y las circunstancias, orador de la diputacion, intimó con violentas palabras los deseos del pueblo: «No haré un largo discurso, dijo. Los espartanos se espresaban en pocas palabras, pero sabian morir. ¡Nosotros los parisienses, colocados en las Termópilas de la republica, sabremos morir en ellas y tendremos vengadores!» La Convencion poco numerosa, y cuyos asientos del centro estaban desocupados, votó la impresion de esta peticion. Esta resignacion iba acostumbrando por momentos á la municipalidad á ser mas audaz, y á la representacion nacional á ser mas paciente.

El consejo general de la municipalidad se reunió por la noche, y se hizo el centro activo de la insurreccion, quedando Paris dividido desde aquel momento en dos campos: uno que comprendia en su recinto las Tullerías, el Carronsel, el Palacio Real, todos los barrios opulentos ó comerciantes de la ciudad, cuyos batallones, compuestos de ciudadanos amigos del orden, estaban aun por los girondinos; y otro que estendiéndose desde la casa de ayuntamiento hasta la estremidad de los dos grandes arraba-

les de San Marcelo y de San Antonio, era adicto á los jacobinos. Todas las grandes jornadas habian tenido su foco en aquella region popular y poblada de la capital. Podian clasificarse geográficamente las opiniones del pueblo. Desde los Campos Eliseos á la altura del Puente Nuevo, se estendia la ciudad constitucional; desde el Este á la Bastilla, la revolucionaria. Las Tullerías eran el centro de la primera, y la casa municipal el de la otra. Eran dos pueblos, y á veces dos ejércitos; el uno queriendo siempre avanzar aunque fuera en la anarquía; el otro, detenerse aunque fuera en lo provisional y en la inconsecuencia. La indigencia, inquieta, sediciosa, pero desinteresada por su naturaleza, es el arma ofensiva de las revoluciones. La riqueza egoísta y estacional, es el arma defensiva de las instituciones. Las opiniones de la generalidad de los hombres se calculan sobre el término medio de su fortuna. El pueblo es el ejército de las ideas nuevas, al paso que los ricos constituyen el de los gobiernos. Al uno lo recluta la esperanza, al otro el miedo. Tales eran los dos Paris que se hallaban frente á frente: el uno sublevado por los montañeses; el otro temblando con los moderados.

XI.

Pache, Chaumette, Hebert, Sergent y Panis, afectaron conservar durante aquella noche en sus actos y palabras en la municipalidad, las apariencias de legalidad. Sabiendo Pache que el club del Arzobispado tomaba resoluciones excesivas se presentó en él, aconsejando á los sediciosos que se moderasen y esperasen. Volvió al consejo á anunciar á sus colegas, que sus recomendaciones habian sido impotentes contra la irritacion del pueblo, y

que el comité acababa de declararse en insurreccion y de mandar cerrar las barreras y prender á los sospechosos. No bien hubo acabado Pache de hablar, cuando se oyó el toque de rebato en las torres de la catedral.

Eran las tres de la mañana. Aquellos sonidos siniestros propagándose rápidamente de campanario en campanario, despertan con sobresalto á los ciudadanos de Paris, enardeciendo á los unos y aterrorizando á los otros. Desde el 14 de julio habia sido el toque á rebato el paso de carga de las grandes sediciones populares. En medio del tumulto que aquel ruido escita en la casa municipal y en la plaza de Greve, un jóven llamado Dobsent, orador del comité del Arzobispado, entra en el salón del ayuntamiento á la cabeza de una diputacion de la mayoría de las secciones. Dobsent declara en nombre del pueblo soberano representado por las secciones, que herido en sus derechos acababa de tomar medidas estremas para salvarse á sí mismo, y que la municipalidad y demas autoridades departamentales quedaban destituidas. Al oír esto, Chaumette intima á sus colegas que abduquen su poder entre las manos del pueblo. Todos los miembros se levantan, dimiten sus cargos, juran no separarse de la nacion, y se retiran gritando *Viva la república*.

Dobsent crea en aquel mismo instante un nuevo consejo compuesto en su mayoría de los antiguos miembros, reponiendo en sus funciones en nombre de la insurreccion á Pache, Chaumette y Hebert. El consejo, sin embargo, mudó su título en otro mas significativo, declarándose consejo general revolucionario de la municipalidad de Paris. Ordena á Henriot que mande disparar cañonazos de alarma, tocar á rebato en la casa municipal y envia refuerzos á las guardias de las cárceles para precaver la evasion ó matanza de los presos. Los gendarmes ó guardias nacionales de la guardia de la plaza de Greve desfilan de nuevo, prestando juramento al poder insurreccional. De cuarto en cuarto de hora, vienen á adherirse al

movimiento y fraternizar la insurrección repetidas diputaciones en las secciones y batallones.

Amanece, y la ciudad entera se halla en pie: el corregidor Pache, dictador de una noche, se dirige á la Convención para dar cuenta de la situación de París. Algunos miembros del consejo le acompañan, para interponerse en caso de necesidad entre el puñal y el corregidor. Una inmensa columna del pueblo le sigue hasta el Carrousel, formándole una escolta popular. Henriot, á caballo, recorre las secciones, hace marchar los batallones y forma las tropas en masa en derredor de las Tullerías, en el Puente Nuevo y en el Carrousel. Henriot asocia, como Pache, á la insurrección la fuerza pública, destinada al parecer á fomentarla y á contenerla á un tiempo mismo. Para herir la imaginación del pueblo é intimar á las secciones inmediatas de las Tullerías, hace trasladar al Carrousel, frente á la puerta de la Convención, hornillas de hierro en que los artilleros enrojecen las balas como si la tiranía y los suizos estuviesen aun atrincherados en aquel palacio. De minuto en minuto suena el cañon de alarma en el Puente Nuevo. Los batallones inciertos de si venian á sitiarse ó defender la Convención, ocupan los puestos que se les asignan, acostumbrados ya á seguir, mas bien que á comprimir los caprichos de la multitud.

XII.

Tal era el aspecto de París en la madrugada del día 31 de mayo. El cielo estaba sombrío, el viento glacial irritaba la fibra de los hombres, predisponiéndoles á la cólera. Los guardias nacionales tiritaban bajo sus fornicuras. El insomnio, el frio, el toque á rebato, el estam-pido de los cañonazos de alarma, la impaciencia del éxito

la duda, el asombro, la incertidumbre, daban á las fisonomías del pueblo y de los soldados cierto aspecto atónito y siniestro que se pinta en el rostro del vulgo como en el de un criminal la vispera ó el día siguiente de los grandes atentados.

XIII.

Los diputados amenazados, temiendo las emboscadas de aquella noche, no se habian acostado en sus casas; y solo Vergniaud, siempre impasible y resignado á la fatalidad, habia rehusado con obstinacion tomar ninguna medida de seguridad. «¿Qué me importa la vida? respondió la vispera saliendo de casa de Valazé. Mi sangre sería tal vez mas elocuente que mis palabras, para despertar y salvar mi patria. Que la viertan si debe recaer sobre ellos.»

Los demas se habian dispersado para tomar algunas horas de descanso en las casas de sus amigos. Buzot, Barbaroux, Louvet, Bergoing, Rabaut Etienne y Guadet se habian reunido en un solo cuarto al fondo de un barrio estraviado. Tres camas, algunas sillas, armas seguras, puertas atrancadas y la resolución de no morir sin venganza les habian permitido gozar de algunos momentos de sueño. A las tres de la mañana los cañonazos de alarma y el toque á rebato los despertaron. — ¡*Ma suprema dies!* exclamó Rabaut-Saint-Etienne prestando oído al estruendo. Rabaut, como hombre piadoso, se arrodilló al pie de la cama en que acababa de dormir libre por la última vez, é invocó en alta voz la misericordia divina sobre sus compañeros, su patria y sobre si mismo. El escéptico Louvet y el jóven Barbaroux refirieron despues que aquella oracion de Rabaut, antiguo ministro del Evangelio, habia conmovido profundamente sus corazos.

nes. Hay momentos en que el pensamiento de Dios fuerza á los hombres á entregarse á él con violencia, con el sentimiento de su propia impotencia; pero nunca es para abatirlos. Rabaut se levantó sereno y fortalecido.

Sus amigos y él bajaron á las seis á la calle, con pistolas y puñales ocultos bajo su ropa, y llegaron sin haber sido reconocidos á su puesto en la Convencion.

El salon estaban aun vacío. Solo Danton agitado por los sucesos de la noche é impaciente por los del día se hallaba paseando allí con visible ansiedad. Estaba hablando con dos miembros de la Montaña, y al ver entrar á los girondinos, á los cuales consideraba á su pesar como victimas, hizo Danton un gesto de sentimiento; y un movimiento convulsivo de compasion contrajo sus labios. Louvet lo tomó por una sonrisa de gozo. «Ves, dijo á Guadet, qué horrible esperanza brilla en ese rostro espantoso?—Sin duda, contestó Guadet en voz bastante perceptible para que pudiera oírle Danton, ¡hoy es cuando Clodio destierra á Cicerón!»

XIV.

Mientras que el salon se iba llenando y los grupos de diputados se interrogaban mutuamente sobre los sucesos de la noche, la seccion armada de la Butte des Moulins, sostenida por otras cinco inmediatas del centro de París, teniendo noticia de que el arrabal de San Antonio estaba en marcha para desarmarlas, se atrincheraba en el jardin del Palacio Real y cargaba sus piezas con metralla, presentando un último punto de apoyo á los moderados de la Convencion contra la opresion de la municipalidad. Llegados los cuarenta mil confederados á la altura de las verjas del Palacio Real, quisieron forzar las puertas del jardin. Las secciones del centro se dispusieron á defen-

derlas; la sangre iba á correr; se parlamentó. Los confederados se contentaron con pedir la entrada en el jardin para las diputaciones de sus batallones á fin de asegurarse de si era cierto que los seccionarios del Palacio Real habian enarbolado la escarapela blanca. Las diputaciones introducidas reconocieron lo absurdo de la calunnia y estrecharon las manos de sus hermanos de armas. Este episodio apaciguó la cólera del pueblo y contuvo los batallones de ambos partidos en una pasiva inmovilidad.

La sesion de la Convencion se abrió á las seis. El ministro de lo interior, Garat, y Pache despues de él dan cuenta de la fermentacion de París, y la atribuyen al reintegro en sus funciones de la comision de los Doce.

Impaciente por decidir la jornada, Valazé sube uno de los primetos á la tribuna. Vergniaud, que teme el arrojio de sus amigos, hace un ademán de disgusto y combina sus ideas. «Desde que se levantó la sesion de ayer, dice Valazé, se oye el toque á rebato y la generala. ¿Y por orden de quién? ¡atreveos á mirar donde están los culpables! Henriot, comandante provisional, ha enviado al Puente Nuevo la orden de disparar los cañonazos de alarma. Es una prevaricacion manifiesta, castigada con la pena de muerte.» (A estas palabras se sublevaron las tribunas). «Si el tumulto prosigue, continúa Valazé con intrepidez, declaro que haré respetar mi carácter. Soy aquí el representante de veinte y cinco millones de hombres! Pido que se mande á Henriot venir á la barra, y se le arreste. Pido que la comision de los Doce tan calumniada, sea llamada para comunicarnos las noticias que haya recogido.»

Thuriot sucede á Valazé. Pide que dicha comision sea por el contrario abolida al momento; sus papeles sellados, y el exámen de sus actos conferido al comité de salvacion pública. El toque á rebato entrecorta é interrumpe al fin las palabras de Thuriot. Levántanse gritos con-

fusos de todos los lados, unos en favor de las proposiciones de Valazé, otros por las de Thuriot, y el cañon de alarma lo domina todo. Vergniaud desde la tribuna hace una señal de pacificación y obtiene por fin silencio.

«Estoy tan persuadido de las verdades que os han dicho sobre las funestas consecuencias del combate que parece prepararse en París; estoy tan convencido de que este combate comprometería eminentemente la libertad de la república, que según mi opinion el que deseo verlo empeñado es cómplice de nuestros enemigos esteriore, sea cual fuere el éxito que aquel tuviese. ¡Y os pinta la comision como el azote de la Francia en el momento en que oís los cañonazos de alarma! ¿Se pide que sea abolida por haber cometido actos arbitrarios? No hay duda que si esto es cierto, debe ser abolida. Pero debemos oír-la, y con todo no es este el momento á mi parecer, de hacerle, porque su informe irritaría necesariamente las pasiones, lo cual es preciso evitar en un día de fermentación. Lo mas necesario es que la Convencion pruebe á la Francia que es libre. ¡Pues bien! para probarlo no debe hoy abolir la comision, y pido que se aplace para mañana. Entretanto sepamos quién ha mandado disparar el cañon de alarma y hagamos comparecer á nuestra barra al comandante general.»

Gritos unánimes de aprobacion sancionan este aplazamiento propuesto por Vergniaud, que si no salvaba la libertad ni el honor, á lo menos salvaba la actitud de la Convencion. Apaciguaba al pueblo prometiéndole la victoria; satisfacía á la Montaña escusándole la odiosidad de la violencia; preservaba las cabezas de los girondinos prometiendo su abdicacion; era una vana protesta de respeto á la ley; convenia á todos y especialmente á los débiles. Los girondinos se consideraron á la vez perdidos y salvados en la concesion de su orador. Los que pensaban en su propia vida lo aplaudieron; los que atendian á su honor, quedaron mudos y consternados.

Danton quiso arrancar de la asamblea una victoria cedida ya á medias por Vergniaud. «Justicia ante todo de la comision, dice esforzando cuanto puede la voz. Ha merecido la indignacion popular; recordad mi discurso contra ella, ese discurso moderado. Un hombre á quien la naturaleza ha criado apacible y sin pasiones, el ministro de lo Interior, os ha aconsejado que libertáseis á sus victimas. Esa comision la habeis creado, no para ella, sino para vosotros. Examinad sus actos. Si es culpable, haced un terrible escarmiento que amedrente á los que no respetan al pueblo, aun en su exageracion revolucionaria. El cañon ha retumbado; pero si París os ha querido dar una gran señal para provocar las representaciones que os trae; si París por una convocacion demasiado solemne y estrepitosa no ha querido otra cosa que avisar á todos los ciudadanos para que viniesen á pedir justicia; París ha merecido aun bien de la patria. Lejos de vituperar esta esplosion, utilizadla en provecho de la causa pública aboliendo vuestra comision.»

Unos murmuran y otros aplauden. Danton lanza una mirada desdeñosa á la Llanura que se agita á sus pies. «No me dirijo, dice haciendo una señal á Vergniaud, solo me dirijo á los que han recibido algunos talentos políticos, y no á esos hombres estúpidos que únicamente saben hacer hablar á sus pasiones.» El ademán de su cabeza y la direccion de su vista dirigen á Guadet, Bazot y Levet esta insolente invectiva. «Digo á los primeros, continúa Danton: Considerad la grandéza de vuestro fin que es el de salvar al pueblo de sus enemigos, de los aristócratas y de su propia cólera. La comision ha estado bastante desprovista de sentido para tomar resoluciones temerarias y notificarlas al corregidor de París. Pido la

formación de causa á sus miembros. ¿Decís que los creéis sin falta? Pues yo creo que han servido á sus resentimientos. ¡Es preciso que se aclare este caos y que se haga justicia al pueblo!—¿Qué pueblo? dice la Llanura.—¿Que pueblo! prosigue Danton, ese pueblo es inmenso. Tiende la mano hacia las innumerables cabezas que se asoman en lo alto de las tribunas públicas. Ese pueblo es la centinela avanzada de la república. Todos los departamentos maldicen la tiranía y todos se adherirán á este gran movimiento que ha de esterminar á los enemigos de la libertad. Seré el primero en hacer una brillante justicia á esos valientes que han hecho resonar el aire con el toque de rebato y los cañonazos de alarma...» Los aplausos de las tribunas no le dejan concluir esta glorificación de Henriot y del comité revolucionario de la municipalidad. Danton, arrastrado mucho mas allá de la moderación que meditaba al comenzar á hablar, siente que se embriega en el delirio de su auditorio y que se irrita el furor que queria templar. Vuelve algun tanto en sí, y concluye diciendo: «Si algunos hombres, de cualquier partido que sean, quisieran prolongar un movimiento que será inútil despues de haber hecho justicia, París mismo los anonadaria.» Por último, pide que se consulte á la Asamblea sobre la supresion de la comision de los Doce.

Rabaut pide en vano en medio de los murmullos que á lo menos se oiga la comision. Denuncia á Santerre que por la noche debia, según él, marchar sobre París con los voluntarios destinados á la Vendée, y que para este acto de tiranía se han hecho acantonar á las puertas de la capital. Las palabras de Rabaut son interrumpidas, y antes que todo se quiere oír una diputación del ayuntamiento.

Vergniaud, apostrofado por las tribunas, pide que sean evacuadas. «Nos acusáis, grita Rabaut á Bourdon de l'Oise, porque sabéis que debemos acusaros.» Se admite la diputación del Observatorio, que en nombre del con-

sejo general dice que quiere comunicar las medidas que ha tomado. Ha puesto, dice, las propiedades bajo la guardia de los descamisados, y como esta clase no puede subsistir sin su trabajo, les ha señalado cuarenta sueldos diarios. «El pueblo, esclama el orador, que se ha levantado una vez, el 10 de agosto, para derribar al tirano del trono, se levanta de nuevo para frustrar las tramas liberticidas de los contrarrevolucionarios.—¡Denunciad esas tramas! le gritan los girondinos. Guadet irritado con tanta audacia, se lanza á la tribuna. Los peticionarios, dice, hablan de un gran complot y no se equivocan mas que en una palabra, y es que en lugar de decir que ellos lo han descubierto, deberían espresar que lo han ejecutado.» Las tribunas al oír esto parecen desplomarse sobre la cabeza de Guadet. «Dejad hablar á ese Dumouriez, dice Bourdon de l'Oise.—Creéis, prosigue Guadet, que las leyes pertenecen á las secciones de París ó á la república entera? Establecer una autoridad superior á las leyes es violar la república. ¿Y no se hacen superiores á la ley los que hacen tocar á rebato, cerrar las puertas de la ciudad y resonar el cañon de alarma? No son las secciones de París, son algunos foragidos.—Queréis perder á París; le estáis calumniando.» le grita la Montaña.—El amigo de París soy yo; los enemigos de París sois vosotros, replica el orador.» Quiere continuar, pero los gritos é invectivas le cortan la palabra.

El presidente amenaza á las tribunas con hacerlas desocupar. «Una autoridad rival se levanta junto á vosotros, prosigue Guadet, si dejais subsistir ese comité revolucionario...» Su voz espira de nuevo entre el tumulto. Apenas se oyen sus conclusiones que se reducen á anular todas las medidas tomadas por la municipalidad y

encargar á la comision de los Doce que descubra y castigue á los que han hecho cerrar las puertas de la ciudad tocar á rebato, y disparar los cañonazos. Vergniaud sucede á Guadet para atenuar la irritacion producida por las palabras de su amigo. ¿Por ventura tendrán los girondinos solos el derecho de hablar? le grita Legendre. Couthon obtiene la palabra.

Robespierre habla en voz baja á su confidente y le sigue con la vista á la tribuna. «Sin duda hay un movimiento en Paris, dice Couthon. La municipalidad ha hecho tocar á rebato; pero estamos en un momento de crisis, en que puede tomar bajo su responsabilidad medidas exigidas por las circunstancias. Guadet la acusa de haber preparado la insurreccion. ¿Dónde está la insurreccion? ¿Es insultar al pueblo de Paris decirle que está en insurreccion? Si hay algun movimiento, vuestra comision es quien le ha producido. Esa faccion criminal es la que para encubrir un gran complot quiere un gran movimiento. Esa faccion es la que divulgando tales calumnias, quiere encender la guerra civil, dar á nuestros enemigos el medio de entrar en Francia y proclamar un tirano. Recordad, ciudadanos, que la corte buscando siempre nuevos medios de perder la libertad, inventó el establecimiento de un comité central. Del mismo modo, la fraccion de los hombres de Estado ha hecho crear una comision. La comision de la corte y la de los Doce, hicieron prender á Hebert. La primera dió mandamiento de prision contra tres diputados, y cuando vió que la opinion la abandonaba, se aventuró á recurrir á la fuerza armada. ¿No es esto precisamente lo que está haciendo la comision de los Doce? este paralelo, artificioso de Couthon entre los actos de dos tiranias, escitó el estremecimiento de las tribunas, porque semejante paralelo retraia al 10 de agosto. El orador interrumpido por los aplausos, parecia gozar por el odio que habia escitado y que le faltaba la voz para terminar su discurso.

Vergniaud conoció á dónde se dirigia el golpe, y se volvió hácia el ugier que renovaba el vaso de agua de los oradores en la tribuna. «Dad á Couthon, dijo, un vaso de sangre: tiene sed de ella.» Recobrando en seguida su calma y viendo que las circunstancias exigian algun sacrificio para desarmar al pueblo, subió á la tribuna. «Y yo tambien, dijo, pido que decreteis que las secciones de Paris han merecido bien de la patria, manteniendo la tranquilidad en dia tan crítico y que las inviteis á continuar ejerciendo la misma vigilancia hasta que todas las maquinaciones queden burladas.» Esta proposicion de doble sentido fue decretada por ambos partidos, cansados ya, creyendo cada uno de ellos votarla contra el otro.

Pero sobrevinieron otros peticionarios, los cuales piden con grande imperio que los diputados *traidores á la patria* sean entregados á la espada de la justicia; un ejército revolucionario de Paris, levantado con el socorro individual de cuarenta sueldos diarios; el precio del pan fijado en tres sueldos libra á expensas de la república; y el armamento general de los *descamisados*. Despues de estos peticionarios, vienen los miembros municipales de Paris á leer una representacion fulminante contra los girondinos. «Han querido destruir á Paris, dice su presidente Lhuillier. Si Paris desaparece de la superficie del globo, será por haber defendido contra ellos la unidad de la república. ¡La posteridad nos vengará! ¡Ya es tiempo, legisladores, de terminar esta lucha! ¡La razon del pueblo se irrita por tanta lentitud! ¡Tiemblen, sus enemigos! ¡Su magestuosa cólera está pronta á estallar! ¡Tiemblen, sí! El universo se estremecerá de su venganza. Isnard ha provocado la guerra civil y la destruccion de la capital. Os pedimos el decreto de acusacion contra él y sus cómplices, los Brissot, los Guadet, los Vergniaud, los Gensonné, los Buzot, los Barbaroux, los Roland, los Lebrun y los Clavie-

re. Vengadnos de Isnard y de Roland, y dad un gran ejemplo.

XVII.

Apenas se escuchó esta representacion, cuando la multitud que seguía á la diputacion se esparció por los bancos de la Montaña. Vergniaud y Doulet reclaman contra una confusion que ahoga la discusion y anula la ley. «¡Pues bien, dijo Levascur de la Sarthe, que pasen los diputados de la Montaña á aquel lado (enseña los bancos desocupados de la derecha). Nuestros puestos serán bien guardados por los peticionarios!» La Montaña obedece y se precipita al lado de los girondinos á la derecha del salon. Vergniaud pide que se haga venir al comandante de la fuerza armada para recibir las órdenes del presidente. Valazé protesta en nombre de las cuatrocientas mil almas que representa contra toda deliberacion que se efectúe bajo el poder de la insurreccion. Robespierre quiere hablar, Vergniaud se levanta: «La Convencion nacional, dice, no puede deliberar en el estado en que se halla, vamos á unirnos á la fuerza armada y á ponernos bajo la proteccion del pueblo.»

Vergniaud sale entonces con algunos amigos suyos, pero vuelve al momento, bien fuese rechazado por la multitud, ó bien sintiendo abandonar la tribuna á sus enemigos. Robespierre la ocupaba ya y reconvenia á la asamblea por la actitud vacilante en que estaba y la insignificancia de sus resoluciones. Vergniaud que oye estas últimas frases del orador, pide la palabra. Robespierre mirando con desden á Vergniaud desde la tribuna:

«No ocuparé á la asamblea, dice, con la fuga y el regreso de los que han desertado de sus bancos. No se salva la patria con medidas insignificantes. Vuestro co-

mité de salvacion pública os ha hecho por medio de Barrere varias proposiciones, de las cuales adopto una, que es la supresion de la comision de los Doce. ¿Pero creéis que sea bastante para satisfacer á los amigos inquietos por la salvacion de la patria? No. Esta comision ha sido ya suprimida, y el curso de las traiciones no se ha interrumpido. Tomad contra sus miembros las medidas vigorosas que los peticionarios acaban de indicaros. Hay hombres aquí que quisieran castigar esta insurreccion como un crimen. ¿Volveréis á poner la fuerza armada á disposicion de los que quieren dirigirla contra el pueblo?» Aquí Robespierre parece querer debatir sin explicarse claramente las diferentes medidas propuestas por las circunstancias. Vergniaud, cansado de esperar el golpe que Robespierre mueve así sobre su cabeza, esclama con impaciencia. «¡Concluid!» á cuya voz estallan violentos murmullos contra aquel; pero éste dice, mirando con desdenosa sonrisa al que le ha interrumpido: «Si, voy á concluir y contra vosotros; contra vosotros que despues de la revolucion del 10 de agosto, queriais llevar al cadalso á los que la han hecho; contra vosotros que no habeis cesado de provocar la destruccion de Paris; contra vosotros que quisisteis salvar al tirano; contra vosotros que habeis conspirado con Dumouriez; contra vosotros que habeis perseguido con encarnizamiento á esos mismos patriotas, cuya cabeza pedía Dumouriez; contra vosotros, cuyas criminales venganzas han provocado esa insurreccion con que pretendéis acriminar á vuestras víctimas; optao, en fin, por el decreto de acusacion contra los cómplices de Dumouriez y contra todos los que han sido designados por los peticionarios.»

Todas las conclusiones de Robespierre, aplaudidas por la Montaña, los peticionarios y la tribuna, quitaron á Vergniaud hasta la idea de contestar. Todo el peso de la Convencion y del pueblo pareció caer sobre los girondinos. Calláronse; se puso á votacion el decreto propuesto

re. Vengadnos de Isnard y de Roland, y dad un gran ejemplo.

XVII.

Apenas se escuchó esta representacion, cuando la multitud que seguía á la diputacion se esparció por los bancos de la Montaña. Vergniaud y Doulet reclaman contra una confusion que ahoga la discusion y anula la ley. «¡Pues bien, dijo Levascur de la Sarthe, que pasen los diputados de la Montaña á aquel lado (enseña los bancos desocupados de la derecha). Nuestros puestos serán bien guardados por los peticionarios!» La Montaña obedece y se precipita al lado de los girondinos á la derecha del salon. Vergniaud pide que se haga venir al comandante de la fuerza armada para recibir las órdenes del presidente. Valazé protesta en nombre de las cuatrocientas mil almas que representa contra toda deliberacion que se efectúe bajo el poder de la insurreccion. Robespierre quiere hablar, Vergniaud se levanta: «La Convencion nacional, dice, no puede deliberar en el estado en que se halla, vamos á unirnos á la fuerza armada y á ponernos bajo la proteccion del pueblo.»

Vergniaud sale entonces con algunos amigos suyos, pero vuelve al momento, bien fuese rechazado por la multitud, ó bien sintiendo abandonar la tribuna á sus enemigos. Robespierre la ocupaba ya y reconvenia á la asamblea por la actitud vacilante en que estaba y la insignificancia de sus resoluciones. Vergniaud que oye estas últimas frases del orador, pide la palabra. Robespierre mirando con desden á Vergniaud desde la tribuna:

«No ocuparé á la asamblea, dice, con la fuga y el regreso de los que han desertado de sus bancos. No se salva la patria con medidas insignificantes. Vuestro co-

mité de salvacion pública os ha hecho por medio de Barrere varias proposiciones, de las cuales adopto una, que es la supresion de la comision de los Doce. ¿Pero creéis que sea bastante para satisfacer á los amigos inquietos por la salvacion de la patria? No. Esta comision ha sido ya suprimida, y el curso de las traiciones no se ha interrumpido. Tomad contra sus miembros las medidas vigorosas que los peticionarios acaban de indicaros. Hay hombres aquí que quisieran castigar esta insurreccion como un crimen. ¿Volveréis á poner la fuerza armada á disposicion de los que quieren dirigirla contra el pueblo?» Aquí Robespierre parece querer debatir sin explicarse claramente las diferentes medidas propuestas por las circunstancias. Vergniaud, cansado de esperar el golpe que Robespierre mueve así sobre su cabeza, esclama con impaciencia. «¡Concluid!» á cuya voz estallan violentos murmullos contra aquel; pero éste dice, mirando con desdenosa sonrisa al que le ha interrumpido: «Si, voy á concluir y contra vosotros; contra vosotros que despues de la revolucion del 10 de agosto, queriais llevar al cadalso á los que la han hecho; contra vosotros que no habeis cesado de provocar la destruccion de Paris; contra vosotros que quisisteis salvar al tirano; contra vosotros que habeis conspirado con Dumouriez; contra vosotros que habeis perseguido con encarnizamiento á esos mismos patriotas, cuya cabeza pedía Dumouriez; contra vosotros, cuyas criminales venganzas han provocado esa insurreccion con que pretendéis acriminar á vuestras víctimas; optao, en fin, por el decreto de acusacion contra los cómplices de Dumouriez y contra todos los que han sido designados por los peticionarios.»

Todas las conclusiones de Robespierre, aplaudidas por la Montaña, los peticionarios y la tribuna, quitaron á Vergniaud hasta la idea de contestar. Todo el peso de la Convencion y del pueblo pareció caer sobre los girondinos. Calláronse; se puso á votacion el decreto propuesto

por Barrere, que ademas de la supresion de la comision de los Doce, contenia algunas medidas de hipocrita independencia que debian salvar las apariencias para los departamentos. Voláronlo sin debates la Llanura y la Montaña. Un gozo, en parte fingido, en parte cruel, estalló en el recinto y se comunicó de las tribunas á los grupos exteriores que rodeaban el salon. Bazire propuso á la Convencion ir á fraternizar con el pueblo y confundir su concordia con la de todos los ciudadanos. Esta proposicion fué adoptada con entusiasmo. Tambien el miedo tiene sus ternuras. La municipalidad hizo al momento iluminar Paris. La Convencion precedida y rodeada de hombres que llevaban hachas, recorrió durante mucha parte de la noche los principales barrios de la capital, seguida de los seccionarios, y respondiendo con sus gritos á los de *Viva la república!* Los girondinos temerosos de señalarse con su ausencia, seguian la comitiva y asistian con muestras de un gozo de mandato al triunfo conseguido sobre ellos. Veíase allí á Condorcet, Petion, Gensonné, Vergniaud y Fonfrede. Luis XVI estaba vengado: los conspiradores del 10 de agosto tenian á su vez su 20 de junio. Aquel triunfo humillante á que el pueblo los arrastraba encadenados ya, era el próximo presagio de su caída y la primera decision de su largo suplicio. «¿Que prefieres entre esta ovacion y el patibulo?» dijo con voz bastante perceptible para ser oido Fonfrede á Vergniaud que marchaba junto á él con la frente inclinada.—Lo mismo me da lo uno que lo otro, respondió Vergniaud con estóica indiferencia.—No hay que escoger entre este paseo y el cadalso, porque nos conduce á él»

LIBRO CUARENTA Y DOS.

Tentativa de prision contra Roland.—Madama Roland en la Asamblea.—Su prision.—Poder del comité de salvacion pública.—El toque á rebato.—El 2 de junio.—Discurso.—La Asamblea.—Lanquais.—Tumulto.—La Convencion ante el pueblo.—Juicio acerca de los girondinos.

I.

En tanto que los girondinos seguian de aquella suerte la comitiva de su derrota, el comité revolucionario de la municipalidad envió gente armada á prender á Roland en su casa. El resentimiento de este anciano, el genio y la belleza de su mujer, el rumor popular de que en su casa existia un foco de conspiraciones contra la Montaña, las declamaciones de Marat, las insinuaciones de Robespierre, las perpétuas alusiones de los periódicos jacobinos al poder oculto de esta familia; ese nombre, en fin, de rolandistas dado á los girondinos, y confundiendo de esta suerte los pretendidos crímenes de Roland con los que se atribuian á sus amigos, no habian permitido al pueblo olvidar á este ministro caído. Roland no habia gozado ni aun del beneficio de la caída, el olvido. Era

por Barrere, que ademas de la supresion de la comision de los Doce, contenia algunas medidas de hipocrita independencia que debian salvar las apariencias para los departamentos. Voláronlo sin debates la Llanura y la Montaña. Un gozo, en parte fingido, en parte cruel, estalló en el recinto y se comunicó de las tribunas á los grupos exteriores que rodeaban el salon. Bazire propuso á la Convencion ir á fraternizar con el pueblo y confundir su concordia con la de todos los ciudadanos. Esta proposicion fué adoptada con entusiasmo. Tambien el miedo tiene sus ternuras. La municipalidad hizo al momento iluminar Paris. La Convencion precedida y rodeada de hombres que llevaban hachas, recorrió durante mucha parte de la noche los principales barrios de la capital, seguida de los seccionarios, y respondiendo con sus gritos á los de *Viva la república!* Los girondinos temerosos de señalarse con su ausencia, seguian la comitiva y asistian con muestras de un gozo de mandato al triunfo conseguido sobre ellos. Veíase allí á Condorcet, Petion, Gensonné, Vergniaud y Fonfrede. Luis XVI estaba vengado: los conspiradores del 10 de agosto tenian á su vez su 20 de junio. Aquel triunfo humillante á que el pueblo los arrastraba encadenados ya, era el próximo presagio de su caída y la primera decision de su largo suplicio. «¿Que prefieres entre esta ovacion y el patibulo? dijo con voz bastante perceptible para ser oido Fonfrede á Vergniaud que marchaba junto á él con la frente inclinada.—Lo mismo me da lo uno que lo otro, respondió Vergniaud con estóica indiferencia.—No hay que escoger entre este paseo y el cadalso, porque nos conduce á él»

LIBRO CUARENTA Y DOS.

Tentativa de prision contra Roland.—Madama Roland en la Asamblea.—Su prision.—Poder del comité de salvacion pública.—El toque á rebato.—El 2 de junio.—Discurso.—La Asamblea.—Lanquais.—Tumulto.—La Convencion ante el pueblo.—Juicio acerca de los girondinos.

I.

En tanto que los girondinos seguian de aquella suerte la comitiva de su derrota, el comité revolucionario de la municipalidad envió gente armada á prender á Roland en su casa. El resentimiento de este anciano, el genio y la belleza de su mujer, el rumor popular de que en su casa existia un foco de conspiraciones contra la Montaña, las declamaciones de Marat, las insinuaciones de Robespierre, las perpétuas alusiones de los periódicos jacobinos al poder oculto de esta familia; ese nombre, en fin, de rolandistas dado á los girondinos, y confundiendo de esta suerte los pretendidos crímenes de Roland con los que se atribuian á sus amigos, no habian permitido al pueblo olvidar á este ministro caído. Roland no habia gozado ni aun del beneficio de la caída, el olvido. Era

muy temido para que se le perdonase; creyeron prender en su persona una conspiracion contra la república y hallar en su casa todos los hilos y toda el alma del partido del federalismo. A las seis de la tarde, mientras la multitud rodeaba la Convencion y sus amigos luchaban en la tribuna, los seccionarios se presentaron en su casa, intimándole que les siguiese en nombre del comité revolucionario. Le enseñaron una orden por escrito. «No conozco ese poder en la Constitucion», respondió Roland, y no obedeceré voluntariamente las ordenes que emanan de una autoridad ilegal. Si empleais la violencia solo podré oponeros la resistencia de un hombre de mi edad; pero protestaré hasta el último suspiro. «No tengo orden de emplear la violencia», dijo el jefe de los seccionarios, portador del mandamiento de prision: voy á consultarlo con el consejo municipal, y dejo aquí á mis colegas para que me respondan de vos.»

II.

Madama Roland llena de toda la indignacion que el sentimiento de la ley violada y de los peligros de su marido le inspira, redacta precipitadamente una carta á la Convencion, pidiendo venganza; escribe ademas otra al presidente, rogándole que le permita presentarse ella misma á la barra, y entrando en un carruaje de alquiler, se dirige á las Tullerías.

Los patios estaban llenos de gente y de tropa; cubre su rostro con el velo, temiendo ser reconocida por sus enemigos. Rechazada primero por los centinelas, consigue á fuerza de astucia é insistencia penetrar en la sala de peticionarios, desde donde oye durante algunas horas de angustia, el sordo estruendo del salon y los tumultos de las tribunas que ultrajan á sus amigos ó aplauden á

sus enemigos. Envía su carta al presidente por medio de un diputado de la Llanura llamado Roce, que la reconoce y protege; Roce vuelve despues de mucho tiempo y le refiere las mociones homicidas que se hacen contra los girondinos, la consternacion de este partido, el peligro de las veinte y dos cabezas proscritas, la imposibilidad en que se halla la Convencion de sustraerse á este combate á muerte, para oír y discutir la reclamacion de una muger; y al ver que insiste, Roce le trae á Vergniaud.

Madama Roland y Vergniaud hablan aparte, mientras su partido se hunde. «Hacedme entrar, hacedme obtener la palabra, dice aquella muger animosa á Vergniaud, espresaré esforzadamente verdades que no serán inútiles á la república, y despertarán á la Convencion de su estupor. Un ejemplo de valor puede avergonzar una nacion.» La elocuencia que en sí misma sentia la ilusionaba acerca de la cobardia de las asambleas. Vergniaud se lamenta de su ilusion, la disuade, la estrecha las manos entre las suyas, como si fuera un supremo adios, y entra enardecido y fortificado en el salon para responder á Robespierre.

Madama Roland sale de las Tullerías, corre á pié á casa de Louvet cuyo valor apreciaba y queria invocar; éste se hallaba en la Convencion. Al regresar á su casa, le manifiesta el portero, que Roland, habiendo burlado la vigilancia de los seccionarios, se habia refugiado en una casa inmediata. Corre á verlo, pero ya habia cambiado de asilo; síguelo de puerta en puerta y al fin lo encuentra; se precipita en sus brazos, le refiere sus tentativas, se alegra de su libertad, y vuelve á salir para tratar de penetrar en la Convencion.

III.

Hacia ya dos horas que era de noche. Aquella muger sola recorre las calles iluminadas sin comprender por el

triumfo de que partido brillaban aquellas luces. Cuando llega al Carrusel donde poco antes se hallaban cuarenta mil hombres y se agitaba una muchedumbre inmensa, encuentra la plaza desierta y silenciosa. Solo algunos escasos centinelas quedan á las puertas del Palacio nacional. La sesion se habia ya levantado. Interroga entonces á un grupo de descamisados que guardaban un cañon, los cuales le hacen saber con el acento de una alegría que creian participar con ella, que la comision de los Doce está abolida, habiendo reconciliado este sacrificio á los patriotas; que Paris salva la república, que el reinado de los traidores ha terminado, y que la municipalidad victoriosa no tardará en mandar prender á los veinte y dos. Entonces se vuelve consternada á su casa, abraza á su hija que estaba durmiendo, y reflexiona acerca de si deberá huir para sustraerse al arresto. El asilo en que estaba oculto su marido no podia contenerlos á ambos, y el unico á que podia recurrir hubiera suscitado contra su virtud calumnias más temidas que la muerte, por su pobreza. Decidióse á esperar su suerte y arrostrarla en medio de su vida de esposa y de madre. Tiempo hacia que habia aguerrido á su alma contra la persecucion y el asesinato. Su corazon devorado por una doble pasion, un amor sin debilidad y un patriotismo desesperado, no le presentaba en la muerte sino un asilo para su virtud y una brillante inmortalidad para su nombre. Solo sentia perder la vida por su hija, en cuya alma veia brotar el germen de sus talentos, con una razon mas fortalecida y mas serena para dominar sus pasiones. Tenia amigos seguros á quienes poder legar este tesoro de una madre. Tranquila en cuanto á esto, estaba dispuesta para cualquier acontecimiento. La sangre de otra Lucrecia no amedrentaba su imaginacion, con tal que tiñese la bandera republicana. Resuelta á esto, se sentó para escribir á Roland los resultados de su jornada. Abrumada por el cansancio y las angustias en que habian pasado el dia, acababa de dor-

mirse, cuando algunos miembros de la seccion penetran en su morada y hacen que su doncella la despierte. Se levanta sobresaltada, y comprendiendo de antemano su suerte, se viste con decencia, hace un lío con sus vestidos mas necesarios, como si se despidiera para siempre de su casa. Los seccionarios que la estaban esperando en la sala, la presentan la órden de prision dada contra ella por la municipalidad. Solo pide un minuto para informar por medio de una carta á un amigo suyo de su situacion y encomendarle su hija. Se lo conceden, pero habiendo insistido el jefe de los seccionarios en ver lo que escribia y saber el nombre del amigo á quien se dirigia, rasgó indignada la carta, prefiriendo desaparecer sin despedirse, á denunciar una amistad que se consideraria como un crimen en la persona á quien estimaba.

Al amanecer fué arrebatada á su hija y á sus criados alligidos. «¡Cuánto os quieren!» le dijo con asombro uno de los seccionarios que nunca habia visto en la muger bella y sensible más que el jefe de un partido odioso y calumniado. «Es porque yo tambien los quiero,» le respondió con tierna allivez madama Roland.

La introdujeron en un coche rodeado de gendarmes. El pueblo, amotinado desde por la mañana por el espectáculo de aquella prision, seguia el coche gritando: «¡A la guillotina!» Al vulgo le gusta verlo caer todo. Un comisionado de la municipalidad, preguntó á madama Roland si deseaba que se bajasen los cristales para sustraerse á aquellas miradas y aquellos gritos.—No, dijo: la inocencia oprimida no debe tomar la actitud del crimen y de la vergüenza: no temo las miradas de los hombres de bien, y arrostro las de mis enemigos.—Teneis mas carácter que muchos hombres, le dijo el comisario, sin duda confiáis en que se os hará justicia.—¡Justicia! respondió ella, si la hubiera no estaria yo aqui. Iré al cadalso, del mismo modo que voy á la cárcel; desprecio la vida.» Las puertas de la cárcel se cerraron tras ella, pa-

reciendo entrar consigo en aquel calabozo todas las faltas, todas las esperanzas, todos los arrepentimientos y todo el heroísmo de su partido. La historia la seguirá para contemplarla.

IV.

La sesión del día siguiente, 1.º de junio, en la Convención, solo se ocupó con la lectura de la proclama del comité de salvación pública al pueblo francés, leída y redactada por Barrere. Esta proclama, que llevaba impreso el carácter de debilidad y ambigüedad de los sucesos y de los hombres, escusaba la insurrección como una feliz ilegalidad del pueblo de París, y presentaba á los girondinos como representantes de una virtud demasiado rígida, cuyos errores había reparado la Convención, pero cubriéndolos sin embargo con su inviolabilidad. La municipalidad, embriagada de su victoria, hablaba con mas imperio, y se reunía para acabar con sus enemigos. El corregidor Pache no fingía ya vituperar al comité insurreccional del Arzobispado. «Vengo, decia, del comité de salvación pública á donde he sido llamado, y lo he hallado en las mejores disposiciones, como os lo atestiguará Marat que estaba allí. Marat pide que escuchéis sus consejos en estas graves circunstancias.»

Marat se presenta en efecto en la tribuna. «¡Levántate, pueblo soberano! esclama. Solo tienes recursos en tu propia energía. Tus mandatarios te venden. Preséntate á la Convención, lee tu representacion, y no abandones la barra hasta no haber obtenido una respuesta, despues de lo cual obrarás de una manera conforme á nuestros derechos é intereses. Este es el consejo que tenia que darte.» A la voz de Marat, el ayuntamiento obediente nombra doce comisionados, seis de su seno y otros seis del co-

mité insurreccional para llevar la representacion á la Convencion. El presidente da las gracias á Marat, por haber venido á comunicar su energía á la municipalidad. Se votan las medidas de levantamiento en masa del pueblo de París, el sueldo de los descamisados, el toque á rebato, la generala y el cañonazo de alarma.

V.

Entretanto deliberaba por su parte el comité de salvación pública, al cual había enviado el decreto de la Convencion todos los poderes y toda la responsabilidad arrancados la vispera á la comision de los Doce. Se componia entonces aquel de una mayoría de montañeses y de algunos diputados neutros de la Llanura. El comité de salvación pública deliberaba en secreto y no tenia mas que nueve miembros: Barrere, Delmas, Breard, Cambon, Roberto Lindet, Guyton de Morveau, Treichard, Lacroix de Eure-et-Loir y Danton. En aquel comité, investido repentinamente de una dictadura inesperada, fluctuaba Barrere como siempre, Danton dominaba como en todas partes. El comité, informado por sus agentes de las resoluciones de la municipalidad y del proyecto de prender á los veinte y dos, pasó la noche y una parte del día en deliberaciones. Llamó á su seno á Pache, á Garat, ministro de lo Interior, y á Bouchette, ministro de la Guerra, hechura de Pache. Las noticias eran temibles, los dictámenes vacilantes, los ánimos estaban indecisos entre el peligro de rehusarlo todo á la municipalidad, ó el de prestarle la mano de la Convencion para mutilarse esta á si misma. Pache, Bouchette y Garat ya no disimulaban al comité que la prision de los veinte y dos eran la única medida que pudiese calmar la fermentacion de París. Esta cruel necesidad de inmolar á sus colegas, al ostra-

cismo del vulgo, parecia repugnante aun al mismo Barrere. «Será preciso ver, decia á Pache, quien representa la nacion: si la Convencion nacional ó la municipalidad de Paris.»

Treithard, Delmas, Breard y Cambon, no se revelaban ménos contra la idea de atentar á la inviolabilidad del único poder soberano que existia, dando así aliento á las facciones, y concitando los departamentos. De todas las dictaduras de que tanto se hablaba, era aceptar la peor: la dictadura de las sediciones.

Laeroix, franciscano fanático, adicto á Danton como al genio de la república, no se atrevia á emitir su parecer antes que hubiese hablado su señor, temiendo equivocarse de crimen. El mismo Danton parecia estar indeciso por la vez primera. Lo escuchaba tolo concentrando las reflexiones en su alma y encubriendo su pensamiento, por lo comun tan visible en su rostro, con la máscara de la impasibilidad. Pero habia en su inmovilidad y silencio mas afliccion que encono. Su fisonomia parecia revestirse de antemano con el luto de la república.

Garat se lamentaba junto á Danton de la inminencia del peligro, de la gravedad del atentado, de las siniestras consecuencias de semejante sacrificio hecho á la fuerza brutal de las masas. Despues, como iluminado de pronto por uno de aquellos repentinos relámpagos que dan alguna luz en medio de la oscuridad, esclamó: «No veo mas que un medio de salvacion; pero exige un heroismo que no se puede esperar en estos tiempos corrompidos.— Habla, dijo Danton, nuestras almas se encuentran á la altura de todos los tiempos; la revolucion no ha degradado la naturaleza humana.—¡Pues bien! replicó Garat con timidez como un hombre que mide el abismo del corazon de otro sin saber si hallará en él el crimen ó la virtud, acuérdate de las disensiones de Temistocles y Aristides que estuvieron á punto de destruir su patria, desgarrándola entre dos facciones encarnizadas. Aristides, halló la

salvacion del pueblo en su grandeza de alma: Atenienses, dijo al pueblo que se dividia entre él y su rival, no tendreis sosiego ni felicidad, mientras no precipiteis á la vez á Temistocles y á mi en el abismo donde arrojaís á vuestros criminales!.....

«Tienes razon, esclama Danton comprendiendo la alusion antes que Garat la aplicase á las circunstancias, y levantándose como un hombre que encuentra la salvacion y la abraza; ¡tienes razon! Es preciso que la unidad de la república triunfe si es necesario sobre nuestros cadáveres; es preciso que nuestros enemigos y nosotros nos desterramos en número igual de la Convencion, para restituirle la fuerza y la paz. Corro á proponer este partido á nuestros heroicos amigos de la Montaña, y yo me ofrezco el primero á presentarme en rehenes á Burdeos.»

Todo el comité, arrastrado por el entusiasmo de la accion y de las palabras de Danton, adoptó este partido que, dejando el honor del sacrificio á los montañeses, salvaba las cabezas de los girondinos, no dando la victoria sino al patriotismo. Garat veia en él la terminacion de una lucha que intimidaba su debilidad; Barrere una continuacion de equilibrio entre las facciones; el mismo Pache un camino para la suprema magistratura de la república, que se meditaba para él con el título de *gran juez del pueblo*; Danton por último, un acto de sacrificio personal que ampararia su nombre contra las acusaciones de setiembre, una prueba de desinterés patriótico que lo engrandecería aun en la imaginacion del vulgo, y le daría á fuerza de aprecio esa direccion suprema de la revolucion que aun no habia podido conquistar á fuerza de popularidad.

Pero el entusiasmo se evapora enfriándose, y las resoluciones improvisadas en un consejo, son raras veces adoptadas por la pasión de una gran asamblea. Danton arrastró á algunos amigos, y los demas pidieron tiempo para reflexionar. Hizo tantear á Robespierre, pero éste,

mas político y menos generoso, habló friamente de las ilusiones de Danton, y las desvaneció á los ojos de sus amigos. «Su lógica no le permite abdicar, dice, su poder, porque no le tiene, sino el encargo del pueblo que le ha enviado al puesto en que queria morir. No se trata de mí, añade, sino de mis ideas que son las del pueblo y del tiempo. No tengo el derecho de abdicarlas. Que tomen mi cabeza, pero yo no la daré. Por otra parte, añadió, el abismo de Aristides no es mas que un sofisma puro. O Aristides cree que es perjudicial á su patria, y en ese caso, debe precipitarse él mismo, ó piensa que la salva, y entonces debe precipitar á sus enemigos: esa es la lógica. El heroísmo de Danton no es mas que la ternura de un corazon débil que cede ante el deber y entrega la revolucion por una lágrima.»

VI.

Paralizados por la inflexibilidad de Robespierre, Danton, Barrere, Laeroix, y Garat, se vieron obligados á renunciar á este proyecto y no hallaron salvacion para la Asamblea sino en la abdicacion pronta y voluntaria de los veinte y dos. Se esforzaron en convencer á los diputados designados, de la necesidad de sacrificarse ellos mismos á la unidad de la república. El patriotismo y el miedo les ayudaron á convencer á cierto número. La masa y los gefes prefirieron esperar el crimen y dejarle todo su horror antes que debilitarlo previniéndolo. Como Robespierre respondieron á los negociadores del comité de salvacion pública: «Que tomen nuestras cabezas, solo las ofrecemos á la república pero no á nuestros asesinos.»

VII.

El comité de ejecucion se hallaba desde entonces en sesion permanente en el ayuntamiento. Se componia de Varlet, Dobsent, Dufourny, Hassenfratz y Guzman, satélites todos de Marat. Este les inspiró la idea de hacer retrogradar hácia Paris, los batallones de voluntarios que marchaban contra la Vendée, para cercar la Convencion y bloquearla hasta que hubiese entregado los veinte y dos y la comision de los Doce. Mientras que los emisarios del comité insurreccional partian para hacer volver los batallones, se oyó de nuevo el toque á rebato de los campanarios de Paris, y el tambor de las secciones batió generala en todos los barrios.

Los girondinos, al toque de rebato y de generala, se reunieron por la última vez, no ya para deliberar, sino para estrechase y fortificarse contra la muerte. La estrechidad del peligro, la imposibilidad de retardarlo, el encovo del pueblo, que ya no distinguia matices entre ellos, confundiéndolos á todos en las mismas imprecaciones, los envolvian en momento tan supremo en la misma suerte. Cenaron juntos en una casa aislada de la calle de Clichy, entre el estruendo de las campanas, de los tambores, y del movimiento de los cañones y armones que Henriot hacia conducir á la Convencion. Aquellos ruidos siniestros no les arrebataron ni la libertad de ánimo, ni la serenidad de corazon, ni aun los rasgos de la alegría que aquellas almas intrépidas se complacian en manifestar en sus últimas entrevistas, como una provocacion á la fortuna ó como halagos á la muerte. Aceptaron su destino, ciñéndose á discutir al fin de la comida sobre la actitud con que les convendria someterse á él, no por su propia salvacion, sino como un ejemplo que debian dejar á la re-

pública. Algunas palabras sublimes se oyeron que quedaron sepultadas en silencio de aquella noche. Todos podían huir, y casi ninguno lo quiso hacer. Petion, tan débil contra la popularidad, fué intrépido contra la muerte. Gensonné acostumbrado al espectáculo de los campamentos, y Buzot, cuyo corazón latía á consecuencia de las impresiones que en él había causado su desgraciada amiga, madama Roland, querían esperar la muerte en los bancos de la Convencion, dejándose degollar en ellos gritando venganza á los departamentos. Barbaroux, con el ardor de la juventud del Mediodía, enseñaba las armas que llevaba entre su ropa, conjuraba á sus colegas á que se armasen, y quería vengarse sacrificando él mismo á los mas peligrosos de sus asesinos. Louvet, vitoperando aquel heroismo sin esperanza ni resultado, suplicaba á sus amigos que se escapasen durante aquella noche tumultuosa para ir á escitar la indignacion y alzamiento de los departamentos. Vergniaud se fiaba como siempre en la suerte y en su genio, y nada quería resolver antes del suceso; su mismo valor era perjudicial á la energía de sus resoluciones. Se conformaba demasiado con la muerte para tratar de evitarla. La muerte, segun él, se hallaba tan irrevocablemente colocada en todas las sendas de la revolucion que le era del todo indiferente la eleccion de la que debía emprender. La fuerza que nace de un estado desesperado produce solo la resignacion. Hay esperanza en el heroismo. Vergniaud era el mas elocuente de los ciudadanos, pero no era un combatiente. «Brindemos á la vida ó á la muerte, dijo levantándose de la mesa, á Petion que estaba en frente de él. Esta noche encubre en su sombra una ú otra de ambas cosas para nosotros. No nos ocupemos de nosotros sino de la patria. Aunque fuera este vaso de vino mi sangre lo beberia á la salud de la república.» A las sublimes palabras de Vergniaud sucedieron gritos abogados de viva la república. Los desgraciados girondinos se veian precisados á bajar su voz,

al dirigir sus últimos votos á su patria, por no ser oídos de aquel pueblo por el cual iban á morir.

VIII.

El toque á rebato, la generala y los cañonazos de alarma disparados sin interrupcion en el terraplen del Puente Nuevo, los pasos de los seccionarios armados, que corrían á sus puestos, les anunciaron que la hora no daba ya tiempo para vacilar. Se separaron sin haber acordado una resolucion unánime. Cada uno se aconsejaba de sus ilusiones ó de su desesperacion, de su valor ó de su debilidad; los unos buscando su salvacion en una fuga nocturna fuera de la barrera de Paris, yendo los otros á esperar el éxito de la sesion en casa de sus amigos no sospechosos de federalismo, y presentándose los mas generosos ó imprudentes en la Convencion para morir en su puesto. Sus bancos estuvieron desiertos por mucho tiempo en la sesion de la noche que se abrió á las diez. Ya corría en la Montaña el rumor de su fuga y traicion, cuando la presencia de los mas valientes de los veinte y dos vino á imponer á sus asesinos.

Se habia seguido el plan de bloqueo de Marat. Toda la noche habia estado dirigiendo Henriot alrededor de la Convencion, los batallones de voluntarios parisienses que se habian hecho venir de las afueras. Ciento sesenta bocas de fuego y los batallones de las secciones de Paris en quienes menos confiaba el ayuntamiento, formaban una segunda línea detrás del Carrousel. Reinaba un profundo silencio en las filas de aquel ejército de ciudadanos que presentaba el aspecto, no ya de una sedicion, sino de un campamento y revelaba la resolucion de dictar medidas á la representacion nacional, aunque fuera con

las bayonetas. El crimen contra la Constitución estaba ya consumado en el corazón de aquellos hombres.

Al rayar el día se abrió la sesión presidida por Mallarmé como la víspera. Mas moderado que Herault de Sechelles, sabía dar á la violencia la apariencia de la legalidad. La Montaña le había confiado el cuidado de conservar á la proscripción toda la dignidad de la ley. Lanjuinais, mirando los bancos casi desiertos de los girondinos, y tanto más alentado en su defensa, cuanto más abandonados los veía, pidió la palabra. ¡Abajo Lanjuinais! le gritan las tribunas. «Quiere encender la guerra civil. — Mientras sea permitido hacer oír aquí una voz libre, dijo Lanjuinais, no dejaré envilecer en mi persona el carácter de representante del pueblo. Diré la verdad. Harto evidente es que estais deliberando hace tres días bajo la ley de la cuchilla. Un poder rival os domina y os rodea. Adentro no hay más que hombres pagados, afuera cañones!; se han cometido crímenes que la ley castiga con la muerte. Una autoridad usurpadora ha hecho disparar cañonazos de alarma.» Al escuchar estas palabras Legendre, Drouet, Turreau, Robespierre el menor, se levantan y precipitan hácia la tribuna armados de pistolas para arrojar de ella á Lanjuinais. Legendre le pone el cañon de la suya al pecho; Biroteau, Deferron, Pilastre, Lidon y Penieres, acuden al socorro de Lanjuinais. El presidente se cubre: «Desapareció la libertad, dice entristecido y con solemnidad, si continúan semejantes desórdenes. — ¿Qué habeis hecho sin embargo? prosigue Lanjuinais con firmeza, nada por la dignidad de la Convención, nada por la inviolabilidad de sus miembros atacados, hace dos días hasta en su vida. — ¡Malvado, le grita Thuriot, has jurado indudablemente perder á la república con tus eternas declamaciones y tus calumnias. — Existe una asamblea usurpadora que conspira, delibera y obra, continúa diciendo el impasible orador. Un comité directorial enciende la guerra civil y aun existe esa mu-

nicipalidad rebelada. Antes de ayer, cuando esa autoridad rival y usurpadora os hacía rodear de armas y cañones, venian á traer os esa petición, esa lista de proscripción de vuestros colegas, hallada en el fango de las calles de París.» Al oír esto las tribunas y la Montaña parecen desplomarse sobre Lanjuinais. La multitud que se apiña á las puertas y corredores, lanza gritos de muerte y rechaza hasta las gradas de la tribuna á los ugieres y guardias de la Convención. Aquellos alaridos, aquellos puños levantados, aquellos ademanes homicidas, aquellas armas que resuenan á algunos pasos de él no comunican el mas ligero temblor al acento de Lanjuinais. Concluye pidiendo la represion de la municipalidad á pesar de verse bajo el hierro de sus sicarios.

Una diputacion de las autoridades revolucionarias de París le sucede. «Delegados del pueblo, dice, hace cuatro días que París no ha depuesto las armas, y hace también cuatro que sus reclamaciones se ven burladas. La antorcha de la libertad se ha oscurecido, las columnas de la igualdad se han conmovido. Los contra-revolucionarios levantan sus cabezas insolentes. ¡Tiemblen por fin! El rayo que va á pulverizarlos está retumbando. Representantes, conocemos los crímenes de los facciosos de la Convención: salvadnos ó nos vamos á salvar nosotros mismos.»

Billaud-Varennes propone que esta petición sea inmediatamente enviada al comité de salvacion pública y se discuta sin levantar mano. La Llanura pide la orden del día. «La orden del día, esclama el impaciente Legendre, es la de salvar la patria.» Al ver la perplegidad de la Convención, al oír las palabras de Legendre que parecen una señal convenida entre la Montaña y el pueblo, salen tumultuosamente de las tribunas algunas mugeres y unos pocos espectadores gritando á las armas. Las puertas ceden con estrépito al impulso de la multitud, y la Convención se cree por un momento forzada en su re-

cinto. «Salvad al pueblo de sí mismo, esclama un diputado de la derecha llamado Richon. Salvad la cabeza de vuestros colegas decretando su arresto provisional.—No, no, responde con magestuosa intrepidez el generoso Lareveillere-Lépeaux, hombre en quien el sentimiento religioso fortalecía el del deber, no, nada de debilidad. Todos participaremos de la suerte de nuestros colegas!!!

Peró algunos de esos hombres que infunden el terror pánico en los corazones y confunden la cobardía con la prudencia, continúan pidiendo á voces el decreto de prision contra sí mismos. Levasseur, amigo de Danton, se lanza á la tribuna. Enemigo de la Gironda, pero enemigo leal, quiere purificar la Convencion sin derramar la sangre de sus colegas. «Nos piden, dice, el arresto provisional de los veinte y dos para protegerlos contra el furor del pueblo. Yo sostengo que lo deben ser definitivamente si lo han merecido; y lo merecen, como voy á probarlo.» Al oír esto, las proposiciones de Levasseur son aprobadas de antemano con prolongados aplausos, que hacen conocer á los girondinos estar ya entregados. Levasseur prosigue, y en un discurso estenso enumera los crímenes atribuidos á los girondinos, sosteniendo que aunque fueran inocentes recaen sospechas sobre ellos, y que como sospechosos deben ser detenidos y juzgados legalmente por la Convencion.

El silencio con que es escuchado Levasseur manifiesta el combate interior que trabaja la conciencia de la asamblea. Barrere, aguardado con impaciencia, llega por fin del comité de salvacion pública y sube á la tribuna para leer el dictámen de este comité. Su fisonomía violenta cuando mira á la derecha, risueña cuando se dirige á la Montaña, revela de antemano las resoluciones de que es órgano e inspirador. «El comité, dice lacómicamente, por respeto á la situacion moral y política de la Convencion, no ha creído deber decretar el arresto, pero que debia dirigirse al patriotismo y generosidad,

pedir la suspension voluntaria de su poder, única medida que puede terminar las disensiones que asedian la república, restituyéndola á la paz. El comité, por lo demas, ha tomado todas las medidas para poner á los miembros de que se trata bajo la salvaguardia del pueblo y de la fuerza armada de Paris.»

IX.

El silencio glacial de la Montaña y los murmullos de disgusto de las tribunas prueban al momento á los girondinos que esta medida no satisfacé aun sino á medias la impaciencia de sus enemigos. Algunos se apresuran á aprobarla como un medio de salvacion que van á perder si deliberan. Isnard, el mas fogoso de entre ellos en otras ocasiones, y ahora el mas desalentado y humilde, sube con la frente baja las gradas de la tribuna como para espiar el primero su blasfemia contra Paris. «Cuando se pone en la misma balanza á un hombre y la patria, dice con resignado acento, ¿estoy siempre por la patria! Lo declaro, si mi sangre fuese necesaria para salvar mi patria, sin otro verdugo que yo mismo, llevaria mi cabeza al cadalso, y desprenderia por mi mano el hierro fatal que hubiera de cortar mis dias. Se nos pide nuestra suspension como única medida capaz de precaver los grandes males que nos amenazan, ¡pues bien! ¡me suspendo á mi mismo, y no quiero otra salvaguardia que la del pueblo!» Isnard baja entre las aclamaciones de los unos y el desprecio de los otros. Lanthenas, el débil amigo de Roland, imita á Isnard. «Nuestras pasiones, nuestras divisiones, dice, han abierto un abismo bajo nuestros pies; ¡en él deben precipitarse los veinte y dos miembros denunciados!» Fanchet, ansioso de hallar un asilo en la indulgencia del pueblo, se apresura á hacer su sacrificio á

la patria ó al miedo. También cede el anciano Dussaulx, abatido por la edad y el estudio. Cada una de estas abdicaciones va cubierta y acompañada de aplausos. La Convencion satisfecha, cree libertarse de una purificacion dolorosa con la patriótica de aquellas abdicaciones voluntarias.

Lanjuinais, sin embargo, se levanta y sube por la última vez á la tribuna. «Creo, dice con el resuelto acento de la conciencia, creo haber mostrado hasta ahora bastante energía para que no esperéis de mí ni suspension ni dimision.» Al oír la altivez de esta declaracion, la Montaña, las tribunas y el pueblo que inunda el salon responden con imprecaciones y amenazas de muerte. Lanjuinais recorre con mirada desdeñosa aquella multitud cuyos ademanes le hieren de lejos, y cuyos improperios abogan su voz. Un momento de silencio permite en fin á la indignacion de su alma dejarse oír, haciendo una reconvenccion inmortal á la villanía de sus enemigos. «Cuando los antiguos sacrificadores, dice, arrastraban en otro tiempo las victimas al altar para inmolarlas, las coronaban con flores y cintas.... ¡villanos! ¡no las insultaban!...» Al escuchar tan magestuosa imágen, realzada por la siniestra analogía del orador con la victima, del sacrificador con el pueblo, el tumulto, avergonzado de sí mismo, cesa, y el pueblo á su vez inclina la frente. Cuando la sublimidad del lenguaje va oída á la de la accion, el hombre se ve subyugado á pesar suyo, la elocuencia se convierte en heroísmo y el genio se confunde con la virtud. «Está visto, prosigue Lanjuinais, no se puede salir de aquí ni asomarse á la ventana para pedir justicia á la nacion; los cañones están apuntándonos. Ningun voto legal puede emitirse en este recinto. Callo...» y baja.

Barbaroux, menos elocuente, pero tan inflexible como Lanjuinais, le reemplaza: «Si mi sangre fuese necesaria para el afianzamiento de la libertad, esclama, la derramaría. Si el sacrificio de mi honor fuese preciso para la misma causa, os diría: Arrebatádmelo; la posteridad será mi juez. Si la Convencion, en fin, creyese necesaria la suspension de mis poderes, obedecería su decreto; pero nunca depondré por mí mismo la autoridad con que me ha investido el pueblo.... No, no esperéis de mí dimision alguna. ¡He jurado morir en mi puesto, y cumpliré mi juramento!» Los oyentes admiran y callan.

«¡Sacrificios á la patria! dice Marat; olvidan que es preciso estar puros para ofrecer tales sacrificios. Yo soy el que como verdadero mártir de la libertad, debo sacrificarme por todo. Ofrezco mi suspension al punto en que hayais decretado el arresto de los veinte y dos; y pido que borrando de la lista á Ducos, Lanthenas y Dussaulx, que no merecen los honores de la proscripcion, añadais en su lugar las cabezas de Fermont y de Valazé, que no están en ella.»

XI.

Billaud-Varennes estaba combatiendo, como Marat, la blandura de las proposiciones de Barrere, cuando estalla un nuevo tumulto á las puertas de la Asamblea, y suspende por un momento toda deliberacion. Lacroix, amigo y confidente de Danton, impelido en secreto por éste en aquella determinacion, se precipita en el salon con los brazos estendidos como un hombre que implora asilo y venganza contra asesinos. Finge la actitud, la voz, los gestos del espanto. «Se han dirigido armas contra mi pecho, esclama. La Convencion está bajo la me-

tralla. Hemos jurado vivir libres ó morir; ¡pues bien! ¡es preciso saber morir, pero morir libres!»

La Gironda y la Llanura confirman las palabras de Lacroix, y atestiguan que varios de ellos han sido rechazados al salón y ultrajados. Danton se manifiesta igualmente indignado. Barrere dice que la Convencion avasallada no puede hacer leyes, que la están acechando nuevos tiranos, y que esta tiranía reside en el comité revolucionario de la municipalidad, en cuyo seno hay malvados. Designa al español Guzman, amigo y agente de Marat; y que en este momento y á vista de la Convencion, se está distribuyendo á las tropas que la rodean el salario de la insurreccion. Danton sostiene á Barrere y pide que el comité de salvacion pública se encargue de vindicar la representacion oprimida. Un decreto ordena á la fuerza armada que se retire del recinto. Mallarmé, con la voz agotada ya, cede la presidencia á Herault de Sechelles, el presidente de prevencion de los dias de conflicto.

Si todos los girondinos hubiesen estado presentes, si Vergniaud, cuya moderacion cautivaba la Llanura y adormecía á la Montaña, quizá hubiese pronunciado entonces una de sus magnificas arengas, apaciguando al pueblo con promesas y avergonzando á la Convencion del espectáculo de su opresion; esta tentativa de Lacroix y de Danton para salvar las veinte y dos cabezas no hubiera sido infructuosa. Pero todos los oradores de la Gironda ó estaban ausentes ó mudos. Barrere provocó solo por segunda vez á la Asamblea. «Ciudadanos, dice, os lo repito, sepamos si somos libres! Pido que la Convencion vaya á deliberar en medio de la fuerza armada, que sin duda la protegerá.»

Herault de Sechelles, al escuchar estas palabras, baja del sillón y se coloca á la cabeza de una columna de diputados dispuestos á seguirle. Los girondinos y la Llanura se unen á él. La Montaña indecisa permanece in-

móvil. «No salgais, le gritan los jacobinos de las tribunas. Es un lazo en que los traidores quieren envolver á los patriotas. ¡Sereis degollados!—¡Cómo! ¿abandonareis á vuestros colegas que van á arrojar en el seno del pueblo entregándolos así á una muerte cierta haciéndole creer que hay dos Convenciones, una dentro y otra fuera de este recinto?» Responden con ademanes de súplica los diputados de la Llanura. Danton se arroja generosamente en medio de ellos. Robespierre delibera un momento con Couthon, Saint-Just y un grupo de jacobinos, y se deciden por fin á bajar de sus bancos y unirse á la comitiva.

Al presentarse el presidente, que llevaba la escarapela tricolor, se abren las puertas, los centinelas presentan las armas, y la multitud deja paso á los representantes, los cuales avanzan hácia el Carrousel. Las turbas que ocupan la plaza saludan á los diputados. Algunos gritos de ¡Viva la Convencion, abajo los girondinos, entregad los veinte y dos! mezclan la sedicion al respeto. La Convencion, impasible á estas voces, marcha ordenada hasta las piezas de artillería, junto á las cuales el comandante general Henriot parecia esperarla en medio de su estado mayor. Herault de Sechelles manda á Henriot que haga retirar aquel aparato de fuerza y abra paso á la representacion nacional. Henriot, que conoce en sí la omnipotencia de la insurreccion armada, encabrita su caballo retrocediendo algunos pasos, y con gesto imperativo dice á la Convencion: «No saldreis sin haber entregado los veinte y dos.—¡Prended á ese rebelde!» dijo Herault de Sechelles á los soldados enseñándoles á Henriot. Los soldados permanecen quietos. «¡Artilleros, á vuestras piezas! ¡soldados, á las armas!» grita Henriot á sus batallones.

A estas palabras, repetidas en toda la linea por los oficiales, se efectúa un movimiento de concentracion alrededor de las piezas de artillería. La Convencion retrocede. Herault de Sechelles pasa con los diputados por la

bóveda del palacio al jardín. Allí, los batallones fieles acantonados á la estremidad de la grande alameda que conduce á la plaza de la Revolución, llamaban con sus aclamaciones á los miembros de la asamblea, jurando cubrirlos con sus bayonetas. Herault de Secheltes se encamina allí; pero antes de llegar al puente Giratorio le corta el paso un batallón de las secciones insurreccionadas. La Convencion agrupada alrededor de su presidente, vacila y se detiene.

Marat, saliendo entonces de una alameda inmediata, escoltado de una columna de jóvenes franciscanos que gritan *Viva el arigo del pueblo!* intima á los diputados que vuelvan á sus puestos. La Convencion cautiva, pero aparentando estar satisfecha de los pocos pasos que la han permitido dar, vuelve á entrar en el salon. Couthon añade dentro la burla á la violencia que fuera se habia ejercido sobre ellos: «Ciudadanos, dice, todos los miembros de la Convencion deben ahora estar seguros de su libertad. Habeis marchado hácia el pueblo, y en todas partes lo habeis hallado respetuoso para con sus representantes é implacable contra los conspiradores. Ahora, pues, que os reconoceis libres para deliberar, pido, no un decreto de acusacion contra los veinte y dos denunciados, sino un decreto que los arreste en sus casas, así como á los miembros de la comision de los Doce, y á los ministros Claviere y Lebrun!»

XII.

Un aplauso aparente, pero unánime, manifiesta que ni siquiera queda ya en la Convencion el pudor de su situación. Legendre, Couthon y Marat dejan oír sin embargo, algunas palabras de piedad por los miembros de la comision de los Doce, que protestaron contra la prision

de Hebert y Varlet. Se borra de la lista de los proscritos á Fonfrede, Saint Martin y algunos otros.

Algunos peticionarios se ofrecen á servir de rehenes á los departamentos cuyos diputados van á ser presos. «No he necesitado bayonetas para defender la libertad de mis opiniones, contesta Barbaroux, tampoco necesito rehenes para proteger mi vida. Mis rehenes son la pureza de mi conciencia y la lealtad del pueblo de Paris en cuyas manos me entrego.—Y yo, dijo Lanjuinais, pido rehenes, no por mí, pues hace tiempo que he hecho el sacrificio de mi vida, sino para impedir que estalle la guerra civil y mantener la unidad de la república.» Ningun murmullo insultante respondió á estas últimas palabras de los veinte y dos. La Convencion al herirlos, conoció que se habia herido á sí misma. Compadeciéndolos se compadecia de sí propia. La Montaña bajó silenciosamente de sus bancos, evitando mirar á los hombres que acababa de proscibir; varios de estos se habian escapado; otros habian estado encerrados en casa de Meilhan, uno de sus colegas, y se dispersaron al saber el resultado de la sesion. Barbaroux, Lanjuinais, Vergniaud, Mollevault y Gardien, quedaron en sus bancos, esperando en vano á los hombres armados que debian asegurarse de sus personas. No viéndolos venir, se retiraron ellos mismos á sus casas, á donde el comité revolucionario mandó gendarmes de centinelas de vista.

XIII.

Tal fué la catástrofe política de este partido. Murió como habia nacido, de una sedicion legalizada por la victoria. La jornada del 2 de junio, llamada aun el 31 de mayo porque la lucha duró tres dias, fué el 10 de agosto de la Gironda. Este partido sucumbió por su debilidad é indecision como el rey á quien habia derribado. La repú-

blica que había fundado se desplomó sobre él, después de ocho meses tan solo de existencia. Se honró á aquel grupo de republicanos por sus intenciones, se le admiró por sus talentos, se le compadeció por sus desgracias, se sintió su pérdida á causa de sus sucesores, y porque sus gefes al caer abrieron una larga senda al cadalso. Después de la desaparicion de este partido, se pregunta cual era su idea y si tenía alguna. La historia tambien pregunta si el triunfo de la Gironda en 31 de mayo hubiera salvado la república; si había en aquellos hombres de palabras, en sus concepciones, en su union, en sus caracteres y en su genio político los elementos de un gobierno dictatorial á la vez y popular, capaz de comprimir las convulsiones interiores de la Francia, hacerla triunfar en lo esterior y procurar el establecimiento de una república regular preservándola de los reyes y demagogos. La historia no vacila en responder: No; los girondinos no tenían en sí ninguna de estas condiciones. El pensamiento, la unidad, la política, la resolución, todo les faltaba. Habían hecho la revolucion sin quererla y la gobernaban sin comprenderla. La revolucion debía revelarse contra ellos y escapárseles.

Das cosas necesitan los hombres de Estado para dirigir los grandes movimientos de opinion de los cuales participan: la inteligencia completa de estos movimientos y la pasion que espresan en un pueblo. Los girondinos no poseian completamente ni una ni otra. En la Asamblea legislativa habían contemporizado mucho tiempo con la monarquía mal aceptada por ellos, y no habían comprendido que un pueblo no se trasforma ni regenera casi nunca bajo la mano y el nombre del poder de que se liberta. La república, tímidamente tramada por algunos de ellos, había sido acogida más bien como una necesidad fatal que abrazada como un sistema por los otros. Ya desde el siguiente día de su proclamación, habían temido el fruto de su obra, como una madre que hubiese dado á luz un

mónstruo. En vez de trabajar en el afianzamiento de la naciente república, no habían manifestado otro afán que el de debilitarla. La Constitución propuesta por ellos mas bien parecia un arrepentimiento que una esperanza, pues combatia uno por uno todos los órganos de vida y de fuerza de la república. La aristocracia se revelaba bajo otra forma, en todas sus instituciones civiles, y en ellas se reconocia ahogado de antemano el principio popular. Desconfiaban del pueblo, y éste á su vez desconfiaba de ellos. La cabeza temía al brazo y el brazo á la cabeza. El cuerpo social no podía hacer otra cosa que agitarse ó languidecer.

Así, pues, los girondinos desde su advenimiento, habían marchado de provocaciones en concesiones y de resistencias en derrotas. El 10 de agosto les había arrancado el trono, en cuya conservación pensaban aun en el mismo decreto en que Vergniaud proclamaba la destitucion del rey. Danton había obtenido de ellos las proserpciones de setiembre, que no habían sabido evitar con el uso de la fuerza ni castigar amparando las victimas con sus cuerpos. Robespierre les había arrancado la cabeza de Luis XVI, cobardemente cedida en cambio de sus propias cabezas. Marat les había arrancado su impunidad y su triunfo después de su acusacion de 10 de marzo. Los jacobinos les habían arrancado el ministerio en la persona de Roland. Por último, Pache, Hebert, Chaumette y la municipalidad les arrancaban ahora su abdicacion no dejándoles mas que la vida. Débiles en lo interior, habían sido desgraciados en lo esterior. Dumouriez, su general, había vendido la república, arrojando sobre ellos con su traicion la sospecha de complicidad. Los ejércitos sin gefes, sin disciplina, sin reemplazo, retrocedían de derrota en derrota. Las plazas fuertes del Norte caían ó se defendían tan solo con sus murallas. El realismo conquistaba el Oeste; la federacion dislocaba el Mediodía; la anarquía paralizaba el centro; las facciones ti-

ranizaban la capital. La Convencion rica en oradores, pero sin caudillos políticos, vacilaba entre sus manos admirando sus discursos, pero burlándose de sus actos. Detestaban á los jacobinos y los dejaban reinar. Aborrecian al tribunal revolucionario y lo dejaban herir á la ventura, esperando que los hiriese á ellos mismos. Temian el desqueiciamiento de la república y sus correspondencias desesperadas no cesaban de inducir á los departamentos al suicidio por el federalismo.

XIV.

Algunos meses mas que hubiese continuado semejante gobierno, la Francia, casi conquistada por el estrangero, reconquistada por la contra-revolucion, devorada por la anarquía, desgarrada por sus propias manos hubiera cesado de existir como república y como nacion. Todo parecia entre las manos de aquellos hombres de palabras. Era preciso resignarse á morir con ellos ó fortificar el gobierno. La violencia lo tomó por su cuenta abrogándose, como en el 10 de agosto, esa dictadura que nadie se atrevia á tomar en la Convencion. La insurreccion de la municipalidad, aunque fomentada y dirigida por pasiones perversas, se presentó á los ojos de los patriotas como la insurreccion de la salvacion pública. Viendo el pueblo claramente que iba á perecer, llevó ilegalmente su mano al timon y lo arrancó de las manos impotentes que lo dejaban abandonado. El pueblo creyó usar en esto de su derecho supremo, el de existir. Se le acusó de haberse abrogado la iniciativa sobre los departamentos habiendo sustituido la voluntad de Paris á la de la Francia. ¿Qué podian hacer, decian los patriotas del 31 de mayo, los departamentos á la distancia en que se hallaban de los sucesos. Antes que los hubiesen consultado y hubieran

respondido, antes que su fuerza de opinion y su fuerza armada hubiesen llegado á Paris, podian los coaligados estar á sus puertas, los vendeanos á las de Orleans, y verse la república ahogada en su cuna. En los grandes peligros la proximidad es un derecho, y la parte del pueblo mas inmediata al riesgo es la que debe acudir la primera al remedio. En casos como este, la medida del poder es el alcance del brazo. Una ciudad ejerce entonces la dictadura de su situacion, para haerla ratificar despues. Paris la había ejercido muchas veces antes y despues de 1789. No le recriminaba la Francia ni por el 14 de julio, ni por los sucesos del Juego de Pelota, ni por el 10 de agosto, en que Paris había conquistado para ella, sin consultarla ni esperarla, la revolucion y la república.

Ademas, cualesquiera que sean las teorías de igualdad abstracta entre las ciudades de un estado, ceden por desgracia estas teorías la supremacia á los hechos en circunstancias escepcionales; y estos hechos no carecen de derecho, porque tienen su justicia cuando son necesarios. Es indudable que las ciudades en que residen los gobiernos no son mas que miembros del cuerpo nacional; pero ese miembro es la cabeza. La capital de una nacion ejerce sobre los miembros un poder de iniciativa, de movimiento y de resolucion relacionado con los sentidos mas enérgicos, cuyo asiento está en la cabeza de una nacion como en el individuo. La polémica rigurosa puede combatir con razon este derecho, pero la historia no puede negarlo. En tiempo de calma el gobierno se halla repartido por todas partes en proporcion igual; pero en circunstancias extraordinarias, el gobierno existe no de derecho sino de hecho, en cualquier punto donde se apoderan de él. La iniciativa es la señora de las cosas cuando se encuentra en el sentido mismo de las cosas. El 31 de mayo era ilegal ¿quién lo justifica? Pero el 10 de agosto ¿dejaba por ventura de serlo? Este era, sin embargo, el título de los girondinos. ¿Cuál era el partido que po-

ranizaban la capital. La Convencion rica en oradores, pero sin caudillos políticos, vacilaba entre sus manos admirando sus discursos, pero burlándose de sus actos. Detestaban á los jacobinos y los dejaban reinar. Aborrecian al tribunal revolucionario y lo dejaban herir á la ventura, esperando que los hiriese á ellos mismos. Temian el desqueiciamiento de la república y sus correspondencias desesperadas no cesaban de inducir á los departamentos al suicidio por el federalismo.

XIV.

Algunos meses mas que hubiese continuado semejante gobierno, la Francia, casi conquistada por el estrangero, reconquistada por la contra-revolucion, devorada por la anarquía, desgarrada por sus propias manos hubiera cesado de existir como república y como nacion. Todo parecia entre las manos de aquellos hombres de palabras. Era preciso resignarse á morir con ellos ó fortificar el gobierno. La violencia lo tomó por su cuenta abrogándose, como en el 10 de agosto, esa dictadura que nadie se atrevia á tomar en la Convencion. La insurreccion de la municipalidad, aunque fomentada y dirigida por pasiones perversas, se presentó á los ojos de los patriotas como la insurreccion de la salvacion pública. Viendo el pueblo claramente que iba á perecer, llevó ilegalmente su mano al timon y lo arrancó de las manos impotentes que lo dejaban abandonado. El pueblo creyó usar en esto de su derecho supremo, el de existir. Se le acusó de haberse abrogado la iniciativa sobre los departamentos habiendo sustituido la voluntad de Paris á la de la Francia. ¿Qué podian hacer, decian los patriotas del 31 de mayo, los departamentos á la distancia en que se hallaban de los sucesos. Antes que los hubiesen consultado y hubieran

respondido, antes que su fuerza de opinion y su fuerza armada hubiesen llegado á Paris, podian los coaligados estar á sus puertas, los vendeanos á las de Orleans, y verse la república ahogada en su cuna. En los grandes peligros la proximidad es un derecho, y la parte del pueblo mas inmediata al riesgo es la que debe acudir la primera al remedio. En casos como este, la medida del poder es el alcance del brazo. Una ciudad ejerce entonces la dictadura de su situacion, para hacerla ratificar despues. Paris la habia ejercido muchas veces antes y despues de 1789. No le recriminaba la Francia ni por el 14 de julio, ni por los sucesos del Juego de Pelota, ni por el 10 de agosto, en que Paris habia conquistado para ella, sin consultarla ni esperarla, la revolucion y la república.

Ademas, cualesquiera que sean las teorías de igualdad abstracta entre las ciudades de un estado, ceden por desgracia estas teorías la supremacia á los hechos en circunstancias escepcionales; y estos hechos no carecen de derecho, porque tienen su justicia cuando son necesarios. Es indudable que las ciudades en que residen los gobiernos no son mas que miembros del cuerpo nacional; pero ese miembro es la cabeza. La capital de una nacion ejerce sobre los miembros un poder de iniciativa, de movimiento y de resolucion relacionado con los sentidos mas enérgicos, cuyo asiento está en la cabeza de una nacion como en el individuo. La polémica rigurosa puede combatir con razon este derecho, pero la historia no puede negarlo. En tiempo de calma el gobierno se halla repartido por todas partes en proporcion igual; pero en circunstancias extraordinarias, el gobierno existe no de derecho sino de hecho, en cualquier punto donde se apoderan de él. La iniciativa es la señora de las cosas cuando se encuentra en el sentido mismo de las cosas. El 31 de mayo era ilegal ¿quién lo justifica? Pero el 10 de agosto ¿dejaba por ventura de serlo? Este era, sin embargo, el título de los girondinos. ¿Cuál era el partido que po-

dia entonces invocar legitimamente la ley? Ninguno. Todos la habian violado. No existia la ley, en aquella usurpacion reciproca y continua, ni en la Montaña ni en la Gironda, ni en la municipalidad, ni en Paris, ni en Burdeos. La ley no existia ya, ó mas bien era el instinto de la conservacion de un gran pueblo. La ley era la misma revolucion. Un pueblo extraviado por su patriotismo creyó promulgarla en medio del tumulto y de la sedicion de aquellos tres dias. Era el desorden, pero ellos lo consideraban como ley; porque esta violencia les parecia la única medida capaz de salvar la patria y la revolucion. El 10 de agosto, decian al pueblo, podia tan solo salvar la libertad, el 31 de mayo podia salvar la nacion.

LIBRO CUARENTA Y TRES.

Marat. — Danton. — La Montaña. — Los girondinos proscriptos. — Escision entre los departamentos y la Convencion. — Los puertos bloqueados. — Los coaligados en las fronteras. — Nueva Constitucion. — Los girondinos en Caen. — El general Wimpfen. — Marat acusado público.

I.

Después de aquella jornada, en que el pueblo no hizo otro uso de su fuerza que el de ostentarla y ejercer sobre la representacion la presion de Paris, se retiró sin cometer ningun exceso. Pareciale haber satisfecho su conciencia prestando un servicio inmenso á la causa de la libertad. Iluminó espontáneamente las calles, no insultó á nadie y dejó á los girondinos salir libremente de las Tullerías para dirigirse á sus casas. No eran cabezas lo que al parecer queria, sino un gobierno. Creia haber libertado á la Convencion del yugo de algunos ambiciosos y de las tramas de algunos traidores. Esto le bastaba. Estaba dispuesto á obedecer á la Convencion con tal de ser libre. Ninguna tentativa para ir mas adelante pudo inducirlo á establecer una tirania.

dia entonces invocar legitimamente la ley? Ninguno. Todos la habían violado. No existía la ley, en aquella usurpación recíproca y continua, ni en la Montaña ni en la Gironda, ni en la municipalidad, ni en París, ni en Burdeos. La ley no existía ya, ó mas bien era el instinto de la conservación de un gran pueblo. La ley era la misma revolución. Un pueblo extraviado por su patriotismo creyó promulgarla en medio del tumulto y de la sedición de aquellos tres días. Era el desorden, pero ellos lo consideraban como ley; porque esta violencia les parecía la única medida capaz de salvar la patria y la revolución. El 10 de agosto, decían al pueblo, podía tan solo salvar la libertad, el 31 de mayo podía salvar la nación.

LIBRO CUARENTA Y TRES.

Marat. — Danton. — La Montaña. — Los girondinos proscriptos. — Escisión entre los departamentos y la Convención. — Los puertos bloqueados. — Los coaligados en las fronteras. — Nueva Constitución. — Los girondinos en Caen. — El general Wimpfen. — Marat acusado público.

I.

Después de aquella jornada, en que el pueblo no hizo otro uso de su fuerza que el de ostentarla y ejercer sobre la representación la presión de París, se retiró sin cometer ningún exceso. Parecía haber satisfecho su conciencia prestando un servicio inmenso á la causa de la libertad. Iluminó espontáneamente las calles, no insultó á nadie y dejó á los girondinos salir libremente de las Tullerías para dirigirse á sus casas. No eran cabezas lo que al parecer quería, sino un gobierno. Creía haber libertado á la Convención del yugo de algunos ambiciosos y de las tramas de algunos traidores. Esto le bastaba. Estaba dispuesto á obedecer á la Convención con tal de ser libre. Ninguna tentativa para ir mas adelante pudo inducirlo á establecer una tiranía.

Solo un hombre quiso hacer servir el movimiento para satisfacer su ambición personal: ese hombre fué Marat; pero su plan se frustró y se vió precisado á justificarse en los Jacobinos de la acusación de aspirar á la dictadura. Los discursos que habia pronunciado en la Convención, en la municipalidad y al pueblo, durante las oscilaciones de aquellos tres dias, tendian indudablemente á designarse á sí mismo como el gefe indispensable. Billaud-Varennes se lo recriminó con dureza. «Estoy denunciado, respondió Marat, por haber pedido un gefe, un señor, es decir, un tirano. No comparezco aquí para disculparme, porque estoy persuadido que nadie dará fé á esta calumnia. Es desagradable hablar francés delante de ignorantes que no lo entienden, ó de pícaros que no quieren entenderlo. Anoche á las nueve vinieron algunas diputaciones de las secciones á consultarme sobre el partido que debia tomar. ¡Cómo! les dije, ¿Oís el toque á rebato de la libertad y estais pidiendo consejos? Entonces añadí: veo que es imposible que el pueblo se salve sin un gefe que dirija sus movimientos. Los ciudadanos que me rodeaban esclamaron:—¡Cómo! ¿pedis un gefe?—No, respondí; pido un guia y no un señor, lo cual es muy diferente.»

II.

Después de que Marat fué reprimido por su ambición, lo fué Danton á su vez por su inacción y sus contemplaciones con los girondinos. Aquel mismo Varlet que habia propuesto al comité del Arzobispado los planes mas atroces contra los girondinos, tuvo la osadía de atacar á Danton en la tribuna de los Franciscanos, en medio de sus amigos y en el foco mismo de su poder. Creyó Varlet llegado el momento de minar aquella popularidad gigantesca, y fundar la suya sobre los escombros de la del tri-

luno. En efecto, Danton vacilaba ya. Su silencio en el comité de salvación pública, su inercia en la Convención, sus medidas durante la crisis, sus reconveniones al pueblo insurreccionado, eran para los franciscanos muestras de un patriotismo adormecido, ó de una oculta complicidad con los girondinos. Los franciscanos dejando hablar de aquella manera á Varlet contra su idolo, demostraron que no era inviolable para ellos. Danton estaba ausente; pero le defendió Camilo Desmoulins contra las insinuaciones de Varlet, ostentando al pueblo los títulos revolucionarios del hombre del 10 de agosto y del 2 de setiembre.

El crédito de Danton salió intacto todavía de aquella lucha. Camilo Desmoulins fué por la noche á contarle la insolencia de Varlet. «Te doy gracias, le dijo Danton, por haberme vengado de ese reptil. Cuando el pueblo haya encontrado otro Danton, podrá ser impunemente ingrato y sacrificarme á sus caprichos. Pero nada temo, añadió dándose en la frente con la palma de la mano, hay aquí dos cabezas; una para levantar la revolución, otra para conducirla.» Danton en sus audaces confianzas, iba encubriendo cada dia menos la idea de apoderarse de la república y variar de gobierno. «Hablo poco, decia algunos dias después á otro sectario suyo. Tengo hasta la idea de eclipsarme por algun tiempo. Es preciso gastar las facciones; las revoluciones tienen tambien su cansancio, y allí es donde os espero.»

III.

La Montaña hizo renovar al dia siguiente los comités, excepto el de salvación pública, dando cabida en su mayoría á los miembros mas señalados de entre ellos. El impulso de la víspera le daba la fuerza de las masas. Des-

tituyó á los ministros sospechosos de adhesión á los vencidos, envió comisionados á los departamentos dudosos, anuló el proyecto de constitucion presentado por los girondinos, y encargó al comité de salvacion pública que redactase en ocho dias otro completamente democrático. Activó el reemplazo y armamento del ejército revolucionario, verdadero levantamiento en masa del patriotismo. Decretó el empréstito forzado de mil millones sobre los ricos. Envio al tribunal revolucionario acusados sobre acusados. Las sesiones no fueron ya deliberaciones, sino mociones breves, decretadas al momento por aclamacion, y enviadas al punto á los diferentes comités para ejecutarse. Despojó al poder ejecutivo de la escasa independencia y responsabilidad que aun tenia. Llamados sin cesar ante los comités ya no fueron los ministros sino unos ejecutores pasivos de las medidas que decretaba. Sus comisionados enviados á los departamentos fueron investidos de un poder dictatorial que suprimia ante ellos las autoridades intermedias y aun todas las leyes, y parecia comunicar á las estremidades de la república la omnipotencia de la Convencion. Desde aquel dia, dejó la asamblea de ser representacion para constituirse en gobierno. Administró, juzgó, hirió y hasta combatió. Fué la Francia reunida; cabeza y brazo á un tiempo. Aquella dictadura colectiva tenia sobre la individual la ventaja de ser invulnerable, porque una puñalada no la podia interrumpir ni derribar.

Desde aquel dia, igualmente no se discutió ya, sino que se obró. La desaparicion de los girondinos dejó á la revolucion sin voz. Con Vergnioud quedó proscrita la elocuencia, á escepcion de algunos dias en que los grandes gefes de partido, como Danton y Robespierre tomaron la palabra, no para refutar opiniones, sino para intimar voluntades y promulgar órdenes. Casi enmudecieron las sesiones, reinando allí en lo sucesivo un gran silencio interrumpido tan solo por el paso redoblado de los batallones que desfilaban por el recinto, por los cañonazos de

alarma y por los golpes del hacha que heria en la plaza de la Revolución.

IV.

Los veinte y dos girondinos, los miembros de la comision de los Doce y cierto número de amigos suyos, advertidos mientras tanto de su peligro por aquel último golpe de ostracismo; hujian á sus departamentos, protestando contra la mutilacion de la patria. Las victimas de 31 de mayo no habian sido encarceladas el primer dia, contentándose la municipalidad con haberlos espulsado de sus bancos de legisladores. La compasion de sus colegas parecia dejar á su arbitrio la facilidad de sustraerse por medio de la fuga á encarcelamientos mas estrechos y á asesinatos casi ciertos. Hallábanse los detenidos vigilados en sus casas por gendarmes acostumbrados al respeto hacia los miembros de la representacion nacional. Mas bien servidores que carceleros, aquellos hombres enternecidos, seducidos con facilidad, dejaban comunicar á los diputados proscritos con su familia y sus amigos de afuera. Los cautivos recibian visitas y algunos tenian hasta el permiso de salir de noche. Se contentaban con exigirles la palabra de no marcharse de Paris.

La mayor parte de los que habian aguardado el éxito de la insurreccion del 2 de junio en casa de Meilhan, calle de San Honorato, habian apelado ya á la fuga. Los demas se fueron escapando poco á poco. Robespierre, Danton, el comité de salvacion pública, el mismo pueblo, parecian no hacer caso de estas evasiones, como para sustraerse á si propios unas victimas que les habia de ser doloroso herir.

V.

Buzol, Barbaroux, Guadet, Louvet, Salles, Pétion, Bergeon, Lesage, Cussy, Kervelegan y Lanjuinais se encaminaron a Normandía, y después de haber recorrido, sublevándolos, los departamentos situados entre el mar y París, establecieron en Caen el foco y centro de la insurrección contra la tiranía de París. Se dieron el título de Asamblea central de resistencia á la opresión. Biroteau y Chasset llegaron hasta Lyon, en cuya ciudad, las secciones armadas se agitaban en movimientos contrarios y sangrientos ya. Brissot huyó á Moulins, Rabaut-Saint-Etienne á Nîmes. Grangeneuve, enviado por Vergniaud, Fontfrede y Dúcos, á Burdeos, levantó batallones dispuestos á marchar sobre la capital. Tolosa siguió el mismo impulso de resistencia á París.

Los departamentos del Oeste estaban en efervescencia y se regocijaban de ver la república desgarrada en facciones contrarias, ofrecerles la complicidad de uno de los dos partidos para restablecer la monarquía. El centro montañoso de la Francia, en que se soporta menos el yugo de París y donde la distancia de las fronteras hace menos presentes los peligros exteriores, se conmovió. El Tarn, el Lot, el Aveyron, el Cantal, el Puy de Dome, el Hérault, el Ain, el Isère, el Jura, y hasta setenta departamentos se declararon en secesión con la Convención. Estos departamentos encargaron á sus autoridades constituidas que tomasen todas las medidas para vengar la representación nacional. Se enviaron recíprocamente diputaciones para combinar su alzamiento. Marsella organizó diez mil hombres á la voz de Rebecqui y de los jóvenes amigos de Barbaroux, y prendió á los comisarios de la Convención Roux y Antiboal. El realismo siempre conspirando en el Mediodía, transformó insensiblemente

aquel movimiento del patriotismo en insurrección monárquica. Rebecqui desesperado por los golpes involuntarios que asestaba á la república y al ver el realismo apoderarse del movimiento del Mediodía, se libró del remordimiento por medio del suicidio arrojándose al mar. Lyon y Burdeos encarcelaron también á los enviados de la Convención como maratistas. Las primeras columnas del ejército combinado de los departamentos empezaron por todas partes á ponerse en movimiento. Seis mil marseleses estaban ya en Aviñon dispuestos á subir por el Ródano para unirse con los insurreccionados de Nîmes y Lyon. La Bretaña y la Normandía reunidas concentraban sus primeras fuerzas en Evreux.

VI.

La situación de la Convención no era menos apremiante en el exterior. La Inglaterra bloqueaba todos nuestros puertos. Un ejército de cien mil hombres, ingleses, holandeses y austríacos, ostigaba y entraba en los departamentos del Norte. Condé, bloqueada, veía al general Dampierre espirar intentando defenderla. Valenciennes, bombardeada por trescientas bocas de fuego, no era ya sino un montón de cenizas protegido por inconquistables murallas. Los emigrados, los austríacos y prusianos habían pasado el Rin y amenazaban los departamentos de la Alsacia con una invasión de mas de cien mil combatientes. Apenas bastaban á detenerlos Custine y nuestras guarniciones del Rin. Este general atrincherado en las líneas de Wissemburgo, pensaba en refugiarse á Strasburgo. Maguncia, abandonada á sí misma con una guarnición de veinte mil soldados escogidos, inutilizados de este modo, se defendía heroicamente contra los ataques del general Kalkreut á la cabeza de setenta mil hombres,

El rey de Prusia, en medio de otro cuerpo de ejército al frente de Custine, solo aguardaba para dar los últimos golpes la noticia de la rendición de Maguncia. Desde Strasburgo á los Alpes la insurrección de los girondinos sublevaba el Franco Condado, y dificultaba el acceso del alto Jura, practicable por las intrigas y las armas de los emigrados. Tener un enemigo comun es la única alianza entre las facciones!

VII.

Veinte mil jóvenes voluntarios del Franco Condado, impelidos al realismo por su indignación contra los montañeses y contra Marat, estaban prontos á dirigirse á Lyon y Macon para incorporarse al ejército del Mediodía que marchaba contra París. Ochenta mil saboyanos y piamonteses acantonados en las alluras del condado de Niza, en la confluencia de las altas gargantas de los Alpes de la Saboya, amenazaban á Tolon, Grenoble y Lyon. Aquellas tropas extranjeras proponían á los realistas del interior sus auxilios armados contra los tiranos de la república. Biron, que mandaba el ejército de Italia, solo tenía algunos millares de hombres desalentados é indisciplinados para cubrir á la vez la Provenza y la frontera. En los Pirineos, nuestra guerra con España, débil y sin gloria por ambas partes, se estrechaba en las gargantas, dejando nuestras provincias del Rosellon amenazadas de una invasión siempre aplazada, pero siempre inminente. Los desastres del ejército revolucionario de la Vendée, completaban aquel cuadro de las calamidades de la república y de los apuros de la Convención. Solo existía ya la fuerza en el corazón. Para no desesperar de la lucha que la república concentrada en París tenía que sostener, preciso era llevar en el alma toda la fé de la nacion en

la libertad. La Convención tenía esta fé; se consagró ella misma y se consagró la Francia á la muerte ó á su obra, y esta fué su gloria, su escusa y su salvacion. Danton y Robespierre, la municipalidad de París y los jacobinos sostuvieron su energía al nivel de sus peligros, unas veces por medio del entusiasmo, otras por el terror que le imprimian. La pusieron entre la contra-revolucion y el cadalso: solo tuvo la eleccion del género de muerte, habiéndose decidido por el mas glorioso, resolviendo combatir contra toda esperanza.

VIII.

Para demostrar que no desesperaba del porvenir, la Convención votó en algunos dias de discusion la nueva Constitucion, cuyo plan estaba encargado de presentarle el comité de salvacion pública. Hérault de Sechelles leyó el dictámen.

Esta Constitucion dejaba de ser representativa para convertirse en democrática; es decir, que la representacion general, universal, directa, llamaba en todo y para siempre al mismo pueblo bajo todas las formas, para que ejerciese inmediatamente la soberanía. Se consultaba á la nacion sobre todas las leyes; la eleccion nombraba todos los poderes ejecutivos, los intervenia y destituía á su voluntad. Robespierre, cuyos principios habían prevalecido en aquel pensamiento, lo defendió en los Jacobinos contra los ataques de los demagogos exagerados, como Roux y Chabot. «Desconfiad, decía, de esos llamados desde hoy sacerdotes coaligados con los austriacos. Guardaos de la nueva máscara con que van á cubrirse los aristócratas. Entreveo en el porvenir un nuevo crimen, que quizá no esté lejos de estallar; pero le descubriremos, y aniquilaremos á los enemigos del pueblo, bajo cualquier forma que se atrevan á presentar.

Los jacobinos que afectaban conservar siempre la ventaja de la moderacion sobre los franciscanos, y que á ese carácter reflexivo y político de sus actos debian una parte de su poder, aplaudieron las palabras de Robespierre. Enviaron una diputacion, cuyo orador fué Collot de Herbois, á suplicar á los franciscanos que hiciesen callar á los detractores de la Constitucion, haciendo concurrir todos los corazones á una obra que el tiempo haria aun mas popular. Los franciscanos cedieron á la invitacion de los jacobinos y arrojaron de su sociedad como perturbadores y anarquistas á Roux y á Leclerc des Vosges, perdonando á Varlet en consideracion al ardor de su juventud. La Constitucion, sancionada de esta suerte por las dos sociedades soberanas de la opinion en París y amparada con la égida de Robespierre, fué enviada á todas las municipalidades de la república para que se presentase á la aceptacion del pueblo francés convocado en asambleas primarias.

Por lo que hace á Danton, lanzó esta Constitucion al pueblo, como un juguete hecho pedazos ya en su mente. Del pueblo no apreciaba otra cosa que la fuerza: creía poco en la libertad; se cuidaba muy poco del porvenir; era de esa raza de hombres que no se sublevaron contra las tiranías, sino por otra tiranía mayor. Cuando no son esclavos rebelados, llegan á ser los mas insolentes dominadores. Todas estas teorías constituyentes no eran para Danton otra cosa que puerilidades mas ó menos hábiles: poco le costaba escribirlas, porque nada le costaba borrarlas. En revolucion no reconocia mas gobierno legítimo que las circunstancias y la ley de la necesidad.

DIRECCION GENERAL DE

Circulaba entonces el rumor de que la Convencion, sin saber el partido que habia de tomar con los girondi-

nos que tenia cautivos en París, no atreviéndose á juzgarlos ó absolverlos, se proponia hacer un sacrificio á la paz y á la reconciliacion con los departamentos, amistiando á los veinte y dos. Era este en efecto el parecer de Danton: el rigor inútil le apesadumbraba y el recuerdo de setiembre le apartaba del asesinato.

Valazé, indignado por el ultraje que semejante perdon encubria, escribió á la Convencion que no podia creer en este proyecto del comité de salvacion pública; que la libertad era para él menos cara que el honor, y que rechazaria con horror el perdon. Vergniaud, igualmente intrépido, y que provocaba á sus vencedores desde el fondo de su calabozo, escribió una carta en el mismo sentido. «Pido que me juzguen, decia: si soy culpable, yo mismo me he constituido voluntariamente en estado de arresto para ofrecer mi cabeza en espiacion de las traiciones de que fuere convencido; pero si mis calumniadores no presentan pruebas contra mí, pido á mi vez que vayan al cadalso. Ciudadanos colegas, apelo á vuestra conciencia; á su vez será juzgada vuestra justicia por la posteridad.»

Los restos del partido de la Gironda, animados por el levantamiento de los departamentos, se presentaron en masa en la sesion de la Convencion para apoyar la lectura de dichas cartas y las peticiones en favor de los proscriptos. «Os están arrojando las teas de la guerra civil, esclama Legendre; apresuraos á apagarlas, pasando desdenosamente á vuestras deliberaciones.»

La Convencion dejó á un lado las peticiones, y Barrere leyó un informe del comité de salvacion pública, en el cual ensalzaba el 31 de mayo, al propio tiempo que pedia medidas severas para hacer entrar á los jacobinos y á la municipalidad en el respeto del poder supremo concentrado en la Convencion. «Hombres de la Montaña, decia Barrere terminando: no os habréis sentado por cierto en ese puesto elevado para sobreponeros á la verdad;

sabed, pues, darla oídos. No pronuncieis antes la opinión sobre la culpabilidad de los colegas que habeis rechazado de vuestro seno; y mientras son juzgados enviad rehenes á los departamentos alarmados.» Robespierre, Lacroix, Thuriot y Legendre se indignaron de esta debilidad. Robespierre se admiró de que volviera á ponerse en cuestion lo que ya el pueblo había juzgado.

En aquel propio instante se anunció á la Convencion, que los administradores de los departamentos sublevados acababan de prender á los comisionados Romme, Prieur de la Costa de Oro, Ruhl y Prieur de la Marna. «Conozco á Ruhl, exclamó Couthon; sería libre aun al frente de todos los cañones de Europa.» Se pidió por aclamacion el pronto castigo de los administradores rebeldes. Algunos miembros de la derecha propusieron medidas débiles ó pérfidas de expectativa. Danton, al oír esto, salió al parecer de la inesplicable inercia que le echaban en cara.

«¿Cómo! exclamó; ¿parece que se duda de la república? En el momento de una gran regeneracion social es cuando los cuerpos políticos, semejantes en esto á los físicos en el instante de su reproduccion, se hallan amenazados de una destruccion próxima. ¡Estamos cereados de tormentas! el rayo truena. ¡Pues bien! de entre sus estallidos saldrá la obra que inmortalizará á la nacion francesa. Recordad, ciudadanos, lo que pasó en tiempo de la conspiracion de La Fayette; recordad el estado de Paris: entonces estaban los patriotas oprimidos, proscritos, amenazados por todas partes y las mayores calamidades se veian prontas á caer sobre nosotros. ¡La situacion de hoy es la misma! ¡Parece que solo existe el peligro para los que han creado la libertad! Pronto quedaron relevados La Fayette y su faccion. En el día, los nuevos enemigos del pueblo están en fuga ya con nombres supuestos. Ese Brissot, ese corifeo de la secta impía que va á ser abogado, ese hombre ensalzaba su orgullo y se jactaba de su indignancia, acusándome de ir cubierto de oro, no es más

que un miserable á quien ha sabido hacer justicia el pueblo de Moulins prendiéndolo como conspirador. Se dice que la insurreccion de Paris ocasiona movimientos en los departamentos. ¡Lo declaro á la faz del universo: esos sucesos cimentarán la gloria de esta magnífica ciudad! ¡Lo declaro á la faz de la Francia; sin el cañon del 31 de mayo, los conspiradores nos impondrian la ley! ¡Recaiga, pues, en buen hora sobre nosotros el crimen de esa insurreccion!»

X.

A esta orgullosa provocacion á la posteriad, contestó la Montaña con un eco unánime. Danton se asociaba á la insurreccion victoriosa del 31 de mayo, dándole ante la Francia título de patriotismo.

Couthon convirtió en mocion el entusiasmo producido por tales palabras, é hizo votar, no solo la amnistia de las fuerzas que habian sitiado la Convencion, sino también el elogio de la municipalidad, del pueblo, y hasta del comité de insurreccion de Paris, durante las jornadas del 31 de mayo, y del 1 y 2 de junio.

Ducos, que habia permanecido con Fronfede en los bancos desiertos de los girondinos, se esforzó en apaciguar la cólera de los vencedores y en escitar la indulgencia en favor de sus colegas; pero le respondieron con murmullos. Se acusó á Vergniaud de haber querido romper al gendarme que le custodiaba; se citó la evasion de Lanjuinais y Petion, que habian ido á alcanzar á sus colegas en Caen. Robaspierre pidió un dictámen pronto del comité sobre los diputados presos. «¿Cómo! ¿Es aqui donde hay osadía para poner en parangon la Convencion y algunos conspiradores? ¿Es aqui donde se oye el lenguaje de la Vendée?» Esta injuriosa alusion á la derecha, fué cubierta de negativas y murmullos. «Pido, dijo Le-

gendre, que afectaba fanatismo hacia Robespierre, pido que el primer rebelde, el primero de esos rebelados, indicando con un ademán a los amigos de Vergniaud, que interrumpa al orador, sea enviado a la Abadía.—Quieren saberse sus crímenes, continúa Robespierre; sus crímenes, ciudadanos, son las calamidades públicas, la audacia de los conspiradores, la coalición de los tiranos de Europa, las leyes que nos han impedido hacer la santa Constitución que se ha levantado desde que ellos no están aquí! ¡Ciudadanos! No os dejéis guiar por la mas mínima pusilanimidad inclinándoos a perdonar a los culpables, el pueblo os vuestro.

XI.

Intentó Fonfrede conseguir que el decreto de prision contra sus amigos indicase, al menos, la cárcel especial en que habian de ser encerrados, para no confundirlos con los criminales. Solo obtuvo una fria indiferencia. Algunas mugeres é hijos de los presos suplicaron que se les permitiese participar de la suerte de sus parientes. La Montaña acogió ó desestimó estas peticiones individuales segun su parcialidad en favor ó en contra de las personas que las dirigian. Bertrand, que acababa de perder a su muger y que quedaba solo y pobre para cuidar de sus tiernos hijos, les fué desapiadamente arrebatado. Esta discusion se prolongó. Drouet acusó a Brissot de intentar huir, y á Vergniaud de haber embriagado á sus careceleros. «Dejemos, dice al fin Robespierre, de ocuparnos de los individuos. Quisieran que la república no pensara mas que en ellos; pero la república solo piensa en la libertad. La intencion de vuestros enemigos es la de encender de nuevo la guerra civil. Desearian algunos que la Convencion presentase el espectáculo de las disenciones que agitan a la Francia. Tal es el motivo de esa afecta-

cion en pedirnos que os ocupéis de esos miserables individuos, que aunque heridos por la espada de la ley, levantan el estandarte de la rebelion. Dejemos a esos desgraciados entregados a los remordimientos que los persiguen.»

No tardó en saberse la fuga de Kervelegan y de Bironeteau. «¿Donde está, pues, su crimen?» gritó un miembro de la Llanura. «¡Su crimen! respondió Maure, está en su fuga.»

XII.

Por último, Saint-Just, inspirado por Robespierre, leyó el informe definitivo sobre los sucesos del 31 de mayo. Este informe reuniendo en un solo cuerpo todas las calumnias de Camilo Desmoullins contra los girondinos, trasformaba este partido en una vasta conspiracion para restablecer la monarquía abolida, y entregar la república al extranjero. El federalismo se presentaba en él como fin constante y sistemático del partido. «¡Vedlo!» decía Saint-Just terminando, «querian esclavizaros en nombre de vuestra seguridad. Os trataban como a aquel rey de Chipre cargado de cadenas de oro. Marsella y Lyon prontas a unirse con la verdad, son presa de sus emisarios. Tiranos mas odiosos que Pisistrato, mandan degollar al hijo que reclama a su padre, y a la madre que llora por un hijo. Buzot subleva el Eura y el Calvados, Petion, Louvet y Barbaroux le prestan apoyo. Se cierran las sociedades populares, se persiguen los patriotas. Se instala en Nimes una comision de gobierno. La sangre corre por todas partes. Burdeos oye el grito de ¡Viva el rey! entre los ultrajes contra la Convencion. ¿Oís los gritos de los que son asesinados? La libertad del mundo y los derechos del hombre están bloqueados con vosotros en París. ¡No perecerá, no! Vuestro destino es mas potente que

vuestros enemigos. Nada les debeis ya, puesto que asolan su patria. Es el fuego de la libertad el que por sí mismo nos ha purificado, como el hervor de los metales que arroja del crisol la espuma impura. Quédense solos con sus crímenes. Proscribid á aquellos, juzgad á los otros y perdonar despues. No os complazeais en ser implacables.»

Este informe ofrecia la amnistia á los departamentos insurreccionados. Se reasumia en un decreto, el cual declaraba traidores á la patria, á Buzot, Barbaroux, Gorsas, Lanjuinais, Salles, Louvet, Vergoing, Biroteau y Petion; ponía en acusacion á Gensonné, Guadet, Vergniaud, Mollevault y Gardien, detenidos en Paris, restituía á Bertrand, miembro de la comision de los Doce, al seno de la Convencion. Chabot, despues de este informe, pidió y obtuvo un decreto de acusacion contra Condorcet, que acababa de defender con valentia á sus amigos, en un manifiesto á los franceses.

XIII.

Mientras que la Convencion desplegaba tanto rigor en el centro, combatia en las estremidades. Sus comisarios, luchando en todas partes con los emisarios girondinos, sublevaban las secciones, reunian los batallones, marchaban á su cabeza contra las primeras masas que se formaban, y ahogaban la insurreccion en su mismo germen. El general Charseaux cortó el camino de Lyon á los voluntarios de Marsella, y los puso en derrota cerca de Aviñon. Bordeos estaba indeciso entre vengar á los diputados ú obedecer á la Montaña. Pero el foco de la insurreccion federalista estaba en Caen, en Normandia y en Bretaña. Dirijamos una mirada á aquella ciudad y á aquellas provincias.

Los diez y ocho diputados refugiados en Caen eran Barbaroux, Bergoing, Bontedoux, Buzot, de Chastel, de Cuny, Gorsas, Guadet, Keruelegan, Lanjuinais solo por unos dias, Lariviere, Lesage de Eura y Loira, Louvet, Meilhan, Mollevault, Salles, Vallady y Petion acompañado de su hijo de edad de diez años. Habianse unido á ellos tres jóvenes escritores consagrados á su causa y á su desgracia, á saber: Girey-Dupré, Riouffe y Marchenna.

Estos diputados habian ido en masa á Caen, porque esta ciudad no habia esperado su provocacion para pronunciarse contra la jornada del 31 de mayo y la violacion de la representacion nacional.

Hacia algunos meses que los jacobinos de Caen, irritados por las doctrinas de la Montaña, habian roto abiertamente con la sociedad de jacobinos de Paris. La misma noche del 31 de mayo, el consejo del departamento del Calvados habia votado la formacion de un ejército departamental, destinado á asegurar la libertad de la Convencion. «No depondremos las armas, decia el manifiesto redactado en la misma sesion, hasta no haber reducido á la nada á los proscripores y facciosos.» Una asamblea se encargó del gobierno de la insurreccion, y confirió el mando de las tropas el general Wimpfen, antiguo diputado constitucional, natural de Bayeux, que aunque fiel á su patria era, sin embargo de ideas realistas. La asamblea insurreccional hizo prender á Romme y Prieur, ambos comisarios de la Convencion, del partido montañés, encerrándolos en el castillo de Caen. Durante estas prisiones fué cuando Romme ideó el plan del *calendario republicano*, que debia quitar al mismo tiempo las buellas de lo pasado y de la tradicion.

Los diputados fugitivos llegaron sucesivamente á Caen en los primeros dias de junio. Cada uno á su llegada se presentó al comité insurreccional y enardeció las opiniones federalistas con la relacion de sus propias persecuciones. La ciudad les dió hospitalidad en el antiguo

palacio de la intendencia. Fueron mas bien espectadores que actores en la insurrección; esta cobró fuerzas con la adhesión de algunos regimientos que estaban de guarnición en Caen y sus inmediaciones, y la formación de batallones de voluntarios escogidos entre la juventud de Rennes, de Lorient, y de Brest. La vanguardia de estas tropas, bajo el mando de Mr. de Puisaye, emigrado que había vuelto á entrar, adicto al rey, se apostó en Evreux. Puisaye no veía en la insurrección mas que la caída de la república; y una vez vencedor, creía en la posibilidad de hacer cambiar fácilmente de bandera á sus tropas, y restablecer la monarquía constitucional. Era un hombre á la vez orador, diplomático y soldado; de un carácter y temple eminentemente adecuado á las guerras civiles, que mas bien producen aventureros que héroes. Mr. de Puisaye había pasado ya un año entero oculto en una cueva en medio de los bosques de Bretaña para encender con sus ardides y correspondencias el fuego de la rebelión contra la república. Al presente se revestía con los matizes tricolores y las opiniones de los girondinos. Sus soldados desconfiaban de él. El general Wimpfen permaneció en Caen con el cuerpo del ejército principal, tratando en vano de fortificarse con enganches de voluntarios. Los emisarios de la Montaña, diseminados por el departamento, amortiguaban y desalentaban el movimiento. Se temía que la libertad sucumbiese en la lucha que en su nombre iba á trabarse.

Mr. de Puisaye hizo marchar sus tropas en número de dos mil hombres, sobre Vernon: pero habiéndolas acampado imprudentemente en las cercanías de Brecourt, abandonándolas durante la noche del 13 de julio, algunos cañonazos de las tropas de la Convención bastaron para dispersarlas. Esta derrota fué la señal de la que habían de sufrir los insurrectos en todas partes. Los mismos batallones bretones tomaron el camino de sus departamentos. Roberto Lindet, comisario de la Convención, entró

en Caen sin resistencia. Los diputados no pensaron ya mas que en su seguridad. Wimpfen les ofreció proporcionarles un asilo en Inglaterra; pero lo rehusaron temiendo confundir su causa con la de los emigrados.

La misma indolencia que los había perdido en Paris, los perdió en Caen. Ninguno de ellos desplegó aquellos recursos de carácter y de ingenio que suplen al número y crean los medios de acción. Contemplaban la fortuna sin aprovecharse de ella. Perdian los días en conferencias estériles con los miembros del comité insurreccional. Barbaroux se ocupaba de poesía, como en los ocios de una vida sosegada. Se escusaba de su voto de muerte en el proceso del rey. «No era mi opinion personal, decía, era el voto de mis comitentes que yo me limité á espresar.»

Petion parecía absorbido en los cuidados que procuraba á su hijo.

Louvet y Barbaroux se trasladaron á Lisieux con objeto de marchar con la vanguardia á Paris; pero llegaron en el momento en que las tropas desconcertadas de Puisaye retrocedían á Caen. Uno de sus amigos, que huía con los batallones de aquel general, encontró á Barbaroux echado en el pavimento de su cuarto en una hostería de Lisieux, y le anunció la derrota de Vernon. Barbaroux volvió á Caen; Valady y él no se separaban. «Barbaroux, decía Valady, es un sublime atolondrado que dentro de diez años será un grande hombre!» Giroy-Dupré componía estrofas insurreccionales para sustituirlas á las de la *Marsellesa* en los combates contra la Montaña.

Petion se justificaba con indignación de la sospecha de haber tenido parte en los asesinatos de setiembre. Su aspecto honrado desmentía aquellas atroces imputaciones. «¡Ved, decía de él Barbaroux, ved al hombre que quieren hacer pasar por un asesino!»

Guadet conservaba el semblante, la palabra y la actitud trágicas. «¡Siempre orador!» decía chauceándose Barbaroux cuando hablaba de él.

En Caen manifestaron mas indiferencia por su suerte que carácter para repararla, y escitaron mas curiosidad que entusiasmo. Todo abortó entre sus manos. Su guerra civil no fué mas que un motin que ni siquiera se acercó á las murallas de Paris. La republica que ellos habian creado, les negó hasta un campo de batalla, y les reservaba el cadalso. La Francia compadeció aquellos hombres perseguidos. Se horrorizaba de las violencias hechas á la representacion, de la opresion de la Convencion, de los patíbulos; pero mas horror le causaban los desastres de su territorio y la invasion del estrangero. No podia entonces en balanza la tiranía pasagera de un comité de salvacion pública, por atroz que fuese, con la destruccion de la patria y la descomposicion de la unidad nacional, á la cual creia sacrificarse ella misma. El nombre de federalista era mas que una injuria en la creencia del pueblo: era un parricidio, que segun él, solo podia espiarse con la muerte.

XIV.

Aquella sospecha de federalismo enviaba diariamente al patibulo los que con este nombre eran designados á la venganza del pueblo. Marat no cesaba de marcar con él á todos los que estaban relacionados con los diputados proscriptos, por algun vinculo de opinion ó de interés. Desde el día de su triunfo se habia constituido en acusador público de la municipalidad, de los Franciscanos y hasta de la Convencion. La vacilacion de Danton, la contemporizacion de Robespierre, y la moderacion de los jacobinos, elevaban entonces á Marat al apogeo de su popularidad y de su poder. Se atrevia á ejecutar todo lo que meditaba, y su calenturienta imaginacion no ponía ya límites á sus ideales concepciones. Afectaba mucho despre-

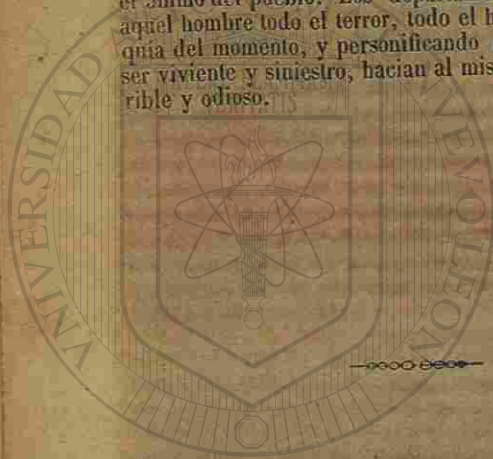
ció hácia la Convencion, desdenándose de asistir á sus sesiones, y al oír los nombres de Robespierre y Danton, se encogía de hombros, considerándoles incapaces de completar la revolucion y regenerar al pueblo, el un por falta de virtud, y el otro por carecer de genio. Deslumbrábase la elevacion á que le habian conducido sus propias locuras. Creía reasumir de pleno derecho en su persona el número, el derecho y la voluntad de las masas. Adoraba en sí mismo la divinidad del pueblo.

XV.

El culto que á sí mismo se tributaba le habia inspirado á la parte ignorante y turbulenta de la nacion, y sobre todo del populacho de Paris, siendo Marat para ella la sublimidad del patriotismo. «Marat nos es necesario, decia Camilo Desmoulins á Danton para escusarse de la adulacion que tributaba á aquel hombre. Mientras tengamos á Marat de nuestra parte, el pueblo tendrá confianza en nuestras opiniones y no nos abandonará; porque fuera de las opiniones de Marat, no hay nada. Sobrepuja á todos, y nadie puede escederle.»

Desde la espulsion de los girondinos, se habia recusado como diputado, no queriendo, decia, pronunciar como juez sobre los que consideraba como enemigos personales. Su parecer era la insurreccion y por eso desdenaba el de la Convencion y la espada de la ley. Devorado por una fiebre lenta y una horrible lepra, espuma visible de la efervescencia de su sangre, no salía casi de la morada sombría y recóndita donde habitaba. Desde allí invisible y enfermo no cesaba de señalar proscriciones al pueblo, désiguar los sospechosos, indicar las victimas y promulgar sus órdenes á la misma Convencion. Esta escuchaba la lectura de sus cartas con verdadero disgusto, pero con

deferencia aparente. Los girondinos, para acrecentar el odio de la Francia contra sus enemigos, daban á estos en los departamentos el nombre de maratistas: pero esta denominacion injuriosa engrandeci6 aun mas á Marat en el ánimo del pueblo. Los departamentos reasumian en aquel hombre todo el terror, todo el horror, toda la anarquía del momento, y personificando el crimen en aquel ser viviente y siniestro, hacian al mismo crimen mas terrible y odioso.



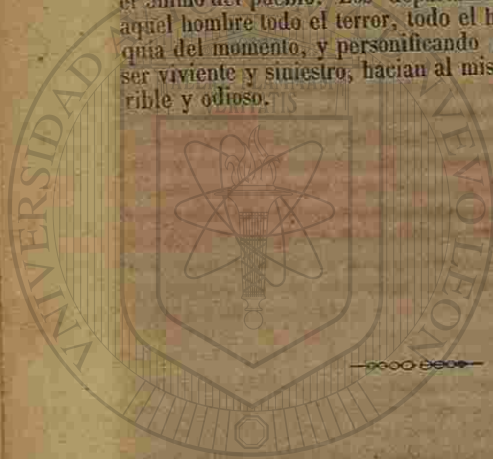
LIBRO CUARENTA Y CUATRO.

Caen.—Casa de Carlota Corday.—Retrato de Carlota Corday.—Su vida.—Su carácter.—Sus relaciones con los girondinos proscritos.—Proyecto.—Viaje.—Llegada a Paris.—Audiencia.—Marat asesinado.—Prision de Carlota Corday.—Manifiesto a los franceses.—Fallo.—Ejecucion.

I.

Más entretanto que Paris, la Francia, los gefes y ejércitos de las facciones se disponian de este modo á despedazar la república, la sombra de un gran pensamiento vagaba por el alma de una jóven é iba á desconcertar los sucesos y los hombres, arrojando el brazo y la vida de una muger por entre el destino de la revolucion. Podria creerse que la Providencia queria burlar la grandeza de la obra con la debilidad de una mano, y se complacia en poner en contraste los dos fanatismos luchando cuerpo á cuerpo; uno bajo el odioso aspecto de la venganza del pueblo en Marat, y el otro bajo la celeste hermosura del amor de la patria en una Juana de Arco de la libertad: ambos, sin embargo, tendian en su estravio al mismo acto, al asesinato, reuniéndose por desgracia de esta suerte

deferencia aparente. Los girondinos, para acrecentar el odio de la Francia contra sus enemigos, daban á estos en los departamentos el nombre de maratistas: pero esta denominacion injuriosa engrandeci6 aun mas á Marat en el ánimo del pueblo. Los departamentos reasumian en aquel hombre todo el terror, todo el horror, toda la anarquía del momento, y personificando el crimen en aquel ser viviente y siniestro, hacian al mismo crimen mas terrible y odioso.



LIBRO CUARENTA Y CUATRO.

Caen.—Casa de Carlota Corday.—Retrato de Carlota Corday.—Su vida.—Su carácter.—Sus relaciones con los girondinos proscritos.—Proyecto.—Viaje.—Llegada a Paris.—Audiencia.—Marat asesinado.—Prision de Carlota Corday.—Manifiesto a los franceses.—Fallo.—Ejecucion.

I.

Más entretanto que Paris, la Francia, los gefes y ejércitos de las facciones se disponian de este modo á despedazar la república, la sombra de un gran pensamiento vagaba por el alma de una jóven é iba á desconcertar los sucesos y los hombres, arrojando el brazo y la vida de una muger por entre el destino de la revolucion. Podria creerse que la Providencia queria burlar la grandeza de la obra con la debilidad de una mano, y se complacia en poner en contraste los dos fanatismos luchando cuerpo á cuerpo; uno bajo el odioso aspecto de la venganza del pueblo en Marat, y el otro bajo la celeste hermosura del amor de la patria en una Juana de Arco de la libertad: ambos, sin embargo, tendian en su estravio al mismo acto, al asesinato, reuniéndose por desgracia de esta suerte

en la posteridad, no por el objeto, sino por el medio; no por el semblante, sino por la mano; no por el alma, sino por la sangre.

II.

En una calle ancha y poblada que atraviesa la ciudad de Caen, capital de la Normandía, y centro entonces de la insurrección girondina, se veía en el fondo de un patio una antigua casa de ennegrecidas paredes, descarnadas por la lluvia y resquebrajadas por el tiempo. Llamábase esta casa el *Grand-Manoir*. Una fuente con pilón de piedra cubierto de verdoso musgo, ocupaba un ángulo del patio. Por entre una puerta angosta y baja, cuyas jambas acanaladas se reunían en el vértice formando arco, se divisaban los escalones carcomidos de una escalera de caracol que conducía al piso superior. Dos ventanas con cruceros, cuyos vidrios octógonos estaban asegurados en compartimientos de plomo, daban una luz débil á la escalera y á los vastos aposentos desguarnecidos. Esta luz pálida comunicaba por entre la vetustez y oscuridad á aquella morada ese aspecto ruinoso, misterioso y melancólico que la imaginación humana se complace en ver estendido como un sudario en las cunas de los grandes pensamientos y en las mansiones de las almas grandes. Allí vivía á principios de 1793 una nieta del gran trágico francés Pedro Corneille. Los poetas y los héroes son de la misma raza, no habiendo entre ellos otra diferencia que la de la idea al hecho. Los unos ejecutan lo que los otros conciben, pero es un mismo pensamiento. Las mugeres son naturalmente entusiastas como los unos y animosas como los otros. La poesía, el heroísmo y el amor son de una misma sangre.

III.

Aquella casa pertenecía á una pobre viuda sin hijos, anciana y enferma, llamada madama de Breteville. Con ella habitaba algunos años hacia una joven sobrina á quien habia recogido y educado para consuelo de su vejez y para aliviar su aislamiento. Aquella joven tenia entonces veinte y cuatro años. Su belleza grave, serena y recatada, aunque brillante, parecia haber contraído en el fondo del corazón el sello de aquella mansion austera y de aquella vida retirada. Había en ella algo de semejante á una aparición. Los moradores del barrio, que la veían salir el domingo con su anciana tía para ir á las iglesias, ó la divisaban por entre la puerta leyendo en el patio durante muchas horas, sentada al sol en el escalon de la fuente, refieren que su admiración hacia ella iba mezclada de prestigio y respeto, ora fuese el rayo de un pensamiento fuerte que intimida la vista del vulgo, ora la atmósfera del alma que se retrataba en sus facciones, ora presentimiento de un destino trágico que de antemano brilla en la frente.

Aquella joven era de elevada estatura, aunque no sobrepujaba el talle comun de las mugeres altas y esbeltas de Normandía. La gracia y la dignidad natural daban acento, como un ritmo interior, á su andar y á sus movimientos. El ardor del Mediodía se mezclaba en su tez al color de las mugeres del Norte. Sus cabellos parecían negros, cuando estaban prendidos en masa alrededor de su cabeza ó cuando formaban dos ondas en su frente; parecían de oro pulido en la punta de las trenzas, cual la espiga que al sol resplandece mas que el tallo. Sus ojos grandes y rasgados hasta las sienas, eran de color cambiante como el mar, que roba sus matices á la sombra ó á la luz; azules cuando reflexionaba, y cuando se anima-

la casi negros. Sus pestañas, muy largas y mas negras que su pelo, daban á su mirada un aspecto de lontananza. Su nariz, que iba á unirse á la frente, formando una curva insensible, estaba un poco elevada hácia el medio; su boca griega dibujaba sus labios con limpieza, fluctuando en ellos una espresion incomprendible, entre ternura y severidad, igualmente capaz de respirar el amor ó el patriotismo. La barba realzada, dividida por un surco muy profundo, daba á la parte inferior de su rostro un acento de resolucion varonil que formaba contraste con la gracia femenil de sus contornos. Sus megillas tenían la frescura de la juventud y formaban un óvalo que respiraba salud; se sonrojaba y palidecia con facilidad; tenía su piel esa blancura sana y jaspeada de vida. Su pecho ancho y un tanto descarnado parecia un busto apenas ondulado. Sus brazos eran musculosos, sus manos largas, sus dedos delicados. Su traje, con arreglo á la mediania de su fortuna y al retiro en que vivía, respiraba una sôbria sencillez. Se fiaba en la naturaleza, desdeñando todo artificio ó todo capricho de la moda. Los que en su adolescencia la vieron la pintan siempre uniformemente vestida con un traje de paño oscuro, cortado á lo amazona, y cubierta con un sombrero de fieltro gris, de alas recogidas, y adornado con cintas negras, segun costumbre entonces de las mugeres de su clase. El acento de su voz, ese eco vivo que reasume toda una alma en una vibracion del aire, dejaba una profunda y tierna impresion en el oido de las personas á quienes dirigia la palabra. Todavía hablaban de aquel timbre de voz diez años despues de haberla oido, como de una música estrana é indeleble grabada en la memoria. Tenia en esa clave del alma notas tan sonoras y tan graves, que oirla, segun dicen, era mas que verla, formando la voz en ella parte de su hermosura.

Aquella jóven se llamaba Carlota Corday-d'Armont. Aunque de noble estirpe, habia nacido en una cabaña de-

nomiada la Ronceray, en la aldea Lignereis, no lejos de Argentan. El infortunio le habia recibido en una vida que debia abandonar en el cadalso.

IV.

Su padre, Francisco de Corday-d'Armont era uno de aquellos nobles de provincia á quienes la pobreza confunde casi con el aldeano. Esta nobleza no conservaba de su antigua elevacion sino cierto respeto hácia el nombre de familia, y una esperanza vaga de recobrar su fortuna, que la impedia al mismo tiempo humillarse en sus costumbres y realzarse por el trabajo. Las tierras que cultivaba aquella nobleza rural en pequeñas posesiones inagotables, era lo único que la mantenía sin humillarla con su indigencia. La nobleza y la tierra parecían haberse casado en Francia, como lo hacen en Venecia la aristocracia y el mar.

Mr. de Corday unia á sus ocupaciones agrícolas cierta inquietud política y gustos literarios, muy difundidos entonces en aquella clase literata de la poblacion noble. Su alma preveía una próxima revolucion; traíale desasosgado su inaccion y miseria. Habia escrito algunas obras de circunstancias contra el despotismo y el derecho de primogenitura, y en ellas se dejaba ver el espíritu que iba á brotar. Tenia el odio á la supersticion, el ardor de una naciente filosofia y el presentimiento de una revolucion necesaria. O bien fuese por insuficiencia de genio, ó bien por inquietud de carácter, ó por obstinacion de la fortuna que oscurece á los mejores talentos, no pudo hacerse lugar entre los sucesos de su época.

Languidecia en su pequeño feudo de Ligneris, en medio de una familia que de año en año se acrecentaba. Cinco hijos, de los cuales dos eran varones y tres hem-

bras, siendo Carlota la segunda de estas, le hacían conocer cada día más, las penitencias de la necesidad. Su muger, Jacoba-Carlota-María de Gonthier-des-Autiers murió de estas angustias, dejando un padre á sus tiernas hijas; pero dejando en realidad sus almas huérfanas de esa tradición doméstica y de esa inspiración diaria que con la madre arrebató la muerte á los hijos.

Carlota y sus hermanas vivieron algunos años aun en Ligneris, casi abandonadas á la naturaleza, vestidas con lienzo tosco como las aldeanas de Normandía, y como ellas escardando el jardín, segando el prado, espigando los haces y cogiendo las manzanas de la reducida posesión de su padre. Al fin, la necesidad obligó á Mr. Corday á separarse de sus hijas, que bajo los auspicios de su nobleza é indigencia entraron en un monasterio de Caen, llamado la abadía de las Damas, cuya abadesa era la señora de Belzunce. Este monasterio, cuyos vastos claustros y capilla de arquitectura romana se habían construido en 1066 por Matilde, muger de Guillermo el Conquistador, después de haber estado desierto, degradado y olvidado entre las ruinas hasta 1630, fué magníficamente restaurado después, siendo en el día uno de los más bellos hospicios del reino y uno de los más espléndidos monumentos públicos de la ciudad de Caen y de la Normandía.

Carlota tenía trece años. Aquellos conventos eran entonces verdaderos retiros cristianos en que las mugeres vivían apartadas del mundo, pero escuchando todos sus rumores y participando de todos sus movimientos. La vida monástica, llena de prácticas apacibles, de amistades íntimas, sedujo por algún tiempo á la tierna niña. Su alma ardiente y su imaginación apasionada la impulsaron á

esa contemplación meditabunda, en el fondo de la cual se cree percibir á Dios, estado del alma que el imperio afectuoso de una superior y el poder de imitación cambian tan fácilmente en la niñez en fe y en ejercicio de devoción. El carácter de hierro de madama Roland se había encendido y amoldado también en este fuego celeste. Carlota, más tierna, cedió á él con más facilidad aun, y durante algunos años fué un modelo de piedad. Pensaba en cerrar su vida, apenas abierta en aquella primera página, y encerrarse en aquella tumba donde en lugar de la muerte hallaba el reposo, la amistad y la dicha.

Pero cuanto más se esforzaba su alma, más aprisa se abismaba y llegaba á la estremidad de sus pensamientos. Pronto descendió al abismo de su fe infantil; más allá de sus dogmas domésticos, diviso otros dogmas nuevos, luminosos y sublimes. No abandonó á Dios ni á la virtud; pero dióles otros nombres y diferentes formas. La filosofía que entonces inundaba á la Francia con sus destellos, penetraba con los libros en boga por las rejillas de los monasterios. Allí era donde profundamente meditaba en el recogimiento del claustro y en oposición con las pequenezes monásticas, formando la filosofía sus más ardientes adeptos. Los jóvenes de ambos sexos veían sobre todo en el triunfo de la razón general, sus cadenas quebrantadas y adoraban su reconquistada libertad.

Carlota contrajo en el convento esas tiernas predilecciones de niñez, semejantes á parentescos de corazón. Sus amigas eran dos jóvenes de nobles casas y de humilde fortuna como ella: las señoritas de Faudois y de Forbin. La abadesa, madama de Balzunce, y su coadjutora, madama Doulcet de Pontécoulant, habían distinguido á Carlota y la admitían en aquellas sociedades algo mundanas, que la costumbre permitía á las abadesas mantener con sus parientes en el recinto mismo de sus conventos. Carlota había conocido allí dos sobrinos de dichas señoras Mr. de Belzunce, coronel de un regimiento de caballería

de guarnicion en Caen, y Mr. Doucet de Pontécoulant, oficial de guardias de corps del rey. El uno debía ser mas tarde asesinado en un motin del populacho de Caen, y el otro iba á adoptar con moderada constancia la revolucion, entrar en la Asamblea legislativa y en la Convencion y sufrir luego el destierro y persecucion por la causa de los girondinos. Despues se ha supuesto que el recuerdo harto tierno del jóven Belzunce, inmolado en Caen por el pueblo, habia hecho jurar á Carlota, viuda de su primer amor, una venganza que debia recaer en Marat. Nada puede confirmar esta suposicion y todo la refuta. Si la revolucion no hubiera escitado en el corazon de Carlota otra cosa que el horror y el resentimiento del asesinato de un amante, hubiera confundido en el mismo odio á todos los partidos de la república, y no hubiera abrazado hasta el fanatismo y la muerte una causa que habia ensangrentado sus recuerdos y enlutado su porvenir.

VI.

Al suprimirse los monasterios, tenia Carlota diez y nueve años. La miseria de la casa paterna se habia acrecentado con el tiempo; sus dos hermanos, que habian entrado en el servicio militar, habian emigrado. Una de sus hermanas habia muerto, y la otra dirigia en Argentan la pobre morada de su padre. La anciana tia, madama de Bretteville, recogió á Carlota en su casa de Caen, aunque como toda la familia, carecia de fortuna. Vivía en ese silencio y oscuridad que apenas revelan á los vecinos mas inmediatos el nombre y existencia de una pobre viuda. Su edad y enfermedades oscurecian todavia mas la sombra que su condicion proyectaba sobre su vida. Solo una muger la servía. Carlota ayudaba á esta en los cuidados domésticos; recibia con gracia á las antiguas amigas de

la casa, y por la noche acompañaba á su tia á aquellas reuniones nobles de la ciudad, no dispersadas aun por el furor popular, y en donde era permitido á algunos velustos restos del antiguo régimen, reunirse para consolarse y gemir. Carlota, respetuosa hácia aquellos tristes recuerdos y supersticiones de lo pasado, nunca los contrariaba con palabras crueles; pero se sonreía de ellos interiormente, y alimentaba en su alma el foco de opiniones distintas, que cada dia se iba haciendo mas ardiente. La ternura de su alma, la gracia de sus facciones, la puerilidad infantil de sus modales no dejaban, sin embargo, sospechar ningun pensamiento fijo bajo su alegría. Su apacible regocijo brillaba en la vieja casa de su tia, como el rayo de la mañana de un dia borascoso, tanto mas resplandeciente, cuanto mas tenebrosa será la tarde.

Despues de cumplir con los cuidados domésticos, y de acompañar á su tia á la iglesia y volverla á traer, Carlota podia disponer de todos sus pensamientos y de todas sus horas. Pasaba sus dias jugueteando en el patio y en el jardin, meditando y leyendo. Nadie la molestaba ni la dirigía en su libertad, en sus opiniones ni en sus lecturas. Las opiniones religiosas y políticas de madama de Bretteville eran hábitos mas bien que convicciones; las conservaba como costumbre de su edad y de su tiempo, pero no las imponía. Por otra parte, la filosofia habia minado entonces el fundamento de las creencias hasta en el mismo espíritu de la antigua nobleza. La revolucion lo ponía todo en duda, y era poca la adhesion que se tenia á ideas que todos los dias se veian vacilar y caer. Además, las opiniones republicanas del padre de Carlota, se habian infiltrado mas ó menos en sus deudos. La familia de Carday tenia alguna inclinacion á las ideas nuevas. La misma señora de Bretteville ocultaba, bajo la aparienencia de su sentimiento, hácia el antiguo régimen, un favor secreto á la revolucion. Dejaba á su sobrina nutrirse en las obras, opiniones y periódicos de su gusto. La edad de

Carlota la inclinaba á la lectura de novelas que ofrecen meditaciones ya del todo hechas á la imaginacion de las almas ociosas; pero su mente la movia á la lectura de obras de filosofía, que trasforman los instintos vagos de la humanidad en teorías sublimes de gobierno, y á la de libros de historia que cambian las teorías en acciones y las ideas en hombres.


Esta doble necesidad de su entendimiento y de su corazón la encontraba satisfecha en Juan Jacobo Rousseau, ese filósofo del amor, y ese poeta de la política; en Raynal, ese fanático de la humanidad; en Plutarco, en fin, ese personificador de la historia, que pinta mas bien que narra, y que vivifica los sucesos y caracteres de sus héroes. Estos tres libros se sucedían sin cesar en sus manos. También hojeaba las obras apasionadas ó ligeras de la época, como *La Eloisa* ó *Foblas*. Pero aunque su imaginacion prendió en ellos sus meditaciones, nunca perdió su alma el pudor, ni su adolescencia la castidad. Devorada por la necesidad de amar, inspirando y experimentando á veces los primeros síntomas del amor, su reserva, su dependencia y su miseria contuvieron siempre las íntimas manifestaciones de sus sentimientos. Desgarraba su corazón para desprender violentamente de él el primer lazo que se le prendía. Su amor, rechazado de esta manera por la voluntad y el destino cambió, no de naturaleza, sino de ideal. Se trasformó en un vago y sublime pensamiento de sacrificio á la felicidad pública. Aquel corazón era demasiado vasto para que solo contuviera su propia felicidad; quiso encerrar en él la de todo un pueblo. El fuego en que por un solo hombre hubiera ardido, lo consumió todo por su patria. Se concentró mas y mas en estas ideas, meditando sin cesar cual era el servicio que podía hacer á la humanidad. La sed del sacrificio de sí misma, habia llegado á ser su demencia, su amor ó su virtud. Aun cuando este sacrificio debiera de ser, estaba resuelta á cumplirlo. Había llegado á ese estado desesperado

del alma, que es el suicidio de la dicha, no en provecho de la gloria ó de la ambicion, como madama Roland, sino en el de la libertad y de la humanidad, como Judith ó Epicharis. No le faltaba mas que una ocasion; la estaba espiondo y creyó haberla hallado.

VII.

Era el momento en que los girondinos luchaban con arranques de valor y de elocuencia prodigiosos, contra sus enemigos en la Convencion. Creíase que los jacobinos no querían arrancar la república á la Gironda sino para precipitar á la Francia en una sangrienta anarquía. Los supremos peligros de la libertad, la tiranía odiosa del populacho de París sustituida á la soberanía legal de la nacion representada por sus diputados; los encarcelamientos arbitrarios, los asesinatos de setiembre, la conjuracion del 10 de marzo, la insurreccion del 30 y 31 de mayo, la espulsion y proscripcion de la parte mas pura de la Asamblea, su patíbulo á lo lejos á donde subiría la libertad con ellos; la virtud de Roland, la juventud de Fonfrede y Barbaroux, el grito de desesperacion de Isnard, la constancia de Buzot, la integridad de Petion, el idolo hecho victima, el martirio de tribuna de Lanjuinais, al cual no habia faltado para igualar la suerte de Ciceron, mas que la lengua del orador clavada en la tribuna; la elocuencia en fin de Vergniaud, esa esperanza de los buenos ciudadanos, ese remordimiento de los perversos, emudecido de repente, abandonando á los hombres de bien á su desaliento, á los infames á su maldad; en vez de aquellos hombres interesantes ó sublimes que parecían defender en la brecha las últimas trincheras de la sociedad y los hogares sagrados de cada ciudadano, verse á un Marat, escoria y lepra del pueblo, triunfando de las

leyes por la sedición, coronado por la impunidad. Llevado á la tribuna en brazos de las turbas de los arrabales, tomando la dictadura de la anarquía, del despojo, del asesinato, y amenazando toda independencia, toda propiedad, toda libertad, todas las vidas en los departamentos: todas estas convulsiones, todos estos excesos, todos estos terrores habian conmovido extraordinariamente las provincias de la Normandía.



VIII.

La presencia en el Calvados de aquellos diputados fugitivos que venian á apelar á la libertad contra la opresion y á adherirse á los focos de los departamentos para suscitar allí vengadores á la patria, habia llevado hasta la adoracion el interés de la ciudad de Caen por los girondinos y la execeracion á Marat. Este nombre se habia hecho uno de los mas criminales. Las opiniones mas bien inglesas que romanas, el republicanismo ático y moderado de la Gironda, formaban contraste con el cinismo de los maratistas. Lo que se habia deseado en Normandía antes del 10 de agosto, era mucho menos la caída del trono que una constitucion de la monarquía que sancionara la igualdad. La ciudad de Rouen, capital de aquella provincia, era adicta á la persona de Luis XVI, y le habia ofrecido un asilo antes de su caída. El cadalso de este príncipe habia entristecido y humillado á los buenos ciudadanos. Las otras ciudades de aquella parte de la Francia eran ricas, industriosas y agrícolas. La paz y la marina eran necesarias para su prosperidad. La afición del rey á la agricultura, su esclarecida predileccion á la navegacion, las fuerzas navales de la Francia que se esforzaba en constituir, las construcciones de navios que ordenaba en la rada de Brest, los maravillosos trabajos

del puerto de Cherbourg, los viajes que habia hecho, en el interior y por el litoral, para visitar y vivificar todas las radas del Océano, sus estudios con Turgot para favorecer la industria y dar libertad al comercio, habian dejado en el corazon de los normandos, cariño á su nombre, ternura por sus infortunios, horror contra sus asesinos, y una disposicion secreta hácia el restablecimiento de un régimen que uniria las garantías de la monarquía con las libertades de la república. De aqui provino ese entusiasmo por los girondinos partidarios de la Constitucion de 1791; de aqui tambien la esperanza que se tenia en reintegrarlos y vengarlos. Todo patriotismo se creia herido, toda virtud ajada, toda libertad muerta con ellos.

Afectado ya el corazon de Carlota Corday, sintió todos los golpes dados á su patria reasumirse en dolores, en desesperacion, y en valor en un solo corazon. Vió la pérdida de la Francia, vió las víctimas, y creyó ver el tirano. Juró vengar á las unas, castigar al otro y salvarlo todo. Durante algun tiempo, recapacitó en su alma su vaga resolucion, sin saber que acto exigia de ella la patria, y cuál era el nudo de crimen que mas urgia cortar. Estudió las cosas, los hombres, las circunstancias, para que su valor no se equivocase, ni fuera vana su sangre.

IX.

Los girondinos Buzot, Salles, Petion, Valady, Gorsas, Kervelegan, Mollevault, Barbaroux, Louvet, Giroux, Bussy, Bergeing, Lesage (de Eura y Loira), Meilhan, Enrique Lariviere y du Chastel, hacia algunas semanas que estaban como hemos visto, en Caen, fomentando la insurreccion general de los departamentos del Norte, combinando la insurreccion republicana de la Bretaña, reclutando batallones de voluntarios, enviándolos al ejer-

cito de Puisaye y de Wimpfen, que debía marchar sobre París, y atizando en las administraciones locales el fuego de la indignación de los departamentos que debía consumir á sus enemigos. Estos diputados tantas veces insultados por Marat, ponían naturalmente á la Montaña y la municipalidad bajo el horror del nombre de su enemigo, nombre odioso que debía suscitarles vengadores y les suplía por un ejército. Sublevándose contra la omnipotencia de París y la dictadura de la Convencion, creta la juventud de los departamentos levantarse solo contra Marat, Danton y Robespierre, menos señalados en los últimos movimientos del pueblo contra la Gironda, no tenían, en sentir de los insurreccionados, ni la importancia, ni la autoridad sobre el pueblo, ni el delirio sangriento de Marat. Dejaban en la sombra los nombres de estos dos grandes montañeses, para no contrariar el aprecio que entre los jacobinos de los departamentos conservaban esas dos popularidades mas importantes. Las masas se engañaban no viendo la tiranía y libertad mas que en un solo hombre. Carlota se equivocó como la opinion. La sombra de Marat ofuscó á toda la república.

X.

Los girondinos á quienes la ciudad de Caen habia tomado bajo su salvaguardia, estaban hospedados todos juntos en el palacio de la antigua intendencia, á donde se habia trasladado tambien el gobierno federalista y la comision insurreccional; allí se celebraban asambleas populares donde los ciudadanos, y las mugeres se apresuraban á concurrir para contemplar y oír á las primeras victimas de la anarquía, á los últimos vengadores de la libertad. Los nombres por tanto tiempo dominantes de Petion, Buzot, Louvet y Barbaroux, hablaban mas que sus

discursos á la imaginacion de los habitantes del Calvados. La vicisitud de las revoluciones, que hacia aparecer desterrados y suplicantes en una poblacion arrinconada de la república, á aquellos oradores que habian derribado la monarquía, sublevado al pueblo de París, llenado la tribuna y la nacion con sus voces, enternecia á los espectadores y los llenaba de orgullo para vengar pronto á tan ilustres huéspedes. Los acentos de estos hombres embriagaban, se les nombraba y enseñaban con el dedo á ese Petion, rey de París, y á ese Barbaroux, héroe de Marsella, cuya juventud y belleza realzaban su elocuencia, su valor y sus desgracias. Salían de allí gritando á las armas, y provocando á los hijos, esposos y hermanos á alistarse en los batallones. Carlota Corday, despreciando las preocupaciones de su categoria y la timidez de su sexo y de su edad, se atrevió varias veces á asistir á aquellas sesiones con algunas amigas suyas. Se hizo notar por un entusiasmo silencioso que realzaba su belleza femenil y solo se manifestaba por medio de lágrimas. Quería haber visto á los que trataba de salvar. La situación, las palabras, los semblantes de aquellos primeros apóstoles de la libertad, casi todos jóvenes, se grabaron en su alma y dieron un colorido mas personal y apasionado á su adhesion á su causa.

XI.

El general Wimpfen, á quien acababa de intimar la Convencion que se replegase sobre París, respondió: que marcharía allí al frente de sesenta mil hombres, no para obedecer á un poder usurpador, sino para restablecer la integridad de la representacion nacional y vengar los departamentos. Louvet dirigia proclamas fogosas á las ciudades y aldeas del Morbihan, de las costas del Norte, de

la Mayenne, de Ille y Vilaine, del Loira-Inferior, de Finistère, del Eura, del Orne y del Calvados. «Las fuerzas de los departamentos que se dirigen á Paris, decía, no van en busca de enemigos que combatir, van á fraternizar con los parisienses, van á afirmar la vacilante estatua de la libertad. ¡Ciudadanos! que presenciareis el paso de estas falanges amigas por vuestros caminos, por vuestras ciudades, por vuestras aldeas, fraternizad con ellas. Impedid que algunos monstruos anegados en sangre se introduzcan entre vosotros para detener su marcha.» Estas palabras eran las que atraían á millares de voluntarios: Caen contaba dentro de sus muros mas de seis mil reunidos. El domingo 7 de julio, los revisaron los diputados girondinos, y las autoridades de Calvados, con todo el aparato propio para electrizar su valor. Esta sublevacion espontánea que se presentaba con las armas en la mano, para morir ó vengar la libertad de los insultos de la anarquía, recordaba la insurreccion patriótica de 1792, que condujo á las fronteras á todos los que creían incompatible su vida con la muerte de la patria.

Carlota Corday presenciaba desde un balcon este alistamiento y esta marcha. Apenas llegaba al suyo, el entusiasmo de aquellos jóvenes ciudadanos, que abandonaban sus hogares para ir á proteger el violado recinto de la representacion nacional, haciendo frente á las balas y á la guillotina. Aun le creía frío, y se indignaba por el corto número de voluntarios que el alistamiento habia añadido á los regimientos y batallones de Wimpfen. En efecto, aquel día apenas pasaron de veinte.

Decíase, que aquel entusiasmo aterraba algo en Carlota la impresion misteriosa, pero pura, que por ella sentía uno de estos voluntarios que abandonaban sus hogares, sus amores y tal vez su vida. Carlota Corday, no pudo ser insensible á aquella veneracion oculta; pero innolaba esta adhesion de puro reconocimiento á otra mas sublime.

Aquel joven se llamaba Franquelin: adoraba á la hermosa republicana, pero ocultamente. Mantenía con ella una correspondencia en la que resaltaba la reserva y el respeto. Correspondia ella con la triste y tierna timidez de una joven, cuya dote consistia en sus infortunios. Habia dado su retrato al joven voluntario, y le permitia que la amase, á lo menos en imagen. Franquelin impulsado por el entusiasmo general y seguro de alcanzar una mirada de aprobacion armándose por la libertad, se alistó en el batallon de Caen. Carlota no pudo conservar su serenidad al presenciar la marcha de este batallon, ni ocultar la palidez y las lágrimas que aparecieron en sus mejillas. Petion, que conocia á Carlota, pasaba á la sazón por debajo de sus balcones y admirado de la debilidad de Carlota la dirigió la palabra: «¿Os agradaria, la dijo, que no marchasen?» La joven se ruborizó, contuvo la contestacion y se retiró. Petion no comprendió aquella turbacion, pero el porvenir se la reveló. Franquelin, despues del suplicio de Carlota Corday, se retiró á una aldea de la Normandia herido de muerte por el rechazo del golpe del hacha que habia cortado la cabeza á su doña. Allí solo, con su madre, existió algunos meses, y murió pidiendo que se enterrasen con él el retrato y cartas de Carlota: la imagen y el secreto yacen en aquella tumba.

XII.

Desde la marcha de los voluntarios, solo un pensamiento ocupó á Carlota: anticiparse á su llegada á Paris, conservar sus generosas vidas, y hacer innecesario su patriotismo, librando antes que ellos de la tiranía á la Francia. Este deseo, antes sufrido que experimentado, fué una de las tristezas de su sacrificio, pero no la causa.

La causa verdadera era su patriotismo. Un presenti-

miento de terror pesaba ya sobre la Francia en aquel momento: el cadalso estaba levantado en París, y se hablaba de pasearle muy luego por todo el ámbito de la república. El poder de la Montaña y de Marat, si triunfaba, debía defenderlo únicamente la mano del verdugo. Decíase que el monstruo había ya formado las listas de proscripción y contado el número de cabezas que debían calmar sus sospechas ó su venganza. Lyon tenía señaladas dos mil quinientas víctimas, tres mil Marsella, veinte y ocho mil París, trescientas mil la Bretaña y Calvados. El nombre de Marat producía el calorío de la muerte. Contra tanta sangre quería Carlota oponer la suya. Cuantos mas lazos rompiese en la tierra, mas agradable sería la voluntaria víctima á la libertad.

Tal era la secreta predisposición de su ánimo, pero Carlota antes de herir quería ver.

XIII.

De ningún modo podía enterarse mejor del estado de París, de las cosas y de los hombres, que acercándose á los girondinos, principales interesados en esta causa; quiso, pues, sondearlos sin descubrirse. Los respetaba bastante para revelarles un proyecto que hubieran podido condenar como un crimen ó prevenirlo como una generosa temeridad. Tuvo la constancia de ocultar á sus amigos el pensamiento cuya realización iba á perderla para salvarlos á ellos. Prestando especiales asuntos se presentó á la intendencia, sitio en que los ciudadanos á quienes ocupaba algun negocio podían acercarse á los diputados; vió á Buzot, Petion y Louvet. Dos veces conversó con Barbaroux. Las conversaciones de una jóven hermosa y entusiasta con el mas jóven y hermoso de los girondinos, bajo pretesto político, podía dar ocasion á la

calumnia, ó al menos á que en algun labio apareciese cierta sonrisa de incredulidad. Asi sucedió en los primeros momentos; Louvet, que despues escribió un himno á la pureza y á la gloria de la jóven heroína, creyó aceptables al principio estas vulgares seducciones de los sentidos, cuyos cuadros delineó en su novela del *Foblas*. Buzot, ocupado con otra imagen, apenas dirigió una mirada á Carlota, y Petion, atravesando la sala general de la intendencia, le soltó alguna chanzoneta sobre su asiduidad en la asistencia y sobre el contraste que presentaba su nacimiento con sus visitas. «He ahí, la dijo sonriendo, la jóven aristócrata que viene á ver á los republicanos.» La jóven comprendió la sonrisa y la insinuacion que hería á su pudor: se ruborizó en el momento, mas se repuso, y con un tono de seria reconvenccion, pero amistoso, respondió: «Ciudadano Petion, hoy me juzgais sin conocerme, algun dia sabreis quien soy.»

XIV.

En las audiencias que alcanzó de Barbaroux y que de intento procuraba alargar para empaparle con sus discursos en el republicanismo, en el entusiasmo y en los proyectos de la Gironda, se presentó con la modesta apariencia de pretendiente: pidió al jóven marsellés una carta de recomendacion para uno de sus colegas de la Convencion que la presentase al ministro del Interior. Decía que tenia que hacer al gobierno ciertas reclamaciones en favor de la señorita Forbin, su amiga de infancia: la señorita Forbin, conducida por sus parientes, habia emigrado, y soportaba en Suiza la indigencia. Barbaroux dió la carta para Lauce de Perret, uno de los setenta y tres diputados del partido de la Gironda, olvidado en la primera proscripción.

Esta carta de Barbaroux, que mas tarde sirvió á Lauze de Perret de billete para el cadalso, no contenia palabra alguna que pudiera imputarse como crimen al diputado que la recibia. Barbaroux se limitaba á recomendar una jóven ciudadana de Caen, á la consideracion y proteccion de Lauze de Perret. Anunciábale un escrito de su comun amigo Salles sobre la Constitucion. Provista de esta carta y de un pasaporte, que algunos dias antes habia tomado para Argentan, dió Carlota gracias y se despidió de Barbaroux. El acento de sus palabras despertó en Barbaroux un presentimiento que entonces no pudo comprender. «Si hubiéramos conocido su designio, dijo mas tarde, y sido capaces de un crimen por tal mano, Marat no sería la victima que hubiésemos designado á su venganza.»

Las chanzonetas que Carlota mezclaba constantemente en lo serio de las conversaciones patrióticas, desaparecieron desde que para siempre abandonó la morada de los girondinos. Luchaba interiormente por última vez entre el pensamiento y la ejecucion: una gran prevision y estudiado disimulo ocultó esta lucha. La gravedad de su gesto, y ciertas lágrimas que sorprendieron algunos de sus parientes cercanos, revelaban la agonía voluntaria de su suicidio. Preguntada por su tia: «Lloro, contestó, por las desgracias de mi pais, por las de mis padres y por las vuestras: mientras que Marat exista, nadie tendrá segura su vida.»

Madama de Bretteville recordó despues, de que un dia al entrar en el cuarto de Carlota para despertarla, encontró una biblia vieja abierta en el pasage de Judith y que leyó este versiculo subrayado con lápiz. «Judith salió de la ciudad deslumbrante de belleza, la cual le habia dado el Señor para librar á Israel.»

El mismo dia que salió Carlota para concluir sus preparativos de marcha, encontró en la calle á algunos vecinos de Caen que jugaban á las cartas delante de las

puertas de sus casas, y les dijo con marcado sarcasmo: «¡Jugais y la patria está agonizando!»

Su andar y sus palabras manifestaban la impaciencia y la precipitacion de su marcha. Efectivamente, el 7 de julio salió para Argentan, donde se despidió de su padre y de su hermana. Les dijo que iba á buscar en Inglaterra un asilo contra la revolucion y contra la miseria, y que antes de poner en planta su proyecto, venia á recibir la bendicion paternal

Su padre aprobó esta separacion.

XV.

La tristeza y la miseria de la casa paterna, la muerte prematura de su madre, el destierro de sus hermanos, la pérdida de sus esperanzas y la estincion de los lazos de la infancia, lejos de debilitar, afirmaron mas y mas á la jóven en su resolucion. Tras ella no dejaba ninguna felicidad que pudiera retraerla, ninguna vida comprometida, ningun despojo legaba. Abrazando á su padre y hermana, lloró mas por lo pasado que por lo futuro: el mismo dia volvió para Caen. Engañó la ternura de su tia con la misma estratagema que engañó la de su padre: le dijo que muy luego se dirigiria á Inglaterra, donde varios amigos emigrados le tenían preparado un asilo y le brindaban con una fortuna que no podia prometerse en su patria. Este pretexto atenuó el sentimiento de la despedida y de los preparativos domésticos de su marcha, que dispuso secretamente para el 9 de julio en la diligencia de Paris.

Carlota empleó las últimas horas de su permanencia en Caen, en manifestar su reconocimiento para con su buena tia, á quien era deudora de una larga y apacible hospitalidad, y valiéndose de una de sus amigas, aseguró

la suerte de una criada anciana que habia cuidado de su niñez. En algunas tiendas de Caen, encargó y pagó adelantados ciertos trabajos de ropa y bordados, para que despues de su marcha los remitiesen como recuerdo, á algunas amigas de la infancia. Sus libros predilectos los distribuyó entre las personas de su intimidad: solo se quedó con el Plutarco, como si en la crisis de su vida no hubiese querido separarse de la sociedad de los grandes hombres, con quienes habia vivido y queria morir.

Al pie de la escalera, encontró un niño de un pobre jornalero llamado Roberto, que habitaba en un cuarto bajo. Comunmente jugaba el niño en el patio, y alguna vez le daba estampas. «toma, Roberto, le dijo entregándole su cartera de dibujo, que ya no necesitaba para guardar sus trabajos, toma, para tí, sé bueno y dame un beso, que ya no me verás mas.» Y abrazó al niño dejándole en su mejilla una lágrima. Fué su última lágrima, la última que vertió en la casa de sus primeros años. No le restaba ya que ofrecer sino su sangre.

Su marcha, cuya causa se ignoraba, se reveló á los vecinos de la calle de San Juan por una circunstancia que es la última pincelada de la calma y serenidad de su alma, hasta el fin de su resolución.

Frente á la casa de madama de Bretteville, al otro lado de la calle de San Juan, habitaba una respetable familia de Caen, llamada Laconture. El hijo de la casa, apasionado á la música dedicaba algunas horas del día á su instrumento. Sus ventanas permanecian abiertas, y los acordes de su piano iban á perderse á las vecinas habitaciones. Carlota para escuchar mas libremente aquellos acordes sonidos entreabria las persianas á la hora en que empezaba la sesion; alguna vez cubierta su cabeza con la cortina, se colocaba de codos en el antepecho de la ventana, desde donde escuchaba los acentos de la música. El artista, alentado con la aparición de aquella beldad estasiada, no dejaba pasar ningun día sin que á la mis-

ma hora se sentase delante de su piano; y Carlota recompensaba su asiduidad abriendo tambien puntualmente la ventana. El gusto del mismo arte parecia que habia establecido una muda inteligencia entre estas dos almas, que solo se conocian por aquellos sonidos.

La vispera del dia en que Carlota, fortalecida ya en su resolución, se preparaba á marchar para llenar su misión y morir, sonó el piano á la hora acostumbrada. Carlota arrancada á sus continuas ideas por el poder de la costumbre y por el atractivo del arte que tanto le agradaba, abrió la ventana como ordinariamente, y parecia que escuchaba con mas calma y mas estasiada que nunca. No obstante, cerró con precipitación antes que el músico hubiese concluido, como queriendo separarse violentamente del último placer que la cautivaba.

Al día siguiente, el jóven vecino al sentarse delante de su piano, miró hácia el *Grand-Manoir* en frente, para ver si los primeros preludios harian descórrer las cortinas de la nieta de madama de Bretteville. Pero la ventana cerrada no volvió á abrirse, y esto instruyó al músico de la marcha de Carlota. Los acordes del instrumento vibraban aun, pero el alma de la jóven escuchaba solo la tempestuosa persecucion de su idea, la voz de la muerte y los elogios de la posteridad.

El desembarazo y la firmeza de su conversacion en el coche que la condujo á Paris, inspiró solo á sus compañeros de viage admiracion, benevolencia, y aquella natural curiosidad hácia una muger que se presenta deslumbradora de belleza y de juventud. Durante la primera jornada jugó continuamente con una niña que la casualidad colocó inmediata á ella, ya fuese porque su cariño á los

niños sobrepusase á su preocupacion, ó ya porque despuestas en algo sus penas, quisiese gozar unas pocas horas con la inocencia y con la vida.

Los demas compañeros de viage eran exaltados montañeses que iban á aerisolarse á Paris, vomitando imprecaciones contra la Gironda y deshaciendose en elogios de Marat. Encantados por las gracias de la jóven, se esforzaron en arrancarle su nombre, el objeto de su viage y su domicilio en Paris. Su aislamiento y su juventud les animó á ciertas familiaridades, que ella reprimió con la decencia de sus modales, y la brevedad evasiva de sus respuestas, y finalmente las evadió fingiendo que dormía. Un jóven mas reservado, seducido por tanto pudor y hermosura, se atrevió á declararle una respetuosa admiracion, y la suplicó que le autorizase para pedir su mano á sus padres. Contestó con jovialidad y chanceándose sobre tan repentino amor; pero prometió al jóven que mas tarde le haria sabedor de su nombre y de sus proyectos respecto á este asunto. Hasta el fin del viage encantó á sus compañeros por su grata compañía, que sintieron abandonar.

XVII.

Entró en Paris el jueves 11 de julio al medio día. Hizo que la condujesen á una posada que la habian indicado en Caen, calle de Vieux-Augustins, número 17, fonda de la Providencia. Se acostó á las cinco de la tarde y durmió en profundo sueño hasta el día siguiente. Sin confidente y sin testigo, durante aquellas largas horas de soledad y de agitacion, en una casa pública y con el ruido de Paris, cuya inmensidad y tumulto absorben las ideas y alteran los sentidos, nadie sabe lo que pasó en el alma de Carlota al despertar, teniendo siempre ante sí aquella

resolucion que reclamaba su cumplimiento. ¿Quién es capaz de medir la fuerza del pensamiento y la resistencia de la naturaleza? El pensamiento la dominó.

XVIII.

Se levantó, se puso un vestido sencillo, pero decente, y se dirigió á casa de Lauze de Perret. El amigo de Barbaroux estaba en la Convencion: sus hijas en ausencia de su padre recibieron de la jóven forastera la carta de introduccion de Barbaroux, pero Lauze de Perret no debía volver hasta la noche. Carlota se dirigió á su habitacion, en donde pasó el día leyendo, reflexionando y orando. A las seis volvió á casa de Lauze de Perret. El diputado comia con su familia y amigos; se levantó y recibió á Carlota sin testigos. Carlota le insinuó el favor que de él esperaba, y le suplicó que la acompañase á la audiencia del ministro del Interior, Garat, para que con su presencia y apoyo fuesen de mas valia sus reclamaciones. Esta peticion era solo un pretexto de Carlota para acercarse á uno de esos girondinos por cuya causa se sacrificaba, y para deducir de sus conversaciones indicios y conocimientos que la guiasen á la mayor seguridad de sus pasos y del golpe de mano que iba á descargar.

Lauze de Perret, apremiado por la hora y no pudiendo dejar á sus convidados, le dijo que aquel día le era imposible acompañarla á ver al ministro Garat, pero que al siguiente iria á buscarla á su habitacion y desde allí la acompañaria al ministerio. Entregó á Perret las señas de su posada junto con su nombre, y dió algunos pasos para retirarse; pero movida sin duda por su aspecto bondadoso y por la idea de sus jóvenes hijas, «Permitidme que os de un consejo, ciudadano, le dijo con voz algo misteriosa pero llena de interés e intimidad: dejad la

Convencion, allí no podeis impedir el mal; marchad á Caen á reunirnos con vuestros compañeros y hermanos.— Mi deber está en Paris, contestó el representante, y no le abandonaré.— Cometeis una falta replicó Carlota insistiendo de un modo significativo y casi suplicante. Creedme, añadió en voz baja y rápido acento, huid, huid, pero mañana antes de la noche,» y salió sin aguardar la respuesta.

XIX.

Estas palabras, cuyo sentido conocia solo Carlota, fueron interpretadas por Lauze de Perret como una alusion á los peligros que en Paris cercaban á los hombres de sus opiniones. Volvió á reunirse con sus amigos, y les dijo, que en la jóven que acababa de ver, ya en su actitud, ya en su expresion habia notado cierto misterio que le habia impresionado y obligado á recomendarla la reserva y circunspeccion. Al anocheecer de aquel mismo dia la Convencion espidió un decreto mandando que se selláran los muebles de los diputados sospechosos por su amistad y relaciones con los veinte y dos. Lauze de Perret era del número de estos. Al dia siguiente 12 muy de mañana fué á buscar á Carlota á su habitacion y la condujo á casa de Garat, el cual no les recibió, porque el ministro no daba audiencia antes de las ocho de la noche. Este contratiempo pareció desanimar á Lauze de Perret, el cual dijo á la jóven, que su calidad de sospechoso junto con la providencia que aquella noche habia tomado la Convencion, eran circunstancias que mas dañaban que favorecian á sus clientes; que á mas, carecia de un poder de la señorita Forbin para obrar en su nombre y que esa falta de formalidad hacia inútiles sus pasos.

La desconocida insistió poco, como una persona que

ya no necesita del pretesto para disfrazar su intencion, y á quien bastan las primeras razones para desistir de su pensamiento. Lauze de Perret, se separó de ella en la puerta de la fonda de la Providencia. Carlota fingió que entraba, pero salió al momento y fué preguntando de calle en calle hasta el Palais-Royal.

Entró en el jardin, no como una forastera que quiere satisfacer su curiosidad contemplando los monumentos y paseos públicos, sino como una viagera á quien solo lleva un asunto á la capital, y que no quiere perder ni un paso, ni un dia. Buscó en las galerías la tienda de un cuchillero: entró, escogió un cuchillo-puñal con el mango de ébano, pagó tres francos, lo ocultó bajo su canesú y con mesurado andar volvió otra vez al jardin, sentándose un momento en uno de los bancos de piedra arrimados á las arcadas.

Allí, aunque sumergida en sus ideas se distrajo con los juegos de los niños, que retozando junto á ella se apoyaban confiadamente sobre sus rodillas. Por sus labios divagó todavía una sonrisa femenil, arrancada por aquellos juegos, y por aquellos infantiles rostros. Sus indecisiones la oprimian, indecisiones que recaian no sobre la ejecucion de su proyecto, que estaba resuelta á llevar á cabo, sino sobre los medios de ejecutarlo. Quería convertir el asesinato en una inmolacion solemne que infundiese el terror en el alma de los imitadores del tirano. Su primer pensamiento habia sido atacar á Marat y sacrificarlo en el Campo de Marte, durante la gran ceremonia de la federacion, que debia verificarse el 14 de julio en conmemoracion de la libertad conquistada; empero el emplazamiento de esta solemnidad hasta el triunfo de la república sobre los partidarios de la Vendée y los insurrectos, le robaban el teatro y la víctima. Su segundo pensamiento habia sido hasta este último momento, inmolár á Marat en la misma Montaña, en el centro de la Convencion, á la vista de sus adoradores y de sus cómplices. Su

Convencion, allí no podeis impedir el mal; marchad á Caen á reunirnos con vuestros compañeros y hermanos.— Mi deber está en Paris, contestó el representante, y no le abandonaré.— Cometeis una falta replicó Carlota insistiendo de un modo significativo y casi suplicante. Creedme, añadió en voz baja y rápido acento, huid, huid, pero mañana antes de la noche,» y salió sin aguardar la respuesta.



XIX.

Estas palabras, cuyo sentido conocia solo Carlota, fueron interpretadas por Lauze de Perret como una alusion á los peligros que en Paris cercaban á los hombres de sus opiniones. Volvió á reunirse con sus amigos, y les dijo, que en la jóven que acababa de ver, ya en su actitud, ya en su expresion habia notado cierto misterio que le habia impresionado y obligado á recomendarla la reserva y circunspeccion. Al anocheecer de aquel mismo dia la Convencion espidió un decreto mandando que se selláran los muebles de los diputados sospechosos por su amistad y relaciones con los veinte y dos. Lauze de Perret era del número de estos. Al dia siguiente 12 muy de mañana fué á buscar á Carlota á su habitacion y la condujo á casa de Garat, el cual no les recibió, porque el ministro no daba audiencia antes de las ocho de la noche. Este contratiempo pareció desanimar á Lauze de Perret, el cual dijo á la jóven, que su calidad de sospechoso junto con la providencia que aquella noche habia tomado la Convencion, eran circunstancias que mas dañaban que favorecian á sus clientes; que á mas, carecia de un poder de la señorita Forbin para obrar en su nombre y que esa falta de formalidad hacia inútiles sus pasos.

La desconocida insistió poco, como una persona que

ya no necesita del pretesto para disfrazar su intencion, y á quien bastan las primeras razones para desistir de su pensamiento. Lauze de Perret, se separó de ella en la puerta de la fonda de la Providencia. Carlota fingió que entraba, pero salió al momento y fué preguntando de calle en calle hasta el Palais-Royal.

Entró en el jardin, no como una forastera que quiere satisfacer su curiosidad contemplando los monumentos y paseos públicos, sino como una viagera á quien solo lleva un asunto á la capital, y que no quiere perder ni un paso, ni un dia. Buscó en las galerías la tienda de un cuchillero: entró, escogió un cuchillo-puñal con el mango de ébano, pagó tres francos, lo ocultó bajo su canesú y con mesurado andar volvió otra vez al jardin, sentándose un momento en uno de los bancos de piedra arrimados á las arcadas.

Allí, aunque sumergida en sus ideas se distrajo con los juegos de los niños, que retozando junto á ella se apoyaban confiadamente sobre sus rodillas. Por sus labios divagó todavia una sonrisa femenil, arrancada por aquellos juegos, y por aquellos infantiles rostros. Sus indecisiones la oprimian, indecisiones que recaian no sobre la ejecucion de su proyecto, que estaba resuelta á llevar á cabo, sino sobre los medios de ejecutarlo. Quería convertir el asesinato en una inmolacion solemne que infundiese el terror en el alma de los imitadores del tirano. Su primer pensamiento habia sido atacar á Marat y sacrificarlo en el Campo de Marte, durante la gran ceremonia de la federacion, que debia verificarse el 14 de julio en conmemoracion de la libertad conquistada; empero el emplazamiento de esta solemnidad hasta el triunfo de la república sobre los partidarios de la Vendée y los insurrectos, le robaban el teatro y la víctima. Su segundo pensamiento habia sido hasta este último momento, inmolár á Marat en la misma Montaña, en el centro de la Convencion, á la vista de sus adoradores y de sus cómplices. Su

esperanza en este caso era la de ser inmolada en seguida y hecha trizas por el furor del pueblo, sin dejar otros vestigios ni mas memoria que dos cadáveres y la tiranía anegada en su sangre. Sepultar su nombre en el olvido y no buscar mas recompensa que en su accion misma, no pudiendo su remordimiento ó su celebridad mas que á su conciencia, á Dios ó al bien que hubiese verificado: esta era en suma la única ambición de su alma. ¿La vergüenza? el recuerdo de su familia se la hacia odiosa. ¿La celebridad? ni para sí la deseaba. ¿La gloria? le parecia un salario humano, indigno de su desinterés, y solo propio para amortiguar su virtud.

Pero en las entrevistas que tuvo despues de su llegada á Paris con Lauze de Perret y sus huéspedes habia sabido que Marat no se dejaba ver mas que en la Convencion. Era, pues, forzoso buscar su víctima en otra parte, y para llegar á ella se necesitaba engañarla.

XX.

Resolvióse á ello. Este fingimiento que mortificaba la lealtad natural de su alma, que cambiaba el puñal en trama, el valor en ardid y en asesinato la inmolacion, fué el primer remordimiento de su conciencia y su primer castigo. Distinguese un acto criminal de uno heroico, antes que se consuman aquellos, por los medios á los cuales se hace forzoso recurrir para verificarlos. Es una necesidad para el crimen el engaño, jamás para la virtud, y es así; porque aquel es la mentira y esta la verdad en accion. El uno necesita las tinieblas, el otro la luz. Decidióse Carlota por el engaño, y esto le fué mas penoso que el asestar el golpe. Confesólo ella misma. La conciencia es justa ante la posteridad.

Apenas hubo vuelto á su habitacion, escribió á Marat

una esquila que entregó á la puerta del *Amigo del pueblo*. «Llego de Caen, le decia. Vuestro amor por la patria me hace esperar que os enterareis con satisfaccion de los desgraciados acontecimientos de esta parte de la república. Yo me presentaré en vuestra casa hacia la una; tened la bondad de recibirme y concededme un momento de audiencia. Os presentaré ocasion para prestar un gran servicio á la Francia.»

Contando Carlota con el efecto de esta esquila, encontróse á la hora que habia indicado á la puerta de Marat, mas no se la introdujo ante él. Dejó entonces á su portera una segunda esquila, mas urgente é insidiosa que la primera. En esta se apelaba, no solamente al patriotismo, sino tambien á la piedad del *Amigo del pueblo*, y le tendia un lazo haciendo gala de la generosidad que en el suponía. «Os he escrito esta mañana, Marat, le decia, ¿habeis recibido mi carta? No puedo creerlo, pues encuentro vuestra puerta cerrada. No dudo que mañana me concedereis una entrevista. Os lo repito, vengo de Caen; tengo que revelaros los mas importantes secretos para la salvacion de la república. Soy á mas perseguida por la causa de la libertad: soy desgraciada, y este título es suficiente para tener derecho á vuestro patriotismo.»

XXI.

Sin esperar la contestacion, salió Carlota de su cuarto á las siete de la tarde, vestida con mas cuidado que ordinariamente, para seducir con una apariencia mas decente la vista de las personas que vigilaban á Marat. Sobre su vestido blanco llevaba una pañoleta de seda que cubria sus espaldas, velaba su pecho y se angostaba bajo éste, á manera de cinturon, anudándose tras el talle. Encerraba sus cabellos una gorra normanda, cuyas blon-

das flotantes caían sobre ambas mejillas; una aucha cinta de seda azul sujetaba la gorra alrededor de sus sienes. Su cabellera se desprendía sobre su cuello, y solamente algunos bucles se esparcían sobre sus hombros. Ninguna palidez en el rostro, ningún sobresalto en la mirada, ni ninguna emoción en la voz patentizaban en ella la idea que abrigaba. Con tan seductores encantos se presentó á la puerta de Marat.

XXII.

Marat vivía en el primer piso de una casa arruinada de la calle de los Franciscanos, hoy del Colegio de Medicina, número 18. Su habitación se componía de una antesala y de un escritorio, cuyas luces daban sobre un patio estrecho, de una pequeña pieza adyacente donde estaba su baño, de un dormitorio y de un salón cuyas ventanas recibían la luz de la calle. Esta morada se encontraba casi desamueblada. Las numerosas obras de Marat, amontonadas en el suelo, los periódicos, húmedos aun de tinta, esparcidos sobre las sillas y mesas, los operarios de la imprenta entrando y saliendo sin cesar, mageres empleadas en doblar y compaginar los folletos y los periódicos; los gastados tramos de la escalera, los umbrales mal barridos de las puertas, todo atestiguaba ese movimiento y ese desorden que cerca habitualmente á un hombre atareado, y la continua afluencia de ciudadanos á la casa de un periodista y corifeo del pueblo.

Esta habitación manifestaba, por decirlo así, el orgullo de su indigencia. Al parecer, su dueño, entonces poderoso sobre la nación, quería hacer esclamar á sus visitantes ante el aspecto de su miseria y de su trabajo: «Mirad el amigo y modelo del pueblo, no ha cambiado ni de morada, ni de costumbres, ni de trage.»

Aquella miseria era el distintivo del tribuno: mas aun que afectada, era real. El ajuar de la casa de Marat era el de un humilde artesano. La muger que gobernaba su casa llamábase en otro tiempo Catalina Errard; entonces se denominaba Albertina Marat, desde que el *Amigo del pueblo*, le habia dado su nombre, tomándola por esposa en un hermoso dia y ante la luz del sol, á imitación de Juan Jacobo Rousseau. Una sola criada la ayudaba en los cuidados domésticos. Un mozo, llamado Lorenzo Basse, hacia los recados, los quehaceres exteriores, y en sus momentos de ocio se ocupaba en la antesala en los trabajos manuales necesarios para el servicio de folletos y anuncios del *Amigo del pueblo*.

La devorante actividad del escritor, no se habia entibiado con la lenta enfermedad que le consumía: la inflamación de su sangre animaba al parecer su alma. Unas veces desde la cama, otras desde el baño, no cesaba de escribir, de apostrofar, de dirigir invectivas á sus enemigos y de incitar á la Convencion y á los Franciscanos. Ofendido por el silencio con que la asamblea acogía sus mensajes, acababa de dirigirle una nueva carta en la que amenazaba á la Convencion con hacerse llevar moribundo á la tribuna para avergonzar de su flojedad á los representantes y dictarles los asesinatos indispensables. Ocupado por el presentimiento de la muerte, temía tan solo al parecer, que la hora suprema llegase demasiado pronto y no le otorgase tiempo para inmolarse suficiente número de culpables. Mas ávido de matar que de vivir, se apresuraba á enviar al tribunal todas las víctimas que le era posible, como otros tantos derechos presentados por la cuchilla á la revolucion completa, la cual queria dejar libre de enemigos antes de su muerte. El terror que salía de la casa de Marat, volvía á ella bajo otra forma: la de un temor perpétuo hácia el asesinato. Su companera y confidentes creían ver levantados sobre él igual número de puñales, que el que él mismo

levantaba sobre las cabezas de trescientos mil ciudadanos. La entrada á su habitacion estaba vedada como el acceso al palacio de la tirania. No se dejaban acercar á su persona mas que amigos de confianza ó denunciadores recomendados de antemano y sujetos á interrogatorios y severas identificaciones. El amor, la desconfianza y el fanatismo velaban juntos sobre sus dias.

XXIII.

Ignoraba Carlota estos obstáculos, pero los sospechaba. Bajó del coche en la acera opuesta de la calle, frente á la habitacion de Marat. El dia principiaba á amortiguarse, particularmente en aquel barrio al que prestan sombra sus altas casas y estrechas calles. La portera rehusó desde luego dejar entrar en el patio á la jóven desconocida; mas esta insistió y ganó algunos tramos de la escalera, llamada en vano por la voz de aquella. Al ruido, la querida de Marat entreabrió la puerta y negó la entrada del aposento á la forastera. El sordo alarido producido por estas dos mugeres, una de las cuales supplicaba el permiso de hablar con el *Amigo del pueblo*, y la otra se obstinaba en impedirle el paso, llegó á los oídos de Marat. Dedujo por estas esplicaciones entrecortadas, que la visita era la desconocida de quien habia recibido dos esquelas durante el dia; y con imperativa y fuerte voz mandó que se la dejase entrar.

Ya fuera por celos ó por desconfianza, Albertina obedeció con repugnancia y gruñendo. Introdujo á la jóven en el reducido aposento donde se encontraba Marat, y dejó entreabierta, al retirarse, la puerta del corredor para poder escuchar cuanto hablaban y percibir el menor movimiento del enfermo.

El aposento estaba debilmente iluminado. Marat se

hallaba en el baño. En este forzoso descanso otorgado al cuerpo, no dejaba reposar al alma. Una plancha mal acepillada que cubria el baño estaba llena de papeles, cartas abiertas y escritos principiados. En su mano derecha se veia la pluma, que la llegada de la desconocida habia suspendido sobre la página. Esta hoja de papel era una carta para la Convencion, pidiéndola el juicio y la proscripcion de los últimos Borbones tolerados en Francia. Junto al baño un disforme tajo de encina, parecido á un tronco para la chimenea, puesto en pie, sostenia un recado de escribir de plomo y de tosquisima labor, manantial impuro de donde habian salido en tres años tantos delirios, tantas denuncias y tanta sangre. Marat, cubierto en su baño con una sábana sucia y manchada de tinta, tenia fuera del agua la cabeza, las espaldas, medio cuerpo y el brazo derecho. Nada habia en la fisonomia de este hombre capaz de enternecer la mirada de una muger ni que hiciera vacilar al herir. Cabellos graciosos, ceñidos por un sucio pañuelo, frente salida, ojos atrevidos, pómulos angulosos, inmensa y fisgona boca, velludo pecho, ceñudas facciones y piel lívida, todo esto se veia reunido en Marat.

XXIV.

Evitó Carlota detener su mirada sobre él, temiendo descubrir el horror que tal aspecto infundia en su alma. En pie, bajos los ojos, las manos caidas, cerca del baño, aguardó que Marat la interrogase sobre la situacion de la Normandia. Respondió concisamente, dando á sus contestaciones sentido y colorido propio á lisongear los deseos inherentes al demagogo. Pidióle éste al momento los nombres de los diputados refugiados en Caen. Carlota los nombró. Notólos aquel, y cuando concluyó de escribir

los nombres: «Está bien, le dijo, con el acento propio de un hombre seguro de su venganza; antes de ocho dias irán todos á la guillotina.»

A estas palabras, como si el alma de Carlota hubiese esperado un nuevo crimen para resolverse á dar el golpe, sacó de su seno el cuchillo y le hundió con fuerza sobrenatural hasta el mango, en el corazón de Marat. Carlota retiró con igual movimiento el cuchillo ensangrentado del cuerpo de la víctima y le dejó caer á sus pies. «¡A mi querida amiga ¡a mi!» exclamó Marat espirando en el acto.

Al angustioso grito de la víctima, Albertina, la criada y Lorenzo Basse se precipitaron en el aposento recibiendo en sus brazos la moribunda cabeza de Marat. Carlota, inmóvil y como petrificada por su crimen, permanecía en pie tras la cortina de la ventana. La transparencia de la tela, resaltada por los postreros rayos del dia dejaba ver la sombra de su cuerpo. Lorenzo, armándose de una silla dirigió á la jóven un mal seguro golpe á la cabeza, á cuyo impulso cayó tendida sobre el pavimento. La querida de Marat la holló pisoteándola á impulsos de su cólera. Al tumulto de la escena, á los gritos de las dos mugeres, los habitantes de la casa acudieron, los vecinos y los transeúntes se detuvieron en la calle, subieron la escalera, inundaron el aposento, el patio, y de allí á poco todo el barrio, pidiendo con encolerizadas vociferaciones la entrega del asesino para vengar sobre el cadáver, aun palpitante, la muerte del ídolo del pueblo. Los soldados de los puestos inmediatos y los guardias nacionales, acudieron: el orden venció al tumulto. Los facultativos acuden y se esfuerzan en restañar la herida. El agua enrojecida da al hombre sanguinario la apariencia de espirar en un baño de sangre: cuando transportaron á Marat á su cama, era un cadáver.

Carlota se habia levantado por sí misma. Dos soldados la sujetaban, cruzados los brazos, como si llevase esposas, esperando la llegada de cuerdas para anudar sus manos. La hilera de bayonetas que la cercaban bastaba apenas á contener la multitud que sin cesar se precipitaba hácia ella para despedazarla. Amenazas, puños levantados, sables, anunciaban mil muertes acumuladas sobre su cabeza. La compañera de Marat, desprendiéndose de las mugeres que la consolaban, lanzábase por intervalos sobre Carlota, cayendo nuevamente en lloros y desmayos. Un franciscano fanático llamado Langlois, peluquero, habitante en la calle de Dauphine, habia recogido el ensangrentado cuchillo, y pronunciaba el panegirico mortuario sobre el cadáver de la víctima, entrecortando sus lamentos y elogios fúnebres con gestos vengadores; con los cuales parecia hundir igual número de veces al hierro en el corazón asesino. Carlota, que anticipadamente habia aceptado todas esas muertes, contemplaba con fija y petrificada mirada aquel movimiento, aquellos gestos, manos y armas tan de cerca contra ella dirigidos. Tan solo le conmovian los desgarradores gritos de la compañera de Marat. Su fisonomia parecia espresar ante esta muger, la sorpresa de no haber pensado que semejante hombre podia ser amado, y el sentimiento de haberse visto obligada á herir dos corazones, para acabar con uno. Exceptuada la impresion de piedad que los cargos de Albertina prestaba algunos momentos á su boca, no se traslucia alteracion ninguna ni en su fisonomia, ni en su color. Únicamente, como contestacion á las invectivas del orador y á los gemidos del pueblo que lloraba la pérdida de su ídolo, dibujábase en sus labios la amarga sonrisa del desprecio. «¡Infelices! exclamó una vez, pedis mi muerte

cuando debierais erigirme un altar, por haberos libertado de un monstruo. Arrojadme á esa colérica muchedumbre, dijo nuevamente á los soldados que la protegian; puesto que lloran, dignos son de ser mis verdugos.»

Esta sonrisa, cual un reto lanzado al fanatismo de la multitud, produjo imprecaciones mas furiosas, gestos mas amenazadores. El comisario de la seccion del Teatro Francés, Guillard, entró escoltado por un refuerzo de bayonetas. Estendió la sumaria verbal del asesinato y mandó conducir á Carlota al salon de Marat para principiar el interrogatorio. Escribió sus contestaciones, las cuales fueron tranquilas, lucidas y reflexionadas, acompañadas de firme y sonora voz, no respirando otro sentimiento que el de una satisfaccion orgullosa por el acto que habia cometido. Ella dictaba sus declaraciones, así como sus elogios. Los administradores de la policia departamental, Louvet y Marino, ceñidos con la banda tricolor, asistian al interrogatorio. Habian noticiado lo sucedido al consejo del comun, al comité de salvacion pública y al de seguridad general. La noticia de la muerte del *Amigo del pueblo* se habia esparcido, con la rapidez de una comocion eléctrica, por hombres que corrian desatinados de barrio en barrio. Paris entero se detuvo como herido de estupor al relato de este atentado. Parecía que la republica hubiese temblado, ó que sucesos desconocidos debiesen surgir del asesinato de Marat. Diputados pálidos, estremecidos de horror, entraron en la Convencion á interrumpiendo la sesion, sembraron los primeros rumores del acontecimiento en la asamblea. Resistieron á creerlo, como se resiste á creer un sacrilegio. El comandante general de la guardia nacional, Henriot, llegó prontamente á confirmar la nueva. «Si, temblad todos, dijo; Marat ha muerto asesinado por una jóven, que tiene á gloria el haber dado tal golpe: redoblad la vigilancia sobre vuestras vidas. Iguales peligros nos acercan á todos. Descon-

fiad de las cintas verdes, y juremos vengar la muerte de aquel grande hombre.»

XXVI.

Los diputados Maure, Chabot, Drouet y Legendre, individuos de las comisiones de gobierno, abandonaron al momento el salon para correr al teatro del crimen. En él encontraron la multitud engrosándose continuamente, y á Carlota contestando á las primeras interrogaciones. Quedaron confusos y mudos á la vista de tanta juventud, de tan bello rostro y de palabras que tanta calma y resolucion respiraban. Jamás el crimen se habia presentado ante el espíritu del hombre bajo semejante aspecto. Ella le desvirtuaba de tal suerte ante sus ojos, que aun junto al cadáver sintieron compasion para con el asesino.

Terminada la sumaria verbal y escritas las primeras contestaciones de Carlota, los diputados Chabot, Drouet, Legendre y Maure, ordenaron que fuese trasportada á la Abadía, prision la mas inmediata á la casa de Marat. Mandóse acercar el mismo carruage de alquiler que la habia conducido. La multitud llenaba la calle de los Franciscanos. Su sordo rumor, interrumpido de vociferaciones y accesos de furor, anunciaba la venganza y hacia la traslacion difícil. Los destacamentos de fusileros sucesivamente llegados, la banda de los comisarios y el respeto hácia los miembros de la Convencion contrarrestaron y contuvieron la multitud. El cortejo se abrió paso á duras penas. En el momento en que Carlota, con los brazos atados con cuerdas y sostenida por las manos de dos guardias nacionales que la cogian por los codos salvó el umbral de la casa para ganar el estribo del carruage, el pueblo se arremolinó alrededor de las ruedas con amenazas y aullidos tales, que creyendo Carlota sentir

sus miembros despedazados por aquellos millares de manos, se desmayó.

Al volver en sí se admiró y alligó de respirar aun. Aquella muerte era la que se había imaginado. Sobre su suplicio la había arrojado la naturaleza el velo del desmayo. Sufria por no haber desaparecido enteramente en la tempestad que había originado, sintiendo tener que entregar su nombre á la tierra antes que á la otra muerte; mas á pesar de todo daba gracias con emocion á los que la habían protegido contra las mutilaciones de la multitud.

XXVII.

Chabot, Dronet y Legendre la siguieron á la Abadía, donde la hicieron sufrir un segundo interrogatorio que duró hasta bien entrada la noche. Algunos individuos de las comisiones, y entre otros Harmand (de la Meuse), atraídos por la curiosidad, se habían introducido con sus colegas, y asistían al interrogatorio, á menudo interrumpido con descansos y conversaciones. Legendre, orgulloso de su importancia revolucionaria y celoso de haber sido reputado digno también del martirio de los patriotas, creyó ó fingió creer que reconocía en Carlota una joven que había ido á su casa la víspera, bajo el traje de religiosa, y que él había rechazado. «El ciudadano Legendre se engaña, dijo Carlota con una sonrisa que desconcertó el orgullo del diputado, jamás le he visto. No creo tan importante para la salvación de la república la vida ó muerte de semejante sujeto.»

La registraron. Encontróse solo en este momento en sus bolsillos la llave de su baul, su dedal de plata, un oyo de hilo y otros instrumentos propios de las labores de aguja, tan cerca no ha mucho del puñal de Bruto; doscientos francos en asignados y metálico, un reloj de oro

construido por un relojero de Caen, y su pasaporte. Bajo su pañoleta ocultaba aun el estuche del cuchillo con que había herido á Marat. «¿Reconocéis este cuchillo? la preguntaron.—Sí.—¿Qué os ha inducido á tal crimen?—He visto, contestó, la guerra civil pronta á destrozar la Francia; y convencida de que Marat era la causa de los peligros y calamidades de mi patria, he hecho el sacrificio de mi vida por la suya, para salvar á mi país.—Nombrados los sujetos que os han aconsejado ese execrable crimen, que no podáis concebir sola.—Nadie ha conocido mi intento. He engañado respecto al objeto de mi viaje á la tía con quien vivía. He engañado á mi padre. Pocas personas frecuentan la casa de la primera; y nadie ha podido penetrar mi pensamiento.—¿No habeis abandonado la población de Caen con el proyecto ya formado de asesinar á Marat?—Tal fué el móvil de mi venida.—¿A dónde habeis ido á buscar el arma? ¿Qué personas habeis visitado en París? ¿Qué habeis hecho desde el jueves, día en que llegasteis aquí?» A estas preguntas relató con literal sinceridad todas las circunstancias ya conocidas de su permanencia en París y de su acción. «¿Después del asesinato, no habeis procurado huir?—Me hubiese evadido por la puerta, á no impedírmelo.—Sois soltera; ¿habeis tal vez amado á algun hombre?—Jamás.»

XXVIII.

Estas respuestas exactas, altivas, y de vez en cuando desdeñosas, soltadas con una voz cuyo timbre recordaba la infancia anunciando viriles pensamientos, hicieron reflexionar muchas veces á los demandantes sobre el poder de un fanatismo que se apoderaba y que vigorizaba un brazo tan débil. Siempre les alentaba la esperanza de descubrir un instigador tras este candor y tras esta belle-

za, pero tan solo entrevieron la magnanimidad de un corazón intrépido.

Terminado el interrogatorio, Chabot se mostraba descontento, y su mirada devoraba los cabellos, la cara, el tallo, el todo, de la jóven que se hallaba atada ante sí. Creyó entreveer un plegado papel sujeto á su seno por un alfiler; al momento alargó el brazo para apoderarse de lo que creía cuerpo del delito. Carlota habia olvidado aquel papel que veía Chabot, y que era una proclama á los franceses, redactada por ella misma, invitando á los ciudadanos á derrocar la tiranía y á la concordia. Creyó que el gesto junto con lo que espresaban los ojos de Chabot, era un ultraje á su pudor; impedida por las ligaduras, no pudo oponer sus manos. Sintió tal horror é indignación, que hizo hácia atrás un movimiento tan convulsivo del cuerpo y hombros, que se rompió el cordón de su vestido, separándose este y dejando descubierto su seno. Confusa, y tan rápida como el pensamiento, se bajó y acurrucó para ocultar la desnudez á sus jueces; pero era muy tarde ya, y su castidad debia ruborizarle de la mirada de los hombres.

El patriotismo no hacia á estos hombres ni cínicos ni insensibles; pareció que sufrían tanto como Carlota Corday de este involuntario sacrificio de su inocencia. La jóven suplicó que le desatasen las manos para arreglarse el vestido; súplica que fué escuchada y admitida. El respeto á la naturaleza cerró los ojos de los hombres que tal escena presenciaban. Libres ya las manos de Carlota, la jóven, de cara á la pared, se arregló el vestido y y pañoleta: los jueces aprovecharon esta holgura para que firmase sus declaraciones. Las cuerdas habian dejado en sus brazos señales amoratadas: cuando quisieron atarla de nuevo, rogó á los carceleros que la permitiesen ponerse guantes, para que se rebajasen aquellas señales, y la evitasen este tormento hasta el último suplicio que bien luego iba á sufrir. Tales eran el acento y gesto de la pe-

bre jóven, que Harmand vertió algunas lágrimas y se alejó para ocultarlas.

Hé aquí los principales y testuales párrafos de la proclama á los franceses, documento hasta hoy oculto á las investigaciones de la historia, y que ya empezada esta obra nos ha suministrado el sugeto que lo posee, Mr. Paillet. Está escrita por la misma Carlota, con una letra grande, varonil, firme y muy señalada, como á propósito para atraer de lejos las miradas. La hoja de papel se halla plegada en octavo, para ocupar menos espacio debajo de sus vestidos: distintamente se ven ocho agujeros, hechos por el alfiler con que Carlota prendió el papel junto á su pecho.

PROCLAMA Á LOS FRANCESES AMIGOS DE LAS LEYES Y DE LA PAZ.

«¿Hasta cuándo, desgraciados franceses, os halagarán los trastornos y las disensiones? Tanto tiempo ha que facciosos y malvados han postpuesto el interés general al interés de su ambicion. ¿Por qué, victimas de su furor, os destróisais vosotros mismos, para fundar el deseo de su tiranía sobre las ruinas de la Francia?

«Por do quiera estallan las facciones; la Montaña triunfa por el crimen y por la opresion, y algunos monstruos sedientos de vuestra sangre dirigen sus detestables complots. . . . Trabajamos por nuestra propia perdicion, con mas celo y mas energia que si se tratase de conquistar la libertad. Franceses, permaneced impassibles un momento mas, y á la posteridad se legará tan solo el recuerdo de vuestra existencia.

«Ya los departamentos indignados se dirigen á Paris: el fuego de la discordia y la guerra civil cunde ya por la mitad de este vasto imperio: aun hay un medio para

estinguirlo; pero este medio debe ser pronto. Ya el mas infame de los malvados, Marat, cuyo solo nombre presenta la imagen de todos los crímenes, sucumbiendo bajo el hierro vengador, conmueve á la Montaña, y hace palidecer á Danton, Robespierre y esos otros infames sentados sobre su sangriento trono, rodeados del rayo que los dioses vengadores de la humanidad suspenden tan solo para que su castigo sea mas temible, y para intimidar á todos los que quisieran cimentar su fortuna sobre las ruinas de los pueblos de que han abusado.

«Despertad, franceses, no desconocéis vuestros enemigos, ¡marchad! que abatida la Montaña, solo quedan hermanos, amigos. Ignoro si el cielo nos reserva un gobierno republicano, pero tan solo en el exceso de sus venganzas puede darnos un montañés por jefe. ¡Oh Francia! la base de tu reposo es la ejecución de las leyes; no falto á ellas matando á Marat; condenado por el universo, está fuera de la ley. ¿Qué tribunal me juzgará? ¿Si soy culpable, lo era Alcides cuando destruía los monstruos? . . .

«¡Oh patria mia! ¡tus infortunios laceran mi corazón, y no puedo ofrecerte mas que mi vida! Gracias doy al cielo porque me ha dejado la libertad de disponer de ella; á nadie le perjudicará mi muerte; no imitaré á Paris (el asesino de Lepelletier de Saint-Fargeau) matándose. Quiero que mi último suspiro sea útil á mis conciudadanos, que mi cabeza en Paris sea la bandera de unión para todos los amigos de la ley; que la caída de la vacilante Montaña sea escrita con mi sangre, y que el universo vengado, declare que he merecido bien de la humanidad. Por lo demas, si bajo otro prisma se mira mi conducta sin juicio no me inquieta.

Qu'a l'univers surpris cette grande action
Soit un objet d'horreur ou d'admiration,
Men esprit, peu jaloux de vivre en la mémoire,

Ne considère point le reproche ou la gloire;
Toujours indépendant et toujours citoyen,
Mon devoir me suffit, tout le reste n'est rien.
Allez, ne songez plus qu'à sortir d'esclavage!....

«No debe incomodarse ni á mis padres ni á mis amigos: todos ignoraban mis proyectos. Adjunta á esta proclama va mi partida de bautismo para que se conozca cuanto puede una débil mano dirigida por ferviente entusiasmo. Si la suerte no me favorece, franceses, ya os he indicado el camino: conocéis vuestros enemigos, levantaos, marchad y herid.»

Al leer estos versos delineados por la nieta de Corneille al final de esta proclama, y colocados como un sello antiguo en una página del tiempo, se cree á la primera ojeada que son versos de su abuelo, y que en tal situación ha invocado el patriotismo romano del gran trágico de su familia. Sin embargo, no es lo cierto; los versos son de Voltaire en la tragedia la *Muerte de César*.

La autenticidad de esta proclama, se comprueba por una carta de Fourquier-Tinville, anexa al respaldo. El acusador público dirige esta carta al comité de seguridad general de la Convencion: los términos en que está concebida son los siguientes:

«Ciudadanos, os remito el interrogatorio de Carlota Corday, junto con las dos cartas que escribió en la cárcel, de las cuales dirigía una á Barbaroux. Estas cartas circulan por las calles pero tan inexactas, que tal vez fuese necesario imprimirlas con rigorosa exactitud. Con todo, ciudadanos, si despues de haberlas leído juzgais que no hay inconveniente imprimirlas me lo participais.

«Os manifiesto haberme informado que Carlota era la querida de Belzunce, coronel que murió en una revuelta de Caen; que desde aquella época concibiera un odio implacable contra Marat, que este odio pareció reanimar-

se en ella desde el momento que Marat delató á Biron, pariente de Belzunze, y que Barbaroux aprovechó las criminales predisposiciones de esta jóven contra Marat, para instigarla á la ejecucion de este horrible asesinato.

«FOUQUIER-TINVILLE.»

Se deduce de estas dudas y conjeturas que la opinion pública corría de hipótesis en hipótesis, haciendo causa del crimen, ya al amor, ya al resentimiento, y rehuyendo la verdadera causa, que era el patriotismo.

Carlota Corday fué puesta en un calabozo. Vigilada durante la noche por dos gendarmes, en vano reclamó contra aquella profanacion de su sexo. El comité de seguridad general avivaba su causa y su suplicio. Desde el fondo de su prisión oía á los vendedores de papeles queregonaban el relato de su asesinato acompañados de los gritos del furor del pueblo, que deseaba mil muertes al asesino. Carlota acogia esta voz del pueblo como el juicio de la posteridad. A través del horror que inspiraba, presentaba la apoteosis. Bajo este pensamiento escribió al comité de seguridad general lo siguiente: «Puesto que aun me restan algunos instantes de vida, ¿puedo esperar, ciudadanos, que se me permita retratarme? Quisiera dejar este recuerdo á mis amigos. Se aprecia la imagen de los buenos ciudadanos; muchas veces la curiosidad es móvil para adquirir la de los grandes criminales, con objeto de perpetuar el horror de su crimen. Si accedeis á mi súplica, que venga mañana un pintor de miniatura, ós renuevo el deseo de que se me permita dormir sola. Si cesar oigo anunciar por las calles la prision de mi cómplice Fauchet. Hace dos años le ví por primera vez desde la ventana. Ni le amo, ni le aprecio. Es de todos los hombres, al que mas difícilmente hubiera contado mi proyecto. Si esta declaracion puede favorecerle, certifico la verdad.»

El presidente del tribunal revolucionario, Montané, compareció al siguiente dia 16, para interrogar á la acusada. Conmovidó de tanta belleza y de tanta juventud, é íntimamente convencido de la sinceridad de un fanatismo, que casi borraba el crimen á los ojos de la justicia humana, intentó salvar la vida de la acusada. Preguntaba y tácilmente insinuaba las respuestas, respuestas en las que apareciese el crimen, y cubierto por la demencia. Carlota rehuyó obstinadamente la piadosa intencion del presidente. La ejecucion de su proyecto, la admitió como su gloria. Mandaron trasladarla á la Consergeria, y madama Richard, esposa del alcaide la recibió con la compasion que inspira la juventud, próxima al cadalso.

Merced á la indulgencia de sus carceleros, obtuvo Carlota tinta, papel y soledad, aprovechándose de esto para escribir á Barbaroux una carta interrumpida. En ella delineaba todas las circunstancias de su permanencia en París, en un estilo en que el patriotismo acompañaba á la muerte y jovialidad, como en las becas de la copa de un banquete de despedida, se mezcla lo amargo con la dulzura. Despues de descubrir de un modo jovial los pormenores de su viage en compañía de montañeses, y el repentino amor que la declaró un jóven viajero, continuó: «Ignoraba que el comité de salvacion pública hubiese interrogado á los viajeros. Desde el momento, me afirmé en que no los conociera, para evitarles la molestia de dar esplicaciones. En esto seguía á mi oráculo Raynar, que dice que debe negarse la verdad á los tiranos. Por la viajera que vino conmigo han sabido que os conozco y que he visto á Lauze de Perret: no ignorais la firmeza de alma de éste: ha contestado sin apartarse un ápice de la verdad. Nada se prueba contra él, pero su firmeza es

un crimen: me he arrepentido, pero tarde, de haberle hablado. Quise reparar mi falta aconsejándole que huyese, y que se reuniese con sus colegas. No es hombre que se deje dominar... Mucho os sorprenderá cuando sepais que han preso á Fauchet como mi cómplice, hombre á quien hasta mi existencia le era desconocida. No les satisface poder ofrecer tan solo una muger á los manes del grande hombre. ¡Perdonad, hombres! el nombre de Marat deshonra vuestra raza. Era un animal feroz que se aprontaba á devorar la mitad de la Francia, ayudado de la guerra civil. Gracias al cielo, su nacimiento no fué francés... Cuando mi primer interrogatorio, Chabot tenia la apariencia de un loco. Legendre quiso convencerme de que me había visto por la mañana en su casa: es hombre en quien jamás he pensado. No lo creo capaz de ser el tirano de su país, y no pretendo castigar á todos, creo que se han impreso las últimas palabras de Marat y dudo mucho que haya proferido alguna. Voy á relataros la última que ante mí pronunció: despues de apuntar vuestros nombres y todos los de los administradores del departamento de Calvados, que se encuentran en Evreux, me dijo como para consolarme, que dentro de muy pocos días los haría guillotinar en Paris. Estas últimas palabras decidieron de su suerte. Sí, declaro que lo que resueltamente me decidió, fué el valor con que nuestros voluntarios se alistaron el domingo 7 de julio. Recordareis que prometí que Petión se arrepentiría de las sospechas que en él despertó mi conducta. Consideré que miles de valientes marchaban para alcanzar la cabeza de un hombre, que padiera faltarles la realizacion de su plan, ó que este hombre arrastraria en su caída innumerables ciudadanos; consideré que Marat no merecía tanto honor, y que le bastaba la mano de una muger... Al salir de Caen, mi proyecto era sacrificarle en medio de la Montaña, pero ya no asistia á la Convencion. ¡En Paris no comprenden que una muger inútil, cuya larga vida no redundaria en

provecho de nada, pueda sacrificarse por su país!..... Como verdaderamente me dominaba la sangre fria, al salir de casa de Marat, dirigiéndonos á la Abadía, sufrí con los gritos de las mugeres; pero el que salva la patria no conoce el valor de su sacrificio. ¡Cuán vivo es mi deseo para que reine la paz! Ha dos días que deliciosamente gozo de ella. La felicidad de mi país constituye la mía. Una imaginacion viva y un corazón sensible me prometían una vida muy inquieta; perspectiva que debe alegrar de mi presente suerte á los que me consagren algun recuerdo. Entre los modernos se cuentan muy pocos patriotas que sepan inmolarse por su país. Reina el egoismo. ¡Pobre pueblo para formar una república!.....»

XXX.

Quedó aquí interrumpida esta carta á causa de la traslacion de la cautiva á la Consergeria, pero la prosiguió en su nueva prision en estos términos. «Continúo. Ayer me ocurrió la idea de hacer presente de mi retrato al departamento de los Calvados. El comité de salvacion pública no me ha contestado, y ya se hace tarde. Es de reglamento, que necesito un defensor. Me he resuelto á que sea un montañés, y aun pienso elegir á Robespierre ó Chabot... Mañana á las ocho me juzgan. Adoptando el lenguaje romano, probablemente al medio día habré vivido. Ignoro cómo pasará los últimos momentos: el fin corona la obra. No necesito afectar insensibilidad, porque hasta este momento no abrigo el mas leve temor de la muerte. Nunca he apreciado la vida mas que por la utilidad que pudiera reportar. Marat no veia la muerte: creo, sin embargo, que la merecía... No olvidéis el asunto de madama Forbin: adjunta va su direccion á Suiza. Decidla que la amo de corazón. Voy á escribir á mi

padre. Nada digo á los demas amigos. Les exijo un pronto olvido: su alliccion deshonraria mi memoria. Decid al general Wimpfen que creo haberle ayudado á ganar mas de una batalla, facilitando la paz. Adios, ciudadano. Los encarcelados en la Consergeria, en vez de injuriarme como el pueblo por las calles, aparentan compadecerme. La desgracia despierta la piedad. Esta es mi última reflexion.»

XXXI.

La carta á su padre, que fué la postrera, era corta y el lenguaje rebosaba ternura, en vez de jovialidad como en la carta de Barbaroux. «Perdonadme que dispusiese de mi existencia sin contar con vuestro permiso, decia. He vengado muchas victimas inocentes y he evitado muchos otros desastres. Desengañado un día el pueblo se alegrará de lo que he hecho, porque le libré de un tirano. Si intenté persuadiros de que me dirigia á Inglaterra, es porque me esperaba el quedar desconocida: he tocado la imposibilidad. Creo que no os inquietarán; pero de todos modos, en Caen no os faltará quien os apoye. He elegido por mi defensor á Gustavo Doucet de Pontecoulant. Un atentado de esta especie no admite ninguna defensa respecto á la forma. Adios, querido papá; os suplico que cuanto antes me olvidéis ó que os alegreis de mi posicion. La causa es hermosa. Abrazad á mi hermana, á quien amo de todo corazón. No olvidéis este verso de Corneille:

¡La vergüenza es el crimen, no el cadalso!

Mañana á las ocho me juzgan....»

Esta alusion á un verso de su abuelo, recordando á su

padre el orgullo de su nombre y el heroismo de la sangre, parecia que intentaba colocar su accion bajo la salvaguardia del genio de su familia. Impedia la debilidad de su padre presentándole el cuadro de los sentimientos romanos, aplaudiendo anticipadamente su abnegacion.

XXXII.

Al día siguiente, á las ocho de la mañana, se presentaron los gendarmes para conducirla al tribunal revolucionario. La sala estaba situada encima de los arcos de la Consergeria. Una sombría escalera, estrecha y fúnebre, que se deslizaba por los huecos de espesas murallas del basamento del palacio de Justicia conducia los acusados al tribunal revolucionario, y por allí volvia de nuevo á su calabozo. Antes de subir arregló Carlota sus cabellos y vestidos para presentarse decente ante la muerte; despues dijo sonriendo al alcaide que asistia á estos preparativos: «Mr. Richard, os encarezco que cuideis de que mi desayuno esté pronto para cuando baje: es probable que mis jueces tendrán prisa. Quiero que en mi última comida me acompañéis vos y vuestra esposa.»

Todo Paris sabia desde la víspera la hora del juicio de Carlota Corday. La curiosidad, el horror ó la compasion atraieron una multitud inmensa á la sala del tribunal revolucionario y las precedentes. Cuando se acercó la acusada se levantó un sordo murmullo del seno de esta muchedumbre; murmullo que parecia encerrar una maldicion. Pero apenas atravesó el tropel y ostentó su belleza, cuando este murmullo de cólera se cambió por otro de interés y de admiracion. Las fisonomias expresaban horror ó ternura. La suya, exaltada por la solemnidad del momento, coloreada por la emocion, alterada por ser blanco de tanta mirada, ennoblecida por la mag-

nidad de un crimen que ostentaba en su alma y frente como una virtud; finalmente, la magestuosidad y modestia juntas y confundidas en su actitud, prestaban á su persona un encanto que impresionaba todos los ánimos y todas las miradas: sus mismos jueces parecían ante ella acusados. Creíase la justicia divina ó la Nemesis antigua, sustituyendo la conciencia á las leyes, y que venía á pedir á la justicia humana, no la absolución, sino que la reconociesen y temblasen.

XXXIII.

Apenas se sentó en el banco de los acusados, la preguntaron si tenía defensor; y contestó que para tal encargo había elegido á un amigo, pero que no viéndole en aquel recinto, creía que le había faltado el valor necesario. El presidente le nombró un defensor de oficio, que fué el jóven Chaveaux-Lagarde, ilustre despues por la defensa de la reina, y conocido ya por su elocuencia y valor, en el tiempo y en las causas en que el defensor compartía los peligros del acusado. Esta eleccion del presidente indicaba un remoto pensamiento de salvacion. Chaveaux-Lagarde se colocó en la barra. Carlota le dirigió una mirada escrutadora é inquieta, como si temiese que para salvar su vida, el defensor sacrificase algo de su honor.

La viuda de Marat prestó su declaracion entre continuos sollozos. Carlota, conmovida por el dolor de esta muger, acortó su declaracion esclamando: «Si, si; yo soy la que le asesiné.» Retiró en seguida que la concepcion de su proyecto contaba ya tres meses; declaró su intencion de herir al tirano en medio de la Convencion, y la estratagemá á que recurriera para acercarse á Marat. «Convengo, dijo humildemente, en que este medio no

era digno de mí, pero era necesario aparentar cariño á ese hombre para colocarle al alcance de mi puñal. —¿Quién os ha inspirado tanto odio contra Marat?—Inútil me era el odio de los demas; me bastaba el mio: no favorece el buen éxito, cuando se adoptan otras ideas que no son las propias. —¿Qué aborreciais en él.—Sus crímenes.—Y dándole la muerte, ¿qué esperábais?—Dar la paz á mi patria. —¿Creeis acaso haber asesinado á todos los Marats?—Muerto aquel temblarán tal vez los otros.» Se le presentó el cuchillo para que le reconociese, y lo rechazó espresando disgusto. «Si, dijo, le reconozco.» Pasado el calor del crimen, se le hacia éste odioso en el instrumento que lo había consumado. «¿Qué sujetos visitábais ú os visitaban en Caen?—Poca gente; veía á Larue, oficial municipal, y al cura de San Juan. —En Caen, ¿os confesábais con sacerdotes juramentados ó no juramentados?—Ni con los unos, ni con los otros. —¿Cuándo formásteis vuestro designio?—Despues de la jornada del 31 de mayo, en la que se prendieron aqui á los diputados del pueblo. He muerto un hombre para salvar cien mil. Era republicana mucho antes que la revolucion.»

Carearon á Fauchet con Carlota. «Solo conozco á Fauchet de vista, dijo ésta con desden; le considero hombre falto de hábitos morales y sin principios, y le desprecio.» El acusador le echó en cara el haber dirigido el golpe de arriba hácia abajo para que fuese mas seguro, diciéndola que era forzoso, sin duda ninguna, que estuviere habituada al crimen. A esta suposicion que desconcertaba todos sus pensamientos comparándola á los asesinos de profesion, arrojó una esclamacion de vergüenza. «¡Mónstruo! gritó, ¿me toma por un asesino!»

Fouquier Tinville reasumió los debates, y pidió la muerte.

Levantóse el defensor. «La acusada, dijo, confiesa el crimen: confiesa su larga premeditacion y tambien las circunstancias de mas peso. Ciudadanos: he aqui su de-

fensa entera. Esa calma imperturbable, esa completa abnegacion de sí misma, que no revela ningun remordimiento ante la muerte, calma y abnegacion, que aunque sublimes bajo un aspecto, no lo son en la naturaleza, solo pueden esplicarse teniendo en cuenta la exaltacion del fanatismo que ha puesto el puñal en su mano. A vosotros toca juzgar la influencia que un fanatismo de esta clase debe ejercer en la balanza de la justicia. Apelo á vuestras conciencias.»

Los jurados votaron por unanimidad la pena de muerte. Sin palidecer oyó Carlota la sentencia. Habiéndola preguntado el presidente si tenia algo que alegar respecto á la naturaleza de la pena que se le habia impuesto, desdenó responder; y acercándose á su defensor: «Caballero, le dijo con penetrante y dulce voz, me habeis defendido según mis deseos, y os doy gracias; os soy deudora de un testimonio de mi reconocimiento y de mi cariño, os lo ofrezco digno de vos. Esos señores (señalando á los jueces) acaban de declarar mis bienes confiscados; debo alguna cantidad en la cárcel y os lego esta deuda, á fin de que la satisfagais por mí.»

Durante el interrogatorio, y mientras que los jurados tomaban acta de sus contestaciones, notó en el auditorio un pintor que dibujaba su fisonomia. Sin interrumpirse, habíase vuelto complacida y sonriéndose hacia el artista para que pudiese retratar mejor su imagen. Pensaba en la inmortalidad. Descansaba ya ante el porvenir.

XXXIV.

Detrás del pintor, un jóven cuyos cabellos rubios, ojos azules, y pálido rostro atestiguaban ser hijo del Norte, se levantaba de puntillas á fin de contemplar mas á su sa-

bor á la acusada. Tenia los ojos clavados sobre ella, como un fantasma cuya mirada hubiese adquirido la inmovilidad de la muerte. A cada contestacion de la jóven, el sentido viril y el tono femenino de esta voz le hacian sentir frio calenturiento y cambiar de color. Parecia devorar con sus ojos sus palabras y asociarse por la accion, por la actitud y el entusiasmo á los sentimientos que la acusada espresaba. Muchas veces, no pudiendo contener su emocion, provocó por exclamaciones involuntarias los murmullos del auditorio y la atencion de Carlota Corday. En el momento en que el presidente pronunció la sentencia de muerte, levantóse el jóven con la actitud de un hombre que protesta en su corazon, sentándose repentinamente como si las fuerzas le faltasen. Carlota, aunque insensible á su propia suerte, vió este movimiento. Comprendió que en el instante en que todo sobre la tierra la abandonaba, un alma se confundia con la suya, y que en medio de aquella multitud indiferente ó enemiga, contaba con un amigo desconocido. Su mirada le dió las gracias. Fué la sola plática que en este mundo tuvieron.

Aquel jóven desconocido era Adan Lux, republicano alemán enviado á París por los revolucionarios de Maguncia para combinar los movimientos de Alemania con los de Francia en la comun causa de la razon humana y de la libertad de los pueblos. Sus ojos siguieron á la acusada hasta el momento en que desapareció entre los sales de los gendarmes, bajo la bóveda de la escalera. Su pensamiento no le abandonó jamás.

XXXV.

De vuelta ya en la Consergeria, para salir en breves instantes hacia el cadalso, Carlota Corday sonrió ante sus

fensa entera. Esa calma imperturbable, esa completa abnegacion de sí misma, que no revela ningun remordimiento ante la muerte, calma y abnegacion, que aunque sublimes bajo un aspecto, no lo son en la naturaleza, solo pueden esplicarse teniendo en cuenta la exaltacion del fanatismo que ha puesto el puñal en su mano. A vosotros toca juzgar la influencia que un fanatismo de esta clase debe ejercer en la balanza de la justicia. Apelo á vuestras conciencias.»

Los jurados votaron por unanimidad la pena de muerte. Sin palidecer oyó Carlota la sentencia. Habiéndola preguntado el presidente si tenia algo que alegar respecto á la naturaleza de la pena que se le habia impuesto, desdenó responder; y acercándose á su defensor: «Caballero, le dijo con penetrante y dulce voz, me habeis defendido según mis deseos, y os doy gracias; os soy deudora de un testimonio de mi reconocimiento y de mi cariño, os lo ofrezco digno de vos. Esos señores (señalando á los jueces) acaban de declarar mis bienes confiscados; debo alguna cantidad en la cárcel y os lego esta deuda, á fin de que la satisfagais por mí.»

Durante el interrogatorio, y mientras que los jurados tomaban acta de sus contestaciones, notó en el auditorio un pintor que dibujaba su fisonomia. Sin interrumpirse, habíase vuelto complacida y sonriéndose hacia el artista para que pudiese retratar mejor su imagen. Pensaba en la inmortalidad. Descansaba ya ante el porvenir.

XXXIV.

Detrás del pintor, un jóven cuyos cabellos rubios, ojos azules, y pálido rostro atestiguaban ser hijo del Norte, se levantaba de puntillas á fin de contemplar mas á su sa-

bor á la acusada. Tenia los ojos clavados sobre ella, como un fantasma cuya mirada hubiese adquirido la inmovilidad de la muerte. A cada contestacion de la jóven, el sentido viril y el tono femenino de esta voz le hacian sentir frio calenturiento y cambiar de color. Parecia devorar con sus ojos sus palabras y asociarse por la accion, por la actitud y el entusiasmo á los sentimientos que la acusada espresaba. Muchas veces, no pudiendo contener su emocion, provocó por exclamaciones involuntarias los murmullos del auditorio y la atencion de Carlota Corday. En el momento en que el presidente pronunció la sentencia de muerte, levantóse el jóven con la actitud de un hombre que protesta en su corazon, sentándose repentinamente como si las fuerzas le faltasen. Carlota, aunque insensible á su propia suerte, vió este movimiento. Comprendió que en el instante en que todo sobre la tierra la abandonaba, un alma se confundia con la suya, y que en medio de aquella multitud indiferente ó enemiga, contaba con un amigo desconocido. Su mirada le dió las gracias. Fué la sola plática que en este mundo tuvieron.

Aquel jóven desconocido era Adan Lux, republicano alemán enviado á París por los revolucionarios de Maguncia para combinar los movimientos de Alemania con los de Francia en la comun causa de la razon humana y de la libertad de los pueblos. Sus ojos siguieron á la acusada hasta el momento en que desapareció entre los sales de los gendarmes, bajo la bóveda de la escalera. Su pensamiento no le abandonó jamás.

XXXV.

De vuelta ya en la Consergeria, para salir en breves instantes hacia el cadalso, Carlota Corday sonrió ante sus

compañeros de cárcel que estaban alineados en los patios y corredores para verla pasar. Al alcaide le dijo, «Creía que almorzaríamos juntos; mas los jueces me han tenido allá arriba tan largo tiempo, que es necesario me perdonéis el haber faltado á mi palabra.» Entró el verdugo. Pidióle un minuto para acabar una carta principiada. Esta carta no muestra ni debilidad ni enternecimiento: es el grito de la amistad indignada, que quiere dejar un cargo inmortal á la cobardía de un abandono. Dirigíase á Doulcet de Pontecoulant á quien había conocido en casa de su tia, y á quien creía haber invocado en valde pera defensor. He aquí la esquela: «Doulcet de Pontecoulant, es un cobarde por haber rehusado defenderme cuando la cuestion era tan clara. El que lo ha hecho, ha llenado su encargo con toda la dignidad posible. Mi reconocimiento para con él, durará hasta mi último momento.» Esta venganza heria sin razon al que acusaba desde el borde de la tumba. El jóven Pontecoulant, ausente de París, no había recibido su carta; para contar con la seguridad de su aceptación, hasta atender á su generosidad y valor. Carlota llevó al cadalso un error y una injusticia.

El artista que había bosquejado la fisonomía de Carlota Corday ante el tribunal, era Mr. Hauer, pintor y oficial de la guardia nacional de la seccion del Teatro francés. Encerrada en el calabozo, rogó al alcaide le dejase entrar para concluir su obra. Mr. Hauer fué introducido. Dióle gracias Carlota por el interés que parecía tomar por su suerte, y se situó con serenidad ante él. Se hubiese dicho que permitiéndole trasmitir sus facciones y fisonomía á la posteridad, le encargaba igualmente el trasmitir su alma y patriotismo visibles á las generaciones venideras. Habló con Mr. Hauer de su arte, del acontecimiento del día, y de la paz que originaba el acto que había consumado. Habló de sus amigas de la niñez, de Caen, y rogó al artista que copiasé mas en pequeño el

retrato que ejecutaba, y que enviase la miniatura á su familia.

Durante esta conversacion, entrecortada algunos momentos, oyóse golpear lentamente á la puerta del calabozo que se hallaba detrás de la acusada. Abrieron la puerta y se presentó el verdugo. Carlota, volviéndose al ruido, vió las tijeras y la túnica colorada que el ejecutor tenia bajo el brazo. Su rostro palideció y tembló de horror á la vista de este traje. «¡Tan pronto!» esclamó involuntariamente. Rehizose al momento, y arrojando una mirada al retrato aun no concluído. «Caballero, dijo al artista con una sonrisa triste y bondadosa, no se cómo recompensaros el interés que os habeis tomado por mí; únicamente puedo ofrecer os esto; conservadlo en memoria de vuestra bondad y de mi reconocimiento.» Diciendo estas palabras, cogió las tijeras de la mano del verdugo, y cortando una trenza de sus largos cabellos rubios-cenicientos, que se escapaban de la gorra, la presentó á Mr. Hauer. A estas palabras y ademán se asomaron las lágrimas á los ojos de los gendarmes y del verdugo.

La familia de Mr. Hauer posee aun este retrato, interrumpido por la muerte: la cabeza es lo que únicamente está pintada. Pero el pintor que siguió mirando los preparativos del cadalso, quedó tan admirado del efecto del esplendor siniestro que la túnica encarnada añadía á la beldad del modelo, que despues del suplicio de Carlota la hermoseó con este traje.

Un sacerdote autorizado por el acusador público, se presentó segun la costumbre, para ofrecerla los consue- los de la religion. «Dad gracias, le dijo, con afectuoso donaire á los que han tenido la atencion de enviaros; mas yo no tengo necesidad de vuestro ministerio: la sangre que he derramado y la mia que va á verterse son los solos sacrificios que puedo ofrecer al Eterno.» El ejecutor le cortó los cabellos que ella recogió, mirándolos por

última vez, entregándoselos luego á madama Richard; le anudó las manos y le ciñó la túnica de los ajusticiados. «Ved, dijo sonriéndose, el tocador de la muerte hecho por manos algo rudas, pero que conduce á la inmortalidad.»

En el momento en que subió á la carreta para marchar al suplicio, una tempestad estalló sobre París. Los relámpagos y la lluvia no dispersaron la multitud que embarazaba las plazas, los puentes y las calles, tránsito del cortejo. Tropel de mugeres encolerizadas, la acompañaban con su maldición. Insensible Carlota á tales ultrajes, paseaba su mirar radiante de serenidad sobre el pueblo.

XXXVI.

El cielo se había despejado. La lluvia ceñía sus vestidos sobre sus miembros, y dibujaba bajo el húmedo tegido los agraciados contornos de su cuerpo, como los de una muger al salir de un baño. Sus manos atadas á la espalda, le obligaban á levantar la cabeza, y esta contracción muscular daba mas firmeza á su actitud; destacando las curvas de su talle. El sol, pronto á ocultarse, iluminaba su frente con sus rayos semejantes á una aureola. El colorido de sus mejillas que resaltaba con los reflejos de la colorada túnica, daban á su rostro un esplendor que ofuscaba la vista. Ignorábase si era el apoteosis ó el suplicio de la beldad, lo que originaba este tumultuoso cortejo. Robespierre, Danton, Camilo, Desmoulin, habían salido al tránsito para divisarla. Cuantos sentían el presentimiento del asesinato tenían curiosidad para estudiar en su fisonomía, el fanatismo que mañana podía amenazarlos. Carlota se semejava á la venganza celeste satisfecha y trasfigurada. A veces parecia buscar entre aque-

los millares de rostros, una mirada simpática, sobre la que pudiese reposar la suya. Adam Lux aguardaba la carreta á la entrada de la calle de San Honorato, y siguió piadosamente las ruedas hasta al pié del cadalso. El imprimió en su corazón, dice él mismo, aquella inalterable tranquilidad en medio de los bárbaros aullidos de la multitud, aquella mirada tan dulce y penetrante, aquellos resplandores vivos y languidos que huían como pensamientos inflamados de sus bellos ojos, con los que hablaba un alma tan varonil como tierna; ojos encantadores capaces de conmover una roca, exclamaba.... «Reuerdos únicos é inmortales, añadía, que rompieron mi corazón y le llenaron de emociones hasta entonces desconocidas; emociones cuya dulzura, así como el pesar solo morirán al exhalar yo el último aliento. Santificad el sitio de su suplicio y elevad en él una estatua que diga: ¡Mas grande que Bruto! Morir por ella, y como ella ser abofeteado por la mano del verdugo, sentir al dejar el mundo el frío del mismo cuchillo que cortó la angélica cabeza de Carlota, asemejarme á ella en el heroísmo, en la libertad, en el amor y en la muerte, ved desde ahora mis únicos votos. Jamás me igualaré á aquella sublime virtud; mas acaso, ¿no es natural que el objeto adorado sobrepuje al adorador?»

XXXVII.

De este modo un amor entusiasta é inmaterial, muerto con la última mirada de la víctima, la acompañó, sin saberlo, paso á paso hasta el cadalso, disponiéndose á seguirla para alcanzar con su guía y su ideal, la eterna unión de las almas. Paróse la carreta. Carlota palideció al ver el instrumento del suplicio. Recobró prontamente

sus colores naturales y subió los resbaladizos escalones del cadalso con un paso tan firme y tan ligero como le permitian su túnica y sus manos atadas. Cuando el ejecutor para descubrir su cuello, arrancó la pañoleta que cubría su pecho, el pudor humillado le causó más emoción que la cercana muerte; pero recobrando su serenidad y animada por un fervor casi gozoso presentó su cuello bajo el hacha y su cabeza rodó dando botes. Uno de los ayudantes del verdugo, llamado Legros, tomó la cabeza con una mano, abofeteándola con la otra; y adulacion ofrecida al pueblo. Dícese que las mejillas de Carlota se enrojecieron, como si la dignidad y el pudor hubiesen sobrevivido un momento al sentimiento de la vida. La irritada multitud no aceptó el homenaje. Una sensación de horror recorrió la muchedumbre y pidió venganza de esta indignidad. Como quiera, la violación de la humanidad no paró en esto. La curiosidad infame de las maraistas, buscó hasta en los restos inanimados de la joven pruebas del vicio con el que sus calumniadores querían profanarla. Su virtud encontró un testigo, donde sus enemigos buscaban el deshonor. Esta profanación de la beldad y de la muerte, atestigua la inocencia de sus hábitos y la pureza de su cuerpo.

XXXVIII.

Tal fué el fin de Marat. Tales fueron la vida y muerte de Carlota Corday. La historia no se atreve a santificar ante el asesinato, ni a condenar ante el heroísmo. El juicio sobre tal acto sitúa el alma en esa congojosa alternativa de despreciar la virtud ó loar el crimen. Como al punto que temiendo no dar la expresión compleja de un sentimiento misto, arroja un velo sobre la figura de su modelo

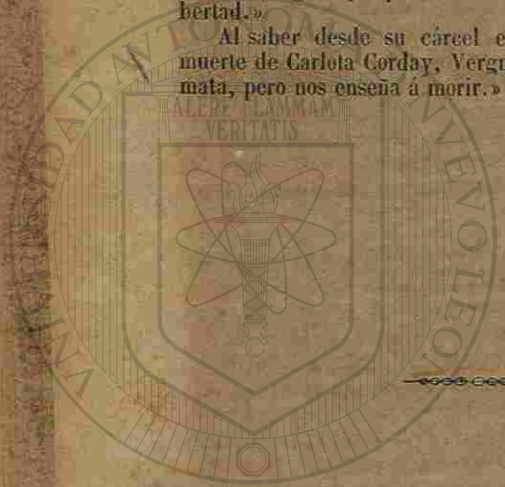
y deja un problema al espectador, es necesario arrojar este misterio para debatirlo eternamente en el abismo de la conciencia humana. Existen cosas que el hombre no debe juzgar, y que suben sin intermediación ni llamamiento al tribunal directo de Dios. Hay actos humanos en tal manera mezclados de debilidad y fuerza, de intención pura y medios culpables, de error y de verdad, de muerte y martirio, que no pueden calificarse con una sola palabra y que no se sabe si llamarles crimen ó virtud. La culpable abnegación de Carlota es del número de estos actos que, la admiración y el horror dejarían eternamente en duda, si la moral no los reprobaba. Por lo que á nosotros toca, si encontrar pudiésemos para esta sublime libertadora de su país y para esta generosa asesina de la tiranía, un nombre que á la vez encerrase el entusiasmo de nuestra emoción hácia ella y la severidad de nuestro juicio respecto á su acto, crearíamos una palabra que reuniese los dos extremos de la admiración y del horror en la lengua de los hombres y la llamaríamos el ángel del asesinato.

Pocos días despues del suplicio, Adam Lux publicó la apología de Carlota Corday, y se asoció á su atentado para asociarse á su martirio. Arrestado por esta audaz provocación fué encerrado en la Abadía. Lux esclamaba al pasar el umbral de la cárcel. « Voy á morir por ella. » Así fué en efecto; murió bien pronto, saludando como el altar de la libertad y del amor, el cadalso que la sangre de su amiga había consagrado.

El heroísmo de Carlota Corday, fué loado por Andrés Chénier, quien bien pronto debía morir por la patria común de las grandes almas: la verdadera libertad. La poesía de todos los pueblos se apodera del nombre de Carlota Corday, para amedrentar á los tiranos. « ¿Qué tumba es esa? canta el poeta alemán Klopstock.—Es la tumba de Carlota. Vamos á coger flores y á deshojarlas sobre sus cenizas, porque ha muerto por la patria.—No, no, no co-

ger nada.—Vamos á buscar un desmayo y á plantarle sobre el césped, porque ha muerto por la patria.—No, no, no planteis nada, pero llorad, y que vuestras lágrimas sean de sangre, porque ha muerto en vano, por la libertad.»

Al saber desde su cárcel el crimen, la sentencia y muerte de Carlota Corday, Vergniaud exclamó: «Ella nos mata, pero nos enseña á morir.»



LIBRO CUARENTA Y CINCO.

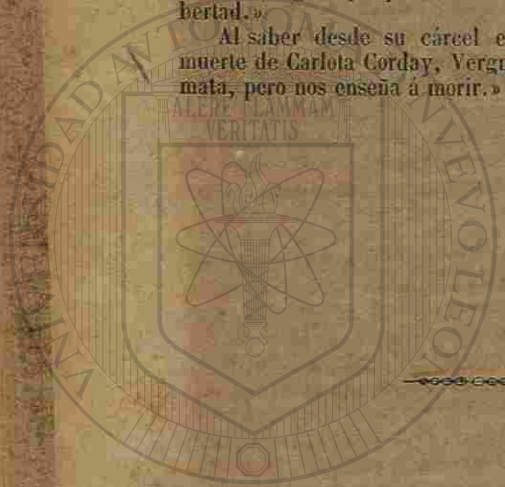
Apoteosis de Marat.—Los girondinos abandonan la Normandía.—Retirada de los ejércitos franceses.—Sométense los departamentos insurreccionados.—Custine es llamado á Paris.—Robespierre combate la anarquía.—Descontento de Danton.—Desarrolla Robespierre sus teorías.—Reorganización del comité de salvación pública.—Domina en él Robespierre.—Fiesta de la nueva Constitución.—Mandato á la Convención.—Decretos.—Movimiento de los patriotas.—Escasos.—Suplicios.—Maximum.—Reorganización del tribunal revolucionario.—Merlin de Douai.—Ley de los sospechosos.—Prisiones insuficientes.—El Terror.—Su objeto.

I.

La virtud mas pura se engaña siempre en sus deseos cuando se vale de la mano y el arma del crimen. La sangre de Marat embriagó al pueblo. La Montaña, Robespierre y Danton, dichosos por verse libres de aquel rival en quien tenían su imperio sobre la multitud, arrojaron su cadáver al populacho para que hiciese de él su idolo. Sus funerales mas parecieron una apoteosis que un duelo. La Convención dió el culto de Marat en diversion á la anarquía. Al que se avergonzaba de contarle como colega le dejó que le tratase como á un Dios. La misma noche

ger nada.—Vamos á buscar un desmayo y á plantarle sobre el césped, porque ha muerto por la patria.—No, no, no planteis nada, pero llorad, y que vuestras lágrimas sean de sangre, porque ha muerto en vano, por la libertad.»

Al saber desde su cárcel el crimen, la sentencia y muerte de Carlota Corday, Vergniaud exclamó: «Ella nos mata, pero nos enseña á morir.»



LIBRO CUARENTA Y CINCO.

Apoteosis de Marat.—Los girondinos abandonan la Normandía.—Retirada de los ejércitos franceses.—Sométense los departamentos insurreccionados.—Custine es llamado á Paris.—Robespierre combate la anarquía.—Descontento de Danton.—Desarrolla Robespierre sus teorías.—Reorganización del comité de salvación pública.—Domina en él Robespierre.—Fiesta de la nueva Constitución.—Mandato á la Convención.—Decretos.—Movimiento de los patriotas.—Escases.—Suplicios.—Maximum.—Reorganización del tribunal revolucionario.—Merlin de Douai.—Ley de los sospechosos.—Prisiones insuficientes.—El Terror.—Su objeto.

I.

La virtud mas pura se engaña siempre en sus deseos cuando se vale de la mano y el arma del crimen. La sangre de Marat embriagó al pueblo. La Montaña, Robespierre y Danton, dichosos por verse libres de aquel rival en quien tenían su imperio sobre la multitud, arrojaron su cadáver al populacho para que hiciese de él su idolo. Sus funerales mas parecieron una apoteosis que un duelo. La Convención dió el culto de Marat en diversion á la anarquía. Al que se avergonzaba de contarlo como colega le dejó que le tratase como á un Dios. La misma noche

que siguió á su muerte fué el pueblo á colgar coronas en las puertas de su casa. La municipalidad mandó colocar su busto en la sala de sesiones. Las secciones fueron en procesion á llorar á la Convencion y á pedir el Panteon para sus cenizas. Otros pidieron que su cuerpo embalsamado se pasease por los departamentos y hasta los limites del mundo; otros, en fin, que se erigiese una tumba vacía, bajo los árboles de la libertad plantados en todas las municipalidades de la república. Únicamente Robespierre intentó moderar esta idolatría en los Jacobinos. «A mi también, dijo, me están reservados los honores del puñal. Solo la casualidad ha determinado prioridad, y mi caída avanza á grandes pasos.»

La Convencion decretó que asistiría en masa á las exequias. El pintor David las ordenó. Plagiario de la antigüedad, quiso parodiar los funerales de César. Mandó colocar el cuerpo de Marat en la iglesia de los Franciscanos, sobre un catafalco cubierto con su camisa ensangrentada. El puñal, el baño, el tajo de chimenea, el tinero, las plumas, los papeles, estaban esparcidos junto al cuerpo, como armas del filósofo y testigos de su indigencia. Las diputaciones de las secciones se sucedieron con arengas, incensos y flores alrededor del cadáver, y allí pronunciaron terribles juramentos.

II.

El cortejo fúnebre, alumbrado por antorchas, se puso en marcha al anoecer y no llegó hasta las doce al sitio que debía servir de tumba. Para dar descanso á los restos de Marat eligieron el patio del club de los Franciscanos, sitio en el que tantas veces arengó su voz y agitó al pueblo; al que muere combatiendo le entierran en el mismo campo de batalla. Colocaron su cuerpo en la hoya, á la

sombra de los árboles, cuyas hojas iluminadas por miles de lámparas, reflejaban sobre la tumba el apacible y sereno día que reinaba en el antiguo Eliseo. Engrandecían esta ceremonia el pueblo, que agitaba las banderas de las secciones, los departamentos, los electores, la municipalidad, los Franciscanos, los Jacobinos y la Convencion. ¡Irrisoria apoteosis! Thuriot, presidente de la Asamblea, dirigió la suprema y nacional despedida á aquellos manes. Anunció que por decreto de la Convencion la estatua de Marat iba á colocarse junto á la de Bruto. El club de los Franciscanos pidió su corazón. Encerrado en una urna le colocaron en la bóveda de la sala de las sesiones. Finalmente, la sociedad le votó un altar. «Apreciables restos de un dios, dijo un orador desde el pie de este altar, ¿seremos perjuros á sus manes? ¡Tú nos pides venganza, y tus asesinos viven aun!...»

El pueblo organizó en todos los domingos sus peregrinaciones á la tumba de Marat: este pueblo confundió las preces que merecía el corazón de aquel apóstol del asesinato con las que eran dignas del corazón del Cristo de paz. Los teatros aparecieron decorados con su imagen: las plazas y las calles abandonaron su primitivo nombre para adoptar el de Marat. Algunos periodistas bautizaron sus diarios con el nombre de *La sombra de Marat*, y las mugeres le levantaron un obelisco. Este nombre fué la enseña del patriotismo. El alcalde de Nimes se hizo llamar el Marat del Mediodía; el de Strasburgo el Marat del Rhin. El convencional Carrier llamó á sus tropas el ejército de Marat. La viuda del *Amigo del pueblo* se presentó en la Convencion á pedir venganza para su esposo. Muchas municipalidades de la república instituyeron aniversarios, que se celebraban con fiestas fúnebres y procesiones. Se erigían catafalcos, y en torno de estos monumentos, jóvenes vestidas de blanco y con coronas en la mano, elevaban sus voces cantando himnos en loor de Marat. Las estrofas de estos himnos respiraban estermi-

ño. El puñal de Carlota Corday, en vez de estancar la sangre, parecía que abría todas las venas de la Francia.

III.

Por todas partes la Convención adquiría de nuevo su ascendiente. Después del encuentro de Vernon, en que el primer cañonazo dispersó la vanguardia de los federalistas, los girondinos refugiados en Caen intentaron llegar á Burdeos, abandonando por una parte la Normandía y la Bretaña á los realistas, y por otra á los comisarios de la Convención. Petion, Louvet, Barbaroux, Salles, Meilhán, Kervelegan, Gorsas, Girey-Dupré, Marchena, español que voluntariamente se afilió en la Gironda, y finalmente Riouffe, joven marsequés que siguió con constancia esta causa hasta en sus desastres, vistieron el uniforme de voluntarios de Finisterre y se confundieron con estos soldados para llegar á Bretaña. Poco había que Guadet, llegó á Caen para reunirseles, y solo presenció su ruina. Buzot, Du Chastel, Bergoing, Lesage y Valady marcharon con los batallones. Lanjuinais les había adelantado á Brest, é infundía en torno de él su indignación y valor. Enrique Larivière y Mollevault, miembros de la fatal comisión de los Doce, precedieron los fugitivos á Quimper; y les prepararon no auxiliares, pero sí asilos. Reducidos á diez y nueve y ya separados del batallón de Finisterre que les protegiera hasta Lamballe, los desgraciados evitaban los caminos reales, eligiendo otros estraviados donde fueron pidiendo de choza en choza una hospitalidad que á cada paso podía venderlos.

Reconocidos en Monecontour por algunos federados, y habiendo oído en su alrededor rumores de: hé ahí á Petion, hé ahí á Buzot, tuvieron que refugiarse á los bosques. Sospecharon su retirada y pasaron muchas horas

ocultos entre las hojas, mientras la lluvia bañaba sus entumecidos miembros. Un jóven ciudadano de Monecontour que espío su huida, fué á buscarles y les dirigió á una apartada casa que les sirvió de asilo durante algunas horas.

Desde allí oían la generala que conmovía todas las aldeas: registraban los bosques, los campos y las casas para prenderlos. Giroost y Lesage se separaron de sus compañeros, aceptando la hospitalidad que les ofrecían por aquellos contornos. Los demas continuaron su camino: todos se encontraban armados, é intimidaban á los habitantes que no lograban seducir. Milagrosamente venían los continuos peligros que ante ellos se presentaban.

IV.

Sin embargo, el camino, el hambre, la sed, la inquietud y las enfermedades les iban diezmando. Cuny despedía sordos gemidos por la dolencia de un ataque de gota. Buzot, débil por los trabajos, tiró sus armas como inútil peso. Barbaroux, que apenas rayaba en los veinte y ocho años, presentaba el aspecto de un hombre de avanzada edad: tenía un pie hinchado á causa de una torcedura. Marchaba apoyado en el brazo de Petion y de Louvet. Riouffe, lastimados sus pies por la aspereza del camino, se arrastraba dejando señales de sangre por donde dirigía su cansado cuerpo. Petion, Salles y Louvet eran los únicos que aun conservaban su incansable vigor.

Cierta noche al acercarse á un pueblo, les dijo un guía, que á la siguiente mañana les esperaban en el camino diez gendarmes con algunos guardias nacionales para prenderlos. «Adelantémonos á ellos, dijo Barbaroux, avivemos nuestra marcha y pasemos esta noche en la ciudad. Antes que los gendarmes ensillen sus caballos,

habremos ya franqueado el sitio peligroso. Si nos persiguen parapetémonos en los ribazos: serán víctimas de nuestras balas ó prenderán solo á nuestros cadáveres. Andemos de rodillas si es preciso antes que caer bajo el poder de los Maratistas. Escapemos del peligro de mañana y desafiaremos ya los demas en el asilo que Kervelegan nos ha preparado en Quimper.»

Los enfermos y heridos preferían esperar la muerte allí mismo, á evitarla huyendo. La energía de Barbaroux les avergonzó de su resignación. Se levantaron silenciosos, dejaron atrás el sitio del peligro, y protegidos por la altura de la yerba, se entregaron al sueño, habiendo interpuesto algunas leguas. Postrados por el cansancio y hambrientos, se encontraban junto á los muros de Quimper, donde no se atrevían á entrar. Enviaron uno de sus guías para que advirtiese á Kervelegan de su llegada, y que les indicase los medios necesarios para penetrar en el asilo que su amistad les había preparado. Treinta y dos horas pasaron espuestos á la intemperie, sin alimentos, cayendo sobre ellos torrentes de lluvia y tendidos en un pantano de helada agua que les entorpecía mas y mas los miembros; y esta situación que les hacía llevara la esperanza de la vuelta del mensajero se hizo insostenible porque el guía no se presentaba para que abandonasen tan angustioso estado. Cussy invocaba la muerte, mas clemente que el dolor; Riouffé y Girey-Dupré, perdieron la jovialidad de su juventud, jovialidad que hasta entonces les prestaba fuerzas. La frente de Buzot se veía dominada por una negra melancolía. Barbaroux notaba, no que perdía su valor, pero si que se alejaba su esperanza. Louvet, frenético por el dolor, apretaba contra su pecho el arma cargada que era su defensa, y que podía hacerle insensible á las penas. Apreciaba aun la vida, porque corría tras la imágen de una muger que adoraba. Pelion conservaba la indiferencia estoica de un hombre que desafia la inconstante fortuna, fortuna que hoy le en-

cenagaba en la desgracia, cuando un dia se complaciera en bisongearle. Apuraba las heces del infortunio, y permanecía impassible.

V.

Kervelegan entretanto no se dormía en Quimper. Envió un mensajero á caballo, que encontró los fugitivos en los pantanos, y que les acompañó á casa de un labrador, donde restauraron sus fuerzas con el fuego, pan y vino. Luego les dió auxilio un cura constitucional, y de este modo acabaron de rehacer sus ánimos, y se separaron en muchos grupos, á cada uno de los cuales favoreció fortuna diversa. Cinco de ellos, entre los que estaban Salles, Girey-Dupré y Cussy, recibieron hospitalidad en casa de Kervelegan: Buzot quedó confiado á la discreción de un generoso ciudadano del arrabal de Quimper; Pelion y Guadet en una aislada casa de campo; Louvet, Barbaroux y Riouffé en casa de un ciudadano de Quimper. La amante de Louvet le había precedido á Quimper, y traía al que adoraba el mundo de sus esperanzas y las caricias de su amor.

Desde el fondo de sus retiros concertaron los proscripciones el medio de llegar á Burdeos, pero evitando el camino de tierra, que tanto obstáculo les presentaba. Du Chastel descubrió un barco con cubierta anclado en el río de Quimper; hizo que sus amigos observasen aquella embarcación y la fletó para que los trasportasen á Burdeos. Aunque los comisarios de la Convencion no se atrevían á presentarse en el departamento de donde les rechazaba la opinion, descubriose el proyecto de Du Chastel y lo delataron. Otra embarcación dispuesta en Brest condujo hácia la embocadura de la Gironda á Du Chastel, Cussy, Bois-Guyon, Girey-Dupré, Salles, Meilhand,

Bergoing, Marchena y Rionffe. Petion, Guadet y Buzot por no separarse del moribundo Barbaroux, rehusaron embarcarse, y aguardaban en sus asilos el alivio de las dolencias de su amigo. Louvet se retiró con Lodoiska á una choza que le preparara su amante. Amenazado por dos tempestades, saboreó momentos de felicidad mas y mas grata, cuantos mas eran los peligros que la rodeaban: momento pasajero que acaricia á los desgraciados en la senda de la muerte. Barbaroux vario en sus amores, á los que nunca prestaba duradera constancia, decia que envidiaba la dicha de Louvet proscrito, dicha que le ofrecia el cariño y la fidelidad.

La noticia de la toma de Tolon por los ingleses, aumentó la vigilancia y persecucion contra los federalistas, acusados del desmembramiento de la patria. Louvet, Barbaroux, Buzot y Petion se embarcaron de noche con un pescador que debia conducirles á un buque anclado en la rada. Cubiertos con esteras en el fondo de la escotilla, pasaron sin que los descubriesen, por una escuadra de veinte y dos navios republicanos. Si hubiesen registrado el buque, infaliblemente los reconocieran por Petion. Los trastornos de la revolucion, el ardor de sus ambiciones, las tempestades del favor popular que ya le acariciaba ó ya veia en él un enemigo, fueron causas que encanecieron sus cabellos antes que pasasen sobre él cuarenta años. Toda la Francia conocia á este precoz anciano. Los proscritos entraron en la Gironda y desembarcaron en Bec-d' Ambés, insignificante puerto cerca de Burdeos. Creian que les recibia el suelo de la libertad, y aquel suelo les auguraba la muerte.

VI.

Mientras que los girondinos vencidos caian uno á uno en manos de sus enemigos, ó prolongaban huyendo la

dolorosa agonía de su partido, vacilaba en los estremos la república, afirmándose en el centro. Las fronteras estaban descubiertas; las plazas que el ejército de Custine conquistó en Alemania y algunas francesas las readia el cañon de la coalicion. Ya dijimos que Custine que se replegara á Landau, dejó en Maguncia imponente guarnicion como amenaza de una segunda entrada por Alemania. Mandaba la plaza el general Meunier, conocido ya por los admirables trabajos de Cherbourg. Eran sus segundos los intrepidos y esclarecidos oficiales generales Kleber, Doyré, Dubayet, Rowbell y Merlin, que eran representantes y soldados, y se encerraron en la plaza para que las tropas combatesen ante la Convencion. Doscientos cañones defendian la ciudad. Cincuenta y siete batallones y cuarenta escuadrones formaban el bloqueo. Abundaba el grano, pero escaseaba la pólvora. La sola esperanza era una heroica defensa, defensa que alentaba Merlin con sus prodigios de habilidad, con su audacia y valor, y con la intrepidez de su corazon y el esfuerzo de su brazo. Esta defensa paralizaba veinte mil de nuestros mejores soldados, detenidos en sus conquistas en la otra parte del Rhin. Custine envió un oficial al ejército prusiano. Este oficial pidió que como parlamento le dejasen pasar las líneas prusianas para llevar la orden á Maguncia de una capitulacion honrosa. Los comisarios de la Convencion y los generales se reunieron en consejo de guerra, que rechazó indignado esta orden. Los austriacos estrecharon el bloqueo, que los prusianos convirtieron en sitio. Los franceses con sangrientas salidas volvian á tomar la ofensiva, y el ejército enemigo tenía que conquistar cada paso para acercarse á la muralla. El general Meunier murió por haberle roto la rodilla una bala de cañon. Conmovidos los prusianos de tanto valor, cesaron el fuego, para que libremente pudiese el ejército francés dar sepultura á su general en uno de los bastidores de la ciudad. «Pierdo un enemigo que me ha causado

mucho daño, dijo Federico Guillermo, pero la Francia pierde un grande hombre.»

Comenzó el bombardeo con los disparos de trescientas bocas de fuego. Fueron incendiados los molinos harineros que abastecían la ciudad: faltaba el pan y faltó la carne. Los habitantes devoraban los caballos, los perros, los gatos y las ratas. El hambre se hacía sentir, y los generales determinaron que saliesen de las plaza las bocas inútiles. Los ancianos, mugeres y niños rechazados por los franceses, lo fueron también por los prusianos, y de aquella indefensa multitud murió parte por las balas de los cañones, y la otra sintieron los horrores del hambre. Los hospitales faltos de viveres, medicamentos y medio destruidos, no podían ya recibir los heridos, y la ciudad capituló.

Las tropas salieron libres con sus armas y banderas bajo la única condicion de que no debían hacer armas durante un año, contra la Prusia. La guarnición murmuró de sus gefes. El instinto de los soldados les decía que por el Norte se acercaba en su socorro, el general Houchard. Nuestros batallones creían esta primer retirada de los ejércitos franceses una mancha que empañaba el genio de la revolucion. Este pensamiento fué el juicio de la Convencion. Arrestaron en su entrada en Francia, al general Doyré gobernador de la plaza, y al general Dabayet, comandante de las tropas: presos, fueron conducidos á París, Merlin de Thionville, cubierto de gloria, no pudo sin muchísimo trabajo justificar la rendicion de este baluarte del Rhin. La reputacion de Custine quedó empañada. Desde estos primeros reveses se indagaron las faltas de este general. La Vendée recibió de refuerzo quince mil hombres, fogueados en el sitio de Maguncia.

Al mismo tiempo se rindió Condé, plaza fronteriza del Norte. Dampierre murió intentando socorrerla. El general Chancel encerrado en la plaza con cuatro mil hombres, carecía de viveres y municiones. Dos onzas de pan eran la racion del soldado, y estos viveres durarian muy pocos dias. El 12 de julio, se rindió prisionera de guerra la guarnicion. Valenciennes, acerbillado por las bombas, se rindió el 28 á los ingleses y austríacos. El general Ferrand, ese animoso lugarteniente de Dumouriez, de 70 años de edad, defendió tres meses la ciudad y parecia que su valor quería que fuese esta su tumba. Las murallas derribadas por doscientas mil balas de cañon, treinta mil granadas y cincuenta mil bombas, presentaban brechas espeditas para el paso de la caballeria. Defendia la plaza el terror del nombre de nuestros bravos y el del general Ferrand. Valenciennes capituló, y la guarnicion despues de matar treinta mil enemigos, y contar una haja de siete mil combatientes, entró en Francia con sus armas y con sus banderas desplegadas.

La noticia de estos desastres llegó á París en donde infundió la consternacion, pero no el desaliento. La constancia de la Convencion á quien asediaba tanta desgracia, fortaleció el espíritu publico. Todos se entristecieron, pero á ningun corazon abandonó la esperanza de la salvacion de la patria.

Las noticias de los departamentos, alentaban á la Convencion. Burdeos abria las puertas á los comisarios de aquella: Caen dudó ocho dias y dió libertad á los comisarios prisioneros. La insurreccion de la Bretaña en Normandia se apago por sí misma. Los patriotas contuvieron algun tiempo en Tolon á los realistas. Tolosa prestó obediencia; la Lozère se apaciguó. Los dos dipu-

tados girondinos, Chasset y Beroteau instigadores de la insurrección en Lyon y en el Jura, y Rebeequi, agitador de Marsella, observaron que el movimiento de origen republicano, degeneraba en realista. Temblaron de la tempestad que ellos aglomeraron. Nantes rechazó á los vendedores de sus muros.

Estos reveses y estas victorias eran causa de que los jacobinos apareciesen desconfiados y temerosos. Aumentábase las delaciones contra Custine, delaciones que adquirían más y más acritud. Mucho esperaron de este general, y por esto llegaban con más fuerza las denuncias. Su honradez y la felicidad de sus primeras campañas hizo esperar de él lo imposible. Se le castigaba porque prometió mucho. Le acusaban de complicidad con Brunswick, de avenencia con el rey de Prusia, de secreta inteligencia con los realistas del interior, con el general Wimpfen y con los girondinos de Caen. Bazire pidió que prendiesen á Custine en medio de su ejército. La Convención podía temer que tropas fanáticas por su general se sublevaran, y marchando á Paris, complicasen la situación de la república. No retrocedió ante tamaño peligro. Dió la orden á Custine de que viniese á justificarse. De esta peligrosa comision se encargó Levasseur de la Sarthe. Llegó al campo y el representante pidió revistar al ejército. Cuarenta mil hombres estaban sobre las armas. Los soldados negaron los honores militares á Levasseur, porque sospechaban que venia á quitarles su jefe. Levasseur lo exigió, y se bajaron las banderas. «Soldados de la república, les dijo: la Convención ha decretado que se prenda á Custine.—Que nos le vuelvan,» gritan con acento irritado los soldados. El representante arrostra estos clamores, y desenvainando el sable y recorriendo las filas amenaza al soldado que viole la patria en su persona. Un sargento se presenta al frente: «Queremos que nos vuelvan á nuestro general, dijo.—Adelante tú que clamas por Custine, contestó Levasseur,

¿te atreves á responder con tu cabeza de su inocencia?... Soldados, prosigue el representante, si Custine es inocente, volverá á mandaros. Si es culpable, su sangre espíara sus crímenes. Castigo para los traidores y rebeldes.»

VIII.

El deber del silencio fué el que contestó solo á esta palabras. Se prendió al general. Custine no imitó á Dumouriez; prefirió el cadalso á la emigracion. Llegó á Paris y le saludó un resto de popularidad, popularidad que fué un crimen. Se paseó por el Palais-Royal, y le aplaudieron los jóvenes y mugeres.

Esta pasiva obediencia animó á los jacobinos á nuevas delaciones. El ministro del Interior, Garat, y el de Marina, Dalbarade, fueron objeto de odiosas indicaciones. El poder ejecutivo, rodeado de incesantes sospechas, carecia de accion. Robespierre, que favoreció la anarquía mientras la creyó necesaria para el triunfo de la revolución, combatió á los instigadores del desórden desde que creyó ya afirmada la revolución. Defendió el comité de salvacion pública, acusado de contemplativo, defendió á Danton, defendió á Garat y Dalbarade contra Chabot y Rosignol, y apostrofó á los delatores. No le intimidaron los murmullos de los exaltados jacobinos; estos murmullos los apagaba su voz. «¡Bastará que un ciudadano ocupe cualquier puesto público para que le calumnien! dijo ahagando los murmullos de los jacobinos. ¡Siempre prestaremos fé á los ridiculos cuentos que continuamente inventan! Se atreven á acusar á Danton. ¿Quieren que sobre él recagan nuestras sospechas? ¡Acusan á Bouchotte, acusan á Pache! Desgracia es que se delate solo á los mejores patriotas. Ya es tiempo de que terminen tales infamias.» Algunos dias despues Robespierre se opuso con

igual fuerza á las acusaciones que se generalizaban contra los nobles empleados en los ejércitos. «¿Qué significan todos esos lugares comunes de nobleza que sin embargo comprais? Mis antagonistas no son mas republicanos que yo. ¿Queréis que el comité de salvacion pública no deseche los andadores? Hombres desconocidos, patriotas de un día, quieren que abandone á sus antiguos amigos. ¡Calumnian á Danton! Danton, á quien nadie tiene derecho á dirigirle la más minima reconvenccion! ¡Danton, que tan solo puede desacreditarse cuando se presente alguno que ostente mas energía que él, mas talento y mas patriotismo! No pretendo identificarme con él para que los dos valgamos el uno ayudado por el otro: me limito á citarle. ¡Dos hombres asalariados por los enemigos del pueblo, dos hombres que Marat delató, afectan en su necesidad reemplazar á este escritor público! A ellos debemos el que sus enemigos destilen veneno contra nosotros. Uno de ellos es un sacerdote, conocido por sus infames acciones, llamado Santiago Roux, el segundo el joven Lecler, cuya conducta demuestra que las almas juveniles no están exentas de corrupcion. Con frases en extremo patrióticas dan á entender al pueblo que sus nuevos amigos son mas solícitos que nosotros; y prestan fervientes elogios á Marat para comprar el derecho de denigrar á los patriotas actuales. ¡Qué importa elogiar los muertos, con tal de calumniar los vivos!»

IX.

Mientras que Robespierre, buscando en fin la popularidad en el asentimiento público y en la fuerza gubernamental, contenía á los jacobinos y se convertía en hombre de gobierno, Danton se dejaba proteger, digámoslo así, por Robespierre. La caída de los girondinos le ha-

bia desconcertado. Los girondinos eran para él un peso de equilibrio que habia pensado establecer en su provecho en la Convencion, poniendo su persona unas veces en el partido de la Montaña, otras en el de la Llanura. Despues del triunfo de la municipalidad, no era posible ninguna contemporizacion. Era necesario u ordenar proscripciones ó ser proscrito. Uno y otro de estos dos papeles repugnaba á Danton. Embriagado en las delicias de la adhesion que le inspiraba la joven con quien acababa de casarse, buscando reposo, humillado de su celebridad sanguinaria, y queriendo redimirla con amnistias y generosidades propias al estado presente de su corazon, queria dedicarse á su felicidad doméstica, y si no abdicar, aplazar al menos su ambicion. Cansado de ser temido, deseaba ser amado.

La Montaña le amaba en efecto. Era efectivamente su Norte en las crisis; en los tumultos su voz; en la accion su mano; mas desde que Marat desapareció de la Montaña, Danton encontró en ella á Robespierre, rival mas respetable y de mayor importancia que aquel. Robespierre hacia gala para con él, como hemos visto, del mayor aprecio y le consultaba aun en las circunstancias mas difíciles: pero Danton no desconocía que esta deferencia no era mas que un homenaje, y que mientras Robespierre existiera nadie mas que el idolo de los jacobinos seria el primero en la república. Por esto Danton prefirió mejor desaparecer que ser segundo. Su ambicion era menor que su orgullo. Podía eclipsarse, mas no queria ser arrojado con violencia. Tenía confianza en su fortuna y genio para elevarse á su verdadero lugar, es decir, al frente de la revolucion.

X.
Danton habia llegado ademas, á lo menos por un momento, á ese estado de fatiga moral que ocupa y langui-

dece algunas veces las mas fogosas ambiciones, cuando no las sostiene el gigante poderío de una idea desinteresada. Hombre de pasión y no de teoría, experimentaba las debilidades de la naturaleza. Las pasiones personales se fatigan y desgastan, las pasiones públicas jamás. Robespierre contaba con esta ventaja sobre Danton; su pasión era infatigable, porque era impersonal. Danton era un hombre, Robespierre una idea.

Así Danton admiraba hacia algun tiempo á sus amigos por la hilaridad e incoherencia de sus resoluciones. Sus propósitos anunciaban el desorden y el desmayo del alma que mira á lo pasado y que tiene mas fuerza para arrepentirse que para querer; para resignarse, que para obrar; síntomas ciertos de la decadencia, de la ambición, y presagios de decaimiento del destino de los hombres públicos. «Desgraciados girondinos!» exclamaba algunas veces con sus ayes interiores: ellos nos han precipitado en el abismo de la anarquía, han sido sumergidos por ella, y á nuestra vez lo seremos nosotros; presiento ya el bramido de la tempestad que ruge sobre mi cabeza.

En tal situación Danton abandonó la tribuna de los jacobinos, ocupada sin cesar por Robespierre: rara vez hablaba en los franciscanos, y callaba en la Convencion. Parecia abandonar la revolucion á si misma y sentarse sobre su borde para ver pasar los destrozos y aguardar que la opinion recobrára los fueros de la justicia. Pero Danton era muy grande para ser olvidado; el olvido solo salva á las medianías. La revolucion descontenta se enconaba contra él y sus amigos, Legendre, Camilo Desmoulins, Fabre de Eglantine, Chabot y él, aparecian sospechosos á los franciscanos y jacobinos, y se les acusaba sordamente de estacionarios, de debilidad, de enriquecerse con los despojos, de agiotage con capitalistas extranjeros, de simpatías hacia los vencidos, de cubrir con interesada indulgencia las traiciones de los generales, de imitar los vicios de los aristócratas, de enervar las cos-

tumbres populares, de sustituir la venalidad á la probidad en los resortes del gobierno, de trasformar los Espartanos en sibaritas, de formar, en fin, la faccion de hombres corrompidos, la peor de las facciones, en una república que solo podia fundarse sobre la libertad y la virtud.

XI.

Estas recriminaciones hacian sonreír á Danton con desden, y aun le inspiraban un secreto orgullo. No se jactaba de su austeridad, no conocia la hipocresia del desinterés, y antes de ocultar esplanaba sus debilidades. Contaba á mas en el porvenir: la muerte natural le habia libertado de la superioridad de Mirabeau; el puñal le desembarazó de Marat; el 31 de mayo alejó á Vergniaud cuya elocuencia temia; la casualidad podia destruir su rivalidad con Robespierre. En las revoluciones corre veloz el tiempo y basta seguir su marcha para que traiga á su hora cuanto la fortuna puede dar: así razonaba instintivamente Danton.

En esta época fué cuando instado por su jóven esposa y nueva familia para separar su causa y nombre de la causa y nombre del terror, que principiaba á agitar el alma de los buenos ciudadanos, se decidió á dejar la escena, á alejarse de Paris, y retirarse á Arcis-sur-Aube.

Danton estaba harto versado en los misterios del corazón humano para no comprender que una retirada en semejantes momentos era un acto sobradamente humilde ó sobradamente orgulloso para un hombre de su importancia en la república. Separarse de la Convencion en la crisis de los peligros y de las violencias, era declarar que se creia inútil para con la patria, ó atestiguar que no queria aceptar la responsabilidad del gobierno. Tal actitud era ó una abdicacion ó una amenaza. Danton lo co-

nocia. Así fué que escudó bajo pretextos de cansancio y abatimiento las verdaderas causas de su retirada. Alegó igualmente la necesidad de presentar su nueva esposa á su madre y á su suegro, Mr. Ricordin, que aun vivían.

El principal motivo de esta retirada, motivo que confesó á su muger y deudos en la intimidad de las espansiones domésticas, fué el horror que le inspiraba el cercano juicio de la reina María Antonieta. El asesinato de una muger prisionera por un pueblo, repugnaba al alma de Danton: habia jurado á menudo que salvaria las cabezas de mugeres y niños. Habia propuesto enviar á la reina y su hermana á Austria, ocultando bajo palabras de desprecio el verdadero interés que le inspiraban estas víctimas desarmadas. Quería lavarse las manos de la sangre femenina que se iba á derramar.

Antes de partir tuvo Danton una entrevista secreta con Robespierre. Humillóse ante su rival hasta el punto de hacerle partícipe de su desconfianza respecto á los negocios públicos. Pidióle que le defendiese durante su ausencia de las calumnias que los franciscanos no dejarían de asestar contra su patriotismo y probidad. Robespierre, satisfecho de la deferencia y separacion del único hombre que podia contrarrestarle en la república, no puso ningun obstáculo á la marcha de Danton. Los dos rivales, amigos en apariencia, se juraron mútuo cariño y constante apoyo, y Danton partió.

XII.

Danton en su retiro campestre de Arcis-sur-Aube vivió únicamente ocupado de su amor, del cuidado de sus jóvenes hijos, de la administracion de sus intereses domésticos, de la felicidad de volver á ver á su madre, á sus amigos de juventud y campos paternos. Parecía

haber renunciado al peso y al recuerdo de los negocios públicos. Rompió toda su correspondencia, y ni recibia ni escribia carta alguna. Su sola visita era un diputado de la Convencion, y aun no con frecuencia; era este Curtois, compatriota suyo, que poseia molinos en Arcis-sur-Aube. Les ocupaban constantemente los peligros de la patria.

En sus conversaciones íntimas con su muger, su madre y Mr. Ricordin, no ocultaba Danton sus sinceros arrepentimientos de los arrebatos revolucionarios, en los cuales el fuego de las pasiones habia arrojado su nombre y su mano. Procuraba lavarse de toda complicidad en las matanzas de setiembre. Hablaba de aquellos dias, no como lo habia efectuado la siguiente mañana, al decir: «He contemplado mi crimen de frente, y sin embargo, lo he cometido,» mas si como un exceso de furor patriótico, al que habian incitado al pueblo asesinos de la municipalidad, escaso que él no pudo contener y que se vio forzado á presenciar, aunque detestándolo. No ocultaba tampoco la esperanza de recobrar el ascendiente debido á su genio político cuando las convulsiones presentes hubiesen gastado los medianos y débiles caracteres que reinaban en la Convencion. Hablaba de Robespierre como de un delirante, unas veces cruel, otras virtuoso, pero siempre quimérico. «Robespierre se ahoga en sus ideas, esclamaba, no sabe convencer á los hombres.» No creia en la duracion de la república. «Son necesarias, decia con frecuencia, muchas generaciones humanas para poder pasar de una forma de gobierno á otra. Antes de tener una ciudad, tened ciudadanos.»

Leia mucho los historiadores de Roma. Escribia mucho, mas al momento quemaba cuanto habia escrito. No queria dejar mas huella de sí que su nombre.

Por el contrario, Robespierre, aunque enfermo y abalido por los trabajos intelectuales que hubieran consumido muchos hombres, se olvidaba de sí propio para entregarse con mas ardor que nunca á la continuacion de su sistema de gobierno. Engrandecia su ambicion confundiendo toda entera con la ambicion de la república que queria fundar. Poco le importaba su rango público con tal de ser el alma de las cosas. Las inconsecuencias, los cambios, la aristocracia propietaria y comercial de los girondinos le habian sinceramente persuadido que querian retrogradar hácia la monarquía ó constituir una república en la que la riqueza sustituiria á la dominacion de la iglesia y del trono, ó en la que el pueblo tendria algunos millares de tiranos en vez de uno. Habia visto en estos hombres pertenecientes á la clase media, los mas peligrosos enemigos de la democracia universal y de la igualdad filosófica. Despues de su caída creyó alcanzar su fin. Este era la soberanía representativa de todos los ciudadanos, hija de una eleccion tan estensa como el pueblo, y obrando por el pueblo y para el pueblo, en un consejo electivo que seria todo el gobierno. La ambicion de Robespierre, tan á menudo calumniada, entonces y despues, no traspasaba este limite. Creia que su móvil era el de la naturaleza y el de Dios. No aspiraba á dominar, pero sí á ser el guia y regulador de aquel gobierno popular. Fundarle, experimentar su marcha, organizar sus oscilaciones, asistir á sus primeros movimientos, vivificarle con sus principios y dejarle su alma, era el ensueño, el alieno de Robespierre.

Su actitud y su language cambiaron igualmente desde que los girondinos desaparecieron. Tres cuestiones eran objeto de sus estudios: anular la opinion pública en la Convencion por medio de los Jacobinos, de los que era oráculo; resistir á las usurpaciones anárquicas de la municipalidad, que amenazaban enfrenar la independencia de la representacion, y establecer en fin la armonía y unidad de accion con la organizacion de un comité de gobierno. A estas ideas no se mezclaba ninguna ambicion personal. Su propia popularidad, mas general y fanática de dia en dia entre sus correligionarios, era para él un instrumento y no un fin. Gastábala con tanta prodigalidad como afanes y paciencia tuvo para conquistarla. La oscuridad en la cual se encerraba al salir de la arena pública arrojaba sobre su persona el velo que oculta los grandes pensamientos á la envidia y el misterio que encierran los oráculos. La calumnia se detenía confusa ante el umbral de su cuarto, en la casa de un honrado artesano. El alma de la república se confundia con él en la pobreza, en el trabajo y en la austeridad de las costumbres.

Desde este dia Robespierre concurrió con mas asiduidad que nunca á las nocturnas sesiones de los Jacobinos. Dirigió las discusiones de aquella sociedad hácia los grandes problemas de organizacion social para desviarla de las facciones cuyo reinado, segun él, habia pasado. Apartóse con mayor y aparente disgusto de todos los hombres corrompidos que querian mezclar la demagogia

con la revolución, como se liga un metal puro con otro impuro que le hace mas flexible para la elaboración. No quiso descender los principios republicanos, á los alcances de un pueblo viejo y gastado, y se propuso elevar el pensamiento popular á la esfera de los principios abstractos. Por lo mismo lisonjaba el orgullo del pueblo, persuadiéndole que era digno de instituciones virtuosas, haciéndole creer en su propia virtud. Uni6se en íntima amistad con el corto número de hombres toscos, pero íntegros, que convertían hasta en culto la lógica rigurosa, empero vaga é implacable, de la democracia. Eran estos Couthon, Lebas y Saint-Just, hombres completamente paros de todo hasta entonces, excepto de fanatismo. Ninguna mancha sangrienta tenían aun sobre sí. Esperaban que su sistema prevalecería por la sola evidencia de la razón, por el solo atractivo de la verdad, pero estaban desgraciadamente resueltos á no rehusar nada á su sistema, ni aun el sacrificio de enteras generaciones. Estos diputados se reunían en pequeño número casi todas las noches en casa de su oráculo; allí inflamaban sus imaginaciones con las seductoras perspectivas de la justicia, de la igualdad y de la felicidad prometidas á la tierra por la nueva doctrina. Por la modestia de esta sala, por la sobriedad de las comidas, por el tono filosófico de sus conferencias, por las imágenes, reproducidas sin cesar, de virtud y desinterés en favor de la patria, nadie hubiese visto en ellos una conjuración de demagogos y si una asamblea de sábios, ocupándose de las instituciones de la edad de oro. Imágenes pastorales se unían á las trágicas emociones del tiempo y del lugar. Hasta el amor hervía sin degradar en el corazón de estos hombres. La ternura de Couthon para con la desinteresada muger que consolaba su doliente vida; el sentimiento tempestuoso y apasionado de Saint-Just hacia la hermana de Lebas; la predilección casta y grave de Robespierre para con la segunda hija de su huésped; el amor de Lebas para con

la mas jóven; los proyectos de union, los planes de felicidad despues de las tempestades, daban á estas pláticas un carácter de familia, de tranquilidad y algunas veces de jovialidad, que no dejaban sospechar el conciliábulo de los gefes, y bien pronto tiranos, de la república. No se hablaba entre ellos mas que de la felicidad que esperarían al separarse de todo cargo público, tan luego como triunfaran los principios, entregándose al ejercicio de un humilde oficio ó al cultivo del campo. El mismo Robespierre, mas fatigado en apariencia y menos tranquilo, solo hablaba de una choza solitaria en el interior del Artois, donde llevaría á su muger, y donde contemplaría desde el seno de su felicidad privada la felicidad general. ¡Cosa estraña, y sin embargo, sincero testimonio de la inestabilidad y fatiga del corazón humano! los dos hombres que entonces agitaban la república y que iban uno y otro á sacrificarse chocando en sus movimientos, Robespierre y Danton, no aspiraban en aquel momento á mas que á la abdicacion. Pero la popularidad no admitió tal intento. Para ella no hay términos medios; ó un altar ó una tumba. El destino de estos dos hombres era el de agotar sus favores y morir despues.

XVI.

Aun cuando sus teorías fuesen distintas, el espíritu de Robespierre y el de Danton tendían entonces á concentrar el poder en la Convencion. No presentaban la Constitucion á los ojos del pueblo mas que como un plan de institucion en perspectiva, sobre el que se echaría un velo despues de haberlo enseñado, aunque de lejos á la nacion. El gobierno, mas á propósito para asegurar la victoria sobre las facciones enemigas de la revolución era, segun ellos, el mejor gobierno. La Francia y la libertad

estaban en peligro; instituciones tambien de peligro, segun su situacion, necesitaba la Francia. La Convencion debia ser el brazo y la cabeza de la república. Todos los miembros de la asamblea profesaban este principio que es de la salvacion, cuando las leyes están quebrantadas. La Convencion no pide la dictadura, no la delega, la toma. La dictadura se reasumió desde la mañana siguiente al 31 de mayo en el comité de salvacion pública.

Del mismo modo que la nacion pidió para sí sola su inagenable soberanía en 1789, de igual suerte la Convencion pidió para sí sola todos los poderes en 1793. Las fuerzas trasmitidas son esencialmente mas débiles que las fuerzas directas. En las crisis estremas los pueblos revocan sus delegaciones, ya se llamen magestades, ya leyes ó magistraturas. En ellas no puede dudarse. Las leyes son las relaciones definidas de los ciudadanos entre sí con el Estado, en tiempo normal; pero cuando estas leyes quedan abolidas ó destruidas, cuando se invierten las relaciones, acudir á estas leyes que han desaparecido ya ó que aun no existen, es acudir á la nada para salvar el imperio. El gobierno es entonces por sí la única ley viviente, y todos sus mandatos son golpes de Estado. Tal era la situacion de la Convencion en el mes de julio de 1793. Esta situacion la condenaba, ó á la usurpacion ó á la muerte. Si hubiera aceptado la muerte, la nacion y la revolucion hubiesen muerto con ella. Tomó la dictadura, no es esta su falta. Hay usurpaciones legítimas, como las que salvan las ideas, los pueblos, las instituciones. La historia no debe echar en cara la usurpacion á la Convencion, sino la manera de ejercerla. Cuanto mas desaparezcán las leyes de un gobierno, tanto mas debe reemplazarlas la equidad. Esta es la sola condicion por la que Dios y la posteridad absuelven los gobiernos. La conciencia es la ley de las leyes.

Es una ley del poder, cuando se convierte en accion, tender sin cesar á estrecharse y personificarse en un reducido número de agentes. Los cuerpos politicos pueden tener mil cabezas y mil lenguas mientras conservan el carácter de asambleas deliberantes; pero solo les es necesario una mano cuando alcanzan el poder ejecutivo. Abrazó esta doctrina con debilidad en un principio la Convencion y la sancionó luego completamente. Principió por crear ministros revestidos de cierta responsabilidad é independencia, como bajo el ministerio girondino de Roland; anuló en seguida casi enteramente la accion de los ministros; instituyó comisarios de gobierno tambien especiales y tan diversos como cada uno de esos ministerios; creó despues comisarios de gobierno en el seno mismo de la representacion nacional, y distribuyó entre estas estensas comisiones las diferentes funciones del poder. Cada una de aquellas presentaba por medio de su secretario, el resultado de sus deliberaciones á la sancion de la Convencion reunida. Esta reinaba así bien, mas reinaba con incoherencia y debilidad. La unidad faltaba á aquel número de comisiones. Lo que formulaban eran dictámenes y no órdenes.

La Convencion sentia la necesidad de personificarse en un comité que, aunque salido de su seno, le impusiese su propia voluntad, y por decirlo así, su propio terror. Temia su anarquía interior; temia miedo de su misma inestabilidad. Para destruir mejor las resistencias, consintió en someterse á obedecer y temblar. Organizó el comité de salvacion pública y le trasfirió todo el gobierno. Fue la abdicacion de la Convencion, pero abdicacion que le dió el imperio.

El nombre de comité de salvacion pública, era ya antiguo en la Convencion. Desde el mes de marzo precedente, todos los hombres de presentimiento en la asamblea, Robespierre, Danton, Marat, Isnard, Albitte, Bantaole y Quinette, habían pedido la unidad de miras, la fuerza de accion concentrada en un comité de corto número de miembros, reuniendo en su mano todos los hilos esparcidos de la trama, en demasia floja, del poder ejecutivo. Instituyeron este centro de gobierno. Los girondinos obtuvieron la mayoría. Bajo su direccion debiera haber sido una palanca de fuerza, si aquella direccion fuera acertada. Los principales miembros del comité de salvacion pública, cuyo número ascendia á veinte y cinco: eran Dubois-Crancé, Pétion, Gensonné, Guyton de Morveau (el colaborador de Buffon), Robespierre, Barbaroux, Ruhl, Vergniaud, Fabre d'Eglantine, Buzot, Delmas, Condorcet, Guadet, Breard, Camus, Prieur (de la Marne), Camilo Barriere, Quinette, Danton, Sieyes, Lacombe, Isnard, Jean Debry y Cambacéres futuro oráculo del despotismo salido de los comités de la libertad.

El de salvacion pública era dueño de la iniciativa de todas las leyes, y tambien respecto á las medidas que requerian los peligros de la patria: poder que alcanzaba ya dentro del ámbito de la república, ya en suelo extranjero. Llamaba á los ministros y censuraba sus actos: cada ocho dias daba cuenta de su cometido á la Convencion. Celosa la asamblea, temia su despotismo en mano de sus delegados. Pasaban sobre el comité infinitos mandatos, y uno de ellos fue el prohibirle el secreto, vida de las dictaduras. La lucha de las opiniones, originaba entre los miembros el antagonismo. Era la anarquía concentrada en ella misma. Robespierre, cuya ojea-

da lo alcanzó todo, no quiso eclipsar su popularidad aceptando medidas contrarias á su pensamiento, y se separó desde las primeras sesiones. La retirada de Robespierre despolarizó á este primer comité.

Los mismos girondinos, de acuerdo con Danton, propusieron trasformarle, darle fuerza y aerisolarle. Buzot, presintiendo la muerte en el puñal que sus mismos amigos preparaban, combatió esta idea. La adoptaron á pesar de tales reclamaciones, y el número de los miembros del comité, quedó reducido á nueve. Se le permitió el secreto, tuvo el cometido de vigilar todos los ministerios, el derecho de suspender los decretos que creyera no aceptables para el interés nacional, y el de expedir urgentes medidas. Le destinaron fondos particulares; y tan solo le prohibieron un acto de soberanía, el prender arbitrariamente á los ciudadanos.

El comité de salvacion pública debía renovarse todos los meses por eleccion de la asamblea. Los miembros que lo componian eran Barrere, Delmas, Breard, Cambon, Danton, Guyton de Morveau, Teilhan, Lacroix (d'Eure-et-Loire), y Robert Lindet. Los girondinos separaron á Danton de este comité, para neutralizar su influencia entre los débiles ó indecisos de la llanura; su táctica les engañó. Danton no encontrando energia en sus colegas, la fué á buscar á la municipalidad. Danton dirigia los negocios extranjeros, direccion adecuada á su genio generalizador, militar y diplomático. En esta ocupacion estudiaba el gobierno, como hombre que hoy lo ambiciona para alcanzarle mañana. Despues de la retirada de los girondinos, dimitió Danton este cargo que podia suscitar la envidia. Sentado en su banco se le veia rodeado siempre de aparente indiferencia. Los que le observaron no se engañaron. Le acusaron por su retirada, como lo hicieron por su denominacion en el comité. Conoció entonces que ciertos nombres no se borran, ya les diera la luz, ya les cobije la sombra de la memoria de los hombres;

comprendiendo tambien que cierta fama brilla siempre porque es imposible que se oculte: «Elegid otro comité, dijo, de que yo no forme parte, comité de mas vigor y mas numeroso; Danton le dará vida y energía; Danton no le contendrá.» Estas palabras que revelaban en el tribuno el juicio que él formara de su importancia, y que expresaban el desden hácia sus colegas, presentaban á Danton usurpador y quitaban el velo á su ambicion. Fueron aplaudidas, pero tambien notadas.

XIX.

Después de dudas, de nombramientos y de sucesivas eliminaciones, el comité definitivo de salvación pública, proclamado por el mismo Danton gobierno provisional, adquirió la completa investidura del poder. Danton, á quien no inspiraba confianza una institucion que no le contaba en su seno, se negó imprudentemente á formar parte de ella; ya porque creyó que parecia mas grande solo, ya porque deseaba aislarse fastidiado de los asuntos públicos. Quiso que en el comité le representaran Herault Sechelles, uno de sus partidarios, y Thuriot, uno de sus órganos. Robespierre no se atrevió á entrar al principio para no ofuscar á Danton. Sus amigos formaban la mayoría, y dominaban sus ideas. Los miembros eran Saint-Just, Couthon, Barrere, Gasparin, Thuriot, Herault Sechelles, Robert Lindet, Jean-Bon-Saint-Andre; Gasparin se retiró, y el voto unánime de la Convencion, eligió á Robespierre. Pocos dias después formaron parte del comité Carnot y Prieur de la Cote d'Or, porque imperaba la necesidad de personificar el genio militar de la Francia ante los ejércitos de la coalicion. Completaron el comité Billaud-Varennes y Collot de Herbois, quienes llevaron en él á su colmo el espíritu del jacobinismo, que

la Montaña se lamentaba de ver languidecer con las frias palabras de Robespierre, Saint-Just y Couthon.

Así se constituyó este *decemvirato*, que durante las convulsiones de los catorce meses, hizo suyos todos los peligros, todos los poderes, todas las glorias y todas las maldiciones de la posteridad.

XX.

Los miembros del comité de salvación pública se distribuyeron las diferentes atribuciones, según la aptitud de cada uno. La capacidad eligió los puestos y el rango. Se atendió á la influencia y á los servicios. Ahuyentóse la importancia, pero sin romper la unidad. El peligro de la crisis, el celo inextinguible, el temor de debilitarse dando pábulo á la desunion, el secreto jurado y fielmente cumplido, la dificultad de su cargo, fueron circunstancias que hicieron indisoluble el comité, que solo mostró sus disensiones cayendo por entero.

Billaud-Varennes y Collot de Herbois incendiaban con sus ideas la opinion pública en la correspondencia que seguian con los agentes de la república en los departamentos. Saint-Just se arrogó el imperio de las teorías constituyentes, tan aéreo y tan absoluto como su impasible metafísica; Couthon la policia, encargo adecuado á sus sombrías y escrutadoras ideas; Herault Sechelles, inspirado por el genio europeo de Danton, los negocios estrangeros; Robert Lindet las subsistencias, vital cuestión cuando la carestía hambreaba las poblaciones y desorganizaba los ejércitos; Jean-Bon-Saint-Andre la marina; Prieur la administracion material de la guerra; Carnot la direccion militar, los planes de campaña, la inspiracion á los generales, el juicio de sus faltas, la victoria y la reparacion de los reveses. Fué el genio armado de la

patria que cubrió las fronteras cuando las convulsiones del corazón de la Francia, y cuando se agotaron las venas de esta misma Francia. Prieur (de la Cote d'Or) trabajaba con Carnot. Quince horas diarias de tarea y fija su mente en todos los mapas y posiciones de nuestros ejércitos, daban vida al genio organizador de Carnot y nunca le postraban. En su gabinete ostentaba la sangre fría y el entusiasmo del campo de batalla. Su dedo marcaba los nombres á quienes esperaba porvenir. Pichegru, Hoche, Moreau, Jourdan, Desaix, Marceau, Brune, Bonaparte, Kleber, son nombres ilustres que hizo héroes el instinto de Carnot.

Barrere, genio dócil y pronto, pero literario, redactaba las deliberaciones del comité, y en breves e indelebiles frases daba los informes á la Convencion. Desde la tribuna lanzaba palabras que eran para el pueblo. Robespierre alcanzaba todas las cuestiones, excepto la guerra. Era la política del comité. Designaba el fin y el camino que á él conducia; los demas impelían la máquina. Robespierre prescindía de las ruedas. Su atribucion era la idea.

Las deliberaciones se formaban por la mayoría de votos. Bastaban, sin embargo, las firmas de tres miembros para que fuesen ejecutorias las medidas. Frecuentemente se prestaban estas firmas sin exámen: firmas que algo despues legalizaron la ejecucion de crueles medidas. Motivaba estas facilidades, pero sin justificarlas, la precipitacion de un comité que resolvía quincientos asuntos al dia. Muchas cabezas cayeron por estas fatales complacencias. Profundo era el secreto. Todos ignoraban quien pidió ó rehusó tal vida. La responsabilidad individual se perdía en la general. Todos lo aceptaban todo, aunque no precediera su consentimiento. Estos hombres se habian entregado hasta su reputacion. ¡Cosa admirable! no habia presidente. Temian en un gefe la apariencia de un dominador. Querian una dictadura anónima.

La falta de gefe no perjudicaba al comité. Todos mandaban, todos obedecian. La república presidía.

XXI.

Mientras que el comité de salvacion pública, trasformato así en consejo ejecutivo, se apoderaba del gobierno, la Convencion llamaba á Paris á los enviados de las asambleas primarias, depositarios de los votos del pueblo que debian sancionar la nueva Constitucion. Llegaron los enviados en número de ocho mil. David fué el director de la fiesta, fiesta que debia celebrar en el Campo de Marte, el aniversario del 10 de agosto y la aceptacion de la Constitucion. Robespierre inspiró á David. Las solas divinidades que presidian á esta regeneracion del mundo social eran la naturaleza, la razon y la patria. El pueblo era la sola magestad, simbolos y alegorias el culto. Faltaba la vida, faltaba la anunciacion, porque el Dios del universo no recibía las primeras preeces. Robespierre no se atrevía aun á rasgar el velo que encubria la imagen de Dios. El punto de reunion y desde donde partió la comitiva, fué, como en todas las fiestas de la revolucion, el terreno que ocupó la Bastilla, marcado con el primer paso de la república. Al salir el sol se reunieron allí las autoridades de Pais, la municipalidad, los enviados de las asambleas primarias, los franciscanos, los jacobinos, las sociedades fraternales de mugeres, el pueblo en masa y la Convencion. En aquel mismo sitio erigieron una fuente, llamada la fuente de la Regeneracion, que lavaba las huellas de la antigua servidumbre. Dominaba la fuente una colosal estatua de la Naturaleza, y el agua corria de sus dos senos. Herault Sechelles, presidente de la Convencion, recogió agua en una copa de oro, la acercó á sus labios y la pasó al mas anciano de

los ciudadanos. «Toco al borde del sepulcro, dijo el anciano, pero creo que rejuvenezco con el género humano regenerado.» La copa circuló de mano en mano por todos los que asistían á la ceremonia. En medio del estampido del cañon desfilaron el cortejo por los boulevares. Cada sociedad ostentaba su bandera, cada seccion su simbolo. La Convencion era la última, y cada uno de sus miembros llevaba en la mano un ramillete de flores, frutos y recientes espigas. Ocho diputados colocados en medio de la Convencion, conducian sobre sus hombros, como objetos sagrados, las tablas donde estaban escritos los derechos del hombre, y el arco que encerraba la Constitucion. Ochenta y seis enviados de las Asambleas primarias, representando los ochenta y seis departamentos, rodeaban á la Convencion, teniendo en sus manos una larga cinta tricolor, como si hubiesen querido que los lazos de la patria encadenasen á los diputados. Un haz, nacional, coronado de ramos de olivo, figuraba la reconciliacion y unidad de los miembros de la república. Ceraban la marcha detras de los representantes, los niños de la inclusa, los sordo-mudos, que se comprendian con los signos que debian á la ciencia, las cenizas de los heroes que se sacrificaron por la patria, encerradas en urnas, donde estaban insertos sus nombres, una carroza triunfal que rodeaban el labrador y su familia, y finalmente carretas cargadas, como si fuesen viles despojos, con pedazos de tiras, cetros, coronas y armaduras hechas pedazos: simbolos de la esclavitud, de la supersticion, del orgullo, de la beneficencia, del trabajo, de la gloria, de la inocencia, de la vida rural y de las virtudes guerreras. Despues de una detencion frente á los Inválidos, la multitud se victoreó á si misma, victoreando la alegoría del pueblo que destrozaba el federalismo: la muchedumbre invadió el Campo de Marte, y los representantes y los cuerpos constituidos se colocaron en las gradas del altar de la patria. Un millon de cabezas se agita-

ban en el ámbito de este anfiteatro. Un millon de voces juraron defender los principios del código social, que Herault Sechelles presentó á la aceptacion de la república. El cañon retumbaba, y parecia jurar tambien exterminar á los enemigos de la patria.

XXII.

A pesar de todo, el instinto público aceptaba la Constitucion tan solo para lo futuro. Nadie dudaba que su imperio se aplazaria para cuando la Francia quedase pacificada. Segun la Montaña, la libertad era un arma que la revolucion hubiese entregado á sus enemigos arma que en este momento socavaria la misma libertad. Ninguna Constitucion regular podia funcionar bajo el poder de los enemigos de toda constitucion democrática. Los enviados de los departamentos pidieron que solo la Convencion fuese el gobierno. Los peligros santificaban la arbitrariedad. Pache reunió la municipalidad, y mandó tocar llamada para las secciones. Millares de ciudadanos llevaron á la Convencion una proclama de Robespierre, en que conjuraba á los representantes, á conservar el supremo poder. La agitacion del pueblo y de sus representantes era acompañada por los toques del tambor y los sonidos del rebato. Los jacobinos impelían al pueblo á la Convencion, para que esta diese vida al terror. «Legisladores, decian en la proclama, llegad á la cumbre de los altos destinos de la Francia. El pueblo francés sobrepuja á sus peligros. Os hemos indicado la medida salvadora de un llamamiento general al pueblo; solo lo habeis cumplido con la primera clase. Las medidas á medias, son siempre mortales en los peligros estremos. Mas fácilmente se conmueve la nacion entera, por una parte de ella. Si pedis cien mil hombres, no los encontrareis tal vez; si exi-

gís millones de republicanos, los vereis levantarse para confundir á los enemigos de la libertad. El pueblo condena una guerra de táctica, en la que generales traidores y pérfidos venden la sangre de los ciudadanos. Decretad que á una hora fija se toque á rebato en toda la república; que no haya escepcion alguna; conserve sola la agricultura los brazos necesarios para las labores; que se suspendan los negocios; que el pensamiento, que el deber de los franceses sea salvar á la república, no os inquiete la ejecución, decretad tan solo el principio. Al comité de salvacion pública indicaremos los medios para que el rayo nacional abraze á los tiranos y esclavos.»

XXIII.

Los jacobinos dejaron traslucir el sentido de estas retencencias. Lo que aparecia tras aquellas, frases eran el terror, el tribunal revolucionario y la muerte. El comité de salvacion pública se abochornó de sus impotentes medidas para la defensa de las fronteras. A la siguiente sesion presentó el proyecto de un nuevo decreto que levantaba la Francia entera. «Los generales, decia Barrere en su informe, han desconocido hasta ahora el temperamento nacional. La irrupcion, el ataque repentino, la inundacion de un pueblo que con sus masas entusiastas acribillo las hordas enemigas y rompa los diques del despotismo; he aquí las fases de las guerras de libertad. Los romanos tácticos conquistaron el mundo esclavo; los galos libres, teniendo por táctica su impetuosidad destrayeron el imperio romano. La impetuosidad francesa hará polvo el coloso de la coalicion. Cuando un pueblo quiere ser libre, lo es, mientras que su territorio le brinda los metales con que se construyen las armas.» La Convencion se le-

vantó llena de entusiasmo, ejemplo de los representantes á los ciudadanos, y votó el siguiente decreto.

XXIV.

«Desde este momento y hasta el dia en que los enemigos hayan sido arrojados del territorio de la república, todos los franceses están requeridos permanentemente para el servicio de las armas. Los solteros irán á combatir; los casados construirán armas y trasportarán subsistencias; las mugeres coserán tiendas y uniformes, y servirán en los hospitales; los niños harán hilas para curar á los heridos; los ancianos se harán conducir á las plazas públicas, para escitar el ardor de los guerreros, el odio á los reyes y el amor á la república. Los edificios nacionales serán cuarteles; las plazas públicas fabricas de armas. Las armas de calibre se entregarán solo á los que marchen contra el enemigo. Las armas de caza y las blancas se entregarán á la fuerza pública del interior. Se requisarán los caballos de silla. Todas las caballerias de labor que no necesite la agricultura se destinarán á la artilleria y conduccion de viveres. El comité de salvacion pública está encargado del cumplimiento de este decreto. Los representantes enviados á sus respectivos departamentos para cumplir esta mision, están revestidos de poderes amplos. El levantamiento será general. Marcharán los primeros los solteros, ó viudos sin hijos de diez y ocho á veinte y cinco años. Inmediatamente concurrirán á la cabeza de su distrito, y allí se ejercitarán en el manejo del arma, hasta que se reúnan á los ejércitos. En la bandera de cada batallon organizado se leerá la siguiente inscripcion: *«El pueblo francés se levanta contra los tiranos!»*

Estas medidas muy lejos de consternar la generalidad de la Francia fueron recibidas por los patriotas con fer-

vierte entusiasmo. Se formaron los batallones con mas regularidad que en 1792. Consultando las listas de los primeros oficiales que nombraron, aparecen los héroes de la Francia militar y del imperio. Fueron los hijos de la república. La gloria que luego sirvió de égida al despotismo contra la libertad, pertenecía toda entera á la revolución.

XXV.

A estos decretos se siguieron otros durante dos meses que respiraban la misma energía defensiva. Era la organización del entusiasmo y de la desesperación de un pueblo que sabe morir, y de una causa que quiere encadenar la victoria. La Francia era las Termópilas de la revolución, pero estas Termópilas eran tan estensas como las fronteras de la república, y los combatientes ascendían á veinte y ocho millones de hombres.

La comisión de hacienda, por medio de su órgano y oráculo Cambon, arregló el desorden del tesoro y el caos que en las transacciones públicas y privadas originaba el descrédito de los asignados. Circulaban con baja cuatro millones de asignados. El empréstito forzoso de los ricos, equivalente á las rentas de un año, hizo que el gobierno recogiese mil millones de asignados, los cuales quemó al recibirlos. Por otra parte los impuestos atrasados representaban muy cerca de otros mil millones. Cambon los absorbió en circulación nominal en las cajas del Estado, reduciendo por este medio el papel moneda á solo dos millones. Para acreditar estos asignados abolió Cambon todas las compañías que emitían acciones, á fin de que el asignado fuese la sola acción nacional en curso. Se prohibió á los capitalistas emplear sus fondos fuera de los bancos franceses, y se vedó el comercio de oro y plata bajo pena de muerte, guardándose estos metales en la

casa-moneda para alguna urgencia. A fin de aumentar la masa del numerario que servía para las pequeñas transacciones cotidianas del pueblo, hizo fundir las campanas y se entregó al pueblo el metal sagrado, forjado en el yunque republicano.

Cambon además, inspeccionó el abismo de la deuda del Estado respecto á los particulares. La bancarrota pudiera cubrir esta suma; pero hubiera sido origen de espoliaciones, deudas y desgracias. Quiso Cambon que la probidad, virtud que debe reinar entre los ciudadanos, fuese la virtud del Estado para con sus acreedores, y recogió todos los títulos y los confundió en uno comun y uniforme que llamó el Gran-Libro de la deuda nacional. En el Gran-Libro se inscribió á cada acreedor por una suma igual á la que le debía el Estado. El Estado hacía valer la renta de esta suma reconocida al cinco por ciento. Esta inscripción de renta, comprándose y vendiéndose libremente, llegó á ser un capital en las manos de los acreedores del Estado. Este podía desempeñarla, si la renta descendía de la par en el comercio, es decir, de la relación del interés al capital á cinco por ciento. La citada operación aliviada al Estado sin violencia y sin injusticia. En cuanto al capital jamás podía ser reembolsable. El gobierno se reconocía deudor de una renta perpétua y no de un capital. Aquella contaba á mas con la ventaja política de cointeresar las masas de los ciudadanos á la fortuna del Estado y de republicanizar los acreedores por su interés. Creaba, en fin, un germen fecundo de riqueza pública, en la misma ruina de las fortunas privadas. Si en la primera parte de su plan, Cambon dominado por la urgencia de las circunstancias, se apartaba de los verdaderos principios de la economía pública atentando contra la libertad de cambios, creando un máximo de dinero y proscribiendo su circulación fuera del imperio, en la segunda creaba la moralidad del tesoro y restauraba la confianza, poder ilimitado de las naciones. La fortuna

pública de la Francia, reposa enteramente, aun en la actualidad, sobre las bases establecidas por Cambon.

XXVI.

La unidad de pesos y medidas; la aplicación del descubrimiento de los globos aerostáticos á las operaciones militares; el establecimiento de líneas telegráficas, para transmitir la acción del gobierno, tan veloz como su pensamiento, á los confines de la república; la creación de museos nacionales para excitar con el ejemplo el gusto é imitación á las artes; la redacción de un código civil igual para todos los departamentos de la Francia, con objeto de que la justicia fuese como la patria, una sola; la educación pública, en fin, esa segunda índole de los pueblos civilizados, fueron objeto de otras tantas discusiones y otros tantos decretos que atestiguan al universo que la república tenía fé en sí y fundaba un gobierno, disputando el porvenir á sus enemigos.

La igualdad de educación fué proclamada como un principio deducido de los derechos del hombre. Dar dos almas al pueblo, era crear dos pueblos de uno, formar ilotas y aristócratas de inteligencia: obligando á todos los hijos de distintas fortunas, de condiciones diversas y de diferentes principios religiosos á recibir la propia educación en colegios nacionales, era por el contrario segar todas las situaciones sociales, confundir todas las profesiones y violar la libertad en las familias.

Robespierre quería y debía querer esta educación forzada, en la lógica radicalmente igualadora de sus ideas, por las que la condición, la profesión y la fortuna desaparecían para dar lugar á dos solas unidades: la patria y el hombre. A la uniforme tiranía del pensamiento del Estado debía preceder, según sus principios, la uniforme

justicia é igualdad. Robespierre se indignaba al ver la razón y enseñanza general del Estado, espuesta á las supersticiones y á la viciada razón de la familia y del individuo. No podía admitir el que la nación, teniendo poder sobre todos los actos de los ciudadanos, no lo tuviese igualmente sobre sus almas y no les enseñase su símbolo religioso, filosófico y social, primera deuda de los que piensan, hácia los que no piensan aun. El sistema de Robespierre, útil en una sociedad jóven, moría ante una sociedad envejecida, en la que todos los dogmas antiguos no podían borrarse á la vez ante los nuevos, á menos de inmolarse las generaciones vivientes, ante las futuras. Gregoire, Romme y Danton le combatieron, pero como hombres de Estado transigieron entre las necesidades y libertades de familia y el rigor filosófico de Robespierre. La Convención decretó los colegios nacionales, cuya asistencia era obligatoria para todos los jóvenes de la patria; mas dejó á las familias el derecho de conservar sus hijos bajo el techo paternal, dando así la instrucción al Estado, la educación á los padres, el corazón á la familia y el alma á la patria.

XXVII.

Varios decretos de violencia, de venganza y de sacrificio siguieron á estos decretos de energía, saber y magnanimidad. Los imponentes movimientos del pueblo de París, atormentado por la realidad del hambre y el fantasma de los logreros, y los delirios de Chaumette y Hebert en la municipalidad, forzaron á la Convención á deplorables concesiones que parecían violentas, y solo eran debilidades.

Al pedir al pueblo toda su energía la Convención se creyó en la necesidad de aceptar sus arrebatos. Aun no

tenia suficiente vigor para dominar su propia fuerza. Parecía participar de las demencias que decretaba con rubor. Las peticiones de las secciones, las deliberaciones de los Jacobinos, los tumultos, vociferaciones y revueltas en los mercados públicos, los agrupamientos de la muchedumbre ante las puertas de los panaderos, de los carniceros y de los especieros; los saqueos de tiendas por mugeres y jóvenes hambrientos pidiendo se tarifase el comercio de consumos de primera necesidad para el pueblo; todo tendía á destruir el mismo comercio. La Convencion obedeció y decretó el máximo, es decir, un precio arbitrario y el mayor á que se podía vender el pan, la carne, el pescado, la sal, el vino, el carbon, la leña, el jabon, el aceite, el azúcar, el hierro, los cueros, el tabaco y los tejidos. Fijó tambien el máximo de salarios. Esto era destruir la libertad en las transacciones de comercio, de especulacion y de trabajo, que solo viven con aquella; era hacer sentir la influencia del gobierno entre los comerciantes, compradores, obreros y propietarios de la república. Semejante ley no podía menos de alejar los capitales, matar el trabajo, la circulacion, y causar la ruina de todos. Son las causas naturales las que fijan los precios de los comestibles de primera necesidad, y de ninguna manera la ley. Mandar al labrador dar el trigo y al panadero el pan á menos precio que al que ellos compran estos comestibles, es prohibir que siembre el primero y que amase el segundo.

XXVIII.

La ley sobre el máximo dió sus frutos, disminuyendo por do quier el numerario, el trabajo y las subsistencias. El pueblo achacó á los ricos, á los comerciantes y á los contra-revolucionarios las calamidades naturales. Persi-

guió con sus peticiones á la contra-revolucion, hasta en sus mas indefensas victimas aherrojadas en los calabozos del Temple, y hasta en los despojos de sus reyes sepultados en las catacumbas de Saint-Denis.

La Convencion decretó «que la reina Maria Antonieta seria juzgada y destruido el régio panteon de Saint-Denis, hartiendo las régias cenizas de un templo que les habia erigido el realismo y la supersticion.» Estas concesiones no amenazaban al pueblo, queria arrojar sobre otros enemigos el terror que le agitaba. Sus ojos no encontraban unicamente aristocracia en la cuna y los privilegios, sino que la veian tambien en la riqueza, en el gobierno, en la propiedad y en los negocios de menor cuantia. Cualquiera poseedor de aquellas cualidades ó circunstancias era envidiado por la indigencia y el hambre, y se hacia sospechoso como logrero, egoista y criminal. Nadie podia poseer impunemente lo que faltaba al pueblo. Pedía con arrogancia una cámara ávida de propiedad ó de pillage. «Si no nos haceis justicia respecto á los ricos, esclamó un orador en los Jacobinos, nos la hará nuestra propia mano.»

Las peticiones de las sociedades departamentales reclamaban igualmente una instilucion que reasumiera la fuerza del pueblo y regularizase su furor por medio de un ejército ambulante, encargado de ejecutar por donde quiera su voluntad. Este fué el ejército revolucionario, es decir, un cuerpo de pretorianos populares, compuesto de veteranos de la insurreccion, insensibles á las lágrimas, á la sangre y á los suplicios, el cual paseaba por toda la república la muerte y el terror.

«Queremos, escribia la sociedad de los Jacobinos de Macon á la sociedad principal de Paris, que un ejército revolucionario se estienda por el territorio de la república y arranque todos los gérmenes de federalismo, realismo y fanatismo que aun vegetan. Vuestra orden del dia es el terror, y para plantear este nadie mejor que un ejército

de treinta mil hombres, organizado en diversas divisiones, acompañadas de un tribunal y de una guillotina; que haga en todas partes justicia á los tiranos y á los conspiradores!»

Masas de trabajadores, de mendigos, de mugeres, pidiendo muerte ó pan, se agrupaban en derredor de la casa de ayuntamiento y amenazaban con un nuevo 31 de mayo á la Convencion agitada. Hebert y Chaumette alentaban estos tumultos.

Robespierre se indignaba unas veces de tales excesos de anarquía que iban anonadar la revolucion contra la propia revolucion; y otras aparentaba comprenderlos y promoverlos él mismo, á fin de dominarlos aun. «Alarman al pueblo persuadiéndole de que van á faltarle los comestibles, decia en los Jacobinos; quieren armarle contra sí mismo. Desean conducirle á los catabozos, para que en ellos degüelle á los presos, seguros de encontrar un medio para libertar á los asesinos que allí se encierran, y dar muerte al inocente y patriota á quien el error pueda haber conducido. En el momento en que os hablo, me aseguran que Pache está rodeado por algunos miserables que le injurian, insultan y amenazan.»

En estas palabras se descubre la vacilacion de Robespierre cediendo con una mano, para contener con otra á estravio popular que le arrastraba. Una segunda matanza de encarcelados le causaba el mismo horror que la primera. Participaba de todas las preocupaciones de las masas contra los logreros y los ricos. Creia en la posibilidad de nivelar la fortuna pública por medio de leyes que por sí mismas darian, con la igualdad de la justicia divina, el pan y bienestar proporcional á cada ciudadano. Creia tambien que era necesario desplegar una fuerza implacable para vencer al rico, moderar al pobre, abatir todas las resistencias y refrenar los excesos. Pero Robespierre, como Marat, no contó con placer las cabezas que la cuchilla debía cortar para llegar á este fin. Desea

ba prescindir de la muerte para cumplir su obra regeneradora, empero la aceptaba como última necesidad.

XXIX.

En vano intentó Robespierre diferentes veces refrenar aquellas peticiones, impregnadas de sangre y pillage. Poco faltó para que esta resistencia á los excesos no acabase con su popularidad. Entró á menudo solo y abatido en su aposento. Pache fué una noche á concertarse secretamente con él sobre los medios de calmar tales efervescencias. «Todo está perdido,» dijo Robespierre á Pache, todo está perdido si se abandona la revolucion á esos insensatos. Es forzoso anteponer al pueblo terribles instituciones, ó que él mismo se destróce con el arma con que cree defenderse. Un solo medio queda á la Convencion para arrancarle la cuchilla, empuñarla y herir sin piedad á sus enemigos.» Indignóse contra Chaumette, Hebert, Varlet y Vincent que fomentaban los furors de la multitud. «No dejemos, dijo á Pache, á esos hijos de la revolucion jugar con el rayo popular; dirjámosle nosotros, pues de no hacerlo así seremos sus víctimas.» Pache acudió á la sesion del 5 de setiembre, para presentar en ella el pretendido desco de Paris. Encargó á Chaumette que leyese la peticion, á fin de dejar al procurador sin-dico la responsabilidad de un acto al que él se oponia abiertamente. «Ciudadanos, dijo Chaumette, se nos quiere matar de hambre. Se aspira á obligar al pueblo á trocar vergonzosamente su soberania por un pedazo de pan. Nuevos aristócratas no menos crueles, no menos ávidos ni insolentes que los pasados, se han levantado sobre las ruinas del feudalismo. Con atroz sangre fría calculan los resultados que pueden proporcionarles una carestía, una revuelta ó una matanza. ¿Dónde está el brazo que dirigia

vuestras armas contra el pecho de esos traidores? ¿Dónde la mano que hiere las cabezas criminales? Preciso es o destruir vuestros enemigos ó que ellos os destruyan. Han arrojado el guante al pueblo, y el pueblo lo recoge. Las masas populares quieren al fin sepultarlos. ¡Y tu Montaña, siempre célebre en las páginas de la historia, sé el Sinaí de los franceses! Lanza en medio de los rayos, los decretos de la justicia y de la voluntad del pueblo! ¡Santa Montaña, transfórmate en volcan cuya lava consuma á nuestros enemigos! ¡No mas cuartel, no mas misericordia para los tiranos! ¡Establezcamos entre ellos y nosotros la barrera de la eternidad! Os pedimos en nombre del pueblo de Paris, reunido ayer en la plaza, la formacion del ejército revolucionario. Acompañela un tribunal incorruptible, con el instrumento de muerte que corta con un solo golpe los complots y la vida de los conspiradores. Hemos notado, añadió Chaumette, despues de esta arenga, que los coaligados para sitiarnos de hambre, son los labradores. Hemos pasado nuestros ojos por los alrededores de Paris y visto terrenos inmensos, parques y jardines que sirven de lujo y que nada producen para el consumo público. Pedimos que sean cultivados todos los jardines de las propiedades declaradas nacionales. Mirad el precioso jardín de las Tullerías. Vuestras miradas republicanas ¿no contemplarian con mayor placer ese régio dominio si produjese alimentos para los ciudadanos? ¿No fuera preferible cultivar en él plantas de que carecen los hospitales á dejar esas estatuas y arboledas estériles, objetos del lujo y del orgullo de los reyes?»

XXX.

Cada apostrofe de Chaumette era interrumpido por los aplausos de la Montaña y de las tribunas. Las propo-

siciones del orador reasumidas en decretos por Moise Bayle fueron votadas unánimemente. La diputacion de los Jacobinos provocada la vispera por Royer tomó al momento la palabra. «La impunidad alienta á nuestros enemigos, dijo. El pueblo desmaya al ver que su venganza no alcanza á los culpables. Brissot, ese monstruo vomitado por la Inglaterra para detener y trabar la revolucion, respira aun. Júzguesele junto con sus cómplices. El pueblo se indigna al contemplar los privilegios en medio de la republica. ¿Pues qué, los Vergniaud, los Gensonné y otros infames, degradados por sus traiciones de la dignidad de representantes, deben tener un palacio por cárcel, mientras que los infelices sin calzones (*sans culottes*), padecen en los calabozos bajo el puñal de los federalistas?... Hora es ya de que la igualdad pase su hoz sobre todas las cabezas y amedrente á los conspiradores. ¡Legisladores, sea el terror la orden del dia!»

A esta palabra, como una revelacion del furor público, los aplausos atronaron la sala. «Permanezcamos en revolucion, ya que la contra-revolucion se trama en todas partes por nuestros enemigos. ¡Sea, sea! esclamaron las tribunas.—¡Sea, sea! respondió levantándose la Montaña); ¡que siegue el hierro las cabezas culpables! Formad un ejército revolucionario, instituid con él un terrible tribunal, y que el instrumento vengador de la ley le acompañe! ¡Arrojad á los nobles, encerradles hasta la paz; que esa raza de sangre maldita vea desde hoy correr solo la suya!»

En su contestacion anunció el presidente que la Convencion se había anticipado al deseo del pueblo y de los jacobinos, y que iba á cumplirle. «Ya que nuestra virtud, dijo, ni nuestra moderacion, ni nuestra filosofia han servido de nada, seamos bandidos ya que lo pide la felicidad del pueblo.—La Francia, le respondió severamente Thuriot, no tiene sed de sangre, sino de justicia.»

Barrere advertido por Robespierre y preparado desde la víspera, subió á la tribuna en nombre del comité de salvacion pública, para vindicar la iniciativa del terror y para regularizarle al sancionario. «Hace algun tiempo, dijo, que los aristócratas del interior preparan un movimiento. Pues bien; se efectuará el movimiento, mas será en contra suya. Lo tendrán organizado, regularizado por un ejército revolucionario que pondrá en práctica ese gran lema debido á la municipalidad de París. Sea el terror el orden del día. Los realistas ansian sangre, pues bien, tendrán la de los conspiradores, las de los Brissots, la de María Antonieta. Resoluciones que no serán venganzas ilegales, sino fallos de tribunales extraordinarios que van á funcionar. No os admirarán los medios que os proponemos, cuando sepais que aun desde el fondo de los calabozos conspiran esos asesinos, siendo el punto de apoyo de nuestros enemigos. Vosotros quereis anonadar á la Montaña, pues bien, la Montaña os confundirá.

El decreto que reasumia estas palabras, concebido en los siguientes términos, fué votado por aclamacion: «Habrá en París un ejército de seis mil hombres y mil doscientos artilleros, destinados á contrarestar la reaccion, á hacer cumplir por todas partes las leyes revolucionarias y las medidas de salvacion pública decretadas por la Convencion nacional. Este ejército quedará organizado hoy.»

Un segundo decreto desterró á veinte leguas de París á todos cuantos habian pertenecido á la casa militar del rey ó de sus hermanos.

Un tercero mandó que Brissot, Vergniaud, Gensou-
né, Claviere, Lebrun y Baudry, secretario de Lebrun,

fuesen llevados inmediatamente ante el tribunal revolucionario.

Un cuarto restableció las visitas nocturnas domiciliarias.

El quinto ordenó la deportacion allende los mares de todas las mugeres públicas que corrompian las costumbres y que enervaban el republicanismo de los jóvenes.

Un sexto señaló una gratificacion de dos francos diarios á los obreros que dejasen sus talleres para asistir á las asambleas de sus secciones; y de tres francos á los hombres del pueblo que fuesen nombrados miembros de comités revolucionarios. Señalaba dos sesiones semanales, el domingo y el jueves, para estas reuniones patrióticas. Aquellas debian principiár á las cinco y concluir á las diez.

Por último, un séptimo decreto reorganizaba el tribunal revolucionario. La justicia del terror.

Este tribunal instituido por la venganza, en la mañana siguiente al 10 de agosto, se habia hasta entonces contenido por las formas y humanidad de los girondinos. En dos años habia juzgado únicamente un centenar de acusados, cuya mayor parte habian sido absueltos. La instalacion de este tribunal de Estado, trae á la memoria por sus formas, que el pueblo le concedia todos los poderes, aun los de justicia, y que él iba á dominarse á sí propio y á juzgar á sus mismos enemigos por medio de jueces ciudadanos, buscados y elegidos por la multitud. Antes de tomar asiento en el tribunal, los jurados se presentaban al pueblo sobre un tablado erigido en medio de la plaza pública. Desde allí dirigia cada uno en particular estas palabras á la multitud: «¡Pueblo! soy un ciudadano de tal nombre, de tal seccion, de tal barrio, habito en tal calle, y tal es mi profesion. Conjuro á todos los ciudadanos aqui presentes para que declaren si me creen digno de acusacion. Antes que juzgue á los otros, juzgueseme á mi.»

No bien se hubo publicado el decreto de la reorganización del tribunal revolucionario, nombró la Convención los jueces y jurados. Eran aquellos hombres escogidos por los jacobinos, de exaltados principios é inflexible corazón; y los jurados, de ciego entusiasmo y esclavos del sentimiento que les dominaba. El espíritu de partido era toda su justicia. Creíanse probos no rehusando ninguna cabeza, é incorruptibles no conociendo la piedad. Fanáticos por un principio, la grandeza de la causa y el interés del pueblo les ocultaba el crimen y no les dejaba ver el resultado. Hombres incapaces, en general, de servir mas noblemente á la causa á que querían cooperar, no pudiendo prestar otra cosa á la revolución, le prestaban sus conciencias. Con tal de desempeñar algun cargo, consentían en hacer el mas ínfimo papel. Se constituían voluntariamente en máquina organizada de los suplicios, y hasta tenían á gloria esta abyección. Segun ellos, era necesario la muerte en el drama revolucionario, y se aventan á desempeñar el papel de matadores. Gente de esta clase la encontrareis en todas las historias. Asi como se encuentra madera, fuego, hierro para construir el instrumento del suplicio, se encuentran jueces para condenar á los vencidos, satélites para perseguir á las victimas y verdugos para herirlas.

Estos jueces eran: Hermann, presidente del tribunal del Paso de Calais; Sellier, juez de Paris; Dumas (de Lonsle Saulnier), Brulé, Coffinhal, Foucault, Bravetz (des

Hautes-Alpes), Deliege, Subleyras (itu Midi), Lefetz (d'Arras), Vertheuil, Lanæ (de Saint-Paul en Picardia), Ragney (del Jura), Masson, Denizot, Harny, letrado, David (de Lille), Maire, Trincharde, Leclerc, casi todos abogados, jesuitas, legistas, subalternos avezados por la costumbre á los enredos que endurecen el corazón, y á las formas que matan la conciencia. Los jurados eran ciudadanos de Paris ó de los departamentos, elegidos en las clases inferiores y de entre los que profesaban manuales oficios; hombres cuyas luces eran su instinto, y cuyos títulos su adhesión. Los eligieron ciegos, para que ciegamente obedeciesen. Excepto Antonelle, antiguo nombre de la aristocracia del Mediodia, que se ilustró por sus lazos con Mirabeau, todos los demas de los setenta jurados fueron sepultados por un eterno olvido, por su misma insignificancia. La virtud y la gloria cuando rigen las revoluciones, brillan con frecuencia desde lo alto del cadalso, nunca junto á él.

La Convención nombró despues á Ronsin, general del ejército revolucionario. Desde las matanzas de Meaux á las que asistió Ronsin, al nombre de Ronsin le prestara el terror su prestigio y la sangre darramada sus manchas. Ronsin, protegido por Danton, y amigo de Chaumette y Hebert, recibió todos sus grados en las revueltas de Paris. La gloria que entrevió por las letras, era su pasión, y para alcanzarla se lanzó en lo recio de la demagogia. Por el sable abandonó la pluma. Su uniforme popular y su exterior de gefe de muchedumbre encubria ensueños é ideas ambiciosas: leia la historia y no comprendia al tiempo. Creia que la revolución abortaria un Cromwell, y su intencion era desempeñar este papel. Le seducia el cometido de Henriot en el 31 de mayo. Su esperanza era avasallar un dia la Convencion con la misma arma que le entregó ella. En el ejército revolucionario abrió todo lo que Paris encerraba de sediento de desorden, de pillage y de sangre. «Que quereis, contestaba

á los que le afeaban ingresar á todas los indisciplinados, todos los viciosos y criminales de la capital, como vosotros se que es un cuerpo de bandidos, pero designadme honrados ciudadanos que quieran desempeñar el cometido á que yo les destinare.»

Organizado el ejército é instituido el tribunal, solo faltaba indicarles y entregarles legalmente los culpables. La Montaña afirmaba que necesitaba la omnipotencia de la Convencion, una gran ley de acusacion, universal como la república, arbitraria como la dictadura, aérea como la sospecha. Habia necesidad de entregar un arma á los delatores. El pueblo, ni en su colera, ni en sus sospechas, habia esperado una ley de esta clase. Muchos meses hacia que los comités revolucionarios de Paris y las municipalidades de los departamentos encarcelaban bajo el nombre de sospechosos á los presuntos enemigos de la revolucion. A los que estaban exentos de crimen, recata sobre ellos la sospecha que les juzgaba culpables. Era el derecho de proscribir, entregado á la arbitrariedad.

Los jacobinos reclamaban energicamente una medida general contra estos sospechosos, que aunque no convientos inquietaban la república. Entre los inocentes y culpables querian crear una categoria de ciudadanos, que hasta la paz y triunfo de la revolucion, fuesen sus ídols y rehenes. La ley les ponía trabas durante el combate. Querian declarar por una ley superior la mitad de la Francia fuera de la ley. Esta era tambien la opinion del comité de salvacion pública no solo para tener suspendida la cuchilla sobre todas las cabezas, sino para que al mismo tiempo que llenaba el cumplimiento de las sospechas y venganzas de todos, impidiese al pueblo encarcelar y castigar sirviéndole de norma el capricho. Danton y Robespierre querian que se legalizaran las injusticias y furors del pueblo.

Merlin de Douai presentó el 17 de setiembre con este objeto un proyecto de decreto, cuyas disposiciones formadas por un hábil legista, abrazaban la Francia entera en una red de susceptibilidad legal, que quitaba la seguridad á la inocencia, y la inviolabilidad á la delacion. Merlin de Douai era uno de los legistas eruditos que sin participar del furor de las pasiones en tiempos borrascosos, entregaban su sangre fria y su ciencia al hombre de ley de la idea reinante; juriscultos hoy impasibles de la república, y mañana juriscultos moderados de la monarquía. Aunque estos hombres ofrecen la forma legal á los excesos de los partidos, que involuntariamente sirven con su autoridad y nombre, seria injusto acusar su memoria tan solo por los crímenes que prohió su legislacion. Justifican su fatal complacencia las pasiones estremas de los que los incitan á esta conducta, pasiones que engañan obediéndolas, y porque reservan alguna humanidad en las revoluciones, alguna libertad en las contra-revoluciones. Las intenciones secretas de Merlin, presentando la ley de los sospechosos, mas propendian á poner en seguridad las víctimas de los degüellos populares, que á entregar culpables al tribunal revolucionario. A tal punto habian llegado las circunstancias, que las cárceles abiertas para los sospechosos le parecian el único asilo contra los asesinatos.

El decreto de Merlin, que contenia setenta y cuatro acriminaciones nuevas, acrecentando las sospechas que forjó la sombría imaginacion de los delatores, degeneró en el mas completo arsenal de arbitrariedad que nunca un legista entregó al poder.

El artículo primero decia así: «Inmediatamente de la publicacion del presente decreto, se prenderán todos los

sospechosos que se encuentren en el territorio de la república.

«Se reputan sospechosos los que por su conducta, escritos ó ideas, se han declarado partidarios de la tiranía y federalismo y enemigos de la libertad.

«Los que no puedan justificar sus medios de subsistencia, y el cumplimiento de sus deberes cívicos.

«Aquellos á los que se hayan negado certificados de civismo.

«Los ex-nobles, padres, madres, hijos, hijas, hermanos, hermanas, maridos, mugeres y agentes de los emigrados que constantemente no han manifestado su adhesión á la revolución....

«Sospechosos, añadía Barrere comentando las categorías, los nobles; sospechosos los cortesanos, los jueces; sospechosos los sacerdotes; sospechosos los banqueros, los extranjeros, los agiotistas; sospechosos los que se quejan de los resultados de la revolución; sospechosos los que se consternan por nuestras victorias.»

Un artículo final suplia todas las omisiones del legislador, y hacia partícipes de los efectos de la ley, aun á aquellos que no reunían ninguna eualidad de los sospechosos, como tambien autorizaba á los tribunales para encarcelar á los acusados sobre quienes hubiese recaído la absolucion.

XXXV.

Las cárceles no bastaban para dar cabida al inmenso número de presos que arranco esta ley de sus hogares; se destinaron para cárceles los edificios nacionales, las fondas confiscadas, las iglesias y los conventos. La pena de muerte, tanto mas frecuente cuanto mas lo eran estos crímenes, entregó á los jueces el derecho de diezmar á los

sospechosos. ¿Rehusaban marchar á las fronteras ó entregar sus armas á los que á ellas se dirigian?... La muerte. ¿Daban asilo á un emigrado ó fugitivo?... La muerte. ¿Enviaban dinero á un hijo ó amigo que estaba en el extranjero?... La muerte. ¿Seguian una correspondencia indiferente con un emigrado ó recibian una carta?... La muerte. ¿No denunciaban los conspiradores, los sugetos fuera de la ley ó los que les daban asilo?... La muerte. ¿Favorecian las correspondencias de los presos con sus parientes?... La muerte. ¿Desacreditaban los asignados?... La muerte. ¿Compraban con dinero?... La muerte. ¿Atestiguaban dos sugetos que un sacerdote, un noble ó un propietario tomaron parte en un movimiento contra-revolucionario?... La muerte. Finalmente, ¿se escapaban de la cárcel para evitar la muerte?... ¡La muerte para castigar el instinto de la vida! No tardó tampoco en suspenderse la muerte sobre la cabeza de los jueces, pues se espidió un decreto mandando la destitucion, encarcelamiento y juicio de los comités revolucionarios que hubiesen puesto en libertad á un solo sospechoso.

XXXVI.

Así pues, una ley que no reconocia ningun inocente de los que quisiesen considerarse como culpables; la opinion imputada como crimen; la sospecha erigida en prueba; la delacion en deber; un tribunal revolucionario para aplicar este código, bajo las indicaciones del comité de salvacion pública; un ejército revolucionario para contener á Paris, encarcelar á los sospechosos y presentar á los acusados ante el tribunal revolucionario; el patíbulo levantado en las principales ciudades y paseado en las secundarias; comisarios de la Convencion, designados por

sospechosos que se encuentren en el territorio de la república.

«Se reputan sospechosos los que por su conducta, escritos ó ideas, se han declarado partidarios de la tiranía y federalismo y enemigos de la libertad.

«Los que no puedan justificar sus medios de subsistencia, y el cumplimiento de sus deberes cívicos.

«Aquellos á los que se hayan negado certificados de civismo.

«Los ex-nobles, padres, madres, hijos, hijas, hermanos, hermanas, maridos, mugeres y agentes de los emigrados que constantemente no han manifestado su adhesión á la revolución....

«Sospechosos, añadía Barrere comentando las categorías, los nobles; sospechosos los cortesanos, los jueces; sospechosos los sacerdotes; sospechosos los banqueros, los extranjeros, los agiotistas; sospechosos los que se quejan de los resultados de la revolución; sospechosos los que se consternan por nuestras victorias.»

Un artículo final suplia todas las omisiones del legislador, y hacia partícipes de los efectos de la ley, aun á aquellos que no reunían ninguna eualidad de los sospechosos, como tambien autorizaba á los tribunales para encarcelar á los acusados sobre quienes hubiese recaído la absolucion.

XXXV.

Las cárceles no bastaban para dar cabida al inmenso número de presos que arranco esta ley de sus hogares; se destinaron para cárceles los edificios nacionales, las fondas confiscadas, las iglesias y los conventos. La pena de muerte, tanto mas frecuente cuanto mas lo eran estos crímenes, entregó á los jueces el derecho de diezmar á los

sospechosos. ¿Rehusaban marchar á las fronteras ó entregar sus armas á los que á ellas se dirigian?... La muerte. ¿Daban asilo á un emigrado ó fugitivo?... La muerte. ¿Enviaban dinero á un hijo ó amigo que estaba en el extranjero?... La muerte. ¿Seguian una correspondencia indiferente con un emigrado ó recibian una carta?... La muerte. ¿No denunciaban los conspiradores, los sugetos fuera de la ley ó los que les daban asilo?... La muerte. ¿Favorecian las correspondencias de los presos con sus parientes?... La muerte. ¿Desacreditaban los asignados?... La muerte. ¿Compraban con dinero?... La muerte. ¿Atestiguaban dos sugetos que un sacerdote, un noble ó un propietario tomaron parte en un movimiento contra-revolucionario?... La muerte. Finalmente, ¿se escapaban de la cárcel para evitar la muerte?... ¡La muerte para castigar el instinto de la vida! No tardó tampoco en suspenderse la muerte sobre la cabeza de los jueces, pues se espidió un decreto mandando la destitucion, encarcelamiento y juicio de los comités revolucionarios que hubiesen puesto en libertad á un solo sospechoso.

XXXVI.

Así pues, una ley que no reconocia ningun inocente de los que quisiesen considerarse como culpables; la opinion imputada como crimen; la sospecha erigida en prueba; la delacion en deber; un tribunal revolucionario para aplicar este código, bajo las indicaciones del comité de salvacion pública; un ejército revolucionario para contener á Paris, encarcelar á los sospechosos y presentar á los acusados ante el tribunal revolucionario; el patíbulo levantado en las principales ciudades y paseado en las secundarias; comisarios de la Convencion, designados por

el comité de salvación pública, vigilando los departamentos y ejércitos, y acelerando ó moderando los vaivenes de la dictadura; la Convencion que deliberaba y obraba en el centro, presente en todas partes por medio de sus representantes, con quienes seguia incesante correspondencia, á quienes inspiraba, estimulaba, castigaba y llamaba á su seno, enviándolos otra vez impregnados de su energia revolucionaria; tal fué el terrible mecanismo de la dictadura que reemplazó las dudas y concesiones del gobierno despues de la caída de los girondinos; gobierno revolucionario que llamaron el terror. Irresistible y sangriento como la desesperacion de una revolucion que presiente su aborto, y de una nacion que presiente su muerte, esta dictadura hace temblar de admiracion y estremecer de horror á la vez. Imposible es juzgar este gobierno revolucionario, encerrándole en las reglas ordinarias de los gobiernos. El mismo se dió el dictado de gobierno revolucionario; dictado que significa subversion, combate y tirania. La Convencion se creyó la salvaguardia de la Francia, encerrada en una plaza sitiada. Resuelta á dar vida á la revolucion y la patria ó morir sepultada la primera en sus ruinas, suspendió todas las leyes ante la ley del peligro comun. Creó la dominacion del comité de salvacion pública sobre ella misma y sobre sus enemigos; creó un poder revolucionario, al que la misma Convencion dió vida; poder que superpujo á la asamblea, y poder que fué mas pujante que ella. Voluntariamente permitió que la mandase y diezase una tirania que instituyó ella misma.

La Convencion no obró así solo por la fuerza instintiva brutal que obliga á los hombres á reconocer como justa y legal la pasion que les finaliza por una idea, ó el furor que les alienta contra sus enemigos, sino que tambien atendió en esta conducta la política. Tenia frente á sí un doble peligro que no quiso desconocer: la anarquía y la guerra estrangera. Presintió que seria muy luego el

juguete de los caprichos de la municipalidad y de las revueltas sediciosas del populacho de Paris, agitado por la turbulencia de los demagogos subalternos, si no aceptaba el arma del terror que estos demagogos le ofrecian, arma con la que á su vez amenazaría sus cabezas. Ni Danton, ni Robespierre, ni sus ilustrados colegas querian que la Convencion quedase á merced y fuese el juguete del primer faccioso de la municipalidad que viniese á dictar las leyes como en 10 de marzo ó en 31 de mayo. Cuanto mas se habian rozado estos hombres con la sedicion, mientras que esta favorecia sus principios ó su fortuna, mayor era en ellos el conocimiento de su demencia, mas y mas la temian cuando querian afirmar la república. Lo que apetecia Robespierre no era un populacho turbulento y sin freno por las calles, sino el apacible reinado del pueblo, personificado en sus representantes. Lo que deseaba Danton no era la agitacion permanente de la capital, sino el gobierno pujante é irresistible de una republica nacional. Ni el uno ni el otro personificaban la nacion en la municipalidad. Que la revolucion concentrada en Paris y destrizada por las facciones de la plaza pública espiraria muy luego en el mismo sitio donde nació, era juicio que abrigaban ambos. Querian que se respetase la representacion nacional. Ayudados con un terror legal, quisieron dominar el terror popular que tan frecuentemente habia hecho temblar á la representacion. Necesitaban el terror revolucionario. Se necesitaba para impeler las masas á las fronteras, contra Lyon, contra Marsella, contra Tolon, contra la Vendée; para imponer la disciplina á los ejércitos, la victoria á los generales, el estupor á la Europa y á todos el siniestro prestigio de la Convencion, y para arrancar á la nacion los sobrenaturales esfuerzos de impuestos, de armamentos, de levantamientos en masa, que ya no ofrecia el patriotismo desanimado. Robespierre y Danton inventaron el *terror*, mas bien para entrenar los excesos y anarquía de la mis-

ma revolucion, que para castigar á los enemigos interiores

Desde el momento en que lo organizó la Convencion, ya no inquietó á nadie en el realismo, ni la aristocracia. El terror no podía alcanzar ni á los emigrados, ni á los vendeanos armados; al contrario, encarnaba en ellos el odio y entusiasmo, y les hacia mas irreconciliables con una república que solo les deparaba el cadalso. Los emigrados y vendeanos fueron el pretesto; los anarquistas el objeto. El cadalso que pedian con descompasados gritos, se levanto principalmente contra ellos.

XXXVII.

Ademas de esto, el *terror* no fué, como se cree, un libre y cruel cálculo de algunos hombres que á sangre fria deliberaron un sistema de gobierno. No nació de un solo furor, ni en un dia. Tuvo vida poco á poco de las circunstancias, de la tension de las cosas, y de los hombres que la fuerza de sus ideas colocó unos frente á otros, y que ahogados por las situaciones que crearon, creyeron el solo desenlace la cuchilla y la muerte. Particularmente le dió origen esa fatal rivalidad de ambicion, de popularidad, y ese mayor número de donativos patrióticos, que cada hombre y cada partido vituperaban á los hombres y partidos rivales, de ofrecer en pequeño número á la revolucion; Barnave á Mirabeau; Brissot á Barnave; Robespierre á Brissot; Danton á Robespierre; Marat á Danton; Hebert á Marat; todos á los girondinos. De modo que para justificar su patriotismo, cada hombre ó cada partido tuvo que exagerar sus pruebas, exagerando las medidas, las sospechas, los excesos, los crímenes, hasta que de esta presión comun que todos estos hombres y todos estos partidos ejercian, resultase una emulacion ge-

neral en parte fementida, en parte sincera, que les arrojase en el mútuo terror que comunicaban y que arrojaban sobre sus enemigos, para quedar exentos.

XXXVIII.

Añádase aun en el pueblo mismo la agitacion convulsiva de una revolucion de tres años, el temor de perder una conquista de la que mas y mas reconocia su valor, cuanto que era muy reciente y disputada; la fiebre incesante que las tribunas, los diarios y los clubs arrojaban cada dia sobre la multitud; la falta de trabajo, la perspectiva de la ley agraria y del saqueo general por el hambriento populacho; la desesperacion del patriotismo, la traicion de los generales, las fronteras invadidas, los vendeanos que lexan aban la bandera de religion y realismo destruido; la desaparicion del numerario, la carestia, el hambre, el terror pánico, la costumbre del asesinato que el pueblo de Paris adquirió en las jornadas del 14 de julio, del 6 de octubre, del 10 de agosto y del 2 de setiembre; el continuo espectáculo del cadalso que habia ya familiarizado las ejecuciones; finalmente, esa loca rabia de esterminio que como un gusto depravado se oculta en los instintos de la multitud para revelarse en las conmociones, pidiendo el asesinato cuando han respirado el olor de la sangre; todas estas fueron circunstancias que tambien dieron vida al *terror*. Cálculo en algunos, adhesion en otros, debilidad en estos, concesion en aquellos, miedo y furor en los mas, epidemia moral que infestó un aire ha tiempo viciado, y del que no se libran los ánimos predispuestos, como tampoco los cuerpos morbosos de la reinante enfermedad; accesos de fiebre que á la vez afectan á todo un pueblo, y que conducen hasta el enagenamiento la cabeza y brazos de una

poblacion delirante; contagio al que todos prestan su miasma y su complicidad, aunque exclusivamente ninguno sea culpable; el terror nació de sí mismo, y murió, tal como fué su origen, cuando cedió la tensión general de las circunstancias sin adquirir la conciencia de su fin, y sin poseer la conciencia de su principio. Tal es el camino de las circunstancias humanas, circunstancias que nuestra pobreza reconoce como producto de una sola causa, cuando son su origen mil causas opuestas, causas que se reconocen con el dictado de un solo hombre, cuando es el tiempo quien debiera darles el nombre.

XXXIX.

La Convencion podia prescindir de la necesidad de un gobierno arbitrario, dictatorial, armado con la poderosa intimidación, en las circunstancias en que se hallaban la república y la Francia, y hasta la misma Convencion? Cualquiera que sea la respuesta del filósofo ó del hombre de ley, no es de ningún modo dudosa en el juicio del hombre de Estado. Sin un gobierno concentrado y excepcional, inevitablemente sucumbia la revolucion, ya por la anarquía del interior, ya por la contrarrevolucion exterior.

La coalición de los reyes estrechaba á la Francia, y setecientos mil hombres eran los ejecutores de la revolucion. Los emigrados marchaban á la cabeza de los estrangeros y fraternizaban con el realismo en Valenciennes y Condé. La Vendée sublevaba el Oeste, y su insurreccion religiosa daba la mano á la insurreccion de la Normandía y á la del Mediodía. Recien abatido en París el pendon del federalismo, lo enarbolaba Marsella. Tolon y la escuadra preparaban su defeccion y abria

su rada y sus arsenales á los ingleses. Lyon, erigiéndose en municipalidad soberana, encarcelaba á los representantes del pueblo, y levantaba la guillotina contra los partidarios de la Convencion.

La municipalidad de Paris, orgullosa con su último triunfo, afectaba para con la representacion nacional la moderacion de la fuerza, pero conservaba una actitud que se trasladaba mas por amenaza que por respeto. Pache, Hebert, Chaumette, Ronsin, Vincent, Leclere, Jaime Roux, amigos y súbditos de Marat, junto con los franciscanos, que no habian aun licenciado los molinos del 31 de mayo, declamaban atrevidamente contra el letargo de Danton, contra la debilidad de Robespierre y contra las contemporizaciones del comité de salvacion pública. Evanecidos de haber diezmando la Convencion, pregonaban que iban á secundar tal resultado. Pedian imperiosamente contra las costumbres, contra el culto, contra la propiedad, contra el comercio, medidas que solo trasformando las leyes del orden social podia conceder la Convencion. Adoptaban estas ideas los clubs, los comités revolucionarios, las asambleas de las secciones, las plazas públicas, los arrabales y los periodistas, ofreciendo sus brazos para obligar á la Convencion á espérir estos decretos. Las conversaciones del pueblo solo giraban sobre hacerse justicia por sí mismo y renovar, sobrepunándolas, las matanzas de setiembre. ¿Cómo era posible que un cuerpo politico arrojado en medio de esta tempestad, que no podia negociar con la Europa, ni pacificar las insurrecciones del interior, ni defenderse él mismo en París con la fuerza de la ley, hecha trizas en su mismo seno, se salvase y salvase tambien á la república y á la patria por la sola fuerza de una constitucion que no existia, sin rodearse del prestigio, de la omnipotencia, y de un aparato atemorizador de fuerza y represion contra sus amigos y contra sus enemigos?

La dictadura de la Convención no era una usurpación completa, porque la Convención era la misma revolución concentrada en París, y la revolución era la Francia. En tal momento, el solo gobierno nacional de la Francia y de la revolución era la Convención. La Convención reasumía todos los derechos de la revolución y de la Francia. El primero de estos derechos era salvarse y sobrevivir. La sola ley que debía imperar en tal momento era un *fuera de la ley*, universal, que intimidase los complotos, que abatiese todas las resistencias y todas las facciones, y que obrando con la celeridad del rayo, se apoderase de un poder de que carecían todos y sin el que todo perecería á la vez. Robespierre, la Montaña y Danton tuvieron la audacia de buscar este poder, y le encontraron en el mismo corazón de la anarquía. La Convención tuvo la arrogancia y desgracia de asociarse á su empresa y de reasumir sobre ella una responsabilidad eterna. Forjando la dictadura creyó forjar un arma defensiva, indispensable en su opinión para salvar la libertad; pero el arma de la tiranía es demasiado pesada para el brazo del hombre. En vez de amenazar con acierto y calma, hirió á la casualidad, sin justicia ni conciencia. El arma arrastró á la mano. Este fué el crimen, crimen que espía aun hoy la libertad.

Sus reflexiones eran estas: «Las ideas tienen el derecho de la publicidad, las verdades el de combatir, las revoluciones que encierran aquellas ideas y estas verdades, el de defenderse y triunfar. ¿La Convención representa la revolución? Si.—¿Tiene el derecho de salvarla? Si.—¿El mantenimiento de la idea y de la verdad revolucionaria, exige de la Asamblea nacional una dictadura tan legítima y omnipotente como la misma nación? Si.—

¿La soberana voluntad nacional es la ley del movimiento? Si.—¿Las circunstancias exigen que esta ley sea eficaz, bajo pena de muerte, contra todas las facciones, intimidando irresistible y por consecuencia escepcionalmente? Si.— El gobierno, pues, en esencia unitario de la Convención, era imprescindible en los momentos en que se creó. Dar leyes temporales, severas é imparciales, y aplicar penas, es el derecho de cualquier dictadura; proscibir y matar contra toda ley y justicia, inundar de sangre los cadalsos, entregar, no acusados á los tribunales, sino víctimas al verdugo; ordenar fallos antes de juzgarlos, dar á los ciudadanos sus enemigos por jueces, alentar á los delatores, arrojar á los asesinos los despojos de los ajusticiados, encareclar y prender por simples sospechas, traducir por crimen los sentimientos naturales, confundir las edades, los sexos, los ancianos, los jóvenes, las mugeres y los hijos en los crímenes de los padres, de los maridos y de los hermanos, no es ya dictadura, sino proscripción. Tal fué, pues, el doble carácter del *terror*. La Convención permanecerá por el uno monumental, sobre la brecha de la patria salvada y la revolución defendida; por el otro su memoria está bañada de sangre, sangre de que la historia se ocupará eternamente sin poderla borrar jamás.

dos. Cierta clase de coquetería soldadesca, que ocultaba la adulación bajo la dureza; una disciplina mas ó menos rígida segun convenia, una elocuencia natural, costumbres á la vez libres y marciales, una colosal fortuna generosamente prodigada en los campamentos, la aristocracia de un nombre, cuya misma democracia aumentaba su prestigio, opiniones al parecer simpáticas hacia los girondinos, y el favor secreto de los realistas, que se complacian en considerarle retrógrado y amante de la monarquía, todo contribuía á establecer en derredor de Custine el interés que se une á la gloria, á la esperanza y á la persecucion. Su presencia en Paris habia reanimado todos estos sentimientos: el entusiasmo y los aplausos arrancados por su aparicion en los sitios públicos, en los paseos, en los teatros, hicieron temer á la Convencion que llamando á Paris un acusado, no hubiese llamado un dominador, y que no incitase al general obediente el papel de Cromwell. Apresuróse á prenderle y á entregarle á los jueces. No era por cierto el momento en que queria apoderarse de la supremacia del poder, el mas á propósito para reconocer en el ejército otra popularidad que no fuese la suya, y moderar un ascendiente con el que mas tarde hubiera querido contar. El crimen de Custine era el de aparecer como necesario. No se querian mas hombres necesarios, se queria que la patria fuese sola y el todo.

Por lo que concernia al ejército se dejaban traslucir dos partidos en la Convencion y en el comité de salvacion pública: el partido de Danton y el partido de Robespierre. Danton y los suyos, Fabre de Eglantine, Legendre, Chabot, Drouet, Camilo Desmoulins, Bazire, Alquier, Merlin de Thionville, Merlin de Douai y Delmas, habian mantenido siempre con los generales de la república inteligencias que atestiguaban en aquellos convencionales, un oculto pensamiento de intervencion militar, cuyos instrumentos alhagaban ya de antemano. Compra-

LIBRO CUARENTA Y SEIS.

El general Custine ante el tribunal revolucionario. — Su condena. — Juicio de la reina María Antonieta. — La Consergeria. — Arresto de su madre al joven delia. — Se le entregan á Simon. — Fouquier-Tinville, acusador público. — Condenacion de la reina. — Su vida y su muerte.

I.

Una de las primeras victimas importantes del terror fué el general Custine. Su crimen era regularizar la guerra. Los montañeses querian una guerra de paso precipitado y á la carga. Necesitaban generales plebeyos para dirigir las masas plebeyas, y generales ignorantes para inventar la guerra moderna.

Hemos visto ya como Custine, arrancado en medio de su ejército, que le adoraba, por el comisionado de la Convencion Levasseur, habia llegado á Paris para dar cuenta de su inaccion. La inmensa popularidad que le habian alcanzado sus primeras invasiones hasta el corazón de Alemania y la toma de Maguncia, le rodeaba aun. Los oficiales le admiraban y le querian los solda-

ban el favor del ejército; mantenían correspondencia y amistad con los gefes; visitaban los campamentos; se dividían, según se decía, los despojos; eran los patronos de los generales en las oficinas del ministerio de la Guerra, y blasonaban de amistad con aquellos mismos que por sus nombres ilustres y republicanismo dudoso hacían su frecuentación sospechosa á los jacobinos. Poco hacia que Camilo Desmoulins acababa de escitar la cólera de los patriotas, declarándose amigo de Dillon á quien quería entregar la comandancia del ejército del Norte, é hiriendo con invectivas á los acusadores de aquel general. Este escritor había acusado al comité de seguridad pública de desorganizar los ejércitos, trastornado los planes de los generales con ineptas manos. La Montaña indignada, solo perdonó á Camilo Desmoulins por piedad, la ligereza de su carácter. Los de la Montaña, decía él, le habían visto con aquella mirada inquieta é irritada con que los caballeros romanos miraban al salir del senado á César, sospechoso de haber sido cómplice en la conjuración de Catilina.

Iban agriándose las cosas; desde la huida de Dumouriez, todo eran sueños de traición: Dillon y Miranda estaban presos. Los amigos de Danton y el mismo Legendre, decían que era necesario derribar algunas cabezas de generales. Robespierre no hacia mas que seguir el instinto de su naturaleza y obedecer á los celos de su carácter, apresurando la acusacion de Custine é inutilizando todos los gefes militares sobre los que el ejército podía dirigir los ojos, antes que sobre la patria. La libertad era su fin; solo quería ejército para defender su cuna. La única fuerza del pueblo debía ser, según él, el mismo pueblo. La historia enseña, que el ejército, instrumento de gloria, se convierte en instrumento de tiranía. El ejército era ante sus ojos el ejército de los reyes. La victoria daba á los generales la popularidad de los campamentos; la popularidad de los campe-

mentos los hacia contemplar con desasosiego el yugo civil. Convertirse de dominantes generales en obedientes ciudadanos le parecia esfuerzo superior á la virtud humana. No queria ni que el ejército se acostumbrase á admirar un gefe, ni que el pueblo se dejase corromper por la gloria. Desde los tiempos de la Asamblea legislativa se opuso por si solo á la guerra pedida por los jacobinos. Habia previsto de antemano las traiciones ó dictaduras, mas fatales para las revoluciones que las mismas anarquías. Continuaba en su pensamiento. Luckner, La Fayette, Dumouriez, Custine, Dillon y Biron, jamás habían obtenido su gracia. Las victorias le habían encontrado mas frio y acerbo que los contratiempos, porque veia mas peligro en la celebridad de un general afortunado, que en la pérdida de una batalla. Orador esclusivo hasta la crueldad, de la idea democrática, fué celoso hasta el extremo de sacrificarle el patriotismo.

II.

Custine compareció ante el tribunal, rodeado de los recuerdos de sus triunfos y sostenido por la presencia de su hija política, cuya hermosa gracia, talento, seducción y lágrimas, enternecían el rigor de las almas. Era la muger del unico hijo de Custine, preso tambien á la sazón. Abandonaba el calabozo de su marido para consolar á su suegro en la prision y acompañarle al tribunal. Custine habia sido para con ella, durante su elevacion, un censor exigente y de mal humor; ante el infortunio del general lo olvidó todo aquella hermosa jóven, y se ocupaba con ciega fé de la salud y consuelo del hombre que con su dureza le habia hecho derramar lágrimas tan á menudo. Quería probar su amor á su marido conservándole á su padre. Habia acosado con sus súplicas á los

jueces, jurados y miembros de los comités, y se presentaba ante el tribunal junto á Custine, como la inocencia que disipa la sospecha. Custine tenia solo en su contra algunas debilidades é inconsecuencias de orgullo. Habia hecho traicion á las esperanzas de la república, mas no á su patria. El sentimiento de su inocencia y la necesidad que de sus talentos tenia el ejército, le hacían presentarse ante el tribunal apacible y orgulloso á la vez. La superioridad de sus conocimientos militares sobre los testigos que le inculpaban, su gran memoria, la prontitud y oportunidad de sus réplicas, el verdadero calor de su patriotismo, y aquella elocuencia marcial que habia ejercido en los campamentos, dándole el don natural, prestaban á las sesiones del tribunal revolucionario el atractivo y solemnidad de una tragedia. Era la primera de las grandes ingratitudes de la república.

III.

Fouquier-Tinville, acusador público, boca de hierro del terror, indiferente á la verdad ó á la calumnia, leyó una larga y confusa acusacion en que todos los actos militares de Custine, y principalmente sus retiradas y abandono de Maguncia, estaban disfrazados como actos de traicion. Escucháronse numerosos testigos. Unos eran delatores que decían haber visitado los campamentos para tomar acta de los vagos murmullos y descontentos personales de las tropas; eran los otros demagogos alemanes de Maguncia ó de Liege, que imputaban al general francés haber despreciado sus consejos y moderado sus excesos; eran los demas, en fin, los representantes del pueblo comisionados junto á los ejércitos, tales como Montaut, Lequinio, Leonard-Bourdon, Merlin de Thionville, Couturier y Hentz. Estos fueron los mas parcos en

sus declaraciones. Hablaron de Custine como hombres que habian desaprobado alguna vez su conducta, mas creyendo en su inocencia y respetando su desgracia. Nadie pronunció la palabra traicion.

Contestó Custine á los diferentes puntos de la acusacion, contrarios á las declaraciones, restableció los hechos, las circunstancias y las fechas; y anonadó todas las inculpaciones con tanta sangre fria, y con tal lucidez y fuerza, que se aumentó, con justicia, la celebridad de su talento en el campo de batalla en que á la sazón disputaba su honor y su vida. Ninguna prueba se reprodujo, y solo quedaron sospechas en las almas de los que querian abrigrarlas. Los acentos del indignado general fueron acentos de grandeza y de sinceridad, acentos que confundian la ingratitud de la patria.

IV.

Habiendo dicho Levasseur de la Sarthe en el tribunal que habia observado en la conducta de Custine los mismos síntomas de traicion que habian caracterizado la conducta de Dumouriez, para entregar sus soldados á merced de los enemigos: «¡Yo! exclamó Custine por toda respuesta y dirigiendo sus brazos al cielo: yo haber intentado el que asesinaran á mis valientes hermanos de armas!..» Algunas lágrimas rodaron de sus ojos y fueron su sola refutacion.

Sin embargo, la impaciencia de los jacobinos estimulaba la lentitud del tribunal. La conviccion de la inocencia, el enternecimiento ó la admiracion ganaban todas las corazones. Los jurados vacilaban entre sus opiniones y sus conciencias. Custine terminó el debate con un discurso de dos horas, en el que la claridad de la refutacion, la dignidad de los sentimientos, el patético y va-

tonil acento del hombre guerrero y la elocuencia revolucionaria de ardiente patriota, inspiraron á los numerosos espectadores emoción y respeto. Creían todos y hasta él mismo, su absolución. Su hija política derramaba lágrimas de placer; empero los jurados le declararon culpable, con mayoría no esperada. El tribunal pronunció el fallo; la pena de muerte.

Era de noche. El general, entre dos filas de gendarmes, entró en la sala para escuchar su sentencia. La ansiedad de la duda palidecía su rostro. Dirigía inquietas miradas á la multitud, como para interrogar por su suerte á los rostros; pero aquella nada sabía. Las hachas que iluminaban por la vez primera el pretorio, desde el principio del proceso, mostraban á Custine que la deliberación de los jurados había sido larga y que su cabeza se había disputado con encarnizamiento. El agitado auditorio y la consternada actitud de los jueces, le hicieron concebir por vez primera el presentimiento del suplicio. Sentóse fijando los ojos en el presidente. Cofinhall leyó la declaración del jurado, y, según costumbre, le preguntó si tenía que reclamar algo contra la pena de muerte que pedía el fiscal.

El alma de Custine pareció decaer, mas por la sorpresa de la injusticia que por el terror de la muerte. Dirigió miradas en derredor suyo para buscar sus defensores é implorar una última voz; pero estos se habían retirado. No viéndolos, se dirigió Custine hácia el tribunal y con una acción que expresaba su abandono: «Ya no me queda ni un solo defensor, exclamó, todos han desmayado. De nada me acusa mi conciencia. Muero tranquilo é inocente.»

V.

Llevaronse á su hija política desmayada. La gente del salón permanecía muda ó lloraba. La multitud de

afuera aplaudió. Custine entró en el archivo de la Conserjería, antesala entre la vida y la muerte. Cayó arrodillado y con la cabeza entre sus manos, permaneciendo de esta manera y prosternado dos horas, abismado en reflexiones y sin proferir ni una sola palabra. Tal vez pensase en lo que había sacrificado de su rango y sangre, de su deber hácia el trono y de su fé de cristiano para con la revolución que tal recompensa le daba en aquel momento. Levantóse y pidió un sacerdote, y pasó la noche entera con el ministro de Dios. Pidió fuerzas para morir á la religión, contra la que había combatido al frente de los soldados de la república. Confesóse por este acto, vencido por las doctrinas de que se había declarado enemigo. No conservó nada en sus últimos momentos, de aquel *decorum* de la muerte del soldado, del que con tanta frecuencia había hecho gala en el campo de batalla. El hombre y el padre quedaron solos; el guerrero desapareció. Escribió una patética carta á su hijo, encargándole cuidase de su memoria, y de la rehabilitación de su inocencia en el corazón del pueblo, cuando el tiempo destruyese la sospecha. Subió á la carreta con las manos atadas. Una levita de paño azul, que conservaba algunos vivos y galones de uniforme, mostraban la sola dignidad del general bajo el traje de ajusterado. Besaba con ardor un crucifijo que un sacerdote, sentado junto á él, oprimía contra sus labios. Sus ojos, arrasados de lágrimas, se dirigían alternativamente de la multitud al cielo, como para acusar su inconstancia al pueblo y pedir justicia á Dios. Bajó de la carreta al pie del cadalso, y cayó nuevamente arrodillado sobre el primer escalón. Su plegaria, que no osaron interrumpir, pareció redoblar su fervor y se prolongó largo tiempo. Subió al fin con firme paso; y mirando un momento la cuchilla como si fuese la bayoneta de la patria, se puso en manos del verdugo y murió. Esta muerte hizo retroceder todos los pensamientos de trición á los corazones de los generales, todas las insubordinacio-

nes en el deber; hizo rodar ante el ejército admirado, la cabeza del mas popular de sus gefes. Enseñóle que no tenía mas gefe que la Convencion. Dió á los representantes del pueblo en las fronteras un carácter de inflexibilidad que crea la obediencia y el heroísmo por medio del terror. El partido militar, emigrado con La Fayette, tráfuga con Dumouriez, decapitado con Costine, vergonzoso y mudo con Danton, fué completamente anonadado con este suplicio y no intentó luchar mas contra Robespierre, simbolo del pueblo y única cabeza dominante de la república.

VI.

Noventa y ocho ejecuciones acababan de ensangrentar el cadalso en sesenta dias. Una vez puesta en manos del pueblo la cuchilla del terror jamás la suelta. La venganza implacable y cobarde pedía sin cesar la cabeza de María Antonieta. La ciega impopularidad de esta princesa habia sobrevivido á su caída y desaparicion. Ella era, segun los dichos del pueblo endurecido, la contrarrevolucion encadenada, mas viva aun. Aunque inmolado Luis XVI, el pueblo conocía que únicamente se habia inmolado la mano. El alma de la corte era, para los enemigos del realismo, María Antonieta. Luis XVI era ante sus ojos la personificacion de la magestad, y su muger el crimen. Ya hacia algunos dias que el consejo de la municipalidad declaraba acusaciones significativas contra algunos de sus comisarios que dispensaban á los encarcelados del Temple alguna consideracion ó piedad. Ordenábaseles la insolencia y el ultraje como virtud de sus opiniones. La demolicion de los sepulcros de Saint-Denis, ordenada por la Convencion, por las peticiones de la municipalidad, iban á esparcir hasta las cenizas de los reyes. ¿Por qué, pues, conservar las personas reales,

que respiraban aun en el centro de París? Pensaban los implacables jacobinos, que la atmosfera de la república se *calmaria y purificaría* con esta sangre que les era odiosa, y el comité de salvacion pública mandó á Fouquier-Tinville, que apresurase el proceso.

VII.

Ningun miembro del comité consideraba á la reina como destituida de odio contra la república, pero ninguno la creía peligrosa para con la revolucion; algunos se avergonzaban, no obstante, de la necesidad de inmolarla. El mismo Robespierre, tan encarnizado contra los reyes, hubiera querido libertar á la reina. «Las revoluciones son en extremo crueles, decia en esta época, ante ellas nada es el sexo, ni la edad. Las ideas son implacables, mas el pueblo debiera saber perdonar. Si mi cabeza no fuese necesaria á la revolucion, hay momentos en que la ofrecería al pueblo, en cambio de una de las que nos pide.»

Únicamente Saint-Just no se desviaba por ningun sentimiento, de la linea de inflexibilidad que trazó en el comité á la marcha de la república. En cuanto al resto de la Montaña, Collot, Legendre, Camilo Desmoullins, Billaud-Varennes y Barrere, llevados por la cólera y arrastrados por la debilidad general del momento, procuraban acertar los instintos de la multitud á fin de albagarla, sirviéndola. Quedaba la compasion de la opinion, que podia conmoverse por una reina, por una viuda, por una madre, por una cautiva, inmolada á sangre fria por todo un pueblo, mas la opinion asixiada por el terror, era dominada por el cadalso. El miedo vuelve egoísta como la prosperidad. Cada cual tenía demasiada piedad de sí propio para sentir piedad hácia la desgracia ajena.

Dejamos á la familia real en el Temple, en el momento en que el rey daba sus últimos abrazos para marchar al patíbulo. La reina, acostada enteramente vestida, había permanecido durante las largas horas de agonía del 21 de enero, sumida en fuertes desmayos, únicamente interrumpidos por el llanto y la oración. Procuró acertar el preciso momento en que la cuchilla fatal cortaba la cabeza de su esposo, para unir su alma á la suya ó invocar como protector en el cielo, al que perdía como esposo en la tierra. Los gritos de *Viva la república!* que desde el pie de la guillotina se fueron reproduciendo hasta las puertas del Temple, junto con el ruido de la artillería que regresaba desde los boulevares á las secciones, fueron los anuncios que indicaron á la reina este momento. Deseaba con avidez saber los funebres detalles de los últimos pensamientos y últimas palabras de su esposo. No ignoraba que moría como huero y como hombre, pero necesitaba saber si moría como rey. Mas que el cadalso la hubiera humillado una debilidad ante su pueblo y ante el porvenir. El consejo de la municipalidad rehusó este consuelo á Maria Antonieta. Clery, mas querido de ella desde sus últimas comunicaciones con su rey, aunque preso todavía durante un mes en la torre, no tuvo ninguna comunicacion con la familia proscripta. No pudo enviar ni el rizo de cabellos ni el anillo de casamiento. Estas reliquias casi impregnadas con la sangre del ajusticiado, fueron selladas y colocadas en la sala donde estaban los comisarios de la municipalidad. Algunos dias despues un municipal llamado Toulan, que bajo la apariencia de sus funciones encubria una adhesión apasionada á la reina, las sustrajo y las enviaron al conde de Provence.

La reina suplicó á sus carceleros que le permitiesen tributar á la memoria de su esposo, la última prueba de respeto, vistiendo el luto. Accedieron á esta súplica, pero bajo nimias y ridiculas concesiones, que parecían una ley relativa al dolor. Por otra especial deliberacion, el consejo de la municipalidad concedió quince camisas al hijo del rey.

Desde la muerte de Luis XVI notáronse algunas con-temporizaciones en la cautividad de las princesas. Los mismos comisarios del Temple, creyeron en los primeros momentos, que satisfecha ya la república, quedarían luego en libertad las princesas y los niños. Los municipales indulgentes dejaban entrever en sus conversaciones esta esperanza. Madama Isabel y la jóven princesa intentaron que la reina admitiese esta posibilidad, si no como esperanza, al menos como consuelo á sus lágrimas; pero la reina conservó su impasibilidad, ya porque no creyese en los humanos sentimientos de un pueblo cuyo enojo llevó al cadalso á un rey que en otro tiempo victoreó con entusiasmo, ya porque creyese preferible la muerte á la libertad, sin el trono y sin su esposo.

Rehusó constantemente bajar al jardin, distraccion que de nuevo la concedian. «Imposible me sería», decía arrojándose en los brazos de su hermana, pasar por frente de la puerta del cuarto del rey, que estaba situado en el primer piso de la torre. Eternamente veía las huellas de sus últimas pisadas impresas en las escaleras. Nada podía mitigar aquel suplicio de su alma. Alarmada respecto á la salud de sus hijos por una reclusion tan completa, consintió tan solo á fines de febrero, en pasear y respirar el aire libre en la plataforma de la torre.

El consejo de la municipalidad, informado de la cu-

riosidad que despertaban en las casas vecinas estos paseos, y temiendo que se estableciesen inteligencias con la mirada, disputó á sus cautivas la vista del horizonte; y por una orden espedita el 26 de marzo, mandó que se colocasen celosías en todas las almenas, que sin impedir la circulación del aire, impidiesen las curiosas miradas.

Estas precauciones crueles para los niños era beneficio para la reina. La privaban del aspecto de una odiada ciudad y el estruendo de la tierra, y solo le dejaban entrever el cielo, al que ella aspiraba. Se alteraba su salud sin que se apercibiese su alma de la decadencia de su cuerpo. Las noches las pasaba en insomnios que sus alteradas facciones revelaban por la mañana. Su hermana é hija la suplicaron que pidiese se abriera una puerta de comunicacion entre su cuarto y el contíguo, donde las encerraban todas las noches. La reina consintió; y atendiendo á su ternura, Chaumette, procurador general de la municipalidad, conmovido por las lágrimas de las princesas y el decaecimiento de la reina, prometió apoyar la demanda; empero al día siguiente acompañado de Pache y de Santerre volvió al Temple para anunciar á la reina que habían desechado su petición.

Pache y Santerre no pudieron menos de contemplar con estupor la abatida víctima de tantas persecuciones, y se retiraron aterrados de su poder y encadenados con las exigencias de una opinion que elevándolos sobre el pueblo les prohibía ser hombres.

X.

Fué estrechándose cada vez mas el cautiverio. Las ensibilidad, que tambien domina la opinion, fué el móvil que introdujo algunos hombres adictos, hasta los ventanillos de los calabozos del Temple. Unos pocos municipales ur-

dieron un complot para hacer mas llevadera la prision de las princesas, y poner en correspondencia á las cautivas con los agentes esteriore. Toulan, Lepitre, Beugneau, Vincent, Brusco, Merle y Minchonis, engañaban la vigilancia de los demas comisarios y las precauciones de la municipalidad.

Mr. Hue, ayuda de cámara del rey, libre y olvidado en Paris, se comunicaba con estos comisarios y trasmittia á las princesas los pasos, las noticias, las esperanzas y las tramas que interesaban á su situacion. Estas comunicaciones verbales ó escritas, solo llegaban á los oídos de las princesas venciendo muchas precauciones y estratagemas para engañar á los demas comisarios. Los municipales se vigilaban mutuamente. Una mirada ó un gesto que uno á otro sorprendiera, le hubiera conducido al cadalso. Los medios de comunicacion que ponian en juego Toulan y Lepitre, eran la mano de Turgy y los objetos inanimados. Una estufa calentaba el cuarto del piso tercero, antecámara comun de la reina y de Madama Isabel; en los tubos de los caloriferos colocaba Turgy los billetes, los avisos ó los fragmentos de periódicos que instruian á las princesas de lo que querian que supieran. A su vez las princesas ocultaban los billetes escritos con las tintas simpáticas que solo podian leerse calentándolas. De tal modo llegaban hasta el calabozo de Maria Antoieta las noticias de los acontecimientos esteriore ó interiores, la disposicion de los animos, los progresos de la Vendée, las victorias de los ejércitos estrangeros, el falso brillo de esperanzas que alimentaban, quiméricas conspiraciones para libertarlas, y algunas cartas impregnadas de lágrimas de verdadera amistad. Pero el corazon de la reina no abrigaba la esperanza. El horror de la situacion dependia precisamente de que nada temia, ni nada esperaba. No poseia la agitacion del sufrimiento que lucha, adquirió la paz de la desesperacion y la inmovilidad del sepulcro, junto con la sensibilidad de la vida.

La eterna separacion del rey daba margen á que recayese sobre ella todo el peso de sus infortunios. Mas ocupada de él que de sí misma, el cuidado de mitigar el cautiverio de su esposo la distrajo gran parte de sus inquietudes. Nada la levantaba ya del suelo en que se arrastraba abatida. Solo veía en sus hijos, partes dolorosas y mutiladas de su corazon. Era la herencia de un suplicio que en frente de sí tenía, herencia que le recordaba que algun objeto querido verteria sangre tras ella. La rodeaba la serenidad de su hermana, pero sin comunicarse á su alma. Creía á madama Isabel una persona impassible, colocada por la sublimidad de su fé, y por la resignacion de su naturaleza, en una esfera inaccesible á las pasiones y á las inquietudes de la humanidad. La respetaba y la envidiaba; pero la naturaleza impresionable y apasionada de Maria Antonieta no tuvo otra semejanza con madama Isabel que su caída; otro contacto que la desgracia comun. La una era un angel, la otra una muger. Se hallaban en contacto en la tierra, pero las separaba el cielo.

XI.

El 31 de mayo las princesas oyeron sin comprenderlo, el lejano murmullo de la sublevacion que abatia á los girondinos. Hasta algunos dias despues no supieron la caída de estos hombres, que en vez de salvarlas las arrastraron mas rápidamente á la muerte. Hebert y Chaumette venian de vez en cuando á ser espectadores de su miseria; y ya se presentaban injuriosos, ya apiadados, retratando las variaciones populares. La criada de la reina, esposa de Tison, denunció á Toulau, Lepitre y sus cómplices, que fueron decapitados. Esta muger, agitada por el remordimiento, euloqueció; se echó á los pies de la

reina, y durante algunos dias alborotó la cárcel con sus gritos, ofreciendo el espectáculo de su demencia. Las princesas frente á este arrepentimiento y locura, olvidaron las delaciones de esta desgraciada, y la cuidaron por turno, privándose de su propio alimento para consolarla.

Despues del 31 de mayo, el terror que reinaba en Paris penetró hasta la torre, y revisió á los hombres, á las conversaciones y á las precauciones de un carácter mas odioso de rigor y persecucion. Cada municipal aerisolaba su patriotismo sobrepujando la aspereza de su predecesor.

La Convencion despues de decretar que la reina fuese procesada, ordenó que la separasen de su hijo. Quisieron leer esta orden á la familia real. El hijo se arrojó en brazos de su madre, rogándola que no le abandonase á sus verdugos. La reina llevó á su hijo á la cama, y colocándose entre esta y los municipales, les dijo que antes que tocarlo la matarian. Amenazada en vano con la violancia, si continuaba resistiéndose al decreto, luchó dos horas, hasta que la faltaron las fuerzas, contra las ordenes, amenazas, gestos, é injurias de los comisarios. Cayó agobiada por el cansancio á los pies de la cama, y convencida por madama Isabel y por su hija, vistió al delin y le entregó regado con sus lágrimas y bendiciones á los comisarios. El zapatero Simon, elegido por la brutalidad de sus costumbres para reemplazar el corazon de una madre, condujo al delin al cuarto que debía ser tumba de este niño augusto. El delin permaneció dos dias tendido en el suelo, rechazando todo alimento. La reina elevó mil y mil suplicas para que le permitiesen ver á su hijo una sola vez; pero estas suplicas fueron desechadas. El cerrojo cerraba dia y noche la puerta del cuarto de las princesas. Los municipales desaparecieron tambien; y solo tres veces al dia subian los llaveros, para entregar los alimentos, é inspeccionar las rejas de las ventanas. Ninguna muger reemplazó á la criada, esposa Tison, en-

cerrada en una casa de locos. Madama Isabel y la joven princesa, hacian las camas, barrían el cuarto, y servían a la reina. El único consuelo de las princesas era subir todos los dias a la plataforma de la torre, a la misma hora en que el delfin paseaba por la de su departamento, y espiar el instante en que cambiasen una mirada. La reina, durante estos paseos, permanecia apoyada en las celosias de las almenas, procurando entrever por una rendija, la sombra del cuerpo de su hijo, y oír su voz.

Tison, a quien los remordimientos y la demencia de su muger, habian ablandado mucho, iba furtivamente y de cuando en cuando a informar a madama Isabel de la situacion y salud del delfin. Esta princesa ocultaba a la reina gran parte de las crueles noticias que recibia. El cinismo y brutalidad de Simon depravaban a la vez el cuerpo y alma de su pupilo. Le llamaba el lobo del Temple. Le trataba igual que a los cachorros de los animales feroces que han arrebatado a su madre, a la vez intimidados por el látigo, y enervados por el trato de sus domadores. Castigaba en él la sensibilidad; recompensaba la bajeza y alentaba el vicio. Enseñaba al niño a injuriar la memoria de su padre, las lágrimas de su madre, la piedad de su tia, la inocencia de su hermana, y la fidelidad de sus partidarios. Le hacia entonar canciones obscenas en loor de la república, de la linterna, y del cadalso. Ebrío Simon con frecuencia, se complacia con aquellas irrisiones de la fortuna, que adulaban su bajeza. Sentado en la mesa, le servia el principe de pie. Un dia conservando cada cual esta terrible posicion, pegó Simon con la servilleta al delfin en la cara, y muy poco faltó para sacarle un ojo. En otra ocasion cogió el morillo de hierro que sostenia la leña en el hogar, y amenazó matar al niño con aquella arma. Las mas veces fingia condolerse hondadoso, de su edad y de su desgracia, para engañar la confianza del joven y relatar a Hebert y Chaumette sus conversaciones. «Capeto, le dijo un dia en el momento

en que los vendeanos habian pasado el Loire, si te libertasen los vendeanos ¿qué harías?—Perdonaros, le contestó el niño.» Simon conmovido con esta respuesta reconoció la sangre de Luis XVI. Pero este hombre engañado por el orgullo de su importancia, por el fanatismo y por el vino, no era susceptible ni de una constante ferocidad, ni de una durable temporizacion. Eran la crueldad y la brutalidad, destinadas por la fortuna para envilecer y desnaturalizar el último germen de la magestad.

XII.

El 2 de agosto a las dos de la madrugada, despertaron a la reina para leerla el decreto que ordenaba su traslacion a la Consergeria mientras durase su proceso. Escuchó la lectura sin admiracion ni dolor. Era un paso mas que avanzaba hacia el fin que veia inevitable, y que deseaba cercano. En vano madama Isabel y su hija se arrojaron a los pies de los individuos de la municipalidad suplicando que no la separasen a la una de su hermana y a la otra de su madre. Ni una palabra, ni un gesto se les contestó. La reina silenciosa y aun medio desnuda, se vió en la necesidad de vestirse delante del grupo de hombres que llenaban su cuarto. La registraron. Sellaron algunos insignificantes objetos y las alhajas que sobre sí llevaba, las cuales consistian en una cartera, un espejo de bolsillo, un anillo de oro con cabello entrelazado, un papel en el que estaban inseritos dos corazones con letras iniciales, el retrato de la princesa de Lamballe, su amiga, dos retratos mas de mugeres que la recordaban amigas de la infancia en Viena, y algunos signos simbólicos de devocion a la Virgen, que la regaló madama Isabel, como reliquia preservativa en sus infortunios, y recuerdo del cielo en los calabozos. Solo la dejaron un pañuelo y un pomito de

vinagre, para volverla en sí si se desmayaba por la emoción de la despedida. La reina cubriendo con sus brazos á su hija la condujo á un ángulo del aposento, y allí regándola con sus lágrimas y bendiciones, la dió su última despedida. La recordó el mismo perdón para sus enemigos y el olvido de las persecuciones que la legara el moribundo Luis XVI; y colocando las manos de la joven entre las de madama Isabel, «Esta, la dijo, será desde hoy vuestro padre y vuestra madre; obedecedla y amadla como á mí misma.—Y en vos, hermana mía, dijo arrojándose en brazos de Madama Isabel, dejó otra madre para mis pobres hijos, amadlos, como nos habeis amado hasta el calabozo y hasta la muerte.»

Madama Isabel contestó algunas palabras, pero en voz tan baja que nadie las oyó. Sin duda era una recomendación de su piedad que dominaba y santificaba hasta su dolor. La reina hizo un gesto de deferencia con la cabeza, y salió del cuarto con paso lento, los ojos bajos, y sin atreverse á conceder á su hermana ó hija la última mirada, temerosa de que la abatiese la suprema emoción. Al salir del aposento se pegó en la frente contra la viga de la puerta baja. La preguntaron si se había lastimado. «Oh no! contestó con un acento que abrazaba el todo de su destino: nada puede hacerme daño en estos instantes.» La condujo á la Consergeria un coche en el que la acompañaban dos municipales y escoltado por gendarmes.

XIII.

La cárcel de la Consergeria ocupa el piso subterráneo del palacio de Justicia. Está, por decirlo así, abierta en sus mismos cimientos. Aquellas sombrías bóvedas del palacio de San Luis se hallan hoy día muy encajonadas

por la elevación del piso; en las grandes ciudades la tierra sumerge gradualmente los monumentos de los hombres. Estos subterráneos forman los calabozos, las antecámaras, los cuerpos de guardia de los gendarmes, y los aposentos de los carceleros. Los largos corredores, cuya bóveda va en disminución como las naves de los claustros, comunican por una parte con arcadas que recibían la luz de los patios, y por la otra con calabozos á los que conducían algunos escalones. Los corredores estrechos, disseminados en este vasto cuadrado de piedra, los oscurecían las altas murallas del palacio de Justicia. La luz del día bajaba perpendicular y en lontananza, como en el fondo de anchos pozos cuadrados. La alta calzada del muelle, separa la Consergeria del Sena. La elevación de esta calzada sobre el nivel de los calabozos y patios, junto con la filtración del agua, cubría el piso, paredes y patios con una humedad sepulcral, que constantemente deteriora los cimientos, y que arboriza con musgo las piedras del edificio. Continuamente continúan las bóvedas el embate del río contra los puentes, el continuo ruido de los coches en el muelle, y el sordo de los pasos de la muchedumbre, que á la hora de los tribunales inunda las habitaciones superiores del palacio. Estos ruidos llegan á los oídos de los presos como un lejano trueno; y parece que se complace en que nunca olviden los eternos gemidos de aquella mansión. Recuerdan el antiguo destino de este palacio de los reyes de las primeras razas, trocado hoy en morada del vicio y del crimen y en pórtico de la muerte, las macizas columnas, las bóvedas rebajadas, las estrechas ojivas, y las sorprendentes esculturas con que el gótico cincel adornó las festones y capiteles. Estas subterráneas construcciones sirven de cimiento á la alta torre cuadrangular que en otro tiempo ostentaba los feudos del reino. Esta torre era el centro de la monarquía. En los cimientos de este palacio de la edad media, la venganza y lo inconstante de

la fortuna, encerraba la agonía de la monarquía y el suplicio del feudalismo. ¿Como hubieran creído los reyes de las primeras razas, que con este palacio edificaban la cárcel y tumba de sus sucesores? El tiempo es el gran espíador de las cosas humanas; pero ¡ay! ¡cuán ciego se venga borrando con las lágrimas y sangre de una mujer, víctima del trono, las injusticias y opresiones de veinte reyes!

XIV.

Después de bajar los tramos de una ancha escalera, y atravesar dos puertas de calabozos, se llega á un claústro cuyas arcadas comunican con un patio, paseo de encarcelados. A la izquierda bajo este corredor se encuentra una serie de puertas de madera de cueña toscamente trabajadas, reforzadas con travesaños, cerraduras y maderos cerrojos. La segunda de estas puertas, daba entrada á un cuartito subterráneo; el pavimento de este cuarto, era tres pasos mas bajos que el del corredor. Una ventana con reja, robaba la luz á un patio, estrecho y profundo como una cisterna vacía. A la izquierda de esta primera celda una puerta aun mas baja que la primera, pero sin cerradura ni cerrojos, daba entrada á una especie de sepulcro abovedado, cuyo pavimento y muro eran de talladas piedras ennegrecidas por el humo de las antorchas, y resquebrajadas por la humedad. Una ventana de hohardilla que tomaba luz del mismo patio de la antecámara, y asegurada con entrelazadas barras de hierro, dejaba penetrar una luz semejante al crepúsculo. Formaban el miserable mueblaje de esta cueva, colocado en el fondo al lado opuesto de la ventana, una miserable cama sin cortinas, colchas iguales á las de los hospitales y cuarteles, una mesita de álamo, un cofre de madera, y dos sillas de paja. Aquí fue donde á me-

dia noche y al resplandor de una vela de sebo, sumieron á la reina de Francia, que de infortunio en infortunio descendió desde Versalles y Trianon hasta este calabozo. Colocaron de centinela en la primera cámara, dos gendarmes con el sable desenvainado; la puerta de la reina debia permanecer abierta de modo que nada del interior del calabozo pudiese ocultarse á los guardas: la consigna de los gendarmes era no perderla de vista ni durante el sueño.

XV.

A pesar de todo, la ferocidad de los hombres suele no hallar siempre instrumentos implacables. Los calabozos tambien ofrecen quien se enternezca. Por un gesto respetuoso, por una mirada de inteligencia, por una voz simpática, por una palabra robada á la vigilancia de las cárceles, conoce la víctima que no la abandona completamente la humanidad. Este contacto con lo que vive y con lo que sufre en la tierra, alienta al desgraciado para respirar hasta su última hora. La reina comprendió en la actitud, en la mirada y en los sentimientos de madame Richard, esposa del alcaide, esa sensibilidad que se oculta con el rigor de su encargo. La mano que debiera maltratarla, fue la que le deparó consuelos. Las contemporizaciones que caben con la dureza de un arbitrario encarcelamiento, las modificaciones respecto á la consigna, á los alimentos y á la soledad, todo lo puso en juego madama Richard, para que su prisionera conociese que aun desde el fondo de su calabozo, reinaba sobre un corazón.

Madama Richard, realista por recuerdos, sentia mas orgullo en tener la felicidad de secar una lágrima de la regia encarcelada que en ver á la hija, muger y madre de reyes á su disposicion. Introducia en el calabozo mue-

bles necesarios ó agradables á la reina, y envió á buscar al Temple las labores de tapicería, ovillos de lana y agujas que habia dejado Maria Antonieta. Ocupando sus manos en el trabajo se distraian los pesares de la reina. Por sí misma preparaba madama Richard los alimentos de la prisionera. Entraba frecuentemente, bajo pretexto de cumplir su cargo, á recomendar á los gendarmes de servicio la vigilancia debida, pero con el solo fin en verdad de informarse de los deseos de la reina, dirigirle palabras de simpatía y esperanza y distraer la soledad del día y los insomnios de la noche. La llevaba noticias de su hermana ó hijos, noticias que se procuraba por medio de sus conocimientos en el Temple, y transmitía las de la reina á su familia, valiéndose para ello de comisarios de policía con cuya adhesión contaba. El alcaide Richard, aunque más severo en apariencias para ocultar mejor su complacencia, participaba de todos los sentimientos de su muger y dividía con ella su solicitud para con la régia cautiva.

XVI.

Ignoraba el pueblo la época en que debía juzgarse á Maria Antonieta. Esta dilacion del comité de salvacion pública, hacia creer que queria engañar la feroz impaciencia del populacho ó debilitarla por medio del tiempo. Algunos municipales formaban secretos complots á fin de procurar la evasion de la princesa, y madama Richard favorecia la introduccion de estos adictos partidarios. Durante sus rápidas entrevistas, distraia sagazmente la atencion de los gendarmes que permanecian en la antecámara. En cuanto á Michonis, individuo de la municipalidad, que con riesgo de su vida se habia ofrecido á la régia familia, continuaba animado enteramente de iguales sentimientos en la Consergería. Existen naturalezas generosas

que seduce el infortunio y atrae el peligro. Michonis pertenecia á este número, así como Lepitre y Toulan.

Gracias á Michonis, un noble realista, llamado Rougeville, se introdujo en el calabozo, vió á la reina y la ofreció una flor que contenia un billete. Este escrito, en el que se hablaba de su libertad, fué sorprendido en las manos de la reina por uno de los gendarmes. Michonis fué preso, y los esposos Richard, privados de su empleo, fueron tambien encerrados en los calabozos donde habian dejado entrar la indulgencia. La reina tembló.

Pero todavía se encontró esta vez un corazón generoso para contener los ultrajes con que Hebert y Chaumette ordenaban martirizar á su víctima. Ni una sola muger pudo hallarse que se prestara á ser instrumento de martirio de otra muger que en tan elevada cuna se habia medido, y que en tal desgraciada situacion se encontraba.

Pensóse en dar al feroz Simon la plaza de alcaide de la cárcel, pero Mr. Bault y su muger, antiguos alcaldes de la Force, solicitaron y obtuvieron dicha plaza, con la intencion de dulcificar la cautividad y consolar las últimas horas de su antigua señora. La princesa que los habia protegido en sus dias de poder, alegróse de encontrar en ellos caras conocidas y corazones amigos.

Madama Bault, á pesar de las órdenes de la municipalidad, que mandaba dar á la reina el pan y agua de los presos, preparó por sí misma sus alimentos. En vez de la fétida agua del Sena, le hizo traer diariamente la cristalina de Arcueil, que la reina tenia por costumbre beber en Trianon. Vendedores de flores y frutas del mercado, que surtian en otro tiempo las casas reales, llevaban furtivamente á la puerta del calabozo melones, albarricoques y ramilletes, que la esposa del alcaide hacia llegar á la reina como testimonio de la fidelidad del corazón en las mas humildes condiciones. Así prestaba el interior del calabozo á la cautiva alguna imágen y fragancia de los jardines que tanto habia amado. Madama

Bault, para afectar mas rigor é incorruptibilidad en su vigilancia, no entraba jamás á ver á la princesa. Solo la visitaba su marido, acompañado de los administradores de policia. Estos notaron un dia que se habia colocado una vieja tapiería entre la cama y la pared para preservar á la reina de la humedad del calabozo. Reprendieron por esta tolerancia á Bault, en la que segun ellos se trasladaba al cortesano. Este encubrió su fin diciendo que habia tapizado la pared para ensordecer el calabozo é impedir que los demas presos oyesen las quejas de Maria Antonieta.

La humedad del suelo habia destruido enteramente los dos únicos vestidos, uno blanco y otro negro, que conservó la reina y que llevaba alteroativamente. Sus tres camisas y sus zapatos, sin cesar empapados de agua, estaban en el propio estado. La hija de madama Bault le componia los vestidos y calzado, y distribuia secretamente como reliquias los pedazos y restos que se desprendian. Esta jóven, introduciéndose todas las mañanas en el calabozo y enterneciendo con su gracia y jovialidad la rudeza de los gendarmes, ayudaba á vestir á la reina, mullia los colchones de su cama y peinaba á la encareelada. Los cabellos de esta, en otro tiempo tan rizados y rubios, encanecian y caian de una cabeza que solo contaba treinta y siete años, como si la naturaleza predijese la brevedad de su vida.

XVII.

La reina escribia con la punta de una aguja los pensamientos que queria retener, en la capa de cal de las paredes. Uno de los comisarios, que visitó el calabozo despues de la ejecucion, dió á conocer algunas de estas inscripciones. La mayor parte eran versos alemanes ó

italianos, alusivos á su suerte. ¡Glorioso y arrebatador destino el de los poetas, prestar su voz á todas las felicidades y á todos los infortunios de la vida, como patentizando que ninguna felicidad ni miseria es completa sino se espresa con esa lengua de la inmortalidad!

Las demas inscripciones eran versiculos de la Imitacion, de los Salmos y del Evangelio. La pared del lado opuesto á la ventana se veia enteramente cubierta. Eran páginas de piedra del libro de su martirio. El comisario quiso copiarlas un dia, pero la inflexibilidad de sus colegas mandó borrarlas al momento con una capa de cal, para que los gemidos de una reina no tuviesen eco en la republica.

Los lijeros consuelos del encarcelamiento no pudieron estenderse jamás hasta modificar la desnudez y la oscuridad é incuria de la cárcel. La reina pidió otro cobertor de algodón mas lijero que las pesadas mantas de grosera lana que la fatigaban en su sueño. Bault transmitió esta peticion al procurador general de la municipalidad. «¿Qué te atreves á pedir? le respondió brutalmente Hebert; ¡por eso solo merecerias ir á la guillotina!»

El agradecimiento de la reina por tan sollicitas atenciones no podia espresarse libremente ante los gendarmes. Intentó dar una vez un rizo de sus cabellos y un par de guantes á Mr. Bault, pero los gendarmes se apoderaron de estos presentes como sospechosos, y fueron entregados á Fouquier-Tinville, el cual los puso en manos de Robespierre.

La reina buscaba con ayidez todos los medios de hacer llegar á sus hijos ó amigos algunas pruebas materiales del recuerdo que conservaba de ellos hasta la muerte. Arrancó, pues, uno por uno los hilos de lana del viejo tapiz tendido junto á su cama, y por medio de dos mondadientes de marfil, transformados en agujas de tapiceria, tegió una liga; cuando la concluyó hizo seña á Bault y la dejó caer á sus pies. El alcaide, fingiendo que se le caia

el pañuelo, bajó para cogerla y la ocultó así á la vista de los gendarmes. Esta última y conmovedora labor de la reina, empapada de lágrimas, fué entregada á su hija despues de su muerte.

En los últimos dias de su encarcelamiento, el alcaide obtuvo, bajo pretexto de garantizar mejor su responsabilidad, el que se retirasen los gendarmes al interior y se situasen fuera de la puerta en un corredor, y la reina no tuvo que sufrir desde entonces las miradas, los dichos y ultrajes continuos de sus vigilantes. No tenia mas sociedad que la de sus pensamientos. Pasaba horas enteras leyendo, meditando y orando. Esto no obstante, y á pesar de la continua presencia de dos gendarmes ante su enrejada ventana, adictos encarcelados que pasaban y cruzaban por el patio, hablando en alta voz de las noticias públicas, hacian penetrar indirectamente algunas medias palabras hasta los oídos de la reina, y de esta manera supo con anticipacion el dia en que debía presentarse ante el tribunal.

XVIII.

El 13 de octubre fué Fouquier-Tinville á notificarla su acta de acusacion. Escuchóla la reina como una formalidad de muerte que no merecia el honor de la discusion. Su crimen era el ser reina, esposa y madre de rey, y haber odiado una revolucion que le arrancaba la corona, su esposo, sus hijos y su vida. Para amar la revolucion hubiera sido preciso aborrecer la naturaleza y renegar de todos los sentimientos humanos. Entre ella y la república no había proceso, sino guerra á muerte. La mas terrible de las dos imponia penas á la otra. Esto no era justicia, era venganza. La reina lo sabia, la muger lo aceptaba; ni podia arrepentirse, ni queria suplicar.

Buscó, para cumplir con las formas, dos defensores, Chauveau-Lagarde y Tronson-Ducondray. Ambos abogados, jóvenes, ilustres, generosos, habian solicitado secretamente tal honor. Buscaban en las causas solemnes del tribunal revolucionario, no un vil salario á sus palabras, sino los aplausos de la posteridad. Sin embargo, un resto de instinto vital, que hacia buscar á los moribundos una eventualidad de salvacion hasta lo posible, ocupó á la reina el resto del dia y la noche siguiente, y notó algunas contestaciones á los interrogatorios que iba á sufrir.

El siguiente dia 14 de octubre, á las doce, se vistió y peinó con toda la decencia que permitia la sencillez y pobreza de sus vestidos. No intentó hacer gala de los girones que hubiesen avergonzado á la república, ni menos pensó en escitar la compasion del pueblo. La dignidad de muger y reina le prohibian escudarse con su miseria.

Subió rodeada de una fuerte escolta de gendarmes la escalera del pretorio, cruzó las oleadas populares á quienes tan solemne venganza habia atraído á los pasillos, y se sentó en el banco de los acusados. Su frente, herida por el rayo revolucionario y marchita por el dolor, ni se veia abatida ni humillada. Los ojos, rodeados de ese círculo negro que los insomnios y las lágrimas trabajan como lecho del pesar bajo los párpados del desgraciado, lanzaban aun rayos de su antiguo brillo sobre la frente de sus enemigos. No se veia ya la beldad que habia enloquecido la corte y deslumbrado la Europa, pero se adivinaba su existencia. La boca contrastada mostraba la dignidad real, no oculta aun por las huellas de colosales sufrimientos. La natural frescura de su tez del Norte luchaba aun con la livida palidez de las prisiones. Sus cabellos, encanecidos por las angustias, contrastaban con la juventud del rostro y del talle, y se desarrollaban sobre su cuello como una amarga y precoz irrisión del destino á la juventud y la beldad. Su ademán era

el pañuelo, bajó para cogerla y la ocultó así á la vista de los gendarmes. Esta última y conmovedora labor de la reina, empapada de lágrimas, fué entregada á su hija despues de su muerte.

En los últimos dias de su encarcelamiento, el alcaide obtuvo, bajo pretexto de garantizar mejor su responsabilidad, el que se retirasen los gendarmes al interior y se situasen fuera de la puerta en un corredor, y la reina no tuvo que sufrir desde entonces las miradas, los dichos y ultrajes continuos de sus vigilantes. No tenia mas sociedad que la de sus pensamientos. Pasaba horas enteras leyendo, meditando y orando. Esto no obstante, y á pesar de la continua presencia de dos gendarmes ante su enrejada ventana, adictos encarcelados que pasaban y cruzaban por el patio, hablando en alta voz de las noticias públicas, hacian penetrar indirectamente algunas medias palabras hasta los oídos de la reina, y de esta manera supo con anticipacion el dia en que debía presentarse ante el tribunal.

XVIII.

El 13 de octubre fué Fouquier-Tinville á notificarla su acta de acusacion. Escuchóla la reina como una formalidad de muerte que no merecia el honor de la discusion. Su crimen era el ser reina, esposa y madre de rey, y haber odiado una revolucion que le arrancaba la corona, su esposo, sus hijos y su vida. Para amar la revolucion hubiera sido preciso aborrecer la naturaleza y renegar de todos los sentimientos humanos. Entre ella y la república no había proceso, sino guerra á muerte. La mas terrible de las dos imponia penas á la otra. Esto no era justicia, era venganza. La reina lo sabia, la muger lo aceptaba; ni podia arrepentirse, ni queria suplicar.

Buscó, para cumplir con las formas, dos defensores, Chauveau-Lagarde y Tronson-Ducondray. Ambos abogados, jóvenes, ilustres, generosos, habian solicitado secretamente tal honor. Buscaban en las causas solemnes del tribunal revolucionario, no un vil salario á sus palabras, sino los aplausos de la posteridad. Sin embargo, un resto de instinto vital, que hacia buscar á los moribundos una eventualidad de salvacion hasta lo posible, ocupó á la reina el resto del dia y la noche siguiente, y notó algunas contestaciones á los interrogatorios que iba á sufrir.

El siguiente dia 14 de octubre, á las doce, se vistió y peinó con toda la decencia que permitia la sencillez y pobreza de sus vestidos. No intentó hacer gala de los girones que hubiesen avergonzado á la república, ni menos pensó en escitar la compasion del pueblo. La dignidad de muger y reina le prohibian escudarse con su miseria.

Subió rodeada de una fuerte escolta de gendarmes la escalera del pretorio, cruzó las oleadas populares á quienes tan solemne venganza habia atraído á los pasillos, y se sentó en el banco de los acusados. Su frente, herida por el rayo revolucionario y marchita por el dolor, ni se veia abatida ni humillada. Los ojos, rodeados de ese círculo negro que los insomnios y las lágrimas trabajan como lecho del pesar bajo los párpados del desgraciado, lanzaban aun rayos de su antiguo brillo sobre la frente de sus enemigos. No se veia ya la beldad que habia enloquecido la corte y deslumbrado la Europa, pero se adivinaba su existencia. La boca contrastada mostraba la dignidad real, no oculta aun por las huellas de colosales sufrimientos. La natural frescura de su tez del Norte luchaba aun con la livida palidez de las prisiones. Sus cabellos, encanecidos por las angustias, contrastaban con la juventud del rostro y del talle, y se desarrollaban sobre su cuello como una amarga y precoz irrisión del destino á la juventud y la beldad. Su ademán era

natural; no el de una reina irritada insultando con su desprecio al pueblo que triunfa de ella, ni el de una suplicante que intercede por medio de su decaimiento, sino el de una víctima que los prolongados infortunios han habituado á sufrir, que ha olvidado que ha sido reina y que se acuerda solamente de que es muger; que no quiere reivindicar nada de su desvanecido rango, ni abdicar nada de la dignidad de su sexo y de su desgracia.

XIX.

La multitud, muda mas por curiosidad que por emocion, la contemplaba con ávida mirada. El populacho parecia gozar en ver por fin bajo sus pies aquella altanera muger, y en medir su grandeza y fuerza en el abatimiento de su temible enemiga. Componiase la multitud generalmente de mugeres que habian tomado por obcio acompañar con sus insultos á los condenados al cadalso. Los jueces eran: Hermann, Foucault, Sellier, Coffinhal, Delliége, Ragmey, Maire, Denizot y Masson. Hermann presidia.

«¿Cuál es vuestro nombre? preguntó el presidente á la acusada.—Me llamo Maria Antonieta de Lorena de Austria, respondió la reina. Su débil y conmovida voz parecia pedir perdon al auditorio del poderio de estos nombres.—¿Vuestro estado?—Viuda de Luis, poco há rey de los franceses.—¿Vuestra edad?—Treinta y siete años.»

Fouquier-Tiville leyó al tribunal el acta de acusacion. Era el resumen de todos los supuestos crímenes de nacimiento, de rango y situacion de una jóven reina estrangera, adorada de su córte, omnipotente sobre el corazon de un débil rey, contraria á ideas que no podia comprender y á instituciones que la destronaban. Esta

parte del acta no era mas que la acusacion de su destino. Eran verdaderos crímenes para sus enemigos, pero eran crímenes de nacimiento. Ni la reina podia absolverse, ni el pueblo acusarla. Lo restante del acta era un odioso eco de todos los rumores y murmullos que durante diez años habia sustentado la opinion pública: las prodigalidades, los desenfrenos supuestos y pretendidas traiciones de la reina. Era su impopularidad, traducida en crimen. Escuchó todo, sin dar muestra ninguna de emocion ó sorpresa, como muger acostumbrada al odio y sobre la que la calumnia habia perdido su amargura, y el ultraje su dureza. Sus dedos recorrían distraídos la barandilla del sillón, como los de una muger que busca reminiscencias sobre el piano. Sufria la voz de Fouquier-Tiville, pero no le escuchaba.

Los testigos fueron llamados é interrogados. Despues de cada deposicion interpelaba Hermann á la acusada, la cual respondia con preséncia de espíritu y discutia brevemente sus aseveraciones refutándolas. El solo mal de esta defensa era la misma defensa.

XX.

Varios de los testigos, arrancados de las cárceles en que estaban detenidos, le recordaron dias mas felices y se enternecieron al ver á la reina de Francia en tanto abatimiento. De este número fueron Manuel, acusado de humanidad en el Temple, y de cuya acusacion se honró, y Bailly, que se inclinó con mas respeto ante la caida de la reina, que lo habia efectuado ante su poder. Las respuestas de Maria Antonieta no comprometieron á nadie. Ofrecióse sola al odio de sus enemigos y cubrió generosamente á sus amigos. Todas las veces que se pronunciaban en los debates del proceso los nombres de la princesa de

Lamballe ó la duquesa de Polignac, objetos de su mayor ternura, se notaba en ella un acento de sensibilidad, de tristeza y de respeto para con estos nombres. Aseguró que no abandonaba sus sentimientos ante la muerte, y que si entregaba su cabeza al pueblo, no le entregaba su corazón para profanarlo.

La ignominia de ciertas acusaciones quisieron deshonrar en ella hasta los sentimientos maternos. El cínicó Hebert, oído como testigo sobre lo que había sucedido en el Temple, imputó á la reina actos de depravacion y disolucion, tendiendo hasta corromper á su propio hijo, «con la intención, decía, de enervar el alma y cuerpo de este niño, y reinar en su nombre sobre las ruinas de su inteligencia.» La piadosa madama Isabel estaba presente como testigo y cómplice de tales maldades. La indignacion del auditorio se desbordó á tales palabras, no contra la acusada, sino contra el acusador. La naturaleza ultrajada se rebeló. La reina hizo un ademán de horror, embarazada por no poder responder sin mancillar sus labios. Un jurado reprodujo el testimonio de Hebert, y preguntó á la reina por qué no había respondido á tal acusacion. «No he respondido, contestó con la magestad de la inocencia y con la indignacion del pudor, por que hay acusaciones á las cuales la naturaleza rehusa contestar.» Volviéndose despues hácia las mugeres del auditorio, las mas encarnizadas contra ella, é interpellándolas por el testimonio de sus corazones y por la igualdad de sexo: «Apelo á todas las madres aquí presentes,» exclamó. Un murmullo de horror contra Hebert, recorrió la multitud.

La reina no respondió con menos dignidad á las imputaciones que se le hacian de haber abusado de su ascendiente sobre la debilidad de su marido. «Tenia sobrada firmeza de carácter dijo; yo era únicamente su esposa, y mi deber, como mi felicidad, me imponian la obligacion de conformarme con su deseo.» No sacrifi-

có, ni por una sola palabra, la memoria y honor del rey, al cuidado de su propia justificacion ó al orgullo de haber reinado bajo su nombre. Quiso llevarle al cielo su memoria honrada ó vengada.

XXI.

Despues de terminados estos largos debates, recapituló Hermann la acusacion, y declaró que el pueblo francés entero deponia contra Maria Antonieta. Invocó la pena en nombre de la igualdad en los crímenes y la igualdad en los suplicios, y sentó las cuestiones de culpabilidad ante el jurado. Chauveau-Lagarde y Cronson-Ducondray, conmovieron con sus defensas la posteridad, sin conmover al auditorio ni á los jueces. Por cumplir con las formas deliberó el jurado y entró en la sala una hora despues de su interrupcion. Luego se llamó á la reina para que oyese su sentencia. Maria Antonieta la había ya deducido anticipadamente por los gritos y vociferaciones de alegría de la multitud que llenaba el palacio, y la escuchó sin pronunciar una palabra ni hacer el menor gesto. Dijole Hermann si tenia que manifestar algo contra la pena de muerte fulminada; y la reina meneó la cabeza y se levantó para marear por sí misma al suplicio. Desdenóse de acriminar de su rigor al destino y su crueldad al pueblo. Suplicar, hubiese sido reconocer quejarse, perder su dignidad; llorar, envilecerse. Se resignó, pues, al silencio, que era su última inviolabilidad. Feroces aplausos la acompañaron hasta lo mas hondo de la escalera, cuando bajó desde el tribunal á la carcel.

Los primeros rayos del dia empezaban á luchar bajo de aquellas bóvedas con las antorchas con que los genardes iluminaban sus pasos. Eran las cuatro de la mañana. Cuatro horas iban ya trascurridas del último día de su vida. Dejaronla aguardando la hora del suplicio en

la estancia fatal en que los condenados á muerte esperan al verdugo. Pidió al conserge tinta, papel y pluma, y escribió á su hermana la siguiente carta, encontrada después en los papeles de Couthon, á quien Fouquier-Tinville hizo el presente de las particularidades de la muerte y de aquellas reliquias de la magestad.

«El 15 de octubre á las cuatro y media de la mañana.»

«A vos, hermana mía, es á quien escribo por la última vez. Acabo de ser condenada, no á una muerte vergonzosa, porque esta lo es solo para los criminales, sino á ir á unirme con vuestro hermano. Inocente como él, espero tener su mismo valor en los últimos momentos. Siento profundo pesar en abandonar á mis pobres hijos; no ignorais que solo por ellos y por vos vivia; por vos, que incitada por vuestro cariño lo habeis sacrificado todo para estar junto á nosotros. ¡En qué situación os dejó! He sabido por el relator del proceso, que está mi hija separada de vos. ¡Ah! infeliz hija mía, no me atrevo á escribirla; tampoco recibiría mi carta, y aun dudo mucho que recibais esta. En nombre de los dos os doy mi bendición. Espero que un día, cuando mis hijos sean mayores, podrán reunirse y gozar en libertad de vuestros solícitos cuidados. Que piensen los dos en lo que no he dejado de inspirarles. Que su amor y confianza mútua hagan su felicidad. Que mi hija conozca que en la edad en que se encuentra debe ayudar constantemente á su hermano con los consejos que su superioridad de experiencia y su cariño, puedan inspirarle. Que mi hijo á su vez le devuelva todos los cuidados y servicios que el amor puede ofrecer. Que conozcan ambos, finalmente, que en cualquier posición en que puedan encontrarse solo los hará verdaderamente dichosos su constante union. Que tomen ejemplo de nosotros. ¡Cuánto ha dulcificado nuestra desgracia el amor que nos ha unido! y en la felicidad se goza doblemente cuando se puede compartir con un amigo; ¡dónde

le encontrarán mas tierno ni mas afectuoso que en su propia familia? Que no olvide jamás mi hijo las últimas palabras de su padre, que espresamente le repito. *Que no intente jamás vengar vuestra muerte.*

«Voy á hablaros de un asunto muy penoso para mi corazón. Conozco cuanto os habrá hecho padecer mi hijo. Perdonadle, hermana querida; pensad en la edad que cuenta y en lo fácil que es hacer decir á un niño lo que se quiere y que aun no comprende. Confío en que llegará un día, en que conocerá todo el precio de vuestras bondades y toda la ternura que por los dos sentís. Réstame aun confiaros mis últimos pensamientos. Hubiese querido apuntarlos desde el principio de mi proceso; pero á mas de no dejarme escribir, la marcha de éste ha sido tan rápida que no me hubiera dado tiempo para efectuarlo. Muero en la religion católica, apostólica y romana, religion de mis padres, religion en la que me he educado y he profesado siempre; sin aguardar ningun consuelo espiritual, ignorando si aun existen sacerdotes de esta religion, y temiendo por ellos si penetrasen hasta el calabozo. Con la verdad del corazón, pido á Dios que perdone las faltas que he cometido durante mi existencia. Su bondad infinita acogerá mis últimas plegarias, como tambien las que ha tiempo le dirijo, para que su misericordia y bondad acepten mi alma. Pido perdón á todos los que conozco, y particularmente á vos, hermana mía, de todos los sinsabores que involuntariamente os haya podido causar. Perdono á mis enemigos el mal que me han hecho. Dirijo mi postrer adios á mis tías, hermanos y hermanas. Tenia amigos, y la idea de que los abandono para siempre, junto con los trabajos que sufren, es la que mas atormenta mi agonía; que no ignoren á lo menos que hasta mi último suspiro les he consagrado mi recuerdo. ¡Adios, mi bondadosa y amante hermana! Ruego al cielo que recibais esta carta. ¡Pensad en mí! ¡Os abrazo con toda la efusion de mi corazón, como tambien á esos po-

bres y queridos hijos...! ¡Dios mío! ¡Cuán doloroso es abandonarles para siempre! ¡Adios! ¡Adios...! mi deber es ocuparme tan solo de lo espiritual. Como estoy encadenada en mis acciones, seme destinará tal vez un sacerdote; pero ni una palabra oírà de mi labio: para mí serà completamente un extraño.»

XXII.

Al terminar esta carta la besó una y mil veces, como si hubiese querido que sus hijos recibiesen por ella el calor de su labio y la humedad de sus lágrimas. La plegó, y sin cerrarla la entregó al alcaide Bault. Este la remitió à Fouquier-Tinville.

Se ha escrito que en aquellos supremos momentos, la concedieron un sacerdote no juramentado, y los sacramentos de la religion católica. En su agonía no recibió ninguno de estos consuelos, que la ayudasen à fortalecerse ó defenderse en su última lucha. Vamos à transcribir el relato de un testigo ocular de las circunstancias religiosas que precedieron al suplicio de la reina.

La república, aun en sus mas terribles accesos no desconoció à Dios, como algunos creen, ni rompió los lazos del hombre con la religion y del alma con la inmortalidad. Había republicanizado su culto, pero no abolió ni el ejercicio, ni la dotacion de este culto republicano. No desechó las antiguas prácticas de la justicia criminal, ni la costumbre de enviar sacerdotes à los condenados à muerte. Eran sacerdotes constitucionales. El arzobispo de Paris, Gobel, vigilaba escrupulosamente este católico servicio confiado à su clero. Multiplicáronse las ejecuciones, y tuvo que aumentar el número de sacerdotes à quienes confiaba aquella misión. En el arzobispado permanecian siempre cinco ó seis sacerdotes, que se releva-

ban en esta especie de centinela fúnebre. Cada vez que el tribunal revolucionario pronunciaba sentencia de muerte, el presidente remitía la lista de los condenados à Fouquier-Tinville. Fouquier la enviaba al arzobispo; el prelado advertía à los sacerdotes, y estos se distribuian las cárceles.

Igual formalidad se cumplió con la reina. Pero en esta ocasion, la alta categoria de la victima, la aversion à este encargo, la repugnancia à que la historia no revelase su nombre ligado à un asesinato que tanto pregonaria la posteridad, el miedo de que el pueblo asaltara al acompañamiento antes de llegar al cadalso, inmolando en la carreta la victima y al sacerdote, y por último, la seguridad de no ser admitidos por una muger que todo lo rechazaba de la revolucion, hasta las preces, retrajeron algun tanto à los sacerdotes de Gobel, mostrándose tímidos y remisos en llenar su deber al lado de Maria Antonieta; así es que se trasmitian el encargo unos à otros.

Tres se presentaron no obstante por la noche en la Consergeria, y ofrecieron tímidamente su ministerio à la reina. El uno de ellos era el cura constitucional de Saint-Landry, llamado Girard; el otro uno de los vicarios del arzobispo de Paris, y el tercero un sacerdote alsaciano, llamado Lonhringer. La reina los recibió mas como precursores del verdugo que como precursores de Cristo. El cisma que admitieron era para la reina una mancha de la república. Sin embargo, conmovió à la reina su actitud respetuosa y su lenguaje. Adornó su repulsa con una expresion de reconocimiento y demostrando pesar: «Os doy gracias, dijo al abate Girard; pero mi religion me prohíbe que el perdón de Dios me lo trasmita la voz de un sacerdote que no pertenece à la comunión romana.... Sin embargo, siéndo necesidad de un confesor, añadí con apacible y tímida humildad, la cual reconocia en su corazon no ante el sacerdote, sino ante el hombre, por-

que soy gran pecadora. Pero voy á recibir un gran sacramento.—Si, el martirio, » dijo en voz baja el cura de Saint-Landry, y se retiró inclinándose.

El abate Lambert, jóven, de noble aspecto, de una estatura mas militar que sacerdotal, de acrisolado republicanismo, y de fe sincera, aunque alterada por las tempestades del tiempo, se mantuvo á respetuosa distancia, detrás de sus dos co-hermanos. Contempló silencioso esta terrible espiacion de la magestad por una muger, y salió admirado de las lágrimas que arrasaban sus ojos.

El abate Lothringer se obstinó en ofrecer su ministerio. Era un hombre piadoso por conviccion, servicial, limitado de inteligencia y que creia el sacerdocio un oficio. Le ejercia con agitacion y vanidoso celo; asistia en sus calabozos á cuantos sentenciados le era posible, espiando una idea que se dirigiese á Dios hasta el pie del cadalso. Tal fué el único consolador que la Providencia deparó en sus últimos momentos á la muger que mas que todas necesitaba de su consuelo.

A pesar de sus importunas amonestaciones, el abate Lothringer no consiguió que la reina doblase la rodilla ante él. Sola elevó sus preces; sola se confesó á Dios. No poseia la apacible y viva fé de su esposo para fortalecerse en su último momento. Su alma era mas apasionada que piadosa. La atmósfera del siglo XVII, que respiró, las mundanas distracciones de sus costumbres, y algo despues las agitaciones del trono é intrigas políticas, evaporaron la religion de su alma, demasiado combatida por los vientos del mundo, para que conservase siempre impresos los pensamientos consagrados á Dios. Durante mucho tiempo, la religion fué para ella una manifestacion política, una etiqueta de la corona, cuya degradacion humillaria la corte, y debilitaria el trono. Solo la encontró en el fondo del abismo de sus desgracias. El ejemplo de la fé de Luis XVI y de su hermana, fueron como un piadoso contagio que afectó su

alma. Pero esta fé de deseo y de imitacion no alcanzó en ella ese estado de seguridad y de beatitud que cambia las tinieblas en luz, la muerte en apoteosis. A Maria Antonieta le asistia solo la resolucion de morir como cristiana, fé en la que murió su esposo, fé en la que vivia su angelical hermana, á quien dejaba por madre de sus hijos. Esta hermana le deparó secretamente un consuelo que su piedad consideraba una necesidad para su salvacion. Era el número y piso de una casa de la calle de San Honorato, delante de la cual pasaban los ajusticiados, en la que en el dia y á la hora de su ejecucion, estaria un sacerdote católico, para absolverla y bendecirla en nombre de Dios; bendiccion invisible para el pueblo. La reina confiaba en este sacramento, para morir en la fé de su raza, y reconciliarla con el cielo.

XXIII.

La reina, despues de haber escrito y orado, durmió tranquilamente algunas horas. Cuando despertó, la hija de Bault, la vistió y peinó con algun cuidado mas que los otros dias. Maria Antonieta se quitó el vestido negro que usaba desde la muerte de su esposo, para vestirse otro blanco, simbolo de inocencia para la tierra, y de alegría para el cielo. Un pañuelo tambien blanco cubria sus espaldas, y una gorra, igualmente blanca, su cabeza. Una cinta negra que afirmaba esta gorra á las sienes, recordaba al mundo su luto, á la reina su viudedad, y al pueblo su inmolation.

Inundaban numerosos espectadores las ventanas, los parapetos, los tejados y aun los árboles. Bullian por las rejas y basta en los patios, un tropel de mugeres animadas de furor contra la *Austriaca*. Cubria el Sena una pálida niebla de otoño, que por algun punto permitia que

Los rayos del sol, hiriesen los techos del Louvre y del palacio. A las once, los gendarmes y ejecutores entraron en la sala de los sentenciados. La reina abrazó á la hija del alcaide, y ella misma se cortó los cabellos. Se dejó atar las manos sin murmurar y salió con firme paso de la Consergeria. No dejó entrever ninguna debilidad femenina, ningun desfallecimiento del corazon, ningun calofrio, ninguna palidez en sus facciones. La naturaleza obedecia á la voluntad y le prestaba toda su energia para morir como reina.

Al bajar la escalera del patio vió la carreta de los ajusticiados, hacia la que se dirigian los gendarmes. Se detuvo como para cambiar de direccion, y manifestó horror y sorpresa. Creyó que el pueblo revestiria su odio con la decencia, y que, como al rey, la conducirian en un coche cerrado. Dominado este movimiento, bajó la cabeza en señal de aceptacion, y subió á la carreta. A pesar de no haber admitido sus ofertas, el abaté Lothringer se colocó detras de ella.

La comitiva salió de la Consergeria en medio de los gritos de *¡Viva la Republica! ¡Plaza á la Austriaca! ¡Plaza á la viuda de Capeto! ¡Abajo la tiranía!* El cómico Grammont, ayudante de campo de Ronsin, iniciaba estos gritos con su ejemplo, blandiendo su sable y abriéndose paso atropellando con su caballo. La carreta daba vaivenes por el mal piso, y la reina no podia apoyarse por tener sus manos atadas; sin embargo, aunque con trabajo, procuraba guardar el equilibrio y una actitud llena de dignidad. «No son esos tus cogines de Trianon!» la decian algunos infames. La humillaban las voces, las miradas, las risas y los gestos del pueblo. Sus mejillas alternaban continuamente entre el sonrosado y la palidez, revelando el hervor y la fermentacion de su sangre. A pesar del cuidado que puso en su último adorno, deshonraban su rango el desarreglo de su ropa, la grosera y comun tela, y los magullados plie-

gues. Los bucles de sus cabellos caian por debajo de su gorra, y el viento hacia que azotasen su rostro. Sus secos é hinchados ojos, revelaban los accesos de un dolor que carecia ya de lágrimas; y alguna vez se mordía el labio inferior, como acallando el grito de un dolor agudo.

Luego que hubo atravesado el Puente del Cambio y los tumultuosos barrios de Paris, el silencio y la actitud de la muchedumbre indicó otra region del pueblo. Si no inspiraba piedad, reinaba al menos la consternacion. Sus facciones volvieron á adquirir la calma y uniformidad de espresion que les robaron los ultrages del populacho. Guardando esta actitud pasó toda la calle de San Honorato. Vanamente se esforzaba el sacerdote en llamar su atencion con palabras que parecia rechazar. Asistiéndola toda su comprension paseaba las miradas por las fachadas de las casas, por las inscripciones republicanas, y por las costumbres y aspecto de una capital, tan trasformada en los diez meses de su prision; y sus ojos se fijaban con especialidad en los pisos superiores, donde flotaban banderolas es tricolor, emblema del patriotismo.

El pueblo creia, y así lo han escrito testigos oculares, que su pueril y varia atencion se fijaba en estos signos exteriores del republicanismo, pero su pensamiento vagaba por otra esfera. Sus ojos buscaban entre estos signos de su ruina otro signo de salvacion. Se acercaba á la casa que le indicaron en el calabozo, y buscaba la ventana de la que debía descender la absolucion del disfrazado sacerdote. Un gesto incomprensible para el pueblo la dió á conocer. Cerró los ojos, bajó la frente y se humilló bajo la mano que la bendecia: impedida por las ligaduras de las manos, hizo con tres movimientos de cabeza el signo de la cruz sobre su pecho. Los espectadores creyeron que oraba sola y respetaron su arrobamiento. Desde este instante brillaron en su rostro una alegría interior y un consuelo secreto.

Al desembocar en la plaza de la Revolucion, los gefes del acompañamiento ordenaron que se acercara lo mas posible la carreta al Pont-Tournant, y que se detuviese un momento frente á la entrada del jardin de las Tullerías. Maria Antonieta volvió la cabeza hácia su palacio, y contempló algunos instantes este odioso y querido teatro de su grandeza y caída. Algunas lágrimas se desprendieron de sus ojos. En la hora de la muerte recordó todo su pasado. La condujeron al pie del cadalso, y la ayudaron á bajar, sosteniéndola por los codos, el sacerdote y el verdugo. Subió las escaleras con magestad: colocada ya en el cadalso, pisó inadvertidamente el pie del ejecutor. Este hombre exaló un gemido. «Perdonadme» le dijo la reina, con igual timbre de voz que hubiese empleado para uno de sus cortesanos. Se arrojó y oró un momento. Luego se levantó y dijo mirando á las torres del Temple: «Adios, por última vez, hijos míos; voy á reunirme con vuestro padre.» No intentó como Luis XVI justificarse ante el pueblo, y enternecerle con su memoria. Su fisonomía, como la de su esposo, no retrataba la anticipada mansedumbre del justo y del mártir, sino el desden hácia los hombres y la justa impaciencia de abandonar la vida. No se elevaba al cielo, pero huía de la tierra legándole su indignacion y los remordimientos.

El verdugo, mas conmovido que la reina, sintió un estremecimiento que hizo vacilar su mano, al desprender el hacha. Cayó la cabeza de la reina. El ayudante del verdugo la cogió de los cabellos, dió vuelta al cadalso, y levantándola con la mano derecha la enseñó al pueblo. Un grito de ¡Viva la república! saludó á aquel mudo y ya yerto rostro.

La revolucion se creyó vengada, pero solo una man-

cha recaía sobre ella. Esta sangre de muger empañaba su gloria sin cimentar su libertad. Paris se conmovió menos por aquella ejecucion, que por la del rey. La opinion afectó indiferencia por una de las mas odiosas ejecuciones que consternaron la república. El suplicio de una reina y de una estrangera, en medio de un pueblo que la habia adoptado, no obtuvo la recompensa de los fines trágicos, los remordimientos y la compasion de un reino.

Asi murió aquella reina, aérea en la prosperidad, sublime en el infortunio, intrépida en el cadalso; idolo de una corte diezmada por el pueblo; durante mucho tiempo el cariño, despues el ciego consejero de la corona, y mas tarde el personal enemigo de la revolucion. La reina no supo, ni prever, ni comprender, ni aceptar esta revolucion; solo supo irritarla y temerla. El pueblo la hizo blanco de toda su ira contra el antiguo régimen. Personificó en ella todos los escándalos y todas las traiciones de las cortes. Dueña de su esposo por su belleza y por su valor, le envolvió en su impopularidad, y con su amor le arrastró á su ruina. Su vacilante politica que se amoldaba á las impresiones del momento, ya tímida como la retirada, ya temeraria como la victoria, no supo ni avanzar ni retroceder á tiempo, y degeneró en intrigas con la emigracion y con el estrangero. Favorita encantadora y peligrosa de una envejecida monarquía, careció del respeto, antiguo prestigio de la corona y de la popularidad, prestigio del nuevo reinado. Su mision fue solo admirar, conducir la desgracia y morir. La poca firmeza de su alma la escusa; la hace inocente la admiracion de su hermosura y juventud, y la ennoblece la grandeza de su valor. No se la puede juzgar sobre un cadalso; con-

dolerse es juzgarla. Pertenece al número de esos recuerdos que desarma la severidad política del historiador; recuerdo que se evoca con piedad y que no se juzga, como debe juzgarse á las mugeres, si no con lágrimas.

La historia, cualquiera que su opinion sea, regará este suceso con abundantes lágrimas. ¡Sola contra todos, inocente por su sexo, sagrada por su título de madre, una muger indefensa, inmolada en tierra estrangera por un pueblo que nada perdona á la juventud, á la belleza, al vértigo de la adoracion! Llamada por un pueblo para ocupar un trono, este pueblo ni aun le concede una tumba. En el libro-registro de los entierros comunes de la Magdalena se lee lo siguiente: *Por un atahud para la viuda de Capeto, 7 francos.*

He aquí el resumen de una vida de reina y de esas enormes sumas gastadas durante todo un reinado por la esplendidez en los placeres, y por las generosidades de una muger dueña de Versalles, Saint-Cloud y Trianon. Cuando la Providencia quiere hablar á los hombres con la ruda elocuencia de las vicisitudes reales, dice mas con un solo signo que Séneca y Bossuet con sus magníficos discursos, é imprime una vil cifra en el registro de un sepulturero.

LIBRO CUARENTA Y SIETE.

Sesion del 3 de octubre de 1793 en la Convencion.—Informe de Amar.—Decreto de acusacion de los girondinos.—Los setenta y tres diputados del centro son declarados sospechosos y puestos en prision.—Causa de los veinte y un girondinos.—Su condenacion.—Su última comida.—Su ejecucion.—Juicio del partido girondino.

I.

La relacion del proceso y de la muerte de Maria Antonieta, que no hemos querido interrumpir, nos obliga á volver algunas semanas atrás, hasta el 3 de octubre, para seguir el destino de los girondinos.

Desde el 2 de junio, fecha de su caída y de la prision de sus principales oradores, los girondinos eran objeto del resentimiento del pueblo de Paris, mas sediento que harto de venganzas. La comision de seguridad general encargó á Amar, uno de sus mas implacables miembros, que entregase al tribunal á los principales gefes de este partido, que habian sido presos el 31 de mayo, y que decretase la acusacion de los setenta y tres diputados del centro, sospechosos de complicidad moral con la Gironda, y que habian protestado el 6 y 9 de junio,

dolerse es juzgarla. Pertenece al número de esos recuerdos que desarma la severidad política del historiador; recuerdo que se evoca con piedad y que no se juzga, como debe juzgarse á las mugeres, si no con lágrimas.

La historia, cualquiera que su opinion sea, regará este suceso con abundantes lágrimas. ¡Sola contra todos, inocente por su sexo, sagrada por su título de madre, una muger indefensa, inmolada en tierra estrangera por un pueblo que nada perdona á la juventud, á la belleza, al vértigo de la adoracion! Llamada por un pueblo para ocupar un trono, este pueblo ni aun le concede una tumba. En el libro-registro de los entierros comunes de la Magdalena se lee lo siguiente: *Por un atahud para la viuda de Capeto, 7 francos.*

He aquí el resumen de una vida de reina y de esas enormes sumas gastadas durante todo un reinado por la esplendidez en los placeres, y por las generosidades de una muger dueña de Versalles, Saint-Cloud y Trianon. Cuando la Providencia quiere hablar á los hombres con la ruda elocuencia de las vicisitudes reales, dice mas con un solo signo que Séneca y Bossuet con sus magníficos discursos, é imprime una vil cifra en el registro de un sepulturero.

LIBRO CUARENTA Y SIETE.

Sesion del 3 de octubre de 1793 en la Convencion.—Informe de Amar.—Decreto de acusacion de los girondinos.—Los setenta y tres diputados del centro son declarados sospechosos y puestos en prision.—Causa de los veinte y un girondinos.—Su condenacion.—Su última comida.—Su ejecucion.—Juicio del partido girondino.

I.

La relacion del proceso y de la muerte de María Antonieta, que no hemos querido interrumpir, nos obliga á volver algunas semanas atrás, hasta el 3 de octubre, para seguir el destino de los girondinos.

Desde el 2 de junio, fecha de su caída y de la prision de sus principales oradores, los girondinos eran objeto del resentimiento del pueblo de Paris, mas sediento que harto de venganzas. La comision de seguridad general encargó á Amar, uno de sus mas implacables miembros, que entregase al tribunal á los principales gefes de este partido, que habian sido presos el 31 de mayo, y que decretase la acusacion de los setenta y tres diputados del centro, sospechosos de complicidad moral con la Gironda, y que habian protestado el 6 y 9 de junio,

por medio de un acto valiente y público, contra la violencia del pueblo y contra la mutilación de la representación nacional. Un profundo misterio envolvió esta medida de la comisión de seguridad general que obró como el tribunal de los Diez en Venecia, asegurando con el disimulo y el silencio, las víctimas que temía se la escapasen.

II.

El 3 de octubre, en una de esas espléndidas mañanas del otoño, que parecen convidar á los hombres con la serenidad del cielo á la libre contemplación de los últimos días de la hermosa estación que va á morir, los setenta y tres diputados del centro, resío amenazado siempre, y siempre inquietos, del partido de Roland, de Vergniaud y de Brissot, fueron á la Convención para la sesión de aquel día, quedando admirados del aparato inusitado de fuerza armada que había alrededor de las Tullerías. En el recinto del salón, las tribunas frecuentadas por el pueblo, y en donde asistía á sus negocios, estaban más concurridas que de ordinario. Una sorda agitación, una esperanza impaciente se traslucía en las conversaciones, en los movimientos y en las fisonomías de los espectadores. Un peso invisible de ansiedad parecía grayitar sobre los diputados, que iban ocupando lentamente sus puestos: se hubiera dicho que la Montaña y el pueblo, habían recibido la siniestra confidencia de la escena trágica que se preparaba. Los setenta y tres miraban sin comprender, y se preguntaban sin poderse responder, qué nuevo acto de tiranía había traspirado aquella noche del seno de la comisión.

III.

Un diputado de la Montaña bajó de su banco, subió á la tribuna y anunció que el relator de la comisión de seguridad general, Amar, vendría muy pronto á dar su informe sobre los girondinos, presos desde el 8 de junio. Este diputado para calmar la impaciencia de los espectadores, mostró con sus adiciones y hojeó rápidamente los documentos auténticos de este informe, depositados con anticipación sobre la tribuna y que contenían la vida ó la muerte ilegible aun de tantos proscritos. En seguida compareció Amar. Era este uno de esos hombres de carácter moderado cuando los tiempos son tranquilos y cuando no hay peligro en serlo, pero que tratan de desmentir su moderación pasada por medio de la violencia cuando llega la época del trastorno y de la efervescencia de las pasiones populares. Amar, antiguo ennoblecido del parlamento de Grenoble, había combatido en un principio á la Montaña. Esforzábese despues por aplacarla, presentándole culpables que castigar para apartar de sí las sospechas y los resentimientos. Su informe estenso y ca-lumnioso, resumen de todos los rumores contradictorios esparcidos contra los girondinos por sus enemigos, concluía:

1.^o Por declarar culpables de conspiración contra la unidad é indivisibilidad de la república á los diputados Brissot, Vergniaud, Gensonné, Lauze de Perret, Carra, Mollevault, Gardien, Dufriche-Valazé, Vallée, Duprat, Sillery, Condorcet, Fauchet, Pontécoulant, Ducos, Boyer-Fonfrède, Lasonree, Lestérp-Beauvais, Isnard, Du Chastel, Duval, Deverite, Mainvielle, Delahaye, Bonnet, Lacaze, Mazuyer, Savary, Hardy, Lehardy, Boileau, Rouyer, Antiboul, Bresson, Noël, Coustard, Andrei de la Corse, Grangeneuve, Vigée, y en fin, Felipe Igualdad, antes du-

que de Orleans, olvidado por un momento, pedido nominalmente por Billaud-Varenes y concedido por unanimidad.

2.º Por declarar traidores á la patria en conformidad de un decreto anterior del mes de julio, á los diputados girondinos fugitivos Bazot, Barbaroux, Gorsas, Lanjuinais, Salles, Louvet, Bergoing, Petion, Guadet, Chasset, Chambon, Lidon, Valady, Kervelegan, Henri Lariviere, Rabaut-Saint-Etienne, Lesage, Cussy, Meillan y Biroteau.

El relator suspendió un momento la lectura de sus conclusiones despues de estos dos artículos. Los miembros del centro cómplices en la política de los diputados de la Gironda aprisionados ó proscriptos, respiraron, creyéndose olvidados ó amnistiados. Nada les habia revelado en las confidencias de sus colegas de las comisiones, que la cuchilla estuviese suspendida y tan próxima á caer sobre sus cabezas. Resignábanse con dolor, á la proscripción ó al suplicio de los gefes de una opinion que no podian salvar, y trataban de ocultarse y de confundirse en los sitios mas oscuros de la Convencion; imudos, por temor de que el pueblo al oír hablar de ellos se acordase de que lo habian ofendido y de que aun vivian! A las primeras frases del informe de Amar, algunos se deslizaron furtivamente fuera del recinto, temiendo por un presentimiento vago, que la inmensa red de la acusacion, tendida por el órgano de la comision de seguridad general, llegase hasta ellos y los envolviese en sus mismos bancos; otros permanecieron en sus puestos felicitándose interiormente de no haber provocado sospechas. Esta ilusion no duró mas que algunos momentos. Amar volvió á coger con mano implacable los pliegos de la segunda parte de su informe, pero antes de leer pidió que se cerrasen las puertas del salon por un decreto instantáneo y que nadie pudiera salir ni aun de las tribunas. Los sospechosos votaron como los demas este decreto inesperado, por aparentar que no les causaba temor. Amar prosiguió: «Aque-

llos, dijo, de los signatarios de las protestas del 6 y 19 de junio último (contra el 31 de mayo, espulsion de los Girondinos) que no han sido entregados al tribunal revolucionario, serán puestos en prision y sellados sus papeles. Con respecto á estos, se redactará un informe particular por la comision de seguridad general:» Entonces empezó á leer los nombres de los setenta y tres diputados. Un largo silencio sucedia á cada nombre que pronunciaba dejando por un momento en el alma de todos la esperanza de ser omitidos, ó el terror de ser nombrados. Hé aqui los que oyeron el decreto nominal de su proscripción inmediata y de su próxima muerte, de los labios de Amar: Cazeneuve, Laplaigne, Chasset, Defermon, Rouault, Girault, Chastelin, Dugue-d'Assé, Lebreton, Dussaulx, Couppé, Sauriac, Queinnet, Salmon, Lacaze (mayor), Corbel, Guiter, Ferroux, Bailleul, Ruault, Obelin, Babey, Blad, Maisse, Peyre, Bohan, Fleury, Vernier, Grenot, Amyon, Laureneot, Jarry, Rabaut, Favolle, Aubry, Ribereau, Derazey, Mazuyer de (Saone y Loire), Vallée, Lefebvre, Olivier Gerente, Royer, Duprat, Garithe, Devilleville, Varlet, Dubusc, Savary, Blanqui, Massa, Debray-Doublet, Delamarre, Faure, Hecquet, Deschamps, Lefebvre (del Sena inferior), Serre, Laurence, Saladin, Mercier, Daunou, Peries, Vincent, Tournier, Rouzet, B'aux, Blaviel, Marboz, Estadenz, Bresson (de los Vosges), Moysset, Saint-Prix y Gamon.

El decreto de acusacion fué aprobado sin discusion. Algunos de los diputados designados quisieron reclamar, pero la impaciencia ahogó sus voces, y se reunieron en silencio, como un rebaño destinado á la carniceria en el estrecho espacio de la barra. Varios miembros de la Montaña pidieron con animosidad la inclusion de los nombres de sus enemigos en la lista de los proscriptos. A la conclusion de esta larga sesion llevaron á los diputados designados á las cárceles de Paris, y la mayor parte á la de la Fuerza.

Pidióse entonces á gritos que su juicio se celebrase con el de los girondinos, entregados al tribunal revolucionario. Este juicio era la muerte. Robespierre empleó, con mas valor que el que mostró en defender á tantas otras víctimas, su influencia para librarlos del cadalso, no temiendo resistir á los clamores del pueblo ni importunar á sus colegas en las comisiones para sustraer sus setenta y tres colegas á la impaciencia de sus enemigos. El porvenir ha mostrado que él los reservaba como un contrapeso á la omnipotencia de la Montaña, para el momento en que dominase solo sobre la Convencion. Este testimonio le fué dado despues por los mismos que creian ver en él el instigador secreto de su proscripcion. El diputado girondino Blanqui, uno de los setenta y tres presos en la fuerza, habia tenido relaciones personales con Robespierre en la comision de instruccion pública. Este le escribió quejándose del trato indigno que se les hacia sufrir tanto á él como á sus colegas en los calabozos, y afeándole la mutilacion violenta de la representacion nacional: Robespierre osó responder á Blanqui, pero lo hizo en términos vagos y oscuros, que dejaban entrever sentimientos de humanidad, esperanzas de libertad y promesas de proteccion oculta, que se realizarian despues en beneficio de todos aquellos presos. Blanqui y sus compañeros de prision comprendieron por estos sintomas que su proscripcion era mas bien una concesion que una incitacion de Robespierre, y que queria atraérselos por el reconocimiento para que le sirviesen en sus ultimos planes. En cuanto á los diputados encarcelados desde el 31 de mayo, su suerte acababa de decidirse por la boca de Amar. Ellos la podian presentir hacia mucho tiempo. La Montaña al principio, satisfecha de su victoria, y Danton y Robespierre, avergonzados de unos asesinatos odiosos é impolíticos, se habian esforzado en vano para hacerlos olvidar. No se levantaba un cadalso en Paris, sin que la multitud preguntase por qué no subian á él los girondi-

nos. La comision de salvacion pública temblaba de dejar por mas tiempo á disposicion de los montañeses y de los exaltados del ayuntamiento un arma tan terrible para ella y que tanto mal podia hacerla, como el ser acusada de debilidad. Los jacobinos habian arrancado á los girondinos la cabeza de Luis XVI, la demagogia de Hebert, de Pache, de Andouin, intimaba á los Jacobinos que diesen á la república en prendas y como prueba de su energia, las veinte y una cabezas de sus colegas: Robespierre cedió á su pesar. Garat, ministro aun del Interior, fué á suplicarle que salvase á los presos. «No me habéis mas de ellos, dijo Robespierre, yo mismo no podria salvarlos. Hay dias en la revolucion en que el crimen consiste en vivir, y en que es menester saber entregar la cabeza cuando os la pidan. Tambien puede ser que me pidan la mia, añadió llevando las manos á sus cabellos, como un hombre que coge un fardo de encima de sus hombros para arrojarlo al suelo, ¿vos vereis si yo la disputo!» Garat se retiró consternado.

IV.

Como se ha visto en el curso de esta narracion, Vergniaud, Goussonné, Ducos, Fonfrede, Valazé, Carra, Fauchet, Lassource, Sillery, Gorsas y sus colegas, permanecian presos voluntariamente en Paris. Condorcet se habia sustraído á tiempo á las pesquisas del ayuntamiento y al decreto de acusacion lanzado contra él.

Roland se habia refugiado y ocultado en las cercanias de Rouen despues de la prision de su esposa. Brissot, á quien la opinion pública consideraba como el gefe de esta faccion, porque él habia sido su publicista y porque la habia dado su nombre, se habia prevenido contra la orden de prision por la fuga. En Calvados, su patria,

no encontró ningún amigo, y salió de la ciudad solo, á pie, con un traje prestado, con intento de dirigirse á través de los campos y por caminos estraviados hácia las fronteras de Suiza ó hácia los departamentos del Mediodía. Provisto de un pasaporte falso, Brissot erró, sin ser conocido, por gran parte de la Francia, comiendo y durmiendo en las cabañas de los pastores, volviendo por el día á proseguir su camino por medio de unos campos cubiertos en aquel momento de la mas brillante vegetacion. Este hombre volvia á encontrar, al aspecto de un cielo despejado, de unos campos esmaltados de flores, y al de los solitarios bosques situados á orillas del Loira, aquella pasión por la naturaleza y aquella afición por la soledad que las tempestades políticas no habian podido alterar en su alma, y de las que el destino parecia querer privarle para siempre. En Moulins fué reconocido y preso, y con trabajo pudo escapar del furor de los jacobinos de aquella ciudad. Conducido á Paris en medio de mil imprecaciones y mil gritos de muerte, lo habian arrojado á los calabozos de la Abadía, en donde se consumia hacia ya cinco meses.

V.

El cautiverio de los demas girondinos, presos despues del 31 de mayo, habia seguido, en su indulgencia ó en sus rigores, las oscilaciones de la opinion pública. Dulce en un principio, avergonzado de sí mismo, y por decirlo así, nominal, se habia limitado aquel encierro á un confinamiento de los detenidos en sus propias habitaciones, bajo la vigilancia de un gendarme. Las ocasiones de evadirse eran frecuentes y fáciles. Reunidos con sus familias, visitados por sus amigos, servidos por sus criados, provistos de oro y de pasaportes falsos, parecia que se les habia dejado con tan inusitada lenidad en dispo-

cion y aun en libertad de emprender la fuga. Causábanla á la Montaña mas embarazo que envidia aquellas víctimas, pero despues de los desastres del ejército del Norte, de los sucesos de la Vendée, de las insurrecciones de Calvados, de Marsella, de Lyon y de Tolon, despues de la proclamacion del terror, del juicio de Custine, del suplicio de la reina, y de la ley sobre los sospechosos, los girondinos eran tratados con mas rigor. Se les habia puesto en la Abadía, despues en el Luxemburgo, y luego en los Carmelitas, reunidos por el mismo crimen y agrupados para sufrir la misma suerte. Por mucho tiempo confundidos con los sospechosos de realismo ó de federalismo, los girondinos se habian hallado asociados por la casualidad, vengadora ciego de los vencedores y de los vencidos, con las víctimas de su política, esto es, con los vencidos del 10 de agosto, con los amigos de La Fayette y de Dumouriez, con los servidores del trono, con los moderadores de la revolucion, con los nobles, con los sacerdotes, con los magistrados, con Barnave, con Bailly y con Malesherbes. La neutralidad de los calabozos habia hecho que todos aquellos hombres, tan distantes en ideas, se reuniesen para hablar, jugar ó matar el tiempo del mejor modo posible. ¡Leccion provechosa de todas las revueltas civiles! Ellos se vieron y se hablaron unos á otros, no sin estraneza, pero sí sin recriminaciones ni rencores. La misma adversidad comun hacia que todos se disculpasen mutuamente respecto al partido que cada uno habia abrazado.

Todos los girondinos inflexibles en su republicanismo, conservaban la actitud revolucionaria de su primera naturaleza, no afectando arrepentimiento en sus opiniones, ni humillacion por su caída. Se confundian con la Convencion en todos sus actos de energia patriótica y de severidad contra los realistas, separándose de ella en lo que ellos llamaban su esclavitud y sus crímenes. En la prision formaban una sociedad aparte y un grupo distin-

to que no era un rompimiento, pero sí un cisma en la república. Sus nombres, su celebridad, su juventud y su elocuencia inspiraban curiosidad á sus enemigos, respeto á los presos y atenciones aun á sus carceleros. Algo de su carácter de representantes del pueblo, de su prestigio y de su poder, les había seguido hasta los calabozos. Aunque cautivos reinaban todavía por la memoria ó por la admiración que los rodeaba.

VI.

Quando se decidió su causa, se estrechó mas este cautiverio. Por algunos dias se les encerró en la inmensa casa de los Carmelitas de la calle de Vaugirard, monasterio convertido en cárcel, siniestro por los recuerdos y por las manchas de sangre de los asesinatos de setiembre. Los pisos inferiores de esta cárcel, ya atestada de presos no les dejaba á los girondinos, sino un reducido espacio, bajo el tejado del antiguo convento, compuesto de un corredor oscuro y de tres celdas bajas, que se comunicaban unas con otras y semejantes á los *plomos de Venecia*. Una escalera oculta en una esquina del edificio, conducía desde el patio hasta el tejado. En esta escalera se habían hecho varias separaciones, atajándola toda con puertas para hacer mas calabozos. Una sola puerta maciza y cubierta de planchas de hierro daba entrada á estos cuartos. Como esta puerta estaba cerrada desde 1793, y como se ha abierto para nosotros, nos ha exhumado aquellas celdas, y nos ha representado la imagen y recordado los pensamientos de aquellas victimas tan intactos como el día en que ellos los dejaron, para ir al cadalso. Ni la huella, ni la mano, ni las injurias del tiempo, han borrado allí sus vestigios. Los letreros escritos por los demas proscritos, se encuentran confun-

didos con los de los girondinos. Los nombres de los amigos y de los enemigos, los de los verdugos y los de las victimas están reunidos en un mismo lienzo de pared.

VII.

Encima del dintel de la puerta, se lee desde luego en letras bordadas la inscripción de todos los monumentos públicos de aquel tiempo: *La libertad, la igualdad ó la muerte*. Se entra en seguida en una celda bastante grande que servia de sala comun, y en la cual los presos se reunían á hablar y á comer. A la izquierda hay una pequeña bohardilla oscura en la que dormían los mas jóvenes. A la derecha habia una puerta que daba á un cuarto piso, mas grande que el primero y que servia de dormitorio comun. Estos dos cuartos abohardillados por el lado de la pared exterior, recibían la luz por dos ventanas que daban vista al inmenso jardín y á otros terrenos inmediatos á los Carmelitas. La vista contemplaba desde allí el jardín y un surtidor de aguas que parece destinado á lavar eternamente la sangre de los sacerdotes asesinados á la inmediación del estanque, descubriéndose igualmente desde aquel punto, un inmenso horizonte al Norte y al Oeste de Paris. El cielo no está cortado sino por la cúspide de un campanario hacia el lado del Luxembourg, por la cúpula de los Invalidos al frente, y á la izquierda, por dos torres de una iglesia demolida. El día, la luz, el silencio, la serenidad de este horizonte, entraban á torrentes en aquellos elevados cuartos y ofrecían á los presos la imagen del campo, las ilusiones de la libertad y la calma de la meditación. Las paredes y el techo de estos cuartos, blanqueados con una argamasa grosera, proporcionaban á los presos en vez de papel, cuyo uso les estaba prohibido desde que fueron trasladados allí, pági-

nas lapidarias sobre las cuales podian grabar sus últimos pensamientos con las puntas de los cuchillos, ó escribirlos con el pincel. Estos pensamientos, generalmente expresados en máximas breves y proverbiales, ó en versos escritos en la lengua inmortal del Lacio, cubren todavía aquellos muros, en los cuales asistimos á la última conversacion y recibimos la suprema confianza de los girondinos. Casi todos los letreros están escritos con sangre, que conserva aun su color, pareciendo imprimir así en las miradas de los que los leen, cierta cosa del mismo hombre que los ha escrito con su sustancia y con su vida. Estas inscripciones son la prueba del martirio de los primeros republicanos, dando testimonio de sus creencias, con su propia mano y con su propia sangre. Ninguna espesa sentimiento ni debilidad. Los gemidos de la desgracia no amortiguan las condiciones. La mayor parte son un himno á la constancia, un desafío á la muerte, ó una llamada á la inmortalidad; los nombres de alguno de sus perseguidores se encuentran tambien mezclados con los de los girondinos. Aquí se lee:

«Cuando Catón no pudo salvar la libertad de Roma, siguió viviendo libre y supo morir como hombre.»

Mas allá:

«Justum et tenacem propositi virum
Non civium ardor prava juvenionum,
Non vultus instantis tyranni
Mente quatit solida.»

Mas alto:

«Cui virtus non deest,
Ille
Nunquam omnino miser.»

Mas abajo:

«La verdadera libertad es la del alma.»

A su lado, hay una inscripcion religiosa, en la cual se cree reconocer la mano de Fauchet:

«Acordaos que sois llamados no para hablar y estar ociosos, sino para sufrir y trabajar.»

(Imitacion de Jesucristo.)

En otro lado de la pared, un recuerdo á un nombre amado y que no quiere revelar ni á la muerte:

«Muro por.....»

(MONTALEMBERT.)

Sobre una viga:

«Dignum certe deo spectaculum fortem virum collectantem cum calamitate.»

Encima:

«Qué apoyos tan sublimes tengo en mi suprema desgracia, tengo en mi favor á mi virtud, á la equidad y al mismo Dios!»

Debajo de esto:

«El dia no es mas puro que el fondo de mi corazon.»

En el marco de la ventana:

«Cui virtus non deest,
Ille

Nunquam omnino miser.....»

«Rebus in arduis facile est contemnere vitam.»

«Dulce et decorum pro patria mori.»

«Non omnis moriar.»

«Summum credo nefas animam præferre pudori!»

En gruesas letras escritas con sangre, por la mano de Vergniaud :

«Potius mori quam fœdari.»

En fin, una indescifrable multitud de inscripciones, de iniciales, de estrofas, y de pensamientos concluidos, manifiestan toda la intrepidez de aquellos hombres estóicos, nutridos en la doctrina de la antigüedad, y que buscan un consuelo, no en la esperanza de la vida, sino en la contemplacion de la muerte. Estas paredes, así como las víctimas que han contenido, chorrean sangre, pero no lloran.

VIII.

Los girondinos fueron trasladados durante la noche á su última prision, á la Consergeria. La reina aun estaba allí. Así, el techo cubria á la reina y á los hombres que la habian precipitado del solio el 10 de agosto; á la víctima del trono, y las víctimas de la república. Allí se reunieron con Brissot, que havia tiempo se hallaba solo en la Abadía, con otros colegas y amigos suyos, que habian traído del Mediodía ó de la Bretaña para ser juzgados con ellos.

Se les puso en un departamento separado del resto de los presos: sus calabozos estaban contiguos y uno solo contenia ocho camas; no se comunicaban con los otros presos sino en los patios en las largas horas de ociosidad y de paseo. La imposibilidad de evadirse de estas paredes cerradas con triples puertas, barras de hierro, cerrojos y centinelas, habia endulzado el régimen de incomunicacion á que estaban condenados algun tiempo hacia. Se les permitió el uso de la tinta y del papel; tenian periódicos, y se comunicaban por los postigos con sus esposas,

sus hijos y sus amigos. Allí era únicamente en donde se enternecian al dirigirles algunas palabras, al apretarles las manos y al mirarles con los ojos arrasados de lágrimas: consuelo y suplicio de semejantes entrevistas en todas las cárceles. Brissot veia de cuando en cuando á su muger que levantaba á su hijo en sus brazos para que besase á su padre. Como la mayor parte eran jóvenes, solteros, sin familia en París, y relacionados con mugeres que no llevaban sus apellidos, ni podian confesar su amor, ni su dolor, no conseguian sino á fuerza de engaños y de astucias deslizar un billete, ó cambiar un suspiro ó una mirada con los que amaban.

El cuñado de Vergniaud, Mr. Allaud, llegó de Limoges con algun dinero para el preso, porque Vergniaud estaba en una desnudez completa: sus vestidos se caian á pedazos. Mr. Allaud se habia traído consigo á su hijo, niño de diez años, y cuyas facciones recordaron á Vergniaud la imagen de su querida hermana. El niño viendo á su tío preso como un malhechor, con la cara flaca, el color pálido, el cabello descompuesto, la barba crecida, el vestido sucio y roto cayéndosele á pedazos, se echó á llorar y fué á refugiarse asustado entre las rodillas de su padre.—«Hijo mio, le dijo el preso tomándolo en sus brazos, tranquilízate y mírame bien: cuando seas hombre podrás decir que has visto á Vergniaud, el fundador de la república en su mejor tiempo, y con el mejor traje de su vida, trage con el cual sufrió la persecucion de los malvados y se preparó á morir por los hombres libres.»

El niño se acordó en efecto, y cincuenta años despues se lo dijo al que escribe estas líneas.

IX.

En las horas de reunion en el patio de la cárcel, los demas presos se agrupaban alrededor de los girondinos

para contemplarlos y para oírlos. Sus conversaciones versaban sobre los acontecimientos del día, sobre los peligros de la patria, sobre las dificultades de la libertad y sobre los males de la república. Hablaban como hombres que nada tenían ya que ver con los sucesos y que contemplaban ensangrentada y deshonrada la obra de sus manos. Su elocuencia, que nada había perdido de su antiguo patriotismo, parecía adquirir bajo aquellas bóvedas cierta solemnidad que participaba de la profecía y de la impasibilidad celeste. Su voz imparcial parecía salir del sepulcro: Brissot leía a sus colegas las páginas que legaba al porvenir, para su justificación. En ellas se traslucía el pesar de que aquella libertad que había ido a contemplar a un pueblo nuevo en los bosques de América, en donde las más puras virtudes lo naturalizaban, se alimentase con sangre y veneno en un pueblo envejecido y corrompido como el nuestro en que es necesario crear hasta los hombres, para regenerar las instituciones humanas. Genonné conservaba la acritud del sarcasmo y la sal corrosiva de su palabra, y se vengaba de la persecución, despreciando a los perseguidores. Lasource iluminaba con el fuego de su ardiente imaginación, los abismos de la anarquía, consolándose al ver, que al hundirse su partido se verificaba su hundimiento general en Europa. Su místico espíritu mostraba por todas partes el dedo de Dios señalando la ruina de la sociedad. Carra soñaba en nuevas combinaciones y en nuevas divisiones de países, entre las potencias de Europa, designando sobre el globo la carta de la libertad y tomando las quimeras de su imaginación por el genio del hombre de Estado. Fauchet se daba golpes de pecho delante de sus colegas, y se acusaba con un arrepentimiento sincero y firme de haber abandonado la fe de su juventud. Demostraba que solo la religión podía guiar los pasos de la libertad, alegrándose de poder dar en su próxima muerte el carácter del doble mártirio, el del sacerdote que se arrepiente y el del re-

publicano que persevera. Sillery callaba, porque encontraba el silencio más digno que las quejas, volviendo como Fauchet a las creencias y prácticas religiosas. Los dos se separaban con frecuencia de sus colegas para hablar aparte con un venerable sacerdote encerrado por su fe en la Conserjería. Este era el abate Emery, superior que había sido de la congregación de San Sulpicio y de quien Fouquier-Tinville decía: «Le dejamos vivir, porque ahoga más quejas y más tumultos en las cárceles con su dulzura y con sus consejos que pudieron hacerlo los gendarmes y el miedo de la guillotina.»

Ducos y Fonfrède, jóvenes en quienes la prisión no podía enfriar el fuego de la juventud y la verbosidad del Mediodía jugaban con la muerte, escribían versos, afectaban la alegría de sus días serenos y no encontraban gravedad, ni se enternecían, sino en las confidencias de su amistad y con el temor que cada uno de ellos manifestaba por la suerte del otro. Muchas veces se abrazaban y se daban las manos como para apoyarse contra la suerte. Ni el sentimiento de la fortuna inmensa y de la larga perspectiva de días dichosos que iban a dejar, ni los recuerdos de dos jóvenes amadas, cuya próxima viudez presentaban, no les hacían arrepentirse ni un momento, al menos en la apariencia, del sacrificio que hacían de su vida en las aras de la libertad.

Sin embargo, una vez Fonfrède ocultándose de Ducos y hablando con el joven Riouffé dejó escapar un torrente de lágrimas contenido hacía mucho tiempo, al recordar a su mujer y a sus hijos. Ducos lo notó, se le aproxima, é interrogándole con vivacidad. ¿Qué tienes y que es lo que me ocultas? (dijo con tono de tierna reconvencción a su cuñado). Nada.... es éste, que me habla y me enternece, respondió Fonfrède señalando a Riouffé. Ducos no se engañó sin embargo, sobre el llanto de Fonfrède. Los dos amigos se arrojaron en brazos uno de otro, ocultando sus lágrimas mutuamente.

Valazé veía aproximarse la muerte, como la coronación del sacrificio que había hecho hacia tiempo de su vida por la patria. Sabía que las nuevas doctrinas crecen con la sangre de sus apóstoles, felicitándose interiormente de darles la suya. Tenía el fanatismo del sacrificio y la impaciencia del martirio. Sus facciones radiantes de inmortalidad en aquellos calabozos, atestiguaban la aflicción anticipada de una muerte que buscaba en lugar de huir. «Valazé, (le decían sus compañeros de miseria), para ti sería un castigo el que no te sentenciasen.» El se sonreía al oír estas palabras como un hombre, cuyo pensamiento ha sido adivinado. Algunas horas antes de verse la causa, dió al joven Riouffé unas tijeras que tenía ocultas hasta entonces. «¡Ten, le dijo con una ironía, que Riouffé no entendió hasta después, dicen que esta es una arma peligrosa, y temen que atentemos contra nuestros días!» El llevaba consigo un arma mas segura, y este donativo no fué mas que una chanza socrática á sus verdugos.

X.

Vergniaud, no afectaba ni la alegría aturdida de sus jóvenes amigos Ducos y Fonfrede, ni la solemnidad de Lassource, ni el imprudente ardor por morir de Valazé, ni la preocupación laboriosa de Brissot por justificar su memoria ante la posteridad. Sereno, grave, natural, risueño alguna vez, y pensativo las mas, no escribió, y habló muy poco, pasando los dias sin afán y sin remordimientos en una ociosidad forzada que por otra parte no repugnaba mucho á su carácter. Así como el piloto separado del timón durante una tempestad, descansaba sobre cubierta en medio de las vacilaciones del bagel, cuyas maniobras no eran ya de su inspeccion. Ser fuerte, alma á

quien su misma fuerza hacia á veces demasiado inmóvil; su espíritu profético, aunque perezoso, le dejaban poca sensibilidad para consigo mismo. Con una mirada ó con una palabra reasumía una situación sin conocerla en sus pormenores. Solo y taciturno, recostado sobre su cama ó paseando en el patio, ilustraba algunas veces la conversacion con uno de aquellos rasgos de elocuencia tan magistruosa en el calabozo como en la tribuna. Sus colegas conmovidos le aplaudian y le suplicaban que anotase aquellas improvisaciones para el tribunal ó para la posteridad, pero Vergniaud se desdenaba de recoger aquellas migajas de su genio. En él, la elocuencia no era un arte, era su misma alma, estando seguro de llevarla siempre consigo y de encontrarla en las ocasiones. La estimaba como un arma para combatir y no para adornarse con ella ante sus contemporáneos ni ante la posteridad. Emitida la idea no pensaba en reproducir un eco inútil de ella, y volvía á su sueño ó á su indiferencia habitual.

Algunas veces hablaba con Fauchet y sin participar de la fe de éste, hallaba buenas las teorías y las esperanzas del cristianismo: consideraba esta religion como la verdadera filosofia de la humanidad, revestida de misterios y de imágenes para hacerla accesible á la debilidad de la infancia eterna del género humano: respetaba el cristianismo, como el fundidor respeta el oro en una moneda alterada: no queria la destruccion, pero si la depravacion lenta, libre y prudente del culto. «Separar á Dios de su imagen, decía, es la última obra de la filosofia y de la revolucion.» Vergniaud apreciaba mucho mas el talento de Fauchet, desde que aquel talento vago y declamatorio se habia vivificado y como santificado por la resurreccion del sentimiento religioso, en el alma del obispo del Calvados con el presentimiento del martirio. Fuera de estas conversaciones, la actitud exterior de Vergniaud era la indolencia; no aquella indolencia del hombre lijero, que no se eleva hasta la dignidad de su

suerte y que profana las tres cosas mas santas de la vida, la conciencia, el infortunio y la muerte; pero si la indolencia del hombre grave que juzga su propia situacion, que la domina y que busca distracciones á su existencia, hasta la hora en que la sacrifica á un deber.

Tal era Vergniaud en la cárcel. No parecia el mas impasible de sus compañeros de infortunio, sino porque era el mas reflexivo y el mas grande de todos ellos. La amistad tenia un ascendiente poderoso en su alma. El dia antes de abrirse el proceso de sus coacusados, arrojó al patio de la cárcel el veneno que llevaba consigo hacia cinco meses, á fin de morir con la misma muerte que sus amigos, y acompañarles hasta el cadalso.

XI.

El 22 de octubre se les comunicó el acta de acusacion, y el 26 principió á verse el proceso. Desde la causa de los Templarios no se habia visto comparecer todo un partido con gefes mas numerosos, mas ilustres y mas elocuentes ante ningun tribunal. La fama de los acusados, su prolongacion en el poder, su peligro presente, la dura venganza que empuja á los hombres á presenciar el espectáculo de los grandes trastornos de la fortuna, y que les causa una alegría secreta al contemplar sus caidos restos, habian atraido y retenido hasta el fin de la lectura de la causa, una multitud de gentes que se apiñaba en el recinto y los alrededores del tribunal revolucionario. La mayor parte de los jueces y de los jurados habian sido amigos ó clientes de los acusados. Estos jueces estaban resueltos á hallarles culpables y á librarse de toda sospecha de complicidad, arrojando este partido á que fué devorado por el pueblo, y con todo, no se atrevian á dirigir la vista á los acusados, temerosos de encontrar un amigo,

que les dirigiese en una mirada, una súplica y una reconvenccion.

Una masa imponente de fuerza armada, ocupaba los puestos de la Consergeria y del Palacio de Justicia. La artillería, los uniformes, los pabellones de armas, los centinelas, la gendarmería con los sables en las manos, anunciaban claramente la vista de una de esas causas políticas, cuyo juicio es una batalla y cuya justicia es una ejecucion.

Los acusados fueron introducidos en el tribunal. Eran veinte y dos. Este número fatal escrito en la primera idea de proscripcion del 31 de mayo, no habia disminuido á pesar de la fuga ó de la muerte de algunos de los primeros veinte y dos diputados, designados para la depuracion de la Convencion. Se habia completado el número, añadiendo á los girondinos, otros acusados extraños á su faccion como Boileau, Mainvielle y Antiboul, para que el pueblo al ver aquella igualdad numérica, creyese encontrar en ella el mismo complet, detestar el mismo crimen y herir á los mismos conspiradores.

XII.

A las once de la mañana, entraron uno á uno por medio de dos filas de gendarmes en la sala de la audiencia. La multitud viéndolos pasar preguntaba sus nombres y buscaba en sus facciones las señales imaginarias de las maldades, que se decia hallarse personificadas en ellos. Aurdíase, no obstante, de que aquellas frentes tan jóvenes y aquellas caras tan serenas, ocultasen bajo la belleza y la dulzura de sus facciones, tanta maldad y tanta perfidia. El primero que se sentó en el banco fué Duros, de edad apenas de veinte y ocho años; su aspecto juvenil, sus ojos negros y perspicaces, y la movilidad de su

fisonomía, revelaban uno de esos naturalistas meridionales, á los que la vivacidad de sus impresiones impide hacerse profundos; hombres en quienes todo es ligero, hasta el heroísmo. Fonfrede, mas jóven que su cuñado, seguía detrás de este. Una sombra de melancolía mas grave estaba esparcida por todo su rostro. Se veía en su aspecto pensativo, la lucha interior entre el amor que le unía á la vida, y la generosa amistad que le hacia sacrificarse voluntariamente á la muerte. Muchas veces se le habian ofrecido á Fonfrede los medios de evadirse. «No, respondia, la suerte de Ducos será la mia: salvarme, yo solo, no sería salvarme, sería perderlo.» Salido Fonfrede de la cárcel, habia vuelto á ella voluntariamente. La mirada de estos dos jóvenes girondinos se fijaban con mas seguridad sobre la multitud y se dirigian con mas confianza sobre los jurados. Ducos y Fonfrede no habia participado en la Convencion, y en la comision de los Doce, ni de la sabiduría de Condorcet y de Brissot, ni de la moderación de Vergniaud. Entusiastas y fogosos como la Montaña, habian reprendido muchas veces la tibieza revolucionaria de su partido. No aborrecian en Danton sino las manchas de la sangre de setiembre. Este hubiera sido su gefe, si no hubiera existido Vergniaud. Queridos de la Montaña, para la cual la juventud era un atractivo, esperaban en secreto que los montañeses tendrian en consideracion lo exaltado de sus opiniones, y que en los últimos momentos, se harian el cargo de que no habia en ellos otra culpabilidad que la de llevar el nombre de un partido proscrito.

XIII.

Despues de estos, seguía Boileau, juez de paz de Avalon. Hombre débil, mezclado por casualidad en las

filas de la Gironda, cayó en la cuenta de su error ante la muerte, y proclamó con un tardío arrepentimiento, las opiniones triunfantes y el patriotismo sin piedad de la Convencion. Boileau tenia cuarenta años. Su aspecto indeciso atestiguaba la fluctuacion de sus ideas. Sus miradas imploraban las miradas de los jueces y parecian decirles: «¡No me confundais con mis pretendidos cómplices! si no estuviese con ellos, sería su primer enemigo.»

Mainvielle iba despues, jóven diputado por Marsella, de edad de veinte y ocho años, era como Ducos, de una belleza admirable, pero mas varonil que la de Barbaroux. Se habia manchado con la sangre de Avignon su patria, para arrancarla por la violencia del partido papal, y unirla á la Francia y á la revolucion. Acusado por Marat de moderantismo, esta acusacion lo habia confundido con la Gironda.

Duprat, su compatriota y amigo, le acompañó por el mismo crimen en los calabozos y el tribunal. Despues de estos, seguía Antiboul, natural de Saint-Tropez y diputado por Var. Culpable por la valerosa humanidad que desplegó en el proceso de Luis XVI, Antiboul habia consentido en proscribirlo como rey, pero no en ajusticiarlo como hombre. Su crimen era su conciencia. La calma y la pureza resplandecieron en sus facciones. Despues seguía Du Chastel, diputado por Deux-Sevres, de edad de veinte y siete años, que se habia hecho llevar moribundo á la tribuna, envuelto en una manta, para votar en contra de la muerte del tirano, y á quien llamaban en la Convencion á causa de su trage en aquella ocasion, el *aparecido de la tiranía*. La elevacion de su estatura, la actitud marcial de su cuerpo, la gracia y la nobleza de su persona, atraian todas las miradas.

Carra, diputado por el Saone y Loire en la Convencion, se sentó al lado de Du Chastel. La espresion vulgar y desordenada de su fisonomía, su encorvado cuerpo, su cabeza gruesa y basta, y el desaliño de su trage, que

recordaba el de Marat, contrastaba con la estatura y con la belleza de Du Chastel. Carra era uno de esos hombres que tienen la impaciencia de la gloria en el alma, sin alcanzarla por su talento, que se arrojan en la corriente de las ideas de la época, pero que teniendo en sus sentimientos más luz que inteligencia, se detienen cuando notan que la corriente los lleva al crimen; tal era Carra, sabio, confuso, fanático, declamatorio, fogoso en el movimiento y fogoso en la resistencia. Se había refugiado en la Gironda para combatir los excesos del pueblo, sin separarse de la república. Su periódico había sido eco de sus doctrinas y de su elocuencia, pero este eco no debía parecer con la voz que lo producía.

Un hombre oscuro, con traje y aspecto rústicos, llamado Lanza de Perret, víctima involuntaria de Carlota Corday, estaba sentada al lado de Carra. Era noble, y sin embargo, cultivaba con sus propias manos la herencia rural de sus padres. Sin ambición y sin vanidad, la revolución lo había cogido como á Cincinato con el arado en la mano. Sus conciudadanos le habían elegido á su pesar como al hombre más honrado, y pagaba bien caro en esta ocasión el precio de su fama. Tenía cuarenta y siete años. En segunda estaba Gardien, diputado por Viena, de la misma edad y de igual exterior. Gardien había votado en contra de la muerte del rey, y hecho parte de la comisión de los Doce. Había desplegado la energía serena de un buen ciudadano contra los facciosos; había pedido la prisión de Hebert, de Chaumette y de los conspiradores del ayuntamiento; merecía, pues, un lugar en la primera fila de los vencidos del 31 de mayo, y lo aceptaba. Después de este iba Lacaze, diputado por Libourne y Lesterpt-Beauvais, diputado por la Alta Viena: los dos eran amigos de Gensonné, admiradores apasionados de su elocuencia y de su valor, y se gloraban de ser acusados de las mismas virtudes que él. Su semblante manifestaba ser este su sentimiento. Tenían

á honor el verse envueltos en la acusación de Gensonné, como si de esto les resultase una gran gloria.

Gensonné estaba á su lado. Este era un hombre de treinta y cinco años, pero en cuyas facciones la madurez de juicio, la importancia de su representación y la firmeza relexiva de sus opiniones habían impreso un sello de dureza y de firmeza, que le hacía aparecer tan grave cual otro Nestor agobiado por el peso de los años.

Su frente alta é inclinada hácia atrás, sus cabellos espesos, erizados y empolvados según la costumbre de la antigua época, manifestaban la altivez de su persona. Aquel hombre tenía la cabeza erguida cual si amenazase con su reto á los mismos que iban á decidir de su vida, y en su imperceptible sonrisa, se revelaba el sarcasmo y el desprecio interior que le infundían jueces, acusadores y pueblo. Parecía á la estatua de la impopularidad, á la de la aristocracia intelectual, desdeñosa como la aristocracia de la sangre. Su traje no solo aseado, sino elegante, era de la hechura y de las telas que estaban proscriptas, lo cual añadía aun mucha más impopularidad á la fisonomía de Gensonné.

Un médico de Dinan, llamado Lehardy diputado del Morbihan, hombre sin otra ambición que el amor de los hombres y sin otro brillo que su muerte, se guarecía modestamente en los brazos de Gensonné. Había considerado en la minoría de los girondinos el centro de las virtudes cívicas, y se había reunido á ellos por horror á sus enemigos. Su pensamiento sensible y sufrido, parecía más ocupado de la suerte de aquellos que de la suya propia.

En segunda se debía ver Lasserre: hombre de bien, de palabra exaltada y de imaginación trágica. Sus cabellos cortados y sin polvos, su vestido negro, su aspecto austero, su fisonomía ascética y concentrada, recordaban en él, el ministro del Santo Evangelio y á los puritanos de Cromwell que buscaban á Dios en la libertad y en su proceso el martirio. Vigeé, hombre desconocido y que

apenas llegó á la Convencion cayó en el lazo de las primeras votaciones pasó desapercibido despues de Lassource.

Este y Vigeé precedían á Sillery, antiguo confidente del duque de Orleans, acusado de inspirarle por medio de su esposa ideas ambiciosas y el deseo de subir al trono. Sillery se habia separado del duque despues de la muerte del rey, porque su corazon honrado se sublevó contra el regicidio. Se habia detenido no como un hombre tímido que se arrepiente en silencio y desaparece entre las sombras, sino como un hombre resuelto que se vuelve y hace frente al peligro. Una república grande y pura le habia parecido ser una ambicion mas noble, que una corona recogida entre arroyos de sangre. Este hombre en resumen, se habia identificado con los girondinos, y aunque respetuoso hácia Orleans, aconsejaba á este principe en secreto la enmienda, y le predecía la catástrofe que le aguardaba, la actitud militar de Sillery, su traje y su fisonomia altiva, revelaban en él el noble que desprecia á la multitud. Presa de las primeras enfermedades de la vejez, empeoradas por la humedad de los calabozos, Sillery andaba apoyado en una muleta. Pero esta señal de sus padecimientos físicos daba mas realce á su persona, que lo que la quitaba en gracia y lijereza. La expresion de sus facciones era la de la felicidad, y parecia que se gozaba en libertarse de las dificultades de su situacion y en escapar de las reconvençiones que sus antiguas faltas merecian, por una muerte noble, en medio de sus amigos y con lo mas escogido de la república.

Valazé tenia la actitud de un soldado en medio del fuego. La consigna de su conciencia le dictaba que era preciso morir, y murió. Su traje y el modo de llevarle, revelaban el hábito de vestir de uniforme. Sus miembros delgados, sus facciones pálidas y macilentas, el fuego sombrío de sus ojos, revelaban en él uno de esos hombres obstinados en quienes el pensamiento es la enfermedad crónica del cuerpo.

El abate Fauchet seguía despues de Valazé. Tenia cerca de cincuenta años, pero la belleza de sus facciones, la elevacion de su estatura, y el color de su rostro le hacia parecer mas jóven. Su traje recordaba su antiguo ministerio por el color y por la hechura. Su cabello designaba la tonsura del sacerdote cristiano, largo tiempo cubierto con el gorro rojo del revolucionario. Su cara no tenía mas expresion que la de su alma, el entusiasmo. Se conocía que su pecho no era mas que un hogar. Fauchet habia alimentado en él sucesivamente, ó á la vez, el triple fuego del amor, de la libertad y de Dios. El momento de Dios habia llegado y le daba su vida en espiacion. La auréola del inspirado, del apóstol y del orador, iluminaba su frente. El tribunal, era para Fauchet un santuario á donde iba á confesar sus faltas y á ofrecer el sacrificio de su propia sangre.

XIV.

Brissot estaba el penúltimo. Era un hombre de mediana edad, de estatura pequeña, cara macerada, alumbrada solamente por una inteligencia animosa, y ennoblecida por una intrépida obstinacion de ideas. Vestido con una sencillez afectada de filósofo ó de hombre de la naturaleza, su raído traje negro no era mas que un pedazo de paño cortado geométricamente para cubrir sus miembros. Su cabello cortó y sin polvos se parecia al de un quakero americano. Brissot tenia en la mano un lapiz y un papel, en donde apuntaba á cada instante algunas notas. Solo él estaba agitado. Se veía que perseguido por la mala é injusta fama de libelista y de aventurero político de que habia sido tachado en su juventud, atormentado por sus desgracias mas que por sus faltas, conocía mas que sus colegas la necesidad de defenderse y que

aceptaría mas resueltamente el suplicio que la calumnia. Gozaba en poder confundirla aceptando el martirio como un sábio.

XV.

En fin, el último que venia atrayéndose las miradas de todos era Vergniaud. Todo París lo habia conocido y lo habia visto en su magestuosa perspectiva sobre el pedestal de la tribuna. Habia curiosidad por contemplar, no solamente el orador á la misma altura con sus enemigos, sino al hombre colocado en el banquillo de los acusados. Se esperaba de él esfuerzos y explosiones de elocuencia que diesen al drama del proceso las peripecias y los retrocesos de opinion dignas de los dias de Demostenes ó de Ciceron. El prestigio de Vergniaud le rodeaba completamente. Era uno de esos hombres de quienes se espera todo, aun lo imposible.

Un murmullo de interés y de compasion resonó al verle. No era éste el Vergniaud de la Convencion, sino el preso del pueblo. Sus musculos flojos por la ociosidad y por el decaimiento del alma no marcaban la armazon un poco maciza y boba de su cuerpo. Habia en su actitud una dejadez de si mismo que parecia el desfallecimiento. Su obesidad, su paso lardo, su mirada desvanecida ó apagada, sus megillas hinchadas, su color lívido y marcado con la palidez de las cárceles. Su frente sudaba, y los bucles de su cabello parecian pegados á su piel, por un sudor continuo. Vestia la misma casaca azul con largos faldones y un ancho cuello vuelto, con que se le habia visto siempre en la Convencion; pero esta casaca, ya demasiado estrecha por haber engordado, se le rompía por la espalda y se le separaba por el pecho, impidiéndole la libertad de los movimientos, como si fuese un vestido prestado. Toda su persona respiraba la decadencia de

las grandes cosas. Se enternecía uno involuntariamente viéndolo, pero no temblaba. Era el atleta vencido y caído en tierra. Aunque Vergniaud entró el último, sus colegas le hicieron lugar en el centro del banco como un jefe alrededor del cual tenian la gloria de agruparse: los gendarmes le permitieron sentarse allí.

XVI.

El acta de acusacion de Fouquier-Tinville, concertada segun se dice con Robespierre y Saint-Just, no era mas que una estensa y amarga reproduccion del folleto de Camilo Desmoufins, titulado *Historia de la faccion de la Gironda*. Esta era la historia de la calumnia escrita por el calumniador, y de la que daba testimonio el verdugo. Nada añadieron á ella. El rencor no tenia necesidad de convencerse, porque habia sentenciado ya con anticipacion.

Los jueces hicieron comparecer como testigos á todos los enemigos mas encarnizados de los acusados. Pache, Chabot, Hebert, Chaumette, Montaut, Fabre de Eglantine, Leonardo Bourdon y el jacobino Desfieux, leyeron en lugar de testimonios, largas invectivas contra los girondinos. Estos discutieron en breves palabras con los testigos. En lugar de llevar la defensa á la altura de su situacion y de su alma sobre el terreno de la política general, y confesar el crimen glorioso de haber querido moderar la revolucion para hacerla irreprochable y vencedora, se limitaron á unirse individualmente contra los golpes de sus enemigos. Su defensa fue poco digna, rebajándose su dignidad. El mismo Vergniaud pareció escusarse, mas que envanecerse por sus opiniones. Brissot, mas firme y con mas fiereza delante de sus enemigos, relató victoriosamente á Chabot, y luchó hasta el fin con sus acusadores.

aceptaría mas resueltamente el suplicio que la calumnia. Gozaba en poder confundirla aceptando el martirio como un sábio.

XV.

En fin, el último que venia atrayéndose las miradas de todos era Vergniaud. Todo París lo habia conocido y lo habia visto en su magestuosa perspectiva sobre el pedestal de la tribuna. Habia curiosidad por contemplar, no solamente el orador á la misma altura con sus enemigos, sino al hombre colocado en el banquillo de los acusados. Se esperaba de él esfuerzos y explosiones de elocuencia que diesen al drama del proceso las peripecias y los retrocesos de opinion dignas de los dias de Demostenes ó de Ciceron. El prestigio de Vergniaud le rodeaba completamente. Era uno de esos hombres de quienes se espera todo, aun lo imposible.

Un murmullo de interés y de compasion resonó al verle. No era éste el Vergniaud de la Convencion, sino el preso del pueblo. Sus musculos flojos por la ociosidad y por el decaimiento del alma no marcaban la armazon un poco maciza y boba de su cuerpo. Habia en su actitud una dejadez de si mismo que parecia el desfallecimiento. Su obesidad, su paso lardo, su mirada desvanecida ó apagada, sus megillas hinchadas, su color lívido y marcado con la palidez de las cárceles. Su frente sudaba, y los bucles de su cabello parecian pegados á su piel, por un sudor continuo. Vestia la misma casaca azul con largos faldones y un ancho cuello vuelto, con que se le habia visto siempre en la Convencion; pero esta casaca, ya demasiado estrecha por haber engordado, se le rompía por la espalda y se le separaba por el pecho, impidiéndole la libertad de los movimientos, como si fuese un vestido prestado. Toda su persona respiraba la decadencia de

las grandes cosas. Se enternecia uno involuntariamente viéndolo, pero no temblaba. Era el atleta vencido y caído en tierra. Aunque Vergniaud entró el último, sus colegas le hicieron lugar en el centro del banco como un jefe alrededor del cual tenian la gloria de agruparse: los gendarmes le permitieron sentarse allí.

XVI.

El acta de acusacion de Fouquier-Tinville, concertada segun se dice con Robespierre y Saint-Just, no era mas que una estensa y amarga reproduccion del folleto de Camilo Desmoufins, titulado *Historia de la faccion de la Gironda*. Esta era la historia de la calumnia escrita por el calumniador, y de la que daba testimonio el verdugo. Nada añadieron á ella. El rencor no tenia necesidad de convencerse, porque habia sentenciado ya con anticipacion.

Los jueces hicieron comparecer como testigos á todos los enemigos mas encarnizados de los acusados. Pache, Chabot, Hebert, Chaumette, Montaut, Fabre de Eglantine, Leonardo Bourdon y el jacobino Desfieux, leyeron en lugar de testimonios, largas invectivas contra los girondinos. Estos discutieron en breves palabras con los testigos. En lugar de llevar la defensa á la altura de su situacion y de su alma sobre el terreno de la política general, y confesar el crimen glorioso de haber querido moderar la revolucion para hacerla irreprochable y vencedora, se limitaron á unirse individualmente contra los golpes de sus enemigos. Su defensa fue poco digna, rebajándose su dignidad. El mismo Vergniaud pareció escusarse, mas que envanecerse por sus opiniones. Brissot, mas firme y con mas fiereza delante de sus enemigos, relató victoriosamente á Chabot, y luchó hasta el fin con sus acusadores.

Sillery confesó su verdadero crimen: el voto contra la muerte del rey, lo que ilustró su memoria. Ninguna palabra digna de reservar en la historia salió del corazón de aquellos grandes acusados. El temor de comprometer un resto de vida, selló sus labios. El cuidado de salvar sus días perjudicó al de vengar su memoria. No fueron grandes sino después de haber perdido toda esperanza.

XVII.

Entretanto la vista de la causa se prolongaba hacia siete días, y la palabra pedida por treasonné en nombre de todos los acusados para refutar la acusación, cansaban al tribunal y á los jurados, é inquietaba á la Montaña. La opinión pública que se deja ablandar y que cambia tan pronto al aspecto de las víctimas comenzaba á inclinarse á la indulgencia. Se preguntaban en alta voz al salir de las sesiones del tribunal, qué recompensa tendría la república para sus enemigos, cuando trataba de aquel modo á sus fundadores. Se lamentaban que tanta juventud, tanta belleza y genio se sacrificase por un delito de opinión. Se hablaba de la baja envidia de Robespierre y Danton, que encargaban á la muerte cerrase aquellas elocuentes bocas para no tener el cuidado, y con frecuencia la humillación, de responderles.

Estos primeros síntomas en favor de los girondinos, alarmaron al ayuntamiento. El yerno de Pache Andouin, que había sido clérigo, y á la sazón era perseguidor encarcelado, fué á intimar á la comisión de salud pública que cerrase el decreto, permitiendo al presidente que declarase á los jurados suficientemente instruidos. El jurado obligado por esta declaración, cerró los debates el 30 de octubre á las ocho de la noche. Todos los acusados fueron declarados culpables de haber conspirado contra

la unidad y la indivisibilidad de la república, y condenados á muerte.

A la palabra muerte, un gesto de admiración y de horror se elevó del banco de los acusados. El mayor número, y sobre todo, Boileau, Ducos, Fonfrede, Antiboul, y Mainvielle, esperaban ser absueltos. Su actitud de consternación, sus manos estendidas hacia los jueces, sus convulsivas maldiciones causaron un momento de turbación en el pretorio. Uno de los acusados, hizo un movimiento inapercibido con la mano sobre su pecho como para romper sus vestidos y cayó del banco, este fué Valazé. «¿Cómo! ¿tienes miedo? le dijo Brissot esforzándose por sostenerlo.—No, ¡muero!» respondió Valazé, y espiró con la mano sobre el puñal con que se había atravesado el corazón.

A este espectáculo se restableció el silencio, el ejemplo de Valazé hizo ruborizar á los jóvenes condenados de un momento de debilidad. Boileau solo, protestó contra la sentencia que lo confundía con los girondinos, arrojó su sombrero al aire y exclamó: «¡Yo soy inocente! ¡yo soy jacobino! ¡yo soy montañés!» Los sarcasmos del auditorio le respondieron. En lugar de compasión, no encontró en todas las miradas sino desprecio. Brissot inclinó la cabeza sobre el pecho y parecía que reflexionaba. Fauchet y Lassource juntaron las manos y levantaron los ojos al cielo: Vergniaud, situado en el banco mas elevado, dirigió impasible sobre el tribunal, sobre sus colegas y sobre la multitud, una mirada que parecía reasumir la escena y buscar en lo pasado un ejemplo y una imagen de semejante irrisión del destino y semejante ingratitud del pueblo. Sillery arrojó su muleta y exclamó: «¡Hoy es el mejor día de mi vida!» Fonfrede se volvió hacia Ducos y abrazándolo, «Amigo mio, le dijo llorando, yo soy quien te dá la muerte, pero consuélate, vamos á morir juntos.»

En este mismo momento se levantó un grito del medio de la multitud. Un joven luchaba entre el grupo de espectadores y se esforzaba inútilmente por abrirse paso entre las filas apiñadas para huir hacia la puerta. «¡Dejadme huir, dejadme huir de este espectáculo! exclamó tapándose los ojos con las manos. ¡Soy un miserable, yo soy quien los asesino! ¡Mi *Brissot* sin máscara, es el que los acusa y los juzga! ¡No puedo soportar la vista de mi obra! ¡siento las gotas de su sangre caer en esta mano que los ha denunciado!» Este joven era Camilo Desmoulin, inconsecuente en su piedad como en su aborrecimiento, y cuya lijereza pueril ó perversa, cedía á las lágrimas con tanta facilidad como provocaba á la sangre. La multitud indiferente ó desdenosa le contuvo y le hizo callar como á un niño.

Eran las once de la noche; después de un momento dedicado al efecto que causó la sentencia, á la emoción de los condenados y á los gritos de *Viva la república*, dados por la multitud, se levantó la sesión.

Los girondinos, bajando uno á uno de sus bancos, se agruparon alrededor del cadáver de Valazé, tendido sobre una alfombra, tocándolo respetuosamente con sus manos para asegurarse de que ya no respiraba; después, como si estuviesen dominados por una inspiración eléctrica, al contacto del republicano sacrificado, por su propia mano, exclamaron á una sola voz: «¡Morimos inocentes, viva la república!» Algunos de ellos arrojaron en el

mismo instante, una cantidad de asignados, no como se ha creído para corromper el pueblo y excitarlo á un motín, si no para legarle, como hacían los romanos, una moneda ya inútil á su propia vida. La multitud se arrojó sobre el legado de los moribundos, y pareció compadecerse de ellos. Hermann mandó á los gendarmes que hiciesen su deber, y que se llevasen á los condenados, y que volvieran á entrar bajo las bóvedas de la escalera que conducía á sus calabozos. Su presencia de espíritu desconcertado por un momento, volvió á manifestarse al saber su suerte. «Amigo mío, dijo afectando reír Ducos á Fonfrede, no veo más que un medio de salvarnos, que es declarar la *unidad* de nuestras dos vidas, y la indivisibilidad de nuestras dos cabezas.» Fonfrede se sonrió melancólicamente. Su pensamiento más conforme con semejante momento, lloraba el hogar doméstico á donde no debía volver. «¡Pobres hijos míos!» fué su única respuesta.

Sin embargo, fieles á la promesa que habían hecho á los demás presos de la Conserjería, de informarles de su suerte por el eco de su voz, entonaron al salir del tribunal el himno de la Marsellesa,

¡Vamos, hijos de la patria
Ha llegado el día de la gloria!

cantándolo en coro con una energía, que hizo temblar los peldaños de la escalera y las bóvedas de los calabozos y corredores.

A estos acentos los presos se despertaron y comprendieron que los acusados cantaban el himno de su propia muerte. El horror y la compasión les respondieron con exclamaciones, gemidos y adioses desde el interior de todos los calabozos.

En esta última noche se les puso en el calabozo grande, antes sala de la muerte. El tribunal habían mandado

que el cuerpo apenas frío de Valazé, fuese vuelto á la cárcel, conducido en la misma carreta con sus cómplices al lugar del suplicio y exhumado con ellos. ¡Único decreto tal vez que haya dispuesto ajusticiar á la muerte!

Cuatro gendarmes ejecutaron el decreto de Hermann, siguiendo detrás del grupo de los condenados, por la bóveda del corredor, llevando en una camilla el sangriento cadáver, y depositándolo en un rincón del calabozo. Los girondinos fueron uno á uno á besar la mano heroica de su amigo, y le cubrieron la cara con su capa. Próximos á reunirsele, la despedida fué mas respetuosa que triste. «¡Hasta mañana!» dijeron al cadáver y recogieron sus fuerzas para el día siguiente.

XX.

Casi estaban en él. El diputado Bailleul, su colega en la Asamblea, su cómplice de opinion y proscrito como ellos, pero que había escapado de la proscripción y estaba oculto en París, les había prometido hacerles llevar desde fuera el día de su juicio una comida triunfal ó fúnebre según la sentencia, en regocijo de su libertad ó en conmemoración de su muerte. Bailleul, aunque invisible, había cumplido su promesa por medio de un amigo. La cena funeraria estaba dispuesta en el calabozo grande. Delicados platos, esquisitos vinos, fragantes flores y numerosos candelabros cubrían la puerta de pino de la cárcel. Lujo del adiós supremo, prodigalidad de los moribundos que nada tienen que ahorrar para el día siguiente... Los sentenciados se sentaron á aquel último banquete, tanto para restaurar en silencio sus fuerzas como para esperar con paciencia y distraccion el siguiente día. No valió la pena de acostarse. Un sacerdote, joven entonces y destinado á sobrevivirles mas de medio siglo, el abate Lambert,

amigo de Brissot y de otros girondinos, introducido en la Consergeria para consolar á los moribundos ó para bendecirlos, esperaba en el corredor el fin de aquella cena. Las puertas estaban abiertas y asistía desde allí á aquella escena notando en su alma las acciones, los suspiros y las palabras de los convidados.

La posteridad le debe la mayor parte de estos detalles verídicos como la conciencia, y fieles como la memoria de un amigo.

XXI.

La cena se prolongó hasta los primeros crepúsculos del día. Vergniaud puesto en el centro de la mesa, la presidia con la misma dignidad tranquila que había tenido la noche del 10 de agosto presidiendo la Convencion. Vergniaud era entre todos el que menos tenia que sentir dejando la vida, porque había conquistado su gloria y no dejaba ni padre, ni madre, ni esposa, ni hijos detrás de sí. Los otros se sentaron por grupos, reunidos por casualidad ó por el cariño. Brissot estaba solo al cabo de la mesa comiendo poco y sin hablar nada.

Nada indicó durante mucho tiempo en las fisonomias y en los dichos que esta comida fuese el preludio de un suplicio. Se hubiera dicho que era un encuentro fortuito de algunos viajeros en una posada sobre un camino, apresurándose á gozar de las delicias de una comida fugitiva que el viage iba á interrumpir. Comieron y bebieron con apetito, pero sóbriamente. Desde la puerta se oía el ruido de la vagilla y el choque de los vasos mezclado con pocas conversaciones: silencio ordinario de convidados que satisfacen el primer apetito. Cuando se levantaron los platos y dejádolos solamente los postres, las botellas y las flores, la conversacion fué mas animada, ruidosa y grave,

como hombres sin cuidados á quienes el calor del vino desata la lengua y las ideas. Mainvielle, Antihoul, Du Chastel, Fonfrede, Ducos, toda aquella juventud que no podía creer que había envejecido en una hora para morir al otro día, se desahogó con palabras ligeras y ocurrencias alegres. Estas palabras contrastaban con tan próxima muerte, profanando la santidad de la última hora y helaban la falsa sonrisa que aquellos jóvenes se esforzaban por esparcir alrededor de ellos. Esta afectación de alegría ante Dios y ante la última hora era igualmente una falta de respeto á la vida y á la inmortalidad. No podían ni dejar la una ni acercarse á la otra con tanta ligereza. Estas bromas póstumas caían de sus labios como caen sobre una sepultura las flores que nadie aspira, que contraen el olor del sepulcro y que cuando no son reliquias parecen irrisiones.

Brissot, Fauchet, Sillery, Lassource, Lehardy, y Carra trataron alguna vez de responder á estas provocaciones ardientes de una alegría fingida y de una falsa indiferencia. Pero esta alegría inoportuna de sus jóvenes colegas apenas asomó á los labios de los hombres maduros. Vergniaud mas grave y mas realmente intrépido en su gravedad, miraba á Ducos y á Fonfrede con una sonrisa en que había tanta indulgencia como compasión.

Terminadas estas explosiones de ruido y alegría fúnebre, la conversacion tomó hacia la mañana un giro mas sério y un acento mas solemne. Brissot habló como profeta de las desgracias de la república, decapitada de sus mas virtuosos y de sus mas elocuentes ciudadanos. «Cuánta sangre no correrá para lavar la nuestra! esclamo al concluir,» se callaron todos un momento pareciendo consternados ante el fantasma del porvenir evocado por Brissot. «Amigos míos, repuso Vergniaud, al podar el árbol lo hemos muerto, era demasiado viejo, Robespierre lo ha cortado. ¿Será mas dichoso que nosotros? No. Este terreno es demasiado ligero para nutrir las raíces de la libertad

cívica, este pueblo es demasiado joven para manejar sus leyes sin herirse: él volverá á sus reyes como el niño vuelve á sus juguetes. ...! Nosotros hemos equivocado la época naciendo y muriendo por la libertad del mundo, dijo, ¡nos hemos creído en Roma y estábamos en París! Pero las revoluciones son como aquellas crisis que encanecen en una noche la cabeza de un hombre: maduran pronto á los pueblos. La sangre de nuestras venas es bastante caliente para fecundar la tierra de la república. No nos llevemos el porvenir y dejemos la esperanza al pueblo en cambio de la muerte que nos va á dar.»

XXII.

Un largo silencio siguió á estas palabras de Vergniaud, y la conversacion se remontó desde la tierra el cielo con el pensamiento. «¿Qué haremos mañana á estas horas?» dijo Ducos, que siempre hablaba en tono de chanza, aun en los asuntos mas serios, cada uno respondió segun su carácter. «Dormiremos despues de la jornada,» respondieron algunos. El escepticismo de la época corrompía hasta las últimas ideas, y no prometía mas que la intencion del alma ó unos hombres que iban á morir por la inmortalidad de un pensamiento humano. La inmortalidad del alma y las sublimes conjeturas de la vida futura á la cual tocaban, ocuparon mas convenientemente los instantes que quedaban de conversacion. Las voces fueron bajando, el acento se solemnisó, se esquivaron las sonrisas y el sonido de la palabra fué mas grave y sordo como el ruido del azadon que abre una sepultura. Fonfrede, Geoussonné, Carra, Fauchet y Brissot, pronunciaron discursos que respiraban toda la divinidad de la razon humana, y toda la certeza de la conciencia sobre

los misteriosos problemas del destino inmaterial del espíritu humano.

Vergniaud, que se había callado hasta entones, interpelado por sus amigos, reasumió el debate. Nunca dice el testigo que citamos, y que le había admirado muchas veces en la tribuna, nunca su frente, su acción, su palabra y el acento cavernoso de su voz, habían conmovido tan profundas fibras en el corazón de su auditorio. Parecía que hablaba desde lo alto de la tribuna de Dios.

Las palabras de Vergniaud se perdieron, solo quedó la impresión en el alma del sacerdote.

Después de haber reunido en un solo é inencontrable argumento todas las pruebas morales de la existencia de un ser primitivo, que él llamaba como en su tiempo el Ser Supremo; después de haber demostrado la necesidad de una Providencia, consecuencia de la excelencia de este Ser Supremo sobre las creaciones emanadas de él, y la necesidad de la justicia divina del Criador con respecto á sus criaturas; después de haber citado desde Sócrates á Cicerón, y de Cicerón á todos los justos sacrificados, la creencia universal de los pueblos y de los sabios, prueba superior á todas las pruebas que está en la naturaleza un instinto de otra segunda vida tan irrefutable como el instinto de la vida presente; después de haber llevado hasta la evidencia y hasta el entusiasmo la certeza de la continuación del ser después de este ser mortal no destruido, sino metamorfoseado por la muerte. Entonces, elevándose hasta el lirismo del profeta político y contrayendo el asunto á la situación de sus coacusados, para tomar su última prueba en ellos mismos dijo: «¿La mejor demostración de la inmortalidad no somos nosotros? ¿Nosotros en este sitio? ¿Nosotros tranquilos, serenos, impassibles al lado del cadáver de nuestro amigo, frente á nuestro propio cadáver discutiendo como en una pacífica asamblea de filósofos sobre el relámpago ó sobre la noche que seguirá inmediatamente á nuestro

último suspiro, y muriendo mas dichosos que Danton que va á vivir, y que Robespierre que va á triunfar?»

«Pero por qué hay esta calma en nuestros discursos y esta serenidad con nuestras almas? ¿No es por la convicción de haber cumplido con un gran deber hacia la humanidad? ¡Y bien! ¿Qué es la patria, qué es la humanidad? ¿Es acaso un montón de polvo animado que hoy es hombre y mañana no será sino barro y sangre? ¡No, no es por este barro viviente, sino por el alma de la humanidad y de la patria por la que nosotros vamos á morir! ¿Pero qué somos nosotros mismos, sino una partícula de este alma colectiva del género humano? Cada hombre de los que componen nuestra especie, tienen también un espíritu inmortal, imperecedero y confundido con esta alma de la patria y del género humano, por la cual es tan bello y tan dulce sacrificarse y morir. Nosotros no somos unos alucinados ilustres, continuó si unos seres consecuentes á su instintomoral, y que van después de cumplir con este deber, á vivir aun, á sufrir ó á gozar en la inmortalidad de los destinos del hombre. Muramos, pues, no con confianza, sino con convicción. ¡Nuestro testigo, en este gran proceso con la muerte, es nuestra creencia! ¡Nuestro juez es aquel gran Ser, cuyo nombre veneran los siglos, y á cuyos designios contribuimos nosotros como unos instrumentos que él rompe en su obra; pero cuyos pedazos caen á sus pies. La muerte no es sino el acto más poderoso de la vida, porque engendra una vida superior. A no ser así continuó con mas recogimiento, habría otra cosa mas grande que Dios. ¡Este sería el hombre justo como nosotros, sacrificándose sin recompensa y sin porvenir por su patria! Esta suposición es una ineptia ó una blasfemia. Yo la rechazo con desprecio y con horror.... ¡No! ¡Vergniaud no es mas grande que Dios; pero Dios es mas justo que Vergniaud, y no le hará subir mañana á un cadalso, sino para justificarle y vengarle en los tiempos venideros!»

Tales fueron las palabras, cuyo sentido solo fué sumariamente notado: «Esto es bien dicho», dijo Lassource, pero yo tengo en mi corazón una prueba más cierta que la elocuencia del genio moribundo, y es la palabra de un Dios muerto por los hombres.—Fuera, dijo sonriéndose irónicamente uno de los jóvenes convidados, Lassource, nada de sueños antes de dormir. Guardemos nuestro buen sentido hasta mañana. La razón piensa, las religiones enseñan. Yo no creo más que en la razón. Y yo dijo Sillery, creo en las dos. Cristo muriendo en un suplicio como nosotros, no es más que un testigo divino de la razón humana. No, su religión que nosotros hemos confundido con la tiranía, no es la opresión, sino la libertad. Cristo era el girondino de la inmortalidad!»

Faucher pronunció un discurso patético sobre la Pasión, comparando su suplicio con el Calvario. Todos se enternecieron, y muchos lloraron.

Vergniaud lo concilió todo al fin en algunas frases recogidas á medida que caían de sus labios. «¡Creamos lo que nos acomode, dijo, pero miramos ciertos de nuestra vida y del premio de nuestra muerte! Demos cada uno en sacrificio lo que tenemos, uno sus dudas, otros su fé, y todos nuestra sangre por la libertad! Cuando el hombre se ofrece en holocausto á Dios, ¿qué más debe?...»

XXIII.

La luz del día entraba por la claraboya del calabozo, empezando á disminuir la de las bugías. «Vámonos á acostar, dijo Ducos, la vida es cosa tan ligera que no vale la hora de sueño que perdemos pensando en ella.—Veamos, dijo Lassource á Sillery y á Faucher, la eternidad es tan cierta y tan terrible, que no bastarian mil

vidas para prepararse á ella.» Se levantaron de la mesa á estas palabras, separándose para ir á sus cuartos, y se recostaron casi todos en sus colchones.

Trece quedaron en el gran calabozo. Unos se hablaban en voz baja, otros ahogaban su llanto, y algunos dormían. A las ocho se les dejó salir en grupos por el corredor. El abate Lambert, este piadoso amigo de Brissot, que habia pasado la noche á la puerta de su calabozo, esperaba aun allí el permiso de comunicar con ellos. Brissot, apercibiéndole, se dirigió hacia él y lo abrazó con un trasporte convulsivo. El sacerdote le ofreció tímidamente la asistencia de su culto para endulzar ó santificar la muerte. Brissot lo rehusó con reconocimiento, pero con firmeza. «¿Conoces tú alguna cosa más santa que la muerte de un hombre de bien, que muere por haber rehusado la sangre de sus semejantes á los malos?» dijo al abate Lambert. El sacerdote no insistió.

Lassource, testigo de esta conversacion, se aproximó á Brissot. «¿Crees tú, le preguntó, en la inmortalidad de tu alma y en la providencia de Dios?—Si, respondió Brissot, creo, y porque creo voy á morir.—Pues bien, repuso Lassource, de esto á la religión no hay más que un paso. Yo, ministro de otro culto que el tuyo, no he admirado nunca tanto á los sacerdotes de tu religión como en estos calabozos, á donde vienen á traer el perdón, la esperanza, y á Dios mismo á los sentenciados. En tu lugar, yo me confesaria.» Brissot se retiró sin responder y fué á hablar con Vergniaud, Gensoné y los jóvenes. La mayor parte de estos rehusaron los socorros de la religión. Sentados unos en el pretil de piedra del patio, otros paseándose agarrados del brazo, otros de rodillas á los pies del sacerdote, recibiendo su bendición despues de una corta confesion de sus faltas, y todos esperando con serenidad la señal para salir, sus grupos semejabán un alto antes del combate.

El abate Emery, aunque sacerdote sin juramentar,
167 Biblioteca popular. T. IV. 30

había obtenido permiso para hablar con Fauchet por la reja que separaba el patio del corredor. Allí oyó y absolvió al obispo de Calvados. Fauchet, absuelto y penitente, oyó en confesión á Sillery y transmitió á su amigo el perdón divino que acababa de recibir.

A las diez entraron los ejecutores para preparar las cabezas de los reos á la cuchilla y atar sus manos. Todos fueron espontáneamente á inclinar sus cabezas bajo las tijeras y ofrecer los brazos á los cordeles. Gensonné, recogiendo un rizo de sus negros cabellos, se los dió al abate Lambert, suplicándole los remitiese á su esposa, indicándole su retiro: «Dile que esto es todo lo que puedo enviarte de mis restos, pero que muero dirigiéndola todo mi pensamiento.» Vergniaud sacó su reloj, escribió con la punta de un alfiler algunas iniciales y la fecha del 30 de octubre en el interior de la caja de oro, y lo puso disimuladamente en la mano de uno de los asistentes para que se lo llevase á una joven que amaba con un amor fraternal y con quien se proponía, según decían, casarse mas tarde. Todos tuvieron un nombre, una amistad, un amor ó un recuerdo que dar á conocer durante estos preparativos: casi todos alguna memoria suya que enviar á los que dejaban en la tierra. La esperanza de dejar un recuerdo en la tierra es el último lazo que une al moribundo á ella al abandonarla. Estos legados misteriosos fueron lealmente cumplidos.

XXIV.

Cuando aquellas hermosas cabelleras llenaron el suelo del calabozo, los ejecutores y los gendarmes reunieron á los sentenciados y los hicieron marchar en columna hacia el patio del Palacio. Cinco carretas les aguardaban. Una multitud inmensa los rodeaba. Al dar el primer paso

fuera de la Consergeria, los girondinos entonaron á una voz, y como marcha fúnebre, la primera estrofa de la *Marsellesa*, apoyándose con energía significativa sobre estos versos de doble sentido,

«El estandarte sangriento de la tiranía
se ha alzado en contra nuestra.»

Desde este momento dejaron de ocuparse de sí mismos para no pensar sino en el ejemplo de muerte republicana que querían dejar al pueblo. Sus voces no se apagaban un momento al fin de cada estrofa sino para elevarse con mas energía y mas sonoras al primer verso de la estrofa siguiente. Su marcha y su agonía no fueron mas que un cántico. Iban cuatro en cada carreta, y solo una llevaba cinco: el cadáver de Valazé iba tendido en la última. Su cabeza, descubierta y traqueada por las sacudidas del empedrado, rebotaba á la vista y en las rodillas de sus amigos, que tuvieron que cerrar los ojos para no ver aquel rostro lívido, y sin embargo, estos cantaban como los demas.

Al llegar al pie del cadalso se abrazaron todos en señal de comunión en la libertad, en la vida y en la muerte. Despues continuaron el cántico fúnebre para animarse mutuamente al suplicio y para enviar hasta el momento supremo al que ejecutaban la voz de sus compañeros de muerte. Todos murieron sin debilidad. Sillery con ironía: así que subió sobre el tablado le dió vuelta, saludando al pueblo á derecha é izquierda, como para darle gracias de la gloria y del cadalso. El coro disminuía cuantas veces caía la cuchilla fatal, las filas se aclaraban al pie de la guillotina. Una sola voz continuó la *Marsellesa*: era la de Vergniaud, ajusticiado el último. Aquellas sublimes notas fueron sus últimas palabras. Lo mismo que todos sus compañeros, este grande hombre no moría; se evaporaba en el entusiasmo; y su vida, que había prin-

cipiado por discursos inmortales, concluyó por un himno á la eternidad de la revolucion.

Un solo carro trasportó los cuerpos decapitados y una misma zanja los cubrió al lado de la de Luis XVI.

Algunos años despues, registrando en los archivos de la parroquia de la Magdalena para encontrar las huellas de las sepulturas de la época, los curiosos leian en una hoja de papel timbrado la cuenta de gasto del enterrador de este cementerio, visada por el presidente, autorizando el pago á la tesorería nacional, con estas palabras: por veinte y un diputados de la Gironda: los ataúdes 147 libras: gastos de inhumacion 63 libras, total 210.

Tal fué el precio de las espaldas de tierra que cubrieron á todo el partido de los fundadores de la república. Escilo ó Shakspeare no inventaron nunca mas amarga irrisión de la suerte que aquella cuenta del enterrador pidiendo y recibiendo su salario por haber enterrado sucesivamente á toda la monarquía y á toda la república de una gran nación.

XXV.

Tal fué la última hora de aquellos hombres. Tuvieron durante su corta vida todas las ilusiones de la esperanza, y tuvieron al morir la mas grande felicidad que Dios reserva á las grandes almas: el martirio que se goza en si mismo y que eleva hasta la santidad de victima al hombre sacrificado por su convicción y por su patria.

Seria supérfluo juzgarlos. Lo han sido en vida y en muerte. Cometieron tres faltas. La primera no haber tenido la audacia de su opinion, vacilando en proclamar la república antes del 10 de agosto á la apertura de la Asamblea legislativa. La segunda haber conspirado contra la Constitucion de 1791 que habian hecho y jurado, y haber

Reducido de este modo á la soberanía nacional á obrar como si fuese una faccion, prestado su auxilio para el suplicio del rey y forzado á la revolucion á emplear medios crueles. La tercera haber querido gobernar bajo la Convencion cuando era necesario combatir.

Tuvieron tres virtudes que compensan muchas de sus faltas á los ojos de la posteridad. Adoraron la libertad: fundaron la república, verdad precóz de los gobiernos futuros, y en fin murieron por no conceder mas sangre á un pueblo sediento de ella. Su época los sentenció á muerte, el porvenir los juzgará para la gloria y el perdón. Murieron por no haber querido permitir á la libertad que se manchase, y se grabará sobre su memoria la inscripción que Vergniaud, su voz, habia grabado con su mano en la pared de su calabozo: ¡Antes la muerte que el crimen! *Plutus mori quam fedari!*

Apenas sus cabezas habian caído á los pies del pueblo cuando el brillo de su partido en la Convencion y en toda la Francia fué sustituido por un carácter taciturno, sanguinario y siniestro. Juventud, belleza, ilusiones, genio y elocuencia antigua, todo pareció haber huido con ellos de la patria. París pudo decirse lo que se habia dicho en otro tiempo á si misma Lacedemonia, cuando el asesinato de su juventud en el campo de batalla. «La patria ha perdido su flor, la libertad su prestigio y la revolucion su primavera.»

Mientras que veinte y un girondinos perecian así en París, Petion, Buzot, Barbaroux, Guadet, erraban como bestias feroces acosados en los bosques y cavernas de la Gironda; madama Roland esperaba su última hora en una celda de la cárcel de la Abadía. Douriez se agitaba en el destierro para libertarse de sus remordimientos. La Fayette, fiel al menos á la libertad, espía en los subterráneos de la ciudadela de Olmutz, el crimen de haber sido su apóstol y de confesarla aun en las cadenas.

confundió á sus acusadores. Respondió como republican^o convencido que sacrificaba su ambicion á sus opiniones, su rango á su deber y su sangre á su patria. Citó sus actos y demostró sus compromisos. Estos eran tan evidentes como siniestros. El interrogatorio fué publicado, pero alterado, dando lugar á los periódicos de Paris para una controversia peligrosa que al mismo tiempo que justificaba al príncipe le señalaba mas á la atención de los jacobinos. Los girondinos, sus enemigos, le arrastraron en su muerte.

Hacia algunas semanas que el rigor de la cárcel se habia mitigado respecto á él. Se le permitia ver á sus hijos los duques de Montpensier y de Beaujolais, y comer con ellos: estos jóvenes príncipes, casi niños inocentes por su edad y culpables por su apellido, estaban encerrados con su padre, pero en distinto parage. Le dejaban recibir los papeles públicos y alguna correspondencia del exterior; la esperanza habia renacido en el alma del príncipe. Viendo perecer primero á Marat, y despues á Buzot, Barbaroux, Petion, sus acusadores mas encarnizados, habia creído que la Montaña, mas justa, lo llamaria bien pronto á su seno. Montañés irreprochable tanto en sus actos como en su corazón, no podia pensar que los republicanos sinceros quisiesen sacrificar en él el primero y mas desinteresado de los republicanos. El exceso de ingratitud del pueblo es siempre la asechanza y causa admiracion á los hombres populares. Piensan en sus servicios, y sus servicios se convierten en delitos en las vicisitudes de los acontecimientos y con la inconstancia natural de la opinion.

II.

El 15 de octubre, los periódicos de Paris anunciaron en Marsella que la Convencion acababa de decretar el

LIBRO CUARENTA Y OCHO.

El duque de Orleans conducido desde Marsella á Paris. — Su causa. — Su sentencia. — Su ejecucion. — Juicio de la historia sobre este príncipe.

La Convencion, despues de haber castigado la traicion en la persona de Custine, el realismo en la reina, el federalismo en la Gironda, quiso extinguir hiriendo otra cabeza, la eventualidad de una dinastía futura y rodear la república de los cadáveres de todos sus enemigos pasados, presentes y venideros. Pensó en el duque de Orleans, tanto tiempo su cómplice y ahora su víctima.

Hemos dejado á este príncipe encerrado con dos de sus hijos en el fuerte de San Juan en Marsella, y sufriendo en los calabozos de esta prision de Estado todas las angustias de la cautividad. Interrogado por primera vez el 7 de mayo, por el presidente del tribunal revolucionario de las Bocas del Ródano, sobre sus relaciones con Mirabeau con La Fayette y con Dumouriez y sobre sus tramas para restablecer y apropiarse el trono, el duque de Orleans

próximo juicio del duque de Orleans. Este príncipe estaba en la mesa con sus hijos: «Tanto mejor, les dijo, es necesario ya que esto se acabe pronto para mí de una manera ó de otra: ¡abrazadme, hijos míos! Este es un buen día. ¿Y de qué, prosiguió, me pueden acusar?» Abrió el periódico y leyó el decreto de acusación. «Este decreto no está motivado en nada, repuso, ha sido solicitado por grandes malvados; pero no importa, por mas que ligan, yo los desafío á que encuentren nada contra mí. Vamos, hijos míos, continuó mirando las caras inquietas y afligidas de sus hijos, no os afligáis por una cosa que considero como una buena noticia, y pongámonos á jugar.»

A los dos días, algunos comisionados llegaron de París. Estos halagaron al príncipe, considerando su próximo juicio como una justificación y una libertad cierta. La seguridad y la alegría brillaban en los rostros del padre y de los hijos. Pero el 23 de octubre, á las cinco de la mañana, el príncipe en traje de camino, y acompañado de los comisionados y de gendarmes, entró en la habitación del duque de Montpensier, el mayor de sus hijos, y abrazándolo con la ternura de padre, el último y el mas indeleble de los instintos: «Vengo á decirte adiós, le dijo humedeciendo la cara de su hijo con sus lágrimas, porque voy á partir.» El joven no respondió sino con sollozos. «Yo quería, añadió el padre, marchar sin despedirme de tí, porque siempre es un momento doloroso; pero no he podido resistir al deseo de verte antes de mi viaje. Adiós, hijo mío, consuétate y consueta á tu hermano, y acordaos los dos de la felicidad que experimentaremos volviéndonos á ver bien pronto.» Con estas palabras se separó de los brazos de sus hijos. Los dos hermanos pasaron el día consolándose y animándose contra el dolor de una separación que los dejaba huérfanos en las manos de sus crueles carceleros. Adoraban en el duque de Orleans al padre tierno y bueno, y no juzga-

ban al príncipe ni sondeaban al hombre. La naturaleza por otra parte les mandaba no juzgar, sino querer y compadecer á su padre.

III.

Entretanto el príncipe, seguido de un solo ayuda de cámara de confianza, llamado Gamache, y acompañado por los comisionados de la Convención, tomaba el camino de París, escoltado por un fuerte destacamento de gendarmería. Hacía el viage con lentitud, parando al fin de cada día en las fondas de los pueblos principales. En Auxerre, bajó del coche para comer: durante la comida uno de los comisionados escribió un billete á la comisión de seguridad general, para anunciar al gobierno la hora en que llegaría el príncipe á París, y para preguntar á que cárcel se conduciría al preso.

En la barrera de París, un hombre apostado hizo detener los caballos, subió al coche, é indicó á los postillones que se dirigiesen á la Consergeria. El príncipe se apeó en el patio del palacio de la Justicia, que estaba lleno de curiosos, atraídos por la novedad de su llegada. Se le destinó una habitación inmediata á la en que María Antonieta habia pasado sus últimas horas de agonía, dejándole á su fiel servidor. Cuando los comisionados se retiraron: «Y bien, dijo el duque á Gamache, habeis querido encerraros conmigo en este calabozo. Yo os lo agradezco, Gamache, y espero que no siempre estaremos presos.» Quiso escribir á sus hijos, pero temió que sus cartas fuesen abiertas é interceptadas. Los nombres de sus hijos y de su hija estaba siempre en sus labios.

Voidel, su defensor, comunicaba libremente con él, mediaba con los miembros de la comisión de seguridad

general, y volvía muchas veces á dar al acusado la seguridad de su libertad.

Durante los cuatro dias que precedieron á su juicio, el príncipe vivía de ilusiones ó de indiferencia sobre su suerte, como un hombre á quien la vida es pesada y para quien la muerte es un descanso. El 6 de noviembre compareció ante el tribunal. La acusacion fué tan vaga y tan quimérica como la de los girondinos. Las respuestas breves y precisas del acusado, no dejaban ningún pretesto plausible para sentenciarle. Su vida entera respondía mejor aun que sus palabras. Había sacrificado á la república hasta sus remordimientos. Interrogado por Hermann, si había votado la muerte del tirano con la ambiciosa premeditacion de sucederle: «La he votado, dijo, en mi alma y en mi conciencia.» Oyó su sentencia como si hubiera oído la de otro cualquiera, y solo dijo con un tono de ligera ironía á sus jueces: «Ya que estábais decididos á matarme, debierais al menos buscar pretestos mas especiosos para mi sentencia, porque no persuadiréis jamás á nadie de que me hayais creído culpable de las traiciones de que acabais de declararme convicto.» En seguida, mirando fijamente al antiguo marqués de Antonelle, confiderte que había sido antes de sus actos revolucionarios, y entonces presidente del jurado que lo condenaba á muerte: «Y vos, sobre todo, le dijo como reconviniéndole, ¡vos que me conocéis tan bien!» Antonelle bajó los ojos. «Por lo demás, repuso el príncipe con un acento de animosa impaciencia, puesto que mi suerte está decidida, os pido que no me hagais padecer aquí hasta mañana, señalando con la mano la puerta de la Conserjería, y que mandéis que sea conducido á la muerte en el acto.» Y tomó con paso firme el camino del calabozo.

Dos sacerdotes, los abates Lambert y Lothringer, los mismos que habían asistido á los girondinos durante su última noche, esperaban cerca de la lumbre, en el calabozo grande, hablando con el llavero y con los gendarmes, la hora en que bajasen los acusados del tribunal. Vieron entrar al duque de Orleans, no con aquella impasibilidad exterior que todo hombre de valor adquiere delante de las miradas de sus enemigos, sino con el desorden de un hombre indignado por las injusticias de los hombres, y que se desahoga al abrigo de los calabozos, delante de sí mismo y delante de Dios; su paso era rápido, sus maneras rígidas y violentas, y su cara estaba inflamada por la ira. Algunas exclamaciones involuntarias y sin concluir salían de su boca; levantaba los ojos al cielo y paseándose á grandes pasos por el calabozo: «¡Malvados, exclamaba deteniéndose algunas veces como delante de una idea súbita ó como delante de una aparición, malvados: yo se lo he dado todo, rango, fortuna, ambicion, honor, la fama de mi raza en el porvenir, la repugnancia misma de la naturaleza y de la conciencia para condenar á sus enemigos!.... ¡y está es la recompensa que me guardaban!.... ¡Ah! si yo hubiera obrado como ellos dicen, por ambicion, ¡cuán desgraciado sería ahora! Mi ambicion era mas elevada que la de un trono, era la ambicion de la libertad de mi país y de la felicidad de mis semejantes, ¡Y bien! ¡Viva la república! ¡este grito saldrá de mi calabozo como ha salido de un palacio!» En seguida, enterneciéndose por la suerte de sus hijos, presos ó proscritos, los llamaba como si hubiera estado solo: y hablaba en voz alta golpeando el suelo con el pie, y con las manos las paredes del calabozo.

Los gendarmes y los carceleros que estaban separados a un lado, inmóviles y silenciosos dejaban desahogar sin interrumpirla, esta explosión del alma del sentenciado. Cuando se calmó este acceso, el duque de Orleans se acercó a la chimenea. El sacerdote alemán Lothringer, torpe é importuno como el contrasentido, se aproximó al príncipe y le dijo sin mas preparación: «¡Vamos, señor, ya es demasiado gemir, es necesario que os confeseis!— ¡Dejadme descansar, imbécil! respondió con un juramento energético y un ademán de impaciencia el duque de Orleans — ¿Queréis, pues, morir como habéis vivido? repuso el obstinado clérigo — ¡Oh! sí, dijeron los gendarmes con un tono de broma cruel, ha vivido bien, dejadle morir como ha vivido.»

El abate Lambert, hombre delicado y sensible, sufría interiormente al ver la poca destreza de su compañero, la grosería de los soldados y la humillación del sentenciado. Se acercó al príncipe con aspecto respetuoso y compasivo. «Igualdad, le dijo, vengo aquí á ofrecerte los sacramentos, ó al menos los consuelos de un ministro del cielo. ¿Quieres recibirlos de un hombre que te hace justicia y que se compadece de tí sinceramente?— ¿Quién eres tú? respondió endulzando su fisonomía el duque de Orleans. — Soy, repuso el sacerdote, el vicario general del obispo de Paris. Si tú no quieres mi ministerio como sacerdote, como hombre al lado de tu mujer y de tu familia. — No, replicó el duque de Orleans, le doy gracias, no quiero que nadie vea en mí conciencia sino yo, no tengo necesidad mas que de mí mismo para morir como buen ciudadano.» Se hizo traer el desayuno, comiendo y bebiendo con apetito; pero no hasta embriagarse. Un miembro del tribunal vino á preguntarle si tenía al-

gunas revelaciones que hacer en interés de la república. «Si yo hubiera sabido alguna cosa contra la seguridad de la patria, respondería, no hubiera esperado hasta esta hora para decirlo. Además, no llevo ningún resentimiento contra el tribunal, ni aun contra la Convención y los patriotas: no son ellos los que quieren mi muerte, viene de mas alto.....» y calló.

A las tres fueron á buscarle para llevarle al cadalso. Los presos de la Conserjería, casi todos enemigos del papel y del nombre del duque de Orleans en la revolución, se apiñaban en los patios, en los corredores y en las puertas para verlo pasar. Iba escoltado por seis gendarmes con los sables en la mano. Por su aspecto, por su actitud, por la altivez de su frente y por la energía de su paso sobre el pavimento se le hubiera tomado mas bien por un soldado marchando al combate que por un sentenciado á quien se conduce al suplicio. El abate Lothringer subió con él y otros tres sentenciados en la misma carreta. Algunos escuadrones de gendarmería formaban la escolta. El carro rodaba lentamente: todas las miradas buscaban al príncipe, los unos como una venganza y los otros como una espacion. Nunca tuvo como en este día terrible la dignidad y la nobleza de su rango: se habia convertido otra vez en príncipe por el sentimiento de morir como ciudadano. Llevaba con orgullo la cabeza, dirigiendo con toda su libertad de espíritu miradas de indiferencia sobre la multitud, y separaba el oído de las exortaciones del sacerdote que no cesaba de molestarlo. Una detención por el piso de la calle ó por un refinamiento de crueldad, hicieron detener un momento la carreta en la plaza del Palacio Real, delante de su morada.

«¿Por qué se detienen aquí? preguntó. Es para hacerte contemplar tu palacio, le respondió el eclesiástico. Ya lo ves, el camino se acorta, el fin se acerca, piensa en tu conciencia y confíesate.» El príncipe sin responderle, miró largo rato las ventanas de aquella mansión, en donde había fomentado todos los gérmenes de la revolución, saboreado todos los desórdenes de su juventud y cultivado todos los lazos de la familia. La inscripción de *propiedad nacional* grabada en la puerta del Palacio Real, en lugar de su escudo de armas, le hizo comprender que la república había repartido sus despojos antes de su muerte, y que aquellos techos y aquellos jardines no guarecían ya ni aun á sus hijos. La imagen de la indignación y de la proscripción de su estirpe, le hirió mas que el hacha del verdugo. Inclino la cabeza sobre el pecho, como si la tuviera ya desprendida del cuerpo, y miró hácia otro lado.

Continuó así abatido y mudo hasta la entrada de la plaza de la Revolución por la calle Real. El aspecto de la multitud que llenaba la plaza, el redoble de las cajas que sonó á su aproximación, le hicieron levantar la cabeza por temor de que tomasen su tristeza por debilidad. El sacerdote continuaba instándole vivamente para que aceptase los auxilios de su ministerio. «Inclinate ante Dios y acúsate de tus faltas.—¿Y puedo hacerlo en medio de esta multitud y de este ruido? ¿Es este lugar á propósito para arrepentirse ó para mostrar valor? respondió el príncipe.—Pues bien, replicó el sacerdote, confíesame aquella falta que mas pese sobre tu vida, Dios te tendrá en cuenta la intencion y la imposibilidad actual, y yo te perdonaré en su nombre.»

Sea mortificación y causancio, sea inspiración tardía del cadalso á que se acercaba á cada paso de la carreta, el príncipe se inclinó ante el ministro de Dios y murmuró algunas palabras que se perdieron entre el ruido de la multitud y el misterio de la confesion, y recibió

con la actitud del respeto y del recogimiento, el perdón del cielo á pocos pasos del patíbulo desde donde Luis XVI habia dado el suyo á sus enemigos. El príncipe iba vestido con elegancia y con la imitación del traje extranjero que habia afectado desde su juventud. Bajó de la carreta y subió el tablado de la guillotina, en donde los sirvientes del verdugo quisieron quitarle sus botas estrechas y ajustadas á sus piernas. «No, no, les dijo con sangre fría, despues las sacareis mejor, ¡despachemos, despachemos!» Miró sin emoción el filo de la cuchilla, y murió con una seguridad que semejaba á una revelación del porvenir. ¿Era por estoicismo de carácter ó por convicción republicana? ¿O era acaso el presentimiento de un padre ambicioso por sus hijos que preveía que una nación insconstante les daría un trono por algunas gotas de sangre?

VII.

Todo ha quedado inexplicable en este príncipe. Su misma memoria es un problema que hace temer al historiador carecer de justicia ó de reprobación al juzgarla. La época misma en que escribimos no es la mas á propósito para este juicio. Su hijo reina en Francia. La indulgencia hácia la memoria del padre podría parecer á unos adulación al sucesor, la severidad á un resentimiento de una teoría. Así el temor de aparecer servil ó el temor de aparecer hostil, espone igualmente al escritor que piense únicamente en aquel día á ser injusto. Pero la justicia que se debe á la muerte, y la verdad que se debe á la historia, van mas adelante que estos miramientos que el escritor puede tener sobre su propio tiempo. Debe desafiar para ser equitativo, la sospecha de enemistad como la sospecha de adulación. La memoria de los muer-

tos no es una moneda de tráfico en las manos de los vivos.

Como republicano aquel príncipe, según nuestro parecer, ha sido calumniado. Todos los partidos, por decirlo así, se han puesto de acuerdo para hacer de su nombre un objeto de injuria y de execración común: los realistas, porque él fué uno de los mas grandes motores de la revolución; los republicanos, porque su muerte fué una de las mas odiosas ingratitudes de la república; el pueblo porque era príncipe; la aristocracia porque se habia hecho pueblo; los facciosos porque rehusó prestar su nombre á sus conspiraciones alternativas contra la patria, y todos porque quiso imitar aquella gloria sospechosa que se llama el heroísmo de Bruto. A los ojos de los hombres imparciales si votó la muerte del rey por convicción y por republicanismo, esta convicción repugnaba al sentimiento, y parecia un atentado contra la naturaleza. Pero el rencor tenia demasiadas verdades crueles que verter sobre su nombre para escusarle las calumnias y las murmuraciones. A medida que la revolución se despoja de sus oscuridades, y que cada partido lega al morir sus confidencias á la historia, la memoria del duque de Orleans se despoja de las tramas, de las complicidades, de los crímenes y de la importancia que se le ha dado. La revolución no debió á este hombre, ni tanto reconocimiento, ni tanto rencor; fué solo un instrumento sucesivamente empleado y roto por ella. El no fué ni su autor, ni su dueño, ni el Judas, ni el Cromwell.

La revolución no fué una conjuración, fué una filosofía; no se vendió á un hombre, si no se sacrificó á una idea. Verla entera con el duque de Orleans, es engrandecer demasiado á un hombre y rebajar demasiado los acontecimientos. A escepcion de las primeras agitaciones populares de París no se apercibe claramente, ni su nombre, ni su mano, ni su oro, en ninguna de las jornadas decisivas. Tal vez sonó por un momento, una co-

rona votada por aclamación por el favor público. Gozó quizá con una satisfacción culpable del abatimiento y los terrores de una reina y de una corte que lo habian humillado. No tardó mucho en comprender que la revolución no coronaba á nadie, y que arrastraría con el trono á todos sus pretendientes y á todos los que sobreviviesen á él. Él se arrepintió entonces, y los infortunios de Luis XVI le enternecieron y quiso de buena fé reconciliarse con el rey y sostener la Constitución. Los insultos de los cortesanos y las antipatías de la corte le rechazaron y tomó las opiniones extremas como un asilo á que se arrojó por desesperación, no encontrando mas que los recelos y las injurias de los gefes populares que no le perdonaban su nombre. Danton lo abandonó, Robespierre afectó temerle, Marat lo denunció, y Camilo Desmoulins lo señaló á los terroristas. Los girondinos lo acusaron, y los montañeses le llevaron al cadalso.

VIII.

Recorrió todas las fases de su fortuna con el estorpeismo de un príncipe que no pide á su patria mas que el título de ciudadano, y á la república el honor de morir por ella. Murió sin dirigir una queja á esta causa, y como si la ingratitud de la república fuese la corona cívica de sus fundadores. Se habia desde entonces desprendido de su rango, y entregado enteramente al pueblo; ó como servidor ó como víctima. Desgraciadamente para su memoria, se dió como juez en una causa en que la naturaleza le recusaba. Hiriéndole el pueblo lo castigó menos severamente que la posteridad.

Si alguno siguió como un ciego, pero invariablemente y con constancia la marcha de la revolución, hasta su término y sin preguntar á donde conducia, fué el duque

de Orleans. Fué el Edipo de la familia de los Borbones. Hombre débil, pariente culpable, irreprochable patriota, y suicida de su fama, realizó en él el dicho de Danton: «¡Perezca nuestra memoria y que la república se salve!» Cobarde si hizo aquel sacrificio á su popularidad, cruel si lo hizo á su opinión, odioso si lo hizo á su ambición, él se ha llevado el secreto de su conducta política ante Dios. En la duda de sus motivos la historia puede dudar.

Hay en los movimientos de una revolución una grandeza que se comunica á los caracteres, y que agranda alguna vez á las almas mas vulgares en proporcion de los acontecimientos de que participan. Los hombres ligeros y corrompidos al principio de la accion, se vuelven poco á poco serios adictos, y trágicos como el pensamiento que los envuelve y los eleva en su torbellino. El duque de Orleans, fué tal vez uno de estos hombres. Su vida desordenada al principio, manchada al medio y trágica al fin, empezó como un escándalo, prosiguió como una trama, y acabó como un acto de resignacion. Lo mismo que Bruto, su modelo y su error, quedará eternamente problemático á los ojos de la posteridad. Pero esta sacará esta gran leccion: y es, que cuando la opinion y la naturaleza luchan en el corazon de un ciudadano, es la naturaleza la que es necesario escuchar, porque la opinion se engaña con frecuencia y la naturaleza es infalible. Por otra parte, las faltas que se cometen contra la opinion, las perdona, el corazon humano, y algunas veces las admira; pero las faltas que se cometen contra la naturaleza, Dios las reprueba y los hombres no las perdonan jamás.

LIBRO CUARENTA Y NUEVE.

La república en el interior y en el exterior.—Carnot.—Situacion de los coaligados.—Muerte del general Dampierre.—Inglaterra.—Pitt.—Dunkerque sitiada por el ejército inglés.—Houchard, general en jefe del Norte.—Jourdan.—Hoche.—Levasseur y Delbrel, representantes del pueblo.—Batalla de Hondschoote.—Libertad de Dunkerque.—Houchard sentenciado y ejecutado.—Le remplace Jourdan.—Batalla de Wattignies.—El representante Duquesnoy.—Levantamiento del bloqueo de Maubeuge.—El general Chancel muere en el cadalso.—Pichegru manda el ejército del Rhin y Hoche el del Mosela.—Antecedentes de estos dos generales.—La Vendée.—Lyon y Tolon.—Descripcion de Lyon.—Su poblacion.—Sus costumbres.—Sus tendencias.—Chalier.—Su educacion.—Su juventud.—Asesinato de los prisioneros.—Turbulencias de Lyon.—Las secciones toman las armas.—Madimer.—Las secciones victoriosas.—Sentencia y ejecucion de Chalier.—Lyon pasa de la aristocracia á la rebelion.—Chasset y Biroteau se refugian en Lyon.—Comision popular.—Trabajos y preparativos de defensa.—Mr. de Precy nombrado comandante general por los lioneses.—Mrs. de Chanelette y de Virieu.—La Convencion encarga á Kellermann el bloqueo de Lyon.—Sitio y bombardeo de esta ciudad.—Defensa desesperada de los lioneses.—Doppet remplace á Kellermann.—Lyon reducido al último apuro.—Retirada de los sitiadores.—Derrota de la columna mandada por Mr. de Virieu.—Desaparicion de este.—Se divide la columna de Mr. de Precy.—Es derrotada y destruida.—Mr. de Precy fugitivo consigue refugiarse en Suiza.

La república ganaba en los campos de batalla el terreno que perdía en los cadalsos con semejantes acontecimientos. A medida que era mas terrible en el interior, era mas formidable en el exterior. Sus fronteras

de Orleans. Fué el Edipo de la familia de los Borbones. Hombre débil, pariente culpable, irrepreensible patriota, y suicida de su fama, realizó en él el dicho de Danton: «¡Perezca nuestra memoria y que la república se salve!» Cobarde si hizo aquel sacrificio á su popularidad, cruel si lo hizo á su opinión, odioso si lo hizo á su ambición, él se ha llevado el secreto de su conducta política ante Dios. En la duda de sus motivos la historia puede dudar.

Hay en los movimientos de una revolución una grandeza que se comunica á los caracteres, y que agranda alguna vez á las almas mas vulgares en proporcion de los acontecimientos de que participan. Los hombres ligeros y corrompidos al principio de la accion, se vuelven poco á poco serios adictos, y trágicos como el pensamiento que los envuelve y los eleva en su torbellino. El duque de Orleans, fué tal vez uno de estos hombres. Su vida desordenada al principio, manchada al medio y trágica al fin, empezó como un escándalo, prosiguió como una trama, y acabó como un acto de resignacion. Lo mismo que Bruto, su modelo y su error, quedará eternamente problemático á los ojos de la posteridad. Pero esta sacará esta gran leccion: y es, que cuando la opinion y la naturaleza luchan en el corazon de un ciudadano, es la naturaleza la que es necesario escuchar, porque la opinion se engaña con frecuencia y la naturaleza es infalible. Por otra parte, las faltas que se cometen contra la opinion, las perdona, el corazon humano, y algunas veces las admira; pero las faltas que se cometen contra la naturaleza, Dios las reprueba y los hombres no las perdonan jamás.

LIBRO CUARENTA Y NUEVE.

La república en el interior y en el exterior.—Carnot.—Situacion de los coaligados.—Muerte del general Dampierre.—Inglaterra.—Pitt.—Dunkerque sitiada por el ejército inglés.—Houchard, general en jefe del Norte.—Jourdan.—Hoche.—Levasseur y Delbrel, representantes del pueblo.—Batalla de Hondschoote.—Libertad de Dunkerque.—Houchard sentenciado y ejecutado.—Le reemplaza Jourdan.—Batalla de Wattignies.—El representante Duquesnoy.—Levantamiento del bloqueo de Maubeuge.—El general Chancel muere en el cadalso.—Pichegru manda el ejército del Rhin y Hoche el del Mosela.—Antecedentes de estos dos generales.—La Vendée.—Lyon y Tolon.—Descripcion de Lyon.—Su poblacion.—Sus costumbres.—Sus tendencias.—Chalier.—Su educacion.—Su juventud.—Asesinato de los prisioneros.—Turbulencias de Lyon.—Las secciones toman las armas.—Madimer.—Las secciones victoriosas.—Sentencia y ejecucion de Chalier.—Lyon pasa de la aristocracia á la rebelion.—Chasset y Biroteau se refugian en Lyon.—Comision popular.—Trabajos y preparativos de defensa.—Mr. de Precy nombrado comandante general por los lioneses.—Mrs. de Chanelette y de Virieu.—La Convencion encarga á Kellermann el bloqueo de Lyon.—Sitio y bombardeo de esta ciudad.—Defensa desesperada de los lioneses.—Doppet reemplaza á Kellermann.—Lyon reducido al último apuro.—Retirada de los sitiadores.—Derrota de la columna mandada por Mr. de Virieu.—Desaparicion de este.—Se divide la columna de Mr. de Precy.—Es derrotada y destruida.—Mr. de Precy fugitivo consigue refugiarse en Suiza.

La república ganaba en los campos de batalla el terreno que perdía en los cadalsos con semejantes acontecimientos. A medida que era mas terrible en el interior, era mas formidable en el exterior. Sus fronteras

atacadas en el Norte, le inspiraban mas patriotismo que espanto. Todas las medidas para el levantamiento en masa y armamento general se ejecutaban con orden y prontitud. Carnot, á quien con razon llamaban el *Louvois* del Terror, tenia su cuartel general en la comision de salud pública. Carnot, desde la muerte de Custine, era el verdadero generalísimo de los ejércitos de la república. Estos ejércitos esparcidos, prisioneros en los campamentos, fortificados detrás de las líneas de retrincheramiento, sin confianza en sus gefes, sin cohesion entre si mismos, sin otra táctica que una resistencia pasiva, empezaban á adquirir de nuevo, con su union, la fuerza y la movilidad que dan la victoria. El genio de la revolucion revelado á Carnot y á sus colegas de la comision por los mismos apuros de la patria, inventaba la guerra moderna, es decir, la guerra popular. Hasta entonces la guerra habia sido un arte, y las campañas evolucionaban sabias en que la habilidad de los generales consumia el tiempo en maniobras estratégicas y en la toma de algunas plazas. Carnot lo convirtió en un instinto. Desdeñó aquellas pueriles tácticas, y las cambió en una táctica soberana. Esta táctica consistia en llevar á un pueblo sobre la frontera, á marchar recto y pronto, á herir en el corazon, á descuidar los pequeños lances y la pérdida de algunos pueblos en cambio de grandes resultados, y á escitar el entusiasmo por la disciplina y dar la victoria por tanto á los ejércitos y á los generales. Este sistema no tardó en afirmar nuestros batallones y en desconcertar á nuestros enemigos.

II.

Nunca la debilidad de los coaligados apareció mayor que en las campañas que se siguieron á la de 1792. Los

gabinetes y los generales de Europa parecia que ignoraban el precio de dos cosas que los hombres de guerra deben disputarse ante todo: el tiempo y el movimiento. Se ha visto con cuanta lentitud el Austria, la Prusia y el Imperio habian formado sus contingentes armados en 1791, y con qué dudas, mas semejantes á traiciones que á la prudencia, el generalísimo duque de Brunswick habia abordado el territorio y explorado el ejército de Dumouriez. Si el duque de Brunswick, y despues de él el principe de Coburgo, hubiesen tenido por instruccion secreta ejercer y aguerrir poco á poco al ejército francés en maniobras y escaramuzas que lo hiciesen capaz de vencerlos un dia, no hubieran seguido otro sistema. En lugar de sorprender á la Francia desarmada y dividida, de marchar en columnas de ciento ó doscientos mil hombres sobre Paris, por uno de esos numerosos boquetes que la naturaleza ha abierto en nuestras fronteras en los valles del Rhin, ó por las llanuras del Norte, estos generales habian empleado diez y ocho meses en consejos de guerra, en armamentos insuficientes y en timidas probaturas, no oponiendo casi nunca á nuestros batallones sino batallones en número igual ó inferior, y no avanzando sino para replegarse, como si la Francia hubiese sido un terreno ardiente que debia quemar los pies de sus soldados y de sus caballos. El genio de la libertad debia tales enemigos á la revolucion. Unos aliados secretos no le hubieran sido mas útiles.

La debilidad de los gabinetes no contribuyó menos que la falta de genio de los generales para hacer ganar tiempo á la Francia. Ningun concierto formal existia entre ellos: ninguna de las potencias queria ayudar demasiado á la otra á vencer. Todas temian la victoria, tanto y acaso mas que la derrota, limitándose solo á guardar el decoro de la guerra contra nosotros, á defender sus territorios y amenazar aquí ó allá algunas de nuestras plazas, ó combatir una á una por ejércitos aislados y nunca

reunidos; dejando á Dumouriez volar con sus mejores batallones, de la Champaña libertada á la Bélgica conquistada, viendo caer al trono, juzgar al rey, surgir la republica, inmolarse á la reina, estallar las esplosiones de París hasta en sus tronos sin reunirse por el peligro común. ¿Y por qué esta diferencia entre la coaliccion y la Francia? Porque el entusiasmo levantaba á la Francia y el egoismo encadenaba á los miembros lánguidos de la coaliccion. La Francia se levantó, combatió y murió por el principio de libertad cuya santidad conocia en su causa, y de la cual queria ser el apóstol y el mártir.

Si la coaliccion sacrificándose por el principio de la monarquía, con el sentimiento desinteresado de pueblos y de gabinetes que defienden otro orden social, hubiese puesto su causa general por cima de sus intereses de corte, la lucha hubiera sido mas terrible y puede ser que la causa de la monarquía hubiera triunfado. Pero el interés general de los tronos no era, en el lenguaje oficial de la coaliccion, sino una palabra que ocultaba las rivalidades en Alemania y las ambiciones territoriales en Francia y Polonia. Cada una de las potencias impulsaba ó retenia á la otra por sus miras particulares y con frecuencia pérdidas. Todas tenían otro objeto que sofocar, la revolucion de París. De aquí la incoherencia, los miramientos, las demostraciones sin efecto, las retiradas sin motivo, las marchas sin objeto, los combates personales, y en fin, la vergüenza común. No es dado al egoismo producir milagros de abnegacion. Las ambiciones hacen á los soldados: solo los principios hacen á los héroes.

III.

La Polonia destrozada por sus últimas disensiones, tocaba á una segunda particion; la Rusia, la Prusia y el

Austria mas atentas á la Polonia que á la Francia, se miraban mutuamente sin cesar, para impedir que una de estas tres potencias se apoderase sola de la presa mientras se distraian las otras. La Rusia, so pretesto de observar á los turcos y de abogar la revolucion en la Polonia Meridional, no envió su contingente á la coaliccion, limitándose á tener una escuadra en el Báltico para impedir que los neutrales llevasen socorros de viveres y hierro á los puertos franceses. La política de la corte de Viena estaba amortiguada por el baron de Thugut, recientemente nombrado primer ministro.

El baron de Thugut, hijo de un banquero de Lintz, señalado por sus facultades precoces por Maria Teresa, educado por ella en la diplomacia, largo tiempo empleado en negociaciones secretas en Constantinopla, en Varsovia, y en Petersburgo, habia resido en París durante las tempestades de la revolucion. Probó los principios, conoció á los autores y pasaba por haber respirado en aquel foco político los miasmas contagiosos de la filosofía y de la libertad. Thugut que estaba aliado en las sociedades secretas, como el duque de Brunswick, no queria extinguir, pero si moderar el fuego de la revolucion que en la Francia germinaba para el mundo. De acuerdo en esto con José II, aquel emperador filósofo, habia pasado del servicio de este príncipe al del Francisco II, príncipe anti-revolucionario.

Thugut, para adular al novel emperador habia aconsejado la guerra á la Francia, pero habia hecho nombrar para dirigirla al príncipe de Coburgo, del todo sumiso á su oculta direccion. Thugut contenia la guerra, al mismo tiempo de declararla.

Desde la batalla de Nerwinde, el gabinete de Viena y el príncipe de Coburgo se ocupaban en afirmar la dominacion austriaca en Bélgica mas que en proseguir sus victorias contra la Francia. Dampierre habia sucedido á Dumouriez. Habiendo recibido la orden de la Convencion para

atacar al ejército austriaco acampado entre Maubeuge y Saint-Amand, Dampierre obedeció sin esperanza y marchó contra el enemigo cubierto por bosques, talas y reductos. Cinco veces nuestras columnas de ataque retrocedieron en desorden delante de Clairfayt, el más enérgico de los generales de Coburgo. Al sexto ataque, Dampierre, puesto á la cabeza de un destacamento de preferencia se lanzó á caballo sobre un reducto. «¿A dónde vais, padre mío? le gritó su hijo que le servía de ayudante de campo, vais á una muerte inútil y segura.— Sí, amigo mío, le respondió su padre, pero prefiero morir en el campo del honor á caer bajo la cuchilla de la guillotina.» Apenas el general había proferido estas palabras cuando una bala de cañon le llevó la pierna y lo arrojó moribundo sobre la arena.

IV.

El príncipe de Coburgo, estimulado en vano por Clairfayt y por el duque de Yorek que mandaba el ejército anglo-hanoveriano combinado, no persiguió al ejército francés, y lo dejó tomar tranquilamente la fuerte posición del campo de César. En dos días los coaligados hubieran podido acampar sobre la altura de Montmartre. El Austria no quería ni vencer demasiado ni ser demasiado vencida; la Prusia lo quería menos aun. Únicamente ocupada en rebajar en Alemania la influencia del Austria, en roer al imperio por un lado, en asimilarse la Polonia por otro, el gabinete de Berlín seguía la misma política que le había hecho lanzarse tímidamente y retirar con vergüenza sus ejércitos de Champagne el año precedente. El duque de Brunswick, siempre á la cabeza de las fuerzas prusianas se había contentado con volver á tomar á Maguncia.

Imponente, numeroso, pero casi inmóvil, el ejército prusiano estaba en observacion mas que en campaña.

El rey de Prusia, con los ojos vueltos hácia la Polonia estaba en su campo. Lord Beauchamps, negociador inglés fué de Londres para poner un término á la indecision de este príncipe y hacerle firmar un tratado de alianza con la Inglaterra. Las dos potencias se garantizaban respectivamente sus Estados contra la Francia.

Entre tanto el príncipe de Coburgo habiendo tomado á Condé y declarado que lo ocupaba por el emperador y por derecho de conquista, el gabinete prusiano se indignó de ser engañado por los designios ambiciosos del Austria y de la Inglaterra, y meditó nuevas defecciones. Algunas palabras de inteligencia y algunas combinaciones de paz mediaron mas de una vez entre los generales franceses Biron y Custine y el agente confidencial del rey de Prusia, el hábil é insinuante Luchesini. Se combatía como pueblos que debían reconciliarse bien pronto.

De repente el rey de Prusia partió inopinadamente para la Polonia. La Inglaterra sola se obstinó en luchar á muerte contra la Francia. Para esto tenia dos motivos: uno material y el otro moral. Rival de la Francia en los mares, en las colonias y en las Indias Orientales, disputando á los navios franceses la navegacion y el comercio marítimo; la destruccion de la marina francesa y la ocupacion de nuestros puertos en el Mediterráneo ó en la Mancha eran para ella una ambicion muy natural y un rico despojo de la guerra para que no lo ambicionase. Por otro lado, aunque las teorías liberales establecen en los espíritus pensativos de los dos pueblos una especie de fraternidad y solidaridad: no obstante, como la libertad inglesa es toda aristocrática y como la libertad francesa se anunciase una vez mas como enteramente democrática, el instinto de la aristocracia británica se indignaba y se espantaba del ejemplo de una democracia victoriosa que queria pasar sin aristócratas, así como sin

reyes. Esta democracia británica se reconocía atacada en su principio. Al principio indiferente á la caída del trono y á las humillaciones del rey, la república le era odiosa desde que la Francia pretendía coronar la soberanía del pueblo. Las doctrinas de los jacobinos les parecían blasfemias contra las instituciones hereditarias de la Gran Bretaña. El triunfo de aquellas doctrinas en París y sobre el continente era á sus ojos la subversión de toda sociedad conocida.

La Inglaterra inspiraba sus terrores y su aborrecimiento á toda Europa, formando del mundo un cordon sanitario alrededor de aquel foco de igualdad. Anudaba y deshacía continuamente la madeja siempre floja y con frecuencia rota de la coalicion. Mr. Pitt que fué para su país el genio personificado de la aristocracia, era allí omnipotente porque era el primero que habia comprendido sus peligros. En vano la oposicion mas declamatoria que sólida de Mr. Fox y de sus amigos persistia en consurar la guerra y en disputar los subsidios. La opinion británica abandonaba á aquellos amigos obstinados de la revolucion francesa, desde que esta revolucion mataba á sus reyes y á sus reinas y proscrubia á sus primeros ciudadanos. Robespierre desacreditaba á Fox. La guerra contra la Francia perdía á los ojos de los ingleses el carácter de guerra de ambicion ó de guerra política y se convertía en guerra social. Mr. Pitt lo obtenia todo porque pasaba por querer salvarlo todo.

V.

La red de las alianzas contra-revolucionarias de monsieur Pitt se estendia ya á todo el continente. Este ministro tenia por aliados á la España, arrancada al pacto de familia por el destronamiento de los Borbones de

Francia; á la Rusia y á la Holanda, que la respondian de Suecia y Dinamarca; la Prusia empeñada por el tratado del 10 de julio último; el Austria, el Imperio y la mayor parte de los principes independientes de Alemania, Nápoles, Venecia y la Turquía, en fin, que habia rehusado á instancia suya recibir al embajador francés Semonville. Los mismos cantones suizos, y sobre todo Berna y los pequeños cantones trabajados por sus agentes é irritados por los asesinatos de los desgraciados hijos de la Suiza el 10 de agosto y el 2 de setiembre, hacian detener á los enviados franceses Maret y Semonville sobre el Lago Mayor y los entregaban al Austria que los encerró en sus casamatas. Así, á pesar de las envidias anteriores de la coalicion y del antagonismo secreto de las tres principales potencias que la componian, la Inglaterra consiguió tenerla en batalla mas que en campaña sobre el Mosela y el Rhin, pagando los esfuerzos que le arrancaba contra nosotros.

El duque de York, hijo del rey, principe valiente, y militar instruido, mandaba en la estremidad de la linea del principe de Coburgo, un ejército anglo hanoveriano mezclado con algunos cuerpos austriacos y heseses. El duque de York se impacientaba al ver la lentitud y la timidez del generalísimo. El único ejército que podia defender aun á la Convencion estaba campado en Arrás. El paso del Somme podia solo detener un momento á los doscientos mil combatientes que el principe de Coburgo podia llevar sobre Paris. Los plenipotenciarios enviados de Viena y de Berlin á Londres deliberaron allí con Mr. Pitt y el gabinete inglés sobre el plan de campaña. En lugar de concentrar las fuerzas de la coalicion y marchar en masa sobre el Somme, se tomó un partido mas conforme al espíritu de division y de incertidumbre que neutralizaba á los gabinetes y que impedia los grandes resultados.

Mr. Pitt para quien las disposiciones de las córtes

eran muy conocidas y que no esperaba ningun esfuerzo enérgico y sincero, quiso al menos asegurar á la Inglaterra un punto á la vez marítimo y terrestre sobre el suelo francés. Se resolvió sitiar á Dunkerque.

El almirante Maxbridge tuvo orden para hacer preparar una escuadra para batir la plaza mientras que el duque de York la atacaría por tierra. El ejército anglo-hanoveriano avanzó por Furnes y se dividió en dos cuerpos, de los cuales el uno al mando del duque de York sitió la plaza, y el otro a las órdenes del mariscal Freytag, ocupó la pequeña ciudad de Hondshoote y cubrió así el ejército sitiador. Estos dos ejércitos contaban al menos treinta y seis mil combatientes. Estaban tambien en comunicacion con el ejército del principe de Coburgo por el cuerpo de ejército del principe de Orange, que constaba de diez y seis mil hombres.

VI.

El general Houchard, que mandaba en gefe el ejército francés del Norte, recibió orden de Carnot para libertar á Dunkerque á toda costa. Esta plaza, incapaz de resistir por mucho tiempo, hacia prodigios de patriotismo y de valor para librarse de la humillacion de tener que rendirse á los ingleses. Jourdan, comandante de batallon pocos dias antes y á la sazón general por inspiracion de Carnot, mandaba un cuerpo de diez mil hombres campados en las alturas de Cassel, á cinco leguas de Dunkerque. Informado de los proyectos del enemigo sobre esta ciudad se habia apresurado á ir á ella, dirigió las disposiciones para la defensa y al regresar á su division de Cassel habia dejado el mando de Dunkerque al general Souham.

Un oficial cuyo nombre no debia tardar mucho tiem-

po en resonar en nuestras guerras llamado Lázaro Hoche acompañaba al general Souham en los cuidados de la defensa. Este jóven militar se señaló al golpe de vista de Carnot por un ardor y una inteligencia que son los albores de los grandes hombres.

Carnot destacó quince mil de los mejores soldados del ejército del Rhin y los envió el general en gefe del ejército del Norte para dar mas fuerza á los reclutas que componian la masa de este ejército. Carnot fué en persona á llevar á Houchard el ejército y el plan de las operaciones difíciles de que la comision de salud pública le encargó.

Houchard avanzó á la cabeza de cuarenta mil hombres contra la línea de los ingleses. Pasando por Cassel reunió los diez mil hombres de Jourdan, y marchó sobre Hondshoote. El duque de York y el mariscal Freytag se habian fortificado en esta posicion. Su flanco derecho se apoyaba sobre Furnes, y su centro en los molinos, reductos, tapias y paredes aspilleras con que habia erizado á Hondshoote. Estaban de este modo apoyados en el inmenso pantano de Moers, que se estiende entre Hondshoote y el mar. Algunos caminos faciles de cortar, aseguraban su retirada ó sus comunicaciones con el cuerpo que estaba sobre Dunkerque, siendo casi imposible que el enemigo los atacase en esta posicion.

El duque de York, Freytag y Walmoden, descansaban con entera seguridad en la fuerza de esta posicion y en el número de sus tropas, pero no dejaban por eso de acusar la lentitud del almirante Maxbridge en ejecutar las órdenes de Mr. Pitt y conducir delante de Dunkerque la escuadra que debia secundar á los sitiadores. Esta escuadra no se divisaba en el mar. Una escuadrilla de chalupas cañoneras francesas, ancladas en la gran rada de Dunkerque, surcaba continuamente con sus proyectiles, las dunas de arena en donde acampaba el ejército inglés.

El 6 de agosto, los puestos avanzados de los dos ejércitos se encontraron en Rexpoede, pueblo grande entre Cassel y Hondshoote. Jourdan, dispersando todo lo que encontraba delante, había barrido el camino y las aldeas hasta allí, y había hecho alto para pasar la noche. Tres batallones ocupaban el pueblo: el cuerpo principal de Jourdan acampaba en retaguardia, y la caballería vivaqueaba en las praderas y en los jardines. A la caída del día, el general Freytag y el príncipe Adolfo, uno de los hijos del rey de Inglaterra, que precedían á corta distancia á sus tropas, cayeron en uno de estos vivaes, y fueron hechos prisioneros por los franceses. Walmoden ocupaba Wormouth. Sabiendo la presencia de los franceses en Rexpoede, dejó á media noche su posición, cayó sobre este pueblo, dispersó la vanguardia de los tres batallones, libertó á Freytag y el príncipe Adolfo, y faltó poco para que cogiese al general Houchard y á los dos representantes del pueblo Delbrel y Levasseur, que acababan de llegar y estaban cenando en aquel pueblo. Jourdan, corrió al estruendo del fuego, no pudo salvar mas que á su general en jefe y á los representantes. Los tres batallones empeñados en el pueblo, se desbandaron y fueron recogidos por el general Collaud que vivaqueaba en Ost Capelle. Jourdan, después de inútiles esfuerzos para entrar en Rexpoede, volvió en la misma noche á reunirse con Houchard y los representantes en Rembek. Su caballo acerbillado de balazos, murió debajo de él á las puertas del pueblo. Walmoden, después de este dichoso encuentro, replegó su división sobre Hondshoote y reanimó con su relación la confianza del ejército inglés.

El 7, Houchard agrupó sus fuerzas, reconoció de mas cerca el pueblo y las avanzadas de Hondshoote.

Un exceso de prudencia le indujo á destacar una de sus divisiones para observar á los ingleses acampados cerca de Dunkerque. Con esta medida se debilitó y diseminó. Todos aquellos generales envejecidos en las rutinas, olvidaban que una victoria se lo dá todo al vencedor. El 8 alacó.

Freytag, herido el día anterior en Rexpoede, no podía montar á caballo, Walmoden mandaba, y había desplegado su ejército en las praderas que están delante de Hondshoote. En los franceses, Collaud mandaba la derecha, Jourdan la izquierda, Houchard el centro, y Vandamme la vanguardia. Un reduto con once piezas, cubría el pueblo y batía á la vez los dos caminos de Bergues y de Blenheim: otro reduto barria tambien el camino de Wareni. Las avenidas de estos redutos estaban inundadas, y era necesario para tomarlos marchar con el agua á la cintura, espuestos por diez minutos al fuego de las piezas y de los batallones cubiertos con parapetos. Houchard, que no economizaba sus tropas, empleó el fuego y perdió el día en ataques vivos, pero lentos, que no permitian á un cuerpo de su ejército adelantarse á otro, y que no comprometiendo nada lo perdía todo.

El representante del pueblo, Levasseur, militar ignorante, pero patriota intrépido, no cesaba de reprender al general, de pedirle cuenta de cada una de sus órdenes, de amenazarle con destituirlo, si no obtemperaba á sus observaciones. Puesto á caballo á la cabeza de las columnas, corriendo de la izquierda á la derecha, Levasseur, adornado en la banda tricolor y el penacho ondulando en su sombrero, hacia avergonzar á los soldados y temblar á los generales, mostrándoles á Hondshoote delante y la guillotina detrás. La Convencion había decretado la victoria, la patria quería salvar á Dunkerque, Levasseur no admitía discusion, ni aun con el fuego.

En el momento en que arengaba desde lo alto de un cerro á una columna que titulaba, comprometida y

batida en el camino hondo de Kellem, una bala de cañón atravesó su caballo. Levasseur cayó, se volvió á levantar, se hizo traer otro caballo y notó que el batallón se había detenido. «¡Seguid marchando! exclamó, yo estaré en el reducto antes que vosotros,» y se puso otra vez á su cabeza.

Encontró á Jourdan herido, desangrándose é indignado por la indecision del general en jefe. «¿Qué vamos á hacer con semejante jefe? exclamó Jourdan, hay dos veces mas gente para defender á Hondshoote que tenemos nosotros para atacarle.— Jourdan, le dijo Levasseur, sois militar, decidme lo que hay que hacer, y se hará.— Una sola cosa, dijo Jourdan, y podremos vencer aun, cesar el fuego que nos diezma sin debilitar al enemigo, tocar á ataque en toda la linea, y marchar á la bayoneta.»

VIII.

Levasseur y Delbrel sancionaron con sus órdenes la inspiracion de Jourdan. Este, restañando su sangre se lanzó delante de sus columnas. Un silencio mas terrible que el fuego, reinaba en toda la linea francesa, que avanzó como una barra de acero sobre los atrinchamientos ingleses. Cuatro mil, entre soldados y oficiales, quedaron heridos ó muertos en los caminos hondos, al pie de las tapias y de los molinos de viento fortificados que rodeaban los reductos. Estos mismos atacados de frente, cesaron en sus disparos, cuando se derramó la última gota de la sangre de los artilleros que los servian. Collaud, Jourdan y Houchard, hicieron avanzar la artillería y los obuses á la entrada de las calles, cuyos retrinchamientos arrasaban los proyectiles. Los hanoverianos y los ingleses se replegaron en buen orden, defendiendo aun en su retirada la plaza, la iglesia y la

casa del ayuntamiento, acribilladas á balazos. El antiguo castillo de Hondshoote, habitado por los generales enemigos, y testigo muchos dias habia de las fiestas del estado mayor inglés y hanoveriano, fué incendiado por las granadas. Este edificio enterró bajo sus techos, bajo los trozos de pared derribados y en los fosos, centenares de cadáveres, entre los cuales quedó el del general Cochenhausen, que habia muerto en el combate.

Acometido y acosado por todas partes excepto por el lado de la Bélgica, Walmoden se retiró con los restos de su ejército sobre Furnes. El duque de York, que habia presenciado y combatido personalmente en Hondshoote, se trasladó al galope por medio del pantano de Moers, á su campo de Dunkerque para levantar el sitio. Houchard, á pesar de las observaciones de Jourdan y de los representantes que le suplicaban acabase la victoria y recogiese el fruto de ella, persiguiendo á los hanoverianos sobre el camino de Furnes, cortando de este modo en dos el ejército enemigo, se detuvo dos dias en Hondshoote. Esta manobra tan sencilla como fácil, hubiera encerrado al ejército sitiador del duque de York, entre las murallas de Dunkerque y los cuarenta mil hombres victoriosos de Houchard. Ningun inglés se hubiera escapado, y la mar hubiera quedado por los franceses. Hoche y una valiente guarnición quedaban en Dunkerque, y las dunas de esta plaza con solo hacer una marcha de dos horas hubieran sido las horcas caudinas de la Inglaterra. El general no vió ó no conoció lo propicia que le habia sido la fortuna; dejó al ejército del duque de York que desfilase en paz, á lo largo del mar por una lengua de arena que une á Dunkerque con Furnes, y que fuese á reunirse á Bélgica al cuerpo de Walmoden y del príncipe de Orange. Houchard vencedor, se condujo como vencido y se volvió á Menin en medio de las murmuraciones del ejército.

La noticia de la victoria de Hondshoote colmó de alegría á Paris; pero el pueblo fué cruel aun en medio de su júbilo. La Convencion echó en cara al general vencedor su misma victoria y le acusó de traicion. Sus comisionados en el ejército del Norte, Heutz, Peyssard y Duquesnoy, deslitaron á Houchard y lo hicieron comparecer ante el tribunal revolucionario. «Houchard es culpable, decian á la Convencion, por haber vencido á medias: el ejército es republicano y verá con placer que se entregue un traidor á la justicia y que los representantes del pueblo vigilan á los generales.»

El desgraciado Houchard fué condenado á muerte y sufrió su suplicio con la intrepidez de un soldado y la calma de un inocente. No era culpable sino de vejez. Su muerte enseñó á los generales de la república que ni la victoria libertaba del cadalso, y que no habia seguridad sino en la completa obediencia á las órdenes de los representantes del pueblo. En una guerra estrema y en la cual combate la nacion entera, el pueblo es quien manda y sus representantes son los verdaderos generales.

Las operaciones militares sobre nuestras fronteras hasta el mes de enero de 1794 se limitaron á la ocupacion de la Saboya por Kellermann, á la del condado de Niza por Biron, estos dos generales lucharon en acciones brillantes, pero parciales contra el ejército austro-sardo, fuerte de ochenta mil hombres y contra insuperables murallas naturales; á una campaña desgraciada para los franceses en los Pirineos contra el general Ricardus, pero en donde el anciano general frances Dagoberto, de edad de setenta y cinco años, se cubrió de gloria y reparó veinte veces los descalabros que la insuficiencia del número y los azares de la guerra de montaña hicieron sufrir á

nuestro ejército; y finalmente, á las maniobras de Houchard y de Jourdan su sucesor para cubrir á Maubenge, objeto combinado de las operaciones de los coaligados, á quienes aquel punto abria las avenidas de Paris.

Defendida Maubenge por una fuerte guarnicion y por un campo atrincherado de veinte y cinco mil hombres, era dieznada por el hambre y por enfermedades epidémicas. Ciento veinte mil hombres la cercaban. El anciano general Ferrand mandaba el campo y el general Chancel la plaza. Su intrepidez no podia nada contra el hambre, contra las enfermedades y contra la falta de municiones que un largo sitio habia apurado. El patriotismo de los generales, de los soldados y de los habitantes, solo servia para disputar algunas horas mas esta punta de la Francia, cuando Jourdan y Carnot anunciaron su proximidad por el estampido del cañon. Ochenta mil hombres del príncipe de Coburgo retrincherados como habia hecho en otro tiempo Dumouriez en el Argonne, en una posicion cuyo centro es Wattignies, esperaban á los franceses. Estos los atacaron en cinco columnas el 13 de noviembre á las diez de la mañana. Nuestros soldados titubeaban y aun retrocedian en muchos puntos. Carnot que estaba presente, combate y acusa de cobardia á Jourdan. Esta palabra odiosa, llega á oidos del general y le hace indignarse hasta la demencia. Al oírta, se lanza á muerte cierta, con una de sus divisiones para escalar una meseta inaccesible, bajo el fuego de las baterias de Clairfayt. Su columna fué barrida por la metralla, pero él siguió adelante casi solo. Carnot le consoló reconociendo su injusticia y su error, y lo dejó en libertad de ejecutar su primer plan. Jourdan entonces, formó su centro de ataque con una masa de veinte y cinco mil hombres. Los batallones franceses, encerrando dentro de sus cuadros baterias volantes, abriéndose para hacer sus disparos y cerrándose para cubrirlos, construyeron así una ciudadela movible con ellos en la cima de la meseta. Todo fué

barrido por esta formidable columna. Algunas masas de caballería imperial hicieron inútiles esfuerzos para arrollar las cabezas de las otras columnas. Solo una, la del general Gratien, se dejó desbaratar y se desbandó. El representante Duquesnoy que se encontraba allí, destituyó á Gratien, tomó el mando en nombre de la patria, reunió á los soldados y los condujo á las victorias. Wattignies fué tomado y los austriacos buyeron ó quedaron muertos en el campo. Desde lo alto de este, Carnot y Jourdan divisaron á Maubeuge y oyeron los disparos de aquella plaza, que respondía con salvas de alegría á las descargas de sus libertadores.

La batalla de Wattignies, primera ventaja obtenida por un general cuyo genio habia adivinado Carnot, hubiera sido mas decisiva si los veinte y cinco mil hombres del campo de Maubeuge, al mando del general Ferrand, hubieran cooperado á la accion ó impedido al príncipe de Coburgo y á Clairfayt que repasasen el Sambre. Los soldados de la guarnicion y los del campo, con el instinto que les dan las acciones, pidieron que se ejecutase esta maniobra. Chancel que mandaba en Maubeuge, tambien opinaba del mismo modo. La falta de órdenes para hacerlo y la escésiva prudencia de Ferrand, no le permitieron acceder á aquellos deseos. La Convencion, sin embargo, necesitaba una victima y el inocente Chancel, subió al cadalso.

X.

En el ejército del Rhin, el carácter desconfiado de los representantes del pueblo, acababa de reemplazar en el mando á Custine por Beauharnais, á éste por Landremont, á Landremont por Carlen, simple capitán un mes antes, y á éste, en fin, por Pichegru. Este ejército fuerte de cuarenta mil hombres, defendia la entrada de la

Alsacia en las líneas fortificadas de Wissembourg. Wurmsér, el mas afortunado, aunque el mas anciano de los generales del Imperio, sorprendió estas líneas y las tomó por la impericia de Carlen. Este general amenazado por otro flanco por el duque de Brunswick, se habia retirado hasta las alturas de Saverne y de Estrasburgo. Wurmsér, alsacio de nacion, entró triunfante en Hagenau, su patria. El terror habia pervertido hasta la traicion, el espíritu de una parte de la poblacion de Estrasburgo; verdadero baluarte del patriotismo, y se habian entablado sorpresas negociaciones para entregar la plaza entre Wurmsér y las principales familias de la ciudad. La única condicion que se ponía, era que el general austriaco ocupase la plaza en nombre de Luis XVIII. Descubierto á tiempo este complot, setenta vecinos de Estrasburgo subieron á la guillotina, unos convictos de complot de traicion, otros de simple realismo. El fuerte Vauban fué tomado por los austriacos, y Landau iba ya á caer. Saint-Just y Lebas fueron enviados á la Alsacia para intimidar á la traicion ó á la debilidad con la muerte. Pichegru y Hoche llegaron al mismo tiempo, uno para tomar el mando del ejército del Rhin, y el otro para tomar á los veinte y cinco años el del ejército del Mosela. La esperanza entró con ellos en los campos, mientras que el terror entraba con Saint-Just en las ciudades. «Vamos á ser mandados como los franceses deben serlo, escribian del ejército despues de haber sido revistado por los dos generales. Pichegru tiene la gravedad del genio, Hoche es jóven como la revolucion, y robusto como el pueblo. Su mirada es orgullosa y alliva como la del aguila.» Estos dos nuevos gefes debian justificar el entusiasmo del ejército. Pichegru habia sido sustituto de una cátedra de matemáticas en el monasterio de Arhois, pueblo de su naturaleza, despues se alistó como simple soldado en la guerra de América, y vuelto á su patria al principio de la revolucion, habia presidido el club de Besanzon. Un batallon

sin comandante, que pasaba por esta ciudad, en 1791, le sacó del club para que se pudiese á su cabeza. En dos años, su energía, sus luces y el imperio que tenía sobre los hombres, le habian elevado al grado de general de division. Robespierre y Collot de Herbois lo protegieron, viendo en él uno de esos gefes que convienen á la república, salidos de la oscuridad, modestos, llenos de genio, pero sin brillantez; capaces de servir pero incapaces de ofuscar. «¡Juro, les escribió Pichegru cuando tomó el mando, que haré que triunfe la Montaña!» No debía tardar mucho en dar cumplimiento á su promesa y en engañarles; en cubrir de gloria y en vender la república; hombre á quien su elevacion rápida y el sentimiento de su genio, hicieron soñar en una diadema quimérica, sobre los restos de la república y del trono; fatal á los dos partidos, y sobre todo á sí mismo. Hoche, joven hermoso y de aspecto marcial, héroe antiguo por su presencia, por su estatura y por su brazo; moderno, por el estudio, por la lectura y por la meditacion; prendas todas que hacen conocer al que las posee, que la fuerza consiste en la inteligencia; hijo de una pobre familia, pero marcado con el sello de la aristocracia de los grandes destinos; se alistó á los diez y seis años en las guardias francesas, haciendo por la mitad del haber el servicio de sus camaradas, y empleando lo que este trabajo material le producía, en comprar obras militares y de historia con que pasar las noches instruyéndose, y preparándose á igualar la gloria de tantos ilustres modelos. Enviado á París como ayudante de campo del general Leveneaur, despues de la defeccion de Dumouriez, fué introducido en la comision de salud pública para manifestarla el estado del ejército. Allí llamó la atencion general por la precision de sus respuestas, por la estension de sus miras y por la elocuencia marcial de su palabra. Esta entrevista, en que los hombres de Estado presintieron el hombre de guerra, le valió el grado de ayudante general. La

defensa de Dunkerque, llamó la atencion de Carnot, y le mereció el grado de general de brigada. Se apoderó del mando como si fuese una herencia. Cuanto mas se le elevaba, mas grande parecia: esta es la perspectiva de los hombres predestinados á la admiracion de la posteridad. Algunas maniobras hábiles, sobre Furnes y sobre Ipres, para enmendar las faltas de Houchard, lo llevaron como por la mano al mando del ejército del Mosela. Hoche, no tenía mas que un defecto, que era el conocimiento de su superioridad, que degeneraba muchas veces en desprecio de sus colegas. La superioridad en todo, le parecia pertenecerle tan exclusivamente, que no podia sufrir que se le disputase. En una revolucion en que la ambicion y el talento podian aspirar á todo, no es fácil saber hasta donde hubiera llegado Hoche, si la muerte no hubiese cortado su carrera.

En la Vendée, los generales enviados continuamente por la comision de salud pública, destruian sus batallones en una guerra civil, que volvia á reproducirse apenas se habia sofocado. Ganaban batallas parciales y perdian la campaña. Esta guerra social, la mas peligrosa de todas las que tuvo que sostener la república, merece un sitio aparte y una relacion no interrumpida. Hablaremos de ella con mas estension, cuando tratemos de aquel momento en que esta guerra fué á la vez mas activa, mas grande y mas desastrosa.

Otros dos focos de insurreccion, Lyon y Tolon, estallaban á un mismo tiempo en el seno de la república, llamando hacia el Mediodía las miradas y la energía desesperada de la Convencion. Vamos á trazar brevemente sus elementos, su fermentacion, su explosion y modo de apagarla, ora con las armas, ora con los suplicios, doble medio de accion de la comision de salud pública.

Lyon está situado, como todas las grandes ciudades industriales, en cierto punto preciso de terreno, en que el suelo, el cultivo, los combustibles, el fuego, las aguas y las poblaciones apiñadas alrededor suministran todos los elementos y todos los brazos necesarios para un gran trabajo, y en el cual los valles, las llanuras, los caminos y los ríos se abren, se ramifican y corren para llevar y distribuir sus productos á las provincias y á los mares. La geografía y la industria se comprenden y parece que combinan de acuerdo la situación de estos vastos talleres humanos. Este fenómeno es tan instintivo que se observa también en los animales desprovistos de raciocinio. Los grandes hormigueros y los grandes enjambres de abejas siempre se establecen en la embocadura y en las encrucijadas de los caminos, de las aguas y de los valles.

La posición militar de Lyon guarda la debida proporción con su posición como ciudad mercante.

Una elevada península llamada la *Dombe* se extiende desde Trévoux por un lado y desde Meximieux por el otro, entre dos grandes corrientes de agua, el Ródano y el Saona. Aquella lengua de tierra fértil corre estrechándose siempre hasta una meseta elevada llamada *La Cruz Roja*, que es un arrabal de Lyon: allí la meseta, cortada casi á pico por los dos ríos, se estingue de pronto, descendiendo en cuevas rápidas, seguidas después de una llanura baja y triangular que llega hasta la confluencia de los dos ríos. Esta llanura estrecha y larga es el sitio en donde está fundada la ciudad.

El Ródano, un torrente inmenso mal encajonado por la naturaleza, corre con estrépito por la izquierda de la

población, y va á desembocar en el profundo valle de Viena, de Valence y de Aviñon hasta perderse en el Mediterráneo. Este caudaloso río arrastra con la rapidez de una esclusa las barcas, las almadías, la madera, el hierro, los fardos y los carbones que los bosques, las minas, las fábricas y la navegación confian á su corriente.

A la derecha el Saona, río casi tan ancho, pero un poco menos impetuoso y mas accesible que el Ródano, corre lentamente desde las montañas y valles de la antigua Borgoña, penetra en Lyon por una garganta estrecha, en la que hay todavía algunos islotes, y deslizándose por los muelles de la ciudad bajo las colinas de Fourviers y de Santa Fé que le dominan al Oeste, va á mezclarse sus aguas con las del Ródano en la parte pantanosa de Parrache.

La ciudad, demasiado encerrada entre estos dos ríos, ha roto su primitiva valla, y por decirlo así, se ha desbordado hácia la península situada á la parte del Saona. Su catedral, sus tribunales y sus barrios mas pacíficos están amontonados entre la montaña y el río. Las calles están construidas casi en anfiteatro. Parece que las casas, queriendo trepar por aquella inmensa roca, se han visto obligadas á agarrarse á las faldas de la colina: Infinidad de puentes, unos de piedra, otros de madera, facilitan la comunicación entre los dos cuarteles en que se divide la ciudad.

Por el lado opuesto, la ciudad está situada sobre una playa elevada ostentando hácia la parte de Levante la estensa y opulenta fachada de los diques de Saint-Clair. Ninguna colina, ninguna ondulación de terreno encajona el Ródano ni intercepta la vista. El río corre allí casi al

nivel de las tierras bajas de Brotteaux. Las vastas llanuras del Delfinado con frecuencia inundadas por los desbordes del Ródano, se extienden á lo lejos y dejan que la vista se esplaye hasta las colinas negras y ondulantes del Bugey á la izquierda; de frente y por la derecha hasta la cima de los Alpes de la Suiza, de la Saboya y de Italia. Las nieves resplandecientes de estas montañas se confunden en el horizonte con las nubes. Entre los diques del Ródano y los del Saona, se extiende la ciudad propiamente dicha, con sus cuarteles populosos, sus plazas, sus calles, sus establecimientos públicos, su casa de ayuntamiento, sus mercados, sus hospitales y sus teatros. Como el espacio es estrecho ha habido precisión de apiñar y amontonado los edificios. En todas partes se ve que la población, los talleres, la actividad, la riqueza y el trabajo han disputado el sitio al aire y á la luz, cosas de inestimable valor en el comercio. Al entrar en la ciudad su aspecto sombrío, austero y monacal, angustia al corazón. Las habitaciones estrechas, las casas altas, la luz opaca, las paredes abumadas, las puertas bajas, las ventanas guarnecidas de papel untado de aceite para ahorrar los vidrios, obstruidos los almacenes de cajas y de fardos, el movimiento continuo, pero silencioso de las calles, de los diques, de las plazas públicas, las caras recelosas y preocupadas de los habitantes que no pierden el tiempo en conversaciones ociosas, pero que se acercan unos á otros con solo hacerse una señal, separándose en seguida en cuanto se han dicho una palabra al oído sin detener su marcha, la falta de coches de lujo, de caballos y de paseantes en los cuarteles ricos, todo esto anuncia una ciudad seria, preocupada de un solo pensamiento, alma de esta ciudad, del trabajo: este pensamiento es la ganancia.

XIII.

Su población ofrece en sus diferentes rasgos un contraste chocante con la población risueña, lijera y marcial de las grandes ciudades de la Francia. Los hombres son altos, fuertes y corpulentos, pero ágiles y lijeros, porque el pensamiento domina allí á la materia. Las mugeres son de una belleza ideal y casi asiática, y tienen en sus ojos, en su fisonomía y en su porte cierta molición y cierta languidez que recuerdan la vida inanimada y sedentaria del Oriente. Conócese en la frescura de su semblante que ellas son para los hombres unos objetos de cariño, pero no unos ídolos, ni un objeto esclusivo de placer. Aunque seductoras, obsérvase en ellas aquella decencia grave, que es como la santidad de la hermosura; su mirada es tierna, pero casta, sus pasiones moderadas por la razón, y la población entera ardiente como las del Mediodía, pero juiciosa como las del Norte.

Al lado de la lijereza de la Francia central y de la vivacidad turbulenta de la Francia Meridional, el pueblo de Lyon forma un pueblo aparte: es una colonia lombarda, trasplantada y naturalizada en el suelo francés. Su carácter es análogo á su conformación. Aunque nada tenga que envidiar á las de otros países, ni por la naturaleza, ni por el clima, la inteligencia del pueblo, es allí paciente, lenta y perezosa. La atención esclusiva y uniforme de la población entera hácia un solo objeto, que es el lucro, absorbe en este pueblo los demas sentimientos. Las letras están descuidadas en Lyon, y las ciencias languidecen, porque los oficios ocupan allí el lugar preferente. La pintura florece, y la música, la menos intelectual y la menos sensual de todas las artes, es cultivada con esmero. Este arte conviene á una ciudad, que por las

noches, despues de un día de continuo trabajo, va á comprar en los teatros sus placeres, como compra todo lo demas.

El choque de las ideas y de los sistemas que agita y alborota el mundo intelectual, se amortigua en aquellos muros. Una ciudad semejante, cambia poco sus ideas, porque no tiene tiempo para reflexionarlas. Vive de sus tradiciones, y se trasmite sus costumbres y sus opiniones hereditarias, del mismo modo que sus monedas de oro, sin reconocerlas y sin pesarlas. Esta ciudad es la de la regularidad, del hábito y del orden. Una sábia rutina de costumbres y de vida, es unida á la economía, la virtud que eleva al mas alto grado de estimacion pública. Las grandes luces ofuscan, los grandes talentos inquietan allí, porque destruyen la regla, reina absoluta de las costumbres. Las capacidades superiores sufren el ostracismo de la indiferencia. Así Lyon se ha dado á conocer con frecuencia como un gran pueblo; rara vez han salido de él grandes hombres.

XIV.

Se concibe que las virtudes de un pueblo semejante, deben participar de su naturaleza. Posee muchas, y entre todas el trabajo, la economía y la probidad. Hasta sus virtudes son lucrativas. Es religioso, pero no hasta el fanatismo que supone el entusiasmo. Su clero es numeroso, respetado, obedecido, y ejerce un imperio absoluto sobre las familias, sobre las mugeres, en la educacion de los niños, en la nobleza y en el pueblo. Varios monasterios de todas las órdenes religiosas de hombres y mugeres, cubren sus colinas. Parece que la Italia ha desbordado hasta allí por encima de los Alpes, con sus pompas religiosas y su espíritu clerical. La imaginacion del

pueblo conserva siempre una infatigable avidez de imágenes milagrosas, de estátuas animadas, de capillas privilegiadas, de peregrinaciones, de predicciones, de apariciones y de prodigios. Lyon se acuerda de haber sido la primera colonia del cristianismo en las Galias. Los sepulcros de sus santos y de sus mártires, sus catacumbas, sus iglesias romanas y catedral gótica de San Juan, todo recuerda la Roma de los galos. Todo atestigua en el aspecto exterior de la ciudad y en los ritos de su piadoso pueblo, que el catolicismo estaba profundamente inerustado en su alma, del mismo modo que en su suelo, y que para estirparlo era necesario exterminar toda la ciudad.

XV.

Lyon forma dos ciudades distintas, y contiene en la apariencia dos pueblos: la ciudad comerciante que se estiende desde las alturas de la Cruz Roja, hasta la plaza de Bellecour, y que tiene por centro la plaza de Terreaux: la de la aristocracia, de los capitalistas y comerciantes retirados ya del tráfico, por haberse enriquecido, se estiende alrededor de la plaza de Bellecour y por los cuarteles opulentos de Perrache. Allí está el trabajo, aquí el placer; allí la clase media, aquí la aristocracia. Pero á escepcion de un corto número de familias militares y feudales, esta aristocracia bursátil, difiere poco de la clase media de donde procede. Cierto es que no trabaja ya materialmente; pero pone sus capitales y está á la mira de sus intereses en las fábricas y demas comercios de la ciudad manufacturera. Los fabricantes son unos arrendatarios industriales de estos ricos pretores. La ciudad es esencialmente plebeya. La clase media, innumerable, rica, sin fausto, hija del pueblo de donde está saliendo continuamente, y que volviendo á él sin aver-

gonzarse por el trabajo de sus manos, recuerda aquellos gremios de artes y oficios de *seda* y de la *lana* de la república mercantil en Florencia, cuya historia cuenta Maquiavelo y que honrándose de su industria y llevando por bandera los útiles del lagarero y del tejedor, formaban facciones en el Estado y castas en la democracia. Tal era entonces, y tal es en el día Lyon. En un lugar inferior al que ocupa esta clase media que puede llamarse universal, se agita una población de doscientos mil obreros, que habitan la ciudad, los arrabales y las pequeñas poblaciones del territorio liones. Esta población se ocupa en los diferentes oficios de la industria, y sobre todo en la preparación de la seda.

Este pueblo de trabajadores, no está acumulado como sucede en otras poblaciones, en inmensos talleres comunes, en donde el hombre tratado como un rodaje mecánico se envilece entre la multitud, se pervierte por el contacto y se gasta por el roce continuo con los otros hombres. Cada taller en Lyon se reduce á una familia compuesta del marido, de la muger y de los hijos. Esta familia va cada semana á proveerse de obra, de seda y de muestras. Los obreros llevan á sus casas las primeras materias, las urden allí mismo, y reciben cuando se las entregan á los fabricantes el precio convenido para cada pieza de seda manufacturada. Este género de fabricación, conservando al obrero su individualidad, su aislamiento, su hogar doméstico, sus costumbres y su religion, es mil veces menos á propósito para seducir y corromper al pueblo, que esos ejércitos de máquinas vivientes, disciplinados para las demas industrias, en talleres comunes, en donde una chispa produce la explosion y el incendio. Este trabajo por piezas, establece además entre la clase media y el pueblo, relaciones continuas y una mútua solidaridad de beneficios ó de pérdidas, cosas las mas propias para unir las dos clases, por una comunidad de costumbres y de intereses. Las ciudades de las montañas del

Forez, Saint-Etienne, Rive-de-Giers, Viena, Montbrison, Saint-Chamon, son otras tantas colonias ocupadas por los mismos industriales, regidas por las mismas costumbres y animadas por el mismo espíritu. Esta población de la misma raza, agrupada ó diseminada, que cuenta cerca de quinientas mil almas, es esencialmente activa como el trabajo, moral como la religion, sedentaria como la costumbre, económica como la ganancia y conservadora como la propiedad. Toda conmocion la inquieta. Las fiestas ó el trabajo, la pérdida ó el beneficio, son la única política y el solo gobierno en que piensa este pueblo.

XVI.

Se comprende que una población semejante, es mas bien republicana que monárquica, porque su constitucion social, es en el fondo una república de intereses y una democracia de costumbres. Estraña á las cortes, desdeñosa con la nobleza, la caída de aquellas altas capacidades del Estado, era mas propia para lisonjear su espíritu plebeyo, que para afligirla. En todas partes el trabajo es republicano, y la ociosidad monárquica. Asi, aunque la ciudad de Lyon fijase menos su atencion que cualquiera otra en Francia, en el movimiento y en la inteligencia de la filosofia social que preparaba la revolucion, los primeros síntomas de decadencia de la monarquia y de soberanía popular regocijaron á la clase media. No vió en esto, sino el abatimiento de sus patricios y la restauracion de su gobierno municipal. Por espacio de muchos siglos, su municipalidad y sus obispos habian sido su gobierno, como en los restos de las ciudades romanas que se habian conservado á través de la edad media. Los Estados generales, la resurreccion de la Asamblea nacional, la humillacion de la corte, la igualdad de los ór-

gonzarse por el trabajo de sus manos, recuerda aquellos gremios de artes y oficios de *seda* y de la *lana* de la república mercantil en Florencia, cuya historia cuenta Maquiavelo y que honrándose de su industria y llevando por bandera los útiles del lagarero y del tejedor, formaban facciones en el Estado y castas en la democracia. Tal era entonces, y tal es en el día Lyon. En un lugar inferior al que ocupa esta clase media que puede llamarse universal, se agita una población de doscientos mil obreros, que habitan la ciudad, los arrabales y las pequeñas poblaciones del territorio liones. Esta población se ocupa en los diferentes oficios de la industria, y sobre todo en la preparación de la seda.

Este pueblo de trabajadores, no está acumulado como sucede en otras poblaciones, en inmensos talleres comunes, en donde el hombre tratado como un rodaje mecánico se envilece entre la multitud, se pervierte por el contacto y se gasta por el roce continuo con los otros hombres. Cada taller en Lyon se reduce á una familia compuesta del marido, de la muger y de los hijos. Esta familia va cada semana á proveerse de obra, de seda y de muestras. Los obreros llevan á sus casas las primeras materias, las urden allí mismo, y reciben cuando se las entregan á los fabricantes el precio convenido para cada pieza de seda manufacturada. Este género de fabricacion, conservando al obrero su individualidad, su aislamiento, su hogar doméstico, sus costumbres y su religion, es mil veces menos á propósito para seducir y corromper al pueblo, que esos ejércitos de máquinas vivientes, disciplinados para las demas industrias, en talleres comunes, en donde una chispa produce la explosion y el incendio. Este trabajo por piezas, establece además entre la clase media y el pueblo, relaciones continuas y una mútua solidaridad de beneficios ó de pérdidas, cosas las mas propias para unir las dos clases, por una comunidad de costumbres y de intereses. Las ciudades de las montañas del

Forez, Saint-Etienne, Rive-de-Giers, Viena, Montbrison, Saint-Chamon, son otras tantas colonias ocupadas por los mismos industriales, regidas por las mismas costumbres y animadas por el mismo espíritu. Esta población de la misma raza, agrupada ó diseminada, que cuenta cerca de quinientas mil almas, es esencialmente activa como el trabajo, moral como la religion, sedentaria como la costumbre, económica como la ganancia y conservadora como la propiedad. Toda conmocion la inquieta. Las fiestas ó el trabajo, la pérdida ó el beneficio, son la única política y el solo gobierno en que piensa este pueblo.

XVI.

Se comprende que una población semejante, es mas bien republicana que monárquica, porque su constitucion social, es en el fondo una república de intereses y una democracia de costumbres. Estraña á las cortes, desdeñosa con la nobleza, la caída de aquellas altas capacidades del Estado, era mas propia para lisonjear su espíritu plebeyo, que para afligirla. En todas partes el trabajo es republicano, y la ociosidad monárquica. Asi, aunque la ciudad de Lyon fijase menos su atencion que cualquiera otra en Francia, en el movimiento y en la inteligencia de la filosofia social que preparaba la revolucion, los primeros síntomas de decadencia de la monarquia y de soberanía popular regocijaron á la clase media. No vió en esto, sino el abatimiento de sus patricios y la restauracion de su gobierno municipal. Por espacio de muchos siglos, su municipalidad y sus obispos habian sido su gobierno, como en los restos de las ciudades romanas que se habian conservado á través de la edad media. Los Estados generales, la resurreccion de la Asamblea nacional, la humillacion de la corte, la igualdad de los ór-

denes del Estado, la destrucción de privilegios, la caída de la Bastilla, las doctrinas de la Asamblea constituyente, las reformas de Mirabeau, la popularidad de La Fayette y de Lameth, la creación de la guardia nacional, y en fin la constitución de 1791, todos aquellos despojos de la aristocracia y del poder real arrancados al trono, arrojados á la nación por los girondinos el 10 de agosto, día en que se creyó llenar pronto y cómodamente el vacío del trono por una constitución de república regular y propietaria, eran cosas que no podían menos de halagar como principios á la clase media de Lyon. La revolución de París había tenido allí mucho eco, si bien moderado por el espíritu esencialmente propietario del país.

Las primeras agitaciones de Lyon habían sido impulsadas por Rolaud y su esposa que habitaban entonces en las cercanías. Rolaud y sus amigos habían atizado con sus escritos, sus periódicos y sus clubs, el fuego oculto del jacobinismo. Este fuego tan voraz en el resto de la Francia, se encendió lenta y difícilmente en Lyon. Tan pronto como una doctrina se convertía en desorden y amenazaba al comercio, se hacía impopular, la sociedad entera de Lyon no tiene más que un signo: la moneda. Todo lo que la ataque ó todo lo que la haga desaparecer es antisocial: este pueblo ha deificado la propiedad.

De todo esto resultó, que el jacobinismo, no encontrando sus agitadores, sus oradores y moderadores entre la clase media comercial ó del pueblo honrado y laborioso, se vió forzado á buscarlos en la hez de la población flotante de esta populosa ciudad, en los estrangeros vagabundos, en los hombres de costumbres depravadas y llenos de deudas, que nada tenían que perder en el incendio y que podían hallarlo todo en los escombros. Aquella constitución de los clubs del jacobinismo en Lyon, hacía que sus miembros fuesen muy mal mirados, rrazon por la cual aquellos hombres perdidos eran más sediciosos y más exagerados que en otras partes. Allí

todo era estremado. A imitación de Burdeos, de Marsella y Tolon, Lyon había adoptado apasionadamente las doctrinas y héchose partidaria de los hombres de la Gironda. Robespierre, Danton y la Montaña causaban horror á la mayoría de sus habitantes. El rico, veía en este partido de la Convención los espoliadores de su fortuna, y el pobre unos perseguidores de su religión. El comercio decayó, el lujo se estinguía y no se fabricaban más que armas. El día en que la república suprimiese sus bancos, sus mercados, sus fábricas, sus oficios y sus sacerdotes, Lyon dejaría de reconocerla. La ciudad, empezaba á confundir sus quejas con las de los realistas, que de todas las provincias inmediatas iban á buscar un asilo en sus muros. Estas disposiciones irritaban é inflamaban más los ánimos de los miembros de los clubs, que aunque amenazadores, se veían obligados á contenerse en una población cuya inmensa mayoría no les era favorable.

XVII.

Había por entonces en aquella ciudad un hombre estrambótico y de la peor clase que puede darse en tiempo de agitación; un fanático de lo imposible. Este era uno de aquellos hombres insensatos, que rennen en su cabeza, no la pasión, pero sí la demencia de la multitud; uno de esos profetas del pueblo á quienes este tiene por inspirados porque son locos, á los cuales escucha cual si fuesen oráculos, porque les predicán unos destinos colosales y unos triunfos tan desmedidos, que nunca han estado al alcance del espíritu humano.

A favor de esta pasión del hombre hácia lo imposible, y en vista de esas halagüeñas perspectivas que á los primeros que seducen es á los mismos que las presentan, los hombres de esta clase arrastran al pueblo á un abis-

mo á través de cien falsas ilusiones y atravesando lagos de sangre. El hombre que nos ocupa, se llamaba Chalier.

Del mismo modo que Marat, este hombre habia venido del extranjero atraído por la revolucion. Era natural del Piemonte ó de la Saboya y de una familia oscura, pero bastante acomodada para darle educacion y carrera. Destinado al estado eclesiástico, escala que apoyada en el pueblo, llegaba hasta la cúspide de la sociedad, Chalier habia sido educado por unos monges de Lyon. En su trato con ellos habia adquirido aquella rigidez, aquel recogimiento de espíritu, aquel escepticismo exterior, aquella afectacion de inspiraciones sobrenaturales y aquellos retazos de poesia y de elocuencia sagrada, que fermentando en una cabeza débil con los principios del momento, habian producido en él una de aquellas mezclas extrañas en las cuales el sacerdote y el tribuno, el profeta y el demagogo, el santo y el malvado, se reunen en un solo hombre para engendrar un monstruo imposible de comprender y mas difícil aun de definir. Con razon podia decirse al ver á Chalier que el destino de Lyon, tan semejante al de Florencia, habia querido completar la semejanza, dando á esta ciudad un agitador inesplicable, que tenia mucho de Savonarola y de Marat.

El rumor de la revolucion que penetraba en su claustro agitaba al joven levita, y le distraía de sus estudios. Soñaba en una regeneracion, despues de un cataclismo, espantando á sus condiscipulos con las fantasmas sangurientas que asediaban su imaginacion y le hacian escribir entonces aquellas líneas cuyo movimiento interrumpido é incoherente remeda los sobresaltos, las inspiraciones y los oráculos bíblicos, «Las cabezas son reducidas, las almas de hielo; el género humano está muerto. ¡Genio creador, haz salir una nueva luz y una nueva vida de este caos! Yo quiero los grandes proyectos, los vértigos, la audacia, los choques y las revoluciones. El

gran Ser ha hecho cosas muy grandes, pero está demasiado tranquilo. Si yo fuese Dios yo mudaría las montañas, las estrellas y los imperios: yo trastornaría la naturaleza para renovarla.»

El destino de Chalier abortado para el bien y para el mal, estaba todo reasumido en estos primeros rasgos de su alma. La locura no es sino el aborto de una idea fuerte, pero impotente, porque no ha sido concebida y dirigida por la razon. Dominado por esta obsesion Chalier dejó la carrera eclesiástica, entró en un escritorio y viajó algun tiempo como comisionado de una casa de comercio. Fué echado de Italia por haber propagado dogmas revolucionarios y aquella proscripcion le dió á conocer é hizo que lo adoptasen Robespierre, Marat, Camilo Desmoulins y Fauchet. Bajo estos auspicios fué á Lyon á fundar el club central, foco ardiente que alimentaba con su aliento y que agitaba noche y dia con su palabra. Sus discursos, á un mismo tiempo bufones y místicos, chocaban al pueblo. Nada era razonado, todo era lirico en su elocuencia. Su ideal era evidentemente el papel de aquellos falsos profetas de Israel, servidores de Jehova y degolladores de hombres.

XVIII.

El misterio que envolvía su vida, su pobreza, su incorruptibilidad, su adhesion á la causa popular, su asiduidad en las sesiones públicas del club central, le habian dado un inmenso ascendiente sobre los jacobinos de Lyon. Habia sido nombrado por los electores presidente del tribunal civil. Su mano se veía ó se creía ver en todos los desórdenes y en todos los crímenes. Aquellos desórdenes y aquellos crímenes habian sido tanto mas atroces, cuanto que en Lyon el partido de Chalier reco-

nociéndose mas débil y mas espuesto, se veía forzado á infundir terror para ser obedecido. Entre París y Lyon habia una gran emulacion por derramar sangre.

Al siguiente día de los asesinatos de setiembre, un corto número de asesinos, acompañado de una turba de machachos y de mugerzuelas se dirigió al castillo de Pierre-Cise. Allí degollaron once oficiales del regimiento Real de Polonia, presos el día anterior como sospechosos de realismo. En vano una jóven tan valiente como hermosa, la señorita de Bellecice, hija del gobernador del fuerte, se precipitó entre el pueblo y las víctimas, hiriéndose ella misma por apartar los sables y las picas de los cuerpos de los presos; en vano el corregidor de Lion Vitet, hombre de ardientes principios pero de conciencia y de un corazón humano, habian acudido con algunos granaderos adictos y habia empleado para libertar á los presos, ora las súplicas, ora las amenazas; los umbrales de todas las cárceles de Lyon habian quedado sembrados de cadáveres, colgados al día siguiente en las ramas de los árboles y en el paseo público de Bellecour, habian sido encadenados unos á otros, formando con sus miembros una especie de horrosas guirnaldas que debian infundir el espanto en los barrios de los aristócratas. Al mismo tiempo los comisarios del club de los Franciscanos de París, entre los cuales se distinguian Huguenin, el orador del 20 de junio, habian ido allí, para animar la tibieza del club central de Lyon. El populacho habia robado los almacenes y regularizado la espoliacion, nombrando comisionados para el pillage. La municipalidad dividida en dos partidos casi iguales, y cuyas revoluciones daban simultáneamente fuerza al orden y ánimo al desorden, se habia convertido en juguete del club central en donde reinaba Châlier. Este, Laussel su cómplice, clérigo incestuoso que se habia casado con su propia hermana; Roullot, miembro de la municipalidad, y en fin, Cusset, electo diputado de la Convencion, predicaban públicamente los

dogmas de la ley agraria y del vandalismo. «Ha llegado el tiempo, decian, en que debe cumplirse esta profecia: Los ricos serán despojados y los pobres enriquecidos.— Si al pueblo le falta su subsistencia, proclamaba Tarpan, que se aproveche del derecho que le da su miseria para apoderarse de los bienes de los ricos.—¿Quereis, escribia Cusset, una palabra que pague todo lo que os hace falta en Lyon? *morid ó matad.*»

XIX.

Para dar á estas escitaciones la autoridad del terror, aquellos hombres habian hecho traer una guillotina de París, estableciéndola en la plaza de Bellecour para que el instrumento recordase el suplicio. Los girondinos, para moderar este delirio habian vuelto á mandar á Vitet su colega y amigo á Lyon. Vitet se presentó al club central y le arengó con la varonil severidad de un ciudadano que trata de convencer á los facciosos antes de herirlos. El club le habia cubierto de desprecios y de ultrajes: «Ha llegado el día de la venganza, exclamó Châlier, quinientas cabezas hay entre nosotros, que merecen la misma suerte que el tirano. Yo os daré la lista, y no tendreis mas que herir.» Entonces, propuso el establecimiento de un tribunal revolucionario y despues tomando un crucifijo: «No es suficiente haber dado muerte al tirano de los cuerpos, exclamó, es menester, destronar al tirano de las almas.» Y rompiendo el crucifijo lo pisoteó. Desde allí conduciendo al tropel de sus sectarios á la plaza de Terreaux, Châlier los hizo jurar delante del árbol de la libertad el estermínio de los aristócratas, de los rolandistas, de los moderados, de los agiotistas, de los monopolistas y de los sacerdotes.

La municipalidad, subyugada por un momento al club

central imitó, á petición de éste, las visitas domiciliarias, preludio del 2 de setiembre, y confió á los comisionados del club el cuidado de señalar á los sospechosos. La ciudad entera estaba en poder de una facción de Catilinas subalternos. Un hombre solo, que fué el corregidor Niviere, que habia sucedido á Vitet, contuvo con la intrepidez de un magistrado antiguo, la audacia de los sediciosos y calmó la desesperación de los hombres de bien. Niviere sabia que Chalier y Laussel habian reunido por la noche su sesión, nombrando un tribunal revolucionario secreto, preparado la guillotina, escogido el sitio para las ejecuciones en uno de los puentes del Ródano desde donde se precipitarían los cadáveres al agua, hecho listas de proscripción, y que á no haber suficiente número de ejecutores, Laussel habia dicho: « Todo el mundo debe ser verdugo: la guillotina cae por su propio peso. »

Algunos testigos de la conjuración indignados al oír tales palabras se habian escapado del conciliábulo y habiendo divulgado el plan de Chalier, Niviere situó en derredor de la casa de ayuntamiento algunos batallones y ocho piezas de artillería. La primera cabeza señalada al furor de los asesinos era la de este generoso magistrado. El se la jugaba por la libertad de su patria, y su firmeza impuso á los facciosos.

« Retirémonos, se ha desgraciado el golpe, » exclamó Chalier, al encontrarse con aquellos batallones y con aquellos cañones formados en batalla en la casa del ayuntamiento. Despues de este triunfo, Niviere volvió á entrar en las filas de los simples ciudadanos, pero reelegido en seguida por ocho mil sufragios entre nueve mil votantes, volvió á tomar el mando de la ciudad en medio de las aclamaciones de los propietarios.

El partido de Chalier, amenazado á su vez por la reacción de los republicanos moderados, se salvó del furor público por aquel mismo Niviere que queria sacrificar. El club central se deshizo y los miembros que lo componían invocaron el auxilio de sus hermanos de París. La Convención decretó que dos batallones marseleses fuesen á restablecer el orden en Lyon, enviando además tres comisarios escogidos del seno de la Montaña, que fueron Bazire, Roveré y Legendre; pero varios batallones de Aix y de Marsella que llegaron á Lyon poseídos del espíritu que animaba á la Gironda, fueron acogidos como unos libertadores por la masa de la población ó hicieron temblar y huir á Chalier y á su partido. Los jacobinos reducidos á la impotencia resolvieron un 10 de agosto contra el ayuntamiento, y reapareciendo Chalier avivó el fuego del club central. « Treinta romanos, dijo, han jurado dar de puñaladas á los modernos Persenna y enterarse con sus enemigos bajo los escombros de esta nueva Sagunto. Aristócratas, rolandistas, moderados egoistas, temblad! El 10 de agosto puede aun renacer; las aguas del Saone y del Ródano arrastrarán bien pronto vuestros cadáveres al mar. » Casset le respondió desde la cima de la Montaña: « La libertad para nosotros, y la muerte para nuestros enemigos, ved aquí el escrutinio epuratorio de la república. » Un banquete patriótico renació á los jacobinos bajo los árboles de Bellecour el 9 de mayo; animados por el número y por los aplausos de la multitud, fueron despues de la comida á intimar á la municipalidad que instalase el tribunal revolucionario, pero fueron rechazados.

Otros comisionados mas energicos de la Convención llegaron al poco tiempo á esta ciudad; estos fueron Al-

bite, Dubois-Crancé, Gauthier y Nioche, que empezaron por imponer á los ricos un empréstito forzoso de seis millones; organizaron una comision de salud pública á imitacion de la de Paris; decretaron la formacion de un ejército revolucionario, y aumentando con estas medidas la audacia de Chalier se marcharon en seguida al ejército de los Alpes, dejando á la ciudad á merced de aquella comision dictatorial. Esta se apresuró á espoliar á los ciudadanos honrados, á armar á sus partidarios y á enviar á la guillotina á sus enemigos. Chalier publicó sus listas bajo el título de *Brújula de los patriotas*. «¡A las armas, á las armas! exclamó recorriendo las calles á la cabeza de los jacobinos. ¡Vuestros enemigos han jurado degollar hasta vuestros niños de pecho! ¡Daos prisa á vencerlos ó sepultaos bajo las ruinas de la ciudad!»

Aquellos gritos feroces, resonaron hasta en la Convencion, sublevaron al partido moderado á la voz de la Gironda, y arrancaron un decreto que autorizaba á los ciudadanos de Lyon á repelar la fuerza con la fuerza. «¿Creeis, dijo Chalier cuando se recibió el decreto; creeis que este decreto me intimida? No, se levantará conmigo bastante parte de pueblo para herir á veinte mil ciudadanos, y yo me reservo para hincaros el cuchillo en la garganta.» Fue corriendo al club, armó á sus amigos, distribuyó á cada uno media libra de pólvora, indicó el punto de reunion y preparó el asalto de la casa de la ciudad. Las secciones advertidas de aquellos designios, se reunieron y se armaron contra los jacobinos. La ciudad se dividió en dos campos. La municipalidad se fué á las filas de los jacobinos y los representantes del pueblo Gauthier y Nioche entraron en la ciudad de Lyon á la cabeza de dos batallones y dos escuadrones. Las masas de Chalier, armadas de hoces, de picas y de mazas, les precedian insultando á los ciudadanos armados de las secciones. La sangre empezó á correr, Chalier arengó al club. «¡Marchemos! les dijo. Vamos á apoderarnos de los

miembros del departamento, de los presidentes y de los secretarios de las secciones, hagamos con ellos un haz que colocaremos debajo de la guillotina, y despues nos lavaremos las manos en su sangre.»

XXI.

En tanto que las secciones se ponian de acuerdo, la municipalidad jacobina se apoderó del arsenal, se fortificó en él y llenó la casa de la ciudad de cañones, de municiones y de tropas. Los seccionarios, reunidos en número de veinte mil en la plaza de Bellecour, escogieron por gefe á un aparejador de paños llamado Medinier, hombre de un corazon de fuego y de un brazo de hierro. Medinier tomó el Arsenal y marchó contra la casa de la ciudad. El representante Nioche quiso interponer su mediacion entre ambos partidos. «Idos de aqui, le dijo Fremerville, presidente del departamento, vos habeis firmado aquellos infames decretos que atentan á nuestra sangre, y no podemos tener confianza en vos. Retiraos; profesamos como vos el republicanism, pero queremos la república legal y no la opresion de una municipalidad. Si quereis que depongamos las armas, retirad vuestras tropas, retirad los cañones y suspended de sus funciones á todo el cuerpo municipal.» Mientras que se negociaba de esta suerte en el Arsenal, la municipalidad se habia rodeado de tropas de linea y de grupos de gentes del pueblo en la plaza de Terreaux. Los cadáveres de los primeros seccionarios asesinados en las calles, estaban tendidos en los escalones de la casa de la ciudad, ultrajados y mutilados por el pueblo.

Informado Medinier de aquellos sucesos, retuvo á Nioche en rehenes, é hizo marchar sus secciones en dos columnas, la una por los diques del Saona, y la otra por

los del Ródano, para que se reunieran á la altura de la casa de la ciudad. La cabeza de la columna del dique del Ródano, fué destruida á su aproximacion á aquel edificio, por una batería situada en el estribo del puente Morand, que battría al dique en toda su estension. Centenares de seccionarios perecieron allí, contándose en este número, algunos oficiales realistas y muchos hijos de las principales familias de la nobleza y del comercio de Lyon.

La columna del dique del Saona, fué igualmente metrallada al desembocar sobre la plaza de Terreaux. Esta se replegó y fué á tomar una posición mas resguardada en la plaza de los Carmelitas, frente á la casa de la ciudad, pero casi cubierta por una parte de los edificios. Desde allí, esta columna tiró á bala rasa sobre la casa de la ciudad. Diezmados los jacobinos, huyeron de las salas y se refugiaron en los patios. El representante Gauthier se presentó á los seccionarios para parlamentar, pero se le retuvo en rehenes como se habia hecho con su colega. Amedrentado entonces, al ver el furor de las secciones, firmó la suspension de la municipalidad. Medinier hizo su entrada triunfal á caballo en la casa de la ciudad, y prendió á Chalier y á sus principales cómplices, y los condujo á la cárcel por medio de las oleadas de un pueblo indignado que queria sacrificarlos por sus crímenes. Este triunfo de la Gironda fué al 29 de mayo, antesvispera del día en que los girondinos vencedores en Lyon, sucumbian en Paris. Chalier fué condenado á muerte algunos días despues por el tribunal criminal y desde el interior de su calabozo veía el resplandor de la iluminación mandada poner en celebridad de la victoria de los moderados. «Estas son las hachas de mis funerales, dijo, los lioneses cometen una gran falta pidiendo mi muerte. Mi sangre, como la de Jesucristo, caerá sobre ellos y sobre sus hijos, porque yo soy en Lyon el cristo de la revolución. El cadalso será mi Gólgota, la cuchilla de la

guillotina mi cruz, en donde yo moriré bien pronto por la salud de la república.»

Aquel enérgico que aspiraba la sangre por fanatismo, se mostró el mas sensible y el mas tierno de los hombres en la soledad del calabozo. Una muger que le amaba, le habia dado una tórtola domesticada, de la cual hizo la compañera de su cautiverio, y á la que acariciaban sin cesar. Imágen de inocencia sobre una cabeza llena de sueños sangrientos, el pájaro estaba constantemente sobre los hombros de Chalier. Este despues de haber oido su sentencia, hizo mil siniestros vaticinios sobre la ciudad. Se le concedió que viese por última vez á sus amigos y á la muger con quien estaba en relaciones. El mismo los consoló y les legó todo lo que poseía sin olvidar la tórtola, que bañó con sus lágrimas. La guillotina que Chalier habia hecho venir de Paris y colocar en la plaza de Terreaux para inmolár á sus enemigos, se estrenó en su cabeza. El crucifijo que alternativamente habia adorado y hecho pedazos, no salió de sus manos mientras estuvo en el calabozo, Chalier no cesó de contemplar en él al Dios del suplicio. A las cuatro de la mañana fué sentenciado y empleó el resto del día en hacer su testamento. Se despidió de los demas presos, y marchó al cadalso con paso firme mirando al pueblo á derecha é izquierda como para reprenderle su muerte. Al pie del cadalso abrazó á su confesor, imprimió por última vez los labios en el crucifijo, y entregó el cuello al verdugo.

La cuchilla estaba mal afilada, y en vez de cortar de un solo golpe la cabeza de Chalier, cayó y hubo que volverla á levantar hasta cinco veces, sin que en ellos pudiese separar la cabeza del tronco, muriendo mas bien despedazado que decapitado. Chalier, con la cabeza medio separada del cuerpo, dirigió una mirada al verdugo como suplicándole abreviase su agonía. Murió al sexto golpe. Saboreó lentamente aquella muerte, cuya sed

habia inspirado tantas veces al pueblo. Este se sació de sangre, pero fue de la suya. El pueblo le aborreció al principio, despues lo sintió, y finalmente, lo deificó como habia deificado á Marat, hasta que al cabo dió su memoria al olvido ó al horror, como sucede siempre con las de aquellos hombres que solo respiran furor y horrores en las grandes crisis, en vez de hacer ver al pueblo sus derechos y las virtudes que deben adornarle. La sangre de Chalier, especie de reto hecho á la Convencion, hizo imposible en adelante toda reconciliacion entre los partidos. Lyon no podia someterse ya sino aceptando la venganza de los montañeses. Los honenses pasaron de la resistencia á la rebeldía.

XXII.

Los elementos de insurreccion eran numerosos y diversos en aquella ciudad, destruidos los girondinos, diezmada la Convencion, mutilada en Paris la representacion nacional el 31 de mayo, sufrida en un principio y rota al cabo la tirania anárquica de Chalier y de su populacho, desecha completamente su fuerza, émula esta ciudad de Tolon y de Marsella, respecto á insurrecciones, aniquilado el comercio, perseguidos los sacerdotes, amenazadas las vidas de todos los ciudadanos, por la ley de los sospechosos, horrorizados todos los ánimos por el terrorismo que vertia gota á gota la sangre de tantas victimas ilustres en Paris, y en fin, concentrando el realismo en Lyon como en un asilo, á donde llamaba á todos sus partidarios, y desde donde reanudaba sus negociaciones con el estrangero, todo concurría á convertir esta ciudad en la capital contra-revolucionaria de la república.

Sin embargo, la insurreccion no tremolaba aun des-

caradamente esta bandera, y se cubria con las apariencias del republicanismó. Los administradores y los presidentes de las secciones que acababan de triunfar en la casa de la ciudad, eran hombres de la revolucion, adictos al sistema de los girondinos y que limitaban su ambicion á la esperanza de ensalzar y vengar á los amigos de Vergniaud y de Roland. Los dos diputados de este partido, refugiados en Lyon, Chasset y Biroteau, mantenian con sus discursos y sus recriminaciones el espíritu de la Gironda. El gobierno de la ciudad habia tomado las formas de la dictadura, componiéndose de administradores nombrados y delegados por las secciones, y era su título el de comision popular republicana. Estos delegados habian sido nombrados bajo la impresion del horror contra los jacobinos. Se habian escogido para gobernantes los hombres que mas se alejaban por sus opiniones de los terroristas, y que por consecuencia se aproximaban mas á los contrarrevolucionarios. De un republicano rebelado contra la república, á un realista conspirando contra ella habia tan poco espacio, que los actos y los hombres no podian dejar tarde ó temprano de confundirse. Una opresion comun, se convierte involuntariamente en una causa comun; esto fué lo que sucedió en Lyon, no por instancia de los hombres, sino por la fuerza de las cosas.

La comision popular republicana, estaba presidida por Mr. Rambaud, cuyos principios y sentimientos monárquicos eran notorios. Los demas miembros eran *girondinos* irritados, ó *moderados* comprometidos, para quienes la somision á la Convencion no dejaba otra perspectiva que la muerte. El comercio, que no tiene mas opinion que su interés, deploraba cada dia la ruina de los negocios, y echaba de menos secretamente, el trono como prenda de trabajo, de crédito y de seguridad. La uoaleza y los sacerdotes refugiados y ocultos en gran número en Lyon, arrojaban leña al fuego, con la esperanza de hacer

estallar aquel volcan interior, cuya esplosion haria saltar la república, y volveria á abrir el camino de la Francia y del trono á los emigrados y á los principes proscriptos.

XXIII.

Ya hacia mucho tiempo que Lyon era el espejo donde se miraban los realistas emigrados. Tan pronto como esta ciudad rompió con la Convencion, sus emisarios creyeron que habia rotó con la república, y se dejaron ver alli para apoderarse del movimiento, y para dirigirlo en sentido realista. El conde de Artois estaba refugiado en Hanau en el territorio prusiano. En seguida envió al general marqués de Autichamp, á Saboya, con órden de estudiar de cerca el carácter de la insurreccion lionesa, de hacer que la corte de Turin se resolviese, y en tal caso, de hacerla que dirigiese fuerzas imponentes sobre Chambéry.

Otro oficial de la comitiva de aquel príncipe, fué enviado á Berna, para decidir á la Suiza á declararse contra la Francia, y para que reuniese sus fuerzas á las del rey de Cerdeña, á fin de que fuese el golpe mas decisivo contra la república. Dos enviados del rey de Cerdeña, el baron de Etolles y el conde de Maistre, éste, profeta siempre desmentido, pero siempre fulminante del antiguo régimen, secundaban en este momento, cerca de los cantones helvéticos, los esfuerzos de los emigrados. Lord Fitz-Gerald, enviado por el gabinete británico, trabajaba en los cantones, en el mismo sentido. Pero, los cantones aristócratas de la Suiza, amenazados en su propio país por el espíritu revolucionario que fermentaba en ellos, no se atrevian á hacer un movimiento que seria tal vez la señal del desquicio de su constitucion. La corte de Cerdeña, reforzada con ocho ó diez mil austriacos, lanzaba á

toda prisa sus principales fuerzas sobre el condado de Niza, para cubrir ante todo el Piamonte, contentándose con defender palmo á palmo las gargantas de la Saboya contra los batallones poco numerosos de Kellermann. El marqués de Autichamp y los oficiales de Condé, no tardaron en reconocer la imposibilidad de poner á los emigrados á la cabeza de un movimiento que conservaba las apariencias del republicanismo. Los realistas de Lyon y del interior se vieron obligados á renunciar á toda idea de una poderosa intervencion estrangera; no quedándoles mas esperanzas que en el tiempo, en la prudencia y en la victoria para levantar el trono en Lyon sobre las ruinas del partido girondino. Ademas de la parte de la poblacion que les era adicta por su modo de pensar, contaban en la ciudad con cuatro mil sacerdotes no juramentados, y con seis mil nobles decididos á tomar las armas contra las tropas de la Convencion.

XXIV.

Toda tentativa de conciliacion era ya tardía. Lyon corrió á las armas. La comision popular republicana hizo que todo se preparase para la defensa, mandó fundir cañones, construir reductos, almacenar provisiones, circular una moneda obsidional por valor de muchos millones, valor de que salia responsable la ciudad, y reclutar un ejército de nueve mil hombres pagados á su costa, rechazando al mismo tiempo por una deliberacion formal, la constitucion de 1793. En fin, nombró un comandante general de aquellas fuerzas.

Este general, cuyo nombre desconocido hasta entonces, era á proposito para tranquilizar á los realistas sin ser muy sospechoso á los republicanos, fué el conde de Preey. Mr. de Preey, era un noble del Charolais, antiguo

coronel del regimiento de los Vosges, que pertenecía á aquella parte de la nobleza militar que no se habia des-nacionalizado por la emigracion, que conservaba el patrio-tismo del ciudadano, unido á la fidelidad del cabal-lero monárquico por honor, patriota por el espíritu del siglo, y francés por la sangre. Habia servido en Cor-cega, en Alemania y en la guardia constitucional de Luis XVI. Confundiendo en un mismo culto á la consti-tucion y el rey. Habia combatido el 10 de agosto con los oficiales adictos que quisieron cubrir el trono con sus cuerpos, y llorado la muerte de su señor, pero sin mal-decir á su patria. Retirado en sus haciendas de Semur, en Brionnais, sufría en silencio la suerte de la nobleza perseguida.

Los amigos que tenia en Lyon le designaron á la co-mision republicana como el jefe mas adecuado para di-rigir y moderar el movimiento misto que Lyon osaba ten-ir contra la anarquía. Precy no era un jefe de partido, era principalmente un guerrero. No obstante la modera-cion de su carácter y la costumbre de manejar soldados, habilidad peculiar de los naturales de su provincia, le hacian capaz de reunir en una tantas opiniones confundi-das y de conservar su confianza y convenirse á su obje-to sin descubrirselo anticipadamente. Precy tenia cin-cuenta años, pero su esterior mareal, su franca fisonomia, sus ojos azules y serenos, su sonrisa fina y firme, el don natural del mando y de persuasion á la vez y su cuerpo infatigable, hacian de él un jefe agradable á los ojos del pueblo.

Los diputados de Lyon fueron á ofrecer el mando á Mr. de Precy, á quien encontraron como los romanos ha-

bían hallado al dictador, esto es, en el campo, con la azada en la mano, cultivando sus legumbres y sus flo-res.

En el mismo campo y debajo de una haya se entabló un diálogo digno de la antigüedad entre el militar y los ciudadanos. Precy declaró modestamente que se conside-raba muy inferior para el cargo que venian á ofrecerle; que la revolución habia roto su espada y la edad amortiguado su ardor; que la guerra civil repugnaba á su alma; que este era un remedio estremo que perdía mas cau-sas que salvaba; que precipitándose en ella, no queda-ba otro asilo que la victoria ó la muerte; que las fuerzas organizadas de la Convencion dirigidas sobre una sola ciudad, destruirian tarde ó temprano á Lyon; y que era necesario tener presente que los combates y las necesida-des de un largo sitio devorarian un gran número de sus ciudadanos, y que el cadalso concluiría con los restantes. «Ya lo sabemos, respondieron los negociadores de Lyon, pero nosotros hemos pesado en nuestro juicio el cadalso con la tiranía de la Convencion y hemos escogido el ca-dalso.—¡Y yo, exclamó Precy, lo acepto con tales hom-bres!» y tomando su casaca que estaba colgada de un peral volvió á su casa para abrazar á su jóven esposa, y tomando sus armas que hacia diez y ocho meses que es-taban escondidos siguió á los lioneses.

A su llegada á esta ciudad se vistió el uniforme civi-co, se puso la escarapela tricolor y montó á caballo para pasar revista al ejército municipal. Los batallones de nueva creacion y los de los guardias nacionales for-mados en batalla en la plaza de Bellecour para recono-cer al general, saludaron á Precy con unánimes aclama-ciones. El mando de la artillería fué confiado á Mr. de Chenette, teniente coronel de esta arma, oficial consuma-do en la guerra y estimado por su talento y por sus vir-tudes en la paz. El conde de Virieu reunió el mando ge-neral de la caballería. El conde de Virieu era el hombre

que daba mas significacion realista á la sublevacion de Lyon. Orador célebre en la Asamblea constituyente, habia reclamado al principio de la revolucion, los derechos de la nacion, asistido á la Asamblea de Vizille en el Delfinado, pedido la representacion por cabezas y no por órden en los estados generales, y se habia pasado finalmente con los cuarenta y siete miembros de la nobleza el 25 de junio al partido popular. Despues pareció que el conde de Virieu se habia arrepentido de estos actos. Asi lo demuestra el haberse apresurado á apoyar el trono despues de haberlo conmovido. El hubiera deseado como Meunier, Lally-Tolendal, Clermont-Tonnerre y Cazalés sus amigos, reducir la revolucion á la conquista de un derecho representativo distribuido en dos cámaras á imitacion de Inglaterra. La lucha de la aristocracia y de la democracia moderada por la monarquía le parecia el único gobierno compatible con la libertad. Desde que la Asamblea nacional habia roto el círculo en que la aristocracia queria encerrar al estado llano, todos los pasos de la revolucion le habian parecido excesos y todos sus actos crímenes. Habia salido de ella como se sale de una conjuracion culpable, sacudiendo el polvo de sus zapatos y maldiciendo su error. Sacrificó á la restauracion de la monarquía y de la religion destruidas y seguia correspondencia con los príncipes emigrados. Era en el Delfinado su patria, y en Lyon el hombre político de la monarquía desterrada. Además su fé religiosa avivada por la persecucion del culto y exaltada en su alma hasta ser visionario, le hacia aspirar á morir por su rey y por su Dios, asi como habia aspirado en otros tiempos á dar la libertad á su patria. De sangre ilustre, de casta proscripta, y defensor ardiente de un culto perseguido, la guerra civil le parecia una cruzada bajo este triple aspecto de aristócrata, de monárquico y de cristiano. Militar valiente, orador fácil y político diestro, reunia todas las condiciones de un jefe de partido. Lyon, al darle el mando manifestaba

no el objeto patente sino el pensamiento oculto de su insurreccion.

XXVI.

Por su parte la Convencion aceptaba la lucha con la inflexible resolucion de un poder que no retrocede ante la amputacion de un miembro, con tal que salve el cuerpo. La unidad de la república le pareció que era mas preciosa de conservar que la segunda ciudad de Francia. La Convencion tampoco hubiera retrocedido ante la destruccion de Paris. La patria no era á sus ojos una ciudad sino un principio. Ella no vaciló un momento, creyó en su derecho y sacó su fuerza de esta conviccion.

La Convencion ordenó á Kellermann, general en jefe del ejército de los Alpes, que dejase las fronteras y que concentrase sus fuerzas alrededor de Lyon. Kellermann que disputaba á Dumouriez la gloria de Valmy, sufría solo en estos momentos por el lado del Mediodía todo el peso de los austriacos, de los alobrogos y de los piamonteses cuyas fuerzas iban en aumento al otro lado de los Alpes. La Saboya indecisa y dividida entre su aficcion á nuestros principios y su fidelidad á sus príncipes, estalló en insurreccion contra nosotros en las provincias montañosas de Faucigny y de Conflans. Con un corto número de tropas, Kellermann sofocó todas aquellas insurrecciones en todos los puntos. El pequeño cuerpo de ejército que tenia en Saboya, se presentaba como un dique movable en donde era necesaria su presencia, corriendo de valle en valle, frauqueando las cumbres de las montañas con increíble lijereza y conteniendo en todas partes la irrupcion que descendia al desbordamiento sobre nosotros desde las alturas.

Kellermann pertenecia á una de esas razas militares

hábilés é intrépidas en los combates, mas á propósito para conducir soldados que para mezclarse en debates de partido, y que queria ser el gefe de los ejércitos de la república, pero no el ejecutor de sus severidades. Temia adquirir en lo sucesivo la fama de destructor de Lyon, y sabia el horror que acompaña á la memoria de los hombres que mutilan á su patria: le repugnaba el renombre de Mario del Mediodía y contemporizó un cuanto tiempo tanteando la via de las negociaciones y enviando cada día nuevas intimaciones á los lioneses, en tanto que iba reuniendo sus tropas para combatir en caso necesario. Todo fué inútil. La única respuesta que de Lyon recibió fué la proposicion de unas condiciones que imponian á la Convencion la retractacion del 31 de mayo, la revocacion de todas las medidas tomadas desde este día, la reposicion de los diputados girondinos, la reprobacion de sus propios actos y la humillacion de la Montaña. Kellermann, apurado por los representantes del pueblo Gauthier, Nioche y Dubois-Cranocé, estrechó mas el bloqueo incompleto aun de la ciudad. La comision de salud pública hizo marchar á Couthon y á Mignet á levantar en masa los departamentos de la Auvernia, la Borgoña, del Jura, de la Bresse y del Aroche, con el objeto de sofocar á Lyon bajo el peso de los batallones de patriotas voluntarios que el terror hacia salir de debajo de tierra á la voz de los representantes, de las orillas del Saone, de las del Ródano, de las montañas populosas de la antigua Auvernia y del Allier. Otras columnas conducidas por Reverchon, Javogues, Couthon y Mignet, avanzaban por todos los caminos que conducen á Lyon. Los paisanos no tenian necesidad de disciplina para formar detrás de las tropas de linea ó en los intervalos que separaban á los campamentos, unas murallas de bayonetas que estrechaban el bloqueo y ahogaban á la ciudad.

Lyon no tenia otros recintos fortificados que las alturas de la Cruz Roja, meseta que separa los dos rios, y la cadena de colinas que se estiende paralelamente al curso del Saone, desde la roca de Pierre-Encise, en donde este rio entra en la ciudad, hasta el arrabal de Santa Fé que se eleva á la estremidad de estas colinas, no lejos de la confluencia del Soane con el Ródano. Esta confluencia defendia por si misma á la ciudad por el lado del Mediodía. Un puente llamado de la Muletierre, atravesaba en este punto de la union de los dos rios el lecho del Saone. Defendido por algunos reductos este puente, interceptaba el paso á las columnas de los sitiadores. Entre la ciudad y la Muletierre, una calzada estrecha, fácil de cortar y de defender, se estiende sobre la orilla del Ródano. El resto del espacio que forma la punta Parrache, era un terreno bajo, pantanoso, cruzado de balsas y canales, plantado de mimbres, cañas, álamos, cubierto de empalizadas propias para ser defendido por un corto número de tiradores emboscados, ó inaccesibles á la artillería. Por el lado del Este, Lyon no tenia otra defensa que el Ródano, cuya anchura y rapidez forma en los diques un foso corriente imposible de salvar. Se habia añadido á esta defensa natural dos reductos construidos en las cabezas de los puentes de la Guillotiere y Morand, únicos puntos que ponian entonces en comunicacion á la ciudad con el cuartel de Broteaux y con el arrabal de la Guillotiere situado al otro lado del rio. Lyon no tenia mas que cuarenta piezas de artillería para guarnecer esta inmensa circunferencia, pero se fundian otras nuevas todos los dias: y merced al infatigable ardor del general Preey y de su estado mayor, los parapetos, las baterías, los reductos y los puentes cortados, ó dispuestos á volarse, presen-

taban por todas partes un aparato formidable de resistencia á los ejércitos de la Convencion.

XXVIII.

El ejército sitiador, tomó posición en los primeros dias de agosto, dividiéndose en dos campos: el de la Guillotiere compuesto de diez mil hombres, provistos de una numerosa artillería y mandados por el general Vaubois: este campo estaba á las orillas del Ródano y cerraba el Delfinado, la Saboya y los Alpes á los lioneses: y el campo de Mirebel, que se extendía desde el Norte del Ródano al Saone, atravesando la meseta de la Dombe que los separa y amenazando al arrabal de la Cruz Roja, posición que era la mas fuerte.

Kellermann habia establecido su cuartel general en el castillo de la Pape, á corta distancia de Mirebel sobre la orilla escarpada del Ródano. Un puente de barcas echado al pie del castillo en el rio, daba comunicacion á los dos ejércitos republicanos. Los batallones del Ardecho, del Forez, de la Auvernia y de la Borgoña, conducidos por los representantes de estos departamentos, se apilaban sucesivamente sobre una línea inmensa que se extendía desde la orilla derecha del Ródano al otro lado de su confluencia, hasta las mesetas de Lamonest, que dominan el curso del Saone, antes de entrar en Lyon. Pero esta línea de tropas ondulosa, débil, cortada en muchas partes por los cuerpos avanzados de los lioneses y por los pueblos de San Esteban, Saint-Chamond, Montbrison, que hacian causa común con los sitiados, dejaba á Lyon en comunicacion libre con las montañas del Vivarais y con el camino de Paris por el Borbonés. Estos pueblos y los adyacentes eran para los lioneses otras tantas colonias fieles que les suministraban armas, viveres y los

combatientes necesarios para hacer el servicio de avanzadas. El campo de batalla no tenia menos de sesenta leguas cuadradas de estension.

A medida que las columnas sitiadoras tomaban posición ocupaban estos pueblos, aldeas y puestos avanzados, haciendo refluir al ejército de Pécy á los puntos fortificados detrás de los reductos, ó bajo las murallas de la ciudad. Pécy aguerría de este modo su ejército móvil de cerca de diez mil hombres, haciendo de los cuerpos de tropas que se habian levantado y de los jóvenes voluntarios fogueados ya, el núcleo y el nervio de su defensa interior. Entusiasmados por su causa, apasionados por su general que veian siempre el primero á caballo en el fuego ó á la bayoneta con ellos, recompensados por sus miradas recibian su recompensa al entrar en Lyon, en los abrazos de sus madres, de sus esposas, de sus hermanos, y de sus conciudadanos. Aquellos jóvenes, casi todos realistas, se habia convertido en un ejército de héroes. Con estos fué con los que Pécy hizo aquellos prodigios de valor, de movilidad y de constancia, que duraron mas de dos meses á la Francia entera ante un puñado de combatientes, en medio de una poblacion dudosa, batida, incendiada y famélica.

XXIX.

El bombardeo principió el 10 de agosto, aniversario de dichoso augurio para la república. Las baterías de Kellermann y las de Vaubois hicieron llover sin intermision durante ocho dias bombas, balas rasas, y los cohetes incendiarios sobre la ciudad. Algunas señales pérfidas hechas durante la noche por los amigos de Chalier, indicaban los cuarteles y las casas que se habian de incendiar, escogiendo de este modo los artilleros su blan-

co y reventando las bombas casi siempre en las calles, en las plazas y en las habitaciones de los enemigos de la república. Durante estas siniestras noches, el opulento mueble de Saint-Clair, la plaza de Bellecour, el puerto del Temple, la calle Merciere, inmensa avenida, atestada de riquezas fabriles y comerciales, se incendiaron trescientas veces con la explosión de los proyectiles, devorando en su incendio los millones del producto del trabajo de Lyon y enterrando en las ruinas de sus fortunas á millares de habitantes.

Aquel pueblo aterrorizado por un momento, no tardó mucho en acostumbrarse á este espectáculo. La atrocidad de sus enemigos no producía en él mas que indignación. La causa de la guerra, que no era si no la de un partido, se convirtió de este modo en una causa unánime. El crimen del incendio de Lyon, fué á los ojos de los ciudadanos el sacrilegio de la república, y no comprendían ningún acomodamiento posible con aquella Convencion que tomaba el incendio por auxiliar, y que quemaba á la Francia para someter una opinion. La poblacion en masa se armó para defender sus murallas hasta la muerte. Después de haber sacrificado sus hogares, sus bienes, sus casas y sus riquezas, poco les costaba ya sacrificar sus vidas. El heroismo se convirtió en una costumbre del alma. Las mugeres, los niños y los ancianos se habituaron en pocos dias al fuego y á la explosión de los proyectiles. Tan pronto como una bomba describía su curva sobre un cuartel ó sobre un tejado, echaban á correr, no para huir sino para apagarla, arrancándola la espoleta. Si lo conseguían jugaban con el proyectil apagado y lo llevaban á las baterías de la ciudad, para devolverlo á los enemigos; si llegaban tarde se arrojaban al suelo, levantándose cuando habia estallado el proyectil. Los socorros contra incendios estaban organizados en todas partes, y el agua de los dos rios corria de mano en mano por una inmensa cadena de personas hasta la casa incen-

diada. La poblacion entera estaba dividida en dos pueblos, uno que combatía en las murallas, el otro que apagaba los incendios, llevaba á las avanzadas las municiones y los viveres, trasportaba los heridos á los hospitales, curaba á los enfermos y enterraba los muertos. La guardia nacional mandada por el intrépido Madinier contaba treinta y seis mil bayonetas. Contenia á los jacobinos, desarmaba á los clubistas, hacia ejecutar las requisiciones de la comision popular y enviaba numerosos destacamentos de voluntarios á los puestos mas amenazados. Precy, Virieu y Chenelette, presentes en todas partes, atravesaban continuamente la ciudad á caballo, para combatir de un rio á otro, yendo del campo al consejo y del consejo al combate.

La comision popular, presidida por el médico Gilberto, girondino ardiente y animoso, no vacilaba ni ante la responsabilidad, ni ante la muerte.

Resuelta á vencer ó á sucumbir en la guillotina, habia recibido del peligro comun, el poder que ejercia con el concurso unánime de todas las voluntades. La autoridad es hija de la necesidad. Todo el mundo cede sin murmurar á lo que dispone la autoridad en un pueblo sitiado.

XXX.

Los jacobinos comprimidos, desarmados y vigilados, se escondían en los arrabales, se refugiaban en los campos republicanos, ó tramaban ocultamente inútiles complots. En la noche del 24 al 25 de agosto y en medio de la confusión del bombardeo de la plaza de Bellecour, el fuego encendido por manos de una muger, devoró el Arsenal, inmenso edificio construido en las orillas del Saona á la estremidad de la ciudad. Aquella noche vomitó millares de quintales de municiones y desarmó una par-

co y reventando las bombas casi siempre en las calles, en las plazas y en las habitaciones de los enemigos de la república. Durante estas siniestras noches, el opulento mueble de Saint-Clair, la plaza de Bellecour, el puerto del Temple, la calle Merciere, inmensa avenida, atestada de riquezas fabriles y comerciales, se incendiaron trescientas veces con la explosión de los proyectiles, devorando en su incendio los millones del producto del trabajo de Lyon y enterrando en las ruinas de sus fortunas á millares de habitantes.

Aquel pueblo aterrorizado por un momento, no tardó mucho en acostumbrarse á este espectáculo. La atrocidad de sus enemigos no producía en él mas que indignación. La causa de la guerra, que no era si no la de un partido, se convirtió de este modo en una causa unánime. El crimen del incendio de Lyon, fué á los ojos de los ciudadanos el sacrilegio de la república, y no comprendían ningún acomodamiento posible con aquella Convencion que tomaba el incendio por auxiliar, y que quemaba á la Francia para someter una opinion. La poblacion en masa se armó para defender sus murallas hasta la muerte. Después de haber sacrificado sus hogares, sus bienes, sus casas y sus riquezas, poco les costaba ya sacrificar sus vidas. El heroísmo se convirtió en una costumbre del alma. Las mugeres, los niños y los ancianos se habituaron en pocos dias al fuego y á la explosión de los proyectiles. Tan pronto como una bomba describía su curva sobre un cuartel ó sobre un tejado, echaban á correr, no para huir sino para apagarla, arrancándola la espoleta. Si lo conseguían jugaban con el proyectil apagado y lo llevaban á las baterías de la ciudad, para devolverlo á los enemigos; si llegaban tarde se arrojaban al suelo, levantándose cuando habia estallado el proyectil. Los socorros contra incendios estaban organizados en todas partes, y el agua de los dos rios corria de mano en mano por una inmensa cadena de personas hasta la casa incen-

diada. La poblacion entera estaba dividida en dos pueblos, uno que combatía en las murallas, el otro que apagaba los incendios, llevaba á las avanzadas las municiones y los viveres, trasportaba los heridos á los hospitales, curaba á los enfermos y enterraba los muertos. La guardia nacional mandada por el intrépido Madinier contaba treinta y seis mil bayonetas. Contenia á los jacobinos, desarmaba á los clubistas, hacia ejecutar las requisiciones de la comision popular y enviaba numerosos destacamentos de voluntarios á los puestos mas amenazados. Precy, Virieu y Chenelette, presentes en todas partes, atravesaban continuamente la ciudad á caballo, para combatir de un rio á otro, yendo del campo al consejo y del consejo al combate.

La comision popular, presidida por el médico Gilberto, girondino ardiente y animoso, no vacilaba ni ante la responsabilidad, ni ante la muerte.

Resuelta á vencer ó á sucumbir en la guillotina, habia recibido del peligro comun, el poder que ejercia con el concurso unánime de todas las voluntades. La autoridad es hija de la necesidad. Todo el mundo cede sin murmurar á lo que dispone la autoridad en un pueblo sitiado.

XXX.

Los jacobinos comprimidos, desarmados y vigilados, se escondian en los arrabales, se refugiaban en los campos republicanos, ó tramaban ocultamente inútiles complots. En la noche del 24 al 25 de agosto y en medio de la confusion del bombardeo de la plaza de Bellecour, el fuego encendido por manos de una muger, devoró el Arsenal, inmenso edificio construido en las orillas del Saona á la estremidad de la ciudad. Aquella noche vomitó millares de quintales de municiones y desarmó una par-

te de la insurreccion, pero no desarmó ni el brazo, ni los corazones de los lioneses. Los insurgentes hicieron a la luz misma del incendio una salida en número de tres mil hombres que rechazaron las tropas republicanas de las alturas de Santa Fé.

El bombardeo no producía mas que ruinas pero ningún progreso se hacia contra la plaza. La Convencion convenia á Kellermann. Los representantes del pueblo en el ejército acusaban su tibieza y sus contemplaciones. Los sardos aprovecharon su ausencia para reconquistar á la Saboya. Kellermann prestó lo necesaria que era su presencia en el ejército de los Alpes y pidió se le relevase del mando del ejército de Lyon. La comision de salud pública nombró el general Doppett en reemplazo de Kellermann. Doppett habia mandado la vanguardia de Carteaux contra Marsella y estaba acostumbrado á las guerras civiles. Entretanto que llegaba Doppett al campo, se confió el mando á Dubois-Crancé.

Dubois-Crancé era representante del pueblo y teniente de Kellermann, y hacia la guerra con todo el furor que le inspiraba su republicanismo. Noble, pero tráfuga de la causa del rey, Dubois-Crancé queria destruir á Lyon como soldado, pero mas aun como republicano. Veía dentro de sus muros los dos objetos de su odio, la Gironda y el realismo. Imprimió á su ejército, que se engrosaba todos los días, el movimiento y la energia de su alma. La hóveda de hierro y de fuego que cubria á Lyon hacia dos meses, se espesaba cada vez mas. Hizo atacar por el ejército de Reverchon, que bajó para esto de las alturas de Limonest, el puerto del castillo de La Duchere. Defendido por cuatro mil lioneses y por algunos reductos, este punto dominaba el arrabal de Vaise. Al otro día por la noche, bajo un fuego terrible y combinado de todas las baterias, Dubois-Crancé avanzó á la cabeza de tres batallones del Ardeche contra los reductos de los sitiados que cubrian el puente de Oullins

y el de la Muletierre, tomándolos á la bayoneta antes que los trescientos lioneses que los defendian tuviesen lugar de volar el puente. La península Parrache quedó abierta á los republicanos. Las alturas de Santa Fé les fueron entregadas por traicion. El cabo de guardia del reducto principal situó en la noche del 27 de setiembre el centinela avanzado en una posicion desde la cual no podia descubrir nada. Este cabo avanzó hasta los puestos republicanos y reveló la seña de los sitiados. Los republicanos entraron á favor de esta seña en el reducto y degollaron á los que lo guardaban.

La toma de los reductos de Santa Fé descubrió todas las alturas de Lyon por la parte del Oeste. Precy resolvió hacer un esfuerzo desesperado para volver á apoderarse de aquella posicion: avanzó á la cabeza de sus batallones de preferencia contra los republicanos, fortificados ya en las obras que acababan de conquistar. Rechazado desde luego por el fuego de sus reductos, muerto su caballo, que cayó encima de él, pudo desprenderse, y reuniendo sus tropas cogió el fusil de un soldado, y marchando el primero hácia las piezas, recibió un metrallazo que le hizo arrojar sangre por dos heridas: se la contuvo con un pañuelo, y agitándolo en el aire como una bandera, lanzó sus batallones sobre el enemigo, que huyó, dejando clavadas las piezas y demolidos los reductos.

Pero mientras que Precy triunfaba en Santa Fé y en San Ireneo, el general Doppett, aprovechándose del boquete abierto el día anterior á sus tropas por la toma del puente de la Muletierre, lanzó sus batallones sobre la avenida de Parrache, tomando los dos reductos que lo defendian, y avanzó en columna fulminante sobre el cuartel del dique del Ródano hasta el centro de Lyon. Las balas de cañon barrian ya el dique del Ródano, cuando Precy informado de la invasion de los republicanos, bajó con los restos de sus batallones de las alturas

de Santa Fé, atravesó el Saona y la ciudad, recibió al paso el puñado de valientes que aun estaban en disposición de combatir, los formó en columna en la plaza de la ciudad, cubrió la cabeza de la columna con cuatro piezas, desplegó una nube de tiradores en los terrenos bajos de Parrache para proteger su flanco derecho, y desembocó al paso de carga sobre la calzada para rechazar al ejército republicano ó morir.

XXXI.

Los soldados de Doppett esperaban el ataque: el campo de batalla era una calzada de veinte y cinco toesas, entre el Ródano y el pantano de Parrache. No había maniobra posible. La victoria era del partido que se obstinase mas en querer morir. Las baterías republicanas, situadas, una sobre la orilla izquierda del Saona y las otras en la calzada, batian en tres direcciones á la columna lionesa. Aquello era un infierno de metralla. Las primeras compañías fueron destruidas por completo por este volcan de fuego. Precy, pasando por encima de los cadáveres, se precipitó con los mas valientes de sus voluntarios sobre los batallones republicanos que sostenian la batería del frente. El choque fué tan terrible y el furor tan encarnizado, que las bayonetas se rompieron en los cuerpos de los combatientes sin arrancarles un grito, y los republicanos precipitados y envueltos en los fosos que ciñen la calzada, no quisieron aceptar el cuartel que les ofrecieron dejándose matar hasta que no quedó uno de ellos.

Prosiguiendo Precy su victoria, rechazó la columna desbandada de Doppet hasta el puente de la Muletierre. Los republicanos no tuvieron apenas tiempo de cortarlo despues de haberlo pasado y se replegaron en Oullins.

Lyon respiró algunos dias, pero Precy perdió en esta victoria la flor de su juventud lionesa. Las fatigas, el fuego, la muerte y los heridos redujeron á tres mil combatientes los defensores de tan vasto recinto. No se separaban de una brechia sino para volar á otra, dejando en todas partes lo mas puro de su sangre. Las baterías del general de la Convencion Vaubois, enrojciendo las balas en hornillos que hicieron traer de Grenoble, no dejaron una hora de descanso en la ciudad ni un abrigo á los heridos y á los moribundos. En vano, como para reclamar que se siguiese allí la costumbre de todas las plazas sitiadas en que no se hace fuego sobre los asilos consagrados á la humanidad, Lyon habia enarbolado una bandera negra sobre su hospital, monumento admirable de arquitectura y de caridad; los artilleros de la Convencion acibillaron á balazos las paredes y bóvedas de aquel asilo de la humanidad doliente. Las bombas al reventar en las salas enterraban á los heridos bajo las bóvedas á donde se habian refugiado para salvarse. El curso de los dos rios y los caminos que servian para llevar viveres á Lyon estaban cerrados por todas partes. Los viveres y las municiones estaban agotados, ya se comian los pocos caballos que les restaban, y se fundian balas con el plomo de los edificios. El pueblo murmuraba al morir viendo que su muerte era ya inútil. Los socorros que se lisonjaban recibir de la Saboya y de Italia, habian sido interceptados por el ejército de Kellermann, en los Alpes. Carteaux habia pacificado á Marsella. El incendio que Lyon se habia prometido propagar con su ejemplo en el corazon de la Francia, se habia sofocado en todas partes y no devoraba mas que sus muros. La ciudad entera no era sino un campo de batalla, lleno de los escombros de sus edificios y de los restos de su poblacion. Un asalto la entregaria al furor de un ejército de cien mil paisanos irritados y sedientos de pillage, y podia á cada instante entregar las mugeres, los niños,

los ancianos, los enfermos y todo lo que hay de mas sagrado en el hogar de una ciudad al ultraje, á la carnicería y á la muerte. El hambre contaba las horas y morían contándolas. Ya no habia alimentos mas que para dos dias y aun eso disputándoselos los hombres á los caballos. Habia cesado la distribucion de media libra de avena disuelta en agua. Couthon y Maignet dirigian á los lyoneses intimaciones moderadas é insidiosas. La comision popular las comunicó á las secciones reunidas, y éstas nombraron diputados que fueron al campo de Couthon para conferenciar con los generales y con los representantes. Estos concedieron quince horas de término á la ciudad para dar tiempo á aquellos de sus defensores que mas se habian comprometido de proveer á su seguridad.

XXXII.

Precy reunió en la noche del 8 al 9 de octubre á sus compañeros de gloria y de desgracia. Les anunció que habia llegado la última hora para Lyon; que á pesar de las promesas de Couthon, el terror y la venganza entrarían al dia siguiente en la ciudad con el ejército republicano, y que ninguno de aquellos á quienes sus funciones, su uniforme, sus armas y sus heridas señalasen como principales defensores de la ciudad, se levantarían del resentimiento de la Convencion y de las delaciones de los jacobinos. Añadió que en cuanto á él, estaba decidido á morir como soldado y no como victima; que saldría aquella misma noche de Lyon con los últimos y mas valientes ciudadanos, que burlaría la vigilancia de los campamentos republicanos atravesándolos por el punto en donde menos se le esperase, y remontando la orilla izquierda del Saona por el camino de Macon al llegar á la altura de Montmerle, atravesaría el rio, se ar-

rojaria al Dombé, pasaria por retaguardia del campo de Dubois-Crancé, á Maximieux, y llegaría á las fronteras de Suiza por las gargantas del Jura. «Que los que quieran probar conmigo esta última fortuna del soldado, añadió, se hallen con sus armas y con lo que tengan en mas estima antes de amanecer en el arrabal de Vaise, para seguirme. ¡Yo pasaré ó moriré con ellos!»

Aquella noche fué una agonía mortal para la ciudad. Toda se pasó en deliberar en el seno de las familias sobre el partido mas seguro que podian tomar para salvarse al otro dia. La permanencia en Lyon, tenia perspectivas siniestras, la salida ofrecia peligros ciertos. Dos mil hombres solamente, casi todos jóvenes, nobles realistas ó hijos de las mas distinguidas familias de Lyon, se encontraron al rayar el alba en el lugar de la cita dada por Precy. Trescientas ó cuatrocientas mugeres, madres, esposas ó hermanas de los fugitivos cargadas con sus niños de pecho ó conduciéndolos por la mano, acompañaban á sus maridos, á sus padres y á sus hermanos, refugiándose en la columna para participar de sus peligros. Esta multitud confusa ahogaba su llanto temeroso de llamar la atención del campo de la Duchere.

XXXIII.

Mientras esta masa se reunia lentamente bajo los frondosos árboles de un parque llamado el bosque de la Claire, algunos centenares de combatientes asistian en una cueva inmediata á unas honras fúnebres en honor de sus hermanos muertos en los combates, y de los que iban aun á morir de entre ellos. El general Virieu cuyo valor se fortificaba por la fé recibió allí la comunión, viático de su último dia. Cuando todos estaban reunidos, Precy colocado sobre una cureña, arengó á su tropa: «Estoy

satisfecho de vosotros, les dijo, ¿pero vosotros lo estais de mí? Los gritos unánimes de, viva nuestro general le interrumpieron. «Habeis hecho, continuó Precy, todo lo que humanamente era posible por vuestra desgraciada ciudad. No ha dependido de mí que se salvase libre y triunfante. Depende ahora de vosotros el volverla á ver dichosa y próspera. Acordaos que en unos aparos como los que nos encontramos, no hay salvacion sino en la disciplina y en la unidad del mando. No os digo mas; porque el tiempo urge y el dia se acerca á toda priesa. Fiad en vuestro general.—Viva Lyon,» respondió la columna como despidiéndose de sus hogares abandonados.

Precy dividió aquel cuerpo de ejército, ó por mejor decir, aquel convoy fúnebre en dos columnas: la primera de mil y quinientos hombres precedida de cuatro piezas de artillería, mandados por él, y la segunda de quinientos, á las órdenes del conde de Virieu, en la que iban las mugeres, los niños y los ancianos desarmados, entre filas.

A la salida del arrabal del Vaise, cinco baterías republicanas, sostenidas por algunos batallones emboscados detrás de las paredes y vallados batieron á los lioneses. Precy ordenó á los granaderos que les atacasen á la bayoneta. Uno de sus mejores oficiales llamado Burtin de la Riviere que le servia de ayudante de campo, se lanzó á la cabeza de la columna, «granaderos adelante, exclamó.» Los granaderos obedecieron, pero en el momento en que la Riviere les enseñaba el enemigo, una bala de cañon le rompió un brazo y abriéndole el pecho le arrojó muerto á los pies de su caballo. La columna titubeó: Precy reunió dos compañías del centro, inflama su ardor y franquea á su cabeza un barranco de fuego, rechazando con su atrevimiento á mucha distancia á los republicanos. Mientras que él combatia, la columna pasó, y Precy pudo reunirse luego con ella, protegido por sus baterías.

A favor de esta diversion, la columna salió del desfiladero y se destizó por debajo de las colinas escarpadas que ciñen el Saone hasta las gargantas de Saint-Cyr. Precy pasó con felicidad estas gargantas. Marcharon ya con mas seguridad en un espacio abierto y libre. Virieu y su columna iban á entrar á su vez en el desfiladero de Saint-Cyr, cuando ocho mil quinientos hombres, mandados por el representante Reverchon, cayeron sobre él, cortaron su columna, precipitaron en el Saone ó fusilaron en los caminos hondos y en las viñas, á todos los que la componian y no perdonaron ni hombres ni niños ni mugeres; todos perecieron al filo de las bayonetas de los republicanos. La carnicería fué tan completa que nadie pudo conocer la suerte de Virieu. Un dragon del ejército republicano aseguró haberle visto batirse como un héroe contra muchos ginetes y rehusando todo cuartel, y precipitarse con su caballo cubierto de sangre en el rio. No se halló rastro de su cuerpo ni de su caballo ni de sus armas en el terreno. Esta desaparicion repentina y esta ausencia de todo vestigio hicieron esperar á la condesa de Virieu que tambien huía disfrada de labradora, que su marido habia escapado de la muerte: obstinada en su ternura y en su esperanza erró algunos meses por las cercanías para descubrir sus huellas y esperó inútilmente por muchos años la vuelta del muerto creyendo que no lo estaba.

Precy haciendo frente alternativamente con sus piezas á la caballería y á los tiradores del cuerpo de Limonest que lo fusilaban por los flancos, y á los batallones que le

cerraban el paso, atacó por último á la bayoneta una batería republicana que dispersó y pudo entrar con su columna en el bosque de Alix. La orilla izquierda del Saone estaba erizada de tiradores, y era imposible pasar el río; no habia mas medio de libertar aquel ejército que dispersarlo por las montañas del Forez. Entre aquellas poblaciones religiosas, realistas y contra-revolucionarias, en aquellos parages cortados por torrentes y por bosques, el pequeño ejército de los lioneses sublevaria al pais, ó encontraría al menos asilo ó los medios de fugarse individualmente. Precy reunió su tropa en consejo de guerra y los comunicó su resolución que fué combatida con obstinacion por una parte de sus compañeros que no veian su salvacion sino pasando al otro lado de los Alpes. Armóse entonces un altercado terrible entre los dos partidos, pero en lo mas recio del debate se oyó tocar á reláto en todas las aldeas vecinas y los paisanos cercaron el bosque. La mitad del ejército abandonó á su general, pasó el Saone y pereció al otro lado. Precy, seguido solo de trescientos combatientes, abandonó los cañones y los caballos, salió del bosque de Alix, se alejó del Saone y marchó por espacio de tres dias de combate en combate, sembrando el camino de rezagados, de heridos y de muertos. Acosados los fugitivos por los habitantes del pais, perseguidos por la caballería ligera de Reverchon, y á cada instante á punto de ser envuelto, aquellos restos de los diez mil combatientes que habian sido al empezarse el sitio llegaron en número de ciento diez á la cima del monte de San Roman, meseta elevada y defendida por barrancos y malezas. El círculo se estrechaba á cada momento. En algunas cabañas encontraron aun viveres. Los parlamentarios republicanos, admirando su intrepidez y sintiendo su suerte, les ofrecieron una capitulacion en que se aseguraba la vida á todos menos al general. Sus valientes compañeros rehusaron separar su suerte de la suya. Precy los abrazó á todos por última vez, se quitó su uniforme

de general, rompió su espada, soltó á su caballo y deslizando por entre los matorrales conducido por dos soldados se internó en unas cavernas inaccesibles cubiertas por un bosque de pinos. Apenas se habia separado Precy de su ejército, cuando se presentó en la avanzada un oficial de húsares de los republicanos: « Entregadme á vuestro general y os salvais, » dijo al jóven Reyssié ayudante de campo de Precy y uno de los héroes del sitio. « No está entre nosotros, respondió Reyssié, y si quereis una prueba de ello, mirad á su caballo que padece en libertad detrás de nosotros. — Tú me engañas, replicó el oficial tirando del sable, el general eres tú y te hago prisionero. » A estas palabras, Reyssié cansado de la vida deshizo la cabeza de un pistoletazo al oficial republicano, y poniéndose en la boca el cañon de otra pistola, se levantó la tapa de los sesos y cayó muerto sobre el cuerpo de su enemigo. Al ruido de esta doble detonacion, los republicanos caen sobre los restos del ejército lionés y los degüellan sin piedad, escapándose apenas algunos soldados, que lograron ocultarse entre la maleza. Reyssié y el oficial que él habia muerto fueron enterrados por los paisanos en un mismo hoyo.

XXXVI.

Entretanto, informado Precy por dos de aquellos soldados fugitivos de la inutilidad de su sacrificio y del degüello de su ejército, anduvo errante tres dias y tres noches sin tomar alimento y sin abrigo, en medio de los bosques y en los barrancos de aquellas montañas. Sus dos últimos compañeros no le abandonaron: el uno de ellos natural de la cabaña de Violay, á la orilla del Saone, consiguió conducirle en tres noches de marcha hasta un bosque inmediato á la cabaña de su padre: allí lo man-

tuvo algunos días con el pan que sustraía á su indigente familia que no sabia nada de todo esto, hasta que pudo proporcionarle un traje de labrador. Cuando al fin la noticia de la muerte de Precy se acreditó en Lyon y cuando disminuyó el ardor de las pesquisas, el general consiguió refugiarse en Suiza atravesando las gargantas del Jura. Precy pasó la frontera con dos soldados unicos restos de la inmensa insurreccion civil de la ciudad que la república rechazaba de su seno como bien pronto iba á rechazar los restos de la coalicion de los reyes.

Precy fué acogido con respeto en el destierro, y no volvió á su patria sino con los Borbones, envejeciendo sin recompensa y sin honores bajo su reinado, porque las córtés no quieren sino á los cortesanos. No habia combatido á la republica, sino á sus escesos, y habia conservado los colores de la nacion en sus banderas, como soldado de la nacion y no de una familia, fué olvidado. Los príncipes y los hombres son de tal naturaleza, que aprecian mas á los que participan de sus faltas, que á los que sirven sus intereses. Nadie se acordó de Precy, sino despues de su muerte. Lyon le hizo unas magnificas exéquias en la misma meseta de Brotteaus, regada con la sangre de sus compañeros de armas, enterrándole al lado de los restos de aquellos héroes del sitio. Sus restos mortales descansan allí en el sitio de su gloria. Las guerras civiles no premian sino con sepulcros.

FIN DEL TOMO CUARTO.

ÍNDICE.

LIBRO TREINTA Y SIETE.

Págs.

Contemporiza Dumouriez.—La Belgica.—Danton.—Sus planes.—Descontento de Dumouriez.—Sale de Bruselas.—Va á Paris.—Medita la conquista de Holanda.—Vuelve á Bruselas.—Orden de la Convencion.—Beurnonville.—Derrota.—Dumouriez trata con los enemigos.—Rumores sobre su defeccion.—La familia de Orleans.—Comisionados al campamento de Dumouriez.—Llamamiento de Dumouriez.—Se niega á obedecer.—Entrega los comisionados á los austriacos.—Defeccion.—Dumouriez se libra de la muerte por medio de la fuga.

LIBRO TREINTA Y OCHO.

Sucesos en lo interior.—Marat.—Organizacion de los comités.—Instituciones populares.—Sediciones.—Asignados.—Consideraciones.—El máxi-

tuvo algunos días con el pan que sustraía á su indigente familia que no sabia nada de todo esto, hasta que pudo proporcionarle un traje de labrador. Cuando al fin la noticia de la muerte de Precy se acreditó en Lyon y cuando disminuyó el ardor de las pesquisas, el general consiguió refugiarse en Suiza atravesando las gargantas del Jura. Precy pasó la frontera con dos soldados unicos restos de la inmensa insurreccion civil de la ciudad que la república rechazaba de su seno como bien pronto iba á rechazar los restos de la coalicion de los reyes.

Precy fué acogido con respeto en el destierro, y no volvió á su patria sino con los Borbones, envejeciendo sin recompensa y sin honores bajo su reinado, porque las córtes no quieren sino á los cortesanos. No habia combatido á la republica, sino á sus escesos, y habia conservado los colores de la nacion en sus banderas, como soldado de la nacion y no de una familia, fué olvidado. Los príncipes y los hombres son de tal naturaleza, que aprecian mas á los que participan de sus faltas, que á los que sirven sus intereses. Nadie se acordó de Precy, sino despues de su muerte. Lyon le hizo unas magnificas exéquias en la misma meseta de Brotteaus, regada con la sangre de sus compañeros de armas, enterrándole al lado de los restos de aquellos héroes del sitio. Sus restos mortales descansan allí en el sitio de su gloria. Las guerras civiles no premian sino con sepulcros.

FIN DEL TOMO CUARTO.

ÍNDICE.

LIBRO TREINTA Y SIETE.

Págs.

Contemporiza Dumouriez.—La Belgica.—Danton.—Sus planes.—Descontento de Dumouriez.—Sale de Bruselas.—Va á Paris.—Medita la conquista de Holanda.—Vuelve á Bruselas.—Orden de la Convencion.—Beurnonville.—Derrota.—Dumouriez trata con los enemigos.—Rumores sobre su defeccion.—La familia de Orleans.—Comisionados al campamento de Dumouriez.—Llamamiento de Dumouriez.—Se niega á obedecer.—Entrega los comisionados á los austriacos.—Defeccion.—Dumouriez se libra de la muerte por medio de la fuga.

LIBRO TREINTA Y OCHO.

Sucesos en lo interior.—Marat.—Organizacion de los comités.—Instituciones populares.—Sediciones.—Asignados.—Consideraciones.—El máxi-

mum.—Decreto de acusacion contra Marat.—Lyon.—La Vendée.—El ejército.—Danton en la frontera.—Robespierre.—Los girondinos.—Comité insurreccional.—Muerte de la muger de Danton.—Los veinte y dos diputados girondinos.—Complot entre ellos.—Danton.—Discurso.—El tribunal revolucionario.—Vergniaud.—Discurso.—Los girondinos rechazan las proposiciones de Danton.—Comité de salvacion pública.—Madama Roland. 43

LIBRO TREINTA Y NUEVE.

Danton y Robespierre.—Segundas nupcias de Danton.—Danton acusa á los girondinos.—Robespierre pide su enjuiciamiento.—Vergniaud se defiende.—Contesta Danton.—Marat.—Teorias de Robespierre.—Apreciaciones. 85

LIBRO CUARENTA.

Robespierre y Danton se unen contra los girondinos.—Triunfo de Marat.—Los girondinos apostrofan á los jacobinos.—Folleto de Camilo Desmoulins.—Prision del duque de Orleans.—Ensayos de Constitucion.—Peligros de la república.—Isnard.—Comision de los Doce.—Prision de Hebert.—Divisiones.—Henriot.—Garat.—Acusaciones.—Los veinte y dos girondinos. . . 122

LIBRO CUARENTA Y UNO.

Tramas.—Lanjuinais.—Danton.—Hebert conducido en triunfo.—Calamidades públicas.—Política de Vergniaud.—Divisiones.—El 31 de mayo.—Robespierre pronuncia el acta de acusacion contra los girondinos.—Votos concedidos á los peticionarios.—La Convencion.—El pueblo.—Los girondinos. 178

LIBRO CUARENTA Y DOS.

Tentativa de prision contra Roland.—Madama Roland en la Asamblea.—Su prision.—Poder del comité de salvacion pública.—El toque á rebato.—El 2 de junio.—Discurso.—La Asamblea.—Lanjuinais.—Tumulto.—La Convencion ante el pueblo.—Juicio acerca de los girondinos. . 211

LIBRO CUARENTA Y TRES.

Marat.—Danton.—La Montaña.—Los girondinos proscriptos.—Escision entre los departamentos y la Convencion.—Los puertos bloqueados.—Los coaligados en las fronteras.—Nueva Constitucion.—Los girondinos en Caen.—El general Wimpfen.—Marat acusador público. 239

LIBRO CUARENTA Y CUATRO.

Caen.—Casa de Carlota Corday.—Retrato de Carlota Corday.—Su vida.—Su carácter.—Sus relaciones con los girondinos proscritos.—Proyecto.—Viage.—Llegada á Paris.—Audiencia.—Marat asesinado.—Prisión de Carlota Corday.—Manifiesto á los franceses.—Fallo.—Ejecucion. 261

LIBRO CUARENTA Y CINCO.

Apoteosis de Marat.—Los girondinos abandonan la Normandia.—Retirada de los ejércitos franceses.—Sométense los departamentos inrreccionados.—Custine es llamado á Paris.—Robespierre combate la anarquia.—Descontento de Danton.—Desarrolla Robespierre sus teorías.—Reorganizacion del comité de salvacion pública.—Domina en él Robespierre.—Fiesta de la nueva Constitucion.—Manifiesto á la Convencion.—Decretos.—Movimiento de los patriotas.—Escesos.—Suplicios.—Maximum.—Reorganizacion del tribunal revolucionario.—Merlin de Douai.—Ley de los sospechosos.—Prisiones insuficientes.—El Terror.—Su objeto. 321

LIBRO CUARENTA Y SEIS.

El general Custine ante el tribunal revolucionario.—Su condena.—Enjuiciamiento de la reina

María Antonieta.—La Consergeria.—Arrebatan á su madre al joven delfin.—Se le entregan á Simon.—Fouquier-Tinville, acusador publico.—Condenacion de la reina.—Su vida y su muerte. 382

LIBRO CUARENTA Y SIETE.

Sesion del 3 de octubre de 1793 en la Convencion.—Informe de Amar.—Decreto de acusacion de los girondinos.—Los setenta y tres diputados del centro son declarados sospechosos y puestos en prision.—Causa de los veinte y un girondinos.—Su condenacion.—Su última comida.—Su ejecucion.—Juicio del partido girondino. 425

LIBRO CUARENTA Y OCHO.

El duque de Orleans conducido desde Marsella á Paris.—Su causa.—Su sentencia.—Su ejecucion.—Juicio de la historia sobre este principe. 470

LIBRO CUARENTA Y NUEVE.

La república en el interior y en el exterior.—Carnot.—Situacion de los coaligados.—Muerte del general Dampierre.—Inglaterra.—Pitt.—Dunkerque sitiada por el ejército inglés.—Houchard, general en gefe del Norte.—Jourdan.—Hoche.—Levasseur y Delbrel, representantes del pue-

blo.—Batalla de Hondschoote.—Libertad de Dunkerque.—Houchard sentenciado y ejecutado.—Le reemplaza Jourdan.—Batalla de Wattignies.—El representante Duquesnoy.—Levantamiento del bloqueo de Maubeuge.—El general Chancel muere en el cadalso.—Pichegru manda el ejército del Rhin y Hoche el del Mosela.—Antecedentes de estos dos generales.—La Vendée.—Lyon y Tolon.—Descripción de Lyon.—Su población.—Sus costumbres.—Sus tendencias.—Chalier.—Su educación.—Su juventud.—Asesinato de los prisioneros.—Turbulencias de Lyon.—Las secciones toman las armas.—Madinier.—Las secciones victoriosas.—Sentencia y ejecución de Chalier.—Lyon pasa de la aristocracia á la rebelión.—Chasset y Biron se refugian en Lyon.—Comision popular.—Trabajos y preparativos de defensa.—Mr. de Precy nombrado comandante general por los lioneses.—Mres. de Chanelette y de Virieu.—La Convencion encarga á Kellermann el bloqueo de Lyon.—Sitio y bombardeo de esta ciudad.—Defensa desesperada de los lioneses.—Doppet reemplaza á Kellermann.—Lyon reducido al último apuro.—Retirada de los sitiadores.—Derrota de la columna mandada por Mr. de Virieu.—Desaparición de éste.—Se divide la columna de Mr. de Precy.—Es diezmada y destruida.—Mr. de Precy fugitivo consigue refugiarse en Suiza. 483



JANIL

UNIVERSIDAD SALAMANCA NOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

